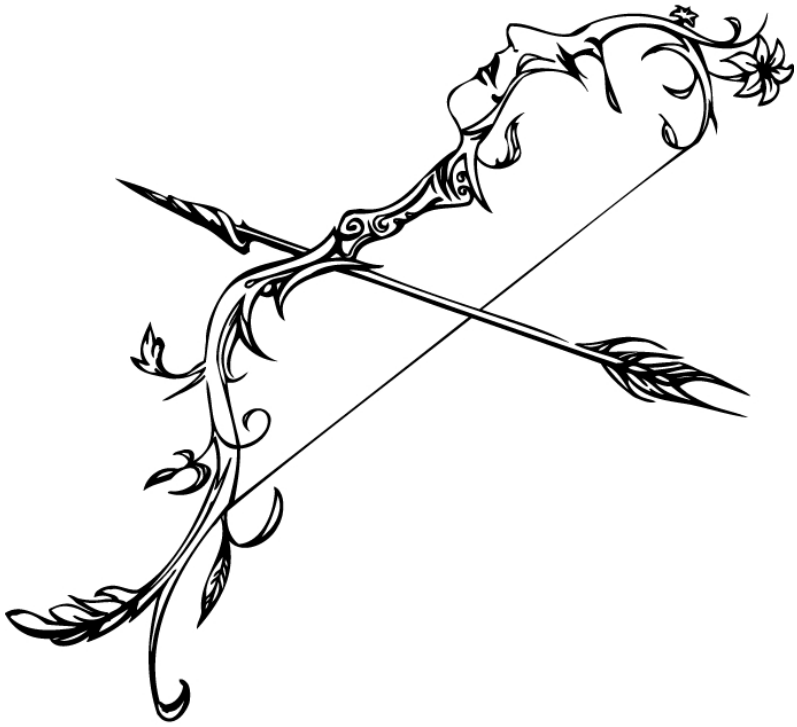

Hermanos
MacGregor III
CUANDO seas
MÍA
Emma G. Fraser

CUANDO SEAS MÍA



EMMA G. FRASER

PRÓLOGO

Clan Cameron, principios de 1243

Las pisadas que se marcaban en la espesa nieve se iban borrando pocos segundos después, pues la intensa nevada que caía sobre su cabeza era una de las más fuertes del invierno. Y eso, sumado al dolor de su corazón, no hizo más que aumentar su tristeza y su rabia ante el cambio de vida al que se había visto abocada tras el ataque a su hogar.

Ella era la única superviviente del poderoso fuego que había arrasado con el palacio donde vivía. Durante la noche, alguien había entrado en él y había provocado un gran fuego que arrasó no solo con su hogar, sino también con la vida de su familia, que no pudieron salir de sus habitaciones para poder escapar de las llamas que habían entrado en ellas. Tampoco habían podido escapar las sirvientas, que había perecido en sus habitaciones. Sin embargo, ella sí pudo escapar. El destino quiso que ese día se sintiera algo indispuesta tras la cena, por lo que bajó a la biblioteca del palacio. No había escuchado nada durante el tiempo que permaneció allí, ni había visto movimientos raros en el exterior. Al contrario, todo parecía tan tranquilo como siempre.

Fue el intenso olor a humo lo que la alertó, obligándola a dejar su asiento junto a la ventana desde donde se encontraba mirando las nubes. Corrió hacia el pasillo justo en el momento en el que los gritos de sus padres llegaron a sus oídos. Recorrió los pasillos llenos de humo hasta el piso superior y, a pesar de que intentó sofocar las llamas para ayudarlos a salir, todo se vino abajo enseguida. Pocos minutos después, el palacio estaba en llamas y solo pudo escuchar las últimas palabras de su padre:

—¡Acude a mi hermano! ¡Él te protegerá!

La joven frunció el ceño ante aquellas palabras. ¿Tenía un tío? Jamás había escuchado hablar de él.

—¿Quién es tu hermano, padre? —vociferó con desesperación mientras las llamas la empujaban cada vez más lejos de su familia.

Las lágrimas acudieron a sus ojos cuando se dio cuenta de que se estaban despidiendo de ella. El llanto desesperado de su madre le erizó la piel y no pudo evitar que las lágrimas le impidieran ver con claridad.

—Es el laird de nuestro clan. Hace años que no nos hablamos, pero eres una Cameron. Su deber es protegerte como tal.

—Pero, padre… —comenzó a quejarse.

—¡Huye del fuego tú que puedes, maldita sea! ¡Y vive!

La joven dudó un segundo más, pero el crujido del techo la obligó a correr escaleras abajo. Se despidió de su familia como pudo, pues el nudo de su garganta se lo impedía. Y cuando salió al exterior, temerosa de que los responsables de aquello estuvieran aún cerca de allí y su muerte fuera aún peor, se alejó del palacio y lo miró arder.

Las manos le temblaban como nunca. Ella apenas tenía once años y, aunque su padre le había enseñado a ser una persona independiente y a ganarse la vida como fuera, jamás había viajado sola. Sabía cuál era el camino hacia el castillo del laird, pero ¿cómo iba a alcanzarlo en medio de ese crudo invierno? Moriría antes de llegar.

Desde allí escuchaba los gritos de las sirvientas y sintió un poderoso escalofrío. En cuestión de minutos, todo el palacio estaba en llamas. Desde allí observó la ventana de la biblioteca, donde había estado sentada hasta hacía unos minutos, pero esta también se había convertido en una hoguera en la que habían quedado atrapadas las personas más importantes de su vida.

Miró hacia la ventana del dormitorio de sus padres y vio las llamas. Lloró como nunca y se abrazó a sí misma, que tan solo llevaba la ropa que aún no se había quitado para ponerse el camisón. En ese instante, fue consciente de que, si no se hubiera sentido mal, ella también habría quedado atrapada en su dormitorio.

¿En qué momento entraron y prendieron ese fuego? Miró a su alrededor y no vio movimiento alguno. Estaba claro que, fuera quien fuera, habían cumplido con su trabajo y se habían marchado.

El momento en el que el techo del palacio cedió y cayó estrepitosamente, los gritos de todo el mundo cesaron, provocando que el horror de la joven la paralizara. Vio cómo su hogar cayó en pedazos bajo el fuego y siguió consumiéndose ante sus ojos.

Dio un paso atrás, como si ese simple gesto la hubiera golpeado. Y en ese momento se dio cuenta de que debía marcharse. Por lo que había escuchado

en otras ocasiones, el castillo del laird estaba a más de un día a pie, pero caminar sola por el bosque era realmente aterrador para ella. Tembló, pero desconocía si era por el miedo o el frío. Y en ese momento se obligó a actuar. Todo se había quedado en silencio y no era capaz de seguir mirando el fuego. Por ello, se giró hacia el bosque y comenzó a caminar, también sorprendida tras descubrir que era sobrina del laird. ¿Por qué jamás se lo habían dicho? No lo entendía. Ni siquiera estaba segura de que ese laird supiera que tenía una sobrina, pero al menos debía intentarlo.

Y por ello, después de más de un día de camino, entre el frío y la nieve, la joven logró atisbar la figura del castillo en el horizonte. Sus pies estaban tan fríos que apenas notaba los dedos dentro del calzado. Estaba cansada, hambrienta, sedienta y temerosa de no ser bien recibida en ese castillo, ya que, si no lo hacían, ¿qué sería de ella? No tenía más opción que esa.

Por eso siguió caminando y dejando sus huellas marcadas en la nieve. Sus manos temblorosas quitaron su pelo revuelto del rostro y siguió su paso. En cuestión de minutos, llegó a su destino. Las puertas del castillo comenzaron a abrirse para su sorpresa y nada más cruzar el portón, un hombre armado la recibió.

—¿Qué te trae hasta aquí, pordiosera?

La niña tragó saliva e intentó mostrar seguridad, pero estaba tan asustada que no pudo evitar dar un paso hacia atrás.

—Yo… mi nombre es Fiona Cameron. Soy hija de Travis Cameron, hermano del laird.

Frente a ella, el hombre se sorprendió al escuchar el nombre de su padre y carraspeó, entre incómodo y estupefacto. Al instante, señaló el camino hacia el interior del castillo, aunque sin poder evitar mirarla de arriba abajo con cierta antipatía.

—Entra. Te llevaré ante el laird…

La niña asintió, nerviosa. Lo siguió en silencio. Su temblor se hizo más visible, pero ya no solo temblaba del frío o de cansancio, sino también por lo que podría pasar con ella si era rechazada por su tío.

Ese lugar era tan acogedor y caliente que Fiona no pudo evitar suspirar de alivio cuando el calor comenzó a penetrar en sus huesos. Durante todo su viaje no había descansado, así que sentía que sus pies dolían tanto que

estaba a punto de caer desfallecida, pero en esos momentos no podía mostrarse débil.

Cuando llegaron frente a la puerta del despacho, el guerrero llamó a la puerta y cuando se escuchó la voz de su tío al otro lado, abrió. La hicieron pasar y el guerrero, a su lado, carraspeó.

—Tienes visita, Fergus.

El aludido levantó la mirada y, para sorpresa de Fiona, era tan parecido a su padre que sintió como si algo invisible golpeara su estómago. Tragó saliva y dio un paso atrás cuando la penetrante mirada del laird la recorrió de arriba abajo.

—¿Quién es?

Fiona titubeó, por ello, fue el guerrero quien respondió en su lugar.

—Su nombre es Fiona Cameron, tu…

—Sobrina —acabó el laird en su lugar.

La niña abrió los ojos desmesuradamente. ¿Sabía de su existencia? Observó que el laird rodeó la mesa y se dirigió hacia ella con paso lento. Se obligó a mantenerse en el mismo lugar para no mostrarse asustada, aunque en su interior estaba temblando demasiado.

—¿Tú sabías que existía?

Fiona tragó saliva ante su pregunta.

—Todo el mundo sabe que cada clan tiene un laird.

Fergus arqueó una ceja.

—Sabes que no me refiero a eso…

Y entonces, Fiona negó con la cabeza.

—Mi padre jamás me dijo que tenía un tío.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Los han matado. A todos. Incluidas las sirvientas.

Fiona no pudo evitar comenzar a temblar, sobre todo cuando el laird frunció el ceño, haciendo que su rostro se viera ligeramente aterrador.

—¿Cuándo?

—Hace algo más de un día. El palacio comenzó a arder y no pudieron

salir de su dormitorio.

—¿Y tú sí?

—Yo estaba en la biblioteca porque no podía dormir.

Fergus miró a su guerrero seriamente. Este le devolvió la misma mirada y se encogió de hombros.

—No tenemos noticia de un ataque así.

—Vivíamos en medio de la nada y es invierno. ¿Quién iba a enterarse del fuego si nadie pasaba por allí? Puede enviar a alguien, señor, a comprobarlo. Todo se redujo a cenizas. Pude salir corriendo y… mi padre, antes de morir, me dijo que viniera aquí porque usted es mi tío y su deber es proteger no solo a la familia, sino también a la gente del clan.

Fergus frunció el ceño de nuevo ante la labia de aquella niña que era más pequeña que su única hija y que se había enfrentado al tiempo invernal para llegar hasta allí.

—¿Has venido a pie?

Fiona asintió.

—No tenía nada más con lo que venir.

Fergus suspiró y se alejó de ella mientras se cruzaba de brazos sin saber qué hacer.

—Si desconocías mi existencia, supongo que tampoco sabes por qué nos alejamos…

—Exacto…

—¿Sabes a qué se dedicaba tu padre?

Fiona asintió.

—Era un ladrón. Robaba a los más ricos para repartirlo entre los más necesitados del clan.

Aquella afirmación, escuchada en boca de una niña de once años, hizo que ambos hombres se mostraran sorprendidos.

—Ese es el motivo por el que lo expulsé del castillo. El hermano del laird no podía ser un ladrón. Y jamás volvimos a hablar, aunque sí sabía de tu existencia gracias a mis hombres.

Fergus la miró en silencio.

—A partir de este momento serás mi hija. A cualquiera que pregunte se le dirá que te enviamos a un convento a aprender de las monjas y que te hemos traído de vuelta. Jamás vuelvas a decir que eres hija de Travis Cameron. Para todo el mundo serás mi hija pequeña.

Fiona aguantó las lágrimas de agradecimiento y asintió.

—Pero, lógicamente, no tendrás los mismos privilegios que mi propia hija. Tendrás un dormitorio en el piso superior, como el resto de mi familia, sin embargo, trabajarás como una sirvienta más. Si alguien te pregunta por qué haces eso si eres hija del laird, les contestarás que así te educaron las monjas.

Fiona asintió, ligeramente temblorosa, y miró de reojo al guerrero que la había acompañado hasta allí.

—Fred, dile a los demás que mi hija pequeña ha llegado para quedarse, y jamás contarás nada de lo que ha pasado aquí.

El aludido asintió y salió del despacho, dejándolos solos. Fergus la miró de arriba abajo.

—Ordenaré que te lleven una tina con agua y te corten un poco el pelo. Te vestirás mejor, no con esos trapos que te dio el ladrón de mi hermano.

Fiona apretó los puños con fuerza, gesto que no pasó desapercibido al laird, que sonrió ligeramente.

—Si cuentas a alguien que no eres mi hija, supondrá tu expulsión inmediata de este castillo. Tu lealtad y tu trabajo a cambio de comida y un techo donde vivir.

Fiona asintió nuevamente.

—Jamás diré nada.

—Y espero que tú no hayas aprendido nada de tu padre porque si te descubrimos robando, también te marcharás.

—No lo haré —afirmó mirándolo a los ojos.

—Así me gusta… Espero que no me des problemas. Después de lavarte conocerás a mi esposa y mi hija, a quienes también les debes lealtad, y espero que las trates como a tu madre y hermana. Así que, a partir de este

momento, olvidarás de dónde vienes, quiénes fueron tus padres y la vida que llevabas. Y nunca se lo contarás a nadie.

Ocho meses después…

A pesar de que el día se había levantado soleado y ligeramente caluroso, para Clyde Campbell era el peor día de su vida. Había viajado junto a su padre al clan Cameron para formalizar su contrato de matrimonio con la primogénita del laird. Su padre pensaba que era una buena alianza entre ambos clanes, sobre todo si tenía en cuenta la cantidad de enemigos que se estaba ganando Macauley Campbell con el paso del tiempo.

Si en el futuro Clyde se casaba con la hija mayor del laird Cameron, ambos clanes estarían unidos para siempre y tendrían que darse apoyo en un posible ataque. Sin embargo, él no estaba de acuerdo en ese contrato entre las familias, y así se lo había expresado a su padre antes de salir de su castillo rumbo a las tierras vecinas. No obstante, lo único que su padre había hecho tras escuchar sus palabras fue darle una paliza que logró callarlo.

Por eso, cuando el laird Cameron posó su mirada en su labio partido, Clyde desvió los ojos hacia otro lugar, pero cuando la niña que acababa de entrar se cruzó con su mirada, tuvo que reprimir una mueca de asco ante esa visión. ¿De verdad tendría que casarse en un futuro con aquella niña de doce años que aún jugaba con una muñeca y que sonreía como si no estuviera entendiendo nada de lo que se hablaba allí frente a ella? Ni sus rizos rubios, ni su elegancia, ni su porte recto lograron llamar la atención de Clyde que, a sus quince años, ya sabía qué clase de mujeres le gustaban. Y esa no era una de ellas. Él prefería que fueran más salvajes, belicosas, valientes y sin pelos en la lengua, nada que ver con esa niña delicada que había frente a él.

Clyde aguantó un resoplo y miró hacia otro lado, hastiado de ese momento.

—Mi hija se casará con tu hijo cuando tenga veintidós años. No puedo ni quiero dejarla en vuestras manos antes de tiempo, aún es pequeña.

Clyde estuvo a punto de soltar un comentario ante esas palabras, pero logró contenerse, sobre todo después de que su padre se adelantara a su

lengua.

—Tranquilo. Lo mejor es esperar, pero me alegro de ver que tu hija tiene saber estar.

—Nada que ver con tu hijo, que parece más contrariado que contento por este enlace.

Clyde levantó su mirada azul y se mordió la lengua.

—Mi hijo no es una persona de muchas palabras… Es más bien callado y obediente.

Fergus Cameron sonrió y asintió.

—Se llevará bien con mi hija entonces…

—Espero que para entonces no lleve también muñecas… —no pudo evitar soltar Clyde con antipatía.

Al instante, la rodilla de su padre chocó ligeramente con la suya a modo de advertencia. El dolor palpitante de su labio le recordó que no debía llevarle la contraria a su padre, por lo que Clyde se levantó lentamente del incómodo sofá.

—Si me disculpáis, os dejaré solos para que sigáis con los pormenores de la futura boda.

Ambos padres asintieron ante la rareza de su voz, que era demasiado profunda a pesar de su edad.

Y sin tan siquiera mirar una vez más a su futura esposa, Clyde salió del despacho del laird Cameron para recorrer el pasillo lentamente. Necesitaba calmarse después de haber tenido que contener su lengua en más de una ocasión. Su cuerpo dolía después de la paliza recibida y su labio seguía latiendo con tanta fuerza que le estaba comenzando a doler la cabeza terriblemente, por lo que su humor no mejoró, al contrario, hizo que fuera a peor.

Tras lanzar un gruñido de rabia, abandonó ese castillo y salió fuera de los muros, aprovechando que un par de sirvientas salían de allí camino del pueblo.

Clyde miró hacia el cielo y habría sonreído al ver el sol de no ser por la amargura que tenía ese día. Por ello, siguió hacia adelante, alejándose de la muralla e internándose en el bosque cercano para retirarse de las voces que

aún seguían escuchándose de los guerreros del clan Cameron.

Quería tranquilizarse e intentar olvidar que su vida acababa de ser sellada por la persona que más amaba y odiaba al mismo tiempo: su padre. Siempre lo había respetado y temido a partes iguales, pero desde que se había unido a sus filas como heredero del clan, la forma con la que se dirigía a él había cambiado por completo, volviéndose más cruel a pesar de ser su hijo. Y que le hubiera dado una paliza tan solo por negarse a casarse con aquella niña en un futuro le indicaba que su relación con su padre no iba a mejorar.

Clyde suspiró con cierta tristeza y se acercó a un pequeño riachuelo que había cerca de donde se encontraba en ese momento. El silencio en ese lugar era realmente tranquilizador. Los latidos de su corazón comenzaron a ser más lentos y suaves, provocando que el nerviosismo de su cuerpo también comenzara a disminuir. Hacía tanto tiempo que no se sentía tranquilo de verdad que estaba seguro de que en cualquier momento iba a perder la cabeza, como su padre. Había dejado de ser un niño y al día siguiente lo trataban como un adulto, castigándolo como tal si hacía algo mal. No había tenido una época de cambio, de ir poco a poco… Nada. Se sentía como un animal recién nacido al que dejaban en medio de un bosque y esperaban que pudiera sobrevivir a cualquier circunstancia.

Ni siquiera poseía un momento para la queja. Debía ser tan sumamente perfecto en todo que la autoexigencia se había convertido en algo realmente cansado en su día a día. Y no estaba seguro de poder sobrevivir a ello.

Clyde suspiró y relajó ligeramente los hombros. Allí no lo veía nadie y podía ser él mismo, por lo que, esta vez sí, sonrió cuando un rayo de luz del sol penetró entre los árboles y le dio directamente en el rostro.

Sin embargo, su tranquilidad duró poco, ya que segundos después escuchó el quejido de alguien que llamó su atención y lo sacó de ese estado de reposo. Clyde volvió a cuadrar los hombros y se giró, esperando encontrarse con algún guerrero del clan Cameron. No obstante, no había nadie.

Extrañado, miró a su alrededor, pero solo escuchó el sonido sosegado del río junto a él. Y cuando se volvió de nuevo hacia las aguas, lo escuchó nuevamente.

—Maldición… —dijo una voz suave cerca de él.

Con el ceño fruncido, Clyde se giró de nuevo y miró a su alrededor, pero no había nadie. Y cuando escuchó una nueva queja, levantó lentamente su mirada hacia un árbol cercano. Al instante, arqueó una ceja, sorprendido por lo que había unos tres metros más arriba.

No supo por qué, pero esa visión hizo que su enfado volviera a salir a flote. No estaba seguro si fue por la interrupción o porque lo hubiera descubierto en un momento de relajación, pero su humor se convirtió en frustración y rabia. Y sabía que no podría evitar pagar con ella todo lo que había tenido que callar durante el día.

—¿Se puede saber qué demonios haces ahí? ¿Me estabas espiando, sirvienta?

La niña que había a tres metros sobre él y que tenía serios problemas para bajar del árbol, llevó sus impresionantes ojos azules hacia él. Esta, que no aparentaba tener más de once años, era claramente una sirvienta que parecía haber escapado de sus quehaceres durante unos segundos y ahora no podía bajar. Descubrió que su ropa, ligeramente rota, se había quedado enganchada en una rama del árbol y apenas podía moverse.

Su pelo rojo estaba tan despeinado que Clyde estaba seguro de que tendría problemas la próxima vez que quisiera desenredarlo. Las mejillas blancas de la niña se tiñeron de rojo al verlo y su nariz chata se torció hacia un lado por la contrariedad tal vez de haber sido descubierta.

A pesar de estar por encima de él, Clyde vio claramente que la blancura de su piel estaba ligeramente manchada por numerosas pecas regadas por su rostro y cuello.

—¿Espiándote? —Su voz melodiosa lo sorprendió—. Has sido tú el que ha llegado después. De hecho, se me ha quedado la falda enganchada por querer bajar y dejar que siguieras sonriendo mientras el sol te daba de lleno en el rostro.

Clyde frunció el ceño y sintió que la rabia lo consumía más por haber sido descubierto.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Acaso no sabes quién soy?

La niña volvió a intentar soltar la falda, sin éxito.

—Ni lo sé ni me importa, así que no hace falta que te exaltes así, podría salírsete una tripa…

Clyde resopló ante la impertinencia de la muchacha, por lo que apretó los puños y miró a su alrededor.

—En lugar de eso, podrías ayudarme a bajar.

—¿Ayudarte? Me temo que estás muy equivocada si crees que voy a ayudar a alguien tan antipática y deslenguada como tú, y menos si no sabes distinguir a quién tienes delante.

—¿Acaso eres el rey de Escocia? ¡Oh, perdón, majestad! —ironizó la niña fingiendo una graciosa reverencia—. Os habría tratado de otra manera si hubiera sabido que nos habéis visitado…

Los labios de Clyde se apretaron tanto que formaron una fina línea enrabietada ante la ironía en sus palabras.

—No soy el rey, pero sí deberías saber con quién estás hablando, muchacha torpe. ¿Siempre eres así de insolente con los invitados del laird?

—Lo soy con aquellos que me culpan de espiarlos. Y no soy torpe.

La vehemencia con la que dijo aquella última palabra hizo que Clyde sonriera ligeramente. Así que había dado en el clavo…

—Si no eres torpe, ¿por qué no puedes bajar del árbol?

—Solo se me ha enganchado la tela de la falda, pero bajaré enseguida.

Clyde dio un paso hacia el castillo.

—Entonces espero que tengas suerte y no te rompas el cuello al bajar… —fingió preocupación.

—Más quisieras, maleducado.

—Y espero que aprendas a tratar a personas más distinguidas que tú —le espetó, furioso, dejándola en lo alto del árbol con expresión estupefacta.

—Te vas a enterar… —maldijo sin apartar la mirada de su espalda.

Esa misma noche, Fiona se dio un baño y se arregló algo más de lo que solía hacerlo, ya que las sirvientas le habían pedido que lo hiciera debido a una visita. Le sorprendió que su tío estuviera de acuerdo con que ella estuviera presente en la cena con esos visitantes y ellos, por lo que se arregló a conciencia y recogió su pelo rojo en una trenza de lado que peinó cuidadosamente y en la que colocó unas flores. El vestido verde se lo había

pedido prestado a su prima Maisie, a quien, a pesar de los meses, aún le costaba llamar hermana delante de la gente.

Así que cuando estuvo lista, bajó las escaleras despacio, sin prisa, deseando no llegar a esa cena en la que tendría que fingir que esas personas eran su familia. Ella se sentía mucho mejor cuando estaba en las cocinas, trabajando, o en cualquier otro lugar, ya que temía decir o hacer algo que pusiera en entredicho las palabras de su tío y la expulsaran del castillo.

Por ello, se metió en el papel de la hija pequeña perfecta antes de entrar en el salón, donde todos estaban esperándola de pie. Había un señor de la edad de su tío y otro más joven, pero no les veía la cara, ya que estaban de espaldas. Pero cuando el laird Cameron la señaló y habló, ambos se giraron:

—Y aquí está mi hija pequeña, laird Campbell.

La sonrisa fingida de Fiona se quedó congelada en sus labios cuando reconoció al joven que había al lado del laird Campbell, y sus pies se detuvieron al instante, incapaces de seguir con su camino. Conocía a la perfección esa altura y ese cuerpo que, a pesar de su juventud, ya apuntaba maneras para convertirse en alguien demasiado musculoso. Su pelo, tan negro como la noche, estaba más colocado que esa mañana cuando lo vio, y sus ojos azules clavaban su mirada iracunda en ella, como si quisiera atravesarla con ellos y acabar con Fiona al instante.

—Acércate, hija mía —pidió Fergus con tono ligeramente exigente.

Obligando a su cuerpo a moverse, Fiona se aproximó a los invitados de su tío y tragó saliva antes de volver a fingir una sonrisa mientras miraba directamente al padre del joven con el que había discutido.

—Macauley, te presento a mi hija pequeña, Fiona.

—Desconocía que tenías otra hija.

Fergus sonrió ampliamente.

—Poco después de nacer la enviamos a un convento para que fueran las monjas quienes la criaran. Por eso, casi nadie conoce su existencia.

—Espero que la educación de las monjas haya surtido efecto —dijo el laird Campbell.

Fiona apretó los puños con fuerza, sobre todo cuando Clyde sonrió de lado y dijo con tono hiriente:

—Lo dudo… —murmuró.

Fiona abrió la boca para responder con el mismo tono, pero su tío intervino:

—¿No le vas a decir nada al laird Campbell y su hijo Clyde?

—Sí —respondió ella—. ¿Qué hacen aquí?

Macauley Campbell, al contrario que el laird Cameron, que se puso rojo de la vergüenza, comenzó a reír y le dio una palmada en la espalda a su interlocutor:

—Me parece que esas monjas no eran lo suficientemente estrictas en ese convento, amigo.

Rosslyn Cameron, su tía, le hizo un gesto con la cabeza para que se callara y se sentara directamente en la silla que iba a ocupar durante la cena, por ello, apartando la mirada asqueada de Clyde, se giró y se sentó, obligando al resto a hacer lo mismo. Para su sorpresa, su prima se sentó frente a ella, algo extraño, ya que solía sentarse siempre a su lado. Ese gesto también lo imitó su tía, mientras que, por casualidad u obra del destino, Clyde Campbell se sentó a su lado de mala gana. Fiona se guardó para sí el gesto contrariado que estaba a punto de dibujar en su rostro, y mantuvo su atención en su plato para evitar problemas.

La cena dio comienzo poco después y apenas levantó la mirada ni entró en conversación con nadie. Esa era una cena que pondría a prueba la paciencia de su tío con ella, por lo que no quería hacer nada que lo disgustara. El tiempo fue pasando y Fiona a veces sentía sobre ella el peso de la mirada de reojo de Clyde, que tampoco deseaba hablarle, pero todo cambió cuando comenzaron a hablar de un tema que sí llamó su atención:

—¿Y dónde se celebraría la boda?

Al instante, Fiona levantó la cabeza, ya que las palabras de Macauley Campbell la sobrecogieron. ¿Una boda? ¿Qué boda? Vio cómo su prima se incomodaba frente a ella, incluso su tía carraspeó, y enseguida elevó su atención al máximo.

—Sería aquí, y después mi hija se iría con vosotros a vuestro clan —respondió Fergus con tono neutro.

—¿Qué boda? —no pudo evitar preguntar Fiona.

La joven vio cómo Clyde apretaba con tanta fuerza los cubiertos que parecía estar a punto de atravesar su piel con ellos.

—¿No te lo han contado, muchacha? —preguntó Macauley.

—A Fiona le gusta estar más tiempo en las cocinas, ayudando, que con nosotros —repuso su tía—. Supongo que eso se debe a sus años en el convento.

—Tu hermana se casará con mi hijo Clyde en cuanto tenga edad casadera… —explicó enseguida el laird Campbell.

La mirada de Fiona se dirigió hacia su prima de nuevo, que era apenas una niña, y después miró horrorizada a Clyde. Parecía ser unos años mayor que ella, pero era tan serio que incluso aparentaba más.

—No lo sabía, lo siento —se obligó a responder.

—¿Qué es lo que sientes, no saberlo o el matrimonio en sí? —preguntó Clyde con tono incisivo.

Fiona se obligó a contener la lengua. Por ello, respondió:

—Lo primero, señorito Campbell —El tono irónico no pasó desapercibido para Clyde, que sonrió de lado.

—Tiene una hija demasiado avispada, señor Cameron —dijo el hijo del laird Campbell—. Tal vez demasiado para haber vivido junto a las monjas y también para su edad. ¿No la habrán expulsado del convento?

Fiona resopló, pero una patada de su tía por debajo de la mesa hizo que mirara a su plato de nuevo y se mantuviera en silencio.

—Decidimos traerla hace unos meses para que viviera con nosotros, muchacho —respondió Fergus con una sonrisa tensa—. Fiona es muy buena hija y sí, muy avispada para tener tan solo once años.

—Se nota que ha recibido una educación diferente a mi prometida, que aún tiene una muñeca entre sus manos a pesar de ser mayor que Fiona… —terció Clyde llevándose una cucharada de sopa a la boca.

Fergus carraspeó, pero fue Macauley quien le paró los pies a su hijo.

—¡Clyde, no seas grosero! Cada persona lleva una evolución diferente.

El aludido clavó la mirada en su propio padre.

—No es eso precisamente lo que me enseña en nuestros

entrenamientos…

—¡Ya basta! —exclamó Macauley dando una sonora palmada en la mesa —. Come y bebe en silencio.

Clyde arqueó una ceja y señaló su copa con la cabeza.

—No tengo nada que beber.

Enseguida, Fergus señaló a Fiona y le dijo:

—Mi hija estará encantada de servirte, muchacho.

Fiona abrió mucho los ojos, pero, tras otra patada de su tía, se levantó ligeramente reacia y tomó la jarra entre sus manos. Le habría gustado decir que él mismo tenía manos para coger la jarra y servirse, pero calló e, intencionadamente, derramó parte de la jarra en los pantalones de Clyde.

—Oh, lo siento, soy demasiado torpe… —dijo con intención de recordarle sus propias palabras de esa mañana.

Clyde se sobresaltó enseguida, pero contuvo su lengua, algo que no hizo Macauley Campbell, que puso el grito en el cielo.

—¡Qué haces, muchacha! ¿No te has dado cuenta de que sirves a un Campbell? ¡Deberían haberte dejado en ese convento si eres tan torpe!

Fiona rechinó los dientes y aferró la jarra con tanta fuerza que estuvo a punto de romperla. Enseguida la dejó sobre la mesa, pero cuando fue a sentarse de nuevo, la voz de su tío irrumpió de nuevo en medio del caos que ella misma había provocado a propósito para hacerle pagar por no haberla ayudado cuando estaba atrapada en el árbol.

Fiona había tenido que esperar durante una hora más hasta que un sirviente del castillo escuchó su voz y acudió a ayudarla. Había jurado una y otra vez vengarse de él, y ahora que lo tenía delante no había podido evitar humillarlo.

—Fiona, vete a tu habitación.

La niña frunció el ceño.

—Apenas he cenado unas cucharadas, padre. Tengo hambre.

—Hoy te acostarás sin cenar después de lo que le has hecho al futuro esposo de tu hermana.

Fiona apretó los puños.

—Ha sido sin querer —rebatió, ganándose una mirada iracunda del propio Clyde.

—¡Te han dicho que te vayas, muchacha! —vociferó un iracundo Macauley Campbell—. ¿No lo has oído?

Tragándose sus propias lágrimas, Fiona se giró y salió del comedor y recorrió los pasillos sin ver realmente el rostro de las personas con las que se cruzaba y que la miraban con interés. Directamente, subió al piso superior y, después, tomó otras escaleras pequeñas que la llevaban a una de las torres del castillo. Desde que había descubierto ese lugar, se había convertido en su favorito, ya que allí no subía nunca nadie y podía estar tranquila y llorar la muerte de sus padres una y otra vez.

En ese castillo se seguía sintiendo como una desconocida, una extranjera que había llegado para infiltrarse como una hija que realmente no era y que no estaba segura de saber cómo llevar a cabo esa mentira sin que nadie la descubriera. No podía más. Fiona sentía que todo su mundo había acabado cuando sus padres murieron quemados frente a ella sin que pudiera hacer nada. Se había convertido en una persona que no deseaba y llevaba una vida que no era acorde a lo que realmente era: la hija del mejor ladrón de Escocia. Habían logrado poseer una riqueza casi superior a la de su tío el laird, pero esa riqueza se había consumido con el fuego meses atrás.

Sin embargo, Fiona había aprendido tantas cosas de su padre que sabía que podría forjarse ella misma un futuro sin necesidad de fingir quien no era, pero era demasiado pequeña para ello y ni siquiera sabía manejar una daga. Su padre siempre le prometió que le enseñaría cuando fuera un poco mayor. No obstante, sí había aprendido otras cosas del mejor ladrón de Escocia, así que se dijo que tenía que aguantar un poco más; tan solo unos años hasta que pudiera ganarse la vida por sí misma de igual manera que su progenitor. Tal vez no sabía manejar una espada, pero sí poseía el ingenio de su padre, y hasta ese momento le había funcionado. Excepto con el maldito Clyde Campbell. Pensar en que su prima tenía que casarse con semejante hombre tan huraño y antipático le ponía el estómago del revés. ¿Cómo era posible que su tío la hubiera comprometido con alguien como él? ¿No había podido esperar a hacerlo cuando Maisie fuera mayor y ya estuviera en edad casadera? Pensar en que su prima, un año mayor que ella, estaba prometida le daba auténtico asco. Y, por lo que había podido ver en el comedor, a Campbell tampoco le hacía especial ilusión casarse con ella.

Fiona respiró hondo y dejó que sus nervios volvieran a calmarse. No podía acostarse en semejante estado. Sabía que había estado a punto de provocar su expulsión del castillo, y estaba segura de que su tía le azotaría el trasero al día siguiente, pero no podría olvidar la satisfacción que le produjo ver la cara de Clyde cuando le cayó el vino en los pantalones.

—Así que eres la hija del laird… —dijo una voz a su espalda.

Fiona se sobresaltó, ya que nunca se había cruzado con nadie allí, pero cuando se giró y vio que el objeto de su ira estaba a su espalda, no pudo evitar resoplar, contrariada.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Te he seguido… —admitió el joven Campbell acercándose a las almenas y pasando por su lado sin dejar de clavar la mirada en ella—. La verdad es que me has hecho un favor. Yo tampoco deseaba estar en esa cena…

Fiona resopló.

—Era mi venganza, no un favor.

Clyde sonrió de lado y se encogió de hombros.

—Lo sé, pero no te ha funcionado.

La joven apretó los puños y se acercó a las escaleras para marcharse.

—¿Ya te vas? Pensaba que querrías tirarme desde la torre por haberte dejado sola en el árbol. ¿Cuánto tardaste en bajar?

—Vete al infierno.

—Ya estoy en él… —murmuró el futuro laird Campbell—. ¿Tu padre sabe que su hija se sube a los árboles como si fuera un animal? No me digas que eso te lo enseñaron las monjas…

Fiona desvió la mirada, temerosa de que descubriera que jamás había pisado un convento y que realmente no era hija de Fergus, sino sobrina.

—Eso no es asunto tuyo.

—No, pero tal vez sí lo es de tu padre… Debería saber que su hija aprendió muy poco en el convento y que no se comporta como alguien de su estatus. Tal vez te castigaría, ¿no?

Fiona se acercó a él, tal vez demasiado, para encararlo. Y fingiendo que

su altura y musculatura no la amedrentaban frente a su baja estatura por su niñez, le espetó:

—Sería muy fácil empujarte y dejar que cayeras de la torre. Estoy segura de que nadie se daría cuenta, ni siquiera tu padre. Y seguramente descubriría que su hijo es más imbécil de lo que cree.

Las manos de Clyde subieron al instante hacia la ropa de Fiona, la cual aferró con fuerza y la acercó al borde de la torre. La furia que experimentó en ese momento no le hizo ver que ella era tan solo una niña de once años, pero sus palabras habían abierto una brecha en su corazón, pues fueron demasiado certeras.

—Puede que todo el mundo pensará que tu torpeza habría hecho que cayeras de esta torre irremediablemente. Nadie me señalaría como asesino y viviría mi vida sin tener que aguantarte.

—Hazlo —lo animó la joven—. Serías el autor de algo que yo no tengo valor de hacer, pero que deseo más que nada en el mundo. Venga, mátame.

La vehemencia en sus palabras hizo que Clyde frunciera el ceño. ¿Cómo era posible que una simple niña deseara morir? ¿Qué había pasado en su vida para que anhelara semejante final para ella? A pesar de la oscuridad de la noche, vio determinación en los ojos de Fiona, y, por ello, la apartó del borde y la soltó.

—Seremos familia —le recordó.

Fiona se encogió de hombros.

—¿Y? Una desgracia para mi hermana tener que aguantarte de por vida…

—También para mí —rebatió el joven—. No la quiero, y no tiene pinta de que la vaya a querer jamás. ¿Cómo es posible que siga jugando con muñecas?

—Maisie es así…

—Tu hermana y tú sois muy diferentes…

Fiona enarcó una ceja y escondió una sonrisa mientras le daba la espalda.

—Si tú supieras… —murmuró para sí—. Tengo que irme, Clyde Campbell, no quiero enfurecer más a mi madre si no me encuentra en mi dormitorio.

El aludido sonrió de lado y la vio marcharse, pero antes de que desapareciera por las escaleras, murmuró:

—Buena chica…

Fiona lo escuchó claramente, pero fingió no hacerlo y siguió su camino, deseando no tener que verlo jamás.

Desde la torre, Clyde esperó unos instantes para no tener que cruzarse con ella de nuevo, y cuando calculó que ya estaría acostada, regresó sobre sus pasos y bajó las escaleras de la torre, dispuesto a descansar. Lo que no esperaba era lo que acontecería inmediatamente en su dormitorio cuando llegara a él.

Cuando entró, creyó que estaba solo, pero alguien lo agarró por detrás y le propinó un sonoro puñetazo antes de que pudiera reconocer a su propio padre.

—¿Se puede saber por qué demonios no le has cruzado la cara a esa maldita niña cuando te ha tirado el vino encima?

En el momento en el que Clyde pudo recomponerse del puñetazo de su propio padre, lo miró a los ojos con una serenidad que siempre había mostrado a pesar de su edad.

—He estado a punto de hacerlo —mintió—, pero he pensado que sería una ofensa para el laird Cameron.

—Habrías puesto en su lugar a esa desgraciada. Te lo ha tirado a propósito.

Macauley volvió a golpearlo y a pesar de que Clyde intentó alejarse de él, las manos de su padre fueron directamente al cuello de su camisa. Lo agarró y lo golpeó contra la pared.

—Has mostrado un signo de debilidad ante ellos, aunque sean aliados. Debes ser justo y hacer que te respeten. Si no, nunca te temerán.

—A lo mejor no deseo que me teman, padre.

El joven se ganó otro golpe, esta vez en el estómago, que le hizo doblarse sobre sí mismo.

—Te he dicho mil veces que debes ser frío. Serás mi heredero y no puedes ser un laird débil.

—Mostrar piedad no es debilidad, padre —lo rebatió, ganándose otro

golpe, que le abrió de nuevo el labio.

—Tal vez no estoy siendo lo suficientemente duro contigo, Clyde, porque parece que no aprendes. Has debido de golpear a la joven para ponerla en su lugar. Y tampoco has debido responderme como has hecho ante todos. ¿Cómo te atreves a contradecirme?

Clyde iba a responder, pero un nuevo golpe de su padre lo hizo callar y gruñir de dolor. Su padre no hacía más que repetirle que esos golpes eran por culpa de la joven Cameron y sintió tanto odio por ella que deseó no volver a verla jamás.

En ese momento, Clyde no sabía que su verdadero yo estaba a punto de morir para dar paso al hombre en el que se convertiría, más serio, más frío y más huraño de lo que esperaba, provocando que en un futuro pocas personas pudieran acercarse a él sin tener miedo de su sola presencia. Clyde Campbell sería un hombre respetable, tal y como su padre esperaba, pero se habría olvidado del verdadero sentido de la vida: el amor.

CAPÍTULO 1

Clan Cameron, año 1251

Maisie miró de reojo a Fiona mientras cenaban en silencio. Ambas sabían que estaba sucediendo algo a su alrededor que desconocían y no querían contarles, por lo que igualmente estaban preocupadas por lo que pudiera ocurrir. Maisie le dedicó una sonrisa, que fue correspondida por su prima, a la que, con el paso del tiempo, había logrado aceptar como una hermana, y viceversa. Fiona había logrado desarrollar una inmensa belleza que era tan salvaje como el carácter que tenía y que siempre intentaba ocultar para evitar meterse en problemas, aunque su torpeza, que aún conservaba, solía meterla igualmente en esos problemas.

Maisie recorrió el rostro de su prima mientras esta masticaba un trozo de carne que, a pesar de que odiaba por encima de todo, se lo comía como podía, aguantando el asco que le daba. Su pelo rojo como el fuego, nada que ver con el suyo, se había ganado la admiración de muchos hombres del clan. Lo sabía, pues así se lo había confirmado Dave, el hombre al que amaba desde hacía meses. A pesar de que su prima no poseía su misma estatura alta y delgadez, pues las curvas de Fiona eran un poco más voluptuosas, llamaba la atención. Su prima había logrado ganarse la confianza, amabilidad y lealtad de mucha gente en el castillo gracias a su carácter simpático y jovial, siempre atenta a todos, a diferencia de ella, que era más fría con los que no eran de su misma posición. Y a pesar de todo, la envidiaba, pues su vida no era tan rígida como la suya.

Cuando los ojos azules de Fiona volvieron a posarse en ella y le sonrieron, Maisie se lo devolvió. Ella también tenía los ojos de color azul, pero no resaltaban con la misma viveza que Fiona. Y su cabello rubio no era tan llamativo como el de su prima, pero igualmente habían logrado congeniar. Y para ella era todo un logro, pues no tenía amigas en el castillo más que Fiona.

Con el paso de los años habían desarrollado una gran amistad y lealtad entre ambas que bien podía convencer a todo el mundo de que, realmente, eran hermanas y no primas. Cuando la confianza entre ellas había ido a mayores, Fiona le había enseñado cosas que había aprendido de su padre y que el laird Cameron se lo había prohibido el primer día de su estancia en el

castillo. La una a la otra le guardaba los secretos, pero Fiona también sabía un secreto de Maisie que haría que su vida se convirtiera en un infierno, y estaba segura de que el día estaba llegando, como así se lo confirmó su propio tío segundos después:

—Debemos tener una conversación que hace tiempo que ronda por mi mente —comenzó diciendo después de dejar la cuchara sobre el plato.

Ambas primas se miraron entre sí e intentaron evitar la mirada del laird. En otros tiempos, habrían mirado también a Rosslyn, pero lamentablemente había muerto un año antes debido a unas fiebres que se la llevaron antes de tiempo.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó Maisie con voz dulce.

—Ya tienes edad casadera, hija.

El corazón de ambas primas dejó de latir durante unos segundos. Se miraron entre ellas de reojo antes de volver los ojos hacia Fergus Cameron.

—Y hace tiempo que te prometiste con Clyde Campbell.

Fiona no pudo evitar torcer el gesto al escuchar ese nombre. No había vuelto a saber de él, no lo había visto y esperaba no tener que verlo, pero al mencionarlo, se dio cuenta de que, si iba al castillo a casarse con su prima, tendría que cruzárselo nuevamente. Se preguntó cuánto habría cambiado con el paso del tiempo, pero al instante sacudió la cabeza. No deseaba saberlo.

—Ya lo sé, padre, pero Macauley Campbell murió hace tiempo. Ese contrato podría haber expirado, ¿no?

Fergus negó con la cabeza.

—Su hijo sigue vivo, así que deberás casarte con él. De hecho, ayer envié una misiva para que viniera al castillo a desposarse contigo.

Los ojos horrorizados de Maisie se dirigieron hacia Fiona, que sabía lo que sentía. Desde hacía tiempo se veía con Dave, un joven del clan, y sabía que su prima estaba locamente enamorada de él. ¿Cómo iba a casarse con Campbell si no lo recordaba ni lo amaba?

—Me gustaría casarme por amor, padre. Yo…

—Eso no existe, hija. Te casarás con Campbell para seguir con la alianza entre ambos clanes. Si ahora le dijeras que no te desposarás con él, podría

iniciar una guerra para reclamarte y, por lo que sé, se ha convertido en un hombre muy parecido a su padre.

—Creo que eso no son precisamente ánimos para querer casarse con él, padre —intervino Fiona por primera vez, llamándolo como él deseaba—. Entienda que Maisie quiera casarse con alguien a quien ame.

—Es la hija del laird y las hijas siempre han sido una moneda entre clanes para hacer alianzas.

—Soy una persona, padre, no una moneda. No quiero casarme con Campbell.

Fergus dio una fuerte palmada en la mesa, sobresaltándolas.

—Te casarás con él en cuanto aparezca en este castillo. Y no hay más que hablar. ¿Tú tienes algo que añadir?

Fiona sintió los ojos de su tío como dos antorchas, y negó con la cabeza. Con el paso del tiempo había aprendido que a veces era mejor callar y obrar en la distancia. Y así había planificado sin que nadie supiera, ya que pasaba tan desapercibida en el castillo que apenas la miraban.

Desde su posición vio cómo los ojos de su prima se llenaban de lágrimas que no deseaba derramar ante su padre. Y a partir de ese momento, la comida se le hizo una bola en la garganta que no pudo masticar, por lo que carraspeó y miró a su tío:

—Ya me he llenado. Si me disculpa, me gustaría retirarme. Estoy cansada.

Fergus Cameron asintió de mala gana. La conversación lo había puesto de malhumor, ya que desde que su mujer falleció no se encontraba en su mejor momento, y que le llevaran la contraria no ayudaba en absoluto.

—Marchaos las dos. Quiero pensar en todo lo que hay que preparar para la llegada de Campbell.

Fiona se levantó la primera del asiento e instó a su prima a hacer lo mismo, aunque apenas hubiera probado la comida. La tensión en el comedor era tanta que habrían vomitado todo justo después de ingerirlo.

—Y ve preparando tu vestido de novia… —le advirtió Fergus a Maisie—. Te casarás en cuanto el laird Campbell pise este castillo.

Las manos de la joven temblaron ante la posibilidad de no ver más a

Dave y no casarse con él, como había pensado en los últimos tiempos.

—Podría darme un día para conocerlo, al menos…

Fergus levantó la mirada en su hija, provocando que esta temblara de nuevo ante la idea de que no le diera tiempo para poder hablar con él e intentar cancelar la boda. Y contuvo un suspiro de alivio cuando lo vio asentir en silencio, antes de volver a tomar la cuchara y seguir cenando.

Ambas primas se marcharon del comedor, y cuando se vieron solas en el pasillo, Fiona le hizo una señal a Maisie para que la siguiera. En completo silencio para evitar ser escuchadas por oídos ajenos, subieron al dormitorio de Fiona, que cerró la puerta tras de sí y la atrancó con una silla para que no pudieran abrirla y descubrirlas en su interior.

—¿Qué pasa, Fiona? La verdad es que no tengo el ánimo para nada esta noche.

La aludida sonrió tímidamente y le señaló la cama, donde ambas se sentaron inmediatamente.

—Lo sé, prima, pero estoy segura de que esto querrás escucharlo.

Fiona respiró hondo mientras observaba a su prima. Estaba segura de que la belleza que había desarrollado Maisie con el paso de los años y la serenidad de su rostro llamarían poderosamente la atención de Clyde Campbell, pero no estaba dispuesta a dejar que semejante hombre se llevara a su prima y le amargara la vida, ya que, si había desarrollado un carácter parecido al del padre, seguramente sería capaz de golpearla.

—Sabía que este día llegaría y que no querrías casar con Campbell porque estás enamorada de Dave.

—Pero ya has escuchado a mi padre. No hay nada que pueda hacer porque ya lo ha avisado.

Fiona asintió, pero la sonrisa no se borró de su rostro.

—Sí, pero ese casamiento no tiene por qué hacerse, Maisie.

La aludida frunció el ceño, sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Llevo un tiempo pensando en ello, pero no he querido decírtelo para no hacerte ilusiones, aunque también por si lo de Dave no salía bien. Sin embargo, sé que estáis enamorados. Os he visto y sé que es así, por lo que

no tienes que casarte con Campbell. Si no hay novia, no habrá boda.

Maisie siguió mirándola sin comprender y Fiona bajó la voz.

—Tu padre está dispuesto a casarte con Campbell y tú pretendías ganar tiempo para hablar con él e intentar convencerlo de que no se case contigo. ¿Me equivoco?

Maisie negó.

—Hace años, cuando Campbell estuvo aquí, lo conocí un poco y no será buen hombre para ti. Él tampoco quería casarse contigo, pero sí parecía ser un hombre que cumple su palabra. Aunque no te quiera, se casará y habrás perdido el tiempo. ¿Y si viene al castillo y aprovechas ese tiempo que te ha dado padre para escaparte con Dave?

Los ojos de Maisie se abrieron desmesuradamente.

—Pero ¿cómo podría hacer eso?

—Desapareciendo sin más en medio de la noche. Tu padre te ha concedido un poco tiempo supuestamente para conocer algo más a Campbell, así que no te casará enseguida. Esa misma noche podrás escapar con Dave lejos de aquí y no volver. Casaos en secreto y así padre jamás podrá manejar tu vida.

Maisie sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—¿De verdad tenías todo esto pensado?

—Solo el hecho de que te fueras, pero tú misma me has facilitado el trabajo al pedirle tiempo a padre.

Maisie alargó las manos y se las tomó. Las tenía tan frías y temblaba tanto que le produjo una inmensa pena a Fiona.

—No eres mi hermana, pero te juro por mi vida que en mi corazón sí lo eres.

Fiona sonrió tímidamente.

—Solo quiero que seas feliz, y sé que al lado de ese hombre no lo serás, pero junto a Dave sí.

Maisie asintió.

—Lo único malo es que no volveremos a vernos, Fiona.

Esta se encogió de hombros.

—Me vale con saber que te cuidará como mereces. Y ese Campbell que se busque a otra…

Ambas rieron y se abrazaron.

—Lamento que padre no te haya tratado como a una hija más y te haya obligado a ganarte el pan que comes.

Fiona le restó importancia con un gesto de la mano.

—Si no hiciera nada, me aburriría enormemente.

—Podrías haber aprendido a bordar, como yo.

Fiona enarcó una ceja.

—¿Eso es divertido?

Maisie lo meditó un segundo y acabó sonriendo.

—La verdad es que no…

Fiona le apretó la mano.

—Hasta que venga Campbell, actúa con normalidad y que nadie note que vas a marcharte. Como yo estoy en las cocinas, te prepararé algo para comer en una alforja y la llevaré como pueda a Dave. Lo bueno que tiene trabajar es que te abren el portón sin preguntar.

Maisie asintió, pero de repente, su rostro se ensombreció.

—¿Y cómo podré salir yo del castillo? Me reconocerán.

Fiona le guiñó un ojo.

—Hay un pasadizo que va desde la despensa al bosque y que muy poca gente conoce. Lo descubrí un día por casualidad cuando intentaba coger un bote de una estantería. Me caí y la estantería se movió. Ser torpe a veces tiene sus ventajas.

Maisie sonrió.

—Gracias, Fiona. No sé cómo voy a compensarte por lo que vas a hacer por mí. Si no vuelvo a verte, no podré ayudarte a ti con padre. ¿Y si te culpa?

La joven se encogió de hombros.

—No creo que lo haga, pero si lo hace, sabré apañármelas. No he olvidado todo lo que me enseñó mi padre…

Clan Campbell

Ya era de noche cerrada y a pesar de estar demasiado cansado, Clyde no podía irse a dormir aún, ya que últimamente parecía tener la mente en otro lado. Desde hacía varios días, no podía concentrarse ni tampoco trabajar como solía hacer y, aunque nadie había notado nada, no quería relajarse. Pero era tan fuerte y grande el peso de su espalda que a veces creía que iba a caer redondo al suelo y de forma más que humillante.

A pesar de haber sido entrenado duramente para llevar sobre sus hombros el peso del clan, necesitaba descansar un poco, mantenerse a un lado, aunque solo fueran unos días, y así liberar tensión en su cuerpo. Pero no podía. La vida le pesaba tanto que había llegado a tener la tentación de abandonar todo y vivir de trabajar en el campo. ¿Cómo iba a manejar el clan si no era capaz de manejar su propia vida, sus sentimientos y pensamientos?

Clyde suspiró, y ese suspiro llenó el espacio dentro de la sala de armas. Todos sus guerreros solían entrenar en el patio, pero a veces le gustaba evadirse en soledad y entrenar él solo en esa sala. Y por ello se encontraba en ese momento en ese lugar, aunque no solo para el entreno de hacía tan solo unos minutos, sino para afilar algunas de las espadas que allí guardaban y que se habían desafilado tiempo atrás y nadie daba el paso para volver a darles filo.

La luz en la sala era escasa. Por lo que Clyde había tenido que acercarse a la única antorcha del lugar para poder afilar la daga que tenía entre las manos.

Hacía más de tres horas que el día había llegado a su fin y que la vida en el castillo había parado por completo. El silencio en la fortaleza resultaba a veces abrumador, pero para él era un momento perfecto para poder conectar consigo mismo de nuevo. Por ello, siempre se acostaba tarde, disfrutando del intenso silencio que calmaba su ruido mental.

Sus penetrantes ojos azules se dirigieron hacia la chimenea al otro lado de la sala, sobre la que reposaba el enorme escudo de los Campbell y que a veces había odiado tanto en su interior que había estado a punto de romperlo, especialmente cuando su padre aún vivía, el mismo padre que lo había forjado no en fuego, sino a golpes, y que había logrado que fuera un

hombre solitario y frío.

Y era cierto. Ya no era el mismo desde hacía tiempo. Su cuerpo había cambiado, provocando que fuera uno de los hombres más altos del clan y con un cuerpo tan desarrollado que a veces había roto las camisas que se ponía debido a que le apretaban demasiado en la zona de los brazos.

Su pelo moreno, que siempre había intentado peinar y llevar bien colocado ante su padre, ahora era un manojo de mechones que apenas podía manipular, ya que era tan rebelde como él en su juventud.

Su rostro cuadrado se contrajo cuando cambió de postura y sintió dolor en su hombro. Se lo había golpeado el día anterior en un entrenamiento y no se había molestado en visitar a la curandera para que le diera algo con lo que rebajar la inflamación que apareció esa mañana. Pero no le importaba. Estaba tan acostumbrado a aguantar el dolor físico y mental que ya nada lo sorprendía.

Sonrió al recordar la misiva que recibió unos días antes. A pesar de que no había mostrado sentimiento alguno ante los demás, le había hecho la misma ilusión que a un niño cuando recibe un juguete nuevo. Después de varios meses, le había escrito la mujer que se había convertido en su gran amiga: Bonnie MacDonald. No pudo evitar recordar sus enfrentamientos en los juegos de las Highlands, disputados en sus tierras meses atrás y donde Bonnie había estado a punto de matarlo por un malentendido. Eso, sumado a lo que había sucedido después, había logrado que la amistad entre ellos fuera en aumento, y ahora la consideraba no solo una gran aliada, sino una grandísima amiga con la que poder hablar. Su única amiga.

Clyde sonrió con tristeza ante la certeza de ese hecho, pero estaba tan acostumbrado que no le importaba. Y ese mismo sentimiento lo asoló al recordar de nuevo los juegos del año anterior. Jamás lo reconocería, pero lo habían llenado de vida. Había visto caras nuevas, había hablado con personas a las que no conocía, pero le habían hecho odiar aún más su soledad cuando volvió a su castillo.

Echaba terriblemente de menos hablar con Bonnie cara a cara, incluso a Logan MacGregor también lo echaba de menos, pero jamás lo reconocería. Sonrió nuevamente al recordar la carta que le llegó meses atrás cuando le confirmaban que se habían casado y no lo habían invitado por falta de tiempo, ya que Logan quiso casarse inmediatamente para evitar que

Magnus MacLaren acudiera al enlace. Clyde puso los ojos en blanco y dejó escapar una risa. Aún le dolían los nudillos por el puñetazo que le propinó a Logan cuando acudió presto al castillo MacGregor para felicitarlos por su boda. Este había estado a punto de devolvérselo de no ser porque Bonnie se interpuso y le dio la razón, ya que le habría gustado que Clyde acudiera a la boda.

Mientras la sonrisa duraba en sus labios más de un minuto, escuchó unos pasos apresurados acercándose a la sala en la que estaba, y en ese momento, su rostro se endureció, volviendo a ser el hombre serio que normalmente era.

Levantó la cabeza hacia la puerta cuando su segundo al mando entró en la sala y se dirigió a él con paso rápido. Clyde se incorporó y alargó la mano al ver que Rob le tendía una misiva.

—Muy importante debe de ser esta carta para que no pueda esperar a mañana.

Rob torció la cabeza.

—No sé si será muy importante, pero el hombre que la ha traído sí parecía tener prisa. Por eso, no he querido esperar a mañana. Y como sabía que estarías despierto… Por cierto, era un Cameron…

El corazón de Clyde se detuvo unos instantes. La mano que sostenía la carta pareció temblar momentáneamente y miró a Rob durante unos segundos.

—¿Crees que es algo malo? —le preguntó este al ver su rostro lívido—. ¿Esperas una declaración de guerra? Por tu cara, lo parece.

Clyde carraspeó y negó con la cabeza.

—Me temo que últimamente no recibo buenas noticias… —se quejó el laird.

El momento que tanto temía había llegado. No había abierto la carta aún y, a pesar de eso, sabía lo que ponía en su interior. El lacre con el escudo de los Cameron parecía lucir demasiado, casi como si estuviera riéndose de él, recordándole que una parte de su vida estaba atada y que no podía escapar de ello. Lo había ocultado a todo el mundo. Jamás había comentado algo así, incluso había mentido si alguna vez le habían preguntado si estaba prometido. En su mente, no lo estaba. En su vida, sí. Y sabía que no podía

escapar. Por ello, una vez más odió a su padre por haber atado su destino a aquella niña que se había convertido ya en una mujer.

Irónicamente, se preguntó si aún seguiría jugando con muñecas, y sacudió la cabeza para alejar aquella imagen aniñada de su mente.

—Si lo dices por la petición de matrimonio de los MacAllister…

Clyde resopló y se alejó de él unos pasos para colocar la daga en su lugar, puesto que ya tenía filo suficiente. Después, suspiró largamente y se giró de nuevo hacia él.

—No me recuerdes ese momento, por favor.

Rob sonrió y apoyó el hombro contra la pared.

—La verdad es que hay que reconocer que los MacAllister tuvieron arrestos para ofrecerte a su hermana como moneda de cambio para una alianza.

—Sobre todo, después de que ella se haya acostado con casi todos los hombres de su clan y parte de otro…

Ambos se sonrieron en silencio.

—No habría sido un buen matrimonio.

—No, está claro —afirmó Clyde, mirando de nuevo la carta entre sus manos—. Pero este tampoco.

Rob frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A la maldita petición que contiene esta carta de los Cameron… —dijo Clyde—. No solo rechacé la petición de los MacAllister por el listado de amantes de su hermana, sino porque no podía casarme con ella.

—¿Y por qué no? —preguntó Rob con verdadero interés.

—Porque en esta carta se me reclama que me case con la hija primogénita del laird Cameron.

Rob dejó escapar una risa ligeramente nerviosa y de incredulidad.

—¿Cómo lo sabes? No la has abierto…

Clyde suspiró y volvió a acercarse a él. El sentimiento de bienestar que había experimentado minutos antes mientras estaba solo se había esfumado

de golpe. Ahora tenía en su pecho una intensa sensación de nerviosismo y malestar que había logrado enfurecerlo. Sin lugar a dudas, no iba a dormir como pensaba hacerlo.

—Los Cameron nunca nos han escrito. Y llevo años esperando esta carta. La primogénita de los Cameron es mi prometida desde hace diez años.

Las cejas de Rob se arquearon de golpe. En sus ojos se vio reflejada la sorpresa y lo miró como si de repente le hubieran salido dos cabezas. Los ojos azules de Clyde no parecían mentir y, desde luego, lo conocía bastante bien como para saber que él jamás bromeaba.

—¿Es eso cierto? —preguntó cuando se recuperó de la impresión.

Clyde asintió.

—Sí, pero jamás he contado nada a nadie. De hecho, esperaba que a los Cameron se les olvidara nuestro compromiso algún día. A mi padre se le ocurrió la genial idea de prometerme con una niña que estaba más pendiente de sus muñecas que del compromiso. Espero que haya dejado de jugar con ellas…

—¿Y por qué no te niegas? Si fue idea de tu padre, tu podrás negarte…

Clyde enarcó una ceja.

—¿Y provocar una guerra? No, gracias.

—Entonces, ¿tienes que acudir al clan Cameron a casarte?

Clyde se encogió de hombros.

—Supongo que es eso lo que pide la carta. La leeré y, si tenemos que marchar, nos iremos mañana mismo.

Rob asintió.

—Le diré a los demás que se vayan preparando por si mañana partimos.

—En cuanto la lea, os avisaré para preparar todo.

Rob intentó sonreírle, pero solo le salió una mueca y se marchó, dejándolo solo nuevamente.

Cuando todo quedó en silencio y las botas de su segundo al mando se alejaron y se perdieron en el pasillo, Clyde suspiró y se sentó en el suelo, contra la pared. Apoyó la cabeza en esta y cerró los ojos un instante antes de romper el lacre.

—Por favor, que diga que ha muerto… —susurró.

Sin embargo, la suerte no estaba de su parte y nada más empezar la carta, confirmó lo que sospechaba:

"Mis más sinceros saludos, futuro yerno.

Soy un hombre que va de lleno al tema y no me ando por las ramas, por lo que esta vez no será diferente.

Hace diez años, como recordarás, tu padre y yo decidimos comprometeros a mi primogénita y a ti. Maisie ya tiene edad casadera, así que he decidido que es hora de que unamos ambas familias y ambos clanes.

Espero que no tengas problema alguno con acudir a mi castillo cuanto antes para la unión, tal y como acordamos tu padre y yo. Así que nos vemos pronto, muchacho, y después mi hija se marchará contigo a tu clan para vivir vuestra vida y darme todos los nietos que deseo.

Sin nada más que añadir, nos vemos pronto.

Fergus Cameron."

Clyde no pudo evitar arrugar la carta entre sus manos mientras mascullaba maldiciones a diestro y siniestro. El guerrero volvió a apoyar la cabeza contra la pared y respiró hondo.

—Maldita sea… —murmuró.

Clyde guardó la carta entre su ropa a pesar de que el papel estaba totalmente arrugado y se levantó del suelo. Apagó la antorcha de la pared y, prácticamente a oscuras, salió de la sala de entrenamiento para dirigirse al patio, donde estaban sus hombres vigilando.

Si tenía que casarse, lo haría cuanto antes. No deseaba demorarlo y tenerlo en la cabeza días y días.

Cuando el frescor de la noche le dio de lleno en el rostro, Clyde cerró los ojos un instante, disfrutando del viento contra su piel. Sin embargo, se obligó a dirigirse rápidamente hacia sus hombres. Cuando llegó junto a la muralla, miró a Rob, que estaba junto a los demás, oteando la oscuridad de la noche, buscando a alguien que quisiera atacarlos.

—Rob, Mervin y Fyn, mañana saldremos hacia el clan Cameron. Los demás se quedarán aquí para proteger el castillo.

—¿Solo iremos nosotros? —preguntó el último—. ¿No será peligroso?

Clyde resopló, malhumorado.

—Tranquilo, cuando regresemos, podrán defendernos las muñecas con las que jugaba mi futura esposa… —respondió irónicamente—. Saldremos a primera hora.

Los tres guerreros asintieron y se miraron entre sí. Ya conocían el carácter serio y reservado de su laird, pero esta vez parecía haber un odio interno que no había podido guardar a pesar de la contención.

Clyde se marchó al interior del castillo para intentar descansar, aunque sabía que no podría. Jamás había deseado casarse, y menos por obligación. Aún recordaba muy vívidos aquellos momentos pasados en el castillo de los Cameron. Recordaba el rostro de la niña con la que lo habían prometido. Sabía que se habría convertido en una gran mujer muy bella, pero ni la deseaba ni la quería junto a él.

Clyde necesitó de toda su fuerza de voluntad para no clavar el puño en la piedra de los muros del castillo, sobre todo, después de recordar otra parte de su pasado y que tenía que ver con los Cameron. La hija menor del laird era la culpable de su carácter. Aquella había sido la última noche de su vida que se había atrevido a mostrar piedad, pues la paliza que le propinó su padre le hizo ver que o se ponía de su parte y sobrevivía o acabaría muerto después de tantos golpes. Aquella joven antipática, grosera y torpe lo había cambiado para siempre después de tirarle encima el vino a propósito. Y aún no se lo había perdonado.

El guerrero apretó los puños a medida que caminaba hacia su dormitorio. En ese momento, juró que, si esa joven volvía a ponerse en su camino, le haría la vida imposible. Tan solo deseó no cruzársela cuando llegara al clan Cameron para casarse con su hermana mayor o acabaría con la vida de la pequeña de la familia.

CAPÍTULO 2

Clan Cameron

Todo el castillo era un hervidero de sirvientes esperando la inminente llegada de los Campbell. El laird de dicho clan había enviado una misiva de vuelta, indicando que salía de su castillo para acudir a la llamada de los Cameron y así completar el compromiso con su primogénita, lo cual provocó que Maisie llorara por todos y cada uno de los rincones de la fortaleza, escondiéndose especialmente de su padre, aunque no de Fiona, que la acompañaba en todo momento.

Desde que sabían que Clyde Campbell iba a llegar al castillo, habían repasado una y otra vez su plan para tenerlo todo listo. Incluso habían hablado con Dave para que tuviera todo preparado para la noche en la que ambos se fugarían con la ayuda de Fiona. Y aunque habían intentado convencer a su padre para que cancelara el compromiso, este no había dado su brazo a torcer. Por eso, ambas estaban convencidas de lo que iban a hacer.

Maisie se quedaría el tiempo necesario hasta saludar a Clyde Campbell, y después de eso, por la noche, se escaparía junto al hombre que realmente amaba.

Las horas de ese día fueron pasando y cuando ambas pensaban que algo había retrasado al laird Campbell, las puertas del castillo se abrieron para dar paso a su pequeña comitiva, despertando conversaciones que llamaron la atención de ambas jóvenes, que se encontraban en un pequeño salón cerca de la puerta de salida del castillo.

Cuando salieron al pasillo a ver qué ocurría, uno de los sirvientes acudió a ellas para avisarlas:

—El laird Campbell ya está aquí, señoritas.

Fiona torció el gesto. A pesar de que lo habían esperado horas antes y que su llegada era inminente, algo dentro de ellas aún seguía pensando que durante el trayecto lo habrían matado o que incluso se había perdido y que no llegaría nunca, pero el momento de volver a verlo había llegado.

Fiona intentó mantener la calma, aunque no podía evitar sentirse casi más nerviosa que su prima. Esta temblaba de pies a cabeza, pues los pocos

recuerdos que tenía de él no eran precisamente los mejores. Sin embargo, a su lado, Fiona creía que iba a vomitar toda la comida ingerida en años. Volver a ver al joven que la había tratado así y que ahora se había convertido en un hombre parecido a su progenitor hacía que toda ella se sintiera en alerta. Aún recordaba sus poderosas manos en su ropa, empujándola hacia el filo de la torre del castillo, desde donde amenazó con tirarla. Y ese recuerdo solo hizo que afianzara su decisión para ayudar a su prima a escapar o acabaría muerta en sus manos.

Cuando el sirviente se marchó y las dejó solas, ambas se miraron entre sí y Fiona intentó sonreír para darle ánimos.

—Si eso era una sonrisa, te ha salido muy mal —murmuró Maisie.

—Solo quiero animarte.

Maisie sonrió ligeramente.

—Pues has puesto cara de asco.

Su prima secundó su gesto y se encogió de hombros.

—Supongo que nos estarán esperando para recibir a su majestad… —ironizó al recordar que lo había llamado así años atrás.

Maisie asintió y ambas se dirigieron hacia la salida, pero su padre les salió al paso y miró directamente a Fiona.

—Tú ve a las cocinas a comprobar que todo esté en orden y preparado.

Fiona miró a Maisie.

—Me gustaría acompañar a mi hermana.

—Y a mí que vayas a las cocinas como te he pedido. Por cierto, te enviaré a los hombres del clan Campbell, así que prepara algo para que se repongan del viaje.

Fiona arqueó una ceja y contuvo la lengua, asintiendo y dejando sola a su prima, de la cual se despidió con una sonrisa.

La joven recorrió el pasillo con una mezcla de sensaciones. Por una parte, le alegraba saber que no tendría que ver, al menos enseguida, a Clyde Campbell. Pero, por otra, le habría gustado acompañar a su prima para brindarle su apoyo.

Sus pasos resonaron fuertes en el vacío pasillo. Supuso que gran parte de

los sirvientes se encontraban preparando habitaciones, la capilla y tal vez los salones para la llegada de los invitados. Desconocía si vendrían muchos hombres del clan Campbell, pues no deseaba aguantar su visita por muchos días.

Cuando llegó a las cocinas, se sorprendió al ver que estaban vacías.

—Vaya… qué bien —se quejó al ser consciente de que todo el trabajo acabaría en sus manos.

Con prisa, para evitarse problemas, Fiona preparó varios platos con queso, pan y fruta con los que llenar los estómagos de los guerreros del clan Campbell. Puesto que desconocía cuántos habría, preparó diez platos, bien cargados. Y después, se dispuso a preparar pan.

Sus manos se movían tan deprisa en todo momento que apenas tenía tiempo para respirar, pero no quería enfurecer a su tío, ya que todo tenía que estar en orden para la marcha de su prima, y no quería que la castigaran.

Con las manos manchadas de harina, Fiona amasó pan, manchándose no solo la ropa, sino también el rostro. Pero no le importó. No era la primera vez que se manchaba toda ella en medio de las cocinas, por lo que siguió con su trabajo.

Al cabo de unos minutos, escuchó varias botas golpeando el suelo, acercándose a la cocina. Y no pudo evitar ponerse nerviosa. Los Campbell se acercaban y rezó para que ninguno de ellos fuera el laird. Enseguida, la puerta de las cocinas se abrió y dio paso a tres hombres con los colores de los Campbell en el manto que cubría su hombro derecho. Estos la miraron a los ojos, sorprendidos, y a pesar de que la joven miró por encima de sus hombros, esperando a más guerreros, descubrió que solo eran ellos tres.

—¿Habéis venido solo vosotros tres?

—¿Así es como recibes a los invitados del clan? —preguntó uno de ellos con aires de suficiencia.

El malhumor de Fiona aumentó y resopló.

—Está claro que la amabilidad no forma parte de las virtudes de los Campbell…

El mismo que había hablado se acercó a ella con gesto adusto.

—Tu laird nos ha dicho que una sirvienta habría preparado comida para

nosotros.

Fiona sintió que la humillación recorría todo su cuerpo. ¿Aquellas palabras serían ciertas o lo habían dicho para hacerle sentir mal? Fuera como fuese, no iba a mostrarse débil ante ellos.

—Ahí tenéis la comida. Y, por cierto, no soy una sirvienta. Soy la hija pequeña del laird.

Los guerreros no respondieron hasta que tomaron varios platos y los llevaron hacia una mesa, donde comenzaron a llenar sus estómagos, hasta que uno de los que aún no había hablado la miró de arriba abajo.

—¿Es normal que la hija del laird trabaje como una sirvienta?

Fiona tragó saliva y respiró hondo para no estamparle la masa del pan en toda la cara. Su padre le había enseñado a actuar con inteligencia en lugar de con fuerza. Por ello, sonrió ampliamente y señaló la comida con la cabeza.

—¿Es normal que los Campbell os fieis de la comida que os ponen sin pensar si está envenenada?

Al instante, se hizo el silencio dentro de las cocinas. Los tres guerreros dejaron de masticar inmediatamente y miraron primero hacia los platos y después a ella. Fiona sonrió ampliamente, pues había conseguido el efecto que deseaba: que se les atragantara la comida por tratarla así.

Vio cómo levantaban la mirada hacia ella y derramaban sobre sus ojos toda la rabia que sintieron en su interior, pero Fiona les devolvió una mirada cargada de orgullo. Sabía que iban a quejarse por su trato y que tal vez se metería en problemas con su tío, pero no iba a permitir que la humillaran de esa manera. Y en el momento en el que uno de ellos hizo un movimiento para levantarse e ir hacia ella, una sirvienta entró en las cocinas tarareando una canción.

—¡Fiona! —exclamó al verla—. No sabía que estabas aquí.

La joven se alejó de los guerreros y comenzó a hablar con la sirvienta, pero sin perder el orgullo en su mirada. De reojo vio que no seguían comiendo, por lo que guardó una sonrisa entre sus labios.

—Martha está preparando las habitaciones para los guerreros Campbell, pero aún queda la habitación del prometido de tu hermana.

Al instante, el rostro de Fiona se iluminó ante una idea que cruzó por su mente. Ya se había metido en problemas, por un poco más no pasaba nada.

—¿Te parece bien que vaya yo? Ya he terminado aquí de preparar la comida para los guerreros, así que puedo ir yo… No tengo nada más que hacer.

A la sirvienta se le iluminó el rostro.

—¿Estás segura? Puedes ir al salón con tu padre…

Fiona negó con la cabeza.

—No me importa, de verdad.

—Está bien. Mientras tanto, iré preparando platos para la cena.

Fiona asintió con una sonrisa y se dirigió primero a la despensa para coger unas hierbas que la cocinera había llevado allí el día anterior. La había escuchado bien decir que se trataba de ortigas y que tuvieran cuidado al usarlas, pues podía causar fuertes picores. Con disimulo, cogió el bote y lo guardó en el bolsillo de su vestido. Después, volvió a las cocinas bajo la atenta mirada de los guerreros, a quienes miró de reojo y descubrió que habían vuelto a comer, aunque poco a poco. Sin borrar su sonrisa de satisfacción, Fiona cogió unas sábanas de la sala donde las guardaban y subió al piso superior con la intención de hacerle pasar un mal rato al laird Campbell. Si pensaba que se había olvidado de que estuvo a punto de tirarla de la torre, estaba muy equivocado.

Clyde estaba tan cansado del viaje que no deseaba escuchar la palabrería del laird Cameron. Este había cambiado con el paso de los años: su pelo se había vuelto ligeramente canoso, las arrugas surcaban su frente y su incipiente barriga indicaba que llevaba mucho tiempo sin practicar con la espada. Su carácter firme no había cambiado en absoluto, mostrándose frío con su hija y distante con él para evitar que alguno de ellos se opusiera al matrimonio.

Frente a él, sentada en un sillón, se encontraba Maisie, que apenas levantaba la mirada hacia él. Vio que se retorcía las manos con nerviosismo y ligeramente con ira contenida, pero al menos no portaba la muñeca con la que la había visto la última vez. Los años habían hecho de ella una mujer realmente hermosa. Su pelo rubio y ligeramente rizado le daba un aspecto

casi angelical, con una mirada azul en la que mostraba su miedo ante su inminente boda y un cuerpo verdaderamente escultural con el que poder calentar su catre en las noches de invierno. Y, sin embargo, no era lo que él deseaba. Tanta ternura y delicadeza le daba escalofríos y provocaba en él un rechazo que no podía controlar. A él siempre le habían gustado las mujeres valientes, decididas y rebeldes porque se asemejaban más a su carácter, aunque solo había conocido a una mujer así, y estaba casada: Bonnie MacDonald.

En cambio, Maisie era tan delicada como aquella muñeca que tenía entre sus manos años atrás, como si no pudiera sobrevivir a un invierno salvaje en tierras Campbell. Y teniendo en cuenta cómo era la gente de su clan, tendría que estar pendiente de ella en todo momento.

Clyde suspiró largamente y miró de nuevo al laird Cameron, a quien le dieron ganas de propinar un puñetazo para comprobar si se callaba de una maldita vez.

—Mi hija me ha pedido un tiempo para que os conozcáis, pues solo os habéis visto una vez. Y se lo he concedido, así que no os casaréis hoy mismo, sino otro día. Espero que eso no trastoque mucho tus planes, Campbell.

—La verdad es que sí lo hace, Cameron —respondió Clyde con voz ligeramente molesta y profunda, que logró sobresaltar a Maisie.

Sin embargo, decidió darle ese capricho a la joven:

—Pero está bien. Nos casaremos pasado mañana y regresaremos de inmediato a mi clan. No quiero estar fuera más tiempo del necesario.

Y en ese instante, la mirada de Maisie se levantó de sus manos y lo miró a la cara con una pequeña sonrisa de agradecimiento. Él no pudo devolvérsela. ¿Cómo iba a sobrevivir el resto de su vida a la compañía de esa mujer a la que no amaba ni tenía intención de hacerlo? Vivía hastiado ya desde antes. Junto a ella… no deseaba ni imaginárselo.

—Puesto que ya está todo aclarado, me gustaría descansar. Hemos cabalgado sin parar y me gustaría hacerlo un momento antes de la cena.

—Por supuesto… Las sirvientas ya habrán adecentado tu dormitorio.

Clyde asintió y le hizo una inclinación de cabeza a Maisie antes de levantarse y salir del salón. Cuando se vio solo en el pasillo, dejó escapar

un largo suspiro de alivio. La tensión que se había respirado dentro de esa estancia casi le había impedido respirar con normalidad, por lo que necesitó de unos segundos para recuperarse.

Su malhumor no había ido precisamente a mejor con esa conversación. Había deseado casarse de forma inmediata y regresar enseguida a su hogar, pero no pudo evitar concederle ese pequeño capricho, pues sería el único hasta que la muerte por fin los separara.

Caminó lentamente por el pasillo y no se preocupó en ir a buscar a sus hombres, pues sabía que estarían bien atendidos. Por ello, preguntó a un sirviente cuál era su dormitorio antes de dirigirse a las escaleras que lo llevarían al piso superior.

Se detuvo ligeramente en ellas para admirar la belleza de ese castillo. No lo recordaba así, puesto que ahora tenía una decoración mucho más rica, símbolo de que las cosas en el clan Cameron iban bien. Numerosos tapices decoraban las paredes, dándole un aspecto mucho más acogedor. Nada que ver con el suyo, cuya decoración era mucho más minimalista.

Después de echar un vistazo a todos esos tapices, Clyde terminó por subir las escaleras y se dirigió al tercer dormitorio a la derecha. Descubrió que la puerta estaba abierta y que se escuchaba alguien canturreando en su interior. Despacio, para evitar alertarla, Clyde se aproximó sin hacer ruido y miró a la sirvienta desde la jamba de la puerta. Esta aún no se había dado cuenta de su presencia y seguía estirando la sábana.

No podía verle el rostro, pero su cuerpo era demasiado llamativo como para no perder la mirada en él. Era una mujer de mediana estatura; ligeramente delgada, aunque con unas curvas en su cadera y sus pechos que podrían quitar el hipo a cualquiera. Poseía un pelo del color del fuego, tan rojo y tan vivo que sintió verdaderas ganas de poner su mano sobre él y descubrir si era tan suave como parecía. Sin embargo, su rostro no podía verlo, pues lo tapaba el pelo, ya que se encontraba ligeramente agachada mientras estiraba las sábanas.

Pero cuando la sirvienta se incorporó y el pelo cayó hacia atrás, Clyde sintió que su corazón se había parado de golpe. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al reconocerla de inmediato. Apretó los puños con fuerza y la maldijo en su mente por haberle hecho un embrujo en el que lo había obligado a desearla. ¿Cómo se atrevía aquella pequeña bruja a lanzar

sobre él un hechizo? Sí, aquel rostro lo conocía, no cabía duda. Era la hija pequeña del laird Cameron, pero ¿por qué demonios era ella y no una sirvienta quien le estaba preparando la cama?

Con el ceño fruncido, dio un paso al frente para echarla de allí, ya que prefería ser él quien terminara de cambiar las sábanas. No obstante, las manos de la pequeña bruja se dirigieron hacia un bote que sacó de entre su ropa. Al instante, reconoció las hojas de ortiga. Vio cómo las sacaba con un pañuelo para evitar tocarlas y mostraba su intención de restregarlas por las sábanas para provocarle picores mientras dormía. Pero ¿cómo demonios se atrevía a semejante afrenta?

Por ello, Clyde entró directamente en la habitación y cerró dando un sonoro portazo que logró sobresaltar a la joven.

—Atrévete a acercar un poco más esas hojas de ortiga a mi cama y haré que te corten las manos delante de tu padre… —sentenció con voz profunda.

Cuando los ojos azules de la joven se elevaron hacia él, vio el horror reflejado en ellos por haber sido descubierta. Las manos temblaron ligeramente antes de alejarse de la cama y esconder las hojas en los bolsillos de su vestido.

Clyde habría dado uno de sus brazos para hacer algo que pudiera horrorizar aún más a aquella maldita mujer a la que odiaba desde hacía diez años y que había provocado que su padre le diera la peor de las palizas, que lo cambió para siempre. Se acercó a ella lentamente, dibujando una expresión seria en su rostro, la que sabía que siempre atemorizaba a sus enemigos.

—No sé a qué te refieres —dijo la joven a pesar de que había sido descubierta.

Clyde rechinó los dientes y dio otro más hacia ella, provocando que la joven diera uno atrás para evitar que siguiera acercándose a ella.

—¿No lo sabes? ¿Y esa ortiga que guardas?

Fiona tragó saliva y lo miró de arriba abajo. No lo esperaba ver tan pronto, y menos que la descubriera, pero lo que menos esperaba era que hubiera cambiado tanto en tan solo diez años. El adolescente de quince años se había convertido en un hombre enorme y fuerte que escondía su rostro

bajo una poblada barba de la que sobresalían dos ojos azules, tan intensos y peligrosos que le hicieron temblar.

Al ver que volvía a aproximarse a ella, dio otro paso atrás. Era más alto de lo que recordaba, mucho más que ella, y debía elevar ligeramente la cabeza para poder mirarlo a los ojos, esos tan peligrosos que parecían prometer el infierno cada vez que los observaba.

Fiona sacó las manos de los bolsillos de su vestido y se las mostró con orgullo.

—No tengo nada, Campbell. No has mirado bien.

El guerrero frunció aún más el ceño y dio otro paso más hacia ella.

—¿Estabas dispuesta a envenenar mi cuerpo con ortiga? Eso llevaría a tu clan a la ruina.

—Eres un exagerado. Y un maleducado. La hija del laird se preocupa de que tu estancia sea agradable y no eres capaz de agradecerlo.

—Serás…

—¿Qué? —lo cortó la joven con mirada orgullosa.

—Bruja.

La joven resopló e intentó rodearlo para salir de allí, pero se encontró con el enorme brazo del guerrero, que apoyó la mano en la pared. Y no pudo saber por qué demonios ese simple gesto y esa increíble visión de sus músculos la sobresaltó.

—Acabas de insultar a la hija menor del laird Cameron.

Clyde torció la cabeza.

—Ella también me ha insultado a mí al creer que soy tan tonto como para intentar hacerme pensar que no he visto lo que, claramente, estabas haciendo.

Fiona elevó el mentón con orgullo y Clyde sintió la imperiosa necesidad de bajarle esos humos que se gastaba la joven desde que era apenas una niña.

—Veo que tu carácter no ha mejorado con los años —le espetó la joven mirándolo a los ojos e intentando que el miedo no atenazara su garganta ante la oscuridad que parecía haber tras ellos.

—¿El tuyo sí? —rebatió el guerrero—. Sigues siendo la misma muchacha impertinente, antipática e insolente con la que, por desgracia, me crucé. Y a la que me encantaría pisar como si de una cucaracha se tratara, sobre todo después de descubrir lo que intentabas hacer con las ortigas.

Durante un pequeño segundo, un sentimiento de miedo cruzó por encima de la aversión que sentía hacia él, y se vio reflejado en sus ojos, algo que no pasó desapercibido para Clyde.

—Todo el mundo conoce mi torpeza —murmuró la joven intentando ocultar su verdadero sentimiento—. Nadie creería que ha sido a propósito.

Clyde sonrió de lado bajo la barba, provocando que la mirada de Fiona se dirigiera directamente hacia sus labios, gesto que no le gustó al guerrero, que estuvo a punto de gruñir. Apoyó la otra mano al otro lado de la cabeza de Fiona, que tragó saliva con cierta dificultad. Ese guerrero, al que consideraba su enemigo, estaba demasiado cerca de ella y podía romper su cuello con tanta facilidad que no podría hacer nada para evitarlo. Y lo peor de todo era que había cerrado la puerta y nadie sabía que ella estaba allí.

—Entonces, si eres tan torpe, nadie sospecharía si te encuentran al pie de la escalera con el cuello roto —aquella amenaza no era nueva para ella. Diez años atrás ya hizo lo mismo al fingir que iba a tirarla desde la torre—. Aunque también todo el mundo conoce mi ira. Nadie se sorprendería al ver que me vengado de ti.

—¿Vengarte de qué? No he hecho nada… —rebatió la joven.

Cambiar mi carácter, estuvo a punto de decir Clyde. Sin embargo, acercó más el rostro al de ella y rechinó los dientes mientras la miraba de arriba abajo, provocando que Fiona sintiera que la recorría una barra de hierro ardiendo. La joven se pegó más contra la pared, pero, incluso así, no podía escapar de su mirada.

—¿Así es como sigues tratando a los invitados del clan? Recuerda que vamos a ser familia. De ti depende que trate bien a tu hermana en el futuro.

Fiona frunció el ceño y elevó el mentón.

—No mientas, Campbell. Tratarla bien o mal depende de ti. No me culpes de tu mal carácter.

Tras esas palabras, los ojos azules de Clyde parecieron desprender auténtico fuego salido del infierno. Fiona lo vio contenerse, y sintió que

había traspasado una línea que no debía, pero no le había dicho nada hiriente, tan solo lo que pensaba. Los puños del guerrero se cerraron con fuerza a ambos lados de su cabeza y su aliento rozó su rostro cuando gruñó por lo bajo.

—Tal vez en ese mal carácter sí que tienes mucho que ver —susurró Clyde con voz ronca y peligrosa.

El recuerdo de la paliza que le dio su padre no muy lejos de allí volvió a aparecer en su mente, enfureciéndolo, sobre todo al tener a la culpable delante de él, a su merced, contra la que tan solo tendría que mover un poco los dedos para que estos fueran a su cuello y así acabar con ella.

Estaba a solo unos segundos de poder consumar su venganza contra ella, pero cuando la vio abrir la boca para responder, se echó hacia atrás, alejándose de ella y señalando la puerta de mala manera.

—Fuera. Este es mi dormitorio, muchacha. Corre a consolar a tu hermana. No tenía mucho mejor aspecto que tú…

Fiona resopló y se separó de la pared y de él, yendo hacia la puerta.

—Vete al infierno, Campbell.

—Ya estoy en él… —murmuró de mala gana—. Y, por cierto, este bote es tuyo…

Fiona paró en seco y lo miró. Vio que le señalaba el bote en el que había llevado las ortigas. Así que volvió sobre sus pasos, lo rodeó y cogió el bote entre sus manos. Después, se dirigió de nuevo hacia la puerta y, antes de salir, escuchó que Clyde murmuraba:

—Así me gusta. Buena chica…

Pero no fue una frase dicha así como así; fue un ronroneo. Esa voz parecía haber salido de lo más profundo de sus entrañas, y le causó tal escalofrío que salió casi corriendo del dormitorio. Clyde Campbell era un hombre tan extraño y misterioso que no le daba buena espina. No podía confiar, y no podía dejar que su prima se casara con él. Esa misma noche debía ayudarla a escapar. Y no habría marcha atrás.

Varias horas después de la cena, cuando todo el mundo se había ido a dormir y ellas se habían recuperado del nerviosismo sufrido durante la

misma, en la que apenas habían podido probar bocado, Fiona y Maisie se encontraban en el dormitorio de la primera. Durante la cena, Fiona había sentido sobre ella todo el peso de las miradas de los Campbell, no solo del laird, sino de sus hombres, que habían tenido la genial idea de contar su encontronazo en las cocinas.

La joven se había ganado la reprimenda de su tío, pero ella, con una sonrisa, dijo que solo había sido una broma que los Campbell no habían logrado interpretar. Y en ese instante de tensión, temió que Clyde también contara que la había descubierto a punto de restregar ortigas en sus sábanas, pero este se había mantenido en silencio, algo que agradeció.

Y tras mantenerse en completo silencio durante todo el tiempo que duró la cena, retirarse a su dormitorio y esperar el tiempo necesario hasta que todo el castillo estuviera en silencio, Fiona vio cómo Maisie cerraba el petate en el que había metido su ropa y los pocos enseres que podía llevarse al viaje.

Ambas estaban nerviosas, pero Maisie parecía estar a punto de echarse a llorar en cualquier instante. Fiona se levantó de la cama y se acercó a ella para abrazarla.

—Tranquila. Todo saldrá bien.

—¿Y si nos descubren? ¿Qué diremos?

—Si alguien nos ve en el pasillo, diremos que hemos estado recogiendo esos vestidos para tirarlos porque ya no te vienen bien y que no hemos tenido tiempo en todo el día para ello. Y en el bosque no te va a ver nadie, Maisie. Está todo a oscuras y Dave te estará esperando con los caballos. Os alejaréis de estas tierras en unos minutos. Hasta mañana, nadie se dará cuenta de que has desaparecido.

Maisie asintió y respiró hondo para calmar el temblor de su cuerpo.

—Te echaré de menos.

Fiona sonrió.

—Y yo, pero la vida es muy larga y quién sabe si volveremos a vernos. Yo no estaré aquí por siempre.

Maisie asintió.

—Lo sé. Espero que te vaya bien todo.

—Os deseo lo mismo. Sé feliz, prima.

—Con Dave lo seré.

Fiona sonrió. En su pecho sentía que se abría un agujero al despedirse de su prima, pero era lo mejor para ella. No podía dejar que se casara con ese salvaje, pues podría hacer con ella lo que quisiera.

—Vamos, Dave te estará esperando.

Maisie asintió y cargó el petate a su espalda. Con sumo cuidado, Fiona abrió la puerta y miró hacia el oscuro pasillo, donde no había nadie. Le hizo una señal con la mano y ambas salieron. Dejaron la puerta del dormitorio cerrada y bajaron las escaleras despacio, sin hacer ruido. Sabían que los Campbell estaban muy cerca, por lo que podrían escucharlas y dar la voz de alarma. Así que, si lograban bajar las escaleras, lo demás era más fácil.

Mirándose de reojo, señalaron hacia el pasillo de las cocinas. Con pasos firmes, aunque lentos, recorrieron el oscuro pasillo, temerosas de que alguien más estuviera despierto en el castillo, así que cuando llegaron a las cocinas sin problemas, no pudieron evitar lanzar un suspiro de alivio.

—Ahora sí, Maisie. Ha llegado el momento.

La voz de Fiona sonó en apenas un susurro, pero su prima pudo escucharla. Temblaba como nunca por los nervios y la incertidumbre sobre cómo sería su vida a partir de ese momento. Iba a cambiar para siempre. Ya no viviría en la comodidad de un castillo y tal vez debería trabajar la tierra, pero iba a vivir con el hombre al que amaba. Se casarían en el primer pueblo que vieran nada más abandonar las tierras Cameron. Y así ya nunca nadie podría separarlos.

Fiona le sonrió y ella se la devolvió. Se abrazaron una última vez mientras de sus ojos caían lágrimas ante la despedida. Tanto una como otra deseaban mostrarse fuertes, pero sabían que esa despedida iba a ser para siempre.

—Temo que padre te castigue por mi huida…

Fiona se separó de ella y negó con la cabeza.

—Diré hasta la saciedad que yo no sé nada. No te preocupes.

La joven señaló hacia la despensa y apartó ligeramente la estantería. Al instante, un intenso frío caló entre su ropa y le dio paso a Maisie.

—Adiós, prima —le dijo Fiona con media sonrisa en los labios.

—Adiós, hermana —la corrigió con una sonrisa.

Fiona asintió y cerró con los ojos llenos de lágrimas en el momento en el que Maisie desapareció en el pasadizo. Cuando todo estuvo colocado, suspiró aliviada. Si ahora alguien la descubría, diría que había bajado a comer algo. Así que cogió una manzana del cesto y la apretó en la mano. Rezó para que nadie la viera y se marchó de las cocinas rumbo a su dormitorio. Al día siguiente tenía que estar fresca para fingir sorpresa ante la desaparición de Maisie y decir hasta la saciedad que ella no sabía nada. Y debía hacerlo bien, pues sabía que Campbell iba a hacer lo posible para destruirla hasta que confesara, pero jamás iba a traicionar a la que había sido su hermana desde hacía diez años, ni por todo el oro del mundo, ni ante cualquier amenaza. Fuera cual fuera…

CAPÍTULO 3

Cuando el alba llegó, Fiona apenas había podido dormir algo durante la noche. Tras comerse la manzana que había cogido para disimular si la descubrían, había sentido que esta parecía podrirse en su interior, amenazando con hacerla vomitar durante todas y cada una de las horas de la noche. Y cuando por fin parecía que su estómago se había calmado y podía dormir, el horizonte se había teñido de rojo ante la presencia de un nuevo amanecer.

Dejando escapar un fuerte suspiro, más por nerviosismo que por otro motivo, Fiona apartó las suaves sábanas que cubrían su cuerpo y se incorporó en la cama. La joven miró hacia la ventana y vio cómo el cielo iba despertando y dedicó unos minutos para pensar en su prima. Se preguntó cómo habría llegado Maisie junto a Dave y dónde se encontrarían ahora que habían pasado tantas horas. Rezó para que ambos hubieran cruzado las tierras del clan Cameron y se hubieran alejado de estas rumbo a una vida de felicidad que le habría sido arrebatada en cuanto se hubiera casado con Campbell. Sabía que Maisie ya tenía su vida resuelta, pero ahora quedaba que ella tuviera el enorme valor de fingir ante todos que no sabía absolutamente nada.

Fiona tragó saliva y se preguntó si ya se habrían dado cuenta de que su prima no estaba. Y a pesar de sus ansias por saberlo, Fiona se dijo que debía disimular, así que se obligó a esperar en el dormitorio durante media hora; tiempo que dedicó a cambiarse de ropa y peinarse a conciencia, como si su vida siguiera igual a pesar de ser la única que guardaba el gran secreto de ese día.

Cuando terminó de anudar su trenza, se asomó de nuevo por la ventana y descubrió que el cielo ya tenía su tinte gris que amenazaba tormenta, la misma que parecía haber ya en el castillo. Desde allí, llevó su atención hacia el patio del castillo, donde había más movimiento de lo habitual. No pudo evitar que en sus labios se dibujara una sonrisa tras descubrir a un enfadado Campbell hablando a voces con su tío. Y aunque no podía escuchar lo que decía, estaba claro que se encontraban discutiendo. Los hombres de su tío se movían de un lado a otro y algunos de ellos montaban sobre sus caballos antes de abandonar el castillo.

Fiona escondió su sonrisa, aunque no podía evitar una enorme satisfacción al ver que Clyde Campbell estaba enfadado. No sabía con certeza que su enfado fuera por la desaparición de su prima, pero estaba casi segura de que así era. Y no pudo soportar más la idea de no saber qué era lo que sabían o no sobre su desaparición.

Fiona respiró hondo y se encaminó entonces hacia la puerta de su dormitorio. Había visto de reojo que su tío y Campbell se dirigían de nuevo hacia la entrada de la fortaleza, por lo que debía darse prisa para bajar al piso inferior y llegar a las cocinas antes de cruzarse con ellos. Necesitaba aparentar calma y fingir desconocimiento ante los hechos que estaban sucediendo en el castillo.

Bajó con prisa las escaleras. Desde allí podía escuchar el barullo levantado en el dormitorio de su prima, pero lo sobrepasó como si nada y bajó las escaleras de dos en dos. Su vestido ligero, que siempre usaba para limpiar, le permitió ir más deprisa de lo normal. Sin embargo, cuando llegó al piso inferior y se encaminó directamente hacia las cocinas, un par de sombras aparecieron junto a la puerta de salida, impidiéndole seguir con su camino.

Fiona tuvo que frenar sus pies en seco para evitar chocarse contra el amplio pecho de Clyde, y dio un paso atrás. La joven carraspeó para darles los buenos días como si nada ocurriera, pero la voz de su tío la interrumpió primero:

—¡Fiona! —exclamó—. Ahora pensaba ir a buscarte.

El tono de voz del que fingía ser su progenitor le confirmó que estaba nervioso y preocupado. Por ello, ella misma fingió una expresión dudosa.

—¿Y eso por qué, padre? —preguntó mirándolos alternativamente—. ¿Necesitan algo de las cocinas?

Fergus Cameron negó con la cabeza y dio un paso hacia ella bajo la atenta mirada profunda de Clyde, que no apartaba sus ojos de ella, intentando penetrar en su mente para adivinar sus pensamientos, algo que la ponía extremadamente nerviosa.

—No. Lo que necesitamos es saber dónde está tu hermana.

Fiona frunció el ceño y lo miró sin comprender.

—¿Mi hermana? Supongo que estará en su cuarto. Tal vez no ha

descansado bien y ha decidido levantarse más tarde.

Fergus miró de reojo a Clyde, que resopló, enfadado.

—Una criada ha ido hace un rato a su dormitorio y lo ha encontrado vacío.

Fiona se encogió de hombros.

—Pues no sé… Habrá ido a dar un paseo.

Fergus la agarró del brazo y la acercó a él de forma tan brusca que logró arrancarle un gemido de dolor cuando sus dedos se clavaron en su carne.

—Su cuarto estaba completamente vacío. No están sus cosas.

Fiona fingió una expresión de asombro, algo que no le costó teniendo en cuenta que realmente sentía dolor en su brazo. La conversación era exclusamente entre su tío y ella, pero Clyde Campbell estaba tan atento que no apartaba sus ojos del lugar donde estaba siendo aferrada antes de ser zarandeada de nuevo.

—No sé qué ha podido pasar, padre. Anoche me despedí de ella como cualquier otro día…

La joven intentó que la seguridad, fortaleza y odio que mostraba Campbell no traspasara sus propias barreras y la pusiera aún más nerviosa de lo que ya estaba, pues temía hacer o decir algo que la descubriera ante él.

—Tu hermana siempre te ha contado todo, Fiona.

En el rostro de la joven se dibujó una nueva expresión de dolor, que hizo que Clyde diera un paso hacia adelante con la intención de intervenir, pero Fergus la acorraló contra la pared más cercana y la abofeteó antes de que tuviera tiempo de decir algo.

Fiona tragó saliva antes de llevar la mano a su rostro, sorprendida por ese arranque de ira de su tío. Intentando aparentar frialdad en lugar de la humillación que sentía, Fiona levantó la mirada hacia su tío, pero, inevitablemente, también la llevó hacia Clyde Campbell, que apretaba con tanta fuerza los puños que tuvo la sensación de que una gota de sangre cayó sobre su bota manchada de barro. Sin embargo, frente a los sentimientos, Fiona se mantuvo en sus trece. Jamás había traicionado la confianza de Maisie, y jamás lo haría.

—Lo siento, padre —comenzó diciendo con voz ligeramente temblorosa

—, pero mi hermana no me ha dicho nada. Le repito que tal vez ha salido a pasear o cabalgar.

—¡No seas tonta, muchacha! —vociferó su tío elevando un dedo acusador hacia ella—. No están sus cosas y nadie la ha visto salir. Me extraña mucho que haya escapado sin ayuda. Sabías de antemano que no deseaba llevar a cabo el matrimonio con el laird Campbell.

Inconscientemente, Fiona llevó su mirada hacia Clyde, que la observaba con el ceño fruncido y atento a cada uno de sus movimientos y palabras.

—Sí, lo sabía —le aseguró con voz más firme—. Eso sí me lo confesó, pero nada más, padre. No sé nada más.

Clyde se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—Mis hombres han salido a buscarla —intervino con voz potente y profunda—. Y si descubriéramos que ha huido para evitar la boda, no solo se meterá ella en un buen lío, sino también al clan y a la persona que la ha ayudado a escapar…

Fiona no pudo evitar tragar saliva ante la amenaza implícita en sus palabras. Sus ojos azules le aseguraron que habría un castigo para Maisie si la encontraban, por lo que lanzó un clamor al cielo para que jamás lo hicieran. Y, en ese momento, Fiona abrió la boca para responder, pero su tío, ante su duda y silencio, volvió a abofetearla, esta vez más fuerte.

—Maldita sea, muchacha, ¿dónde está Maisie?

Fiona se tragó la exclamación de dolor que se quedó atascada en su garganta cuando sintió que su labio se abría ante el fuerte golpe de su tío. La sangre comenzó a deslizarse por su barbilla, perdiéndose en su vestido.

De reojo, vio que Campbell se adelantaba y se ponía justo al lado de su tío, por lo que temió que él también la golpeara, no solo por la rabia de saber que su prometida había huido de él, sino por el odio que se tenían desde hacía años. Sin embargo, cuando levantó la mirada y la clavó en él, intentando mantener una pose erguida y orgullosa, descubrió que los ojos azules del guerrero estaban posados sobre la herida abierta de su labio, la cual latía como si tuviera vida propia, y la miraba con tanta ansia que no supo qué pensar.

—Le juro que no lo sé, padre —le aseguró con voz más firme.

Fergus abrió la boca para volver a gritar, pero la voz de Clyde se impuso a la suya y, sin apartar la mirada de Fiona, le habló al laird Cameron.

—¿Qué tal si nosotros también salimos a buscarla en lugar de estar aquí gritando sin descubrir nada nuevo?

Fergus lo miró, y solo entonces Clyde se obligó a sí mismo a apartar la mirada de aquella herida.

—Pero tú eres el laird…

—Y ella es mi prometida —apuntó—. Nadie mejor que yo para buscarla.

Fergus asintió.

—Está bien. Avisaré a mi segundo al mando y cabalgaremos juntos.

—No —lo cortó Clyde—. Tu hija pequeña y yo iremos solos a buscarla. Tus hombres y tú podéis tomar otro camino.

Fiona estuvo a punto de negarse ante la perspectiva de quedarse a solas con él, pero su tío se adelantó.

—Está bien, Campbell.

—Yo tengo cosas que hacer en las cocinas…

Fergus se giró su dirección tan rápidamente, que la joven dio un paso atrás, temerosa de que la volviera a golpear.

—Tú irás con el laird Campbell a buscar a tu hermana, y no hay más que hablar. Y no contradigas nada de lo que él te ordene, Fiona, o tendrás problemas… Y ya sabes a lo que me refiero.

La joven tragó saliva y miró fijamente a su tío antes de asentir sin ser consciente de que Clyde los miraba con el ceño fruncido, deseoso de saber a qué demonios se estaban refiriendo para que el rostro de la joven se hubiera tornado lívido. Sin embargo, no quiso preguntar y simplemente aferró el brazo de Fiona y la llevó hacia el patio antes de que pudiera quejarse una vez más.

—Puedo caminar sola, Campbell —le dijo intentando soltarse de las garras que tenía por dedos.

Sin modificar la expresión de su rostro, Clyde siguió adelante. No obstante, sí que suavizó sus dedos para evitar hacerle más daño y continuó caminando directamente hacia su caballo, que estaba preparado junto al

portón.

—¿Te duele?

Fiona lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—El labio —dijo en voz baja antes de tomar las riendas de su caballo y pedir al mozo de cuadras que los dejara solos.

Fiona frunció el ceño.

—¿Acaso te importa?

Clyde apretó con tanta fuerza las riendas que sus nudillos se volvieron blancos.

—La verdad es que no.

La joven resopló.

—Entonces no finjas preocupación.

Clyde se acercó a ella con los labios apretados antes de espetarle.

—No te equivoques, muchacha del demonio, no siento preocupación por ti. Y ahora sube al maldito caballo o tendré que azotarte el trasero. Y te aseguro que mis golpes son más fuertes que los de tu padre.

Fiona estuvo a punto de negarse, más por orgullo que por otro motivo, aunque finalmente apretó los labios como pudo y se subió al caballo.

—Buena chica… —murmuró Clyde mientras montaba tras ella y pasaba los brazos por su cintura para aferrar las riendas.

Fiona tragó saliva. Odiaba tener que compartir con él un espacio tan pequeño, especialmente si sus cuerpos tenían que rozarse, como lo harían a caballo, pero prefirió callarse y no añadir nada más. No obstante, lo odiaba con todo su corazón cada vez que el maldito laird Campbell murmuraba aquellas dos palabras. En su cabeza le había gritado, golpeado y confesado que no tenía prometida gracias a ella, pero sabía que no podría confesar jamás algo así porque acabaría siendo juzgada por traición.

Y cuando el caballo cruzó con prisa el portón y se encaminó hacia los bosques más cercanos, todo quedó atrás. El ruido se detuvo, la seguridad que siempre sentía había desaparecido y solo quedaba su peor enemigo: el hombre que cabalgaba detrás de ella y cuyo pecho rozaba su espalda a cada

segundo, provocando en ella un rechazo que no podía evitar.

—¿A qué lugares suele ir tu hermana cuando necesita estar sola? —preguntó Clyde a su oído.

Fiona se sobresaltó, pues no había esperado que le hablara, ya que se había mantenido callado desde que habían atravesado el portón. Instantáneamente, Fiona irguió la espalda para evitar el contacto con él, pero el caballo volvió a empujarla contra su pecho. Y a pesar de que intentó ignorar la pregunta, sintió cómo la presión que ejercían los brazos de Clyde alrededor de su cintura se enfatizaba, obligándola a responder.

—Mi hermana no solía salir del castillo porque no tenía amigas fuera —respondió.

—Pero saldría contigo…

La joven se encogió de hombros. Le habría gustado decirle que ella apenas disponía de tiempo para ausentarse del castillo para jugar o pasar tiempo al aire libre, ya que sus quehaceres de la fortaleza la mantenían realmente ocupada. Y cuando terminaba, se quedaba hablando con Maisie dentro del castillo. Así que no tenían un lugar fuera de los muros donde acudir para alejarse.

—La verdad es que los intereses de mi hermana eran muy diferentes a los míos —mintió—. Como habrás podido comprobar, a mí me gusta ayudar en las cocinas y en el resto del castillo. Prefiero eso a estar mano sobre mano o bordando…

Clyde resopló, cansado de esa situación a la que no le encontraba el final.

—Tengo la impresión de que sabes dónde está.

Fiona enarcó una ceja, aunque él no logró verla. La verdad era que no sabía dónde se encontraba. Solo sabía que se había escapado, pero no pensaba confesarlo.

—Te repito que no lo sé.

Clyde paró el caballo justo cuando pasaban por la orilla de un río. Miró a su alrededor y comprobó que estuvieran solos. Y entonces, desmontó del caballo, arrastrando con él a Fiona, quien lanzó una exclamación al creer que iba a caer de bruces contra el suelo.

—Pero ¿se puede saber qué demonios haces? —bramó mirándolo a los

ojos.

Pero Clyde no respondió, sino que levantó una mirada peligrosa hacia ella; una mirada cargada de intenciones para nada buenas que Fiona captó al instante. La joven tragó saliva y dio un paso atrás. Miró a su alrededor y estuvo a punto de chasquear la lengua tras darse cuenta de que estaban completamente solos y sin nadie cerca que pudiera escucharla.

—Si supieras dónde está tu hermana —comenzó diciendo el laird Campbell lentamente y con voz demasiado oscura—, ¿me lo dirías?

Fiona tragó saliva. El primer pensamiento que cruzó por su mente fue asentir y darle la razón, sin embargo, no podía mentir a su corazón, por lo que negó con la cabeza al tiempo que lo miraba directamente a los ojos. Y le espetó con firmeza:

—Jamás.

Clyde rechinó los dientes y puso los brazos en jarras al tiempo que dirigía la mirada hacia su izquierda. Estaba seguro de que aquella muchacha pelirroja de ojos azules sabía dónde estaba su prometida y no quería contárselo. Y lo peor de todo era que él jamás había destacado precisamente por tener una paciencia infinita, y haberse despertado con la noticia de que su prometida lo había dejado plantado había hecho que su malhumor aumentara, aunque él fuera el primero en no desear esa maldita boda.

Fiona se incomodó al recibir el silencio como respuesta. Había esperado un grito, un zarandeo, incluso una bofetada como le había propinado su tío en el castillo, pero ese silencio le pareció más peligroso que todo lo demás. Pensando que el guerrero no tenía más que añadir, la joven intentó alejarse de él para acercarse al borde del riachuelo, pero la férrea garra del guerrero se interpuso y la asió con fuerza del brazo para acercarla a él.

Fiona lanzó una exclamación de sorpresa, especialmente cuando vio demasiado cerca de ella los ojos azules del guerrero, que se clavaron en ella como una daga afilada. Y a pesar de que creyó que podría escapar, Clyde la acorraló contra el árbol más cercano. Fiona gimió de dolor al sentir contra su espalda el áspero tronco. El laird Campbell acercó su rostro al de ella, quedando a tan solo unos milímetros de que su nariz tocara la de la joven, pero no parecía ser consciente de su cercanía, ya que seguía mirándola como si nada, aunque con todo el odio del mundo reflejado en sus ojos.

—He de reconocer que no me importaría atarte a ese árbol y dejarte sola hasta que te decidas a contarme dónde está.

A pesar del nerviosismo de Fiona por la cercanía del guerrero, esta se obligó a mostrarse con el mismo orgullo y fuerte carácter de siempre, ya que no estaba dispuesta a que la viera bajar un ápice su insolencia y descaro.

—¡Ya te he dicho que no lo sé! —exclamó—. ¿Eres duro de mollera? ¿O acaso el famoso laird Campbell es tan corto de inteligencia que no me entiende?

Sabía que se había pasado. Lo sabía incluso antes de terminar de formular su pregunta, y, aun así, no le importó. Aquel juego no había hecho más que empezar esa misma mañana, y estaba deseando que terminara cuanto antes. Sabía que la huida de su prima le traería problemas, pero no tantos, y menos con él.

Ante el insulto, Clyde rugió de rabia y la tomó con fuerza del rostro. Sus dedos se clavaron en su mentón, provocando que la joven dibujara una expresión de dolor, pero no le importó en ese preciso momento, pues su rabia era más fuerte que cualquier otro pensamiento.

—Si sabes dónde está, más te vale contármelo.

Fiona resopló, encarándolo.

—¿Y si no lo hago? ¿Me pegarás como mi padre?

Clyde frunció el ceño aún más. Su padre se había comportado con él como si de una fiera se tratara, propinándole todas las palizas que él consideraba para hacer de él un hombre. Siempre lo había amenazado con golpearlo, y ahora que aquella joven le hacía la misma pregunta que él le había hecho a su propio padre, dudó. Y dudó como nunca había hecho. La fuerza de sus dedos, que aferraban su barbilla, menguó ligeramente, aunque no la soltó. Se preguntó si él también era una fiera que golpearía a una mujer indefensa, y aunque sabía la respuesta antes de terminar de formular su pregunta, se obligó a seguir mostrándose cruel para achantarla:

—¿Acaso quieres conocer la ira de un Campbell?

—¿Sinceramente? No me importa —respondió la joven con franqueza—. Tal vez matándome me harías un favor, Campbell.

—¿Acaso tu hermana te ha pagado para que la encubras? No entiendo tanta obcecación por ocultar dónde está. Tal vez unos días en la mazmorra de mi castillo…

—Deja ya de amenazarme, Campbell —exclamó la joven con cierto enfado—. No pienso decirte dónde está mi hermana…

Fue demasiado tarde. Lo supo nada más terminar de pronunciar la última palabra. Era demasiado tarde para dar marcha atrás y no pronunciar aquella frase con la que claramente estaba confesando que sabía algo sobre Maisie. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, y fue en ese momento cuando Clyde procesó en su mente lo que acababa de escuchar, por lo que arqueó una ceja.

—¿Tu torpeza llega también a tu boca? Lo digo por lo que acabas de confesar…

Fiona tragó saliva ruidosamente cuando los dedos del guerrero se apretaron más en su mentón.

—Yo no he dicho nada.

Clyde apretó tanto los labios que formaron una fina línea y Fiona supo al instante que estaba en serios problemas.

—Vamos a buscarla…

Fiona sentía en su espalda la tensión que manaba del cuerpo de Clyde, ya que después de todo un día buscando en los lugares más recónditos del clan Cameron, no habían encontrado a Maisie, aunque eso la alegraba enormemente. Sin embargo, temía que, al regresar al castillo, el laird Campbell confesara que ella sabía algo y su tío hiciera algo para obligarla a confesar.

Cuando apenas quedaban un par de horas más de luz en el cielo, el caballo negro de Clyde Campbell atravesaba el portón del castillo del clan Cameron, y Fiona no sabía si respirar aliviada o comenzar a preocuparse más. Con el paso del día, el silencio de su acompañante se volvía más y más peligroso, por lo que Fiona desconocía qué esperar de él.

Cuando este tiró de ella para desmontar, Fiona ya estaba preparada para ello, por lo que saltó y no se tambaleó cuando Clyde la arrastró rumbo al

interior del castillo. No se molestó en preguntar qué iba a hacer con su tío o qué iba a hacer con ella, ya que su orgullo se lo impedía, pero sabía que nada bueno iba a salir de ahí.

Ambos recorrieron el pasillo del castillo en silencio, tan solo roto por el sonido de las botas de ambos contra el suelo. Justo antes de llegar al despacho de su tío, Fiona intentó soltarse, sin éxito, por lo que resopló. Y, para su sorpresa, el laird Campbell la soltó antes de llamar a la puerta.

Cuando recibieron la invitación desde el otro lado, Clyde fue el primero en entrar, esquivando su presencia, y clavó la mirada en el laird Cameron y en su segundo al mando, que también se encontraba allí. Estaba tan enfadado que no estaba seguro de poder actuar con sosiego. Se había pasado todo un día recorriendo tierras buscando a una mujer que era su prometida, pero que no deseaba ni por todo el oro del mundo. A pesar de eso, sabía que, si no la encontraba, la humillación hacia su persona sería brutal.

—Estaba deseando que llegarais… —comenzó diciendo Fergus, levantándose de su silla y rodeando la mesa.

Este clavó la mirada en su sobrina que, para su sorpresa, evitó mirarlo a los ojos, quedándose quieta justo al lado de Clyde Campbell.

—¿Habéis encontrado a tu hija?

Fergus chasqueó la lengua.

—Me temo que no. De hecho, tenía la esperanza de que la hubierais encontrado vosotros.

Clyde negó con la cabeza, ligeramente tenso.

—Cameron, hace años llegamos a un acuerdo… Y yo cumplo mis juramentos…

Fergus tragó saliva ante la amenaza implícita en sus palabras, por lo que asintió.

—Y habrá una boda.

Clyde no pudo evitar resoplar y enarcar una ceja. A su lado, Fiona levantó la mirada hacia su tío, sin comprender.

—¿Una boda sin novia? —preguntó Clyde con tono irónico—. ¿Me casaré con un fantasma?

El laird Cameron negó con la cabeza y miró fugazmente a Fiona, que se tensó al instante.

—No. Habrá una novia, por supuesto, pero no será mi primogénita.

El corazón de Fiona se sobresaltó enseguida. Aquella mirada que le había dirigido su tío estaba cargada de intenciones, y ella lo entendió. Inconscientemente, como si la hubiera golpeado de nuevo, dio un paso atrás y lo miró con los ojos muy abiertos. Sin embargo, a su lado, Clyde no entendió lo que quiso decir Fergus Cameron.

—¿A qué te refieres?

—A que no te casarás con mi primogénita, pero sí con mi hija menor.

Tanto Fiona como Clyde se miraron a los ojos. En los rostros de ambos se había dibujado una expresión horrorizada ante la posibilidad de que tuvieran que unir sus vidas tras la marcha de Maisie. Fiona no contaba con ese giro en los acontecimientos. Jamás pensó que tal vez la pondrían a ella como posible novia cuando ideó en su mente el plan para que su prima huyera con el hombre al que realmente amaba.

—Eso no puede ser —negó Clyde con vehemencia—. No voy a casarme con tu hija menor.

Fergus se cruzó de brazos.

—¿Por qué no? Tu padre y yo ideamos este plan para unir ambos clanes. Si te casas con Fiona, el pacto se llevará a cabo.

Clyde resopló, iracundo e incapaz de aguantar por más tiempo su mal humor.

—El pacto era con tu primogénita.

—Sí, pero si ella no está, será Fiona la que ocupe su puesto.

—Padre… —se quejó la joven.

—¡Tú cállate! ¡Te casarás con él!

Ambos negaron al mismo tiempo, incapaces de creer lo que se les avecinaba. Fiona miró a Clyde, que clavó su mirada iracunda en ella, como si quisiera saltar sobre la joven en ese mismo instante.

—Pero…

—¡No hay más que hablar! Te estoy ofreciendo una solución para el

problema, Campbell. Si no lo aceptas, estarás rompiendo nuestro acuerdo. Y eso no será bueno para ti.

Clyde apretó los puños. Sentía que se encontraba entre la espada y la pared, y no podía salir de ahí. Y antes de que pudiera contradecirlo, Fergus volvió a hablar:

—Y tú, querida hija, pasarás la noche en las mazmorras para evitar que escapes como tu hermana.

Fiona abrió mucho los ojos y dio otro paso atrás.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Mientras estés encerrada, no podrás escapar. Y mañana a primera hora te casarás con Clyde Campbell.

CAPÍTULO 4

Hacía una hora que había salido del despacho del laird Cameron como si de un demonio se tratara y ahora se encaminaba de nuevo a hablar con él. No había obrado bien. Se había dejado llevar por sus sentimientos hacia la joven; sentimientos en los que solo había odio, un profundo aborrecimiento y antipatía por esa muchacha con la que ahora lo obligaban a casarse. Si jamás le había hecho demasiada ilusión casarse con la primogénita, hacerlo con la hija pequeña era aún peor. ¿Quién demonios iba a querer pasar el resto de su vida con semejante mujer tan antipática, rebelde y respondona? Nadie. Y menos él.

Clyde no podía evitar sentir el peor enfado de su vida. El destino parecía reírse de él al poner en su camino a la joven a la cual culpaba de su mal carácter y su seriedad con todo el mundo. Por ella había cambiado. Ella era la culpable de que desapareciera el último resquicio de bondad en él, convirtiéndose en un hombre duro y frío. ¿Y de verdad pretendían casarlo con ella?

Aún recordaba las súplicas de la joven a su padre para evitar que la llevaran a las mazmorras, implorando piedad para evitar casarse con él. En ese momento, él sabía que debía intervenir para intentar convencer a Fergus Cameron de que no los casaran y siguieran buscando a Maisie, pero algo en él se había mantenido callado, viendo en silencio cómo la joven gritaba mientas era arrastrada fuera del despacho de su padre rumbo a las mazmorras. No la vio llorar; no la vio asustarse, sin embargo, sí vio cierto resquicio de ira, frustración y rabia por todo lo que estaba pasando. Y eso le gustó. Le gustó porque demostró ser una mujer diferente a lo que él había conocido. Cualquier otra se habría echado a llorar de auténtico miedo o tal vez habría aceptado casarse con él tan solo para contentar a su padre y evitar que él se enfadara. Pero Fiona Cameron había luchado con uñas y dientes para evitar ese matrimonio. Y, por Dios, que le encantó.

Clyde resopló a medida que sus pasos resonaban en el silencioso pasillo y acortaba distancia con el despacho. Vio la puerta cuando giró en el último tramo del corredor y apretó aún más los puños. Tenía que pensar una forma rápida para actuar e intentar convencer al laird Cameron de que lo que pretendía hacer era una locura que nada tenía que ver con su trato inicial. Y lo peor de todo era que debía hacerlo después de haberse comportado como

un maldito crío.

Clyde rechinó los dientes con fuerza. Después de que se llevaran a la joven a las mazmorras, él había salido de allí sin rumbo fijo, tan solo intentando contener su ira para no lanzarla contra la primera persona que se cruzara con él. Su padre debía de estar revolviéndose en su tumba al verlo escapar como un niño asustado. ¿Por qué demonios se había sentido así después de que todo su mundo se trastocara? ¿Por qué había sentido esa maraña de sentimientos al conocer que se casaría con su peor enemiga? Debía de estar alegre por tenerla en sus redes para amargarle el resto de su vida. Pero no era así. Estaba enfadado, y cuando él se enfadaba, todo a su alrededor podía saltar por los aires.

Clyde levantó una mano y llamó con insistencia a la puerta del despacho. Temía que Fergus se hubiera marchado ya de allí, pero cuando este le respondió desde el otro lado, suspiró con cierto alivio. No obstante, cuando abrió la puerta, el gesto que llevaba en el rostro no era precisamente de alivio, sino de rabia.

—Sabía que volverías a hablar conmigo de nuevo —fue lo primero que le dijo el laird Cameron.

Clyde clavó su mirada azul en él y plantó los pies en el suelo.

—Por supuesto. Y no vengo con intención de que sea una conversación animada…

Fergus asintió y se levantó de su asiento para acercarse a él y estar a la misma altura. Lo observó largamente y recorrió su imponente figura con la mirada. Era más alto que él y podría acabar con su vida con tan solo un movimiento de sus poderosos brazos, pero, incluso así, no sintió miedo de él.

—Puedo imaginarlo, Campbell, pero si vienes a intentar convencerme de que cese en mi empeño por casarte con mi hija, estás perdiendo el tiempo.

Clyde apretó los puños.

—Es que el acuerdo al que llegasteis mi padre y tú fue para casarme con tu primogénita, no con tu hija pequeña, que parece más una sirvienta que tu hija.

Durante un segundo, Clyde vio que por los ojos de Fergus pasó una expresión extraña, indescifrable, que llamó poderosamente su atención.

—Ya sé que era con Maisie con quien debías casar. Y te aseguro que seguimos buscándola, pero no parece que vaya a haber suerte.

—Pero no deseo casarme con tu segunda hija.

—¿Y con Maisie sí? No lo parecías…

Clyde resopló.

—Tampoco. Pero al menos ella tiene un carácter más dócil y amable. Tu hija pequeña es un demonio. Y lamento ser yo quien te lo diga.

Fergus sonrió ligeramente y se encogió de hombros.

—Sí, la verdad es que se parece más a mi difunto hermano que a mí… —dijo en voz más baja—. De todas formas, te repito que tu padre y yo deseábamos unir nuestros clanes para ser aliados. Y así podemos seguir con ese plan inicial.

—Es un plan completamente diferente… —renegó entre dientes con tono indignado y peligroso.

Fergus se encogió de hombros.

—Tienes dos opciones, Campbell, y te las diré ahora para que te lo pienses bien durante la noche. Una de ellas es negarte y declararte la guerra. La segunda es casarte con mi hija Fiona si durante la noche no aparece Maisie.

Clyde dio un paso lento hacia él.

—Tal vez la primera opción sea la más apetecible a estas alturas…

Fergus sonrió.

—Sé que no la vas a elegir. Eres un hombre de honor…

Clyde lo atravesó con la mirada y se marchó de allí dejando escapar un resoplo. Deshizo el camino que había andado hasta llegar allí y salió al exterior del castillo. Ya había anochecido y miró al cielo mientras deseaba que el frío de la noche menguara su mal humor.

—Si vienes a preguntar por tu prometida, no ha aparecido. Y no creo que lo haga…

Rob, su segundo al mando, lo miraba desde unos metros algo más alejado de la entrada al castillo y dejó su puesto para acercarse a él. Clyde se apoyó en la jamba y se llevó las manos al rostro, completamente sobrepasado por

los acontecimientos del día.

—Creo que ese ya es el menor de mis problemas.

—¿Y cuál es el mayor ahora?

Clyde lo miró de reojo y suspiró.

—Al no aparecer Maisie, Fergus ha cambiado de novia.

Rob enarcó una ceja.

—¿Perdón? ¿Y con quién se supone que desea casarte?

—Con su hija menor…

Rob se quedó completamente mudo durante unos segundos.

—¿Con la simpática de las cocinas? —ironizó.

Clyde asintió.

—Y tengo dos opciones: o me caso con ella o habrá una guerra.

Rob maldijo en voz baja.

—Entonces te sugiero algo, amigo. Ve ahora mismo a hablar con esa muchacha para que te diga todo lo que sabe de su hermana y así ir a buscarla o tendrás que casarte con ella. Porque me imagino que no quieres una guerra…

Clyde lo meditó un segundo.

—No.

—Pues haz lo que sea para que hable o tendrás que hacer una fiesta para darle la bienvenida al clan.

Fiona había comenzado a temblar hacía escasos minutos, ya que la temperatura en las mazmorras era infinitamente menor que en el resto del castillo, y su ropa no era precisamente la adecuada para internarse en ellas. Y a pesar de todo ello se había propuesto no derramar ni una sola lágrima mientras estuviera allí encerrada.

Por un lado, no podía creer que su tío la hubiera prometido con el hombre más detestable y odioso que había conocido jamás. Lo odiaba desde el primer día que lo vio diez años atrás. Le había demostrado con creces que no era el mejor hombre para casarse con la dulce de su prima, y no la

merecía.

Y, por otro lado, Fiona estaba estupefacta por haber acabado encerrada en las mazmorras, aunque sabía que su tío tenía razón y ella también escaparía del castillo para evitar esa boda. ¿Quién iba a querer casarse con ese guerrero por muy laird que fuera? Nadie.

Fiona dejó caer la cabeza contra la pared, aunque no estaba segura de que fuera la mejor idea. Todo allí estaba realmente sucio. ¿Acaso nadie había bajado para limpiar? Esa era también una parte del castillo, por lo que debían limpiarla, pero estaba tan sucia que apenas podía ver con claridad el suelo donde estaba sentada.

Con la bajada de la luz del día, se había sentado para tener un lugar seguro donde apoyarse en caso de necesidad, pero lo único que deseaba era salir corriendo de allí si tuviera la fuerza suficiente como para atravesar la enorme pared de piedra.

La joven suspiró y cerró los ojos unos instantes. Desde la muerte de sus padres y su llegada a ese castillo no había sido feliz. Tenía la sensación de que había perdido por completo su identidad y que era lo que su tío quería que fuera: una mujer como cualquier otra. Pero jamás lo había sido. Ella había sido educada en valores como otras, pero su padre le había enseñado ciertos menesteres que ninguna otra mujer debía saber en esa época, como robar. Había recibido la mejor educación que podía haber adquirido por parte de su padre, el mejor ladrón de Escocia. Y aunque su tío intentaba taparlo desde su llegada, ella sentía que lo llevaba en la sangre. Su lugar no estaba en ese castillo, pero tampoco junto al peligroso laird Campbell.

Fiona resopló al pensar de nuevo en él, y se obligó a cavilar en otra cosa. Su mente la llevó a pensar en Maisie. Si ella supiera lo que su padre pretendía, sabía que regresaría para sacarla de ese embrollo, pero seguramente ya estaría muy lejos y jamás se enteraría de su nefasto destino.

Suspirando, Fiona se levantó del suelo y, completamente a oscuras, se acercó a la ventana. Por allí no entraba ya la luz del día, por lo que se dijo que seguramente a esa hora todo el castillo se encontraría cenando mientras ella se consumía en una mazmorra a la espera de su juicio final; un juicio peor que el de la muerte.

La joven lanzó una exclamación de asco cuando una rata pasó por encima de sus botas y se alejó de ella rumbo a otra celda. Fiona sintió un escalofrío

de auténtico pavor ante ese pequeño animal que le provocaba tanta repugnancia. Y con el vello aún de punta, la joven alargó las manos y aferró los barrotes de la pequeña ventana. Dio un pequeño salto para intentar arrancar los hierros de la pared, pero lo único que consiguió fue que sus dedos resbalaran por los barrotes y acabara dando con los huesos en el suelo.

—Maldita sea… —murmuró, enfadada y ligeramente humillada por esa caída.

Agradeció que no hubiera nade allí para que pudiera reírse de ella y apoyó la cabeza en la fría piedra de la pared para intentar calmarse. Se sentía tremendamente agobiada por la situación y no podía pensar con claridad. Debía salir de allí antes de que llegara el nuevo día y su suerte estuviera ligada de por vida a Clyde Campbell, pero en ese momento no sabía realmente cómo hacerlo.

Y cuando estaba a punto de levantarse para intentar arrancar de nuevo los barrotes de la ventana, se escuchó un fuerte ruido en la puerta que llevaba a las mazmorras. Por una parte, le alegró saber que alguien iba a verla, no obstante, temía que fuera su tío para llevarla ante el altar antes de tiempo. Pero no fue la imagen de su tío quien apareció frente a ella al cabo de unos segundos.

Las botas que se habían acercado hasta allí parecían haberse clavado en la piedra del suelo, pues sonaban tan fuerte que parecían haber fundido la piedra. Y aquella mirada que la observaba desde el otro lado de la reja hizo que la temperatura a su alrededor se volviera de repente demasiado fría.

Enseguida, Fiona resopló y puso los brazos en jarras para mostrarse orgullosa ante él y frente a esa situación que le había tocado vivir. No iba a permitir que la viera destruida, preocupada o asustada por el destino que le había impuesto su tío. Y se lo quiso hacer ver.

Clyde la miraba fijamente y dio un paso más hacia los barrotes. Apoyó las manos contra ellos de forma despreocupada, como si no le importara nada su situación, y eso aumentó la ira de la joven.

—¿A qué ha venido su majestad hasta las mazmorras? —ironizó Fiona.

Para su sorpresa, Clyde dejó escapar una sonrisa que también demostraba ironía, pero no respondió tan rápidamente como le habría gustado a ella,

sino que se detuvo a mirar a un lado y a otro de la celda donde se encontraba encerrada. Gracias a la antorcha que había llevado con él pudo ver que la joven no se encontraba en un lugar acorde a su estatus, pero no lograba adivinar nada de lo que ella pudiera sentir en ese momento, ya que sabía guardar muy bien sus sentimientos.

Tras hablar con Rob había dudado mucho sobre si debía bajar hasta allí o dejarlo pasar hasta el día siguiente, pero finalmente se había animado a hacerlo y ahora que estaba frente a ella no estaba seguro de que fuera la mejor idea que había tenido. Fiona lo miraba con el mentón elevado, los brazos en jarras y los ojos tan oscuros que llegó a pensar que le habían cambiado de color.

—Supongo que sabes a qué he venido —respondió, obviando su provocación.

—Sí, a ver cómo se pudre tu enemiga en una mazmorra.

—Mi enemiga y prometida —la corrigió—. Pero lo segundo podría cambiar si te decides a contar la verdad.

Fiona puso los ojos en blanco y le dio la espalda para caminar de un lado a otro de la celda. Ahora que tenía algo de luz, debía aprovecharla.

—No tengo nada que contarte, Campbell.

Clyde resopló con tanta fuerza que resonó por toda la mazmorra como un eco fantasmal que logró ponerle el vello de punta.

—Viéndote, cualquiera diría que te quieres casar conmigo —intentó provocarla.

Fiona sonrió de lado, clavando su mirada en él.

—Ni en tus sueños…

Clyde apoyó la frente contra los barrotes. Sus ojos azules estaban clavados en ella y, durante unos segundos, la joven sintió que podía leer sus pensamientos.

—Sabes dónde está tu hermana. Por tu bien, dímelo.

Fiona tardó unos segundos en responder.

—Mi hermana odiaba el compromiso y a ti.

Clyde sonrió de lado de forma tan siniestra que Fiona tragó saliva con

fuerza.

—Y, por lo visto, también te odia a ti, porque te ha puesto en su lugar.

Fiona no respondió a su provocación, lo cual provocó que Clyde esbozara una sonrisa aún más amplia y tétrica.

—¿Por qué le guardas lealtad?

—Porque hice un juramento —admitió—. Y me lo tomo muy en serio.

Clyde rechinó los dientes, iracundo.

—Ese juramento te llevará a estar casada conmigo.

Fiona frunció el ceño.

—Eso ya lo veremos, Campbell.

El guerrero se encogió de hombros.

—Tu padre está convencido de ello —Y mirando a su alrededor, siguió —. Y no parece fácil salir de aquí, así que…

La joven resopló.

—Vamos, demonio, habla… —la retó.

Sin embargo, lo único que obtuvo fue silencio por parte de Fiona, lo cual provocó que se alejara de los barrotes con gesto enfadado. Después clavó en ella su mirada azul y apretó los puños con fuerza, haciendo crujir sus huesos.

—Entonces, espero que descanses bien esta última noche como Fiona Cameron porque mañana serás una Campbell. Y cuando seas mía, desearás haber confesado la verdad antes de pertenecerme.

Y sin dejarle ni un solo instante para replicar, Clyde se marchó de allí, dejándola completamente sola y a oscuras, y con un mal sabor de boca que no podría quitarse hasta que por fin escapara de allí. Cuando la puerta de las mazmorras se cerró con un fuerte portazo, Fiona se dejó caer contra la pared, temblando. No sabía si era por el frío o por el miedo que no podía evitar sentir. Sin embargo, jamás se mostraría débil ante Campbell, ni antes ni después de casarse, si es que llegaban a hacerlo.

Ese temblor la llevó a que sus ojos se llenaran de lágrimas que poco a poco comenzó a derramar. Nunca había pensado que su plan acabaría con ella casada con su peor enemigo. Sabía lo que él podía hacer con ella y tal

vez no iba a sobrevivir a eso, pero si debía morir lo haría con dignidad. No obstante, se dijo que tenía que intentar salir de allí antes de llegar a eso. Pero el sueño y el cansancio la vencieron antes de que pudiera pensar con claridad una forma de salir de allí.

Clyde no pudo evitar recorrer el silencioso pasillo resoplando como si de un animal se tratara. Había bajado hasta las mazmorras con intención de hacer confesar a la joven para evitar casarse con ella. Nunca quiso hacerlo con su hermana, pero con ella aún menos. Y no había conseguido absolutamente nada. Volvía a estar en el mismo puesto de partida y con el ánimo muy bajo, ya que al día siguiente estaría casado con la mujer culpable de su mal carácter.

El guerrero crujió los huesos de sus dedos mientras caminaba. Necesitaba golpear algo para intentar aliviar su rabia y frustración, pero estaba en castillo ajeno y no podía hacerlo. Por ello, corrió a buscar a Rob para intentar hablar con él. Y no tardó en encontrarlo, ya que le había dado instrucciones para que vigilara el portón de salida y así evitar que alguien pudiera entrar o salir sin identificarse.

—Por tu cara, deduzco que la conversación no ha dado sus frutos.

—Es una maldita testaruda —siseó—, maleducada y orgullosa… E incluso habiéndola descubierto tiene la desfachatez de decirme a la cara que hizo un juramento y que no piensa decirme dónde está su hermana.

Rob arqueó una ceja y torció el gesto.

—Vaya, la verdad es que tiene arrestos esa muchacha…

—La odio, maldita sea. ¿Cómo voy a aguantar estar casado con ella el resto de mi vida?

Clyde resopló y pasó una mano por su rostro. Estaba tan cansado que no podía pensar con claridad. No obstante, sí pudo decirle algo a Rob.

—No quiero abrumarte con mis pensamientos, amigo. Dile a los demás que estén atentos a todo. Distribuíos por todo el castillo y no dejéis un maldito recodo sin proteger.

Rob frunció el ceño.

—¿Proteger? ¿De qué?

—De mi querida prometida. He visto en sus ojos la determinación por escapar. Y es tan malditamente orgullosa que seguramente querrá cumplir su juramento. Conociéndola, la veo capaz de hacer brujería para abrir el cerrojo de la celda y huir como su maldita hermana.

CAPÍTULO 5

No sabía cuánto tiempo había pasado, ni siquiera recordaba con exactitud dónde se encontraba, pero lo que sí tenía claro era que su mente intentaba hacerle recordar algo que debía hacer. Y cuanto antes. Sin embargo, estaba tan cansada y se sentía tan bien sobre ese colchón duro que no quería moverse. Todo parecía pertenecer a su sueño: el olor mohoso, las gotas incesantes desde el techo, la incansable oscuridad, el miedo y la sensación de que unos pequeños colmillos intentaban romper la suela de sus zapatos. Pero no era un sueño. Lo sabía y, aun así, no podía despertar, hasta que, después de muchos años, volvió a escuchar la voz de su padre:

—¡Fiona!

Esa potente voz, como salida del infierno, logró despertarla. La joven abrió los ojos y se sentó en el suelo de la celda. Tardó unos segundos en reconocer el lugar en el que se encontraba y, cuando por fin recordó todo, suspiró:

—Padre…

Fiona miró a su alrededor, esperando encontrarlo. Pero no era así. Estaba completamente sola, aunque estaba segura de que era la voz de su progenitor. La había llamado desde el más allá para despertarla, pero no estaba segura de por qué. Y en el momento en el que se giró y miró hacia la ventana y descubrió que el día estaba comenzando a despuntar, lanzó una maldición:

—¡Maldita sea!

Fiona se levantó de golpe del suelo y se lanzó contra los barrotes de hierro que la mantenían presa. Sin lugar a dudas, su padre, allá donde estuviera, la había llamado para que intentara escapar antes de que el castillo fuera un hervidero de gente y su vida quedara unida a Campbell para siempre.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —preguntó en voz alta con desesperación.

Fiona miró a su alrededor, pero todo estaba vacío. No había nada con lo que poder abrir el cerrojo o arrancar los barrotes de cuajo. Y rugió de rabia. Pero en ese momento recordó de nuevo la voz de su padre, que parecía

pedirle calma. Después, al cabo de unos minutos, miró de nuevo hacia el cerrojo y a su mente llegó un recuerdo de su propio padre cuando ella apenas tenía ocho años y ya estaba aprendiendo de él.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Fiona. Había dejado tan apartados los conocimientos de su padre que no los atraía a su día a día por temor a que su tío la expulsara del castillo. Pero ese día tenía que escapar, y no le importaba lo que pensara su tío, pues su destino estaba sellado.

Fiona metió la mano entre los pliegues de su vestido. Siempre llevaba con ella algunas horquillas con las que sujetar los mechones de su pelo, siempre rebeldes, que escapaban de su trenza y se ponían sobre su rostro, impidiéndole ver con claridad. Recordó las enseñanzas de su padre y metió las manos entre los barrotes. Respiró hondo para calmarse, ya que lo necesitaba para poder abrir el candado. Hacía tanto tiempo que no llevaba a cabo algo así que no estaba segura de poder conseguirlo.

—Ayúdame, padre —susurró.

La joven metió la horquilla en el candado y comenzó a moverla lentamente. Sabía que eso requería de mucha destreza, pero ella había demostrado que podía conseguirlo desde muy pequeña. Lo llevaba en la sangre. Era la hija del mejor ladrón de Escocia, así que sería fácil abrir el candado y salir de allí.

Mientras movía la horquilla, se golpeó mentalmente por no haber pensado en eso antes, pero se había quedado dormida tan pronto que apenas tuvo tiempo para pensar. Y el agobio que le produjo saber que iba a casarse con Campbell no ayudaba en absoluto para tener buenas ideas.

Al cabo de unos segundos, una amplia sonrisa se dibujó en sus labios, especialmente cuando escuchó el sonido que hizo el candado al abrirse gracias a la horquilla. Fiona lo quitó deprisa y lo tiró a un lado. Abrió la celda y salió cuando la luz del cielo seguía despuntando en el horizonte.

Sin perder tiempo, se lanzó hacia las escaleras y las subió de dos en dos. Sabía que desde allí nadie la escucharía, así que siguió adelante. Cuando llegó a la puerta que conectaba las mazmorras con el pasillo, la abrió ligeramente y, tras comprobar que no había nadie, salió. Todo estaba en silencio, así que se dijo que, si se daba prisa, podía escapar por el mismo lugar por donde había salido su prima.

Fiona se pegó contra la pared mientras recorría el pasillo de forma sigilosa. Temía que los hombres de su tío o los Campbell estuvieran vigilando cada recodo del castillo, por lo que miraba mucho en cada esquina de los pasillos, hasta que llegó a las cocinas. No tenía tiempo que perder, y ni siquiera se entretuvo en coger una capa con la que cubrir sus hombros. Se dijo que ya robaría alguna cuando se alejara de allí.

Comprobó que no hubiera nadie en las cocinas, y al ver que estaban vacías, Fiona entró en ellas. En una alforja que vio tirada cerca de la chimenea metió varias piezas de fruta, pan y queso para el camino. Gracias a sus conocimientos sobre robos podía sobrevivir y se preguntó cómo era posible que hubiera aguantado tantos años bajo el yugo de su tío.

Cuando estuvo lista, escuchó un sonido cerca de ella, por lo que se precipitó hacia el túnel que conectaba las cocinas con el bosque. Su prima lo había recorrido antes que ella, y se dijo que no debía tener miedo al futuro. Una vida mejor la esperaba al otro lado del túnel, así que se metió en él sin mirar atrás. Con paso firme y completamente a oscuras, Fiona recorrió los numerosos metros de pasadizo que había frente a ella. Y lo hizo en silencio, temerosa de ser descubierta o escuchada desde las cocinas.

Sabía que tenía poco tiempo hasta que descubrieran que había escapado, así que apretó el paso. Y cuando el fuerte olor a rocío invadió su nariz, sonrió. Estaba cerca de la libertad. Unos metros más y podía salir de allí y vivir una vida tranquila, sin su enemigo a su lado.

La joven abrió la reja cubierta entre la maleza del bosque. Lo hizo con cuidado, y salió a la superficie. La poca luz del día le dio de lleno en sus ojos, que no estaban acostumbrados después de pasar la noche en la mazmorra, por lo que necesitó de unos segundos para habituarse. Y cuando por fin estuvo lista, comenzó a caminar. Sin embargo, justo cuando rebasó un árbol con el tronco realmente grueso, el filo de una espada le salió al paso, dejándola completamente petrificada en el sitio.

Su corazón se sobresaltó, su mente se puso en alerta y un poderoso calor aterrador recorrió su cuerpo cuando una voz demasiado conocida para ella llegó a sus oídos:

—Me alegro de haber hecho caso a mi instinto y haber preguntado a todo el mundo por las salidas escondidas de este castillo…

Fiona sentía que tenía el aire obstruido en su pecho. Creía que estaba a

punto de desmayarse ante su enemigo, pues a pesar de que aún no lo veía, sí conocía su voz a la perfección. Fiona no pudo evitar apretar los puños con fuerza. Sentía que lágrimas de frustración y rabia acudían a sus ojos, pero se obligó a apartarlas antes de que asomaran.

Poco a poco, Clyde comenzó a moverse para colocarse frente a ella y poder mirarla a los ojos. Aún no podía creer que la joven hubiera escapado de las mazmorras, pues él mismo comprobó el estado del candado antes de marcharse la noche anterior y estaba perfectamente. Entonces, ¿cómo era posible que hubiera escapado?

—Espero que me digas ahora mismo quién te ha ayudado…

Fiona lo miró con una ceja enarcada. Su orgullo volvía a hacer acto de presencia, y se lo hizo saber con su mirada.

—No me insultes, Campbell. Sé muchas más cosas de las que puedas imaginar.

Clyde frunció el ceño y siguió mirándola con ojos penetrantes.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? Impedir que escapes como tu hermana.

—No me digas que deseas casarte conmigo —ironizó la joven.

—La verdad es que no eres objeto de mi devoción, pero, si hago un juramento, me gusta cumplirlo. Como tú… —le recordó.

Fiona resopló.

—Sabías que estaba en una mazmorra. ¿Qué te hizo pensar que iba a lograr escapar?

Clyde la miró fijamente.

—Me lo dijeron tus ojos… Lo expresaste con tanta convicción que después de ir a hablar con mis hombres, fui directamente a los guerreros de tu padre para preguntar qué salidas tenía el castillo. Y no me equivoqué al pensar que ibas a escapar.

El filo de la espada de Clyde se apretó más contra su cuello, amenazando con hacerle un pequeño corte.

—Nadie sabe que me has descubierto. ¿Por qué no dejas que me marche y así podrás vivir tu vida libremente?

Clyde lo sopesó unos instantes. Era un trato tan placentero que necesitó de unos segundos para pensarlo. Sin embargo, ella era su enemiga, y el hecho de pensar que iba a ser suya para siempre era mucho más satisfactorio. La mujer que lo había cambiado iba a pertenecerle y pensaba hacérselo pagar, aunque fuera con su sola presencia. Y sabía que ella ya consideraba un gran castigo tener que casarse con él, así que sería muy fácil destruirla.

—Porque ser mía es un castigo mucho mayor del que tenía en mente para ti, Fiona Cameron. Serás una Campbell, una extraña en tierras que no te pertenecen y, lo mejor de todo, serás mía.

Fiona sintió que su corazón se paraba en ese momento. Clyde Campbell era mucho más diabólico y mezquino de lo que pensaba. La quería para él, para hacerle pagar por algo que desconocía, tal vez su mera existencia, pues se odiaban desde el primer momento en que se vieron. Y, por lo que parecía, no le importaba perder su libertad únicamente para hacerle la vida imposible a ella.

La joven apretó los puños y elevó el mentón con orgullo.

—Eres un ser despreciable.

—Sí, pero también tu prometido. Ya te lo dije ayer… Cuando seas mía, desearás haber confesado todo.

Fiona no pudo evitar sentir cierto temor ante esa idea. Sin embargo, no dudó ni un solo segundo.

—Tú lo has dicho, Campbell. Los juramentos están para cumplirlos.

Clyde apretó los dientes con fuerza y apartó la espada de su cuello, volviendo a envainarla. Había tenido la pequeña esperanza de que confesara en el último instante, pero no había tenido suerte. Así que la aferró con fuerza del brazo y la acercó a él para hablarle a escasos centímetros de su boca.

—Entonces no perdamos tiempo. Estoy deseando regresar a mi hogar.

A pesar de que eran pocos metros los que los separaban de la muralla del castillo y el portón, Fiona sintió que era eterno. Sabía cómo iba a comportarse su tío con ella cuando Clyde le contara que había intentado

escapar, así que se preparó mentalmente para ese momento.

El sueño de verse libre con una vida parecida a la de su padre se había desvanecido en cuestión de minutos. No había pensado que Clyde tendría la suficiente astucia para preguntar a alguien en el castillo cuáles eran las posibles vías de escape de allí. ¿Cómo se atrevía a meterse tanto en su vida? Podría haberla dejado en paz, ya que, si hubiera podido escapar, él también podría haber sido libre. Sin embargo, había preferido ir a por ella y cumplir su promesa, porque sería suya. En pocas horas, o incluso minutos, se convertiría en una Campbell, y ya no habría marcha atrás.

Fiona pudo sentir sobre ella el peso de las miradas de los hombres de su tío mientras cruzaban el portón. Sabía que la miraban a ella, sorprendidos por que hubiera logrado escapar, pero seguramente aún más al ver que Clyde la arrastraba hacia el interior de la fortaleza.

Los guerreros Campbell también la miraban, aunque era diferente. En sus ojos no solo vio la misma sorpresa de los demás, sino algo completamente diferente, casi admiración por semejante treta. Pero también diversión por no haber podido completarla como deseaba.

Fiona resopló e intentó desasirse de su garra, pero no pudo lograrlo, y miró hacia el cielo, implorando clemencia y misericordia. El día se había levantado ligeramente nublado y el viento soplaba con demasiada fuerza, haciendo que los mechones rebeldes de su pelo se movieran de un lado a otro. Y en el momento en el que ambos cruzaron la jamba de la puerta de entrada, Fiona supo que la próxima vez que viera de nuevo el cielo sería con un anillo de boda en su dedo. Y la rabia y la frustración por ello estuvo a punto de hacerla llorar.

—Si no fueras un hombre de honor, hoy podrías haber sido libre —susurró la joven mientras recorrían el pasillo en busca del tío de la joven.

Clyde la miró de reojo y rechinó los dientes.

—Si no fuera un hombre de honor, estarías muerta —murmuró con voz ronca—. Y sí, después sería libre.

Fiona puso los ojos en blanco y se dejó llevar. No había nada que pudiera hacer para escapar, así que se dijo que debía mostrarse lo más fuerte posible ante lo que estaba a punto de acontecer.

Cuando pararon frente a la puerta del despacho de su tío, Fiona pensó que

tal vez este seguía durmiendo, pero tras llamar con los nudillos y recibir respuesta al otro lado, suspiró. Ambos entraron y cerraron tras de sí.

Clyde la llevó junto a la mesa del centro y miró a Fergus de forma penetrante, aunque este no podía apartar su mirada de Fiona, que de repente vio demasiado interesante la mugre de sus uñas.

—¿Se puede saber quién demonios te ha sacado de las mazmorras? Espero que no hayas sido tú, Campbell, para intentar convencerme de vuestra negativa al matrimonio…

Clyde torció la cabeza y carraspeó antes de hablar.

—Ojalá pudiera decir eso, Cameron, pero me la he encontrado en medio del bosque, intentando escapar.

Fergus frunció el ceño. Y en ese instante, Fiona no pudo evitar levantar la mirada hacia su tío. En sus ojos vio reflejada la sorpresa, pero también la ira al haber estado a punto de perderla a ella también. Fiona sabía que la diversión se reflejaba en sus ojos, ya que no podía sentir otra cosa. Clyde no lo sabía, pero le estaba demostrando a Fergus que ella jamás había perdido su esencia, aquella que su verdadero padre dejó impresa en ella y que había tapado durante años. Su verdadero padre la había criado a su imagen y semejanza, y había logrado escapar de las mazmorras con las mismas artimañas que habría usado su padre.

Fergus se levantó de su asiento en silencio, rodeó la mesa y se puso frente a la joven. Al instante, la rabia hizo que le propinara una fuerte bofetada, que la empujó contra el brazo de Clyde. Y durante un segundo, creyó sentir sobre su cintura la fuerte mano del guerrero para que pudiera incorporarse de nuevo. Sin embargo, su atención estaba totalmente puesta sobre su tío, que no tardó en hablar.

—Siempre me has dado problemas, muchacha. Nunca has sabido comportarte, nunca te has adaptado y nunca has sabido cuándo obedecer.

Fiona aguantó las ganas que tenía de levantar la mano y llevarla al lugar de la bofetada, ya que eso implicaría mostrar el dolor que realmente sentía ante ese gesto. Le había hecho daño, mucho daño, pero no solo el golpe, sino las palabras. Desde que había llegado al castillo había hecho lo indecible para adaptarse, para evitarse problemas, para que estuvieran orgullosos de ella; había dejado a un lado quien realmente era, y no lo

habían valorado. Para su tío, ella seguía siendo la hija del ladrón que un día fue su hermano. Y fue en ese instante cuando se dio cuenta de que siempre había estado en tierra de nadie, pero, aun así, pretendía casarla con un hombre al que odiaba.

—No la he traído aquí para que la golpees, Cameron —intervino Clyde con gesto serio, pero sorprendiendo a la joven, que lo miró con cara de circunstancias.

¿La estaba defendiendo o la habían golpeado tan fuerte que estaba entendiendo mal? Fiona frunció el ceño y quiso hablar, pero su tío se le adelantó.

—Esto es entre mi hija y yo, Campbell. Te agradezco tu aportación, pero no te metas.

—Bueno, tu hija es también mi prometida —siguió el guerrero con vehemencia—. Y la has golpeado.

Fergus entrecerró los ojos.

—¿Acaso no puedo? ¿O es que solo puedes golpearla tú?

Clyde se encogió de hombros.

—Tu hija no puede decir que yo la he golpeado. En cambio, no puede decir lo mismo de su padre, al que he visto golpearla en varias ocasiones.

Fergus resopló y miró de nuevo a Fiona.

—Espero que Campbell te enderece como mereces, muchacha. Os casaréis en este instante.

Tanto Fiona como Clyde miraron a Fergus con ojos iracundos, pero él se limitó a girarse para tomar algo entre las cosas de su mesa y les indicó el camino. Durante unos segundos, Clyde se quedó parado en el sitio, buscando la manera de negarse para evitar una guerra, pero sentía que tenía las manos atadas en ese asunto desde hacía diez años y que su padre, incluso muerto, seguía dirigiendo su vida hacia un lugar que él detestaba. Si se negaba, su clan estaría en peligro, y no deseaba una guerra. Tenía el alma tan cansada que estaba seguro de que jamás llegaría a cumplir los veintiséis.

—El sacerdote estará en la capilla preparando todo porque llegó hace un rato, así que no perdamos tiempo.

Ambos se giraron a regañadientes hacia la puerta y mientras Clyde era el

primero en salir del despacho, Fiona clavó la mirada en su amplia espalda. Lo vio tenso e iracundo, pero aún podía recordar la mirada que se había desprendido de sus ojos cuando la ¿defendió? Porque eso era claramente un acto de defensa en su favor, ¿no? No tenía otra explicación. Pero ¿por qué demonios querría haberla defendido? Fiona suspiró mientras caminaban en silencio hacia la capilla. No. Debía de estar equivocada. No era una defensa, era otra cosa que no conocía, pero no una defensa.

Cuando tomaron el camino hacia la capilla, Fergus cuadró los hombros y la joven no puedo evitar sentir odio por él. La había protegido y dado de comer durante años. Sí, pero le acababa de demostrar que no había logrado sentir cariño hacia ella, ni siquiera como tío. Y eso le dolió. No era más que una pieza de intercambio que le había venido muy bien ahora que Maisie no estaba. No era nada más.

Fiona apretó los puños. No tenía a nadie. Ahora sí que estaba sola en el mundo. Nadie podría protegerla de su enemigo. Tan solo se tenía a ella misma, y pensaba demostrarle con creces que ella no era un objeto con el que comercializar. Si Clyde Campbell pensaba que iba a hacer de ella un trapo es que no la conocía.

Tras llegar a la capilla, Fiona miró a hacia atrás, hacia el pasillo vacío, pues cuando saliera de allí sería una Campbell y dejaría atrás su vida. Pero no estaba dispuesta a mostrar debilidad. Todo su ser temblaba ante la idea de casarse con el hombre al que odiaba, pero comenzó a caminar hacia el altar con el mentón elevado, justo al lado de Clyde, que lo hacía con paso ligeramente lento y meditabundo.

Y en el momento en el que el sacerdote, al que conocía desde que llegó al castillo, levantó la mirada hacia ella y le sonrió ligeramente, Fiona dejó de escuchar.

Si alguien le preguntaba a Fiona cuánto tiempo había durado su boda, no podría responder, ya que incluso el sacerdote tuvo que llamarle la atención en un par de ocasiones debido a que no estaba prestando ningún tipo de atención. De hecho, supo que todo había acabado cuando su tío dio una fuerte palmada con ambas manos y se sobresaltó, temerosa de que llegara el momento que tanto había temido, pero este, como si quisiera hacerle un pequeño favor, no pronunció la frase que tanto deseaba evitar: “Puedes

besar a la novia". Habría pasado tanta vergüenza, humillación y rabia que estaba segura de que justo después se habría vuelto loca y habría insultado a las otras tres personas que había en la capilla. Y una de ellas se había convertido ya en su esposo.

Fiona sintió un escalofrío, aunque enseguida se recuperó al ver que no le exigirían besar al que era su enemigo desde hacía años. ¿Cómo iba a besarlo sin sentir asco y ansias por vomitar? Antes prefería darse cabezazos contra la pared.

—Bueno, Campbell, me alegra ver que al final nuestras familias están unidas para conservar la alianza.

Clyde dirigió una mirada al padre de la joven que habría helado hasta el mismísimo infierno.

—No habría hecho falta la unión para mantener esa alianza, Cameron.

Fergus torció la cabeza.

—Yo me quedo más tranquilo de esta manera, pues es lo que tu padre y yo decidimos.

Clyde rechinó los dientes y apretó los puños, bajo la atenta mirada de Fiona, como si tuviera que contenerse para evitar golpearlo.

—Vayamos a un salón para celebrarlo —sugirió Fergus, provocando una negación por parte de Clyde.

—Prefiero regresar a mi hogar —Y mirando a Fiona, dijo—: Recoge tus cosas. Nos iremos en unos minutos.

Y seguido de Fergus y el sacerdote, Clyde abandonó la capilla, dejándola sola y ligeramente temblorosa. Sabía que en algún momento tendría que abandonar ese lugar para marcharse al castillo Campbell, pero no creía que sería tan pronto. No estaba preparada para llegar a un clan enemigo donde vería a todos como eso: enemigos. ¿Sobreviviría sin meterse en problemas? Sabía claramente la respuesta: no.

Fiona suspiró y se pasó una mano por el rostro. Cuando sintió el nuevo anillo de su dedo rozando su piel, gimió de frustración. Bajó la mano y lo miró largamente. Lo odiaba. Realmente era precioso, pero lo odiaba tanto que bien podría habérselo quitado y lanzado al otro lado de la capilla. Pero sabía que Clyde se daría cuenta y tendría que dar demasiadas explicaciones.

Fiona levantó entonces la mirada hacia el pequeño altar, donde había un Cristo en una cruz. Lo miró durante unos segundos en silencio, pero después murmuró:

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Es por hacerme pagar todo lo que mi padre hizo en vida?

La joven sintió que lágrimas de frustración aparecían en sus ojos. Y cuando una de ellas logró escapar de sus intenciones y rodó por su rosada mejilla llena de pecas, la limpió con rudeza y furia. No podía permitir que la vieran llorar, ni siquiera por que acababan de romper todos sus sueños de libertad, de vivir una vida como la de su padre. Había aguantado su vida en ese lugar tan solo para ser lo suficientemente valiente y mayor como para ganarse la vida sin peligros. Pero el destino se había adelantado a sus planes. Ahora estaba casada con Clyde Campbell, el laird más temido, antipático, huraño y salvaje de todas las Highlands de Escocia, y lo peor de todo es que no lo soportaba. Y él a ella tampoco.

Fiona volvió a suspirar y comenzó a caminar hacia la salida de la capilla. Le había dado unos minutos para recoger sus cosas y no tenía el ánimo suficiente para pelear. Arrastró sus pies hacia su dormitorio. Recorrió los pasillos como si estuviera dirigiéndose al cadalso. Ni siquiera se fijó en las miradas de los sirvientes.

Al llegar a su dormitorio, la joven se quitó la ropa sucia y se lavó a conciencia. Se puso un vestido limpio y guardó otros tantos en una alforja que alguien había preparado sobre su cama. Tampoco tenía muchas pertenencias que recoger, pues nunca se había sentido tan suficientemente cómoda en el castillo para ello. Así que en muy poco tiempo tuvo todo listo.

Salió de su dormitorio sin mirar atrás, ya que realmente no lo echaría de menos, aunque sí deseó haber tenido algo más de tiempo para desaparecer. Y se golpeó mentalmente por no haberse marchado con su prima hacia la libertad.

Fiona cargó el petate sobre su hombro y bajó rápidamente las escaleras. Estaba segura de que Clyde iría a su dormitorio a buscarla, ya que había tardado demasiado. Sin embargo, al llegar a la puerta de salida del castillo, se dio cuenta de que este se encontraba junto a sus hombres dando órdenes sobre cómo preparar el carro que llevarían con ellos y las viandas que Fergus había preparado para todo el viaje.

Fiona descubrió que los caballos de los guerreros estaban listos y con sus respectivas monturas sobre sus lomos, así que únicamente quedaba ella para que dieran la orden de marchar rumbo a sus tierras.

La mano de Fiona tembló cuando dio el primer paso para bajar la pequeña escalinata que la separaba del patio. Ahora era una Campbell, la señora del castillo en el que iba a vivir, pero también una enemiga para el dueño del mismo. Aquello no podía salir bien. Jamás.

La joven respiró hondo e intentó tranquilizarse. Jamás había sido una muchacha que tuviera miedo a las cosas. Siendo muy pequeña vio morir a sus padres y tuvo que recorrer sola el camino hasta allí. Así que ¿por qué demonios sentía verdadero pavor ante su nueva vida?

Torció el gesto cuando Clyde se giró hacia ella y la avistó en la puerta del castillo. Ya no tenía escapatoria. Lo vio quedarse parado y cruzarse de brazos sin apartar la mirada de ella y, tontamente, Fiona se atusó el pelo, aunque al instante se golpeó mentalmente por ese simple gesto. Resopló y se encaminó hacia él con el mentón levantado y el orgullo rezumando por cada poro de su piel. Se dijo que no podía demostrar sus verdaderos sentimientos, y así haría.

Sin embargo, aunque su mirada estaba puesta sobre Clyde, alguien más se puso por delante de él y se dirigió directamente a ella. Uno de sus hombres, con gesto serio y ligeramente amenazador, la obligó a parar en medio del patio y alargó una mano para tomar sus pocas pertenencias.

—¿Los sirvientes traerán el resto? —le preguntó de mala manera.

Fiona sonrió fugazmente y enarcó una ceja.

—No, eso es todo.

Rob no pudo evitar que la sorpresa se dibujara en sus ojos al mirar hacia el poco peso que había en la alforja. Y con el rostro aún sorprendido, se dirigió hacia la carreta, que esperaba justo frente al portón, pero cuando pasó por delante de Clyde le dijo algo en relación a la alforja, provocando que su ya esposo se mostrara también sorprendido.

Fiona puso los ojos en blanco. ¿No podía tener secretos consigo misma? La joven resopló y reanudó sus pasos hacia Clyde, que seguía parado. Esta llegó a él al mismo tiempo que su tío, que apareció de repente, ya que había mantenido la atención sobre Clyde y no lo había visto por allí.

—Me alegra ver que has tardado poco, Fiona.

La joven no pudo evitar mirarlo fijamente.

—A mí me alegra saber que nunca he logrado ganarme su cariño, padre… —La joven pronunció esa última palabra con cierta ironía, provocando que Clyde mirara hacia otro lado, de repente muy interesado en las monturas de los caballos.

Fergus dejó escapar una risa, aunque enseguida se tornó serio.

—Te advierto sobre tu nueva vida, hija. Espero que sepas comportarte según tu nuevo estatus y no me dejes en ridículo…

Fiona apretó los puños ante la indiferencia de su tío respecto a sus palabras y se tragó el llanto de frustración y rabia.

—Y tú, Campbell, espero que sepas tratar a mi hija como se merece, tal y como la hemos tratado en este lugar.

Cuando Clyde giró la cabeza en su dirección, sus ojos parecían haber cambiado de color, tornándose negros y peligrosos. ¿Cómo era posible que el guerrero pudiera lograr semejante cambio en solo unos segundos? Ahora parecía estar a punto de entrar en batalla, pero logró contenerse. Sin embargo, no pudo hacer lo mismo con su lengua.

—¿Me estás pidiendo que trate a mi esposa como se la ha tratado en este castillo? —Vio que Fergus asentía, ligeramente turbado—. Aquí ha sido una sirvienta. En mi hogar será la señora.

Las palabras de Clyde hicieron que Fergus se quedara de piedra. Pero no solo él. Fiona no pudo evitar que la boca se le abriera por la sorpresa. ¿Clyde acababa de defenderla ante su tío? La había llamado “esposa” sin un ápice de diversión o broma en su tono. De hecho, lo había hecho con tanta vehemencia que la dejó tan petrificada como a su tío, cuyas mejillas se tornaron rojizas por la vergüenza.

De haberse tratado de otra persona, Fiona habría sonreído e incluso le habría agradecido esas palabras, pero las había pronunciado Clyde. Por lo tanto, ¿qué debería hacer ella ahora? No obstante, el propio guerrero le dio la respuesta sin hablar, ya que le señaló con la cabeza la carreta para indicarle que era el momento de marcharse.

La tensión en ese momento era más que palpable, por ello, nadie quiso

decir nada. Ni siquiera Fiona se entretuvo para despedirse de su tío. ¿Para qué hacerlo cuando estaba más que contento por deshacerse de ella?

—¿Dónde está mi caballo? —preguntó Fiona en voz alta a nadie en especial.

—Tú irás en la carreta —le informó Clyde acercándose de nuevo a ella.

Fiona asintió sin rechistar. La verdad es que prefería mil veces ir en la carreta, ya que era más cómoda que ir a horcajadas en un caballo. Así que sin dirigirle de nuevo la palabra, la joven se montó y esperó a que los guerreros hicieran lo mismo, algo que no tardaron en hacer, ya que deseaban llegar cuanto antes a su hogar.

Cuando por fin se pusieron en marcha y ella dirigió lentamente la carreta para cruzar el portón, se sintió de nuevo como el primer día de su llegada a ese castillo: como una forastera. Así había llegado y así se marchaba. Todos los años vividos allí no parecían tener importancia, pues ella no era nadie allí. Ni siquiera le quedaba la única persona que la había entendido y se había molestado en comprenderla. Sin embargo, su nuevo destino no era demasiado alentador, aunque sí sintió curiosidad por cómo sería la gente en el clan Campbell.

—Tú solo sígueme. Los demás se limitarán a rodear la carreta —le dijo Clyde.

Fiona habría deseado negarse tan solo para sacarlo de quicio, pero no era el momento. Se limitó a asentir, algo que hizo fruncir el ceño a Clyde. Y ella sabía por qué. Siempre se había mostrado rebelde ante él y tanta asertividad le hizo dudar. Cuando el guerrero se dio la vuelta, Fiona sonrió de lado. Iba a hacer de su vida un infierno, así que esa contención era tan solo la calma que precedía a la tempestad.

Estaba segura de que alguna fuerza maligna había provocado que la noche no llegara, pues no podía encontrar otra explicación a que el paso de las horas fuera tan lento. Fiona estaba entre cansada, harta e iracunda. Durante todo el día no había cruzado ni una sola palabra con los guerreros que la acompañaban. Ni siquiera con Clyde, que precedía el grupo y parecía haber olvidado por completo la presencia de la joven.

A pesar de que no había tenido muchas oportunidades para guiar una

carreta, Fiona se las había arreglado durante las horas para guiarla por los mejores lugares, rodeando los baches del camino y evitando ganarse un golpe en el trasero. Sin embargo, su ánimo comenzó a decaer al mediodía después de no haber hablado con nadie. Ella estaba acostumbrada a compartir conversaciones con los demás sirvientes del castillo, con su prima o con cualquier otra persona con la que se cruzaba, pero desde que habían salido del que era su hogar no había abierto la boca.

Fiona suspiró largamente y miró de reojo a los guerreros. Todos mostraban un rostro serio, frío y calculador que hizo que arqueara una ceja, sorprendida por el parecido en su carácter, al igual que su laird, aunque no tanto como él. Desde la carreta, fijó su mirada en la espalda de Clyde. Este se mantenía recto sobre el caballo y mostraba un porte tan orgulloso que a Fiona se le pasó por la cabeza pedirle que no elevara tanto la cabeza o caería hacia atrás. Ese simple pensamiento le hizo soltar una leve risita que llamó la atención del propio Clyde, que parecía haber estado atento a sus ruidos.

Al instante, Fiona carraspeó y disimuló llevando su mirada hacia los pliegues de su falda, demasiado interesantes para ella en ese momento, pero los ojos de Clyde se clavaron fijamente en la joven durante unos segundos más. Y cuando por fin supo que el guerrero había vuelto la mirada hacia adelante, dejó escapar un suspiro. La tensión entre ellos era cada vez más fuerte. Poco o nada tenía que ver con sus encontronazos, pues siempre habían sabido que entre ellos no habría nada más que eso: ira. Pero ahora estaban casados, algo inimaginable para ambos, y a veces se sentía completamente descolocada. No obstante, se recompondría para seguir con sus continuos enfrentamientos. Si no, perdería por completo el juicio.

—Descansaremos y pasaremos la noche en ese claro —informó Clyde al resto del grupo mientras señalaba con la mano derecha hacia un lugar más adelante.

Fiona siguió la dirección que marcaba su mano y estuvo a punto de respirar, aliviada. Necesitaba ponerse en pie urgentemente, pues estaba segura de que sus nalgas se habían quedado pegadas a las tablas de la carreta.

Tras recorrer el poco camino que les quedaba para llegar donde había indicado Clyde, todos desmontaron y dejaron los caballos pastando

tranquilamente a un lado mientras ellos llevaban las alforjas de comida hacia el centro. Durante unos segundos, Fiona pensó que alguno de ellos sería algo caballeroso con ella para desmontar, pues se le habían dormido las piernas, pero al ver que ninguno se molestaba en prestarle ayuda, resopló enfadada y se bajó ella misma.

Le dirigió una mirada cargada de odio a Clyde, que se acercó justo después para tomar las riendas de la carreta y llevarla a un lugar céntrico donde pudieran verla con claridad y esta los ayudara a frenar ligeramente el viento del norte.

Sin saber realmente qué podía hacer, Fiona miró hacia el bosque que se alzaba a su alrededor, y tuvo una idea. Se acercó ligeramente a Clyde, que ahora estaba junto a sus hombres, y le dijo:

—Necesito ir a hacer mis necesidades…

Pero para su sorpresa, nadie dijo nada. Todos se mantuvieron callados, así que Fiona lo interpretó de la manera que ella quiso: que podía ir sin necesidad de informar a nadie. Y así fue. Con gesto enrabietado, la joven se alejó del grupo y se internó entre los matorrales y altos árboles que los rodeaban. Necesitaba alejarse de esa potente e inquietante sensación de pertenencia a Clyde. La tenía desde el preciso momento en el que el sacerdote los había declarado marido y mujer. ¿Cómo era posible que su vida hubiera cambiado tanto de la noche a la mañana? Había ayudado a su prima a escapar y ahora ella ocupaba su lugar.

Fiona sintió un escalofrío. Hacía pocas horas que estaban casados, pero tras un tiempo en su castillo, ¿Clyde le reclamaría sus deberes maritales? La joven sintió algo extraño en su interior al pensar en eso y, en ese momento, tras mirar a un lado y otro, dijo que no quería comprobarlo. Así que se aferró las faldas del vestido para elevarlas ligeramente del suelo y evitar tropezar y comenzó a correr como si el mismísimo demonio la estuviera persiguiendo.

CAPÍTULO 6

Apenas quedaba ya luz en el cielo cuando Fiona había recorrido un buen tramo de bosque sin saber realmente hacia dónde se dirigía. Pero no le importaba. Lo único que deseaba era alejarse de allí y escapar de Clyde para evitar una vida de amargura junto a él.

A pesar de que sus zapatos no eran tan robustos como unas botas, Fiona saltó como un ciervo los troncos que se ponían en su camino y apartaba con presteza las ramas que aparecían de repente junto a su rostro, aunque respiraba con cierta dificultad. Sin embargo, no le importaba. Estaba segura de que se había alejado demasiado del campamento que habían levantado los guerreros Campbell, pero al cabo de unos minutos, tras pensar que estaba por fin a salvo y que no la encontrarían gracias a la oscuridad de la noche que casi se cernía sobre ellos, Fiona sintió que algo imponente la empujaba desde atrás.

La joven lanzó un chillido, asustada al pensar que se trataba de un animal salvaje del bosque. Esta rodó por el suelo, sintiendo cómo las piedras se clavaban en su costado y le hacían daño. Intentó incorporarse cuando dejó de dar vueltas, pero algo oscuro y grande se puso sobre ella. Fiona dejó escapar un gemido, pero instantes después su vista se aclaró y vio lo que realmente tenía sobre ella, pero era demasiado tarde y el filo de una daga se posó sobre su garganta.

Clyde se alzaba sobre ella con el rostro encolerizado y respirando con fuerza por el enorme tramo de bosque que había recorrido corriendo tras ella. Le había visto las intenciones reflejadas en los ojos. Lo sabía. Aunque apenas se conocían, sí lo suficiente para saber cómo actuaba; y al verla marchar con paso firme y decidido hacia el bosque, sabía que iba a escapar.

A pesar de haberlo reconocido, Fiona se revolvió intentando escapar, pero Clyde apretó más la daga sobre su cuello y gruñó como un animal salvaje al tiempo que aferraba el corpiño del vestido de la joven para evitar que siguiera moviéndose.

—Intenta imaginar tan solo por un momento que la persona con la que te cruzas es un asesino y muestra menos clemencia que yo —murmuró entre dientes el guerrero.

Y a pesar de que el mero hecho de pensar en ello le produjo escalofríos,

no quería darle la razón, pues antes prefería morirse.

—¿Eso crees?

Clyde gruñó de nuevo y acercó su rostro al de la joven.

—Entonces tal vez debería acabar contigo ahora mismo…

El guerrero apretó un poco más la daga, abriendo una minúscula herida en la base de su cuello y haciéndola resoplar por el dolor.

—Sería muy fácil… Y después diría que tu torpeza hizo que te cayeras y te rompiste el cuello.

Fiona esbozó una pequeña sonrisa que hizo que Clyde apretara los dientes.

—Vendría a por ti desde el más allá —le aseguró.

—No temo a los muertos, muchacha. Pero, si te soy sincero, te quiero con vida. Es más divertido ver la rabia en tus ojos. Y ahora eres mía…

Clyde acercó aún más el rostro, dejándolo a tan solo un par de centímetros del de la joven, que sentía sobre su vientre todo el peso del guerrero, que se había sentado sobre ella.

—Ahora eres mía y puedo hacer contigo lo que quiera.

No fue una amenaza, sino un poderoso ronroneo que hizo que un escalofrío y algo extraño recorriera el cuerpo de Fiona mientras clavaba su mirada en el color azul de sus ojos. Estaba tan cerca de ella y tan alejados del campamento que, evidentemente, podría hacer con ella lo que deseara. Y le sonó tan peligroso y excitante que pensó que había perdido el juicio antes de tiempo.

Y por ello, se obligó a responder, ya que su cuerpo estaba comenzando a notar un extraño calor que la recorrió entera.

—Si te atreves a tocarme —Se golpeó cuando su voz sonó ligeramente entrecortada—, te mataré con tu propia daga.

Para su sorpresa, Clyde esbozó media sonrisa, y antes de darle tiempo a procesarla, le mordió el labio inferior, haciéndola gemir de dolor cuando sintió sus dientes contra su fina carne.

—Eso ya lo veremos, querida esposa. Y ahora, sé una buena chica y regresemos al campamento.

Antes de que pudiera quejarse, Fiona sintió que desaparecía de ella el peso de Clyde y este tiraba de su corpiño para levantarla como si de una pluma se tratara. Sin dejar de aferrarla, el guerrero la empujó hacia el campamento, cortando así, nuevamente, su vía de escape.

—Pienso intentarlo de nuevo en cuanto te des la vuelta.

Clyde volvió a sonreír de lado. Y, sin mirarla, le respondió:

—Querida esposa, aunque intentaras escapar mil veces, todas y cada una de ellas te volvería a encontrar.

Con la completa oscuridad ya reinante a su alrededor, caminaron deprisa hacia donde estaban los demás. Las respiraciones de ambos se fueron calmando poco a poco y Fiona vio cómo su último rayo de esperanza para escapar se desvanecía. Maldijo mentalmente a Clyde por haber leído las intenciones en sus ojos y deseó no ser tan transparente.

Debido a la oscuridad, Fiona tropezó con una rama, pero la férrea mano de Clyde le impidió darse de bruces contra el suelo. Chasqueó la lengua ante la humillación de ese momento, pero su orgullo le impidió agradecerle al guerrero por impedir su caída. Sin embargo, este no dejó pasar la oportunidad:

—De nada, esposa.

Fiona resopló e intentó soltarse, sin éxito.

—Si no me llevaras casi a rastras, podría ver por dónde camino…

Clyde sonrió, pero la oscuridad le impidió a la joven ver esa sonrisa.

—Si no hubieras intentado escapar, no habrías estado a punto de caerte.

La joven lo miró con rabia, pero en ese momento salieron al claro del bosque donde se encontraban los demás, provocando risas y silbidos de los guerreros. Fiona dirigió su mirada hacia ellos y entornó los ojos.

Habían encendido un fuego y calentaban comida, pero su rabia le impidió ver esta, ya que estos seguían burlándose de su intento de fuga.

—¿Qué pasa, muchacha, te ha gustado el paseo? —se burló Rob.

—¿Y a ti, te gusta el queso que comes? Pedí expresamente que lo envenenaran para ti…

Pero Rob sonrió y volvió a llevarse un trozo a la boca mientras los demás

reían. Clyde la obligó a sentarse al lado de uno de los guerreros y él se sentó justo enfrente.

—¿Nunca te enseñaron a morderte la lengua, muchacha?

Fiona apretó los puños, pero no se quedó callada a pesar de que Clyde le envió una mirada peligrosa y oscura.

—¿Y a ti a saltar por un acantilado? —contraatacó la joven, provocando la risa de los guerreros.

Rob abrió la boca para responder, pero Clyde alzó la voz.

—Ya basta… —dijo entre dientes mirando exclusivamente a Fiona.

La joven guardó silencio, pero su orgullo se sintió bien al haber sido ella la última en hablar. Esta clavó la mirada en el suelo, pero al sentirse observada por Clyde, levantó la mirada hacia él. Se preguntó qué estaba pensando, pues la observaba de una forma tan fija que la ponía nerviosa. Su mente volvió a hacerle recordar el momento en el que años atrás la dejó en el árbol en lugar de ayudarla a bajar. Fue un maleducado y jamás pensó en ese momento que la vida o el destino la llevaría a estar casada con él.

Entre ellos, se sentía descolocada, sola y con la sensación de ser la única que sobraba en el grupo. Los demás comenzaron a hablar mientras cenaban, ignorando su presencia, pero ella no podía ignorarlos a ellos. En pocos minutos, descubrió otra faceta de esa gente: la amistad y el respeto. Parecían ser unos guerreros completamente diferentes a lo que ella había visto desde el principio, nada que ver con su laird, que seguía mirándola fijamente.

Fiona estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva al saberse observada por él continuamente. Parecía querer indagar en sus pensamientos, pero ella no pensaba dejarlo entrar en ningún instante. Y a pesar de eso, Fiona no podía evitar que sus propios ojos buscaran los de Clyde sin descanso, como si entre ellos se hubiera iniciado un baile que no cesaba a pesar del paso de los minutos.

La joven se sentía también descolocada con él. Clyde no era el tipo de persona que le gustara. De hecho, siempre huía de personas cuya simpatía brillaba por su ausencia. Sin embargo, él era diferente. Aquellos ojos azules no solo mostraban falta de simpatía, sino algo más, un oscuro y profundo sentimiento que no lograba adivinar, pero que la tenía a ella en el centro de

él. Sí, no se equivocaba. Clyde la culpaba de algo, aunque su mente enseguida le recordó que había ayudado a escapar a su prima, así que no podía ser otro pensamiento más que ese.

—Si sigues mirándome así, me harás mal de ojo —le susurró antes de apartar la mirada hacia el último trozo de queso que le había robado a Rob cuando este alargó la mano para cogerlo.

—Tan solo intento adivinar cuándo será la próxima vez que intentes escapar… —fue la seca respuesta de Clyde.

Fiona le sonrió mientras terminaba de masticar.

—Quién sabe.

—Ahora eres la señora de mi clan. No puedes hacerlo.

Fiona sintió un nudo en el estómago cuando le recordó que ahora pertenecía al clan Campbell.

—Eso ya lo veremos.

Clyde apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia adelante para acercarse más a ella.

—Muchacha, ¿por qué no quieres aceptarlo?

Fiona lo imitó, y ambos se quedaron a escasos centímetros el uno del otro, y durante un segundo, Fiona estuvo segura de que Clyde había dedicado una mirada rápida a sus labios, algo que exaltó su corazón y la puso tan nerviosa que se le olvidó lo que quería responder. Sin embargo, retomó el hilo enseguida.

—Porque odio nuestro matrimonio, te odio a ti y porque no deberíamos estar casados.

Clyde dejó escapar una risa suave.

—Si lo estamos es gracias a ti.

La joven puso los ojos en blanco al tiempo que negaba con la cabeza. Estaba tan cansada que no tenía ganas de discutir más. Necesitaba dormir algo, aunque solo fueran un par de horas, para recuperarse, y ya después se plantearía el hecho de seguir discutiendo sobre su matrimonio.

—Si no te importa, me gustaría ir a descansar… —le dijo levantándose de la piedra en la que estaba sentada.

Clyde se encogió de hombros.

—Tienes mi permiso.

Fiona arqueó una ceja ante esas palabras, y tuvo que contenerse para no decirle por dónde podía meterse su permiso. Por ello, se giró para buscar su capa entre las alforjas y apretó los puños con fuerza cuando escuchó:

—Buena chica…

Sus pies se quedaron quietos en el sitio a pesar de haber dado tan solo dos pasos. Rechinó los dientes con fuerza al pensar en esas dos malditas palabras que solía repetirle una y otra vez. Le habría gustado gritarle algo, volver a quejarse, insultarlo… Lo que fuera para que dejara de decirlas. Pero logró contenerse a tiempo y siguió su camino, alejándose unos metros de él y tumbándose en el suelo, al raso, mientras observaba las estrellas como había hecho otras veces en completa soledad. Su madre a veces le contaba historias sobre ellas y los ancestros, así que, en ese momento de silencio para ella, se detuvo a pedirle a sus padres, una vez más, que la ayudaran en esa nueva vida.

Inconscientemente, Fiona miró a su izquierda. No supo por qué, pero había algo que parecía llamarla insistentemente. Y cuando vio que los ojos de Clyde aún seguían puestos sobre ella, sintió un escalofrío. Esa mirada lo dijo todo sin decir nada, prometiendo algo que no supo descifrar, pero que le hizo sentir algo extraño en todo su cuerpo, como una especie de atracción que tiraba de su vientre hacia él. Era peligroso, sí. Clyde Campbell era el hombre más oscuro y peligroso que había conocido jamás, pero a la vez poseía algo que lograba hacer que todo su ser vibrara. Y sabía perfectamente que no era el odio que sentía por él.

Tras la cena, Clyde ordenó a sus hombres que descansaran y, a pesar de que habían protestado por que fuera él quien se quedara a hacer guardia durante la noche, el guerrero decidió ser él quien lo hiciera por el mero hecho de que sería incapaz de pegar ojo durante la noche debido a su nuevo estado civil.

Casarse nunca había sido una opción para él, y aunque había logrado aceptar su matrimonio con Maisie Cameron, por su mente nunca pasó la idea de que ese compromiso inicial desaparecería y se casaría con la mujer

que había puesto su vida patas arriba. La odió desde el primer momento. No la soportaba y no la quería cerca. La veía como una mujer tremendamente desagradable, insoportable, rebelde, malhablada… Tan parecida a él que no soportaba la idea de aguantar a alguien como él durante el resto de su vida, pues ni él mismo se soportaba a veces. Y esto era precisamente fruto de la paliza que le propinó su padre por culpa de esa misma joven. Ella era la culpable de todo.

Clyde partió en dos la pequeña ramita que tenía entre sus manos mientras miraba el subir y bajar con lentitud el pecho de la joven. Suspiró al pensar que al menos durante la noche no tendría que soportar ver sus ojos orgullosos sobre él. Y tener que haber corrido tras ella en medio del bosque sin apenas luz no ayudaba a que su odio hacia ella pudiera mejorar. Y, sin embargo, admiraba aquella obstinación de la joven por alejarse de él. Siempre había esperado la mesura de la hermana de Fiona, su dulzura y buenos modales, pero se había dado de bruces con el fuerte carácter de la joven y, a pesar de que era igual que él, le gustaba, pues sentía que su alma se llenaba de vida.

Y luego… Clyde chasqueó la lengua y miró hacia el bosque. Luego estaba la inmensa e increíble belleza que poseía la joven. ¿Cómo era posible que aquel duende del infierno que encontró sobre un árbol se hubiera convertido en semejante mujer? Había sentido bajo su cuerpo cada curva cuando corrió tras ella y, por Dios, que si no hubiera sido porque la odiaba… Clyde sacudió la cabeza. No podía pensar en eso. ¡Por Dios! Era su maldita enemiga.

El guerrero pasó las manos por su rostro. Iba a ser una noche demasiado larga. Maldijo entre dientes y volvió a mirar a su esposa al tiempo que hacía añicos los dos trozos de rama que ahora tenía entre sus manos.

Por un lado, se preguntó cómo era posible que sintiera tanto odio por una persona a la que deseaba herir y destruir desde hacía años. Pero, por otro, se preguntó si era posible que, al mismo tiempo, pudieras desear besarla para callarla.

Clyde siseó entre dientes y se levantó del suelo para pasear cerca de la pequeña hoguera que quedaba encendida para pasar el resto de la noche.

Las horas se sucedieron demasiado lentas para su gusto y a pesar de haber pasado todo el día cabalgando, no tenía ni un ápice de sueño cuando el

nuevo día comenzó a despuntar en el horizonte. Poco a poco, el mundo a su alrededor fue despertando y mientras los demás aún seguían durmiendo, se quedó embobado al ver aparecer el sol entre los árboles. No obstante, cuando fue consciente de lo que estaba haciendo, frunció el ceño y se giró hacia sus hombres. Estos estaban comenzando a despertar y se obligó a ser el mismo hombre serio y frío de siempre; el hombre en el que se convirtió tras la paliza que le dieron por culpa de Fiona, a quien dirigió entonces su mirada.

La joven seguía durmiendo tranquilamente y deseó poseer una mínima parte de la tranquilidad que su recién estrenada esposa parecía tener en su interior. Él no recordaba la última vez que había dormido en paz. Y en parte lo entristeció.

Sabía que debía despertarla, pero no quería aproximarse a ella. Por eso, dio una fuerte palmada con su mano, logrando su cometido.

—Vamos, arriba. Hay que llegar a nuestro hogar cuanto antes.

Clyde estuvo a punto de esbozar una sonrisa al ver el sobresalto que dio Fiona cuando escuchó su palmada, sin embargo, ese gesto se quedó congelado en sus labios cuando vio algo extraño a un lado de la carreta, aunque más alejado. Con disimulo, Clyde elevó ligeramente la mirada y, al ver que los arbustos se movían con rapidez y la punta de una flecha apuntaba hacia ellos, dio la voz de alarma:

—¡Nos atacan! —bramó, haciendo que varios pájaros cercanos salieran volando despavoridos.

Fiona apenas había logrado despertar del todo cuando escuchó esas palabras. Tardó un segundo en procesarlas en su mente, y ese segundo casi le costó la vida.

La joven levantó la mirada hacia Clyde cuando este gritó y encogió las piernas para levantarse con rapidez, pero una flecha se clavó justo a su lado, llegando incluso a rozar la falda de su vestido. Al instante, la joven volvió a sobresaltarse y miró el lugar donde se había clavado.

Sus ojos buscaron los de Clyde inconscientemente y este, que la miraba en ese momento, no pudo evitar que sus ojos modificaran su expresión hasta volverse horrorizada. El guerrero corrió hacia ella y extrajo la flecha con fuerza. La ayudó a levantarse mientras la protegía con su cuerpo y

miraba hacia atrás para comprobar si llegaban más flechas.

—¿Quiénes son? —preguntó la joven, asustada.

—No lo sé, y mucho me temo que no han venido precisamente a hablar.

Clyde la giró y la miró a los ojos al tiempo que aferraba su barbilla con excesiva suavidad.

—Están atacando el centro del campamento —comenzó diciendo cuando sus hombres se lanzaron hacia los primeros guerreros que salieron de entre los árboles—. Ve a la carreta y resguárdate debajo de ella. Y no salgas de ahí bajo ningún concepto.

Fiona tembló. Se preguntó qué haría si los mataban a todos. Nunca había aprendido a luchar, por lo que no podría defenderse.

—Pero… —comenzó a quejarse.

La mano de Clyde que sujetaba su barbilla la atrajo hacia él y la miró de forma penetrante.

—Ve y, esta vez, obedece.

Por primera vez desde que lo conocía, Fiona escuchó, vio y sintió su preocupación. En ese instante, cerca de ellos cayó una nueva flecha, por lo que asintió con la cabeza y corrió hacia la carreta al tiempo que Clyde llamaba la atención sobre su persona para evitar que intentaran herirla.

Al instante, se lanzó hacia sus guerreros, que habían comenzado a luchar con los atacantes que habían salido del bosque. Mientras corría hacia ellos pensó en las flechas que caían a su alrededor. Eran pocas y no muy frecuentes, por lo que dedujo que había un arquero, o tal vez dos, cerca de ellos, observándolos desde el bosque.

El guerrero lanzó un rugido de rabia cuando desenvainó su espada y describió un arco con ella para comenzar a luchar, sin saber que ese arquero tenía la mira puesta sobre él desde el principio.

Fiona había llegado a la carreta antes de lo esperado. Había corrido como nunca y se había metido bajo ella mientras intentaba recuperar el aliento. Desde allí tenía una buena vista para observar toda la pelea. Sus manos aún temblaban y sabía que lo harían hasta que todo llegara a su fin y los Campbell ganaran la pelea.

Si en ese momento no hubiera tanta tensión en el aire, Fiona casi se habría reído. La noche anterior había intentado escapar de ellos y ahora su corazón deseaba que ganaran la pelea. Y al instante, ella misma se dio la respuesta a ese sentimiento. Los Campbell, a pesar de que su relación era más de odio que de amor, la habían respetado. Pero no estaba segura de que pudiera decir lo mismo de los guerreros que los estaban atacando. Desde ahí podía ver claramente sus rostros, y no eran muy amigables. Golpeaban con saña, infringían daño si podían e intentaban matar. Descubrió que más de uno tenía la mira puesta sobre Clyde y que intentaban atacarlo en todo momento, pero los guerreros de este lo defendían con presteza.

—Acabad ya, por favor… —susurró retorciéndose las manos.

La joven chasqueó la lengua y desvió la mirada hacia otro lugar cuando vio que a Rob le abrían un tajo en la pierna. Hasta ella llegó el grito de dolor que dejó escapar el guerrero y a pesar de no se soportaban desde el primer momento en que se vieron, Fiona no pudo evitar sentir lástima por él.

La joven suspiró y se mordió el labio, nerviosa, antes de abrir los ojos hacia el bosque, en dirección contraria a donde estaban luchando los demás. Sin embargo, en ese instante, su corazón se paró de golpe. Agazapada bajo la carreta vio un movimiento extraño entre unos matorrales cerca de ella, a una decena de metros. Fiona entrecerró los ojos y fijó su mirada en ese lugar. Desde allí vio salir la punta de una flecha. La joven intentó seguir la dirección que marcaba y fue directamente a Clyde.

Durante un instante, su mente se quedó en blanco. El día anterior, casi habría deseado que alguien lo matara por ella para evitar casarse con él, pero hacía tan solo unos minutos que él la había protegido con su cuerpo sin pensárselo. Sus manos volvieron a temblar ante la enorme duda que había entonces en su corazón. En ese momento, la vida de Clyde estaba en sus manos. Podría dejar que lo mataran o podía salvarlo. Fiona resopló, enfadada, y chasqueó la lengua, contrariada. ¿Qué podía hacer? Tal y como había pensado unos minutos antes, los atacantes podrían tratarla aún peor que los Campbell, que, aunque se burlaban de ella, la habían respetado.

Por ello, agarró una enorme piedra que había justo a su lado y salió lentamente de la carreta. Desde la posición en la que estaba, Fiona sabía que el arquero no podría verla, así que caminó entre los matorrales hasta que

tuvo a tiro al hombre que apuntaba a Clyde. Lo vio relamerse los labios y sonreír antes de cerrar un ojo para atacar.

—Maldita sea… Me van a matar por su culpa… —murmuró levantando la mano que sostenía la piedra.

Su padre le había enseñado a tener buena puntería, pero hacía tantos años que no practicaba que no estaba segura de acertar en su tiro. La joven salió de detrás del árbol en el que estaba escondida y tiró la piedra con todas sus fuerzas en el instante en el que el arquero tensaba la cuerda.

Tal y como se temía, la piedra no le dio a él en la cabeza, que era donde ella había tirado, sino en la mano. Sin embargo, logró desviar el arco y envió la flecha a uno de sus hombres, que cayó fulminado cuando la flecha le dio de lleno en el cuello.

Fiona apenas tuvo tiempo para enorgullecerse de su hazaña, ya que el arquero lanzó un rugido de rabia y giró la cabeza lentamente en su dirección. Fiona sintió entonces que su corazón se paraba de golpe y la respiración se le aceleraba.

La joven dio un paso atrás cuando sintió sobre ella todo el peso de la mirada de ese hombre. Dirigió sus ojos hacia el lugar donde la pelea estaba teniendo lugar y vio que nadie podía ayudarla. Estaban ellos dos solos. Y él lo sabía, porque le dedicó la peor sonrisa que había visto jamás.

El labio inferior de Fiona tembló, pues no sabía luchar, pero tampoco era una opción correr hacia la lucha, porque Clyde pondría el grito en el cielo.

—Oh, mierda… —murmuró.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, el hombre se relamió tranquilamente, e incluso dejó el arco a un lado para llevar la mano a la empuñadura de la daga. Y en ese instante, Fiona se dijo que debía escapar de allí para salvar la vida. Y si Clyde se enfadaba, ya se defendería como pudiera, si es que sobrevivía a aquello.

La joven maldijo entre dientes, pues ese problema se lo había buscado ella por intentar salvar a su esposo y devolverle el favor que él mismo le había hecho minutos antes, pero ahora no sabía cómo salir de él. Fiona giró sobre sí misma y comenzó a correr en contra del hombre, hacia las profundidades del bosque.

Rezó para que no saliera alguien más de entre los matorrales, pues con

uno ya tenía problema más que suficiente, y corrió todo lo deprisa que le permitían sus faldas. Durante un instante, clamó ayuda a su padre, pues él era quien no solo debía enseñarle a robar y algunos trucos de los que él conocía, sino que también debió enseñarle a defenderse.

Fiona saltó un pequeño tronco que se puso en su camino y, en ese momento, miró hacia atrás. Maldijo entre dientes al ver que el hombre corría a gran velocidad hacia ella, así que apretó el paso como pudo. Sin embargo, los apresurados pasos del atacante se acercaron demasiado, acortando terreno y logrando, con un fuerte empujón, tirarla al suelo.

La joven rodó sobre la hierba varios metros, lanzando un fuerte grito de dolor cuando sintió que varias piedras y ramas se clavaban en su costado y laceraban su piel. Intentó arrastrarse para alejarse de él, pero el hombre rápidamente aferró con fuerza la tela de su corpiño y la levantó como si no pesara nada.

—¡Suéltame! —vociferó Fiona intentando arañarlo.

Pero el arquero rio suavemente, como si no fuera más que un ronroneo, y la miró de arriba abajo con verdadero interés.

—Vaya, vaya… ¿Cómo es posible que la hija de Travis Cameron esté viva?

Fiona dejó de patalear al instante al escuchar el nombre de su padre. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y el horror se reflejó en ellos. Vio que el hombre sonreía ampliamente.

—¿Qué hiciste para sobrevivir al fuego?

Fiona intentó soltarse para evitar responder a la pregunta, pero la aferraba con tanta fuerza que era imposible hacerlo, y menos cuando la empujó contra un árbol y la acorraló.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Porque conservas el mismo rostro, muchacha. Apenas has cambiado desde entonces… —pareció relamerse al pronunciar aquellas palabras, que dieron más información de la que había esperado.

Y en ese momento, el suelo bajo sus pies pareció empezar a temblar. Fiona sintió que la sangre se le iba de las manos, cuyo cosquilleo le resultó molesto. Desde lo más profundo de su corazón notó cómo un poderoso

sentimiento de rabia e ira, más fuerte de lo que jamás había sentido, se irradiaba hasta fuera al comprender el verdadero significado de esas palabras.

—¿Fuiste tú? ¿Tú quemaste la casa?

El hombre comenzó a reír.

—No solo estaba yo, muchacha. Y ese trabajo lo hice por encargo de otras personas… Se puede decir que tu padre no tenía buenos amigos…

Fiona rugió de rabia y lo pateó en la pierna, ganándose un siseo del hombre.

—No te atrevas a hablar mal de mi padre. ¿Por qué lo matasteis?

—Tu padre se había convertido en alguien muy peligroso para muchas personas. Y cuando descubrieron su identidad, nos enviaron para acabar con él y toda su familia. ¿Gritaron mucho?

Fiona intentó golpearlo, pero él se apartó a tiempo.

—¿Quiénes eran esas personas?

—Muchacha, no voy a decírtelo porque no te quedará tiempo para buscar venganza.

El hombre rio fuertemente.

—¿Qué haces con los Campbell?

—¿Y a ti qué demonios te importa?

Cuando Fiona logró separar la espalda del árbol, pensó que podría soltarse, pero se vio impulsada de nuevo hacia él. Esta vez con más fuerza. Un grito de dolor escapó de su garganta cuando el aliento se le entrecortó.

—Dejad en paz a los Campbell —logró decir cuando se recuperó.

Los largos dedos del hombre aferraron su barbilla y apretó con fuerza al tiempo que acercaba el rostro al de la joven.

—Has elegido unos compañeros que tienen enemigos que los quieren muertos… Y teniendo en cuenta quién era tu padre, me temo que hoy también acabarás muerta, como los Campbell.

—Clyde acabará con todos vosotros.

El hombre rio con fuerza y negó con la cabeza.

—Tal vez, pero no podrá salvarte a ti, muchacha, porque tú deberías estar muerta desde hace años…

Y cuando Fiona sintió que el final de su vida estaba cerca, supo que debía luchar como fuera. Le propinó una patada en la pierna y, antes de que se recuperara, le dio un puñetazo en la mejilla, logrando hacer que la soltara. Sin esperar un movimiento por su parte, Fiona intentó correr de nuevo hacia el campamento. En ese momento, ya no le preocupaba que Clyde pusiera el grito en el cielo por haber salido de debajo de la carreta. Sin embargo, el hombre fue más rápido y aferró su pelo con fuerza, tirando de él hasta hacerla caer al suelo al tiempo que gritaba de dolor.

Fiona giró sobre sí misma en el suelo y clavó una rodilla en la tierra para levantarse, pero su atacante logró asestarle otro puñetazo que la hizo caer de espaldas con un gemido en la punta de la lengua. Al ver que volvía a aproximarse a ella, Fiona agarró un puñado de tierra y se lo lanzó a los ojos. Tal vez su padre no tuvo tiempo para enseñarle a luchar, pero sí le enseñó todo su ingenio para lograr salir victoriosa de muchas situaciones. El hombre gritó cuando los ojos se le llenaron de tierra y enseguida llevó ambas manos a ellos para limpiarlos cuanto antes.

La mente de Fiona no lograba entender del todo que estaba luchando con el hombre que le había quitado la vida a su padre. Le habría gustado hacerle más preguntas para intentar descubrir a las personas que hicieron todo lo posible para quitarse del medio a su padre, pero el hombre que llevó a cabo el plan de otros no la dejó. Este sabía que tenía poco tiempo para quitársela del medio, ya que los Campbell podrían aparecer si lograban acabar con el resto de sus compañeros.

Fiona intentó escapar. Corrió apenas unos metros cuando de nuevo se vio impulsada hacia adelante con fuerza. Intentando contener un grito de dolor cuando su costado cayó sobre un enorme tronco, la joven sintió que se le escapaba el aliento. Sentía que su final estaba cerca, pero no podía dejarse morir tan rápidamente. Ese hombre había acabado con su familia y no le iba a permitir que acabara con ella.

A pesar del dolor que recorría todo su cuerpo, Fiona levantó una mano y la suerte quiso que lograra abofetearlo. Con todas sus fuerzas, deseó que los Campbell acudieran a ayudarla. No eran amigos, pero sí habían logrado respetarla, aunque su mente le recordó, al mismo tiempo, que para Clyde

era más un problema que una solución para su clan.

El miedo le atenazó la garganta, impidiéndole gritar para pedir la ayuda de alguien, fuera quien fuera, pero estaba tan aterrada como aquella nefasta noche en la que sus padres murieron y ella no pudo hacer nada. Sentía que tampoco podía hacer algo para salvarse a sí misma, pero lo intentaría. Por Dios que lo intentaría.

Con lágrimas en los ojos, la joven pateó al hombre, que lanzó un gruñido de rabia.

—¡Maldita seas! ¡Debería dejarte viva unas horas más para que mis hombres y yo podamos hacer contigo lo que queramos!

Fiona resopló.

—Los Campbell acabarán con ellos y contigo… —le aseguró mientras daba varios pasos hacia atrás para tomar aliento y alejarse de él.

El hombre rio y se atusó la barba, mirándola de arriba abajo al tiempo que se planteaba la mejor forma de quitarle la vida.

—Eres una ingenua, muchacha. Nos hemos alejado mucho de ellos. No te han visto correr y, si logran sobrevivir, ninguno sabe dónde estará su amiguita.

Fiona dio otro paso atrás cuando lo vio acercarse, y logró pararle los pies con la información que le dio a continuación, aunque no salió como esperaba.

—No soy su amiga, sino su señora. Clyde Campbell es mi esposo.

El hombre se quedó completamente parado en el sitio al escucharla. La miró de arriba abajo y sonrió aún más.

—Ahora entiendo por qué te ha protegido con su cuerpo… —murmuró —. Pero no importa, me has dado un motivo más para acabar contigo…

Fiona no pudo cantar victoria como esperaba, así que intentó correr de nuevo, pero el hombre la alcanzó fácilmente, ya que se le enredaron las faldas entre las piernas. La giró hacia él y le asestó un puñetazo que le nubló la visión unos segundos; tiempo crucial para poder devolverle el golpe. Por ello, su atacante se aprovechó de esa situación y la golpeó entonces en el estómago, arrancándole de cuajo la respiración.

Fiona cayó de rodillas al suelo intentando recuperar el aliento. Pero él no

le dio tregua. Al contrario, la aferró con fuerza del pelo para levantarle la cabeza. La miró a los ojos con una sonrisa y volvió a abofetearla. De repente, todo se volvió negro a su alrededor y supo que jamás volvería a abrir los ojos de nuevo.

Con una carcajada, la vio caer de espaldas al suelo y se relamió los labios lentamente, disfrutando de ese instante. Jamás pensó que la hija de Travis Cameron había sobrevivido al ataque de su palacio y cuando la había visto entre los Campbell la había reconocido al instante. Hacía años, vigilaron los pasos de toda la maldita familia durante varias semanas, así que recordaba su rostro a la perfección. Él jamás dejaba un trabajo a medio hacer, y ese día culminaría el que debía haber hecho hacía tiempo.

Sonrió al poner los pies a cada lado de la cadera de la joven. Reconoció que se había convertido en una hermosa mujer, pero no le daba pena acabar con ella. Lentamente, se arrodilló sobre ella, sentándose en su vientre y desenvainó la daga. La tomó de la barbilla con fuerza, clavando con saña los dedos en su carne. Estaba dispuesto a acabar con ella. Levantó la daga poco a poco. Iba a disfrutar de ese momento, al contrario que años atrás cuando quemaron la casa de la joven, ya que tuvieron que abandonar el palacio para evitar que pudieran encontrarlos.

Y en el momento en el que aferró la empuñadura con fuerza para clavársela en el corazón, un rugido de rabia reverberó por todo el bosque, provocando que los pájaros salieran despavoridos de sus nidos.

CAPÍTULO 7

Clyde bajó la espada manchada de sangre al tiempo que intentaba recuperar el aliento. Todo a su alrededor se fue calmando. Sus hombres se acercaron a él y comprobó que el que se había llevado la peor parte era Rob, cuya herida en la pierna parecía demasiado fea a pesar de que intentaba mantener la compostura y no quejarse por el dolor.

—No me mires así sin haberte mirado en un espejo, laird… —refunfuñó Rob señalándolo con la cabeza.

Clyde resopló. Sabía que su aspecto no era mejor que el suyo. Lo habían herido en un hombro, aunque no de gravedad. Además, lo habían golpeado en la cara repetidas veces y sabía que su ceja estaba partida, pues sentía cómo bajaba la sangre por su rostro. Pero no le importaba. Apenas sentía el dolor en su cuerpo después de luchar. Siempre le ocurría. Durante la pelea jamás notaba algo de dolor si lo herían y después, cuando lograba calmarse, volvía a sentirlo.

Clyde se encogió de hombros y pasó la lengua por sus labios.

—Lo mío no es importante. Debemos marcharnos cuanto antes. No sabemos si hay más amigos suyos cerca…

Los demás asintieron y, en ese momento, Clyde miró hacia la carreta. No había tenido ni un solo segundo para comprobar si el duende que era su esposa se encontraba bien, y ahora que comprobó que no estaba donde le ordenó quedarse, gruñó para sí.

—¿Dónde está, maldita sea?

No vio que dos de sus hombres abrían la boca para responder a su pregunta, ya que corrió hacia la carreta para buscarla por los alrededores.

—¡Fiona! —ladró.

Pero lo único que recibió por respuesta fue el silencio. Con el corazón de nuevo acelerado, miró desesperado a su alrededor, sin encontrar a la joven, pero, de repente, un grito ahogado llegó hasta él, seguido del gruñido de un hombre. Y en ese instante, recordó que alguien desde el bosque los había atacado con un arco. Se había olvidado por completo de la presencia de esa persona en los alrededores cuando se enfrascó en la lucha, así que seguramente esa persona se había encontrado con Fiona.

Clyde corrió hacia el lugar donde había escuchado el gruñido. No podía perder tiempo maldiciendo en voz baja. A medida que se acercaba, los gruñidos y gritos de dolor se hicieron más nítidos. El guerrero no pudo evitar rechinar los dientes al escuchar a su esposa intentando hacer algo por salvar su vida. Por un lado, se preguntó por qué demonios no se había quedado la joven bajo la carreta, como le había indicado. Y, por otro, maldijo también al hombre que estaba atacando a Fiona, ya que, aunque la odiara, ahora tenía la obligación de defenderla y protegerla. Y por culpa de esos atacantes no lo estaba haciendo.

Clyde aferró con fuerza la empuñadura de la espada y temió que sus pies se quedaran clavados en el suelo cuando vio que Fiona estaba inconsciente en el sueño y con un hombre sentado sobre su vientre a punto de clavarle una daga en el corazón. El guerrero lanzó un rugido que salió de lo más profundo de su pecho, logrando hacer que todo a su alrededor se agitara. Al instante, la cabeza del hombre giró en su dirección y su mano dejó de descender hacia Fiona. Este le devolvió un rugido de contrariedad y, al instante, se levantó y alejó de su esposa, pero no para luchar contra él, sino para correr en dirección contraria.

Clyde chasqueó la lengua al tiempo que corría hacia él para intentar detenerlo. Miró el cuerpo de Fiona cuando pasó por su lado, prometiendo volver a por ella cuando acabara con él, pero este parecía conocerse muy bien el bosque y rápidamente se internó entre los arbustos, desapareciendo como si de magia se tratara y realmente no hubiera estado allí.

El guerrero paró cuando llegó a un pequeño riachuelo y las pisadas se detuvieron de golpe. No escuchó ningún ruido más, ni respiración acelerada, ni siquiera el movimiento de los arbustos o ramas partiéndose al ser pisadas… Nada. Lanzando un gruñido de rabia que logró hacerle daño en la garganta, Clyde se giró de nuevo y regresó junto a Fiona. Se dijo que no olvidaría aquel rostro y que, si volvía a cruzarse con él, acabaría con su vida sin preguntar.

A pesar de que eran solo unos metros, Clyde tuvo la sensación de que se alargaban y tardaba más en llegar. Estaba iracundo, rabioso, cansado, pero, sobre todo, preocupado. Apenas llevaba un día casado y su esposa ya había sufrido por su mala fama. Ese era un motivo por el que siempre había renegado del matrimonio. Sabía que no tenía muchos amigos y que estaba en el punto de mira, por lo que la mujer que estuviera a su lado sufriría lo

mismo que él.

Clyde dejó escapar un suspiro cuando llegó junto a Fiona. La joven seguía sin moverse, y temió que la hubieran matado sin que él pudiera haber hecho nada por ayudarla. Aunque su corazón la odiaba y quería hacerle pagar por lo que él sufrió por su culpa, no quería que muriera así.

Se arrodilló a su lado con sumo cuidado y tomó su rostro entre sus manos.

—Fiona…

En el momento en el que sintió bajo sus dedos su suave piel y escuchó su propia voz pronunciando el nombre de la joven, Clyde sintió algo extraño en su interior, como si un hilo extraño tirara de él hacia ella. Y no logró comprender de qué se trataba.

—Vamos, muchacha, despierta…

El guerrero sacudió el cuerpo de la joven con cuidado y acercó su rostro al de ella para comprobar que seguía respirando. Cuando sintió contra su piel la suave respiración de Fiona, suspiró.

—Vamos, despierta…

Repasó el rostro de la joven. Estaba tan golpeado que su rabia aumentó nuevamente. ¿Por qué demonios había tenido que salir de la carreta y exponerse? Maldijo entre dientes, y tras recorrer el resto de su cuerpo y comprobar que no parecía tan golpeado como el rostro, respiró hondo para obligar a su corazón a calmarse.

El silencio estaba comenzando a ponerlo nervioso, y no pudo evitar mirar alrededor para comprobar que estuvieran solos. Y entonces, solo entonces, se le ocurrió una forma de despertarla que hasta él mismo se sorprendió cuando esa idea pasó por su mente. Le pareció tan descabellada que enseguida la desechó, pero su mente volvió a ponerla al frente.

Renegando entre dientes, Clyde bajó lentamente su rostro, acercándolo al de la joven, y, sin pensárselo más, le robó un beso. Fue suave, casi una caricia, algo extraño en él, pero pareció tener el efecto que deseaba, ya que Fiona dio un respingo y comenzó a despertar de su letargo.

La joven se movió, como si quisiera alejarse de algo, la vio fruncir el ceño y entonces se permitió suspirar de alivio. No obstante, en el momento

en el que Fiona parpadeaba para abrir los ojos nuevamente, Clyde se incorporó y frunció el ceño, volviendo a adoptar su postura fría y distante, junto con su rostro serio y amenazante.

—Vamos, muchacha…

Al reconocer su voz, Fiona abrió lentamente los ojos. La luz le molestó en un principio, pero enseguida logró enfocarse de nuevo. El rostro que había a poca distancia del suyo era el de Clyde, y, tras recordar lo que había sucedido, se incorporó de golpe mirándolo fijamente a los ojos sin saber qué decir.

Ambos se miraron durante unos segundos que parecieron eternos y, pasados estos, Clyde carraspeó, incómodo, y se levantó, tendiéndole la mano con gesto tenso e iracundo.

—Vamos, los demás nos están esperando.

Fiona no esperaba por su parte que le preguntara si estaba bien, si le dolía algo, incluso qué había pasado, pero confirmar esa frialdad por su parte le dolió. Lo vio tragar saliva ruidosamente y mirar hacia otro lado mientras ella se levantaba ignorando su mano tendida. Si él era orgulloso, ella lo era aún más.

La cabeza le dolía terriblemente, pero mucho más su rostro. Su labio inferior latía con tanta fuerza que parecía tener vida propia. Su mejilla derecha hacía presión sobre su propia carne y allí donde se le habían clavado las piedras protestaba con fuerza. Pero ella se negó a mostrar debilidad o dolor, por lo que fue la primera en comenzar a caminar hacia el campamento. Y lo hizo en silencio, como si no hubiera pasado nada, pero se sentía terriblemente sola en un instante como ese, en el que necesitaba tanto un abrazo que estaba a punto de echarse a llorar como una chiquilla.

Fiona respiró hondo y apretó los puños por el dolor, pero siguió adelante, seguida de Clyde, que no dejaba de mirar su espalda tensa y sus continuos gestos para aparentar normalidad. Había perdido la consciencia por un golpe, ¿cómo demonios era posible que la joven se mostrara como si no hubiera pasado nada?

Clyde suspiró. No había sabido qué decir al verla abrir los ojos, lo cual lo enfureció aún más. Habría deseado gritarle por haberse expuesto de esa manera, por haber ignorado su orden, por no haber sabido defenderse, por

haber hecho que él cambiara años atrás… Cualquier cosa para que la joven le respondiera y se mostrara como la fiera que era y no como un frío muñeco de trapo que caminaba delante de él como si no existiera.

Al llegar al campamento, sus hombres arquearon una ceja al ver el rostro de Fiona, pero esta siguió adelante y se sentó cerca de Rob, al que estaban curando la herida de su pierna. Este fijó su mirada en ella, al igual que los demás, que se miraron entre ellos sin saber qué decir.

Fiona tragó saliva y carraspeó, antes de dirigirse a Mervin y señalar un trapo limpio que tenía entre las manos.

—¿Te importaría dármelo para curarme?

El guerrero, sorprendido por su amabilidad, miró primero a Clyde, que se había sentado al lado de la joven, y acabó asintiendo. La joven alargó la mano para tomarlo entre sus manos, pero cuando lo llevó hacia su rostro para limpiar la sangre, Clyde se lo arrebató con un movimiento rápido.

Al instante, Fiona giró la cabeza en su dirección, dispuesta a gritarle, pero la voz del guerrero la interrumpió.

—Yo lo haré.

—Puedo hacerlo yo sola —le dijo tendiendo su mano para que se lo devolviera.

Pero Clyde la desoyó y levantó la mano para comenzar a limpiar su rostro. Fiona dejó escapar un silbido de dolor cuando el paño tocó su piel. Había sentido tanto miedo al pensar que iba a morir que ahora se sentía extraña en su propio cuerpo. Había descubierto algo muy importante sobre su familia y no podía contárselo a nadie. Debía guardar silencio para siempre y ocultar esa información en lo más profundo de su corazón.

A su alrededor, los guerreros siguieron curándose, pero para ambos parecieron desaparecer de golpe. Clyde y Fiona se miraron a los ojos mientras el guerrero retiraba de su rostro la sangre con sumo cuidado. Se retaron con la mirada, pero ninguno llegaba a pronunciar todo lo que pasaba por su mente. Querían hablarse, decirse algo, gritarse… pero solo se miraban entre ellos, como si el otro fuera el responsable de sus desgracias. Y pasados unos instantes, la curiosidad pudo con Fiona, que tragó saliva antes de hablar.

—El hombre que me ha atacado…

—Ha escapado —la cortó Clyde entre dientes, reflejando su rabia por no haber logrado acabar con su vida.

Fiona asintió e intentó aparentar calma, pero algo dentro de ella se agitó aún más. Si ese hombre había escapado, su vida seguía corriendo peligro. Seguramente, la información sobre su existencia llegaría a las personas que idearon la muerte de su familia, y a ella la perseguirían hasta matarla. Y sabrían que estaba casada con Clyde Campbell. ¿Y si este se enteraba de su verdadera identidad?

El nerviosismo le impidió actuar con normalidad, y se retiró de Clyde cuando su respiración se aceleró, amenazando con ahogarla. Fiona se levantó bajo la atenta mirada indiscreta de los demás guerreros, y se alejó unos pasos, dándoles la espalda. La joven puso los brazos en jarras y miró hacia el cielo. Acabó cerrando los ojos unos instantes, mientras el rostro de ese hombre aparecía en su mente una y otra vez, al mismo tiempo que lo sucedido en su palacio años atrás. La habían descubierto y el culpable había escapado. Y ahora los Campbell corrían peligro por su culpa.

—Me gustaría hablar contigo…

La voz de Clyde a su espalda la sobresaltó y abrió los ojos de golpe. El tono que había empleado para dirigirse a ella era peligroso, y sabía que ese momento iba a llegar tarde o temprano, pero se sentía tan cansada y dolorida que no estaba preparada para iniciar otra guerra con Clyde en ese momento.

Sin saber por qué, sus ojos se fueron hacia los demás guerreros, que fingían estar curándose las heridas, pero estaban tan callados que claramente estaban escuchando todas y cada una de sus palabras.

Fiona asintió.

—¿Qué pasa?

El guerrero arqueó una ceja.

—¿Tú qué crees? —preguntó intentando contener su ira—. Has desoído una orden mía. Te dije que te resguardaras bajo la carreta y cuando acaba la pelea tengo que ir a buscarte por el bosque…

Fiona tragó saliva y carraspeó, incómoda.

—Me quedé bajo la carreta —le aseguró.

Clyde resopló y elevó la voz, haciendo que sus hombres levantaran la cabeza.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué estabas inconsciente en medio del bosque? ¡Eres mi esposa, maldita sea, te guste o no! ¡Y lo que espero de ti es que no me des problemas! Ya tengo más que suficiente al estar casado contigo.

Fiona frunció el ceño. Le habría gustado gritarle a la cara que si salió de la carreta fue para salvarle la vida, pero su orgullo se lo impidió. Prefería enfrentarse a una guerra a reconocer la verdad. Se sintió atacada, así que abrió la boca para responder, pero Fyn se levantó de su asiento y carraspeó para llamar la atención de Clyde, que giró la cabeza hacia él y lo miró como si quisiera arrancarle la cabeza.

—¿Qué quieres? —vociferó Clyde.

—Me temo que esta vez tengo que tenderle la mano a tu esposa, laird. La vi salir de la carreta para golpear al hombre que te apuntaba con una flecha.

Clyde frunció el ceño, al igual que Fiona, que no podía creer que la hubieran visto desde la lejanía.

—De hecho —siguió Fyn—, esa flecha acabó clavada en el cuello del hombre contra el que luchabas… De no ser por ella, estarías muerto.

Fiona tragó saliva con los ojos muy abiertos. Habría preferido que sacara su daga y se la clavara entre las cejas antes que tener que escuchar la verdad delante de sus narices. En ese momento, un sorprendido Clyde giró de nuevo la cabeza hacia ella, que dio un paso atrás de forma casi imperceptible.

—¿Es eso cierto? ¿Lo has hecho para salvarme?

Fiona se retorció las manos. Los cuatro guerreros tenían la mirada puesta sobre ella, todos sorprendidos al haberse puesto en peligro por salvar a su esposo, al cual había dado muestras de odiar con toda su alma.

La joven carraspeó y negó con la cabeza.

—No… —dijo casi en un tartamudeo—. Jamás me habría expuesto de esa forma para salvarte, Campbell.

Su voz había sonado segura, pero ligeramente nerviosa. El guerrero entrecerró los ojos, sin creerla, y dio un paso hacia ella para acortar la distancia.

—¿Me estás mintiendo a la cara o es Fyn quien lo está haciendo?

—Sabes que yo jamás te mentiría, Clyde —afirmó su guerrero, sorprendido porque la joven estuviera ocultando la verdad.

—Lo sé, pero quiero escucharlo de su boca —respondió el laird acercándose aún más a Fiona, que se había quedado clavada en el sitio, incapaz de moverse para alejarse de aquellos ojos tan peligrosos que se aproximaban a ella.

En el momento en el que sintió que sus manos comenzaron a temblar, Fiona las bajó e intentó esconder para evitar que las vieran.

—Es él quien no te está diciendo la verdad, Campbell. Yo me había escondido bajo la carreta, pero vi al hombre cerca de allí, así que decidí salir para alejarme, pero me vio.

Fiona no podía creer que estuviera mintiendo tan descaradamente, pero no estaba dispuesta dejar que su orgullo se hiriera al confesar ante todos que lo había salvado después de que comprobaran que se odiaban mutuamente.

Clyde frunció aún más el ceño y acortó tanto la distancia que los pechos de ambos se rozaron. El guerrero elevó su mano y la aferró de la barbilla.

—No tolero la mentira, muchacha.

—Yo tampoco… —le aseguró con firmeza, haciendo que los hombres de Clyde se miraran entre ellos sin comprender.

—Pues si entonces es cierto que has desobedecido una orden mía, espero que sea la última porque no pienso consentir que mi esposa me deje en ridículo ante el resto del clan. Y si tengo que encerrarte para ello, no me temblará la voz para ordenárselo a mis hombres…

Fiona tragó saliva y se encogió de hombros para después alejar su rostro y soltarse. Lo encaró con orgullo y cuadró los hombros.

—No soy un animal para que me encierres, Campbell.

—Pero eres mi esposa y la señora del clan. Si tengo que hacerlo hasta que te comportes, lo haré.

Fiona resopló y miró hacia otro lado, cruzándose de brazos.

—¿Y cuándo vamos a llegar a tu preciado hogar o prefieres seguir discutiendo sobre si sigo o no tus órdenes?

Clyde rechinó los dientes y gruñó por lo bajo, conteniéndose.

—Nos vamos ya… —Girándose a sus hombres, les dijo—: Recoged todo. Rob, tú irás en la carreta con mi querida esposa.

Tanto el guerrero como Fiona fruncieron el ceño por tener que aguantarse el resto del camino. Y el primero protestó:

—Clyde, puedo montar perfectamente…

—No lo dudo, pero con esa herida podríamos lamentar tu muerte al final del día. Yo llevaré las riendas de tu caballo.

Rob resopló, pero no dijo nada. Con un gesto de dolor, se levantó y caminó cojeando hacia la carreta. La joven lo siguió y los demás, recogieron las alforjas en unos segundos y se dirigieron hacia los caballos.

Fiona fue la primera en montar, seguida de un silencioso Rob. A pesar de que este intentaba aparentar calma, en su rostro podía verse reflejado el dolor. Su frente sudaba copiosamente al aguantarse y resoplaba a cada momento. Y, cuando iniciaron el viaje, el silencio se hizo a su alrededor.

Fiona desconocía cuánto tiempo quedaba para llegar al castillo del clan Campbell, y a pesar de que no deseaba estar allí, sí quería llegar para perderlos de vista, aunque solo fueran unas horas mientras hacían sus quehaceres. La joven miró a su derecha cuando sintió el peso de una mirada. Al descubrir que se trataba de Fyn, volvió a mirar al frente. Este la observaba con cierto enfado, pero con curiosidad por descubrir por qué demonios había mentido a todos.

El tiempo fue pasando demasiado lento para ella y habían recorrido un buen tramo del camino cuando Rob por fin soltó lo que todos allí estaban pensando.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó en voz baja para que solo lo escuchara ella.

La joven giró la cabeza en su dirección. Comprobó que Rob estaba sentado ligeramente de costado para evitar sentir tanto dolor, por lo que estaba más cerca de lo que debería.

—No sé a qué te refieres.

El guerrero dejó escapar una risa y miró a la espalda de Clyde, que se mostraban tan tenso que parecía estar a punto de caerse del caballo.

—Me refiero a lo que ha dicho Fyn. Él jamás mentiría a Clyde, ni siquiera para salvarse él mismo. Su sentido del honor es demasiado profundo como para hacerlo.

Fiona evitó su mirada y la bajó, sin darse cuenta que ese simple gesto le estaba confirmando a Rob que las palabras de Fyn eran ciertas.

—Vamos, muchacha. Reconozco que me sorprende que no quieras salvar tu propio trasero en esto. Has preferido que Clyde se enfade contigo en lugar de contar la verdad. ¿Tanto te cuesta admitir que lo has hecho para salvarlo?

Fiona tragó saliva y volvió a mirarlo de nuevo.

—No vas a parar, ¿verdad?

Rob sonrió ampliamente y negó con la cabeza.

—Y que conste que lo hago más por curiosidad que por otro motivo, muchacha.

La joven resopló.

—¿Alguna vez te ha contado Clyde por qué nos odiamos?

Rob se encogió de hombros.

—Quién sabe… Pero si me lo cuentas tú, tal vez logre entenderte.

Fiona enarcó una ceja. No estaba segura de si se estaba burlando de ella o no, pero finalmente suspiró y comenzó a hablar.

—Tampoco hay mucho que contar, pero la primera vez que Clyde estuvo en mi castillo para oficializar su compromiso con mi hermana, me lo encontré en medio del bosque. Me había subido a un árbol porque necesitaba estar sola.

—¿No te agradaba que tu hermana se hubiera comprometido con él?

Fiona sonrió y negó con la cabeza.

—No era por eso. Simplemente, tenía que salir de allí antes de volverme loca… Pero esa es otra historia que no te pienso contar.

Rob sonrió, aunque un movimiento brusco de la carreta le arrancó un gruñido de dolor, haciendo que llevara la mano hacia su pierna y apretara con suavidad.

—¿Estás bien? —le preguntó al ver su gesto.

El guerrero levantó la mirada hacia ella y enarcó una ceja.

—¿Ahora te preocupas por mí, muchacha?

—No, solo intentaba ser amable.

—Me temo que esa es una virtud que no tienes…

Fiona abrió la boca y los ojos, sorprendida por aquellas palabras y, de no ser por el dolor de su pierna, Rob habría soltado una carcajada.

—Solo te digo la verdad. No me mires así. Continúa…

La joven puso los ojos en blanco.

—Bueno, al intentar bajar del árbol me quedé enganchada en una rama y no podía moverme. Clyde se acercó y supongo que estaba tan enfadado como yo, así que nos enfrentamos. No me ayudó a bajar y tuve que quedarme allí arriba durante horas, hasta que un sirviente pudo tenderme una mano.

Rob asintió.

—¿Y por eso lo odias?

—Fue muy grosero, pero no. No solo por eso. Esa misma noche, cuando nos presentaron le tiré parte de una jarra de vino sobre la ropa para hacerle pagar por lo que había hecho. Me expulsaron de la cena y después él me siguió y me amenazó con tirarme de la torre.

—Pero no lo hizo…

—No, pero no me trató como debía. Fue muy rudo.

—Bueno, tú tampoco fuiste amable con él…

—Ninguno lo fuimos, ¿contento?

Rob sonrió y miró de nuevo hacia la espalda de Clyde, mordiéndose el labio, como si estuviera pensando en contar algo o no, hasta que finalmente habló.

—¿Y sabes que después de lo que pasó con el vino su padre le dio una paliza que casi lo mató?

Fiona sintió que su corazón se sobresaltaba. Lo miró con el ceño fruncido y restregó las manos sobre su falda. De repente, sentía que las tenía sudorosas y temblorosas, por lo que esperó unos instantes para negar con la cabeza.

—Reconozco que no vi a su padre como el más amable del mundo, pero de ahí a propinarle una paliza…

Rob ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Me temo que te has quedado corta en su descripción… Solía pegarle casi siempre, pero en esa ocasión fue por tu culpa, muchacha. Después de tirarle el vino, ¿él te hizo algo delante de todos?

Fiona negó con la cabeza.

—Ese fue el motivo por el que su padre le pegó. Según él, debió hacerte golpeado para hacerte ver que era superior y para que lo temieras, no para que te rieras de él delante de todos.

Fiona sintió un nudo en su garganta y dirigió su mirada hacia Clyde, que ahora hablaba con otro de sus hombres. Jamás en toda su vida se había preguntado por qué al día siguiente de aquel primer encuentro entre ellos tenía el rostro amoratado. Y saberlo ahora le produjo cierta incomodidad y malestar. Clyde se mostraba tranquilo en ese momento, como si hablar con Mervin lo relajara y mantuviera su atención en otra cosa que no fuera su peso en la espalda. Y de no ser por ese odio que se tenían mutuamente, en ese instante casi lo habría visto atractivo; advertiría al hombre que era y no al que pretendía ser. Y, en ese momento, todo su ser se sacudió con fuerza.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Me temo que eso lo tendrás que preguntar tú… Y que conste que yo no te he contado nada.

Fiona miró de nuevo a Rob, pero este dirigió su mirada al frente y sonrió ampliamente. Le señaló con la cabeza hacia el horizonte y cuando Fiona siguió su gesto, descubrió que un amplio castillo se dibujaba entre un campo bañado de bruma. Su nuevo hogar estaba muy cerca de ella, y después de conocer lo que Rob acababa de contarle, todos sus planes respecto a Clyde se echaron a perder. Y se sintió tan desnuda que necesitó aguantar las lágrimas mientras se aproximaban a ese imponente castillo.

CAPÍTULO 8

La llegada al castillo fue tan fría como esperaba. Fiona dirigió la carreta hacia el centro del patio y después, tras dejar las riendas, bajó de la misma. Durante un instante, dudó sobre si debía ayudar a Rob a bajar de ella, pero este hizo un gesto con la mano y le dijo en voz baja.

—Como te atrevas a tenderme la mano para ayudarme a bajar como si fuera una damisela, pienso hacer de tu vida un infierno… —le dijo entre dientes soportando el dolor de su pierna.

Fiona sonrió ampliamente y le respondió:

—No te equivoques, Rob, el grito que soltaste cuando te hirieron ya te convirtió en una damisela.

Ambos se miraron durante unos segundos hasta que estallaron en carcajadas, llamando la atención de los que había a su alrededor, especialmente de Clyde, que los miró con el ceño fruncido. Al instante, Rob volvió a ponerse serio, pero el laird no pudo evitar espetarle:

—¿Ahora sois amigos?

Rob abrió la boca para responder, pero Fiona fue más rápida:

—¿Te molestaría que lo fuéramos?

Clyde se acercó a ella con gesto peligroso.

—Me molestaría tener que prescindir de mi mejor hombre…

Rob soltó una risa y puso una mano en su hombro.

—Me temo que esta no es mi guerra, amigo. Me voy a descansar.

El guerrero se marchó antes de que ellos volvieran a observarse con rabia.

—No quiero que tengas esas confianzas con mis hombres.

Fiona frunció el ceño.

—No son confianzas. Era una simple conversación. ¿O acaso tengo prohibido relacionarme con la gente de tu castillo? ¿Me encerrarás en un dormitorio y no me dejarás salir ni hablar con nadie?

Clyde se acercó tanto a ella que su nariz rozó la de la joven.

—No me des ideas, esposa. Aunque no te encerraría en un dormitorio,

sino en una mazmorra…

—Sabes que igualmente escaparía de allí —le advirtió con una sonrisa.

Clyde rechinó los dientes.

—No si estás encadenada.

Fiona se encogió de hombros.

—No me pongas a prueba, Campbell.

—Ni tú a mí, duende del infierno.

Fiona sonrió ampliamente y dio un paso atrás.

—¿Me vas a enseñar tu castillo o tengo que recorrerlo yo sola?

—Tengo otras labores que hacer.

La joven dejó escapar una risa.

—Me lo imaginaba. Lo recorreré yo sola si no le importa a su majestad… —ironizó la joven.

Clyde la miró de arriba abajo y acabó negando con la cabeza.

—Maldito duende… —murmuró antes de alejarse.

—Buen chico… —le espetó la joven con diversión, devolviéndole sus propias palabras que él mismo le solía decir.

En ese instante, Clyde paró sus pasos y mantuvo la espalda erguida, tal y como ella la mostraba cuando le decía eso. Lo vio apretar los puños y girar la cabeza lentamente.

—¿Cómo has dicho? —preguntó entre dientes.

—Buen chico —repitió con el mismo tono divertido.

Sin embargo, su sonrisa se quedó congelada en sus labios cuando lo vio girarse deprisa hacia ella y acortar la distancia. La tomó con firmeza de la barbilla, inclinó la cabeza y la besó con fuerza, provocando que la joven abriera los ojos desmesuradamente. Lo primero que pasó por su cabeza fue empujarlo y propinarle una bofetada, pero su cuerpo reaccionó de forma diferente a su mente, quedándose parado ante ese gesto. Sintió sus labios mojados, duros, fuertes y protectores, despertando en ella algo que no quería. Sus manos ascendieron hacia su pecho con la intención de empujarlo, pero no pudieron encontrar la fuerza necesaria para ello y se

quedaron tocando sus pectorales con suavidad.

Cuando Clyde se separó de ella instantes después, Fiona lo miró de cerca, ya que él apenas se separó de su rostro.

—Eso solo puedo decirlo yo, muchacha… —susurró rozando nuevamente sus labios.

—Yo también soy libre para poder decirlo… —tartamudeó intentando mostrar un orgullo que parecía haberse escondido en lo más profundo de su cuerpo.

Clyde negó lentamente con la cabeza.

—Entonces, cada vez que te atrevas a decir esa frase me giraré hacia ti y te besaré como ahora.

—No te atreverás.

Clyde sonrió de lado y se separó de ella.

—Ponme a prueba ahora… Dilo.

Fiona balbuceó algo incomprensible, pero no se atrevió a decirla. Sin embargo, cuando lo vio girarse para volver junto al resto de sus hombres, algo en ella no pudo resistirse a decirla bajito para evitar que él la escuchara.

—Buen chico…

La había pronunciado de forma tan bajita que pensó que no la iba a escuchar, pero al instante, Clyde se giró hacia ella con rapidez y la besó de nuevo. Esta vez con más furia, confirmándole sus propias palabras y haciéndole ver que él cumplía siempre sus amenazas.

—Y ahora que ya lo has comprobado, duende, tengo que volver a mis quehaceres —dijo contra sus labios.

En el momento en el que Fiona se quedó sola en medio del patio, necesitó mirar al cielo para intentar calmar sus nervios. Estaba temblando como nunca, pero no de miedo, sino de un sentimiento extraño que desconocía. Su respiración estaba acelerada y sus manos temblaban como nunca. Lo había hecho por diversión, por hacerle ver que ella no se achantaba ante sus amenazas y lo había hecho con la intención de comprobar si él las cumplía. Y sí, la había vuelto a besar. Había vuelto a sentir contra sus labios la humedad del guerrero, su fuerza, su furia… todo. Y la había dejado

pasmada.

Obligándose a moverse, ya que había comenzado a llover, Fiona se dirigió con paso firme hacia el interior del castillo. No quiso saber dónde estaba Clyde. De hecho, en ese momento, no le importaba. Solo quería estar sola para intentar calmarse y volver a ser ella, volver a tener sus nervios en su lugar y mostrarse orgullosa y firme. Aunque después de ese beso…

Fiona sacudió la cabeza, golpeándose mentalmente por seguir pensando en eso. Miró a un lado y a otro y descubrió que la decoración en ese castillo era realmente pobre. Se preguntó si sería una escasa decoración buscada o tal vez el clan Campbell había pasado por una mala racha. Y al instante, recordar el carácter del laird le confirmó lo primero. Seguramente el guerrero no se preocupaba por la decoración del castillo, restándole importancia, pero había convertido su hogar en un lugar lúgubre, sin vida y frío.

Fiona se dijo a sí misma que intentaría cambiar poco a poco la decoración para hacer de ese lugar uno más confortable para vivir, quisiera Clyde o no.

Puesto que los pasillos estaban vacíos y no podía preguntar a nadie cuál sería su dormitorio, Fiona recorrió el piso inferior de la fortaleza. Algunas de las puertas con las que se cruzó estaban abiertas y comprobó que se trataban de pequeños salones casi vacíos que provocaron que su sensación de estar en un lugar extraño se ahondara aún más. Durante unos instantes, Fiona tuvo la sensación de que estaba en el castillo de un enemigo o incluso un lugar abandonado, pues en ningún recodo había flores, jarrones o adornos que hicieran más acogedor el castillo Campbell.

Lentamente, la joven se dirigió hacia un pasillo en el que seguramente estaban las cocinas. El delicioso olor que llegó a su nariz se lo confirmó, así que rezó para que encontrara algunos sirvientes en ese lugar que parecía estar abandonado.

Antes de entrar en las cocinas, escuchó varias voces en su interior, por lo que respiró aliviada. Sin embargo, ese alivio le duró poco, ya que temió no ser bien recibida por ellos. Pero sus conocimientos sobre las típicas labores de los sirvientes le dieron el ánimo suficiente para entrar e intentar hacer amistad con algunos de ellos, pues sabía que los entendería al instante.

Respirando hondo, la joven abrió la puerta y se encontró con una estancia que parecía pertenecer a un lugar diferente. Al contrario que el resto del

castillo, las cocinas estaban llenas de cacharros, pucheros, sartenes, víveres, sacos por todos lados… Y no solo eso. El ánimo allí parecía ser también distinto.

Fiona se sorprendió al ver a las mujeres allí presentes. Estas se encontraban charlando animadamente, preparando comida con fuertes olores que seguramente estarían deliciosas. Y estas, al verla, dejaron todo lo que estaban haciendo para mirarla, sorprendidas.

—Oh, por favor, no dejéis de hablar por mí… —dijo Fiona con una sonrisa.

A pesar de que era la primera vez que estaba en esa cocina, allí se sentía como en casa. Era un lugar en el que había pasado mucho tiempo y sintió que conectaba enseguida con ese sitio.

—¿Quién eres, muchacha? —preguntó la mujer que estaba al lado de los fogones y que aparentaba rondar la cuarentena.

—Mi nombre es Fiona Cameron… Campbell —se corrigió sin saber realmente cómo debía presentarse—. Soy la… esposa del laird Campbell.

Tanto la cocinera como las otras dos sirvientas abrieron los ojos desmesuradamente y rodearon los fogones para hacer una reverencia.

—Lo siento, mi señora, no lo sabíamos —se disculpó la mujer.

Fiona sonrió y se encogió de hombros.

—No tienes que disculparte por nada, mujer. Y no me deis ese trato tan serio. Llamadme Fiona. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Mi nombre es Amber, y soy la cocinera; ella es Lizbeth, y es la que se suele encargar de las habitaciones, y ella es Vivienne. Es nueva en el castillo y aún está aprendiendo todo, así que está en un lado y en otro. Hay más sirvientes, pero no están aquí ahora, sino trabajando. Podríamos llamarlos y…

—No hace falta —se negó Fiona—. Tenemos mucho tiempo para conocernos.

—Lamento que todo esté patas arriba, es que no sabíamos que vendría aquí.

Fiona sonrió y se acercó a ellas.

—No pasa nada. Las cocinas en mi castillo estaban siempre

desordenadas. Es muy complicado mantener ese orden cuando hay tanto que hacer.

Amber asintió y sonrió tímidamente.

—Bienvenida al clan, mi señora.

—Fiona… Llamadme Fiona. Mi señora es un término tan serio que no parece ir conmigo.

—Cuando os instaléis, podréis hablar con nosotras para cambiar lo que deseéis, mi se… Fiona.

La joven se encogió de hombros.

—Todo está bien, aunque sí me gustaría que hubiera jarrones con flores frescas por todos lados. Está todo demasiado frío…

Lizbeth asintió.

—Yo podría encargarme de ello. El señor ha seguido con la misma decoración que tenía su padre.

El mero hecho de recordar a Macauley Campbell hizo que Fiona sintiera un escalofrío. Nunca le había gustado ese hombre, pues siempre le pareció demasiado arrogante y salvaje, pero desde que sabía que había golpeado a Clyde por lo que ella le hizo, no podía evitar sentir cierta sensación de culpa en su corazón, provocando que odiara al antiguo laird aún más de lo que ya lo hacía.

—Entonces eso me gustaría cambiarlo. Macauley Campbell ya murió y su presencia no tiene por qué seguir notándose en ese castillo.

Ellas asintieron.

—Por lo demás, no tengo queja alguna, aunque sí me gustaría darme un baño en mi dormitorio. Estoy demasiado cansada.

—Vivienne lo preparará todo en el dormitorio del señor.

Fiona frunció el ceño.

—¿Dónde?

—En el dormitorio de su esposo. Bueno, ahora es el de ambos. El señor lo dispuso todo para que estuviera listo cuando regresara con su esposa.

Fiona sintió que el suelo bajo sus pies temblaba, y creyó que iba a caerse frente a ellas por el nerviosismo que le produjo pensar en compartir lecho

con Clyde.

—Prefiero tener mi propio dormitorio —dijo intentando no tartamudear —. Si no es mucha molestia…

Amber carraspeó, incómoda.

—Pero el señor dijo…

—Lo sé, pero Clyde no va a obligarme a dormir con él.

Vivienne dio un paso al frente.

—Prepararé el baño mientras Lizbeth se ocupa de preparar la cama. Será el dormitorio que hay junto al del señor, así no habrá problema.

Fiona sonrió ampliamente y suspiró aliviada.

—Me parece perfecto.

Las dos sirvientas se marcharon y dejaron a Fiona y Amber solas.

—Si desea saber algo sobre los tipos de comida que hacemos aquí…

—No, no hace falta.

La joven abrió la boca para añadir algo más, pues desde que pidió otro dormitorio se había creado un ambiente ligeramente tenso, pero la puerta trasera de las cocinas se abrió y dio paso a un pequeño huracán que entró arrollando con él una de las sillas.

—¡Rory! —exclamó Amber—. ¿Qué modales son esos para entrar en el castillo? Vas a conseguir que nos echen.

Al instante, el niño, que rozaba los diez años de edad, colocó la silla y miró a Amber con cara traviesa, provocando una sonrisa en Fiona. La joven lo miró largamente en silencio mientras la cocinera, la cual descubrió que era madre del niño, regañaba a este. En esos momentos, se reconoció a sí misma en ese niño, pues ella también había sido así cuando era pequeña y sus padres aún vivían. Era traviesa, juguetona y alborotadora, pero todo eso terminó cuando sus padres murieron y tuvo que fingir ser quien no era. Desde ese instante, la Fiona que fue dejó de serlo. Y al verse reflejada en ese niño, la joven sintió tal ternura que necesitó pasar tiempo con él.

—Ya me han llamado la atención varios guerreros sobre ti. Me vas a meter en un lío, Rory.

—Es que me aburro, madre.

Fiona dio un paso al frente y esbozó una sonrisa.

—Entonces habrá que buscarte una tarea.

—Ella es Fiona Campbell la esposa del laird —dijo Amber recordándole a la joven que su apellido ahora era otro.

Rory levantó la mirada hacia ella y sonrió pícaramente, aunque luchaba internamente consigo mismo para mantenerse callado.

—Lo siento, sé que a veces me porto mal.

Fiona dejó escapar una carcajada y se agachó junto a él.

—Ser travieso no es portarse mal, Rory. Yo también era así antes. ¿Te gustaría enseñarme el castillo? Acabo de llegar y no conozco absolutamente nada. Estaría bien tener un ayudante hasta que me acostumbre a la vida aquí.

Al instante, los ojos del niño se iluminaron de golpe y asintió repetidas veces, aunque enseguida miró a su madre para pedir permiso. Y cuando Amber asintió, Rory dio un salto.

—Os mostraré el primer piso. Ahí es donde duerme el laird. Bueno, y ahora vos.

—Llámame Fiona. Ahora somos amigos…

El niño asintió y le señaló hacia la puerta para comenzar entonces con su trabajo. Fiona recorrió los pasillos sin perder la sonrisa. Había encontrado un niño que era exactamente igual que ella cuando era pequeña y le recordaba tanto a su antigua vida que no podía dejar de parlotear con él, el cual intentaba hacer lo que fuera por agradarla.

—Este es el dormitorio del laird —le indicó cuando subieron al primer piso—. Puede parecer muy serio, pero es muy buen hombre. Se preocupa mucho por todo el clan.

—¿Quieres que te confiese algo, Rory? —preguntó Fiona mientras se dirigían a unas escaleras que solo usaba el servicio—. Apenas conozco al laird.

—Pero te has casado con él…

Fiona chasqueó la lengua.

—Sí, pero nos han obligado. ¿Te importaría hablarme de él ahora que

nadie nos escucha?

El niño aceptó y señaló las escaleras de servicio.

—Estas las usan las sirvientas, pero a veces me escapo y subo por las otras. Espero que no te enfades conmigo.

Fiona sonrió y negó.

—Claro que no. ¿Quieres dar un paseo por el patio mientras me hablas de Clyde?

Rory asintió.

—Tampoco hay mucho que contar porque no he hablado con él, pero es un hombre que siempre se ha portado bien con mi madre. Nos ha dado una habitación más grande que al resto de sirvientes para que podamos estar juntos porque mi padre murió y no tenemos a nadie. Bueno, están mis abuelos y a veces me quedo con ellos, pero son muy mayores…

—Vaya, lo siento. Lo que hizo Clyde con vosotros sí que es raro…

Rory asintió.

—Sí, y con el resto de sirvientes también es muy amable. Cuando ordena algo, se pone muy serio, pero yo entiendo que es porque quiere que lo cumplamos.

Fiona respiró hondo cuando salieron al exterior y se cruzó de brazos cuando algunas gotas de lluvia cayeron sobre su rostro. Esta había arreciado y amenazaba con hacer caer un aguacero sobre ellos, pero ambos continuaron con su camino, alejados del ruido del castillo y de miradas indiscretas.

—¿Y os ha pegado alguna vez?

—¿El laird? ¡No! Jamás. Él siempre ha sido muy considerado con todos. Si haces algo mal, te regaña, pero no es como su padre. Mi madre dice que el anterior era un demonio… Pero no se lo digas.

Fiona negó con la cabeza y una sonrisa en los labios.

—Descuida, Rory. Será nuestro secreto.

El niño sonrió y la miró largamente, incrédulo por tener un secreto con la señora del clan.

—¿Y con el resto de personas del clan?

—También es amable. Siempre se preocupa por todos, y se desvive para que tengan una vida digna. Hace unos meses, un comerciante tuvo un problema, y sus hombres y él acudieron enseguida a ayudarlo. Y acogió los juegos de las Highlands. No todo el mundo estaría dispuesto a dejar que sus enemigos entraran a sus tierras con esa libertad.

Fiona asintió. Parecía que el niño le estuviera hablando de una persona totalmente diferente a la que ella conocía. Es como si Clyde tuviera una personalidad para el resto de personas mientras que para ella era ceñudo y huraño.

Cuando llegaron al patio principal, Fiona se agachó junto a Rory al ver a Clyde en medio de este hablando con un par de sus hombres. Y sonrió ampliamente antes de mirar al niño.

—Me estás hablando de un hombre amable y simpático con todo el mundo. ¿Estás seguro de que hablamos de la misma persona? Porque yo he conocido a un hombre huraño y antipático que siempre grita y da órdenes como si estuviera enfadado.

Rory la miró y, al ver el rostro pícaro de su señora, comenzó a reír a carcajadas, contagiándole su risa. Fiona rio junto a él y tuvo que doblarse ligeramente sobre sí misma cuando la risa la atacó aún más. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de una risa así que se dejó llevar como si nadie pudiera escucharla. Sin embargo, al levantar la mirada de nuevo hacia el centro del patio, descubrió que Clyde la observaba fijamente, provocando que su risa se cortara de golpe y la sonrisa desapareciera de su rostro, volviendo a mostrarse seria e incómoda.

—Creo que tu trabajo ha terminado por hoy. Me iré a dar un baño ahora.

Rory asintió, aún sonriendo, y se alejó de ella corriendo. No obstante, Fiona se quedó un segundo parada en el sitio, pues la mirada de Clyde seguía sobre ella. Este se había quedado solo en medio del patio, con la lluvia cayendo sobre él, pero parecía no importarle. Ella tampoco sentía el aguacero sobre su cabeza, ya que estaba tan embobada con aquella visión que no podía moverse ni un solo centímetro. Que la hubiera descubierto riendo a carcajadas con Rory no le agradaba, pues había visto algo de ella que siempre quería ocultarle. Y desde la distancia desconocía si estaba enfadado o contrariado por que su esposa, señora del clan, anduviera riendo a carcajadas con el hijo de la sirvienta.

Fiona carraspeó y se sacudió para salir de ese estado en el que se había sumido al mirarlo. Pero le costó horrores. Desde allí, Clyde mostraba una fuerza y seguridad en sí mismo que parecía llenar todo el espacio del patio él solo. Y se sintió tan incómoda por ello que regresó al interior del castillo sin mirar atrás.

Cuando Mervin le había señalado hacia un lugar del patio y le dijo que su esposa ya parecía haber hecho un amigo, no pensó que se tratara del hijo de la cocinera. Lo había visto en muchas ocasiones y había descubierto en él a un gran muchacho con un carisma increíble para la edad que tenía, pero no pensó que pudiera haberse hecho amigo de su esposa en escasos minutos.

Los vio aparecer por una esquina de la fortaleza mientras charlaban animadamente y, en un momento dado, comenzaron a reír a carcajadas. Ni siquiera fue consciente del momento en el que Mervin lo dejó solo. Tan solo sintió en su hombro la mano de su guerrero, que apretó con fuerza para despedirse, pero nada más. No lo miró ni dio muestras de responderle. Su mente se había quedado embobada en ese espectáculo que había a una decena de metros de él.

El rostro de Fiona se había iluminado cuando le dio un ataque de risa junto con Rory y a pesar de que Clyde sabía que debía ignorarlos y seguir su camino, no podía apartar la mirada de ella. Parecía una persona totalmente diferente a la que había conocido. Nunca había visto reír a Fiona y mostrarse relajada y feliz, como en ese momento. Ante él siempre estaba malhumorada, tensa y rabiosa, como él, pero incluso con Rob había dejado entrever una mujer diferente. Y en su interior no pudo evitar sentirse celoso. Era su esposa, y a él solo le dedicaba malas palabras y gestos de rabia. Sin embargo, él se mostraba con ella de la misma manera. No sabía hacerlo de otra forma. Y por ello la odió aún más en ese instante.

Clyde frunció el ceño y su rostro se arrugó por la rabia. En un tiempo, como de otra vida, él también sabía reír a carcajadas y podía hablar animadamente con otra persona. Pero desde el momento en el que su padre le propinó aquella última paliza todo en él cambió. Ojalá Fiona no se hubiera cruzado en su camino aquel día; ojalá no le hubiera derramado aquel vino encima; y ojalá le hubiera respondido como su padre esperaba de él. Clyde sacudió la cabeza y resopló. No… Ojalá hubiera tenido la valentía

suficiente como para enfrentarse a su padre, así no habría tenido que cambiar. Odiaba a Fiona porque necesitaba a alguien ajeno a él a quien culpar de su falta de valentía ante su padre. Y ahora ya era demasiado tarde porque llevaba tantos años odiándola que no podría cambiar.

Vio cómo la sonrisa de la joven se desvaneció al ver que la observaba, y algo en su interior se agitó. Aquella mirada de Fiona le recordó a la suya propia cada vez que veía a su padre y él estaba actuando como era en realidad. Y, en ese momento, se sintió como su antecesor.

La lluvia caía sobre él mientras ambos se miraban fijamente, pero no era capaz de sentirla. Vio cómo el pelo rojo de la joven se agitaba con el viento y la lluvia también caía sobre ella, pero no le importaba. Se preguntó qué estaría pensando en ese momento y qué pensaba respecto a su vida en ese lugar.

Clyde tragó saliva ruidosamente. La luz en el rostro de Fiona se había apagado y ahora se mostraba como solía ser ante él. Y no pudo evitar preguntarse de nuevo por qué demonios se había tenido que cruzar en su camino; por qué no dejó que fuera su hermana la que se casara con él; por qué tendría que soportarla el resto de su vida…

Apretó los puños con fuerza y fue entonces cuando Fiona rompió la conexión visual que ambos mantenían para correr hacia el interior del castillo. A pesar de que se gritaba a sí mismo que siguiera su camino, no pudo evitar seguir observándola hasta que desapareció por la puerta del castillo. Y solo entonces pudo dejar que la lluvia calmara el golpeteo de su corazón contra su pecho.

Fiona le acababa de recordar no solo lo que él fue años atrás, sino también el motivo por el que la odiaba. Y lo enfureció tanto que no estaba seguro de poder soportarlo.

Fiona necesitó respirar profundo cuando entró en el castillo. Aquella mirada profunda de Clyde había calado demasiado hondo en ella y había trastocado sus nervios. No podía evitar sentirse culpable por lo que le hizo Macauley Campbell a su hijo años atrás. Rob le había asegurado que era por ella, y cuando lo vio mirarla de esa manera, volvió a recordarlo y a sentirlo como si ese momento hubiera ocurrido el día anterior.

Esa información había provocado que su odio hacia él no fuera tan profundo, y no pudo evitar preguntarse por qué demonios Rob había tenido que contarle aquello. Ella había vivido mucho mejor con su odio hacia Clyde sin saber esa parte de su vida. Y ahora que la conocía no podía pensar en ella una y otra vez.

Fiona suspiró y caminó hacia las escaleras arrastrando los pies. En ese momento, se sentía tan cansada que necesitaba darse un baño y acostarse. El día estaba próximo a llegar a su fin, y no quería ver a Clyde una vez más.

—El baño ya está listo en su dormitorio, mi señora —le dijo Vivienne.

Fiona levantó la mirada hacia ella, que bajaba deprisa las escaleras.

—Llámame por mi nombre, por favor.

La sirvienta sonrió.

—Lo siento. Se me hace raro llamarla así.

Fiona sonrió y se encogió de hombros.

—No importa. Llamadme como queráis.

Vivienne asintió y se marchó. Fiona comenzó a subir las escaleras y entró en el dormitorio que le habían indicado en las cocinas. No pudo evitar arquear una ceja al ver la escasa decoración del mismo, pero al menos pudo esbozar una sonrisa cuando vio que sus pocas pertenencias ya estaban dispuestas allí.

Una amplia cama se encontraba en el centro de la estancia. Sobre el cabecero había un pequeño tapiz cuyos bordes estaban ligeramente envejecidos y carcomidos por el paso del tiempo. Una enorme ventana descansaba en un lateral y, en el lado contrario a esta, una enorme chimenea le daba calor a la gran bañera que habían llenado para ella.

A los pies de la cama y al lado de la puerta se hallaban sus alforjas junto a unos baúles para que guardara lo poco que había llevado hasta allí. Un espejo le devolvió su imagen y descubrió la mirada de un rostro cansado que había pasado por infinidad de nervios y sentimientos encontrados desde la última vez que se había observado en uno. Durante unos instantes, Fiona no se reconoció. La ferocidad y la rabia se habían apoderado de ella en los dos últimos días y había olvidado la persona que era en realidad, aunque Rory le había ayudado a recordar ligeramente.

La joven sacudió la cabeza y se obligó a olvidar momentáneamente el infierno en el que se había convertido su vida. Iba a disfrutar del baño y después volvería a retomar su camino.

Poco a poco, comenzó a desnudarse. Casi podía sentir desde fuera el calor del agua, que aún humeaba frente a ella. En sus labios se dibujó una sonrisa y comenzó a tararear una antigua canción que le cantaba su madre cuando era pequeña. Hacía tanto tiempo que había dejado a un lado su vida para convertirse en una sirvienta que no había vuelto a cantar.

Cuando estuvo desnuda, se metió en el agua y lanzó un gemido de placer cuando esta cubrió todo su cuerpo. Se encontraba de espaldas a la puerta y su mirada se centró en el fuego que había frente a ella. En ese instante, todo lo demás pareció desaparecer, quedándose ella sola por primera vez en diez años. No había nadie más a su alrededor, no tenía deberes que hacer enseguida, nadie a quien servir… Nada. Tan solo ella. Una nueva sonrisa se dibujó en sus labios y dejó pasar los minutos.

Lentamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, Fiona comenzó a lavar su cuerpo. A pesar de que el agua ya dejaba escapar un ligero olor a lavanda, tomó una pastilla de jabón que habían dejado fuera de la bañera y la pasó por todo su cuerpo. La espuma comenzó a salir de ella, desprendiendo un olor aún más profundo a lavanda. Lavó su pelo, que estaba demasiado sucio por el polvo del camino, y cuando por fin se sintió limpia, volvió a dejarse caer contra la bañera.

Fiona dejó caer la cabeza y permitió que su cuerpo se escurriera hacia abajo lentamente. Sus ojos se cerraron y tomó aire profundamente. En el momento en el que el agua caliente cubrió su cabeza y taponó sus oídos, Fiona volvió a sentirse como una niña. Era un sentimiento que se había visto obligada a dejar a un lado para sobrevivir y ahora que estaba relajada, volvió a dejarlo salir.

Lentamente, de la misma forma que había descendido, Fiona sacó la cabeza del agua y suspiró largamente antes de tomar aire de nuevo. Pasó sus manos por el rostro para apartar el resto del agua y volvió a dejarse caer contra la bañera. Instantes después, Fiona abrió los ojos y toda la tranquilidad que había sentido en esos minutos que llevaba en el agua desapareció de golpe.

—Pero ¿qué demonios haces aquí? —vociferó al ver una sombra de pie

junto a la bañera.

La joven dio un respingo y al instante se tapó el cuerpo desnudo con las manos. No le había hecho falta levantar la cabeza y mirarlo a los ojos para saber que se trataba de Clyde, pues el ligero gruñido que el guerrero dejó escapar llegó a sus oídos y lo reconoció enseguida.

—Creo que esa pregunta debería hacértela yo a ti —respondió con voz tan ronca que logró sorprenderla.

Fiona se encogió en la bañera, pero la incomodidad de verse desnuda ante él no logró aplacar su orgullo y su rabia.

—Este es mi dormitorio.

—Me parece que te equivocas. Eres mi esposa. Y tu deber es dormir conmigo.

Fiona frunció el ceño y torció la boca.

—No todos los matrimonios duermen juntos. Y el nuestro será así.

Clyde comenzó a descender para ponerse a su altura. Apoyó los brazos en la bañera, haciendo que la joven se sintiera aún más desnuda ante él, sobre todo, cuando sus ojos azules se quedaron a escasos centímetros de ella y la miraron de una forma tan peculiar que sintió que sus manos no hacían nada para evitar que el guerrero viera aquellas partes de su cuerpo que intentaba cubrir.

—No, el nuestro no será así. Antes de irme, ordené que prepararan mi dormitorio para que mi esposa durmiera también allí. Y cuando las sirvientas me han dicho que han preparado otro pensaba que me habían desobedecido. Sin embargo, me he sorprendido al saber que tú misma habían ordenado eso…

Fiona tragó saliva cuando la mirada azul de Clyde recorrió su cuerpo lentamente, pero más aún cuando dos de sus dedos descendieron hacia el agua y comenzaron a removerla lentamente, como una caricia.

—Yo prefiero dormir sola.

—No. Tú prefieres dormir conmigo. No confesaste dónde estaba tu hermana, así que supongo que querías casarte. Y ahora, dormirás a mi lado y me acompañarás a donde tenga que ir. Pasarás tiempo conmigo, como parecía que deseabas.

Fiona frunció el ceño.

—Yo no deseaba eso.

—Entonces debiste confesar. Ahora eres mía... Te lo dije.

—No soy tuya —susurró Fiona.

Clyde sonrió de lado y dejó que sus dedos acariciaran el brazo desnudo de la joven, que se sobresaltó e intentó escapar de él.

—No voy a dejar que me toques, Campbell.

—No voy a hacerlo, pero aun así dormirás conmigo.

La joven resopló.

—¿Por qué simplemente no olvidas que estamos casados?

—Porque no puedo —respondió él rápidamente mirándola a los ojos.

Fiona tragó saliva ante esa mirada, pues, aunque esta estaba puesta sobre sus ojos, tenía la sensación de que podía verle el alma. Y cuando sus dedos volvieron a mover el agua y Fiona creyó que iba a seguir tocándola, Clyde se incorporó de nuevo y la miró desde arriba con el rostro serio.

—Tienes diez minutos para colocar tus cosas en nuestro dormitorio y para bajar a cenar. Mi deber como laird es presentarte ante mi gente como mi esposa.

Fiona solo tuvo aliento para asentir y observó cómo se marchaba en silencio. Tenía la impresión de que Clyde le había arrebatado la capacidad para poder hablar, ya que no podía ni mover la boca. Así desnuda ante él y metida en la bañera había experimentado la sensación más extraña de toda su vida. Lo había odiado al verlo de pie junto a ella, pero cuando se agachó y la miró de esa forma para después meter un par de dedos en el agua, tuvo la impresión de que la estaba acariciando a pesar de no tocarla. Y, aunque le costaba reconocerlo, era lo más excitante que había experimentado en toda su vida.

Con el aliento entrecortado y odiándose a sí misma por haber sentido eso junto al hombre que era su enemigo, Fiona se levantó de la bañera y lanzó un resoplo, enfadada. ¿Cómo se atrevía a tener semejante sentimiento? ¿Acaso había perdido el juicio? Lo odiaba. Jamás en toda su vida había sentido algo así por alguien, pero al mismo tiempo era una sensación extraña que la incitaba a mirarlo y provocarlo, sobre todo desde que lo

había vuelto a ver después de tantos años.

—Estás perdiendo el juicio, Fiona —se dijo a sí misma.

Suspirando, la joven secó su cuerpo y comenzó a vestirse con uno de sus mejores vestidos. No era demasiado lujoso para el estatus que tenía ahora, pero era lo mejor que tenía. Se trataba de un vestido de color azul oscuro y bordados en oro que hacía resaltar cada curvatura de su cuerpo. Había pertenecido a su prima hacía tiempo y cuando dejó de ponérselo, se lo regaló.

Fiona peinó su cabello lentamente y se hizo un semirrecogido, dejando unos mechones sueltos que caían sobre su rostro de forma elegante.

Y en el momento en el que se miró en el espejo y fue consciente de la importancia de esa noche, comenzó a sentirse ansiosa. Su corazón se desbocó, sus manos temblaron y su respiración se agitó al darse cuenta de que el clan Campbell tal vez iba a juzgarla. Y si lo hacían mal, no estaba segura de saber cómo sobrevivir a una vida en ese lugar si los demás la odiaban.

Fiona tragó saliva, pero sintió un fuerte nudo en su garganta. Lentamente, caminó hacia la puerta mientras miraba hacia sus alforjas. Clyde le había pedido que las cambiara de habitación, pero su orgullo se lo impedía. Si cedía ahora en eso, el guerrero iba a ganar cualquier guerra contra ella, y no estaba dispuesta a dejarlo vencer. Si su enemigo creía que se había casado con una mujer obediente y dispuesta a todo es porque no la conocía en absoluto.

Y con una sonrisa de satisfacción, y olvidando sus nervios, bajó las escaleras, dispuesta a enfrentarse a las críticas del clan Campbell.

CAPÍTULO 9

Fiona llevó una cucharada de ese increíble estofado con el rostro aún sorprendido ante la maravillosa acogida que había tenido en el clan Campbell. Al contrario de lo que esperaba, todo el clan se volcó con ella y la recibieron con un brindis y un aplauso cuando Clyde la presentó. Y no todo quedó ahí. Las palabras que su esposo le dedicó estuvieron a punto de hacer que su barbilla cayera al suelo por la sorpresa. La había tratado con respeto, la había mirado con seriedad, pero sin odio, y le había dado la bienvenida calurosamente. Y se quedó tan sorprendida que no pudo moverse cuando todo el mundo pidió que se besaran y el laird les hizo caso.

Había vuelto a sentir sus labios contra ella, y aunque había sido un beso rápido para contentar al resto, para Fiona había sido algo más que logró agitar todo su cuerpo. Nunca había besado a nadie, ni siquiera cuando los guerreros más jóvenes de su tío se habían acercado demasiado a ella, por lo que no podía comparar. Pero lo que Clyde había removido en su cuerpo las veces que la había besado le gustaba y le hacía odiarlo a partes iguales.

—La verdad es que no esperaba que tu clan me recibiera así —no pudo evitar decirle.

Tanto Clyde como Fiona se encontraban solos en ese momento en la mesa. No habían cruzado ni una sola palabra desde que se habían sentado a cenar tras el brindis. Y la tensión entre ellos era tal que apenas podía tragar la deliciosa comida.

Clyde se giró hacia ella y arqueó una ceja.

—¿Y cómo pensabas que iban a recibirte? —preguntó con curiosidad.

—No sé… Más serios; más… como tú.

Para su sorpresa, Clyde sonrió ampliamente al tiempo que alejaba la mirada de ella y la dirigía a su plato. Después, volvió a mirarla y le preguntó:

—¿Cómo te he recibido? ¿Te he golpeado, insultado o enviado a las mazmorras?

Fiona clavó la mirada en él. A pesar de que el guerrero estaba sonriendo, había seriedad en su voz.

—No. No has hecho nada de eso —admitió—. Pero reconoce que no eres fácil.

Clyde arqueó una ceja y giró el cuerpo hacia ella.

—¿Y tú sí?

—Lo soy con quienes no me dejan en la rama de un árbol durante horas.

Clyde rio suavemente y volvió a sentarse hacia adelante. Le habría gustado decirle que por su culpa le propinaron una paliza que logró hacerlo cambiar para siempre. Sin embargo, se mordió la lengua y le dijo:

—Yo también podría echarte cosas en cara, muchacha, pero no es el momento.

Fiona rechinó los dientes y dejó la cuchara sobre el plato. Tenía tantos nervios en su estómago que no podía digerir la comida. Y en el momento en el que uno de sus hombres apareció en la mesa para sentarse al lado de Clyde, le dijo:

—¿Puedo retirarme? Estoy cansada.

El guerrero la miró de nuevo durante un largo rato en silencio. Estuvo a punto de negarse tan solo para enrabietarla nuevamente, pero no quería ser como su padre y ponerle un collar con el que atarla a él. Por ello, acabó asintiendo.

—Espero que hayas llevado tus cosas a nuestro dormitorio… —le advirtió.

Fiona se quedó petrificada mientras se levantaba de la silla. Lo miró unos segundos, pero no respondió, sino que le sostuvo la mirada en silencio. Y estaba segura de que la había descubierto cuando el guerrero frunció el ceño, aunque no dijo nada.

La joven se obligó a moverse, por lo que terminó de levantarse y se marchó del salón mientras el resto de guerreros seguían bebiendo y cenando. A medida que avanzaba entre las mesas hacia la puerta, Fiona sentía en su espalda el peso de la mirada de Clyde. Se preguntó qué haría cuando llegara al dormitorio y no la encontrara. Seguramente, al día siguiente hablaría con ella, pero no quería pensar en eso ahora. Estaba realmente cansada. Desde que ayudó a su prima a escapar no había tenido ni un solo momento de paz. Ni siquiera pudo disfrutar como deseaba de su

baño, ya que Clyde entró en el dormitorio. Por eso, quería meterse en la cama y dormir hasta el día siguiente.

Cuando la puerta del salón se cerró a su espalda, Fiona no pudo evitar lanzar un suspiro. Había soportado mucha presión allí dentro al pensar que no la aceptarían. Así que ahora que había pasado esa prueba, iba a descansar.

Se dirigió hacia el dormitorio rápidamente, se metió en él y se desnudó para ponerse un camisón. Cuando sintió la tela contra su cuerpo desnudo y la ligereza al haberse quitado el vestido, Fiona sonrió y se sentó en la cama. Le había ganado esa pequeña batalla a Clyde. No se acostaría en la misma cama que él. No estaba dispuesta a eso, así que apartó las sábanas de su propia cama y se metió en ella. Pronto, el sueño la venció y enseguida quedó en el olvido la guerra con el que era su marido.

Clyde estuvo en el salón junto a sus hombres hasta que poco a poco se marcharon a descansar. Sin embargo, apenas había podido seguir las conversaciones. En los ojos de Fiona había visto claramente su silenciosa respuesta a lo que él le había ordenado. Y no había podido dejar de pensar en ella desde el momento en el que se marchó.

De hecho, no había podido dejar de pensar en ella en ningún instante desde que la vio metida en la bañera hacía un par de horas. Cuando entró en ese dormitorio como una exhalación para obligarla a cambiarse al suyo, jamás pensó que pudiera encontrarla desnuda. Al verla bajo el agua pensó que tal vez estaba intentando quitarse la vida, pero solo estaba disfrutando del baño.

Incluso había pasado por su cabeza la idea de marcharse sin que ella se diera cuenta de que la había visto completamente desnuda, pero algo en su interior le hizo quedarse quieto junto a la bañera para disfrutar del momento en el que Fiona lo viera. La expresión de su rostro, su respingo, la ira reflejada en sus ojos… Todo en ella había despertado en él un regusto de placer que lo obligó a agacharse junto a la bañera y meter los dedos en ella. Lo había intentado evitar, pero había sido más fuerte que él.

Las continuas peleas y amenazas entre ellos le daban vida, como si volviera a resurgir de la muerte, así que por ello se quedó un rato más con ella.

Y luego estaba lo de la cena. Temió que Fiona hiciera algo para echar a perder su presentación en el clan, pero se había mostrado cercana entre todos a pesar de la tensión de su cuerpo, que lograba trasmitírsela a cada segundo. Y en sus ojos había visto que no estaba dispuesta a cambiar de dormitorio. Si se hubieran encontrado ellos solos, habría hecho algo, pero al estar rodeados de todos sus hombres, se limitó a observar cómo se marchaba.

Ahora se encontraba solo en el salón y no pudo evitar suspirar. Se sentía cansado como hacía mucho que no se sentía. Desde que había recibido la carta del laird Cameron apenas había podido descansar, pero aún menos desde que los planes habían cambiado y lo habían obligado a casarse con ella, su enemiga, la mujer a la que más odiaba de todas las que había conocido. Y lo peor de todo era que había descubierto que se divertía al hacerla enfadar. Hacía tanto tiempo que no sentía esa diversión que estaba seguro de que iba a acostumbrarse a ello, aunque jamás lo reconocería.

Clyde caminó por los silenciosos pasillos con rapidez. Sus pesadas botas golpeaban la piedra del suelo con fuerza, haciendo ruido a propósito. Subió las escaleras con la misma rapidez y, enseguida, abrió la puerta de su dormitorio. Se quedó parado en la puerta y miró en su interior por curiosidad, aunque sabía que lo encontraría vacío.

Con una sonrisa en los labios, Clyde se encaminó hacia el dormitorio que habían preparado para Fiona y abrió la puerta lentamente, intentando hacer el menor ruido posible. Sin perder esa sonrisa de diversión, el guerrero entró en el dormitorio y se aproximó a la cama.

El sonido de la respiración de Fiona llegó enseguida a sus oídos. Descubrió que estaba profundamente dormida, así que se dijo que iba a hacerle pagar su insumisión por haberse quedado en ese dormitorio en lugar de cambiarse al suyo.

Desde los pies de la cama la observó durante unos minutos. No supo por qué lo hacía, pero cuando descubrió que la tranquilidad de la joven llegaba a su corazón y él mismo se relajaba, se enfureció más con ella.

Lentamente, se subió a la cama desde los pies de esta y comenzó a ascender por el cuerpo de Fiona como si de un gato se tratara. Y cuando llegó al cabecero, se sentó sobre el vientre de la joven para observarla. No era la primera vez que la veía dormir, ya que la noche anterior había hecho

exactamente lo mismo, pero no podía evitar sorprenderse nuevamente ante el cambio en el rostro de esta mientras dormía. No tenía tensión, no parecía enfadada… Estaba tranquila. Y parecía ser una mujer completamente diferente a la que él había conocido, a la que él odiaba. Y eso le hizo apretar los puños con fuerza a ambos lados de la cabeza de Fiona.

Al entrar, estaba decidido a despertarla, pero quiso que fuera ella la que lo hiciera poco a poco al sentir su presencia. Y, por ello, gruñó de forma casi imperceptible, hasta que el ceño de la joven se frunció ligeramente al sentir que algo perturbaba su sueño.

Poco a poco, Fiona comenzó a despertar. Sabía que había cambiado algo en el dormitorio y notaba algo demasiado cerca de ella, pero se sentía tan a gusto que tan solo se limitó a moverse ligeramente, pero había un peso sobre su cadera. Frunciendo aún más el ceño, la joven comenzó a abrir los ojos. Y al ver que una sombra se inclinaba sobre ella, lanzó un grito, asustada. Inmediatamente, intentó golpearlo, pero las garras de la sombra aferraron sus muñecas y las subieron por encima de su cabeza.

—¡Suéltame! —vociferó la joven con tono asustado.

Y cuando sus ojos pudieron enfocar bien a lo que había sobre ella y descubrió que se trataba de Clyde, rugió de rabia.

—¿Qué haces aquí?

—Eso es lo que he venido a preguntar yo… Te ordené que te cambiaras a nuestro dormitorio —respondió Clyde acercando aún más su rostro.

—No pienso dormir contigo.

—Eso ya lo hemos hablado y no pienso ceder. Eres mi esposa y tu deber es dormir conmigo.

Fiona intentó mover las muñecas, pero Clyde las aferraba con tanta fuerza que apenas pudo levantarlas.

—¿Vas a ser una buena chica y vas venir por tu propia voluntad o tengo que llevarte a la fuerza?

Fiona no respondió, sino que lo miró con rabia y rugió intentando soltarse de nuevo, gesto al que Clyde respondió con un chasquido de lengua.

—Que conste que he preguntado primero… —murmuró antes de incorporarse y arrastrarla con él de las muñecas.

—¡Suéltame! —gritó la joven—. No iré contigo…

Clyde la subió sobre su hombro como si no pesara nada a pesar de que Fiona movía las piernas para intentar bajarse. El guerrero las aferró para evitar que lo golpeara en algún lado y le dio una palmada en el trasero que hizo que la joven abriera los ojos desmesuradamente. Con rabia, Fiona lo golpeó en la espalda, pero no logró conseguir que parara.

Clyde salió del dormitorio con ella en su hombro y se dirigió al suyo propio. Cerró la puerta tras él y se encaminó hacia la cama. Se agachó ligeramente y soltó a Fiona sobre las sábanas. Y en el momento en el que la joven intentó levantarse de nuevo para escapar, Clyde la aferró de las muñecas y se inclinó sobre ella, cubriendo el cuerpo de la joven con el suyo propio. Al instante, esta se quedó rígida bajo él y lo miró a los ojos.

—Tienes dos opciones: dormir en esta habitación o en una mazmorra. Elige…

—Eres un ser despreciable —respondió mirándolo a los ojos.

—Lo sé, incluso me han dicho cosas peores… Pero sigo siendo tu esposo.

Fiona intentó mover las manos, pero le fue imposible. La joven chasqueó la lengua y acabó cediendo.

—Está bien, maldita sea. Tú ganas, Campbell. Me quedaré aquí.

Con el rostro a escasos centímetros del de Fiona, Clyde sonrió de lado y le dijo:

—Buena chica…

Después comenzó a apartarse, pero las palabras de la joven lo obligaron a quedarse parado.

—Buena chica… —lo imitó Fiona con tono iracundo.

Al instante, una mano de Clyde fue a su barbilla y giró su rostro hacia él.

—Creo recordar que te dije que cada vez que dijeras eso iba a besarte.

Los ojos de Fiona se abrieron desmesuradamente y con sus manos intentó alejarlo, pero Clyde ignoró los puños de la joven sobre su pecho.

—Solo si decía “buen chico”.

La sonrisa del guerrero se hizo aún mayor.

—Ahora lo acabas de decir…

Y aunque Fiona abrió la boca para protestar, los labios de Clyde acallaron su queja. La joven luchó contra él para quitárselo de encima, pero este volvió a hacer resurgir sentimientos extraños en su cuerpo, como en las otras ocasiones. Y no supo si fue por el cansancio, por el hecho de sentir todo el peso de Clyde sobre ella o porque simplemente había perdido el juicio, pero, segundos después, abrió sus labios para recibirlo. En cuando el guerrero supo que tenía vía libre, la penetró con la lengua y saboreó sus labios como si fueran el mejor manjar que había probado nunca.

Los puños de Clyde se apretaron contra las sábanas, incapaz de contener la excitación que estaba comenzando a sentir. Su mente le gritaba que parara, que debía levantarse, que ella era su enemiga, la mujer que más odiaba en el mundo, pero no podía. Había descubierto algo en esos labios que lo hacían querer más; los deseaba; los necesitaba para seguir respirando.

Y cuando un gemido escapó de la garganta de Fiona, se dijo que eso estaba mal, que debía alejarse de ella. La mañana anterior se habían casado y ya la estaba besando como si de verdad la quisiera.

Repentinamente, Clyde se apartó de ella y Fiona se quedó muda, tumbada sobre la cama. Su respiración estaba acelerada, como la de él, y lo miraba con ojos muy abiertos. Su mente no entendía cómo era posible que se hubiera dejado llevar así con Clyde. Lo odiaba y, para ella, mantenía una guerra abierta con él, pero lo había besado como si fuera su única fuente de aliento.

Obligándose a moverse, Fiona se apartó de la cama y siguió mirándolo. El guerrero se había acercado al amplio balcón de su dormitorio y ahora le daba la espalda. Lo vio pasar ambas manos por su rostro para intentar calmarse. Ninguno sabía exactamente qué demonios había pasado, pero los dos sabían que no había sido normal.

Cuando Fiona por fin pudo recuperarse, carraspeó y se acercó de nuevo a la cama. No estaba segura de poder volver a mirarlo a la cara la próxima vez que se girara y sus ojos azules se posaran sobre ella. Le avergonzaba pensar en lo que habían hecho. ¿Cómo era posible que se hubiera dejado llevar de esa manera? Fiona sintió que un poderoso calor recorría su cuerpo, subiendo hacia sus mejillas, las cuales se enrojecieron tanto como el fuego de la chimenea. Y decidió que lo mejor que podía hacer en ese momento era

acostarse para evitar hablar con él.

—No vuelvas a hacer eso —murmuró.

Sin embargo, no obtuvo respuesta. Así que se arropó y cerró los ojos con la intención de descansar, aunque tenía la impresión de que no podría hacerlo. Y a pesar del nerviosismo que sentía, su cuerpo poco a poco se fue relajando y acabó durmiéndose antes de lo que pensaba.

Clyde, por su parte, dejó escapar el aire contenido en su pecho desde que se había apartado después de besarla. No había podido volver a respirar con normalidad tras eso, y solo pudo hacerlo cuando escuchó la respiración tranquila de Fiona.

Clyde se golpeó mentalmente. ¿Por qué demonios había tenido que besarla? Algo dentro de él lo incitó a hacerlo. Pensaba que se trataba de un sentimiento que deseaba hacerla enfadar todo el rato. Se dijo que era parte de su venganza hacia ella. Pero si era una venganza, ella no debería haber gemido. ¿Por qué tuvo que hacerlo? ¿Por qué demonios gimió? ¿Y por qué su cuerpo había empezado a excitarse al sentir el cuerpo de la joven, con tan solo el camisón, bajo él? A pesar de no haberla tocado, su mente habría grabado cada curva de su cuerpo, pues logró sentir incluso la suavidad de su piel. Y sabía que eso poco o nada tenía que ver con una venganza. Podía haber sentido placer al hacerla enfadar, pero no excitación.

El guerrero resopló y siguió mirando la oscuridad de la noche a través del inmenso balcón. Se cruzó de brazos y se preguntó qué le estaba pasando. Había perdido el juicio, sin duda. Si su padre estuviera vivo, lo habría golpeado de nuevo tan solo para hacerle pagar por esa debilidad que estaba comenzando a sentir por culpa de la joven.

Se giró hacia la cama y la observó. El escaso fuego de la chimenea daba de lleno en su cuerpo. Le estaba dando la espalda, pero desde ahí podía ver claramente cómo su cuerpo subía y bajaba con la suave respiración del sueño.

¿Por qué había tenido que obligarla a dormir con él? Tenía que haberla dejado en ese dormitorio en lugar de llevarla allí, pues ahora no había marcha atrás. Se había empeñado en llevarla allí y ahora que la tenía en la cama debía aguantar su propia rabia.

Clyde comenzó a desnudarse. Se sentía realmente cansado. Así que

cuando dejó caer toda su ropa, se metió en la cama completamente desnudo. Intentó evitar el cuerpo de Fiona, pero esta se había recostado en el centro de la cama, por lo que era prácticamente imposible no rozar su trasero o su espalda al intentar colocarse. Y a pesar de todo el cansancio, Clyde sabía que esa sería la noche más larga de toda su vida.

Fiona frunció el ceño cuando el sueño comenzó a alejarse de ella. Estaba segura de que el día había comenzado, pues, aunque no había abierto los ojos, sí podía sentir sobre ellos la luz del nuevo día. Sin embargo, se encontraba tan caliente bajo las sábanas y tan cómoda que no quería moverse. Tenía la sensación de que su cuerpo estaba lánguido y no pretendía levantarse aún.

Su mente recordó lo último que había hecho el día anterior y no pudo evitar volver a sonrojarse. Su cuerpo reaccionó y un intenso calor comenzó a recorrerlo de nuevo. ¿Cómo iba a mirar a Clyde a la cara después de eso? Y fue en ese momento cuando fue consciente de que había una respiración junto a su oído que daba de lleno en su cuello, provocándole cosquillas.

Con el corazón acelerado, Fiona se obligó a abrir los ojos. Intentó mover la cabeza hacia su derecha, pero se encontró con la cabeza de Clyde. Aunque intentó controlar sus nervios, su respiración también se incrementó. Intentó moverse, pero descubrió que parte del cuerpo de Clyde estaba cubriendo el suyo. La desnudez del guerrero hizo que se sonrojara aún más y tragó saliva ruidosamente ante ello.

En su mente jamás pensó que sus cuerpos podrían enredarse tanto, ya que se había dormido con la intención de no acercarse a él en toda la noche. Sin embargo, no sabía en qué momento se había quedado bocarriba y Clyde la había cubierto con su cuerpo. Este dormía plácidamente casi sobre ella. El brazo derecho de Fiona se había quedado extendido, bajo el cuello de Clyde.

Y cuando la joven intentó moverse, el guerrero aproximó aún más el rostro a su cuello, haciendo que Fiona tuviera que morderse la lengua por la vergüenza que sentía. La pierna de este aprisionó aún más a la joven, que dejó escapar un suspiro. Una de las manos del guerrero reposaba sobre su cintura, proporcionándole un calor que se extendió por todo su cuerpo.

Fiona tragó saliva de nuevo. Sentía que su corazón iba a salir por su

garganta y levantó ligeramente la cabeza. Se encontró con el cuerpo desnudo de Clyde, y se le cortó el aliento de golpe. ¿Cómo era posible que alguien tan oscuro como él fuera tan… hermoso? Su corazón se desbocó al instante. Su mirada recorrió la anatomía del guerrero, parándose en su redondo y formado trasero, para después ascender por su amplia espalda.

Fiona llevó su mano libre hacia su rostro e intentó calmarse, pero tenía la imperiosa necesidad de alejarse de allí. Sentía el calor de Clyde a través de la fina tela de su camisón, y estaba a punto de perder el norte si continuaba en esa postura.

Moviendo su brazo aprisionado por el cuello del guerrero, Fiona intentó salir de allí, pero eso hizo que Clyde respirara hondo y se despertara poco a poco. La joven sintió su cálido aliento en su cuello nuevamente y en el momento en el que vio que abría los ojos, Fiona fingió seguir dormida.

Aparentando normalidad, escuchó cómo Clyde se incorporaba y se alejaba de ella. De repente, Fiona sintió frío en el cuerpo, aunque enseguida se recordó que lo mejor era estar alejados. Y a pesar de que aparentaba estar dormida, no pudo evitar sobresaltarse cuando la voz de Clyde rompió el silencio.

—No hace falta que finjas. Sé que estás despierta.

Fiona contuvo un resoplo y abrió los ojos para mirarlo. Sin embargo, al instante se arrepintió de hacerlo. Estos se abrieron desmesuradamente al verlo desnudo de pie junto a la cama, mirándola con una ceja enarcada y su habitual seriedad. Inevitablemente, la joven deslizó su mirada por su pecho hacia el vientre y cuando estuvo a punto de llegar a su entrepierna, se obligó a mirar hacia otro lado.

—No te cortes. Puedes seguir mirando…

La voz ronca de Clyde estuvo a punto de hacerla mirar de nuevo hacia él, aunque logró contenerse. No obstante, sí lanzó un resoplo y se incorporó en la cama, dándole la espalda.

—No tienes vergüenza.

—La misma que tú… —murmuró Clyde con tono distendido.

Fiona se levantó y lo miró de nuevo, aunque hizo todo lo posible para que sus ojos no bailaran hacia abajo.

—Pero ¿cómo te atreves a decir eso?

El guerrero se encogió de hombros antes de agacharse para coger su camisa y comenzar a vestirse.

—Yo estoy desnudo. Eres tú quien tiene que controlar su mirada…

—No te he mirado… —mintió descaradamente.

Clyde enarcó una ceja.

—Tal vez me falla la vista… —respondió irónicamente.

—Tal vez… —señaló la joven dirigiéndose hacia la puerta.

—¿A dónde vas en camisón?

Fiona se giró hacia él roja por la ira.

—A vestirme. Toda mi ropa se quedó en el otro dormitorio.

—Pues espero que al mediodía esté aquí.

Fiona frunció el ceño.

—Tranquilo, majestad. La traeré enseguida.

Clyde le respondió con una sonrisa que iluminó su rostro, y antes de que algo extraño resurgiera en su pecho, salió de allí.

En cuanto la puerta se cerró tras la joven, Clyde dejó escapar un suspiro y su rostro volvió a ser serio. El guerrero se pasó una mano por la frente y respiró hondo. En el momento en el que se había despertado y sintió que estaba casi sobre el cuerpo de la joven, el suyo propio no pudo evitar responder y se excitó ligeramente. A pesar de que habían sido tan solo unos segundos, había notado cada curva de la joven bajo él, y los respingones pechos de esta parecieron llamarlo cuando se endurecieron al sentir el frío de la habitación.

No sabía qué le estaba ocurriendo con ella, pero llevaban dos días casados y había perdido ya por completo el norte. Clyde miró a través del balcón y desde allí vio que sus hombres estaban entrenando con la espada, así que decidió que lo mejor era bajar junto a ellos y mantener la mente en otro lugar que no fuera en esa cama y el demonio de su esposa, a la cual odiaba más cada hora que pasaba junto a ella y lo exaltaba de esa manera.

Terminó de vestirse y bajó las escaleras casi a la carrera. Necesitaba desfogar el cuerpo, así que lo mejor era un entrenamiento junto a sus

hombres y disfrutar un poco antes de meterse de lleno con sus quehaceres.

Al primero al que vio fue a Rob, que también salía del castillo dispuesto a entrenar, ya que llevaba la espada en la mano. Clyde no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Se puede saber a dónde vas con eso?

Rob sonrió.

—A entrenar.

—¿Quieres que se te abra la herida?

—¿Esto? —preguntó Rob con tono divertido a pesar de su evidente cojera—. No es más que un rasguño, amigo.

Clyde puso los ojos en blanco y le dio una palmada en la espalda.

—Vamos, necesito darle a alguien una buena paliza.

Rob arqueó ambas cejas.

—¿Ha hecho algo tu esposa?

Clyde resopló.

—No me la recuerdes… ¿Se sabe algo del ataque que sufrimos en el bosque?

Rob negó con la cabeza al tiempo que chasqueaba la lengua.

—No me han comunicado nada, pero convendría vigilar bien los caminos. No sabemos quiénes eran ni qué pretendían. Y si uno de ellos escapó…

Clyde renegó entre dientes.

—Maldito sea. No qué cómo demonios pudo correr tan deprisa. Era una zona escarpada y tal vez se escondió para que no lo viera. Y después de ver que Fiona estaba tirada en el suelo no quise dejarla mucho tiempo sola.

Rob sonrió a medias.

—¿Preocupado por ella?

Clyde lo miró de reojo con mala cara.

—Yo no he dicho eso. Es mi esposa y, lógicamente, debía cuidarla. Ya encontraremos al culpable.

—¿Tu esposa no te ha comentado nada? Tal vez sepa algo del hombre que la atacó. Puede que le dijera algo.

Clyde frunció el ceño.

—La verdad es que no lo había pensado. Supuse que simplemente la atacó por estar con nosotros y porque ella le tiró esa piedra de la que Fyn habló.

—Así que lo creíste…

—¿A Fyn? Por supuesto.

—Entonces piensas que tu esposa salió de la carreta para salvarte.

—Lo que me gustaría saber es por qué…

Rob lanzó una carcajada.

—A lo mejor quiere ser ella la que te atraviese con la espada.

Clyde rodó los ojos.

—No le des ideas…

CAPÍTULO 10

Fiona acababa de guardar la última prenda que había llevado con ella en uno de los baúles de su nuevo dormitorio. Puesto que había llevado poco, apenas había tardado en guardar la ropa, pero aun así habría preferido quedarse en el otro dormitorio para evitar encontrarse con Clyde más de lo que deseaba.

Aún se sentía avergonzada por el despertar que había tenido junto al guerrero y a pesar de que había intentado mantenerse fría y distante con él, no estaba segura de haber podido conseguirlo. Cómo no iba a sonrojarse cada vez que recordaba el peso de su enemigo sobre ella y los músculos contra su cuerpo. Piel con piel había sentido cada recodo de Clyde, y a pesar de que era el hombre que más odiaba, ese momento había sido lo más excitante que había sentido jamás junto a un hombre.

Fiona resopló y se frotó los brazos, como si así pudiera quitar de su cuerpo esa sensación. Sin embargo, comenzó a sentir furia en lo más profundo de su ser y se obligó a salir de allí para evitar seguir pensando en lo que había pasado al despertar.

Recorrió las escaleras con prisa y cuando bajó al piso inferior escuchó el jaleo que había en el patio. Curiosa, Fiona caminó despacio hacia la puerta de salida y necesitó apoyarse contra la jamba cuando vio lo que sucedía frente a sus ojos. Los guerreros del clan se encontraban enfrascados en un entrenamiento y se gritaban los unos a los otros al tiempo que luchaban entre sí.

A pesar de que sabía que no debía estar allí y que tenía que alejarse, aunque fuera a un salón para estar sola, Fiona no pudo apartar la mirada de ellos. Una parte de la joven sintió cierta envidia al verlos luchar así. En incontables ocasiones había visto a su padre junto a sus pocos hombres y le había parecido un gran espectáculo. Después, en el castillo de su tío también los había visto, pero eran entrenamientos normales, no como lo que estaba viendo, que parecía una batalla real.

Volvió a recordar las palabras de su padre cuando le prometió que le enseñaría a luchar para convertirla en una gran ladrona como él. Ella siempre había envidiado la vida de su padre y deseó ser como él para ayudar a los más pobres que solían ser los grandes olvidados del clan. Pero

todo eso se había visto enterrado primero por la muerte de su padre, después por su tío y ahora por su matrimonio no deseado.

Fiona se cruzó de brazos y suspiró. En su mirada se reflejó la tristeza que le oprimía el pecho al encontrarse en una vida que odiaba junto a su enemigo, que ahora se cruzó en su campo de visión. Hasta entonces, no había logrado ver a Clyde entre sus hombres, pero ahora sí podía hacerlo y al instante sintió que volvía a sonrojarse por lo de esa mañana. ¿Qué le estaba pasando con el guerrero? Se dijo que pasar tiempo no él no era nada bueno para la guerra que ambos tenían entre manos, y aunque le dio la orden a sus pies para que se movieran de allí, estos no hicieron caso y se mantuvieron quietos contra el piso.

Los ojos de la joven recorrieron la anatomía de Clyde. Este se había quitado la camisa y luchaba con la espada en alto contra uno de sus guerreros. Junto a él estaba Rob. La joven frunció el ceño al ver que también luchaba, especialmente, después de haber sufrido un profundo corte en la pierna. No es que el guerrero fuera objeto de su devoción, pero lo había visto sufrir por el dolor.

Su mirada regresó a su esposo y descendió desde el rostro sudoroso hacia el cuello. Descubrió varios cortes en la cara y la base del cuello, aunque nada grave. Su amplio pecho subía y bajaba con rapidez por el esfuerzo y los músculos de sus brazos se contraían cada vez que levantaba la espada para parar una estocada. Su vientre, musculoso, también se contraía a medida que respiraba y se movía. Y sus piernas, fuertes, parecían ser de piedra, pues se mantenía en su sitio a pesar de las estocadas de los demás.

Fiona tragó saliva cuando volvió a ascender su mirada por su cuerpo. Y en el momento en el que se encontró con su mirada, no pudo evitar dar un respingo. Este se había percatado de su presencia en la puerta del castillo y de que lo estaba observando. Ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos, antes de que Clyde se girara hacia los demás de nuevo y volviera a la carga.

La joven se sintió extraña ante ese intercambio de miradas. La había descubierto y eso la hacía sentir avergonzada, pero al mismo tiempo le había recordado lo que había sentido en el dormitorio después de despertar. La mirada que Clyde le había dedicado en ese instante había sido profunda, cargada de algo que no había logrado descifrar, pero que sí había podido

recorrer su cuerpo de arriba abajo, al mismo tiempo que había acelerado su respiración. ¿Qué demonios tenía el guerrero en la mirada que lograba alterarla tanto?

La joven chasqueó la lengua y se apartó de la puerta. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes, así que fue hacia las cocinas en busca de Rory para que le contara más cosas del castillo, y así evitaba distraer al resto de criadas.

—Buenos días —dijo la joven cuando entró en la misma y vio a la madre del niño preparando el desayuno.

—Buenos días, señora… Fiona —se corrigió—. El desayuno estará listo en una hora.

Fiona se encogió de hombros y le restó importancia.

—La verdad es que ahora mismo no tengo hambre y los guerreros están entrenando, así que no hay prisa.

La cocinera asintió.

—¿Rory está por aquí?

—Hace unos minutos sí que estaba, pero ha salido fuera de los muros a ver si se cruzaba con algún ciervo.

Fiona no pudo evitar que su disgusto se mostrara en su rostro.

—¿Te importa si lo busco para pasar tiempo con él?

Amber sonrió.

—Claro que no me importa. De hecho, cuando se despertó, no hacía más que hablar de ti. Le gustaste.

Fiona le devolvió la sonrisa.

—Me recuerda a mí cuando era pequeña, así que supongo que tal vez por eso me cayó tan bien.

Amber asintió.

—Entonces, iré a buscarlo. No quiero entretenerte.

—De acuerdo. Tan solo te pido que tenga cuidado con el agua del lago. No sabe nadar.

—Descuida.

Fiona decidió salir por la puerta trasera, ya que deseaba evitar cruzarse

con los guerreros, así que recorrió la parte de atrás del castillo para bordear el patio. Cuando apareció por la otra esquina contraria a las cocinas, se percató de que los guerreros habían acabado el entrenamiento, por lo que se dirigió hacia el portón, que en ese momento se encontraba ligeramente abierto.

Al cruzar por un par de guerreros se fijó en que uno de ellos era Rob, que aún estaba sudoroso y respiraba con cierta dificultad y el rostro ligeramente dolorido.

—¿A dónde vas, muchacha?

—¿Tú no deberías descansar para recuperarte?

Rob enarcó una ceja.

—No has respondido a mi pregunta.

—Tú tampoco —rebatió la joven enseguida.

Rob sonrió de lado y la miró de arriba abajo al tiempo que se cruzaba de brazos, hasta que la joven suspiró y le dijo:

—Estoy buscando a Rory, el hijo de la cocinera. ¿Lo has visto?

El guerrero entrecerró los ojos y miró hacia atrás, al exterior del castillo. Después, asintió y le dijo:

—Sí, va de camino al lago.

Fiona frunció el ceño, preocupada por lo que le había comentado Amber sobre el niño.

—¿El lago?

—Sí, hacia allí —señaló—. Está cerca, pero desde el castillo no se ve por los árboles.

—De acuerdo, gracias.

Tantas fueron sus prisas por buscar a Rory que no se dio cuenta de la amplia sonrisa pícara de Rob mientras se alejaba hacia donde el guerrero le había indicado. A medida que avanzaba hacia el bosque, el silencio fue rodeándola y tan solo podía escuchar sus pasos al tiempo que pisaba la hierba. Estuvo a punto de correr hacia el lago para evitar que el niño terminara en el agua. Y lo peor de todo era que ella tampoco sabía nadar.

Pero cuando vio el primer metro de agua y escuchó un chapoteo un poco

más adelante, sintió que su corazón se paraba de golpe. Fiona corrió hasta llegar a donde se habían formado hondas en el agua.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se descalzó deprisa para meterse en el agua y rescatar a Rory. De reojo vio un montón de ropa, pero apenas le dio importancia. El niño se había metido en el agua y necesitaba ayuda, ya que su cabeza no asomaba de nuevo. Y a pesar de que ella tampoco sabía nadar, se desnudó rápidamente, quedándose únicamente con la camisola, y se metió en el agua.

Fiona lanzó una exclamación cuando el intenso frío del agua le dio de lleno en el cuerpo. Tiritando, la joven siguió avanzando. Temía ahogarse junto a Rory, pero jamás se perdonaría haberlo dejado allí tan solo por temor a ahogarse ella también. Fiona tropezó y cayó hacia adelante. Soltó un grito al sentir el frío en el resto de su cuerpo, pero se levantó de nuevo y fijó su mirada en el mismo lugar donde había desaparecido el pequeño.

Sin embargo, cuando avanzó un par de metros más, una cabeza surgió de entre las aguas, pero no la que esperaba ver. Horrorizada, Fiona se quedó completamente paralizada.

La cabeza que emergió era una cabellera negra, no pelirroja. Los ojos azules del guerrero se quedaron fijos sobre ella después de echar la cabeza hacia atrás para quitarse el pelo de la cara. Y no pudo evitar mostrar su asombro al verla allí casi desnuda dispuesta a meterse con él en el agua.

Fiona sintió que la respiración se le quedaba paralizada en el pecho al reconocer a su esposo y no a Rory en la persona que estaba bañándose. Durante unos segundos, ambos se quedaron mirándose a los ojos, sin saber qué decir, hasta que Fiona comenzó a tiritar con más fuerza y dio un paso atrás.

—Tú no eres Rory…

—Está claro que no —fue su ronca respuesta.

Clyde surgió un poco más entre el agua, permitiendo que viera cómo esta se deslizaba por su cuerpo hasta volver al lago. A pesar de que se obligaba a mirar hacia sus ojos, no podía evitar ver, de soslayo, esas gotas cayendo por su cuerpo.

—Pienso matar a Rob cuando llegue…

Clyde frunció el ceño. Sus ojos parecían verse aún más azules ahora que

el pelo caía hacia atrás y lo dejaba libre.

—¿Por qué?

—Porque ha sido él quien me ha dicho que Rory había tomado este camino hacia el lago.

—Yo no lo he visto… —susurró Clyde dando un paso hacia ella.

Fiona, al ver que se acercaba, dio otro más atrás. No quería que se aproximara a ella y, al mismo tiempo, su cuerpo clamaba por lo contrario. De no ser porque siempre había visto a Clyde como un enemigo, ahora lo habría mirado con ojos de deseo. El guerrero era realmente atractivo. No estaba segura de que él conociera el poder que desprendía por cada poro de su piel. Pero no solo eso, sino también la fuerza que manaba de todo su ser. Eso lo hacía poderoso y atrayente. Y aunque intentaba todo lo contrario, Fiona también sentía que algo invisible tiraba de ella hacia él.

—Será mejor que me vaya… —murmuró antes de girarse para salir del agua.

Este apenas le cubría la cadera, pero al no saber nadar se sentía ligeramente incómoda rodeada de tanta agua. Temía tropezar y caer, aunque minutos antes hubiera estado a punto de lanzarse de cabeza para salvar a Rory.

—Y ahora huyes —dijo Clyde.

Fiona frunció el ceño y lo miró por encima de su hombro, sin moverse.

—No huyo. Simplemente, pensaba que era Rory quien había en el agua y se estaba ahogando. Si me he metido era para salvarlo. Además, no sé nadar.

Clyde enarcó una ceja.

—¿No sabes nadar y pensabas meterte a salvar al chiquillo?

Fiona carraspeó, incómoda.

—Sí, ¿algún problema, Campbell?

El guerrero se encogió de hombros.

—Ninguno, salvo el hecho de que habrías muerto.

—Eso sería bueno para ti, ¿verdad?

Clyde sonrió ligeramente y dio un paso atrás para seguir bañándose.

—¿Y si hubiera sido yo quien se estaba ahogando? ¿Te habrías lanzado igualmente?

Fiona frunció el ceño. La verdad es que no lo había pensado. Si lo hubiera visto ahogándose, ¿lo habría salvado igual? En ese momento, no logró encontrar respuesta a esa pregunta, pero en su interior sabía que no podría haber mirado hacia otro lado si alguien se estaba ahogando, ni siquiera él.

Sin embargo, prefirió no responder.

—Sigue con tu baño, Campbell.

Fiona dio un paso más hacia la orilla, aunque la voz de Clyde volvió a dejarla parada en el sitio.

—Eres una cobarde, duende.

Fiona apretó los puños.

—No te atrevas a llamarme así.

Clyde sonrió y dio otro paso más atrás, metiéndose en el agua casi por completo.

—Te he hecho una pregunta y no quieres responder. Eres una cobarde… ¿Me salvarías?

Y antes de que pudiera responder, tomó aire y se sumergió en el agua, desapareciendo al instante. Al verlo, Fiona resopló y rodó los ojos.

—Jamás pensé que tú pudieras comportarte como un niño, Campbell. Sal del agua. No te estás ahogando.

Sin embargo, Clyde no salió. Al contrario, chapoteó bajo el agua y Fiona solo tuvo tiempo de ver su mano intentando surgir de las profundidades. La joven chasqueó la lengua y se cruzó de brazos con el agua aún por la cadera.

—Deja de hacer el tonto, Campbell, y sal de ahí. No voy a jugarme la vida para salvarte.

Pero no obtuvo respuesta. En el lugar donde Clyde había desaparecido dejó de formarse una honda y el agua pareció calmarse. Comenzando a sentirse ligeramente agobiada, Fiona miró hacia el sendero que la había llevado hasta allí con la esperanza de que algún guerrero los hubiera seguido al ver que tardaban, pero estaban completamente solos.

—Maldita sea, Campbell, ¡sal del agua!

A pesar de que la voz de Fiona sonó fuerte, el guerrero no emergió y el agua siguió tranquila. Lanzando un rugido de rabia y con el corazón latiendo fuertemente, la joven se lanzó hacia adelante. El agua comenzó a cubrir más su cuerpo y el frío hacía que el agua pareciera un millar de cuchillos que se clavaban en su cuerpo. Sin embargo, Fiona siguió caminando para internarse en el agua.

—¡Ya vale de juegos, Campbell! —vociferó cuando el agua comenzó a cubrir su cuello.

El corazón de Fiona latía con tanta fuerza que parecía estar a punto de salir de su boca. No estaba segura de lo que debía hacer, pero cuando sus pies dejaron de pisar la tierra bajo el agua, Fiona movió las piernas. Lanzó un grito al sentir que su cuerpo comenzaba a hundirse y no podía hacer nada para flotar.

La cabeza de Clyde no había vuelto a emerger y no sabía dónde se encontraba, así que no pudo hacer nada. Y en el momento en el que su cabeza finalmente acabó hundiéndose, un brazo rodeó su cintura y la impulsó hacia arriba. Contra ella sintió el poderoso pecho de Clyde, por lo que apoyó las manos en sus hombros desnudos. Y cuando por fin volvió a emerger y tosió varias veces, lo miró con rabia a los ojos.

—¡Eres un desgraciado, Campbell! —vociferó apoyándose totalmente en él para evitar hundirse de nuevo—. Casi haces que me ahogue.

Clyde estaba tan cerca de ella que podía sentir contra su barbuda mejilla el aliento acelerado de la joven. También podía notar contra su cuerpo los incontables temblores de auténtico terror de Fiona. Y sus dedos apretaban con tanta fuerza sus hombros que estaba seguro de que cuando salieran del agua tendría la marca de estos sobre su piel.

El guerrero la miró de cerca. Esta observaba el agua con auténtico terror y, por primera vez desde que la conocía, descubrió en ella una fisura en su orgullo y rebeldía. Y, al contrario de lo que pensaba, lo enterneció.

Fiona no era consciente de ello, pero su rostro estaba tan cerca de Clyde que este solo necesitaba mover ligeramente los labios para besarla.

—Te habrías ahogado por salvarme… —susurró.

Respirando aún con cierta dificultad, Fiona lo miró. Estaban a escasos

centímetros el uno del otro. La joven se fijó en sus ojos. Estos estaban puestos sobre ella y descubrió algunas manchas negras en su color azul. Su nerviosismo aumentó, pero no por las palabras del guerrero, sino por lo que esa cercanía lograba despertar en ella. En otro momento, lo habría apartado, pero sabía que, si ahora lo hacía, acabaría ahogada.

—No digas tonterías —se obligó a responder—. Si me he metido en el agua ha sido únicamente para golpearte por intentar probarme.

Clyde sonrió de lado.

—Aún no lo has hecho.

—Porque todavía no pisamos tierra, pero pienso hacerte pagar por esto.

—¿No preferirías mejor aprender a nadar?

Fiona entrecerró los ojos.

—No.

Clyde sonrió y comenzó a soltarla. Al ver que seguía sin hacer pie, Fiona se aferró más a sus hombros, pero las manos del guerrero la apartaron y aferraron sus brazos con fuerza. La joven comenzó a patalear y a hundirse ligeramente.

—El miedo hace que te ahogues en unos instantes, duende. Cálmate.

—¿Cómo quieres que me calme, maldita sea? —logró decir cuando sacó la cabeza—. Estás dejando que me ahogue.

—Jamás haría eso —le aseguró con firmeza.

Pero la joven no se fio de él y su cabeza continuó metiéndose en el agua. Al ver que no estaba dispuesta a escucharlo, Clyde tiró de sus manos hacia él y volvió a pasar una mano por su cintura para apretarla contra su cuerpo. Cuando sintió este, se abrazó a él sin importarle su orgullo en ese instante. Dejó que la llevara hacia la orilla y en el momento en el que por fin pudo hacer pie, Fiona se soltó y lo empujó lejos de ella.

—Eres un maldito sádico, Campbell —le espetó con las piernas aún temblorosas.

El guerrero oscureció su mirada y dio un paso hacia ella, mostrando su peligrosidad de nuevo.

—Si soy eso que dices, entonces deberías tener cuidado conmigo, esposa

—amenazó con voz ronca.

Fiona le sostuvo la mirada unos segundos más, hasta que el temblor se adueñó de su cuerpo y se obligó a salir de allí para evitar desvanecerse, dejándolo solo en el agua. Se vistió como pudo y se marchó sin mirar atrás. Lo escuchó zambullirse de nuevo en el agua, pero ni siquiera se molestó en voltear de nuevo hacia él. Lo había pasado realmente mal, pues lo veía capaz de dejar que se ahogara para quitársela del medio. Sabía que la odiaba, y mucho más desde que Rob le contó lo que pasó con su padre años atrás. Así que estaba segura de que podría hacer algo así para vengarse de ella.

Con piernas aún temblorosas, Fiona deshizo el camino y regresó al castillo. Le sorprendió ver que Rob aún seguía hablando con uno de sus compañeros en el patio. Con rostro iracundo, la joven se acercó a él. En el momento en el que el guerrero la vio acercarse con esa prisa y mojada, sonrió de lado. Pero la sonrisa le duró poco cuando la joven le estrelló el puño en su mejilla, haciéndolo gruñir.

—¡Eres un desgraciado, Rob! —le espetó con furia.

Fyn, que era el otro guerrero con el que hablaba, tuvo que sujetar a la joven para evitar que volviera a golpearlo, aunque también para protegerla del propio Rob, que giró la cabeza en su dirección y la amenazó con la mirada.

—No te atrevas a volver a engañarme —le dijo señalándolo e intentando soltarse de Fyn, que estaba teniendo serios problemas para alejar a ambos.

Pronto, otro guerrero que la joven desconocía, se acercó a ellos y sujetó a Rob, que rugió de rabia.

—Tienes suerte de ser la esposa del laird, muchacha. Si no, te habrías tragado ya lo dientes.

—Vamos, Rob. Déjala ya —susurró su compañero—. Vas a meterte en problemas.

—Y tú tienes suerte de que no esté en mi mano que sigas en el clan… —le espetó la joven.

Fyn la empujó lejos de allí y la miró a los ojos.

—Tienes el mismo carácter que Clyde, mi señora…

Fiona resopló y se alejó de él.

—No me llames así. Soy Fiona.

Fyn lanzó una carcajada.

—Me alegra ver que te molesta más eso que el hecho de haber comparado tu carácter con el del laird…

La joven lo miró durante unos segundos y logró calmarse. Recompuso su ropa como pudo y sonrió ligeramente.

—Antes te he golpeado en el costado. Lo siento. Es que Rob es un…

—Lo sé —la cortó con una sonrisa—. Deberías ir a cambiarte, muchacha.

La joven asintió y suspiró. Se despidió de él con la mano y entró en el castillo bajo la atenta mirada de Rob, al que aún sujetaban para evitar que corriera tras ella. Fiona sabía que iba dejando un reguero de agua a su paso, pero no podía hacer nada. Además, se sentía tan enfadada que no le importó. Una parte de su enfado se debía al engaño por parte de Rob, ya que siempre había odiado que la gente le mintiera. Y él lo había hecho a propósito para que se cruzara con Clyde y no con Rory.

Pero otra parte muy fuerte se sentía tremendamente enfadada con ella misma. Había mirado con deseo a Clyde, y eso no estaba bien. Lo odiaba desde hacía años y así debía seguir siendo. Cuando la cogió de la cintura para elevarla, sintió cómo sus manos eran puro fuego, lograban traspasar la tela de su camisola y alejaban el frío del agua que ella notaba. Se odió y enfureció consigo misma por haber deseado, durante un segundo, que la besara.

Eso no podía pasar. Tenía que alejarse de él como fuera y evitarlo a toda costa o se metería en serios problemas. Ellos estaban destinados a odiarse a pesar de estar casados, y no sería ella la primera en romper esa guerra.

CAPÍTULO 11

Cinco días después, Fiona había logrado su objetivo para alejarse de él. Durante el día, apenas se cruzaban y, cuando lo hacían en las comidas o pasillos, no lo miraba. Ella sí sentía su penetrante mirada sobre su persona, inquisitivo, pero había logrado no volver a fijarse en él de ningún modo que no fuera diferente a la furia y el odio. Ni siquiera cuando se marchaban a dormir lograban cruzar un par de palabras, ya que ella fingía estar dormida y Clyde no le hablaba. Desconocía si él sabía que estaba despierta, pero tampoco le importaba.

Y ahora que el guerrero se había marchado hacía varios minutos, Fiona apartó las sábanas para dar comienzo al día. Le ponía terriblemente nerviosa fingir que estaba dormida mientras él se vestía, ya que aún podía recordar su cuerpo desnudo cuando lo vio días antes.

Llevaba una semana casada con él y le sorprendía el hecho de que aún siguiera viva, no solo porque él no la hubiera matado, sino porque ella misma no hubiera decidido marcharse del mundo de forma voluntaria al no poder aguantar la presión.

Mientras se ponía un vestido de color marrón que apenas resaltaba su belleza y peinaba su cabello en una simple trenza, como solía hacer en el castillo de su tío, Fiona pensó en esos días y en los venideros. Sabía que no podía estar eternamente sin hablar con Clyde y que este, seguramente, le exigiría sus derechos maritales.

Fiona torció la cabeza al recordar el momento en el lago, y se golpeó mentalmente en la cabeza por volver a pensar en eso en lugar de olvidarlo.

Salió rápidamente del dormitorio rumbo a las cocinas para hablar con Rory. Durante esos días, apenas lo había visto, ya que los había pasado con sus abuelos, por lo que no había podido entablar conversación con él para preguntarle por la vida en el castillo y en los alrededores. Había escuchado que había un pueblo cercano a la fortaleza, pero que se encontraba al otro lado de la arboleda y desde allí no podía verse, motivo por el que ella no lo había visto al llegar allí. Quería saberlo todo de la vida allí para saber a qué se enfrentaba, puesto que pasaría el resto de su vida en ese castillo.

Cuando llegó al piso inferior, Fiona recorrió los pasillos en busca del niño, y cuando lo encontró en las cocinas, le dedicó una sonrisa.

—¡Fiona! —exclamó Rory al verla aparecer.

La joven le revolvió el pelo cuando este se acercó a ella y le señaló una silla cercana.

—Si a tu madre le parece bien, me gustaría hablar contigo sobre la vida en el castillo y en el pueblo.

El niño miró a Amber y esta asintió.

—Claro que sí. Además, del pueblo sé muchas cosas porque mis abuelos viven allí y paso tiempo con ellos.

Fiona asintió.

—Entonces, creo que he encontrado a la persona perfecta para hablar.

Rory asintió y corrió hacia la silla para sentarse mientras su madre iba de un lado a otro preparando las comidas del día.

—Lo primero que me gustaría conocer es el pueblo. He escuchado que está cerca, pero ¿por qué no se ve desde aquí?

—Porque está después del bosque. Realmente se tarda muy poco en llegar. Tan solo hay que atravesar la arboleda y llegarás en unos minutos.

—¿Y es muy grande?

Rory se encogió de hombros.

—Para mí sí lo es. Vive mucha gente y hay mucho movimiento de carretas. De hecho, en unas semanas se hará la fiesta del laird.

Fiona frunció el ceño.

—¿Qué es esa fiesta?

Rory le mostró una pícara sonrisa.

—Son unas fiestas que se hacen en honor al laird y al día en el que tomó posesión del cargo. Al laird realmente no le gustan mucho, pero en el pueblo se viven muy intensamente. La gente prepara comida muy rica y todo el mundo celebra los unos con los otros.

—¿Y por qué no se hace en el castillo?

—Precisamente porque al laird no le agradan mucho las fiestas. Acepta que se hagan, pero fuera de los muros. Además, así cabe todo el mundo porque no hay una muralla que divida a la gente.

—Y si tu madre te deja, ¿me acompañarías al pueblo?

El entusiasmo con el que el niño hablaba del pueblo había logrado sacar su curiosidad, así que como no tenía nada que hacer en el castillo, le encantaría dar un paseo con alguien que pudiera explicarle todo.

Rory miró a su madre con entusiasmo, pero esta torció la cabeza.

—No me importaría si al laird tampoco le molesta la idea, pero creo que lo mejor es que le pregunte antes de ir.

Fiona resopló y rodó los ojos.

—Si está cerca el pueblo, no le importará.

—De todas formas, me gustaría que se lo dijera antes de nada…

Fiona vio la duda en los ojos de la mujer y acabó aceptando. Eran tantas sus ansias por salir ya de allí que haría lo que fuera para ello, incluso romper su propia regla sobre evitar hablar con Clyde.

—De acuerdo. Hablaré con él —le aseguró al niño con una sonrisa—. Y ahora me gustaría que me contaras más cosas del clan.

Fiona apenas había sido consciente del paso de las horas junto a Rory. Ambos habían comido en las cocinas para evitar separarse. Había descubierto en el niño a un gran aliado que le había contado tantas cosas sobre el clan que no estaba segura de haber guardado todas en su memoria. Nunca se había planteado cómo era el clan Campbell, pero Rory le había asegurado, con la certeza de su madre cerca de ellos, que el clan era uno de los más seguros de toda Escocia.

Al parecer, Clyde había dedicado grandes esfuerzos para que todo el mundo tuviera algo para comer y viviera en paz a pesar de no gozar de la simpatía de muchos clanes. Rory le había asegurado que nunca habían tenido miedo, ya que había muchos guerreros muy bien entrenados, pero incluso así, sabían que, en cualquier momento, si el laird se metía en líos, podrían entrar en guerra.

Sin embargo, también le habían asegurado que Clyde, a pesar de su carácter reservado, serio y abrumador, era un gran hombre, preocupado por los suyos. Esa información llamó la atención de Fiona, que arqueó una ceja, haciendo reír a Rory. Este había dedicado gran parte del día a contarle

anécdotas sucedidas en el clan de las que él recordaba, así que habían pasado una buena parte del día juntos.

Pero en ese momento, tras despedirse de él para que descansara o jugara, Fiona se encontraba sola en medio del pasillo sin el valor suficiente para seguir adelante. Le había prometido a Amber que pediría permiso a Clyde para salir del castillo, pero ahora que había caminado hacia su despacho, no se sentía con la valentía suficiente para enfrentarse a esos ojos.

Fiona se preguntó qué le estaba pasando para que hubiera pasado de buscar al guerrero para plantarle cara en la batalla a casi esconderse para evitar enfrentarlo. Desde el día en el que lo vio desnudo en el lago y la aferró de la cintura mientras la observaba de esa manera parecía haber cambiado algo en ella. Pero no podía seguir así, así que se obligó a dar un paso, y luego otro más hasta llegar frente a la puerta del despacho de Clyde.

Al haber pasado gran parte del día en las cocinas, no lo había visto, así que sería la primera vez que se enfrentaría a él en el día. Fiona tragó saliva y levantó una mano para llamar a la puerta.

Solo abrió cuando escuchó la voz de su esposo al otro lado, así que entró y se sorprendió al ver allí también a Rob. Durante esos días, tampoco se había cruzado con él, por lo que no habían hablado del golpe que la joven le había propinado y que aún lucía en su mejilla, algo que le produjo cierta satisfacción.

La joven vio cómo apretaba los puños al verla y se mantenía a un lado.

—Debo reconocer que me sorprende verte aquí, duende.

Fiona rechinó los dientes al escuchar el apodo que le había puesto y que se empeñaba en seguir usando. Dio un paso al frente, dispuesta a pedir lo que quería y a marcharse cuanto antes. Sin embargo, la voz de Clyde cortó de nuevo la suya.

—Has aparecido en el mejor momento…

Fiona lo observó. Este se encontraba de pie junto a la jamba de una ventana, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados a la altura del pecho. La miraba con su habitual seriedad, aunque también con otro sentimiento que no logró adivinar. El guerrero tenía la cabeza ligeramente agachada, pero la observaba con mirada penetrante.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Me gustaría saber si tú conoces algo sobre el hombre que te atacó en el bosque.

Fiona sintió que la sangre la abandonaba del cuerpo. Su corazón latió con fuerza y las manos comenzaron a temblar. No obstante, su porte siguió siendo incómodo y ligeramente orgulloso, como siempre.

—¿Y por qué debería conocer algo sobre él?

Clyde se apartó de la jamba de la ventana y dio un par de pasos hacia ella, poniéndose a la altura de Rob, que no dejó de mirarla ni un solo segundo.

—Porque te atacó. Corrió tras de ti y puede que te hablara de algo.

Fiona se obligó a encogerse de hombros, restándole importancia.

—Lo único que me dijo era que quería matarte y también quería hacer lo mismo conmigo por acompañaros.

—¿Te dijo por qué quería matar a Clyde? —preguntó Rob.

Fiona dudó un instante, pues no quería desvelar lo que le había dicho a ella a título personal. Carraspeó, incómoda, y asintió.

—Dijo algo sobre que le habían encomendado esa misión. De hecho, se jactó de ello.

—Y supongo que no mencionó a las personas que se lo pidieron.

Fiona negó con la cabeza, provocando que Clyde entornara los ojos.

—Si te lo hubiera dicho, ¿nos lo contarías?

—Sí, ¿por quién me tomas?

—Por alguien que me odia.

—Sí, pero me considero lo suficientemente inteligente como para pensar en que me gustaría más matarte yo y no dejar que otros lo hagan por mí…

Rob renegó entre dientes y Clyde se acercó a ella. No había podido evitar soltarlo. No es que quisiera matarlo realmente, pero ese interrogatorio la ponía nerviosa, pues no solo había descubierto eso sobre él, sino un dato muy importante sobre la muerte de sus padres, y no deseaba hacer algo que descubriera su verdadera identidad.

—Eres tan torpe que te equivocarías al empuñar una espada y te la clavarías tú misma…

Fiona resopló, enfadada, y se giró para marcharse de allí, pero la voz de Clyde la detuvo.

—No he dado permiso para que te marches…

La joven se giró hacia él.

—No lo necesito.

—Yo creo que sí, y más si te estoy preguntando algo importante para el clan.

—No sé nada más. Solo dijo eso.

—¿Y crees que sabe que eres mi esposa?

Fiona tragó saliva.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque, en caso de saberlo, corres el mismo peligro que yo.

La joven intentó aparentar calma, pero enseguida desvió su mirada.

—Puede que yo lo dejara caer —murmuró.

Rob dejó escapar una risa lacónica mientras que Clyde le sostuvo la mirada.

—¿Por eso intentó matarte? —preguntó él con demasiada calma.

Fiona estuvo a punto de negar con la cabeza, pues realmente quiso matarla por ser hija de quien era, pero acabó asintiendo.

—Sí.

Al instante, Clyde se giró hacia Rob para decirle:

—Redoblad la vigilancia en los caminos. Si alguien ordenó matarme, seguramente intentará hacerlo de nuevo. Y no solo a mí, también a mi… esposa.

El guerrero la miró fugazmente por encima de su hombro.

—Está bien. Así se hará —le aseguró Rob antes de marcharse y dejarlos solos.

En ese instante, Fiona se sintió incómoda, por lo que se dirigió también a la puerta. No obstante, Clyde la detuvo.

—¿Qué querías?

La joven lo miró sin comprender, por lo que el guerrero esbozó una fugaz sonrisa.

—Has venido hasta aquí sin que te avisara. Por lo tanto, deduzco que venías a buscar algo…

La joven asintió y carraspeó al tiempo que se golpeaba mentalmente por ese despiste.

—Sí, bueno. Me gustaría ir al pueblo para conocer a la gente, y como está cerca supongo que no habrá problema para que vaya…

—Es bastante peligroso teniendo en cuenta lo que hablábamos hace solo unos segundos.

Fiona rodó los ojos.

—No iré sola. Rory vendrá conmigo.

Clyde estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva ante un ataque de risa, que logró controlar ante de que se dibujara la primera sonrisa en sus labios.

—Claro, ese niño será muy buen protector si os atacan. Podrías ponerlo frente a ti para que sea él quien reciba los golpes.

Fiona frunció el ceño.

—No necesito protección.

—No, claro. Me lo demostraste en medio del bosque cuando ese hombre estuvo a punto de matarte.

La joven resopló y apretó los puños.

—Entonces, ¿me vas a tener encerrada de por vida en este castillo?

—No, al menos hasta que atrapemos a ese hombre o descubramos quién está tras de mí.

—¿Y si no lo descubres nunca?

Clyde no pudo evitar relamerse.

—Entonces, te quedarás encerrada —Aunque sabía que era mentira, necesitó decírselo.

Fiona rugió de rabia.

—¡Eres un maldito desgraciado, Campbell! ¡Te odio! —le espetó la joven

antes de girarse hacia la puerta para marcharse de allí, iracunda.

Pero no logró llegar demasiado lejos. Cuando sus manos tocaron la puerta para abrirla, esta se cerró de nuevo con un sonoro portazo. La mano de Clyde fue la responsable de ello tras empujarla.

Fiona se giró hacia él en el momento en el que el guerrero puso la otra mano al otro lado de su cabeza, dejándola encerrada entre sus brazos. La cabeza de Clyde descendió ligeramente y la miró a los ojos profundamente. Este respiraba de forma tan fuerte que Fiona sentía sobre su rostro el aliento del guerrero. La joven intentó apretarse todo lo que pudo contra la puerta para evitar que Clyde la tocara, pero el pecho de este no se apartó y siguió rozándola.

—¿Cómo has dicho?

Fiona tragó saliva.

—He dicho que te odio.

—¿Y antes?

La joven tembló a pesar de que se repetía una y otra vez que lo golpearía si se atrevía a ponerle una mano encima. Sin embargo, respondió con voz serena.

—Que eres un desgraciado.

Clyde ronroneó acercándose más a ella y apretando su cuerpo contra el de la joven.

—Un verdadero desgraciado te haría pagar por llamarlo así.

Fiona lo miró largamente en silencio. No sabía exactamente qué decir ante esas palabras. Por ello, solo habló cuando sintió que la voz regresaba a su garganta.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Clyde sonrió de lado.

—Lo mismo que haría un desgraciado.

El guerrero la cogió del rostro y elevó ligeramente su boca hacia él para tomarla a la fuerza. Al instante, las manos de Fiona se dirigieron hacia el pecho de Clyde para alejarlo, pero apenas pudo moverlo. Ni siquiera pudo conseguir nada al golpearlo con todas sus fuerzas cuando su lengua penetró

en su boca sin su permiso. Y lo peor de todo fue que su garganta la traicionó dejando escapar un pequeño, pero audible, gemido cuando una de las manos de Clyde se deslizó por su cintura y la apretó aún más contra él.

Fiona se vio aprisionada entre el poderoso cuerpo del guerrero y la puerta. Apenas podía moverse, pero lo peor de todo era que a su cuerpo no le importaba en el ese instante. Se descubrió devolviéndole ese beso húmedo. Lo necesitaba. Su cuerpo y su mente clamaban por esos labios que pertenecían a su enemigo.

Clyde la besó, la devoró y absorbió de ella todo lo que la joven estaba dispuesta a darle en ese instante. Sin embargo, cuando sintió que su cuerpo comenzaba a pedir más y había empezado a excitarse, Clyde se apartó de ella, provocando que en el rostro de Fiona se dibujara una expresión de descontento que rápidamente ocultó.

Lamiendo sus propios labios, Clyde la miró de nuevo con su habitual seriedad.

—Espero que no salgas del castillo. No tienes mi permiso.

Fiona necesitó de unos segundos para poder recuperarse y responder. No obstante, su mente estaba en blanco y no encontró las palabras necesarias en ese momento. Por ello, resopló y directamente se marchó de allí antes de hacer nuevamente algo que lo incitara a besarla.

A medida que recorría con prisa el pasillo, la joven se tocó los labios. Estos se habían quedado ligeramente hinchados por el beso. Sus manos y sus piernas temblaban tanto que sentía que estaba a punto de caer rendida al suelo, y lo peor de todo era que su corazón latía tan desbocado porque había disfrutado tanto ese beso que necesitó de toda su fuerza de voluntad para correr de nuevo a los brazos de Clyde. Fiona resopló. Lo odió aún más con todas sus fuerzas. ¿Cómo se atrevía a poner patas arriba sus sentimientos hacia él? Un simple roce fue el que lo había cambiado todo. Y ahora su mente, su cuerpo y su espíritu estaban más alejados que nunca.

Fiona no le habló la noche anterior a Clyde cuando este acudió al dormitorio para acostarse, ya que sentía que no tenía la valentía suficiente como para hacerlo. Ni tampoco la vergüenza.

Por ello, a la mañana siguiente hizo lo mismo que los días anteriores:

fingió dormir para evitar mirarlo a la cara o hablarle.

Cuando estuvo sola, se vistió y peinó rápidamente. Necesitaba correr a la cocina a contarle a Rory que su excursión al pueblo se había cancelado durante días, semanas o meses. Ambos se habían alegrado al pensar en la idea de visitar el pueblo juntos. Ella porque así salía del encierro del castillo y se alejaba un poco de Clyde durante unas horas. Y el niño porque le hacía mucha ilusión enseñarle a su señora los alrededores y darle a conocer todo lo más importante de allí. No obstante, tendrían que esperar durante un tiempo para poder llevarlo a cabo.

Fiona odió aún más a Clyde por mantenerla encerrada. El pueblo estaba a escasos metros del castillo y tan solo tendría que atravesar el pequeño bosque para llegar, así que no había peligro de que un asesino se acercara a ella.

Mientras bajaba las escaleras, la joven no pudo evitar recordar las palabras de ese hombre. Si lo hubiera tenido retenido, le habría gustado hacerle preguntas sobre la muerte de sus padres. Este le dio a entender que las personas que mandaron matarlos aún seguían vivas, por lo que los culpables de su miserable vida aún respiraban. Y eso no podía quitárselo de la cabeza.

Fiona suspiró al tiempo que entraba en las cocinas. Necesitaba apartar el recuerdo de ese hombre, al menos momentáneamente, ya que no quería obsesionarse con eso por ahora. Aún tenía que adaptarse a su nueva vida y, cuando tuviera más libertad, haría lo que fuera para averiguar quién podría haber vendido la vida de sus padres.

—¡Hola, Fiona! —exclamó Rory alegremente.

La joven sonrió. Le había cogido tanto cariño a ese niño en esos días que lo sentía como su única fuente de escape de ese matrimonio no deseado.

—Hola a todos —respondió la joven saludando así al resto de sirvientes que pululaban ya por las cocinas.

Estos le respondieron, pero ella se centró en el niño, que la miraba expectante.

—Lo siento mucho, Rory. No podremos ir al pueblo.

Y al ver la decepción en sus ojos, siguió:

—Al menos por ahora. Seguramente, en unos días podremos ir. No te preocupes.

—¿Y por qué no quiere el laird?

Fiona chasqueó la lengua.

—Bueno, teme que sea peligroso, pero tenemos todo el tiempo del mundo para visitar el pueblo porque no me voy a ir de aquí.

Aunque Fiona le sonrió, el niño siguió mostrando su decepción. Y su madre, Amber, que también estaba atenta a los gestos del niño, le dijo:

—Rory, tienes que entender que con quien hablas es la señora, y ella tiene ciertas obligaciones.

Fiona asintió.

—Sí, pero ¿qué te parece si salimos un rato fuera antes del desayuno? Así me enseñas ese juguete que tenías antes entre las manos…

Al instante, el rostro del niño se iluminó y corrió hacia él para cogerlo.

—Vamos. Hoy el día amenaza lluvia, pero aún no ha caído ni una gota.

La joven asintió y salió con él. No estaba segura de dónde podría estar Clyde, ya que no deseaba encontrárselo, así que le pidió a Rory no ir hacia el patio principal para evitar ver a los guerreros.

—¿Estás enfadada con el laird?

Esa pregunta la pilló por sorpresa. No habían sido muchas las ocasiones en las que habían hablado de Clyde, y Rory siempre mantenía la distancia en ese tema, pero al escuchar que preguntaba de forma tan directa, no supo qué responder. Tardó varios segundos en pensar una respuesta.

—¿Qué te hace pensar eso?

Rory se encogió de hombros.

—No os he visto mucho juntos, pero a veces me cuelo al salón mientras coméis o cenáis y he visto cómo os miráis.

—¿Y crees que estamos enfadados solo con esa mirada?

Rory sonrió pícaramente.

—Sí y no. Soy muy observador. El laird es muy serio, pero sus ojos dicen todo lo que su boca calla. Y… bueno… Te mira de forma extraña. Nunca lo

había visto mirar así a nadie.

Fiona frunció el ceño y se sentó en el brocal de un pozo que había en un lugar ligeramente escondido del resto del patio.

—¿Y eso es algo bueno o malo?

—No lo sé. Mi madre diría que son cosas de mayores…

Fiona necesitó de toda su fuerza de voluntad para no sonrojarse delante del niño, pues, aunque no había dicho nada, había dejado caer mucho.

—¿Y cómo lo miro yo? —no pudo evitar preguntar.

Rory se encogió de hombros.

—Con rabia, pero también con intriga.

Fiona se quedó sin palabras. Estaba segura de que, si seguía preguntando cosas a Rory, este le acabaría diciendo que la había descubierto. Por ello, carraspeó, incómoda, y miró hacia otro lado.

—Bueno, creo que es mejor dejar ese tema…

Rory la miró durante unos segundos, hasta que acabó enseñándole el juguete de sus manos.

—Es un caballo que talló mi padre antes de morir.

Fiona lo cogió entre sus manos y lo admiró unos segundos, asombrada.

—Vaya… Tu padre debía de ser un hombre excepcional con el cincel. Era muy buen tallador.

Rory asintió, orgulloso.

—Sí, es lo único que me queda de él.

Fiona sonrió y le devolvió el caballito.

—¿Qué le pasó?

—Era uno de los guerreros del clan, pero murió en una escaramuza.

—Lo siento.

Rory asintió.

—Me gustaría que estuviera aquí, pero estoy seguro de que nos protege a mi madre y a mí desde donde esté.

Fiona asintió y se levantó del brocal para mirar hacia el pozo. Descubrió

que este tenía una profundidad de unos cuatro metros y estaba completamente seco. Desconocía si lo habían sellado y lo habían olvidado o simplemente se había secado, pero, de todas formas, le parecía un peligro que eso estuviera a las vistas de todo el mundo, incluido niños.

—Oye, Rory, ¿por qué está este pozo así?

—El laird ordenó sellarlo hace unos años porque al parecer le quitaba agua al otro. Echaron piedras…

—Pero sigue siendo un peligro. ¿Por qué no le pusieron una reja o tapa para evitar caídas?

Rory se encogió de hombros.

—No lo sé, pero, de todas formas, casi nadie se mete por aquí porque no hay nada más que esto.

—Ya, pero le pediré a Clyde que lo tape —murmuró más para sí que para el niño.

Y cuando este se acercó a ella, tropezó y cayó al suelo, con tan mala suerte de que el caballito que tenía entre sus manos se le escurrió y cayó al interior del pozo.

—¡No, mi juguete! —lloriqueó el niño cuando se levantó, ayudado por Fiona.

La joven se asomó al pozo y vio el caballito a cuatro metros bajo tierra. Chasqueó la lengua y miró de reojo a Rory, que comenzó a llorar.

—Tranquilo. Lo conseguiré de nuevo.

Rory la miró con ojos llorosos.

—Pero está muy profundo…

Fiona sonrió y puso una mano en su hombro.

—Tu padre te hizo ese caballo y ¿sabes qué es lo que me enseñó el mío? —El niño negó con la cabeza—. Me enseñó a atrapar cosas muy difíciles. Dame unos segundos para encontrar algo con lo que poder cogerlo desde aquí.

Rory asintió y Fiona miró a un lado y a otro. A su alrededor tan solo había maderas con las que calentar el castillo, por lo que recorrió zonas más escondidas hasta que logró ver una ganzúa y una cuerda. Regresó corriendo

junto al niño justo en el momento en el que el cielo comenzó a desatar una tormenta.

—No… Si se llena de agua, el caballito se estropeará…

—Tranquilo, Rory. Mira lo que he encontrado —le enseñó la ganzúa y la cuerda—. Con esto podremos cogerlo sin peligro.

Antes de que la lluvia cayera con más fuerza, Fiona se apoyó en el viejo brocal y ató el gancho a la cuerda. Enseguida, lo lanzó al interior del pozo y, con cuidado, lo llevó hacia el caballo de madera. Este se había quedado de tal manera que podía cogerlo con facilidad con la ganzúa. Con la precisión que su padre le había enseñado para robar objetos desde lo alto de un tejado con un gancho parecido a ese, Fiona logró aferrarlo y, lentamente, lo subió.

A su lado, Rory tenía las manos juntas, como si estuviera rezando, y al ver aparecer su caballito por encima del brocal minutos después, lo agarró con fuerza, llorando de felicidad. Respirando hondo, Fiona lo observó sin moverse. La felicidad que reflejaban los ojos de ese niño la enterneció. Hacía tantos años que ella misma había perdido esa ilusión e inocencia que apenas era capaz de lograr recordar nada de cuando fue feliz de verdad.

Con el corazón encogido, Fiona se movió para levantarse del brocal, pero este cedió en ese momento por lo desgastado que estaba debido al desuso, haciendo que la joven trastabillara y cayera de espaldas al pozo. El grito de júbilo del niño se convirtió en uno de auténtico terror cuando Fiona le dedicó una última mirada mientras caía de espaldas sin poder agarrarse a nada.

Esta gritó cuando su cabeza se dio de lleno con una piedra antes de precipitarse los cuatro metros abajo en el pozo. Fueron apenas unos segundos, pero para Fiona pareció ser una eternidad. Se desolló las manos intentando aferrarse, sin éxito, a alguna piedra sobresaliente, pero el dolor por la brecha que se acababa de hacer hizo que no tuviera la fuerza suficiente, cayendo estrepitosamente sobre las piedras con las que habían tapiado el pozo.

Un intenso dolor laceró su costado y, segundos después, la oscuridad la engulló.

CAPÍTULO 12

Clyde se apartó ligeramente de Mervin cuando este estuvo a punto de lanzarse de nuevo contra él para golpearlo con la espada. Desde que habían comenzado el entrenamiento tenía la mente en otro lugar. El día anterior había besado nuevamente a Fiona y estaba seguro de que no se lo perdonaría jamás. Durante la noche, no había dejado de dar vueltas en la cama, golpeándose mentalmente por haberlo hecho, pero algo extraño que nacía en el centro de su pecho lo había incitado a hacerlo. Y él no había podido resistirse.

Y era precisamente esa desconcentración lo que había hecho que estuvieran a punto de herirlo en varias ocasiones. Había dejado a Fiona en la cama, fingiendo estar dormida, como todos los días, y a pesar de que se había propuesto ignorarla, no podía conseguirlo.

—¿Qué te pasa? Pareces tener la mente en otro lado…

La voz de Mervin lo sacó de sus cavilaciones y suspiró.

—Nada. Es solo que estoy preocupado por un posible nuevo ataque al clan.

Mervin arqueó una ceja y lo miró con media sonrisa en los labios.

—Nuestro clan siempre está en el punto de mira, laird, y nunca te he visto así…

Clyde renegó entre dientes.

—Y tú nunca te has preocupado por dónde tengo mi mente.

—Nunca has estado casado… —replicó con cierta diversión.

—Y a ti nunca te han partido la boca… —amenazó Clyde volviendo a levantar la empuñadura de la espada.

Mervin se carcajeó y plantó los pies en el suelo para aguantar otro ataque de su laird. Pero cuando este estaba a punto de lanzarse contra él, el grito de un niño se elevó por encima del ruido de los entrenamientos, provocando que todos los guerreros bajaran sus espadas al instante y se giraran en dirección al castillo.

Durante un momento, Clyde creyó que se trataba del ataque que tanto temía, pero al ver a Rory correr hacia ellos con el rostro desencajado, supo

que el problema era su esposa. Y su corazón se sobresaltó.

Corrió al encuentro de Rory, que gritaba su nombre.

—¿Qué pasa?

Cuando el niño llegó a él, vio que tenía el rostro lleno de lágrimas y temblaba tanto que apenas podía pronunciar palabra.

—Es la señora. Se ha caído al pozo.

Los ojos de Clyde se abrieron desmesuradamente.

—¿El que tapiamos?

Rory asintió y tiró de la muñeca del guerrero para que fuera con él. Clyde comenzó a caminar hacia adelante, pero antes miró a sus hombres, que entendieron a la perfección lo que quiso decirles, por lo que Rob, Mervin y Fyn corrieron junto a él mientras los demás esperaban órdenes.

En muchas ocasiones, Clyde se había planteado la opción de tapar ese pozo, pero siempre pensó que todo el mundo sabía que estaba ahí y que tendrían cuidado para evitar caerse. No sabía si su esposa había caído sin verlo o fue un accidente, pero lo que sí sabía era que esa caída podía ser mortal.

Lanzando un gruñido de rabia, Clyde siguió a Rory y en el momento en el que llegaron al pozo, descubrió que el brocal había cedido, por lo que supuso que su esposa simplemente se había apoyado y este había caído por el desgaste. Casi con terror, asomó la cabeza y comprobó, horrorizado, que Fiona había perdido el conocimiento.

—Le sangra la cabeza, jefe… —murmuró Fyn a su lado.

Clyde asintió. Fue lo primero que vio al asomarse, pero también la mala postura con la que la joven había caído.

—¿Estará…? —comenzó preguntando Rob.

—Viva… —sentenció Clyde—. Tiene que estarlo, porque cuando despierte pienso arrastrarla a las mazmorras para evitar que me dé problemas.

Su voz sonó tan oscura que ninguno de sus hombres se atrevió a replicar.

—Voy a bajar a por ella. Buscad una cuerda y llamad a dos más para que podáis soportar el peso de ambos.

Clyde se asomó de nuevo al pozo y chasqueó la lengua al ver el pelo rojo de la joven completamente despeinado, casi sobre su rostro, impidiendo que pudiera ver bien la brecha que se había hecho, ya que quería comprobar si se había golpeado en algún lugar peligroso. Sin embargo, varias piedras de alrededor de la cabeza de Fiona se habían manchado de ese líquido rojo, confirmándole que era una herida grave.

—Vamos… vamos… —susurró para sí justo cuando sus hombres aparecieron con ayuda y las cuerdas necesarias—. Me ataré la cuerda a la cintura y me subiréis con cuidado. Cargaré a Fiona para evitar que se dé en las piedras del pozo.

Sus hombres asintieron y, enseguida, Clyde tomó la cuerda para atarla a su cintura. No obstante, para bajar apenas le hizo falta ayuda, ya que comenzó a descender piedra a piedra, intentando poner los pies y las manos en las más sobresalientes y firmes. Y en el momento en el que por fin llegó junto a Fiona, se agachó junto a ella sin quitarse la cuerda.

Con sumo cuidado, el guerrero apartó el pelo rojo de la joven de su rostro y vio que esta se había abierto una brecha en la frente, justo en el inicio del pelo. No era muy grande, pero sí profunda.

—Fiona… —murmuró para intentar despertarla.

Clyde sentía que su corazón latía a demasiada velocidad, como si hubiera recorrido un buen tramo de camino a toda velocidad. Algo dentro de él se había exaltado al saber que la joven estaba en peligro, y ahora que la veía débil, sin responderle y sin poner el grito en el cielo ante su presencia, supo que no estaba bien.

—Vamos, Fiona, despierta.

Pero la joven siguió sin responder. Con el aire contenido en el pecho, Clyde acercó su oído a la nariz de la joven y, muy lentamente, sintió el aliento de esta al salir. Solo en ese momento, logró dejar salir el aire contenido.

—¿Está…?

—¡Viva! —cortó de nuevo a Rob, mirándolo desde la profundidad del pozo.

Clyde tomó con cuidado el rostro de la joven, que gimió de dolor. El guerrero frunció el ceño y acercó entonces sus labios a los de Fiona, pero

sin llegar a besarla.

—Vamos, despierta, duende…

Poco a poco, como si despertara de un sueño demasiado profundo, Clyde vio que su esposa comenzó a moverse. La vio parpadear antes de abrir los ojos con lentitud. Y cuando los abrió por completo y logró enfocar la vista y lo vio, se sobresaltó.

—¡Espera! No te muevas —le pidió Clyde.

Sin embargo, la joven no obedeció e intentó apartarse a pesar del dolor de cabeza que asolaba su sien. Pero en ese momento, su costado también protestó, haciéndola gemir.

—No te muevas, por favor —le pidió Clyde con voz suave.

Fiona levantó sus ojos hacia él y los clavó en los del guerrero, que la miraron con la preocupación aún reflejada en ellos.

—Puedo levantarme sola —dijo la joven con voz ronca y dolorida.

Clyde enarcó una ceja ante esa muestra de orgullo incansable y, de no ser por la sangre que aún manaba de la herida de la joven, la habría dejado allí para comprobar si, efectivamente, no necesitaba ayuda.

—Estás herida, Fiona. Te ayudaré a salir del pozo, pero primero tengo que saber dónde te duele.

La joven estaba tan mareada que no estaba segura de dónde manaba aquella fuente de dolor. No obstante, al intentar moverse, una lacerante punzada en el costado le arrebató el aliento, provocándole una intensa tos.

Fiona sintió sobre sus hombros las manos de Clyde, que intentaba detener sus movimientos. Y, aunque intentó detenerlo, un sollozo escapó de su garganta. Se encontraba tan dolorida y mareada que estaba segura de que iba a morir, pues no había explicación alguna para ese cambio en la actitud seria y gruñona de su esposo, que ahora le hablaba de una forma tan amable que parecía ser otra persona.

—Tranquila, Fiona.

La joven volvió a gemir de dolor, llevándose la mano al costado.

—¿Te duele ahí?

Asintió y, enseguida, las manos de Clyde recorrieron su costado con

delicadeza. Este la movió ligeramente para comprobar si tenía alguna costilla rota. Frunció el ceño al ver que allí donde ponía sus dedos, la joven gemía de dolor, por lo que comprobó que se había golpeado todo el costado al caer.

Renegó entre dientes, lo que hizo que Fiona volviera a mirarlo en medio de esa nube de dolor y le dijera:

—Puedo escalar yo sola el pozo. Vete a tus quehaceres.

Clyde arqueó una ceja nuevamente. ¿De verdad era tan orgullosa que no podía aceptar una ayuda?

—Estás herida y voy a ayudarte.

—No haces más que resoplar y gruñir como un animal —le espetó con dificultad.

—Porque estás herida, maldita sea —rebatió el guerrero.

—Reconoce que, si no estuviera herida, pondrías el grito en el cielo.

Clyde la miró largamente antes de responder.

—Y puedes estar segura de que lo haré cuando te recuperes.

Fiona resopló.

—Pero ahora debo ayudarte. Estás sangrando y te duele el costado. No pareces tener costillas rotas, pero sí te saldrá un gran moratón en unos días por el golpe. Deberás reposar.

—Eso lo haré el día en que me muera.

Clyde gruñó.

—¿No puedes callar y obedecer por un instante? ¿Ni siquiera cuando estás herida?

Fiona clavó su mirada en él. La verdad es que se sentía como si una manada de ciervos la hubiera pisoteado, pero su orgullo le impedía demostrarlo. Deseaba llegar a la cama y descansar el resto del día, incluso la semana, pero no quería que él viera una debilidad en ella de la cual aprovecharse.

—Para ello debería nacer de nuevo y rezar al destino para que no te pusiera en mi camino y me dejaras en el árbol, como hiciste.

Clyde resopló.

—Estoy intentando ayudarte, Fiona, independientemente de nuestra enemistad. Eres una mujer herida ahora mismo; no mi enemiga. ¿Podrías olvidar tú también que soy el hombre que más odias del mundo y pensar que soy alguien que va a sacarte de aquí? Mañana puedes seguir odiándome.

Fiona intentó moverse, pero el dolor de su costado aumentó y los latidos de su frente parecieron aún más fuertes, mareándola.

—Está bien, Campbell. Te daré una oportunidad.

—¡Qué bien! —ironizó el guerrero llevando las manos al costado de la joven para incorporarla.

Intentando evitar los lugares donde más le dolía, Clyde la ayudó a sentarse. El intenso mareo y el dolor provocaron que Fiona apoyara la cabeza sobre las piedras y cerrara los ojos momentáneamente.

—Sé que estás mareada, pero no podemos estar aquí por más tiempo. Temo que estas piedras se muevan por alguna corriente de agua y nos entierren.

Fiona asintió y lo miró con los ojos entrecerrados. Clyde se acercó a ella para hablarle mirándola bien a los ojos. Y en esa cercanía, Fiona dejó de sentir miedo de repente. La seguridad que manaba de Clyde la hizo confiar plenamente en que iban a salir de ahí muy pronto y que sus heridas sanarían en poco tiempo. En sus ojos vio la promesa de salvarla, y fue entonces cuando Fiona se dio cuenta del verdadero peligro que suponía Clyde en su vida. Pero algo en su interior le dijo que ya era tarde.

—Voy a cogerte en brazos —comenzó diciendo Clyde, ajeno a sus pensamientos—. Tengo una cuerda atada en la cintura y mis hombres están esperando para tirar de ella.

—¿Es seguro?

Clyde entornó los ojos.

—¿Confías en mí?

A pesar del dolor, Fiona sonrió fugazmente.

—Mejor no me preguntes eso…

—No esperaba otra respuesta por tu parte.

Ambos se miraron con una sonrisa y Clyde tuvo que obligarse a sí mismo a desviar sus ojos, pues estuvo a punto de quedarse embobado mirándola. Con sumo cuidado, el guerrero pasó las manos por debajo de su cuerpo y la levantó poco a poco. Fiona rodeó su cuello con sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro cuando sintió que se elevaba sobre el suelo.

Clyde miró entonces hacia arriba y descubrió que Rob observaba atento todo lo que pasaba.

—¡Estamos preparados! —gritó Clyde.

En el momento en el que comenzaron a ascender, Fiona sintió que se mareaba aún más. Prefería no pensar en la forma en la que se estaban elevando, pero tras abrir los ojos y ver que Clyde únicamente ponía sus pies en los salientes del pozo y no apoyaba las manos, le dio más vértigo. Las manos del guerrero la aferraban con fuerza y en ningún momento se sintió insegura. Poco a poco, fueron ascendiendo. Desde allí podía escuchar el gruñido de los guerreros al tirar de la cuerda que ataba a Clyde. Fiona se dijo que seguramente este estaría sufriendo mucho dolor, pues la cuerda oprimiría su cintura, aunque este no dio muestras de dolor. Tan solo se veía centrado en poner los pies en las piedras salientes.

Y cuando por fin ascendieron y salieron del pozo, estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio, pero le dolía tanto la cabeza que simplemente se limitó a esconder el rostro en el cuello de Clyde y dejó que este la guiara a través del patio hacia el interior del castillo.

Rápidamente, subieron las escaleras y entraron en su dormitorio, donde algunos guerreros habían ordenado que llevaran lo necesario para curar las heridas de la joven.

—Podéis marcharos —escuchó que decía Clyde.

Segundos después, la puerta se cerró tras la salida de los demás, quedándose completamente solos.

—Puedo curar mis heridas.

—No lo dudo, pero esta vez lo haré yo —aseguró Clyde.

Fiona se sentía tan mareada y dolorida que no tuvo aliento para negarse nuevamente, así que lo dejó hacer. Con los ojos entrecerrados, la joven observó al guerrero moverse de un lado a otro, preparando agua en una pequeña palangana y trapos limpios. Cuando tuvo todo listo, se sentó a su

lado en la cama y la ayudó a desvestirse.

—Esto no es necesario.

—Sí lo es si quieres que tu costado esté bien en unos días y no en semanas…

—Has dicho que no había nada roto.

—Sí, pero se debe aplicar un ungüento para el dolor. Huele mal, pero es efectivo.

Aún desconfiada, Fiona se dejó hacer y cuando tan solo quedaba la camisola, Clyde dudó. Y esa duda fue la que la incitó a quitárselo ella misma. No supo por qué demonios lo hacía, pero una parte de su ser deseaba exponerse ante él para ver su reacción. Desnudarse ante su enemigo no era algo que había pensado, pero ahora que tenía la oportunidad, quería ver cómo reaccionaba Clyde. Era su forma de provocarlo después de que este la hubiera besado sin su permiso en varias ocasiones.

Fiona vio cómo este apartaba la mirada y tan solo la levantó hacia su costado cuando el cuerpo de la joven quedó libre de ropa. Esta protegió sus pechos de su mirada, pero estaba igualmente desnuda, y de no ser porque tenía ese lacerante dolor, lo habría provocado también con su lengua y algún comentario.

Clyde tomó el ungüento que siempre tenían preparado para curar heridas y golpes. Primero lo llevó hacia la brecha de su cabeza para curarla. Esta había dejado de sangrar y mostraba un aspecto feo, por lo que le dedicó primero el tiempo a ella. Cuando intentó vendarle la cabeza, Fiona se negó en rotundo, por lo que le dejó un paño puesto sobre la herida para evitar que el aire pudiera emponzoñarla.

Después extendió el ungüento por el costado de la joven, sintiendo bajo sus dedos la suavidad de su piel. Esto hizo que su ceño se frunciera de golpe. Tocarla completamente desnuda no entraba en sus planes. Ni siquiera se había planteado tocarla de ninguna manera, tan solo para hacerle pagar por lo que él sufrió por su culpa. Pero aquella piel aterciopelada lo estaba provocando. Parecía que, aunque callada, Fiona seguía hostigando para seguir con su guerra. Y solo entonces, Clyde temió perder una batalla entre ellos.

—¿Es grave?

El guerrero levantó la mirada hacia ella y negó con la cabeza.

—Tu expresión dice lo contrario.

—Mi expresión es por otro motivo, muchacha.

Fiona lo observó, intentando adivinar qué pasaba por su mente, pero no logró descubrir nada.

—¿Estás enfadado por lo que ha pasado?

—La verdad es que no esperaba este giro en el día.

—Si ese pozo hubiera estado tapiado desde que lo cerrasteis, no habría caído.

Clyde frunció el ceño aún más.

—¿Me vas a culpar ahora por tu torpeza?

—No ha sido torpeza. El brocal se ha roto cuando intentaba levantarme.

—No debiste apoyarte. El castillo es muy amplio. Podrías haber ido a cualquier otro lugar.

—Me apetecía sentir la brisa en el rostro. Si no puedo salir de la muralla, al menos sí puedo recorrer el patio.

—De momento…

—¿A qué te refieres?

—A que me estoy planteando la opción de prohibirte salir tan solo para evitarme problemas.

Fiona apretó las sábanas con fuerza, incapaz de darse cuenta de que había soltado sus pechos y los había dejado a la vista.

—No te atrevas a encerrarme, Campbell.

Pero Clyde no respondió con rapidez, sino que sus ojos se habían quedado fijos en sus pechos. Había luchado consigo mismo para evitar mirarlos, pero al quedarse estos expuestos no había podido resistirse. Al instante, Fiona volvió a llevar las manos sobre ellos para apartarlos de su vista. Su sonrojo era más que evidente, pero su orgullo le impidió mostrarlo más tiempo del necesario.

—Haré lo que sea necesario para mantener la paz y la seguridad en el

clan.

—¿Y eso implica encerrarme? Prefiero menos seguridad, aunque muera…

—Eso lo decido yo…

—¿A mi hermana también la habrías encerrado?

—Tu hermana no me habría causado tantos problemas.

—Así que haces todo esto porque me odias… —Y sin poder contenerse la lengua, le espetó—: Yo no tengo la culpa de que tu padre fuera un salvaje y te diera aquella paliza por derramarte el vino.

En el instante en el que pronunció la última palabra, Fiona se dio cuenta de su error. Rob se lo había contado y, aunque ella había estado a punto de preguntarle en varias ocasiones, jamás se había atrevido. Pero esta vez su lengua se había soltado sin que ella quisiera y le había contado que lo sabía.

Los ojos de Clyde se entornaron de forma peligrosa, aunque la sorpresa se reflejó en ellos perfectamente. El guerrero dejó caer el trapo sobre las sábanas y se acercó a ella un poco más. Fiona intentó rehuir su mirada, pero Clyde la aferró de la barbilla sin presión para evitar hacerle daño, aunque no firmeza.

—¿Cómo es posible que tú sepas eso?

Fiona intentó soltarse, pero la fuerza de Clyde y el palpitante dolor de cabeza se lo impidieron. El guerrero la obligó a mirarlo a los ojos y ella sintió sobre sus hombros todo el peso de su mirada. En ese instante, no la miraba como laird, ni como esposo, ni siquiera como enemigo. La observaba con ojos de un hombre herido en lo más profundo de su ser y cuyo secreto había sido desvelado. Y eso la desconcertó.

—Dime cómo demonios conoces esa información.

Fiona tragó saliva.

—Entonces ¿es cierto? Te golpeó por haberte derramado el vino…

Los dedos de Clyde se aferraron más a su barbilla, haciéndola gemir de dolor.

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó con voz oscura y peligrosa.

—No voy a decírtelo —afirmó con vehemencia— porque lo castigarás.

—Ha sido Rob, ¿verdad?

La joven hizo todo lo posible para no reflejar la verdad en su rostro.

—No pienso decírtelo, Campbell.

—¿Ahora tienes lealtad a mis hombres?

Fiona se encogió de hombros.

—Supongo que a ese hombre le acabo de devolver un favor.

—Ese mismo hombre debió callarse.

—¿Por qué te golpeó? —preguntó cambiando de tema—. ¿De verdad fue por mí?

Clyde la soltó y se levantó de la cama. Suspiró y, en silencio, se dirigió hacia el balcón. Levantó ambas manos y las apoyó en la jamba del mismo, dejando caer ligeramente la cabeza, como si esta pesara demasiado sobre sus hombros. Durante un largo rato, el guerrero se mantuvo en silencio, sabedor de que los ojos de Fiona seguían fijos sobre su espalda. Lo sentía. De hecho, su piel casi quemaba ante el contacto con aquellos ojos curiosos, pero no era capaz de girarse hacia ella para devolverle ese fuego.

Y cuando Fiona empezó a pensar que Clyde no iba a responder, este carraspeó y se volvió hacia ella.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso para regodearte por haberte dejado sobre el árbol durante horas? ¿Necesitas un motivo para burlarte de mí? ¿Hasta ahí llega tu orgullo?

Fiona arrugó el rostro y torció ligeramente la boca hacia un lado. A pesar del golpe que se había dado estaba muy cuerda en ese momento y jamás habría utilizado una información así para mofarse de él.

—¿Por quién demonios me tomas, Campbell? ¿De verdad crees que estoy esperando una respuesta para reírme de ti? ¿Crees que esa fue la educación que recibí de mi padre?

—La verdad es que no lo sé. Lo único que he visto de ti es tu orgullo y tu odio. Nada más.

Fiona arrugó aún más el rostro. Tenía razón. Era tal la coraza que había levantado a su alrededor desde hacía años que jamás había mostrado un ápice de su verdadero yo a nadie. Y menos a él.

—Pues déjame decirte que mi padre me educó con valores y me enseñó muchas cosas que un padre no suele enseñar a una hija —Fiona intentó no entrar en detalles para evitar decir algo más de la cuenta y revelar su verdadera identidad—. Y no. No deseo saber la verdad para burlarme de ti, sino para quitarme el peso que tengo en el pecho desde que lo sé. Me siento culpable. Jamás derramé el vino sobre ti para que tu padre te propinara una paliza, sino para hacerte pagar, a mi manera, por haberme dejado en el árbol. Era muy pequeña y era la única forma que encontré de hacer que te bajaran los aires de autosuficiencia.

Fiona se tapó con las sábanas, sin expectativas de escuchar la verdad del guerrero. Por ello, cuando Clyde comenzó a hablar, no pudo evitar mostrar sorpresa.

—Sí, lo hizo. Pero no fue la única. Esa misma mañana me golpeó por negarme al matrimonio con tu hermana. No lo deseaba y se lo hice saber cuando viajábamos a tus tierras. Pero no fue tan fuerte como después de esa cena.

Clyde se apoyó contra la jamba de la ventana y carraspeó para quitar de su garganta el punzante dolor por tantas cosas guardadas para sí.

—Cuando te fuiste del salón, esperé unos segundos para pedir permiso y retirarme. Estaba agotado e iracundo por lo sucedido y por eso fui en tu busca. Después de estar contigo en la torre, regresé al dormitorio para descansar, pero mi padre me estaba esperando. Comenzó a golpearme como si de un saco de pienso se tratara, gritándome que debí haberte golpeado para enseñarte modales.

Fiona sintió su propio nudo en la garganta.

—¿Me habrías golpeado después de eso?

—¿Acaso lo he hecho ahora?

La joven negó con la cabeza.

—Tu padre te enseñó modales y valores, y aunque el mío no lo hizo, yo ya nací con los míos —murmuró.

Clyde la miró durante unos segundos para comprobar cómo habían calado sus palabras. Y al ver que la joven tenía los ojos llenos de lágrimas, desvió la mirada.

—¿Me has culpado alguna vez de lo que pasó?

Clyde tragó saliva y volvió sus ojos hacia ella.

—Siempre. Por culpa de esa paliza, cambié. Mi padre buscaba un hijo más deshumanizado, tosco y amargado como él. Y después de eso lo consiguió.

A pesar de que Fiona intentó tragarse las lágrimas por la culpa que sintió, no pudo evitar que varias de ellas rodaran por sus mejillas, las cuales limpió rápidamente, haciendo que bajo la barba de Clyde pareciera asomar una fugaz sonrisa por esa muestra de orgullo.

—Supongo que es normal que sientas odio por la persona que te hizo cambiar, pero tu padre ya no está. No tienes por qué ser el hombre que él deseaba.

—Ahora es tarde.

—Entonces, vas a seguir odiándome por lo que pasó.

—Tú también me odias por haberte dejado sola en el árbol —replicó—. Es lo más justo.

Fiona boqueó varias veces sin llegar a emitir sonido alguno. Y cuando por fin se atrevió a hacerlo, Clyde ya había dejado su puesto y se acercaba a la puerta.

—Descansa. Yo tengo cosas que hacer. Si necesitas algo, grita y te escucharemos.

Sin darle tiempo a responder, Clyde abandonó el dormitorio, dejándola sola y pensativa. Acababa de descubrir un pequeño resquicio en el alma de Clyde. Él mismo la había dejado meterse para descubrir la verdad. Y ahora que conocía la historia, no sabía cómo actuar. Llevaba tantos años odiándolo que le parecía imposible no hacerlo más. Pero, por otro lado, tenía la impresión de que era un comportamiento infantil por su parte odiarlo solo por haberla dejado en el árbol. No debió hacerlo, por supuesto, pero sabía que su padre pondría el grito en el cielo si seguía comportándose así con él.

La joven resopló y apoyó la cabeza sobre la almohada. Necesitaba descansar un poco antes de seguir pensando en la vida en ese lugar a partir de ahora. Tenía la impresión de que había caído una gran barrera entre ellos,

pero temía dejar el orgullo a un lado y que Clyde se aprovechara de ello para hacerle daño.

La joven llevó las manos al rostro, evitando la herida de su frente. ¿Por qué demonios tenía que ser todo tan complicado? Era más fácil cuando no sabía la verdad y se limitaba a odiarlo. Pero ahora… ahora estaba todo patas arriba.

CAPÍTULO 13

Cinco días después de su incidente en el pozo, Fiona estaba casi recuperada. La cabeza había dejado de dolerle y su costado había mejorado muchísimo gracias al ungüento de Clyde; ungüento que él no había vuelto a ponerle, sino una sirvienta. De hecho, ni siquiera había vuelto a verlo después de su conversación sobre lo que había hecho Macauley con su hijo años atrás. Incluso no había recibido visita alguna que no fuera la de los sirvientes. Rory tampoco se había pasado por allí, algo que le hizo sospechar sobre la posible prohibición de visitas, y la hizo enfurecer.

Tras preguntarle a la sirvienta, esta le había confirmado que el laird había decidido dormir en otro dormitorio mientras ella se recuperaba, por lo que ni siquiera se había pasado por allí para recoger su ropa, ya que había enviado a alguien para que lo hiciera por él. Tampoco se había acercado al dormitorio para preguntar por ella, pero la sirvienta que siempre la visitaba le aseguró que le había preguntado infinidad de veces. No obstante, Fiona no se lo creyó.

Estaba segura de que Clyde estaba enfadado con ella por haber sacado a la luz una parte de su vida que prefería tener a oscuras y escondida. Y ahora la estaba castigando con indiferencia. No le había dado tiempo a responder, ni siquiera parecía habérselo planteado, algo que hacía que Fiona se sintiera aún peor por esa conversación. Por ello, ahora que habían pasado cinco días desde su accidente, Fiona necesitaba salir de allí cuanto antes para hablar con él o acabaría por perder el juicio.

Moviéndose lentamente, y comprobando que su costado apenas protestaba, se levantó de la cama y se vistió. Cogió uno de sus vestidos más cómodos y se dejó el pelo suelo, ya que, si intentaba levantar los brazos para recogérselo, el costado protestaba con dolor.

Nerviosa por salir de allí después de cinco días, Fiona se miró al espejo durante unos segundos. Iba a enfrentarse al mundo nuevamente y ahora que todo parecía haber cambiado con Clyde, se sentía realmente extraña. No sabía cómo debía comportarse cuando se cruzara con él, ni siquiera sabía qué iba a decirle, pero tenía la necesidad de hablar con él para aclarar las cosas y ver si había cambiado algo en él o tal vez la seguía odiando por lo sucedido años atrás.

Respirando hondo para calmarse, Fiona abandonó el dormitorio y bajó las escaleras lentamente. Arrugó el rostro al recordar cómo había quedado la brecha, aunque agradeció mentalmente por que esta se hubiera abierto justo en el nacimiento del cabello, ya que así no se vería tanto.

—Me alegra ver que la torpeza no está reñida con la vida… —dijo una voz cerca de ella cuando cruzó por delante de la puerta de salida del castillo.

La joven se giró hacia la jamba de la misma y vio una silueta apoyada. Debido a la luz que entraba, no pudo verlo con claridad, por lo que se acercó un poco más y descubrió que se trataba de Rob. Este la miraba de brazos cruzados y media sonrisa en los labios. Para su sorpresa, el guerrero tenía un ojo morado y el labio inferior partido.

—Me alegra ver que no soy la única torpe… —respondió la joven señalando sus heridas.

Rob dejó escapar una risa y se encogió de hombros.

—No ha sido torpeza, sino diferencias de opiniones con Clyde.

Fiona entrecerró los ojos.

—¿Es por la conversación que tuve con él después de que me sacara del pozo?

Rob ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Solo diré que después de que me partiera el labio estuve a punto de lanzarte yo mismo al pozo por hablar demasiado… Sin embargo, debo agradecer tu lealtad.

Fiona suspiró.

—No quería que pasara eso. Se me escapó.

—Ya te voy conociendo, muchacha, y veo que tu torpeza también se extiende a tu lengua.

—No soy tan torpe —dijo ligeramente enfadada.

Rob le sonrió y señaló el pasillo vacío.

—¿Lo buscas a él?

—Sí, pero, ya que estás aquí, te quiero preguntar por cómo ha estado estos días.

El guerrero le sostuvo la mirada unos instantes.

—Más cabreado que nunca. De hecho, algunos compañeros aún se quejan de dolor en alguna parte de su cuerpo. Nos ha machacado en los entrenamientos.

La joven tragó saliva.

—Vaya. Lo siento.

—No debiste dejar que tu hermana escapara…

—No lo hice —lo cortó.

—… al menos así nuestra vida sería más fácil —terminó—. Si lo buscas, está en su despacho. Y, por cierto, intenta no enfurecerlo más.

La joven sintió sobre sus hombros una presión añadida. No quería que los demás sufrieran por su culpa. No obstante, no pensaba hablar con él de temas que pudieran enfurecerlo, sino que solo quería devolverle el favor que le hizo al abrirse con ella.

Fiona se despidió de Rob, que siguió observando sus pasos hasta que se perdió en la siguiente esquina. En el momento en el que se sintió libre de miradas, la joven respiró hondo nuevamente y al llegar a la puerta del despacho de Clyde, paró y llamó. Tras escuchar la voz del guerrero al otro lado y notarla ligeramente tensa y enfadada, la joven estuvo a punto de marcharse de allí, pero no podía venirse abajo ante él. Por ello, abrió la puerta y entró.

Clyde levantó la mirada y arrugó la frente al verla, algo que hizo que Fiona estuviera a punto de irse. Sin embargo, se animó a caminar hacia adelante para acercarse a él.

—¿Por qué no estás en la cama descansando?

—He descansado lo suficiente para cinco vidas más. Si sigo allí, perderé la razón.

—La herida de tu frente sigue tierna.

—¿Ahora te preocupas por mí después de cinco días sin aparecer? —no pudo evitar espetarle.

—He preguntado por ti.

—Nadie mejor que yo puede decirte cómo me siento. Y estoy bien.

Ambos se sostuvieron la mirada como enemigos, hasta que Fiona se cansó y suspiró largamente. Se llevó las manos al rostro y se frotó los ojos, cansada de vivir en una continua guerra. Necesitaba volver a tener tranquilidad y descargar el peso que tenía sobre ella desde que era tan solo una niña.

—No he venido aquí a discutir, pero no puedo evitar preguntarte por las heridas de Rob.

—¿Qué pasa con él?

—Lo has golpeado.

—Por hablar de más…

—Como hacía tu padre contigo…

Clyde dio una fuerte palmada sobre la mesa y se levantó de la silla, haciendo que Fiona diera un paso atrás. Solo quería hacerle ver que él no era su padre, que este lo había convertido en alguien como él. A pesar de todo, sentía que debía ayudarlo a salir de ahí y traer al verdadero Clyde de vuelta, pues fue por ella por quien cambió.

—No te atrevas a compararme con mi padre —la amenazó rodeando la mesa y acercándose peligrosamente a la joven.

Por primera vez desde que lo conocía, Fiona sintió verdadero miedo a ser el foco de su ira y que sobre ella también descargara sus puños. Y Clyde, al ver el terror reflejado en sus ojos, frenó sus pies y la miró mientras esta se apoyaba contra la pared más cercana, intentando escapar de él. El guerrero frunció el ceño y apretó los puños.

—Yo no soy él.

—No actúes como él —murmuró.

—Soy un guerrero y el laird de mi clan. Debo ser inflexible con ciertas cosas.

—Eso es lo que llevó a mi pa… tío a alejarse de mi padre —se corrigió cuando estuvo a punto de desvelar la verdad de su identidad—. Mi tío no estaba de acuerdo con tantas reglas y normas. Y cuando fue expulsado, se alejó de todos.

—¿Te refieres a tu tío Travis Cameron, el ladrón?

Fiona tragó saliva. No estaba segura de haber hablado de más en ese momento, por lo que intentó disimular.

—Sí. Él no quería actuar como mi padre, quería ser libre para ser él.

—Pareces admirarlo mucho.

—Sí, bueno, apenas lo conocí y nunca hemos hablado de él. Tan solo tu comportamiento me lo ha recordado.

Clyde se mostró incómodo ante esas palabras. Siempre lo habían comparado con su padre, diciendo que se parecían mucho, pero jamás le había importado. Hasta ahora que lo había escuchado de boca de Fiona. ¿Por qué demonios tenía que importarle tanto lo que la joven pensara de él? Dio un paso atrás para alejarse más de ella.

—No quiero que sientas miedo de mí —murmuró más para sí que para ella.

No obstante, Fiona pudo escucharlo.

—No seas un bruto.

—Pero tú y yo estamos en guerra.

—Tal vez es hora de cambiar y comportarnos como personas adultas que olvidan los problemas de hace años.

Clyde clavó la mirada en ella.

—Entonces, ¿ya no me odias por dejarte en el árbol?

—Creo que la palabra odio ya no es la que tengo en mi mente. Y tú, ¿me sigues odiando por haber provocado a tu padre?

Clyde suspiró largamente.

—Si te hubiera odiado, te habría dejado morir en el pozo.

Ambos se miraron durante un tiempo en silencio. Cada uno, metido en sus pensamientos sobre lo que acababan de escuchar. Sin darse cuenta, habían firmado la paz entre ellos y ahora no sabían cómo actuar el uno frente al otro. Hasta que Fiona sonrió tímidamente.

—¿Se supone que debemos darnos la mano para sellar la paz o fingimos que no ha pasado nada?

El guerrero le devolvió el gesto de forma fugaz.

—Yo prefiero hacer otra cosa…

Este pasó la lengua por su labio inferior antes de acortar la distancia con ella y besarla. Sus manos fueron directamente a la cintura de Fiona y la atrajo hacia sí con cierta suavidad. No quería asustarla de nuevo, así que la besó con lentitud y delicadeza, disfrutando de cada milímetro de sus labios. Los saboreó, los chupó y besó con firmeza, deseando tener libertad suficiente para explorar más. Aquella le pareció la mejor forma de sellar la paz con ella, aunque ninguno de ellos supiera cómo comportarse después de eso.

Sin darse cuenta, habían destruido el muro más alto que había entre ellos, provocando que la maraña de sentimientos que habían tenido desde que se habían convertido en marido y mujer se desbocara, recorriendo sus cuerpos. Ambos sintieron ese beso como algo mágico que asoló sus vientres, provocando un intenso calor que estuvo a punto de llevarlos por una vorágine de la que no saldrían con facilidad.

Clyde sintió que su miembro palpitaba bajo su ropa, reclamando el cuerpo de Fiona como suyo, deseando tocarla allí donde no la había tocado nadie, haciéndola gritar de placer, gemir… Quería escuchar su nombre entre los labios de la joven mientras alcanzaba el clímax, pero cuando las manos de la joven perdieron el norte y comenzó a acariciarlo y a devolverle el beso con la misma intensidad, Clyde se dijo que era mejor parar antes de que se arrepintieran de algo.

El guerrero se separó de la joven y se alejó de ella para acercarse a la ventana y apoyarse contra la jamba. Tenía la impresión de que, por primera vez en su vida, estaba perdiendo la razón y no actuaba con la serenidad que lo caracterizaba.

—Lo siento —escuchó que decía Fiona a su espalda—. Si he hecho algo mal…

—No… He sido yo. No he debido besarte. Que hayamos firmado la paz no quiere decir que ahora pasemos a ser amigos y, mucho menos, un matrimonio normal.

No supo por qué, pero Fiona sintió que esas palabras atravesaron su pecho como si de un puñal se tratara. Dio un paso atrás y se retorció las manos. Había olvidado por completo el motivo que la había llevado allí, sobre todo, cuando los labios de Clyde habían vuelto a besarla.

Se golpeó mentalmente por haberse dejado llevar y, en ese instante, se dijo que tenía que actuar pronto y marcharse de allí.

—Por supuesto… —respondió—. Sigo pensando que este matrimonio es una gran equivocación.

Fiona vio cómo sus hombros se tensaban, pero siguió sin mirarla. Por eso, tomó aire para hablar.

—Yo… había venido para contarte una cosa.

Clyde dejó su posición junto a la jamba y la miró a los ojos. Fiona no supo qué sentir al ver tantos sentimientos encontrados en aquellos ojos azules. Tuvo la impresión de que Clyde no había sanado sus vivencias junto a su padre, pero no estaba segura de poder hacer algo para ayudarlo.

—Dime.

—El otro día me contaste lo que había pasado con tu padre. Te abriste y creo que es justo que yo también te cuente algo.

Clyde asintió, esperando que siguiera hablando. La vio retorcerse las manos, nerviosa, hasta que comenzó a hablar.

—Cuando veníamos hacia el castillo y nos atacaron en el bosque… Me escondí bajo la carreta y, bueno, ya sabes que salí de ahí.

Clyde hizo una leve inclinación de cabeza.

—Te mentí. Fyn tenía razón. Salí de ahí para intentar salvarte. Así que cuando vi que ese hombre estaba apuntándote con el arco, cogí una piedra y se la lancé. El golpe desvió la flecha y te salvaste. Por eso, me siguió e intentó matarme.

Clyde tragó saliva visiblemente y se mantuvo en silencio mientras procesaba sus palabras.

—¿Por qué lo hiciste? Jurabas odiarme. Me sorprende que intentaras salvarme.

Fiona desvió su mirada hacia el suelo, por lo que Clyde se acercó a ella y tomó su barbilla con sus dedos y la obligó a levantar la cabeza.

—Tú me habías protegido con tu cuerpo minutos antes y sentía que tenía que devolverte ese favor.

—Pero sabías que él iba a ir a por ti…

Fiona se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo pensé. Solo actué. Y también pensaba que podría correr más deprisa que él para poder escapar.

—Entonces, si eso es cierto, ¿por qué rebatiste a Fyn? Él te vio.

—Porque no quería reconocer que había dejado a un lado nuestra guerra para intentar salvarte.

—Supongo que el orgullo es una de las peores enfermedades que podemos tener en el alma. Pero te entiendo.

Clyde bajó los dedos y dio un paso atrás. De repente, Fiona sintió frío allí donde el guerrero la había tocado, pero intentó que sus ojos no mostraran desilusión.

—No puedo culparte cuando yo mismo tengo un orgullo que sobrepasa mis propios límites.

—Entonces espero que a partir de ahora podamos vivir en paz.

Clyde asintió.

—Mañana tengo que ir al pueblo a la herrería. Si lo deseas y te encuentras bien, puedes venir.

Los ojos de Fiona se iluminaron por la ilusión al saber que podría salir del castillo por fin, después de más de diez días sin ver más allá de la muralla. Y, sin poder evitar la emoción, se lanzó a los brazos de Clyde al tiempo que asentía. Lo apretó con fuerza hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo, momento en el que se separó de él con incomodidad y fingió colocar su ropa para que la vergüenza no fuera tan evidente.

—Lo siento. Claro que sí deseo ir. Estoy harta de encierro.

La joven lo miró a los ojos, aún sonrojada, y lo vio mirarla de forma extraña. No lo hacía con su habitual seriedad, sino con un sentimiento más profundo, aunque demasiado escondido como para descubrir de qué se trataba.

—De acuerdo. Mañana a primera hora saldremos hacia allí. Además, pasado mañana tengo que ir con mis hombres a la frontera para comprar unas cabezas de ganado. Nos llevará un día y pasaremos la noche fuera del castillo. Si… si lo deseas, también puedes venir, así conocerás más a fondo las tierras.

Fiona hizo todo lo que pudo para contener su ilusión. Llevaba tantos años sirviendo a su tío que apenas había podido viajar fuera de los muros de su castillo, por lo que ahora que se le presentaba la oportunidad de viajar, lo haría.

—Por supuesto. Te dejo solo para que sigas con tu trabajo. No quiero molestarte.

Clyde se relamió los labios mientras la miraba.

—No molestas, Fiona.

La joven se puso nerviosa al escuchar su nombre entre sus labios. Lo había pronunciado de tal manera que pareció un suspiro, aunque también un ronroneo cargado de una amenaza que no logró entender.

Fiona tragó saliva y se dirigió hacia la puerta, pero cuando tenía el pomo entre sus manos, recordó algo que le había dicho Rory hacía días.

—Por cierto, el hijo de la cocinera me comentó que hacíais una fiesta en el pueblo en honor al día de tu llegada a la jefatura del clan. ¿Cuándo es?

Clyde torció la cabeza.

—La he cancelado por tu caída. No sabíamos cuándo mejorarías, así que este año no se hará.

Fiona frunció el ceño.

—Pero ¿por qué no se traslada a otro día?

Clyde se encogió de hombros.

—La verdad es que tampoco es una fecha que me gusta recordar o celebrar.

—Pero, por lo que entendí, la gente se reúne en el pueblo y es una fiesta que la disfrutan mucho. Se podría hacer otro día, más que nada porque seguramente el pueblo tenía planes para ese día.

Clyde dudó un instante.

—No creo que se haga este año… —insistió.

Fiona entendió su indirecta, por lo que se marchó del despacho para buscar a Rory y hablar con él. Desde que había caído al pozo no había vuelto a verlo y quería saber cómo se encontraba.

Aquella última pregunta a Clyde le había dejado un amargo sabor de

boca, pues vio que no quería insistencia por su parte para hacer la fiesta, así que se sintió incómoda por ese momento. Sin embargo, se obligó a poner su atención en otra cosa que no fuera Clyde y recorrió los pasillos del castillo en busca de las cocinas.

Se cruzó con varios sirvientes, que la saludaron con alegría al verla recuperada, y cuando llegó a las cocinas y abrió la puerta, se encontró únicamente con Amber, que ya estaba enfrascada en la comida del mediodía.

—Hola, mi señora.

Fiona le dedicó una sonrisa.

—Amber, te he dicho mil veces que me llames por mi nombre.

La mujer dudó un instante, y se acercó lentamente a ella.

—Ya, pero después de lo sucedido en el pozo creo que lo mejor es que sigamos los preceptos que hemos tenido siempre con los señores. Creo que mi hijo se ha pasado con usted y ha tomado demasiada confianza. Al enterarme de que usted se había caído después de recuperar su caballo de juguete le pedí a mis padres que se lo llevaran al pueblo.

Fiona frunció el ceño.

—Pero no es para tanto, Amber.

La sirvienta carraspeó.

—Usted es la señora y Rory es el hijo de una sirvienta. Hay límites entre ambos que no se pueden cruzar. Y la amistad es uno de ellos.

Fiona sintió una punzada de dolor en el pecho.

—Mi señora —Amber se acercó a ella—, si el laird hubiera querido, habría castigado a mi hijo por ser responsable de su caída. Hemos tenido suerte, pero no puede ocurrir más. Por eso, le pedí a Rory que se alejara un tiempo del castillo. No quiero problemas, pues el dinero nos hace falta desde que mi marido murió.

Fiona asintió.

—Te entiendo, Amber. Lo que menos deseo es meteros en un aprieto por mi culpa. La verdad es que soy demasiado patosa y seguramente acabaría por meteros en un problema en algún momento.

—Lo siento, mi señora. Rory se marchó llorando y no le permití despedirse. Quiso que le transmitiera su cariño cuando se recuperara.

Fiona sintió un nudo en su garganta.

—Devuélvele ese cariño cuando lo veas.

Amber sonrió y asintió.

—Lo haré.

Fiona le dedicó una última sonrisa antes de salir de allí sin nada más que hacer, tan solo dar vueltas al castillo para buscar algo con lo que poder entretenerse. Había pasado tantos años haciendo deberes de sirvienta que ahora no sabía qué hacer. Sentía que el papel de esposa del laird le quedaba grande. Sin lugar a dudas, su prima habría estado más preparada para ello, pero habría muerto en cuanto se hubiera quedado a solas con Clyde, ya que siempre habría recordado a su verdadero amor.

Suspiró largamente mientras deshacía el camino hacia la salida del castillo. Quería que le diera un poco el aire y que así pasaran las horas rápido hasta que llegara el día siguiente y poder salir de allí. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a la puerta de salida, vio a Mervin y Rob intentando abrir un enorme arcón que no había visto antes.

—Lo vas a romper, maldita sea —se quejó Rob.

—¿Y tú no con tus manos de leñador salvaje?

Rob resopló e intentó abrirlo de nuevo, sin éxito.

—¿A quién demonios se le ocurre enviar algo así sin la llave para poder abrirlo?

Fiona se acercó más a ellos. Ahora que había aclarado las cosas con Clyde veía con otros ojos a sus guerreros. Reconoció que los había juzgado mal y que, desde que se habían cruzado en su camino, siempre la habían tratado con respeto, aunque sin olvidar sus desencuentros.

—En cuanto se lo entreguemos a Clyde, podremos romperlo con un hacha —sugirió Mervin.

—No hace falta romperlo —intervino Fiona, sorprendiéndolos—. Es muy grande y podría servirnos para guardar cosas.

Tan enfrascados habían estado en su conversación que no se habían dado

cuenta de la presencia de la joven.

—¿Qué es? —preguntó con interés.

Ambos guerreros se miraron entre ellos, sorprendidos por la amabilidad de la joven, que puso los brazos en jarras.

—Es un regalo que ha llegado del clan MacAllister. Se han enterado de la boda y han enviado este presente, pero no podemos abrirlo.

Rob resopló y rodó los ojos, poniéndolos en blanco.

—No lo podemos abrir de momento, pero lograremos —replicó.

Mervin lo miró con mala cara, sabedor de que era imposible abrirlo sin romperlo.

—Esos MacAllister son muy amables. ¿Puedo ver lo que hay dentro?

Rob arrugó la frente.

—¿No has escuchado que no podemos abrirlo, muchacha?

Fiona sonrió ampliamente y sacó una horquilla de su vestido. Siempre le gustaba llevar una por lo que pudiera pasar, como cuando su tío la encerró en las mazmorras y tenía que escapar.

La joven se acercó a ellos y apartó a Rob, que era quien le obstaculizaba el paso y se arrodilló junto al baúl. Primero lo admiró. Este estaba tallado y dibujaba una hermosa escena campestre que había sido pincelada para darle más realismo. Tras comprobar la belleza de ese baúl, Fiona bajó la mirada hacia el cerrojo. Lo tocó suavemente y sonrió aún más al comprobar que era fácil de abrir.

—Ya ves que no se puede sin una llave… —refunfuñó Rob a su espalda.

Fiona giró la cabeza y lo miró desde abajo. Enarcó una ceja y murmuró:

—Hombre de poca fe…

Al instante, llevó la horquilla a la cerradura. La metió casi en su totalidad y comenzó a moverla en círculos. Después, cuando localizó el pestillo en su interior, la colocó suavemente y giró lento para evitar que este se soltara. Cuando escuchó el sonido que indicó que se había abierto, dejó escapar una exclamación de victoria y retiró la horquilla. Se puso de pie y miró a Rob a los ojos.

—Prueba ahora…

Con el ceño fruncido, Rob alargó una mano y abrió por completo la tapa del baúl, quedándose perplejo ante eso.

—Pero ¿cómo demonios has hecho eso, muchacha? —preguntó Mervin, asombrado.

Fiona se encogió de hombros.

—No voy a desvelaros mi secreto… Al menos ahora no tendréis problemas cuando se lo llevéis a Clyde.

Y mirando el interior del baúl, dijo:

—Por cierto, muy bonitos esos mantos…

La joven le dio una palmada en el hombro a Rob, que seguía paralizado por la sorpresa, y salió del castillo con una sonrisa. Tenía la impresión de que se estaba haciendo un hueco en ese lugar. Y tal vez un día, no muy lejano, pudiera llamarlo hogar.

CAPÍTULO 14

Se había levantado nerviosa. Clyde le dijo que podría acompañarlo al pueblo ese día y apenas había podido dormir pensando en que por fin iba a salir de allí y vería lugares nuevos. No podía soportar estar mano sobre mano y la idea de coser, bordar o cualquier actividad parecida no era algo que atrajera su atención.

Así que se vistió a conciencia, poniéndose uno de sus vestidos más cómodos, pero arreglado. Se hizo una trenza en el pelo para evitar que los mechones la molestaran con el viento levantado ese día y, cuando estuvo lista, cogió su capa y salió.

Bajó las escaleras casi de dos en dos y voló hacia la puerta de salida. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar a esta, disminuyó la velocidad de sus pasos para evitar que los demás vieran su ansiedad. Caminó lentamente y salió al exterior. En el patio había ya mucha actividad. Algunos de los guerreros habían comenzado ya sus entrenamientos; otros aún se encontraban haciendo guardia en la muralla, mientras que los sirvientes ya preparaban sus quehaceres tanto en las caballerizas como en los montones de leña que preparar para calentar el interior de la fortaleza.

Fiona fijó su mirada en Clyde, que terminaba de preparar las monturas para los dos caballos que iban a usar para llegar al pueblo. Este se encontraba charlando con Rob, quien levantó la mirada hacia ella y volvió a observarla de forma extraña, como el día anterior cuando abrió el baúl que habían enviado los MacAllister.

—Tenía pensado daros los buenos días, pero teniendo en cuenta cómo me miras, te diré que, si tienes algo que preguntar, lo hagas ahora —le dijo directamente a Rob.

Este frunció el ceño y le respondió:

—Ya te pregunté y no quisiste responder.

—Es que hay cosas que no se pueden contar. Mi padre me enseñó ciertos trucos para la vida.

Clyde la miró de reojo.

—¿Tu padre te enseñó a abrir cerraduras imposibles? Curiosa forma la de un laird para educar a una hija.

Fiona sintió que se le secaba la garganta. No había medido sus palabras y sabía que podía poner en un aprieto a su tío o bien los Campbell podrían deducir que ella no era hija del laird, sino de su hermano ladrón. Por ello, se limitó a sonreír y se encogió de hombros.

—Me pasaba gran parte del día en las cocinas. Siempre había algo que no podía abrirse, así que me enseñaron esos trucos.

Ni siquiera Fiona pudo creer la facilidad con la que había dejado escapar esa mentira. Sin embargo, le había salido tan natural que los guerreros la creyeron. Y cuando ambos apartaron la mirada para terminar de colocar las monturas, Fiona dejó de sonreír y se sintió mal por tener que mentir sobre su vida.

—Esto ya está —La voz de Clyde la sacó de su ensimismamiento—. Estaremos de vuelta en algo más de una hora.

Fiona asintió.

—De acuerdo.

Ambos montaron sobre los caballos y se dirigieron hacia el portón, que abrieron enseguida para que salieran. Cuando por fin se alejaron del castillo, la joven no pudo evitar sonreír. Elevó la cabeza hacia el cielo y cerró los ojos unos instantes, sintiendo el viento sobre la cara, ignorando que Clyde tenía la mirada puesta sobre ella.

El guerrero se había levantado ligeramente nervioso. Pasar con ella un tiempo a solas lo exaltaba. No estaba seguro de poder conducir una conversación, ni siquiera sabía de qué podría hablar con ella. Pero en ese momento, no le importaron las palabras que pudieran decir, sino lo que la joven trasmitía con aquella sonrisa. A pesar de que el día se había levantado con viento y amenazaba lluvia, tenía la impresión de que esa sonrisa era capaz de opacar al resto de mundo.

Sabiendo que la joven no lo veía, Clyde se detuvo a observarla durante un largo rato. Desde que el día anterior le había confesado que se había puesto en peligro para salvarlo, algo en su interior parecía haber cambiado. El odio y su deseo de venganza, que llevaban años en su pecho, parecían haber desaparecido de golpe, como si nunca hubieran existido. Ahora la veía de una manera diferente, de la misma forma que algo en su interior deseaba verla desde que se cruzó con él cuando llegó al castillo del clan Cameron.

Jamás habría imaginado que aquel duende pelirrojo que parecía más un demonio iba a convertirse en la mujer más hermosa que había visto jamás. Y ahora que la venganza no formaba parte de sus planes, temía que ese sentimiento pululara por su interior y cogiera fuerza para arrebatarle el aliento.

Frunciendo el ceño, Clyde volvió a mirar hacia el frente. Hacía unos minutos que habían cruzado los primeros árboles del bosque y ya estaban fuera de miradas indiscretas, así que carraspeó para intentar que sus pensamientos no tomaran un camino por el que no deseaba ir jamás.

—La verdad es que yo también siento curiosidad sobre cómo conseguiste abrir ese maldito arcón…

Fiona, que aún seguía inmersa en sus propios pensamientos y disfrutaba del viento sobre la cara, bajó la cabeza y lo miró, borrando su sonrisa. Ese simple gesto hizo que Clyde arrugara la frente inconscientemente, por lo que la joven se confundió al pensar que era por lo que le preguntaba.

—¿Te molesta que sepa abrir cerraduras?

—¡No! Es simple curiosidad.

Fiona sonrió y recordó la infinidad de veces en las que su padre le dio consejos para saber abrir cerraduras que él mismo había forzado para robar documentos importantes o dinero para repartir entre los más necesitados.

—Como ya le he dicho a Rob, fue mi padre quien me enseñó —dijo con cuidado para evitar hablar sobre cosas que no debía—. Y la verdad es que es un conocimiento que me ha ayudado en varias ocasiones.

—Como aquel día en las mazmorras, ¿verdad? Fue gracias a eso por lo que pudiste escapar.

Fiona lanzó una carcajada que pareció iluminar el bosque a su alrededor. Obligándose a mirar hacia otro lado, Clyde intentó no perderse en esa sonrisa.

—La verdad es que sí. Y de no ser porque no confiabas en mí, ahora mismo seguirías soltero…

Clyde sonrió bajo la barba.

—Así que ahora es culpa mía que estemos casados… Tú no tienes nada que ver con la desaparición de tu hermana…

Fiona se mordió el labio inferior, provocando que Clyde estuviera a punto de acercar su caballo al de ella para ser él quien lo mordiera.

—Jamás confesaré eso, Campbell. Pero debiste dejar que yo también me marchara.

Clyde chasqueó la lengua, desviando su mirada.

—Además de orgullosa y patosa, debo añadir que eres también una desvergonzada y mentirosa…

Fiona sonrió aún más y se encogió de hombros.

—Si te hace ilusión llamarme así…

Clyde resopló, divertido, y negó repetidas veces con la cabeza.

—Debes saber que ayer dejaste anonadado a Rob. Incluso hoy seguía estando sorprendido por tus dotes para abrir cerraduras.

Fiona asintió.

—Sí, me he dado cuenta del cambio en su expresión cuando nos hemos cruzado esta mañana. Parecía haber visto una aparición…

Para su sorpresa, Clyde se carcajeó con ella, haciendo que la tensión que normalmente solía haber entre ellos disminuyera de golpe y pareciera surgir cierta camaradería que jamás pensó que pudieran tener entre ellos.

—Estoy segura de que no se habría inmutado si me hubiera visto dar volteretas frente a él.

—La verdad es que has conseguido algo que nunca pensé que pudiera lograr nadie. Rob no es una persona que se sorprenda fácilmente.

Fiona se encogió de hombros.

—Si te soy sincera, sería capaz de volar tan solo para ver cómo se queda nuevamente sin palabras.

Clyde sonrió.

—Por cierto, ayer te dije que iríamos a un viaje a la frontera para comprar unas cabezas de ganado. Me temo que debemos posponerlo porque los MacAllister nos han invitado a una recepción para festejar nuestra boda.

—Son los mismos que enviaron el baúl, ¿no?

—Sí. No suelo aceptar ese tipo de invitaciones, pero las cosas con ellos

no están muy bien desde que… bueno, rechacé la propuesta de matrimonio con su hermana.

Fiona arqueó una ceja.

—¿Rechazaste casarte con esa mujer para casarte conmigo? —bromeó la joven—. Creo que no eres consciente de la equivocación que cometiste.

Clyde le siguió la broma.

—Tienes razón. Debí aceptarlo, aunque me ganara una guerra contra los Cameron. Al menos así mi esposa no me daría tantos quebraderos de cabeza.

—Y seguramente la hermana de los MacAllister es más hermosa que yo.

Clyde torció la cabeza y murmuró para sí:

—No lo creo…

Aunque Fiona intentó escuchar lo que dijo, no logró hacerlo y fijó entonces su mirada al frente.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó, sorprendida.

—Sí, este bosque no es muy amplio, así que se tarda poco en llegar.

La joven entornó los ojos.

—¿Y por qué demonios no me dejabas venir?

—Porque igualmente podría ser peligroso. Aunque el pueblo esté cerca, podría esconderse alguien entre los árboles para atacarte. Y ya tuve suficiente cuando veníamos de tus tierras.

Fiona resopló.

—Eres un exagerado, Campbell. Nadie en su sano juicio se arriesgaría a esconderse en el bosque con el pueblo y el castillo tan cerca.

—Toda precaución es poca —rebatió el guerrero—. Mi deber como laird es proteger a mi gente. Y tú no solo eres una más del clan, eres mi esposa, así que mi protección debe ser aún mayor.

Fiona puso los ojos en blanco.

—Sigo pensando que eres un exagerado.

—De todas formas, había pensado en dejarte libertad por el pueblo mientras yo hago mis gestiones.

Fiona sonrió y fingió sorpresa.

—Vaya, ¿su majestad me da esa libertad? ¿Tal vez debería hacer una reverencia cuando baje del caballo?

Clyde sonrió y negó con la cabeza.

—No hace falta, pero si te hace ilusión…

Fiona lo miró con una sonrisa y después lo siguió a través de las casas del pueblo. En silencio, recorrieron la distancia que les quedaba hasta llegar a una pequeña plaza en la que había varias personas que saludaron con respeto a Clyde. Este les devolvió el gesto y le tendió las riendas del caballo a uno de ellos. Fiona hizo lo mismo cuando desmontó y se quedó apartada mientras los habitantes del pueblo charlaban con Clyde.

La joven aprovechó para mirar a su alrededor con los brazos en jarras. En ese momento, comenzó a caer una ligera llovizna que hizo sonreír a Fiona. No le importaba mojarse si eso significaba caminar entre la gente y descubrir un lugar nuevo.

Al cabo de unos minutos, Clyde volvió a acercarse a ella.

—Debo ir a la herrería. Si lo deseas, puedes pasear. Nos reuniremos aquí en una hora.

Fiona asintió.

—Y no te metas en problemas —le advirtió el guerrero, borrando su sonrisa de golpe.

—¿Algo más, majestad?

Clyde sonrió de lado bajo la barba.

—Sí, que tengas cuidado con lo que dices. No quiero un levantamiento entre mi propia gente por algo que tú hayas dicho.

Fiona rio.

—Sé cuándo debo comportarme y cuándo no.

—Lo primero es cuando estás con todo el mundo y lo segundo cuando te encuentras conmigo, ¿verdad?

Fiona arqueó ambas cejas.

—Ya me vas conociendo, Campbell. Me alegro.

—Buena chica… —murmuró el guerrero a medida que se alejaba, provocándole un resoplo. Hacía tiempo que no le decía esas palabras, por lo que había pensado que no volvería a decírselas jamás. Y al escucharlas de nuevo, no pudo sino hacer un gesto gracioso ahora que este se encontraba de espaldas a ella.

En el momento en el que se quedó completamente sola, Fiona no supo hacia dónde ir. Caminó entre las casas lentamente, disfrutando de la alegría que parecía haber entre la gente con la que se cruzaba, algo que le sorprendió enormemente, ya que siempre había pensado que todos los Campbell eran personas serias y gruñonas. No obstante, los habitantes de ese pueblo le estaban demostrando lo contrario.

Muchos de ellos, cuando se cruzaban con ella, la miraban con curiosidad, por lo que dedujo que la noticia de su laird se había casado con una Cameron había salido rápidamente de entre los muros del castillo.

Se preguntó dónde vivirían los abuelos de Rory para visitar al niño, aunque no estaba segura de que fuera una gran idea, ya que no quería que este se hiciera ilusiones con ella. Por ello, pensó que lo mejor era no buscarlo, así no tendría que lidiar con las lágrimas del niño cuando tuviera que volver al castillo.

Lanzando un suspiro, Fiona se encaminó hacia una casa donde escuchó unos gritos. Entornando los ojos, la joven se aproximó lentamente, pero cuando estaba a punto de llegar, una vecina salió al paso.

—Si yo fuera tú, muchacha, no me acercaría ahora que Fletcher está dentro…

Fiona miró a la mujer. Esta rondaría la cincuentena de años y la observaba desde la ventana de su casa, sin atreverse a salir y con el miedo reflejado en su rostro. Al instante, la joven acortó la distancia con ella y miró de reojo hacia la casa de donde procedían los gritos. Por un lado, se escuchaba la voz de un hombre, y, por otro, la mayoría de los gritos eran de una mujer a la que parecían estar golpeando.

Con el corazón encogido, Fiona miró a la mujer.

—¿Quién es Fletcher?

—Es el dueño de esa casa. La mujer que grita es Grace, su esposa, y casi todos los días la golpea. A veces le hemos visto el labio partido o moretones

por todo el cuerpo.

Dejando escapar una exclamación de sorpresa, Fiona volvió a mirar hacia la casa.

—¿Y por qué ese hombre sigue estando en el clan?

La mujer se encogió de hombros.

—Es su esposo. No podemos hacer nada.

—Pero Clyde sí podría hacer algo. Es el laird.

Vio cómo negaba con la cabeza.

—Ni siquiera él. Están casados y nadie puede ayudar a Grace.

Fiona apretó los puños con fuerza. No podía mantenerse callada y quieta mientras los gritos del interior de la casa seguían escuchándose. Dentro de esas paredes había una mujer que lo estaba pasando mal y no podía quedarse de brazos cruzados.

—Solo podemos rezar para que Fletcher muera en una emboscada o tenga un accidente. Esa es la única manera para liberar a Grace de ese hombre y sus palizas.

—Pero ¿tiene algún problema que lo haga ser tan bruto?

—Sí, que Grace aún no le ha dado hijos.

Fiona resopló y se pasó las manos por el rostro.

—Pero ¿cómo le va a dar hijos si tal vez con esas palizas los pierde antes de saber que está embarazada?

La mujer suspiró y se encogió de hombros.

—Eres la esposa del laird, ¿verdad?

Fiona asintió.

—Eres buena mujer. Me alegra ver que te preocupas por tu nueva gente.

La joven abrió la boca para responder, pero en ese preciso instante, la puerta de la casa de Grace y Fletcher se abrió de golpe. La mujer que había a su lado se sobresaltó y miró hacia otro lado, disimulando. Sin embargo, Fiona levantó la mirada hacia el hombre que se acercaba a ellas rápidamente. Era muy alto. Su pelo rojo ondeaba al viento y sus ojos, aquellas dos brasas incandescentes de rabia, se posaron en ella con

curiosidad. A pesar de que sus manos temblaron ante la visión de ese demonio, Fiona le sostuvo la mirada, hasta que Fletcher pasó de largo y siguió su camino.

A su lado, la mujer dejó escapar un suspiro y se despidió de ella para evitarse problemas con los vecinos. No obstante, Fiona no estaba dispuesta a dejar pasar algo así, así que cuando comprobó que Fletcher había desaparecido por la esquina, caminó rápidamente hacia la casa y llamó repetidas veces.

En el interior podían escucharse los gemidos de dolor de Grace, y Fiona, sin poder esperar a que le abriera, fue ella la que empujó la puerta y entró en la casa.

Vio que Grace se sobresaltaba al creer que se trataba nuevamente de Fletcher.

—Tranquila, soy la esposa del laird. Mi nombre es Fiona. Eres Grace, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en un gemido.

—Me lo han dicho —respondió sin querer decir quién había sido para evitarle problemas—. ¿Puedes levantarte?

Grace, que se encontraba tirada en el suelo y con la nariz sangrante, asintió y, con su ayuda, comenzó a levantarse. Sus gemidos no tardaron en aparecer.

—¿Dónde te ha golpeado?

—En todo el cuerpo. A veces bebe demasiado…

—No lo justifiques, Grace. Me han dicho que suele golpearte. ¿Es eso cierto?

La mujer asintió.

—Sé que es una tontería que te diga que no debes permitirlo porque me dirás que no puedes hacer nada, pero estoy aquí para ayudarte.

Grace se dejó caer contra una silla al tiempo que tocaba con cuidado su nariz. Era una mujer joven. Calculó que solo era unos tres o cuatro años mayor que ella, pero las palizas parecían haberle hecho envejecer varios años más.

—Tienes razón, ni yo puedo hacer nada, ni tú tampoco. Es mi esposo y

nadie puede meterse. Ni siquiera tú, muchacha. Vas a meter al laird en problemas.

Fiona se encogió de hombros.

—Salvar a una mujer del clan no es meterse en problemas. Tu esposo es un maldito salvaje que no merece la protección de los Campbell.

—Pero las cosas son así. Por cierto, te he tuteado. Lo siento.

Fiona sonrió y se encogió de hombros.

—Es como deseo que me trate la gente. No quiero tratos diferentes solo por ser la esposa del laird. Hay que curar esa herida.

Fiona se movió para coger algo con lo que poder limpiar la sangre, pero la mano de Grace la detuvo.

—Vendrá pronto, muchacha. Si ve que me he limpiado rápidamente la sangre pensará que no me ha golpeado lo suficiente. Así que es mejor dejarlo así.

Fiona frunció el ceño y la miró con seriedad. El pelo castaño de la mujer estaba revuelto; sus ojos marrones reflejaban el auténtico terror que vivía en su interior y su cuerpo temblaba tanto que no podía hablar sin tartamudear. Si se marchaba de allí sin hacer nada, no podría dormir por las noches. Pero tampoco tenía la seguridad de que Clyde pudiera hacer algo para expulsarlo o quitarle la vida.

Fiona suspiró.

—Pero no puedo dejarte aquí, sin más.

Grace sonrió.

—Estoy acostumbrada.

—Una mujer no puede acostumbrarse a que la golpeen a diario. Es inhumano.

—A veces pienso que Fletcher viene de las profundidades del infierno. Pero es lo que me ha tocado en la vida.

Fiona torció la cabeza.

—No tienes por qué acostumbrarte a esto…

—No se puede hacer nada, muchacha. Deberías marcharte. Va a volver enseguida…

Fiona dudó un instante, pues no quería dejarla sola. Sin embargo, le había prometido a Clyde que no iba a meterse en problemas. Por ello, suspiró y se marchó, dejándola sola nuevamente. Sentía que su corazón se rompía a medida que daba un paso hacia el exterior de la casa, ya que no quería dejarla allí a merced de ese demonio. Se dijo que haría lo que fuera para que Grace saliera de ese infierno en el que estaba metida por culpa de su marido, y si tenía que pedir ayuda a Clyde, lo haría. Estaba segura de que el laird podía hacer algo para ayudarla.

No había hecho más que recorrer un par de metros desde la casa de Grace cuando Fletcher apareció de nuevo por la esquina. Fiona se sobresaltó y miró a su alrededor para comprobar si había alguien más, pero estaba completamente sola. No obstante, siguió adelante con la mirada fija en el hombre. Este hacía lo mismo, y cuando pasó junto a ella, paró sus pasos.

—Tú eres la esposa del laird… —No fue una pregunta, ni siquiera una afirmación. En sus labios sonó más bien como una amenaza. Pero Fiona se obligó a no achantarse ante él.

—Sí. Ahora las preocupaciones del laird son también las mías.

Fletcher sonrió, pero no fue una sonrisa genuina, sino ladina. En ella vio toda la maldad que habitaba en su alma, y Fiona se dijo nuevamente que debía hacer algo para sacar a Grace de su vida.

—Por supuesto. Espero que esas preocupaciones no lleguen al pueblo. Aquí está todo en orden.

Fiona frunció el ceño.

—No todo, por lo que he podido comprobar.

Fletcher apretó los puños con fuerza.

—A veces es mejor no meterse en los problemas de los demás.

—A veces es mejor solucionar los problemas del alma antes de que estos te arrastren a la oscuridad. Porque, indudablemente, te llevarán a un sombrío infierno del que no podrás salir.

Fletcher sonrió y se alejó de ella, dejándola temblando y con la seguridad de que debía hacer algo para salvar a Grace de ese hombre. Y si Clyde no quería ayudarla, ya se le ocurriría algo para hacerlo sola.

CAPÍTULO 15

Rob no dejó de quejarse durante todo el camino hacia tierras MacAllister debido a la intensa lluvia que los había acompañado desde que salieron de su castillo hasta entonces. Estaban a punto de llegar a su destino y todos se mostraban ligeramente nerviosos, algo que Fiona no lograba entender.

Los había escuchado hablar de un posible ataque, y al verlos tan extraños no había podido evitar contagiarse de ese mismo nerviosismo. Sin embargo, se obligó a pensar en otra cosa. La imagen de Fletcher le vino a la mente, y recordó la pequeña conversación que había tenido con Clyde cuando volvió a unirse a él en la plaza y regresar al castillo. No había hecho falta que ella comenzara la conversación, ya que fue él mismo quien notó su exaltación y le preguntó directamente. Le contó lo que había escuchado y visto después.

—Grace puede morir a manos de ese salvaje —le había dicho.

Clyde asintió y le confirmó que varias personas del pueblo se lo habían comentado y después de hablar con el párroco más cercano, este le dijo que no podía hacer nada porque estaban casados ante los ojos de Dios. Sin embargo, Fiona le insistió para hacer algo y expulsarlo del clan, dejando a Grace dentro, pero Clyde le aseguró que no podía hacer nada.

—Lo único que puedo hacer es que alguno de mis hombres esté pendiente de ellos para que las cosas no vayan a más. Lo siento.

En ese momento, Fiona no había podido evitar mostrar su decepción. Había llegado a pensar que Clyde podría hacer algo por ayudarla, pero le confirmó que tenía las manos atadas. Y aunque sabía que ella también, se dijo que la visitaría varias veces por semana para comprobar cómo estaba. Tal vez así, si Fletcher veía visitas a Grace, no fuera tan bruto con ella.

—Jamás te había visto con tantas ganas por llegar a un sitio, Rob —se burló Mervin.

Rob gruñó.

—No te metas con él. Ann lo ha rechazado una vez más —dijo Fyn.

—Así que de ahí viene tu mal humor…

Fiona los miró, interesada.

—¿Quién es Ann? —curioseó.

—Yo no haría esa pregunta, muchacha, a no ser que quieras que te ladre… —murmuró Clyde mirando de reojo a Rob.

—Es la mujer por la que pierde el sueño —respondió Mervin con una sonrisa.

—Clyde, ¿te importaría recordarme cuál es el castigo por matar a uno de mis compañeros? —preguntó Rob de malas maneras.

Mervin rodó los ojos y soltó una risa.

—Me echarías de menos, amigo.

—No lo creo…

Fiona sonrió y siguió mirando hacia adelante. Después, espoleó su caballo para acercarse más a Clyde, y le preguntó:

—¿Por qué los MacAllister nos han invitado a una fiesta en nuestro honor? ¿Sois familia?

Clyde negó con la cabeza y la miró. Desde que habían sellado la paz entre ellos no podía quitársela de la mente. Hacía todo lo posible para escapar de ella, pero Fiona aparecía cuando menos lo esperaba, volviendo a asolar sus pensamientos y su vida. Y, por una parte, lo enfurecía; aunque, por otra, la deseaba más.

—No, supongo que la han organizado para comprobar si de verdad estamos casados o es una invención para excusarme por haber rechazado la propuesta de matrimonio con su hermana. Desconocían que mi padre ya había organizado un matrimonio. No sé por qué, pero todo el maldito mundo se empeña en quitarme la libertad.

La joven lo miró durante unos segundos en silencio, intentando averiguar sus sentimientos y pensamientos, pero Clyde era tan hermético que era imposible adivinar algo, ni siquiera a través de sus ojos.

—O tal vez lo hacen porque te ven un buen partido…

Clyde sonrió de lado y la miró de reojo.

—¿Tú me ves un buen partido?

—Bueno, si quitaras esa cara de oler a mierda, sonrieras más y no fueras tan gruñón, serías incluso atractivo.

Clyde giró la cabeza completamente hacia ella.

—¿Te parezco atractivo?

Fiona sintió que sus mejillas se sonrojaban, por lo que desvió la mirada.

—Yo no he dicho eso.

—Lo has insinuado.

—No es lo mismo.

Clyde sonrió y volvió a mirar al frente.

—A mí no me hace falta que desaparezca tu orgullo y mal carácter para verte hermosa —confesó.

Fiona creyó que iba a caerse del caballo cuando lo escuchó. Incluso miró hacia atrás pensando que esas palabras iban dirigidas hacia otra persona, pero al comprobar que era la única mujer, volvió a mirarlo a él.

—¿He escuchado bien?

Clyde se encogió de hombros.

—No sé qué es lo que has escuchado —fingió.

Fiona suspiró y puso los ojos en blanco, pero no quiso añadir nada más. Tenía más que suficiente con gestionar el remolino de sentimientos que tenía en su cuerpo en ese momento. Cuando Clyde le dedicó esas palabras, había sentido como un poderoso calor se extendía desde el centro de su pecho por todo su cuerpo, quedándose finalmente en la parte baja de su vientre. Ni siquiera sentía el frío y la lluvia, tan solo ese poderoso calor que la hizo desear más.

La joven carraspeó y miró hacia adelante, totalmente salida de sí misma y sin juicio, pues solo la falta de este explicaba lo que acababa de sentir.

—Ya hemos llegado —escuchó que decía Clyde a su lado.

Fiona levantó la mirada y vio dibujarse la silueta del castillo ante sus ojos. Alrededor de este no había absolutamente nada, sino que parecía estar levantado fuera de cualquier núcleo urbano que pudiera enturbiar la vida dentro de la fortaleza. Sin embargo, este guardaba un halo extraño a su alrededor que lo hacía parecer de otro mundo.

—Espero que la fiesta esté a la altura para hacernos olvidar el viaje… —gruñó Rob.

—Te estás haciendo viejo, amigo —le dijo Clyde—. Últimamente, te

quejas demasiado.

—Mira quién fue a hablar… el mismo que tiene la mente en otro lado desde que se casó… —se burló Rob.

El laird giró la cabeza hacia él y le envió una amenaza con la mirada que su segundo al mando entendió a la perfección, pero no borró la diversión de sus ojos.

Fiona fingió no haber escuchado nada y siguió con la atención puesta sobre el castillo. Vio a varios guerreros apostados en la muralla que los observaban acercarse y cuando llegaron, les abrieron el portón para que cruzaran.

Enseguida, el laird MacAllister salió y los recibió con una sonrisa. El primero en desmontar fue Clyde, que le estrechó la mano que le tendía. Al instante, se giró hacia Fiona y la ayudó a bajar del caballo. A pesar de que la ropa estaba húmeda por la lluvia, Clyde sintió el calor que manaba del cuerpo de la joven y no pudo evitar mantener las manos en su cintura durante unos segundos más.

—Knox, te presento a mi esposa —comenzó diciendo Clyde—. Fiona, él es laird MacAllister.

La joven sonrió y le tendió la mano. Knox se la tomó y depositó un beso en ella sin apartar la mirada.

—Vaya, jamás pensé que la hija de Fergus Cameron era tan hermosa.

—Bueno, usted no puede quejarse, señor MacAllister. Sigue conservando su atractivo de juventud.

—Pero me acabas de llamar viejo…

Fiona rio.

—Seguro que más sabio.

Las palabras de Fiona eran ciertas. Knox MacAllister era un hombre realmente atractivo a pesar de rondar la cincuentena de años. Su pelo canoso, antes moreno, estaba peinado en una coleta atrás y sus ojos grises, pícaros, la miraban con verdadero interés, casi más del necesario y del que la joven pudo aguantar, pues desvió la mirada hacia Clyde.

—Tus tierras están cerca de las nuestras, MacAllister, pero la maldita lluvia nos ha agotado. ¿Te importaría si descansamos un rato y nos aseamos

antes de unirnos a vosotros a tomar algo?

Knox asintió.

—No hace falta ni que lo pidas, amigo. Vuestras habitaciones están listas. Mi hermana ordenó que os prepararan un baño y lo han ido calentando poco a poco, así que aún humea. Después, podréis uniros a mis hermanos y a mí en el salón pequeño. Estamos deseando conocer los pormenores de vuestro matrimonio.

—Estaremos encantados de hacerlo. Danos un par de horas y allí estaremos.

Knox señaló el interior del castillo y todos pusieron rumbo al interior. Antes de llegar, un poderoso calor salió de la puerta, azotando el rostro de Fiona, que agradeció mentalmente calentar por fin sus huesos.

Acompañados de una sirvienta, subieron al primer piso. Fiona observó la decoración del castillo que, a diferencia del Campbell, estaba muy ricamente decorado. Numerosos cuadros y telares decoraban las paredes. Incluso en cada esquina había una armadura con su correspondiente espada. Infinidad de velas colgaban del techo, pendidas de una lámpara de hierro finamente decorada.

Los ojos de Fiona no pudieron evitar abrirse aún más ante la opulencia de ese castillo. Y, sin embargo, le seguía pareciendo frío.

—Pareces muy sorprendida por todo… —le dijo Clyde cuando estuvieron solos en su dormitorio.

Fiona se sobresaltó al ser descubierta.

—Sí, bueno, es que el tuyo no tiene nada de decoración.

—Nuestro, no mío —corrigió—. Si lo deseas, puedes comprar telares con los que decorar las paredes.

—No importa. La verdad es que me he acostumbrado.

—Pero debes saber que eres libre para hacerlo si así lo quieres.

Fiona lo miró y asintió. Este la observaba seriamente, por lo que desvió la mirada hacia la bañera. No pudo evitar sonrojarse ante la idea de bañarse delante de él.

—Puedes desnudarte. No miraré. De todas formas, me gustaría pedirte que si el laird MacAllister o cualquiera de este clan preguntan sobre nuestra

intimidad, no la niegues. Si lo haces, podrías hacer que pidieran la nulidad de nuestro matrimonio para casarme con su hermana. Aunque tal vez desees que lo hagan para ser libre.

Fiona se giró hacia él y lo miró a los ojos. Este se mantuvo serio y firme, pero acabó negando con la cabeza.

—No voy a jugar tan sucio como para hacer que otra mujer cargue con el peso de tener que aguantarte tan solo para librarme yo…

Clyde asintió con la cabeza, aunque en sus ojos podía leerse parte de la misma diversión que tenía Fiona en los suyos. Sin añadir nada más, la joven se giró hacia la enorme chimenea que poseía el dormitorio y comenzó a desnudarse. Las manos le temblaban ligeramente, pero logró desanudar los cordones del corpiño del vestido y lo dejó caer al suelo, quedándose con la camisola. Al sentir de forma directa el calor del fuego, Fiona suspiró. Había pasado un mal día bajo la lluvia, pues esta la calaba hasta los huesos, por lo que ahora que había calor cerca le resultó aún más agradable ese baño. Se metió lentamente en el agua. Y cuando estuvo de rodillas en la bañera, se quitó la camisola.

Después se dejó caer contra el respaldo de la misma. En dos ocasiones, Fiona echó un vistazo a Clyde, pero este se encontraba mirando por la pequeña ventana, ajeno a su baño, o eso era lo que parecía, porque mientras ella comenzaba a frotar su cuerpo con el jabón de lavanda que habían dejado a un lado de la bañera, Clyde apretaba con fuerza los dedos en la jamba de la ventana.

Jamás en toda su vida habría creído que iba a desear a la mujer a la que más había odiado. De hecho, aún la odiaba, pero se había dado cuenta de que no lo hacía por lo que había hecho su padre años atrás, sino por lo que ella lograba despertar en él. Desde que Fiona era su esposa, había logrado avivar sentimientos que nunca creyó que pudieran existir en él, ya que siempre dijo que ciertas cosas le fueron negadas tan solo por ser hijo de quien era. Su padre lo había moldeado en la frialdad, maldad y amargura. Todo en su vida era oscuridad, hasta que ella apareció en su camino. Fiona había logrado recordarle sentimientos que había tenido que dejar a un lado por temor a su padre. Y salir de la comodidad de sus propias emociones, lo molestaba. Eso hacía que el confort que sentía en la amargura desapareciera, provocando molestia y fastidio.

A pesar de que sus ojos estaban fijos en el frente, su atención estaba puesta sobre lo que sucedía a su espalda. El sonido del agua al resbalar por la piel de Fiona encendió su propio cuerpo. Apretó con fuerza los dedos sobre la jamba. No sabía cuánto tiempo más podría soportar esa sensación, ya que deseaba que desapareciera con el tiempo, aunque a diario conseguía lo contrario: aumentaba.

Un suspiro de Fiona hizo que Clyde cerrara los ojos y maldijera mentalmente. Se preguntó qué demonios había cambiado para que hubiera dejado de verla como una enemiga y se recordó el golpe que había sentido cuando la vio nuevamente después de diez años. Cuando los ojos de Fiona se posaron sobre él en el momento en el que acudió al castillo para casarse con Maisie, algo le arrebató el aliento, como un golpe invisible que le cortó la respiración y estuvo a punto de hacer que se doblara sobre sí mismo por el dolor. Un dolor tan fuerte que aún no había desaparecido.

Y cuando creyó que su cuerpo iba a caer de rodillas al suelo, Clyde dejó de apoyarse contra la jamba y se giró lentamente hacia Fiona. Sus ojos se posaron sobre su espalda desnuda. Desde allí podía ver con claridad la curvatura de sus pechos respingones que asomaban entre la espuma del agua. Poco a poco, se acercó a la joven por la espalda. Su cuerpo gritaba que la hiciera suya, pero no deseaba asustarla. Sin embargo, un hilo invisible tiraba de él hacia ella. Un nuevo suspiro de Fiona acabó con el poco juicio que aún guardaba en su mente y lo obligó a arrodillarse detrás de la joven. Sin poder contenerse por más tiempo, Clyde elevó una mano y con dos dedos comenzó a acariciar el hombro de Fiona.

Esta dio un respingo al sentir contra su piel los callosos dedos de Clyde, y se quedó quieta al instante. Estos recorrieron su brazo con la misma lentitud, despertando en ella algo extraño y poderoso que comenzó a hacer vibrar su cuerpo. A pesar de que intentó resistirse, Fiona acabó girando la cabeza en dirección a Clyde, y lo que vio en su mirada hizo que sus piernas temblaran. Sus eran una mezcla de deseo y amenaza que, en lugar de asustarla, la hizo querer más.

El silencio recorrió la estancia. No se escuchaba nada más allí, ni siquiera fuera de esos cuatro muros de piedra. Eran solo ellos dos y nadie más podía verlos.

Los dedos del guerrero bajaron por su espalda hasta llegar a su costado,

allí donde se había golpeado al caer del pozo y donde aún conservaba la marca. Acarició su piel con ternura, como jamás había acariciado a ninguna otra mujer. Y sin pensar en lo que estaba haciendo, Clyde llevó los dedos hacia adelante. Estos acariciaron el vientre de Fiona, que volvió a dejarse caer contra la bañera con un suspiro entre sus labios.

Clyde se mordió el suyo, deseando ir a más, queriendo hacerla suya, pero sin obligarla a ello. Lentamente, subió sus dedos y, al no encontrar resistencia en Fiona, comenzó a tocar sus pechos. Lo hizo con suavidad, pero con descaro, mirándola directamente a los ojos, retándola a que intentara negarse. No obstante, Fiona rompió el contacto visual en el momento en el que Clyde rozó sus pezones.

La joven se mordió el labio inferior y giró la cabeza hacia adelante, incapaz de seguir mirándolo sin derretirse por la vergüenza. Y a pesar de ese sentimiento, no pudo negarse a recibir esas caricias. Su cabeza cayó sobre el borde de la bañera, justo al lado de donde el guerrero tenía la suya. Sintió su aliento en sus mejillas, caliente, tan fuerte como él, y eso la derritió aún más. Tenía que negarse. Lo sabía. Después de todo el odio que se habían dedicado, no podía estar bien hacer eso. Pero no podía.

Un gemido escapó de su garganta cuando la mano al completo del guerrero aprisionó uno de sus pechos y lo masajeó lentamente, disfrutando de la suavidad de su piel. Sin embargo, no se quedó ahí. La otra mano libre de Clyde descendió de sus pechos hacia su vientre. Y en el momento en el que las yemas de sus dedos tocaron su entrepierna, Fiona dio un respingo de placer.

Un gemido rompió el silencio de la habitación. La mano que tocaba el pecho de la joven ascendió hasta su barbilla. Clyde la tomó y le pidió en silencio que girara la cabeza hacia él. La joven cumplió con la orden al instante y al mismo tiempo que sus dedos recorrían la suavidad de su entrepierna, arrancándole gemidos de placer, Clyde unió su boca a la de Fiona, reclamando para sí esos sonidos que hacían que su cuerpo palpitara de deseo.

Fiona estaba totalmente entregada a él en la bañera. Se retorcía entre sus brazos mientras él seguía tocándola, llevándola a un torbellino de placer que jamás había sentido en su vida. Las manos de la joven ascendieron hasta los hombros del guerrero, donde clavó la yema de sus dedos con

fuerza, intentando no caer en el abismo que se presentaba frente a ella y al que sabía que iba a caer de forma inminente.

Clyde la besaba con fiereza. Había pasado de hacerlo suave y lento a absorber con deseo todos y cada uno de sus gemidos, chupando sus labios como si fueran el último sorbo de vida que podía haber para él.

Y en el momento en el que sus dedos llevaron a Fiona al éxtasis, el propio guerrero gimió. Sentía las contracciones del cuerpo de la joven contra su mano, recogiéndolas con firmeza mientras Fiona se retorcía como nunca entre sus brazos.

Su cuerpo clamaba en silencio que la tomara y la sacara de la bañera para llevarla a la cama, pero no quería forzarla a nada, pues temía asustarla si hacía eso. Además, en un instante de lucidez, Clyde recordó los acontecimientos de las últimas semanas entre ellos y las circunstancias de su matrimonio, haciendo que los sentimientos contradictorios ganaran terreno. Por ello, se separó de Fiona cuando esta dejó de retorcerse y se dejó caer contra la bañera, jadeante.

—Lo siento. No he debido hacer eso —dijo con seriedad y frialdad al tiempo que se levantaba y se alejaba de ella sin volver a mirarla.

No quería que la joven se diera cuenta de lo excitado que estaba, así que regresó junto a la ventana. Se dijo que era el cansancio por el viaje o tal vez el hecho de que tenía muy presente que los MacAllister pudieran solicitar la nulidad en su matrimonio al no haber consumado. Sí, tenía que ser eso, pues no encontró otro motivo que lo llevara a tal nivel de excitación.

Desde la bañera, Fiona vio cómo Clyde se alejaba de ella. Su cuerpo aún sufría los estragos de aquellas caricias que habían hecho que su cuerpo perdiera el control. No podía creer que se hubiera dejado llevar por lo que Clyde le había hecho. Lo había considerado un gran enemigo, y ahora había caído directamente en sus brazos, ignorando por completo lo que el guerrero llegó a ser hacía tiempo. Estaba segura de que había perdido el juicio o que se había convertido en una mujer a la que la Iglesia iba a excomulgar por desear a su enemigo y hacer lo que acababa de hacer.

Y, a pesar de todos esos pensamientos, Fiona se levantó de la bañera con la mirada fija sobre la amplia espalda de Clyde. No sabía ni qué estaba haciendo, ni siquiera quiso pensar si estaba bien o mal. Pero salió de la bañera, secó ligeramente su cuerpo y se acercó lentamente al guerrero.

Este parecía respirar con dificultad. Vio que tenía los nudillos blancos por la presión que ejercía contra la pared al contenerse. Había empezado a entenderlo, y ese no era el mismo hombre que ella había conocido y al que había odiado durante tanto tiempo. Había conocido la peor de sus heridas, y sabía que simplemente era un hombre herido; un hombre que intentó desafiar a un padre y que finalmente había perdido esa guerra; era un hombre que necesitaba curar cuanto antes. En ese momento, Fiona se dio cuenta de que Clyde Campbell, el verdadero Clyde Campbell, seguía estando vivo en el interior de su corazón, pero estaba encerrado. Y quiso conocerlo. De hecho, se juró que iba a sacarlo del infierno en el que estaba metido.

Fiona levantó una mano y la apoyó en su amplia espalda. Sintió el estremecimiento del guerrero cuando sintió sus dedos recorrer lentamente su cuerpo, pero no se movió. Fiona dio un paso más hacia él y acarició su espalda de arriba abajo, sintiendo su fuerza bajo sus dedos. Sabía que su verdadero yo estaba ahí. Y pensaba devolverlo a la vida.

Su mano libre, rodeó su cintura y lo abrazó por la espalda. Escuchó el suspiro de Clyde como una agonía a la que no podía enfrentarse. Apretó sus pechos contra su espalda y lo sintió temblar.

—Si sigues así, Fiona, no voy a dejar que te vayas sin acabar lo que has empezado…

—¿Y si no quiero que lo hagas? —preguntó ella en un murmullo.

Clyde giró levemente la cabeza y la miró por encima de su hombro. Estaban muy cerca y el guerrero podía oler a la perfección la lavanda que recorría el cuerpo de la joven. Era un olor tan penetrante que se mordió el labio. Lo quería para sí. La quería para sí.

—Si no dejas de tocarme así, Fiona, desataré una furia capaz de quebrar cada maldito mueble de este dormitorio; arrancaré cada piedra de estas paredes mientras reclamo tu cuerpo como mío. No habrá grito tuyo que no devore, ni gemido que no beba hasta arrastrarte a la locura y al infierno conmigo.

Fiona se mordió el labio inferior.

—¿Quién dice que no es eso lo que deseo?

Con un rugido, Clyde se giró hacia ella y la atrajo hacia sí. Tomó su

rostro entre sus manos y, tal y como había prometido, devoró sus labios con auténtica pasión. No iba a dejar ni un solo centímetro de su piel sin lamer, chupar y hacer suyo. La deseaba desde el primer momento en que la vio, solo que jamás se había atrevido a reconocerlo. Era suya, y no había nada en ese momento que deseara más que yacer con ella.

Cuando escuchó el gemido que escapó de los labios de la joven, sintió que perdía por completo la cordura. Y la arrastró hacia la cama. Clyde llevó las manos a sus nalgas desnudas y las apretó con fuerza antes de levantarla para que lo rodeara con sus piernas. Fiona se apoyó en sus anchos hombros y lo abrazó sin dejar de besarlo.

Sentía que su cuerpo estaba tan caliente que creyó que iba a comenzar a arder en cualquier momento. Fiona enredó los dedos en el negro cabello del guerrero. Lo hizo con cuidado, como si temiera que la guerra volviera entre ellos de nuevo. Y mientras seguía besándolo, el mundo pareció detenerse.

El beso era duro, hambriento, nacido de la pasión que antes fue odio. Clyde la empujó contra el dosel de la cama y se mantuvo quieto al tiempo que sus manos, aún en sus nalgas, la apretaban más contra sí para que sintiera la dureza de su miembro. La ropa le molestaba. Necesitaba quitársela cuanto antes, pero se sentía tan bien con la desnudez de Fiona contra él que le resultaba imposible soltarla.

Clyde dejó escapar un gruñido, más de rendición que de protesta ante la ropa contra él. Durante esos momentos, ambos olvidaron sus vidas, sus venganzas y orgullos. En la casi penumbra de esa habitación eran tan solo un hombre y una mujer que se deseaban con todo su corazón.

La única luz que quedaba ya en la habitación era la del fuego. Este chisporroteaba en la chimenea, arrojando destellos sobre las piedras del suelo e iluminando sus cuerpos. A pesar de que ambos habían intentado mantener la distancia desde que se habían visto obligados a casarse, cada vez que sus ojos se cruzaban, el muro invisible que los separaba parecía desmoronarse más y más. Hasta ese momento.

Clyde la cargó hasta el colchón y la dejó caer contra las sábanas. La miró desde arriba como un depredador que confía en que su presa no tiene escapatoria. Fiona le devolvía la mirada desde las sábanas. Su pelo rojo, desparramado a un lado y a otro, proporcionándole un aspecto aún más salvaje.

Sus miradas se encontraron en ese instante y, a pesar de que parecía haber cierta rivalidad de la que habían tenido durante años, el temblor en sus respiraciones y sus cuerpos revelaba precisamente lo contrario.

Clyde comenzó a desnudarse bajo la atenta mirada de la joven. Lo hizo rápido, pues su deseo era tal que no podía esperar más tiempo para hacerla suya.

—¿Me deseas, Fiona? —preguntó en un murmullo ronco cuando estuvo desnudo frente a ella.

La joven sintió que se quedaba sin aliento para responder. La voz se le quebró en la garganta, y en lugar de responder a sus palabras, dejó que sus manos fueran las que lo hicieran. Fiona se puso de rodillas en la cama y puso las manos en el pecho de Clyde, que aún se mantenía de pie junto a ella. Dejó que sus dedos recorrieran la firmeza de su pecho, dejando que sintieran bajo sus yemas la firmeza y la fuerza que habían atemorizado a enemigos en el campo de batalla.

Segundos después, él la besó con urgencia, deseando borrar así los años de odio que había habido entre ellos. Sus labios se encontraron con esa mezcla de rabia y necesidad que hizo que se tumbaran sobre las sábanas con apremio. Fiona le devolvía la misma intensidad en el beso, enredando de nuevo sus dedos entre los mechones de su pelo para evitar que se apartara.

Las manos de ambos se movían por el cuerpo del otro como si siempre lo hubieran hecho, como si hubieran estado destinados a ese momento.

Clyde sonrió ante el gemido que dejó escapar Fiona cuando dejó sus labios para explorar la base de su cuello. Cubría el cuerpo de la joven con el suyo propio y podía sentir contra su pecho sus respingones pezones, que parecían retarlo a que siguiera bajando por su piel.

Fiona lo empujó contra ella, buscando más, necesitando todo de él. Y el choque entre ambos fue tan brutal, aunque tan dulce al mismo tiempo, que ambos supieron que no habría vuelta atrás. Habían caído finalmente rendidos a su propio deseo. Y ya no podrían salir de ahí. Sabían que esa noche la enemistad que ardía en sus corazones se había transformado en un fuego implacable.

El beso se volvió más profundo, más ardiente y hambriento, y con él se deshicieron los últimos vestigios de su orgullo.

Las manos de Clyde recorrieron la curvatura de su cintura. Fiona, con cuerpo tembloroso, no se apartó. Al contrario, elevó sus caderas para sentir contra ella aún más su piel, y descubrió que sus cuerpos encajaban a la perfección.

Clyde la miró un instante. Vaciló, como si de repente buscara su permiso silencioso para seguir adelante. Fiona, con un gesto leve, lo envolvió con las piernas y lo atrajo más hacia ella. Realmente no sabía qué tenía que hacer, tan solo siguió su instinto. Sus labios se curvaron en media sonrisa cargada de deseo.

El calor de Clyde la envolvía y cada contacto contra él se convertía en un poderoso incendio que crecía sin control. Fiona volvió a arquearse ante sus caricias, respondiendo con gemidos que lograban enloquecer al guerrero.

Sus labios descendieron hacia sus pechos, cuyos pezones tomó entre sus labios y los lamió como si fueran el último manjar del mundo antes de morir. Sonrió cuando los dedos de Fiona tiraron de su pelo tan fuerte que lograron arrebatarle un gemido, pero no de dolor, sino que se trataba de un inmenso placer que lo obligó a ir a por más.

Poco a poco, Clyde aproximó su miembro a la joven, uniéndose a ella de una sola estocada. Fiona dejó escapar un gemido de dolor que Clyde absorbió entre sus labios. Cuando esta dejó de temblar y comenzó a mover su cuerpo bajo el suyo, el guerrero estuvo seguro de que esa noche iba a ser su perdición. El ritmo de sus cuerpos parecía ser una reconciliación entre sus almas después de tantos años de odio, como si ambas estuvieran pidiendo perdón por todo el daño y el rencor.

En un momento dado, Fiona susurró su nombre con voz quebrada, con un tono que parecía aproximarse a un juramento, y aferrándose a sus hombros se dejó ir como antes en la bañera, dejando que el placer envolviera su cuerpo y la elevara a un estado que no había sentido jamás.

El mundo fuera de allí dejó de existir y Clyde, dejándose llevar por primera vez por lo que sentía, gruñó su nombre y acabó rugiendo junto a su oído. Su cuerpo comenzó a temblar mientras se derramaba en su interior, como si toda la presión de su vida saliera ahora a la luz, dejándolo palpitante.

El silencio poco a poco comenzó a adueñarse del dormitorio mientras Clyde y Fiona intentaban calmar de nuevo sus respiraciones. El crepitar del

fuego era el único que rompía ese silencio, cómplice de lo que acababa de pasar entre ellos.

Fiona sentía que apenas podía moverse. Sus piernas estaban temblorosas y miraba sin ver el techo. Sobre ella, Clyde aún luchaba consigo mismo por recuperar el aliento. Jamás en toda su vida había temblado como segundos antes. Era como si su cuerpo hubiera perdido el control del que tanto presumía. Había dejado de escuchar, ni siquiera logró ver el rostro de Fiona mientras terminaba dentro de ella. Todo se había nublado, haciendo que ese momento se convirtiera en el más mágico de toda su vida.

¿Qué demonios había sucedido para que sintiera de una forma tan fuerte? Clyde se incorporó levemente para mirarla a los ojos. Había sudor en su frente y un brillo tan extraño en sus ojos que Fiona logró perderse en él. Y, por primera vez desde que lo conocía, logró ver el miedo reflejado en el azul de estos, como si se hubiera mostrado tal cual era ante un enemigo y ahora temía que este lo usara contra él, aunque también como si temiera lo que venía después.

Fiona levantó una mano y, con dedos temblorosos, recorrió sus facciones endurecidas por el paso del tiempo y la amargura que había en su corazón. Y, poco a poco, se fueron suavizando para mostrar esa fragilidad que habitaba en él. En ese momento, no era su enemigo, no era el guerrero que la había hecho sufrir, el que la había amenazado, el que se había visto obligado a casarse con ella… Era Clyde Campbell, el hombre al que se había entregado sin reservas y el que había respondido de la misma manera. Pero, sobre todo, era el hombre al que estaba comenzando a entregar su corazón.

Ese sentimiento sorprendió a Fiona, cuya boca se abrió por la incredulidad. Clyde se apartó ligeramente de ella para evitar aplastarla con su peso y levantó una mano para acariciar también su rostro. Estaba tan hermosa que parecía un ángel llegado al mundo para salvarlo. Su pelo revuelto brillaba como el fuego, recordándole el propio fuego que había dentro del cuerpo de la joven.

—¿Qué hemos hecho? —ronroneó con voz profunda.

—Creo que hemos acabado con años de enfrentamientos, rencor y odio —fue la respuesta de la joven, que le sonrió justo después—. O lo que el destino nos marcó el día de nuestro enlace.

Clyde se tumbó a su lado sin dejar de mirarla. Las mejillas de la joven aún estaban rojas por el deseo o la vergüenza, no supo reconocerlo. Todo el rencor que se habían dedicado con el paso del tiempo ahora parecía casi ridículo, como si fuera un enfrentamiento de niños y no de adultos.

—¿Y ahora qué?

Fiona se encogió de hombros.

—Dejemos que el tiempo decida.

Clyde asintió y miró la oscuridad a través de la ventana.

—Creo que los MacAllister nos están esperando…

Fiona sonrió.

—¿No podemos excusarnos y decir que estamos cansados?

Clyde dejó escapar una risa.

—Si estuviéramos en nuestro castillo, lo haría, pero somos los invitados. No podemos quedarnos aquí.

Fiona rodó los ojos y se incorporó. Aún sentía entre sus piernas la humedad que el guerrero había derramado sobre ella, y, aunque pareciera mentira, lo deseó nuevamente.

—Está bien. Reunámonos con ellos —dijo.

La tentación de olvidar todo lo demás era demasiado grande, pero ambos sabían que debían salir de allí y que, seguramente, sus propios hombres ya se habían disculpado por su tardanza. De la misma forma, también tenían claro que la rivalidad, los juramentos y todo lo que habían sufrido no iba a desaparecer de un plumazo, sino con el tiempo.

CAPÍTULO 16

Knox y Dougal MacAllister miraban a Clyde y Fiona alternativamente, como si midieran el nivel de cercanía de los esposos o tal vez estuvieran fingiendo un matrimonio inexistente. Sin embargo, Clyde era un hombre que no perdía la calma con facilidad, así que les sostuvo la mirada. Estaban solos con los tres hermanos MacAllister. La hermana de estos, Loreen, se encontraba sentada en un sillón mirando a Fiona con rostro iracundo, como si esta le hubiera hecho algo tan solo por existir. Pero esta le sostenía la mirada con arrestos.

Los guerreros de Clyde se habían marchado del pequeño salón cuando Fiona y él habían hecho acto de presencia. Por lo que tan solo estaban los cinco dentro de esa estancia.

Fiona ni siquiera se entretuvo a mirar la decoración, pues estaba nerviosa. Se sentía como si estuviera en un juicio sobre su matrimonio, así que no entendía por qué en la misiva los MacAllister hablaban de hacer una fiesta en honor a su matrimonio. Más bien parecía un cortejo fúnebre…

—Reconozco que cuando comencé a leer tu misiva de respuesta a mi propuesta, me enfurecí —comenzó diciendo Knox.

—La verdad es que no me parece muy bien hablar de algo así delante de mi esposa —respondió Clyde—. La propuesta de matrimonio con una Cameron fue hace diez años. Lógicamente, debía cumplirlo.

—Nunca habías dicho nada, Campbell —intervino Dougal.

—Porque a nadie le importa mi vida, MacAllister. Si me conocieras un poco, sabrías que no soy muy dado a exponer mi vida ante nadie.

El segundo al mando del clan MacAllister y Clyde se sostuvieron la mirada durante unos segundos, hasta que Fiona sonrió amablemente a Knox.

—Tengo la impresión de que seguís un poco tirantes por los acontecimientos. Y me surge una duda. ¿Por qué ese interés en casar a vuestra hermana con Clyde?

La propia Loreen resopló, aunque se mantuvo callada. Fue Knox quien respondió.

—Eres una joven muy avispada, muchacha Cameron.

—Ahora soy Campbell —lo corrigió siendo ella la primera sorprendida por hacerlo.

Knox asintió.

—Exacto. El clan Campbell siempre me ha parecido uno de los más poderosos de toda Escocia. Quién mejor que él para casar a mi hermana.

—Pero la suerte ha querido que tú te adelantes… —murmuró Loreen.

Fiona abrió la boca para responder, pero la mano de Clyde se posó sobre su mano y la apretó ligeramente, obligándola a callar.

—Hay algo que tampoco me queda claro en esto, laird MacAllister —dijo Fiona mirando a Knox—. ¿Por qué hacer una fiesta en nuestro honor si lo que más deseaban era casar a su propia hermana con Clyde?

El laird miró de reojo a Dougal, que clavó su mirada penetrante en Fiona.

—Porque, aunque Clyde no se haya casado con mi hermana, quiero que sepa que seguimos siendo aliados. Si él lo desea…

Clyde asintió con seriedad.

—Yo siempre mantengo mi palabra, MacAllister —respondió el aludido —. Lamento mucho la posible confusión que pudo haber con vuestra hermana respecto al tema del matrimonio. Puesto que nadie conocía que estaba prometido, es normal que pensarais en mí para unir nuestras familias. Estoy seguro de que vuestra hermana encontrará a alguien mejor con quien pasar el resto de su vida.

Loreen atravesó con la mirada a Clyde antes de apartar la vista hacia otro lado, algo que le confirmó a Fiona que sus hermanos le habían ordenado que callara antes de entrar en el salón para hablar, ya que siempre dejaba que fueran ellos quienes llevaran el ritmo de la conversación. No obstante, la ira que reflejaron los ojos de aquella muchacha dijo demasiado.

—De la misma forma, os pido que desaparezca la tirantez que hay entre nuestros clanes por este malentendido. Os considero amigos y, de hecho, por eso estamos aquí. Además, deseaba que conocierais a mi esposa.

Knox sonrió.

—Claro que sí. Es que, aunque hayan pasado las semanas, seguimos

sorprendidos por la noticia de tu enlace. Danos un poco tiempo, pero pensamos lo mismo que tú, Campbell. Somos aliados. Y debemos hacer honor al tratado de paz de nuestros abuelos.

Clyde asintió, pero la curiosidad de Fiona la obligó a hablar.

—¿Antes estos clanes eran enemigos?

—Tu esposa es muy curiosa —señaló Dougal mirando a la joven—. Y un poco torpe con la lengua.

Fiona arqueó una ceja ante el insulto, pero Clyde volvió a apretar su mano con fuerza para que se contuviera. El guerrero chasqueó la lengua, contrariado.

—Esperaba que vosotros no os dierais cuenta de su torpeza, pero me temo que es demasiado visible.

Fiona lo miró sonriendo falsamente, prometiendo una nueva guerra entre ellos si volvía a hablar así de ella ante los MacAllister.

—Y dime, muchacha, ¿sabes manejar una espada? Para ser la esposa del laird más temido y odiado de Escocia supongo que sabrás manejarte bien con un arma…

Fiona tragó saliva.

—Si os soy sincera, no sé manejar un arma, aunque tengo otras virtudes. Mi padre se dedicó a instruirme en otros menesteres.

Dougal arqueó una ceja.

—¿Y ya no? Hablas de él como si estuviera muerto.

La joven estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva, pero fue Clyde quien respondió por ella.

—Cuando salimos del clan Cameron, Fergus estaba vivo. ¿Acaso vosotros tenéis otra información?

Knox rio y negó con la cabeza.

—No, perdona a mi hermano, aunque es cierto que esas palabras han sonado a pasado, no presente.

Fiona se obligó a sonreír.

—Hace tan solo unos minutos os habéis hecho eco de mi ineptitud lingüística. Supongo que será otro lapsus de mi torpeza con la lengua.

Dougal sonrió entonces e intentó, por primera vez, bajar un poco el tono al hablar.

—Bueno, aclarado todo esto, espero que mañana disfrutéis de la fiesta que hemos preparado en vuestro honor. Será al mediodía.

Clyde se obligó también a sonreír. Estaba cansado, iracundo por esa conversación y deseando meterse en la cama para no ver a nadie más. Bueno… y también deseoso de volver a acariciar a Fiona, cuya rabia podía sentir a través de sus dedos, que tomaban su mano y notaban el temblor de esta.

—Estoy seguro de que sí. La hospitalidad y buen hacer de los MacAllister es conocida en toda nuestra tierra. Sois únicos haciendo fiestas.

Fiona se limitó a asentir. Después de esa conversación sin sentido para ella estaba deseando protegerse en la seguridad del dormitorio y no ver sus rostros. Al llegar, le habían parecido ligeramente peligrosos, pero después de mantener esa conversación lo tuvo claro: no se fiaba de ellos.

—Sed bienvenidos a nuestras tierras. Sin tiranteces.

Clyde asintió con seriedad.

—Sin tiranteces —afirmó.

—Id a descansar. Imagino que estáis agotados…

Clyde y Fiona asintieron al mismo tiempo. Tras despedirse de ellos, gesto que ni siquiera imitó Loreen, salieron del salón en silencio, dejando solos a los tres hermanos MacAllister. Bajo el mismo silencio, recorrieron el estrecho pasillo camino de las escaleras. No era un castillo demasiado grande, como el de Clyde, pero se notaba a leguas que estaba decorado con más estilo. Sin embargo, había algo en él que no le gustaba a Fiona. Su padre le había enseñado mucho sobre la vida y las personas. Siempre le dijo que hiciera caso a su instinto, y en ese momento no era para menos.

Tenía la impresión de que alguien los observaba desde que habían llegado a la fortaleza. No en su dormitorio, por supuesto, pero sí en los pasillos. Había una presencia fantasmal en ese lugar que le provocaba escalofríos, aunque no pensaba decírselo a Clyde, ya que también parecía ligeramente preocupado y enfurecido tras esa conversación.

Se mantuvieron en silencio hasta que entraron en su dormitorio, donde

Fiona no pudo aguantar más tiempo callada.

—¿Se puede saber a qué ha venido esa conversación en el salón? ¿Desde cuándo tienes que dar explicaciones?

Clyde suspiró, cansado, y se dejó caer contra la cama a los pies de esta. Apoyó los codos en las rodillas y ordenó sus pensamientos antes de responder.

—Entiendo tu enfado y tu curiosidad. Créeme, yo siento lo mismo. Pero también los entiendo a ellos. Como laird, cuando alguien te envía una oferta de matrimonio, tienes que ser muy cuidadoso para negarte. Los Campbell nunca hemos tenido buena relación con ellos hasta que mi abuelo firmó un tratado con el abuelo de Knox. Mucho tiempo antes, mi tatarabuelo se hizo con unas tierras MacAllister y ellos aún desean recuperarlas. Si me enviaron esa oferta de matrimonio era para, de alguna manera, tener control sobre ellas. Y al negarme a casarme con Loreen las tiranteces han vuelto.

Fiona se cruzó de brazos y lo miró de pie en medio del dormitorio.

—Si no estuvieras prometido con mi hermana, ¿te habrías casado con Loreen?

Clyde se rio y negó con la cabeza.

—Me habría inventado algo. ¿No has notado algo extraño en el cuerpo de Loreen?

Fiona frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Supongo que sabe disimularlo muy bien. Esa muchacha ha dejado entrar en su cama a gran parte de este clan y de los alrededores. Y, como es lógico, ha acabado encinta. Su rostro hinchado y su afán por ocultar su incipiente barriga cada vez que la miraba lo confirman. Jamás me habría casado con ella.

La joven suspiró y se acercó a él, quedándose a un metro escaso.

—No debe de ser fácil llevar la jefatura de un clan. Y menos de uno con ese renombre…

Clyde suspiró.

—El renombre me da igual, Fiona. Lo peor es el peso de llevar la sangre de mi padre. Él dejó el listón muy alto respecto a generar temor en los demás. Y yo no puedo ser menos. Me he ganado el respeto de la gente y no

puedo perderlo.

Fiona suspiró y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Me sorprende que me cuentes eso… Es muy íntimo tuyo.

—Eres mi esposa.

—Y tu enemiga hasta hace poco… Te recuerdo que me odiabas.

Clyde entrecerró los ojos también.

—En ningún momento he dicho que haya dejado de hacerlo.

Fiona arqueó una ceja.

—Me lo has demostrado antes.

Clyde negó con la cabeza y alargó una mano para agarrar su vestido y empujarla hacia él.

—Tengo mala memoria, duende. Deja que recuerde…

Fiona intentó resistirse, hasta que Clyde agarró sus muñecas y las subió por encima de su cabeza cuando la empujó sobre la cama.

—¿Acaso crees que ahora voy a hacer lo que su majestad desee?

Clyde sonrió de lado. Fue una sonrisa pícara, burlona y divertida, algo que encendió una chispa en los ojos del guerrero y de la que él no fue consciente en ningún momento, pero la barrera que siempre había visto frente a ellos parecía desvanecerse, dejando entrever a un Clyde completamente diferente.

—Me apetece comprobarlo…

Clyde agachó la cabeza y mordió su labio inferior, arrancándole un gemido. Fiona lo miró con ojos amenazantes jurando vengarse en cuanto tuviera ocasión. Pero, primero, iba a arrebatarle la ropa al hombre al que siempre había considerado su enemigo y que había logrado hacerla gritar tan fuerte que no estaba segura de que las paredes de ese dormitorio pudieran capturar cada sonido que escaparía de su garganta.

Fiona se arrebujó un poco más bajo el manto que cubría sus hombros. Había tomado prestado el que Clyde solía llevar cruzado hasta la cintura, pues no quería quitar las mantas que había sobre la cama que guardaban el

sueño del guerrero.

Después de haber hecho el amor varias veces, Clyde había caído rendido por el cansancio, pero Fiona sentía que no podía descansar. Realmente estaba terriblemente cansada, pero no había dejado de dar vueltas en la cama, hasta que por fin se decidió a levantarse para comprobar si el calor del fuego de la chimenea lograba relajar sus músculos, pero, sobre todo, el ritmo acelerado de su corazón.

Estaba segura de que esa vigilia se la debía a los últimos acontecimientos, pues las cosas con Clyde habían cambiado tanto que aún no se había hecho a la idea de que ya no era su enemigo y que había yacido con él, algo que siempre había considerado improbable. Sin embargo, después de haberse quedado desnuda, haberlo deseado, besado, acariciado y todo lo que se le había pasado por la cabeza sentía que había perdido el juicio. Y, sin embargo, se sentía más cuerda y viva que nunca. Haber dejado su guerra atrás también había logrado que se quitara un gran peso de encima.

Mientras miraba hacia el fuego, se preguntó qué pensarían sus padres al verla de esa forma con su marido. Y volvió a sonrojarse. Como si pudieran verla, Fiona tapó parte de su rostro con el manto y se escurrió un poco más en el sillón. A la luz de la chimenea, ese dormitorio tenía un encanto especial, pero no lograba borrar del todo esa sensación absurda de lo más profundo de sus entrañas.

Habían pasado las horas desde que se reunieran con los MacAllister en ese pequeño salón del castillo, pero aún no había podido olvidar sus rostros. Rezumaban odio, desesperación y rabia por haber perdido la oportunidad de casar a su hermana con Clyde. Si todo era como él le había contado, no solo habían perdido eso, sino también la opción de recuperar, de alguna manera, las tierras de sus antepasados.

Fiona no pudo evitar una expresión de sorpresa. Sin lugar a dudas, era un gran plan de los MacAllister, pero no les había salido bien.

La joven miró de nuevo hacia la cama cuando Clyde se movió para cambiar de posición. El guerrero se desarropó con ese movimiento, dejando ver su amplio pecho después de haberse quedado bocarriba. Desde su posición podía ver claramente su piel blanca, que brillaba con el fuego; los poderosos músculos de su vientre parecían llamarla para que perdiera el tiempo acariciándolos; y sus brazos, también trabajados, prometían un

nuevo espacio de tiempo en el que iba a perderse en el placer.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Fiona. No sabía cómo iba a mirar a Clyde al día siguiente al despertar, pero estaba segura de que le iba a costar más que nunca. ¿Cómo iba a dirigir su mirada a sus ojos después de que el guerrero hubiera metido la cabeza entre sus piernas y la hubiera devorado como si el fin del mundo estuviera a punto de llegar?

Fiona se mordió el labio inferior, conteniendo las ansias por volver a acostarse en la cama y despertarlo para hacer lo mismo que horas antes. No obstante, un extraño ruido en la puerta atrajo su atención. Sobresaltada, Fiona giró la cabeza hacia allí y descubrió un pequeño papel que acababan de dejar bajo la puerta.

Con el ceño fruncido, la joven se levantó y caminó despacio y sin hacer ruido hacia la puerta. Se agachó para recoger el papel y vio que estaba muy bien doblado. Entonces, las manos comenzaron a temblarle. Tenía la impresión de que era algo malo lo que había escrito en ese papel. Sus nervios aumentaron, ya que no era normal que alguien dejara un papel en el suelo a esas horas de la madrugada. Sin lugar a dudas, podía ser una invitación de Loreen a Clyde para que fuera a su dormitorio y así hacer algo que pudiera ponerlo en un aprieto o tal vez podía ser una amenaza hacia él por no haber podido cumplir con los deseos de los MacAllister.

Para salir de dudas, Fiona abrió el papel y, tras leer las ocho palabras que había escritas, Fiona necesitó apoyarse en la pared más cercana. Todo su cuerpo comenzó a temblar y lo leyó otra vez para comprobar que no estaba soñando. Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero se negó a derramarlas. El manto de Clyde cayó al suelo y, en ese instante, Fiona se obligó a caminar hacia el sillón y sentarse al lado de la chimenea, pues estaba a punto de caer al suelo por la impresión.

Sé que eres la hija de Travis Cameron. Esas eran las palabras que estaban escritas en el papel y que no podía borrar de su mente a pesar de que su mirada estaba ahora puesta en ese mismo papel que estaba quemándose en el fuego. No podía dejar que Clyde descubriera ese secreto o su tío sería capaz de matarla por haber sido tan torpe de dejarlo a las vistas o escondido donde pensaba que no iban a encontrarlo. No. Debía quemarlo y borrar esas palabras que no podía ver nadie.

Su corazón estaba desbocado. No sabía quién demonios podía conocer

esa información en ese lugar, pero estaba claro que era alguien que la había visto llegar. Si fueran los MacAllister, estos lo habrían comentado al verla tan solo para intentar que ese matrimonio se deshiciera y tener vía libre. Sin embargo, se habían mantenido callados, así que no podían ser ellos. Pero entonces ¿quién podría ser? No recordaba haberse cruzado con nadie más que algunos sirvientes. ¿Tal vez alguno de ellos conoció a su padre tiempo atrás?

Fiona no podía creerlo. Con manos aún temblorosas, se levantó y dirigió hacia la puerta. Cogió el manto de Clyde del suelo y volvió a colocarlo sobre sus hombros. Tenía que buscar a esa persona donde fuera. Y no podía estar muy lejos, pues acababa de dejarle la nota bajo la puerta.

La joven miró una vez más al guerrero y comprobó que estaba profundamente dormido. Sin hacer ruido, abrió la pesada puerta y salió, cerrando tras de sí. Fiona miró a un lado y a otro del pasillo, descubriendo que estaba desierto. Con pasos lentos, se dirigió hacia las escaleras. Temía ser el blanco de un ataque, aprovechando que estaba todo el mundo durmiendo. A medida que bajaba las escaleras, Fiona se sentía incómoda, pues no era su castillo y no quería hacer algo para molestar más a los MacAllister. Y mucho menos, causarle problemas a Clyde ahora que las cosas estaban cambiando entre ellos.

Apretándose contra la pared, Fiona hizo todo lo posible para no hacer ruido, tal y como le había sugerido su padre años atrás si alguna vez se internaba en una casa a robar. La escasa luz del pasillo le dificultaba caminar, pues tenía que estar muy pendiente del suelo si no quería resbalar y caerse por las escaleras. Las antorchas de las paredes apenas proporcionaban luz, pues estaban colocadas muy alejadas las unas de las otras, por lo que apenas daban luz a los pasillos o las escaleras.

En el momento en el que Fiona llegó al piso inferior, dejó escapar un suspiro de alivio. Siguió caminando pegada a la pared, ya que así sabía que nadie podría atacarla por la espalda. La persona que le había dejado la nota sabía que esa información era peligrosa, así que podría hacerle daño.

No sabía dónde buscar, así que se arriesgó a ir a las cocinas. Allí cogería alguna pieza de fruta para disimular si alguien la descubría. Y si la veían en un pasillo en el que no debería estar, fingiría haberse perdido al no conocer el castillo.

Cuando abrió la puerta de las cocinas, su corazón latía tan deprisa que no podría escuchar un sonido en su interior. No obstante, esta se encontraba vacía. Se dirigió hacia un pequeño cesto que había en la encimera y cogió una manzana. La apretó con fuerza contra sí, deseando no tener que dar explicaciones que no deseaba proporcionar, y salió de allí antes de que alguien pudiera verla.

Con paso lento, pero firme, Fiona salió de las cocinas y caminó por el pasillo intentando escuchar algún sonido extraño que le indicara que en algún salón había alguien escondido. Pero estaba todo completamente en silencio. No parecía haber nadie despierto. La joven torció la cabeza y contuvo su lengua para no dejar escapar una maldición. Siguió adelante y cuando estaba a punto de dirigirse hacia las escaleras, tras girar en una esquina, vio una sombra negra en el otro extremo del pasillo. La estela de la capa que llevaba esa persona logró verse durante un segundo más, hasta que desapareció por completo.

El corazón de Fiona se paró un instante. Miró a un lado y a otro, preguntándose qué debía hacer. Tal vez era la persona que le había dejado la nota o puede que fuera alguien que había entrado en el castillo para hacerles algún mal a los MacAllister. Sin embargo, pudo más su curiosidad y lo siguió. Necesitaba descubrir quién era la persona que la había visto y sabía quién era en realidad.

Toda su vida podía depender de ello, ya que, si le contaban la verdad a Clyde, estaba segura de que iba a reaccionar mal, pues el guerrero era un hombre que odiaba la mentira. Intentando no hacer ruido con sus mocasines por las piedras del suelo, Fiona casi voló hacia la esquina donde había visto desaparecer aquella sombra. Cuando llegó, se apoyó contra la pared y asomó la cabeza para comprobar si había alguien, pero el pasillo volvía a estar completamente vacío.

Extrañada, Fiona dejó de esconderse y caminó unos metros por ese pasillo. Todo estaba en silencio, ni siquiera escuchó el chirrido de una puerta o el frufrú de la tela de la capa que envolvía a esa sombra. Nada. Con manos temblorosas, Fiona deshizo el camino. Allí había alguien que la había reconocido, pero ¿quién? No podía comentárselo a Clyde, así que debía disimular y fingir que no todo estaba bien. Sabía que le iba a costar, pero tenía que conseguirlo. El guerrero le había asegurado que saldrían del castillo al día siguiente, tras la celebración, ya que quería regresar cuanto

antes a su hogar. Por lo tanto, si había alguien allí que la conocía, tenía hasta el mediodía para encontrarlo. Después, se alejaría de allí y puede que esa persona desapareciera de su vida para siempre.

Con el aire contenido en el pecho, Fiona subió las escaleras. Las sombras que hacían las antorchas en las paredes y los pasillos lograban ponerle el vello de punta. Eso, sumado a la nota recibida, hacían que sus nervios estuvieran a flor de piel y tuviera la sensación de que iba a salir alguien de entre las sombras en cualquier momento.

Estaba deseando volver al castillo Campbell cuanto antes o al menos alejarse de ese lugar, donde parecía haber una energía negra en cada rincón del mismo.

Abrió la puerta del dormitorio lentamente para evitar hacer ruido. No quería despertar ni a Clyde, ni a sus hombres y, mucho menos, al laird MacAllister y el resto de su familia.

Sin levantar la mirada, Fiona cerró la puerta y se giró para acostarse de nuevo e intentar dormir algo antes del amanecer. Sin embargo, una sombra se irguió sobre ella.

—Si tenías hambre, podrías habérmelo dicho…

A pesar de conocer la voz de Clyde, Fiona estaba tan nerviosa que no pudo evitar sobresaltarse. La manzana que llevaba en la mano salió volando, hasta caer en la mano de Clyde, que se movió para agarrarla.

La joven cerró los ojos un instante, mientras llevaba una mano a su pecho para calmar los rápidos latidos de su corazón.

—Lo siento, no pretendía asustarte…

La voz del guerrero sonó con un deje de disculpa, por lo que Fiona abrió los ojos y los clavó en él.

—Este maldito castillo parece tener ojos en las paredes —comenzó diciendo la joven—. Venía mirando a un lado y a otro y al escucharte pensaba que iban a atacarme…

Clyde no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Fiona Cameron está asustada? ¿Eres la misma que sobrevivió a estar en un árbol durante horas?

La joven lo miró malencarada de reojo y resopló.

—No te burles o me confabularé con alguno de tus hombres para asustarte…

Clyde le dio un mordisco a la manzana.

—Sabes que eso sería demasiado perjudicial para ti…

Fiona arqueó una ceja.

—¿Me estás amenazando, Campbell?

Clyde volvió a sonreír y a mordisquear la manzana.

—Tal vez…

La joven se lanzó contra él para quitársela, y cuando la tuvo de nuevo entre sus manos, se acercó al fuego. Los latidos de su corazón parecían haber vuelto a sosegarse, pero la sensación de peligro seguía pendiendo sobre su cabeza.

—Si los MacAllister te hubieran descubierto por los pasillos a esta hora, te habrías metido en un lío.

—Tenía hambre…

—No creerían esa excusa.

Fiona se encogió de hombros.

—Si no dejan que sus invitados puedan bajar a comer algo, no son muy buenos anfitriones…

Clyde se acercó a ella por la espalda y, sin poder resistirse, acarició su espalda. Sonrió al ver que Fiona llevaba su manto sobre sus hombros. Eso le parecía un acto de confianza que nunca se le habría pasado por la cabeza, así que verla con los colores de los Campbell sobre ella lo llenó de orgullo.

Al lado del fuego, con su pelo rojo enredado y suelto, sus ojos fijos sobre la chimenea, el movimiento de su cuerpo al morder la manzana… todo en ella lograba excitarlo. Y lo peor de todo era que no estaba seguro de que llegara el día en el que se saciara de ella. Había pasado de odiarla a desearla. No. Había pasado de odiarla a desearla libremente, pues la deseó antes de dejar el odio a un lado.

Fiona suspiró cuando sus dedos rozaron su cuello y le provocaron un escalofrío. El pecho de Clyde chocó entonces con su espalda y su mano libre acarició su cintura para atraerla más hacia él. ¿Cómo era posible que,

después de las incontables veces que la había hecho suya durante la noche, no se hubiera saciado? Su cabeza descendió hasta su oreja, donde atrapó su lóbulo con los labios.

—Me estoy comiendo la manzana…

Clyde sonrió, dejando escapar el aliento contra la suavidad de su piel.

—Y yo quiero comerte a ti.

Fiona sintió que el sonrojo volvía de nuevo a sus mejillas. Intentó desasirse de las manos de Clyde, pero este la tenía prisionera. Y cuando los labios del guerrero succionaron de nuevo su oreja y le susurraron al oído, la manzana que se empeñaba en comer a pesar de no tener hambre cayó al suelo estrepitosamente:

—Quiero comerte —repitió el guerrero— lentamente, saborear cada parte de ti. Muero por perderme en tu cuerpo y hacer que olvides el mundo que nos rodea, incluso tu nombre. Ansío sentir tu piel ardiendo contra la mía mientras nos fundimos. Y quiero escuchar cómo tu cuerpo me suplica sin que tú digas ni una sola palabra.

Fiona cerró los ojos un instante para después girarse entre sus brazos y besarlo. Estaba segura de que la guerra entre ellos iba a regresar en cuanto alguien le contara a Clyde que era hija de Travis Cameron y no de Fergus, así que aprovechó ese momento de intimidad para disfrutarlo.

CAPÍTULO 17

El día amaneció con una tormenta desatada poco antes de que los primeros rayos de luz se mostraran en el horizonte. El fuerte viento soplaba con tanta fuerza que Fiona se sobresaltó en cuanto las gotas de lluvia chocaron contra la ventana del dormitorio. Sentía el cuerpo lánguido, pero el sobresalto por la tormenta le arrebató los últimos vestigios del sueño, haciendo que se incorporara en la cama.

Descubrió que Clyde ya se había levantado y estaba terminando de vestirse. En ese momento, un fuerte trueno sacudió el cielo, asustando de nuevo a la joven.

—Me temo que no vamos a tener una vuelta tranquila… —le dijo Clyde al ver que se había incorporado—. ¿Estás bien?

Fiona asintió. Casi podía sentir aún las manos del guerrero sobre su cuerpo, aunque intentó no pensar en todo lo que habían hecho desde el anochecer del día anterior y durante la madrugada para evitar sonrojarse.

—¿Te he hecho daño?

La joven negó con una sonrisa.

—Solo un poco cansada.

—Estás pálida.

Ella intentó restarle importancia, pero su mente acababa de recordar también lo que había sucedido antes de que volviera a caer en los brazos de Clyde. Había alguien en ese lugar que conocía su verdadera historia y podía poner su vida en peligro. Aunque no solo la suya, sino también la de Clyde.

Fiona sonrió y apartó las sábanas.

—Eso es porque necesito comer cuanto antes… Además, me he sobresaltado con la tormenta. Será un día duro.

—La tormenta no es lo único duro del día. En este momento, tengo algo aún más duro para ti… —le espetó Clyde mirándola directamente a los ojos.

Fiona creyó que había escuchado mal. Lo miró y después se miró a sí misma, siguiendo el recorrido de los ojos del guerrero. No se había dado cuenta de que estaba desnuda cuando había apartado las sábanas, por lo que

no sabía a qué se refería. Y ahora que entendía sus palabras no pudo evitar que un poderoso calor se extendiera por todo su cuerpo, dejándola sin palabras.

—Pero tienes razón. Yo también tengo hambre… —siguió Clyde con una sonrisa escondida entre la barba—. Te espero abajo con mis hombres.

Ni siquiera respondió. Fiona no llegó a encontrar su propia voz en su garganta cuando Clyde se giró para marcharse. Se había quedado completamente petrificada ante esas palabras. Sus ojos la habían traicionado cuando, antes de que Clyde se girara, miraron su entrepierna. Esta sobresalía demasiado entre su ropa, indicándole que era cierto lo que acababa de decirle.

Una sonrisa tímida asomó entre los labios de Fiona. Estaba descubriendo un nuevo Clyde, y lo peor de todo era que le estaba gustando demasiado.

La fiesta que habían organizado los MacAllister sorprendió a Fiona tanto como a Clyde. No podían creer el despliegue de comida y gente a la que habían invitado para celebrar el matrimonio de ambos. Fiona no conocía a nadie, así que puso su atención en la expresión en los rostros de la gente. Estos la saludaban como si la conocieran de toda la vida, dándole la bienvenida a ese clan y felicitándola por su boda con Clyde. Ella les respondía con una sonrisa, pero había algo en ella que no lograba estar del todo cómodo. Recordó la nota que había recibido y se preguntó si alguno de ellos era el responsable de esta y disimulaba frente a los demás hasta que ella se encontrara sola en algún momento.

Por ello, Fiona se preocupó de que Clyde estuviera con ella en todo momento. Y si no era así, se acercaba a Rob para entablar conversación con él, algo a lo que el guerrero respondió con una expresión de sorpresa por su cercanía.

—¿Has bebido mucho, muchacha? —llegó a preguntarle.

Fiona frunció el ceño y negó.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque me estás hablando…

Fiona resopló y se alejó unos pasos, aunque sin llegar a alejarse. Temía

que alguno de los allí presentes la atacara. Por ello, se detuvo a mirar sus rostros. Nadie la observaba en ese momento, por lo que no podía asegurar con exactitud si alguno era el que había escrito la nota.

La gente comía, bailaba y se divertía mientras ella deseaba marcharse de allí cuanto antes a pesar de la tormenta, que podía escucharse por encima de la música. Los asistentes habían secuestrado a Clyde y lo mantenían alejado de Fiona, al igual que al resto de guerreros Campbell, que se habían dispersado, olvidándose de que ella también estaba allí.

Sin embargo, en un momento dado, cuando se acercó a una mesa a coger una copa, Fiona creyó ver un rostro conocido entre los sirvientes. Su corazón se sobresaltó, ya que no podía ser verdad. Esa persona no podía estar allí en ese salón, actuando como si nada. Había sentido el peso de una mirada en varias ocasiones, pero no había logrado adivinar a quién pertenecía. Y ahora que lo había avistado en algún lugar del salón, no paraba de mirar a un lugar y a otro.

No podía ser él, pero tampoco tenía duda. Fiona intentó buscarlo de nuevo, pero había tanta gente que no podía percibir nada. Su corazón latía demasiado deprisa y los oídos habían comenzado a pitar. Apenas escuchaba la música mientras miraba a un lado y a otro de forma desesperada.

El hombre que había atacado a los Campbell y estuvo a punto de matarla en el bosque estaba allí. Lo sabía. Lo había visto y lo presentía.

—Estoy de acuerdo con que estos MacAllister son más feos que el trasero de mi caballo, pero ¿tanto como para tener esa cara?

El susurro de Clyde, en otro momento, le habría sacado una sonrisa. Sin embargo, estaba tan nerviosa que le salió una mueca, aunque intentó disimular.

—Es solo que hay demasiada gente, y no estoy acostumbrada a ser el centro de atención.

Clyde bebió de su copa mientras barría el salón con la mirada.

—Sí, yo tampoco imaginaba que la fiesta sería tan concurrida.

Fiona tragó saliva antes de volver a mirarlo a los ojos.

—¿Podemos marcharnos cuando esto acabe?

—¿Tanta prisa tienes por llegar a casa?

A casa… Esas palabras eran tan normales que a Fiona le sonaron extrañas en la voz de Clyde. Después de lo que había pasado entre ellos durante la noche y tras la guerra iniciada por ambos años atrás no podía creer que estuviera en el mismo lugar que él sin pelear o lanzarse dardos hirientes.

—No me siento bien en este lugar —confesó—. Está claro que los MacAllister querían casarte con su hermana, así que me hacen sentir incómoda a pesar de todo este despliegue de invitados y música. Es como si estuvieran celebrando tu boda con Loreen, no la nuestra.

—Lo sé. Es demasiado para mi gusto.

—¡Campbell, ven a celebrar con nosotros! —vociferaron cerca de ellos.

Clyde giró la cabeza y vio que varios guerreros MacAllister, ya borrachos, lo llamaban para beber junto a él. El guerrero le hizo un gesto de fastidio a Fiona, que le sonrió para que se marchara junto a ellos.

—Ve con ellos. Los veo capaces de matarme tan solo por retenerte a mi lado.

Clyde asintió y, para sorpresa de la joven, este levantó la mano y le acarició el rostro con ternura. En los ojos de Fiona se dibujó una expresión de sorpresa, ya que no esperaba esa muestra de cariño frente a los demás. Sin lugar a dudas, Clyde estaba cambiando, pero temía su ira si descubría su verdadera identidad.

Con las mejillas aún teñidas de rojo por la vergüenza, la joven desvió la mirada y no pudo evitar poner los ojos en blanco al ver sonreír a Rob, Mervin y Fyn. Los dos primeros, incluso, los imitaron cómicamente, haciendo que la joven volviera a sonrojarse, provocando sus risas.

Dejando la copa en la mesa más cercana, Fiona se paseó por el salón. Ahora que volvía a estar sola, necesitaba comprobar si lo que había visto era real y no producto de su imaginación por los últimos acontecimientos y el agobio de ver el salón lleno de gente desconocida.

Se alejó de Clyde y sus guerreros, internándose entre los grupos de gente, que le sonreían al pasar. La joven intentó devolverles el gesto, pero temía que, por la preocupación, tan solo le saliera una mueca y se metiera en problemas. Levantó la mirada hacia un lado y otro, pero no vio a los sirvientes. Se preguntó si tal vez habían salido para ir a las cocinas en busca de algo más para llenar los estómagos de los invitados.

Con gesto nervioso, Fiona se alejó más de los grupos. Su vida no era la única que estaba en peligro, sino también la de los Campbell. Se preguntó si ese hombre estaba compinchado con los MacAllister o actuaba solo y no logró encontrar respuesta. O tal vez no deseaba hacerlo, ya que, si estaba compinchado con los anfitriones, estaban perdidos.

Su corazón golpeaba con fuerza su pecho, y tan metida estaba en sus pensamientos y la búsqueda que no vio el pie que se interponía en su camino. Su torpeza la llevó de golpe al suelo. Fiona cayó y dejó escapar un grito de dolor cuando sus rodillas se dieron de lleno con la piedra del mismo. Sin embargo, apenas se escuchó debido a la música. Y la gran mayoría de las personas estaba tan metida en sus conversaciones y habían bebido tanto que nadie vio lo que pasaba.

Fiona se puso primero de rodillas y luego se incorporó, pero una mano amiga la ayudó a levantarse del todo. Cuando levantó la mirada con una sonrisa para agradecerle su ayuda, esta se quedó congelada en los labios.

—¿Te encuentras bien, muchacha? —preguntó con una sonrisa ladina en los labios.

Sus manos comenzaron a temblar y dio un paso atrás sin apartar la mirada de él. Era cierto. El mismo hombre que había intentado matarla durante el ataque a los Campbell y que la había reconocido como hija de Travis Cameron estaba ante sus ojos, vestido con el uniforme de sirviente de ese castillo y parecía sentirse tan tranquilo que no se movió ni un centímetro cuando la joven miró hacia atrás en busca de los ojos de Clyde.

—Parece que sigues siendo un poco torpe. Por cierto, creo que aquel día en el bosque no te di mi enhorabuena por tu boda con Campbell.

Fiona frunció el ceño y apretó los puños. A su alrededor, todo el mundo estaba enfrascado en sus conversaciones y nadie escuchaba la suya.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Lo vio encogerse de hombros.

—Preparo las comidas para vuestra celebración… Los MacAllister sí que saben preparar una buena fiesta…

—¿Ellos saben quién eres?

Lo vio reír.

—Lo importante es que tú lo sepas. Y sabes por qué estoy aquí.

Fiona lo miró de arriba abajo con cara de asco.

—Aquí hay mucha gente. Si atacas a los Campbell, acabarás muerto.

—La verdad es que no me importa si te llevo a ti también al infierno, muchacha. Por cierto, ¿le has dicho ya a Campbell que su esposa es la hija del mayor ladrón de Escocia?

El silencio con el que contestó Fiona fue respuesta suficiente, algo que lo hizo sonreír ampliamente.

—Si no lo mata esa información, ya lo haré yo…

—Tú no vas a hacer nada, desgraciado —le aseguró la joven antes de girarse para buscar a Clyde.

No obstante, la fuerte garra del hombre atrapó su brazo y tiró de ella hacia atrás. Fiona se pisó la falda del vestido y trastabilló, haciendo que su espalda chocara con el pecho de su atacante y, en ese instante, su mirada pudo localizar a Clyde al otro lado del salón, hablando con el laird MacAllister. Y cuando este levantó la mirada al sentir la suya sobre sus hombros, y vio la desesperación en su mirada, frunció el ceño.

—¡Se acabó la fiesta, señores! —bramó su atacante a su espalda.

Su brazo rodeó el cuello de Fiona, que intentó liberarse, sin éxito. Ni siquiera pudo hacerlo cuando logró patearlo en la pierna.

—¡Clyde! —gritó Fiona volviendo a conectar su mirada con la azul del guerrero.

Este se lanzó a través del salón al tiempo que desenvainaba la espada. Empujaba a la gente como si de simples muñecos se tratara y sus pasos resonaron en el salón como fuertes truenos cuando la música cesó por completo.

Ni siquiera había logrado reconocer al hombre que la retenía, pues sus ojos se habían mantenido firmes sobre la daga que ahora apuntaba al cuello de Fiona y sobre la mirada asustada de la joven. Y eso lo volvió loco al instante.

—No te acerques más, Campbell, o verás morir a tu esposa en cuestión de segundos… —lo amenazó.

Clyde levantó poco a poco la mirada, penetrante y afilada, y al reconocer

el rostro del mismo hombre que casi la mató en medio del bosque, estuvo a punto de lanzar un rugido de rabia. Lo apuntó con la espada con el rostro contraído por la furia. Parecía un ser demoníaco.

Desde su posición, Fiona lo miró y descubrió en él a un Clyde que ni ella misma había logrado despertar durante su guerra. Incluso tuvo la sensación de que ese guerrero era frío y sin alma, como si no le importara morir él en ese momento, y sintió un nudo en la garganta que le impidió hablar.

En cuestión de segundos, la gente a su alrededor se alejó y dieron paso a los hombres de Clyde, que se colocaron tras su laird, aunque enseguida Knox MacAllister llegó junto al laird Campbell.

—No toques a mi esposa.

Fiona tembló en ese instante. Incluso la voz de Clyde era completamente diferente. Parecía estar carente de vida cuando pronunció aquellas palabras. Sus ojos se habían oscurecido, dejando una estela de negrura que también lo rodeó a él.

—¿Qué haces, Donald? —murmuró Knox a su lado.

—¿Lo conoces?

Knox asintió.

—Es uno de los sirvientes que contraté para esta fiesta.

Sin apartar la mirada del hombre, Clyde lo vio sonreír de lado y apretó la daga aún más contra la base del cuello de Fiona. Esta contuvo la respiración y entrecerró los ojos por el dolor. Temía incluso tragar su propia saliva por temor a cortarse con ese simple movimiento.

Clyde rugió al ver a la joven y dio un paso más hacia ellos.

—Suelta a mi esposa ahora mismo… —lo amenazó elevando más la espada.

Donald, con el rostro endurecido y sin dejar de apuntar a Fiona, dio un paso atrás. Continuó sujetándola con firmeza y fuerza.

Clyde tragó saliva sin apartar la mirada del brillo que tenía la fina hoja de la daga. Apuntaba directamente a un punto en el que, si la clavaba, la vida de Fiona estaría perdida. Dirigió todo su odio hacia sus ojos para dejarle claro a Donald que, si quería luchar, él estaba dispuesto a hacerlo, pues no iba a permitir que le hicieran daño a Fiona.

El hombre que la retenía apretó los labios, como si estuviera midiendo sus opciones en ese momento o tal vez disfrutando de que la fiesta hubiera llegado a su fin.

El aire en el salón estaba cargado de tensión, denso, como si incluso las paredes supieran que algo terrible estaba a punto de suceder, pero Clyde no estaba dispuesto a que se derramara sangre Campbell, sino la de ese hombre.

Donald sonrió de lado al ver que el laird Campbell daba un paso más hacia él. Apretó la daga con más fuerza, obligando a Fiona a inclinar la cabeza un poco más hacia atrás.

—Si vuelves a acercarte un solo paso más, Campbell, comprobarás si la sangre de tu esposa es tan roja como las demás…

Al instante, el propio Rob fue quien se aproximó a Clyde, colocándose a su lado y elevando él también la espada.

—Ten mucho cuidado con lo que haces, desgraciado, estás apuntando a mi señora y no vamos a permitir que le hagas daño.

Donald comenzó a carcajearse, algo que hizo que Clyde apretara la mandíbula con más fuerza, pero no retrocedió en ningún momento.

—¿Esta furcia tu señora…? —se burló.

—Atrévete a insultar de nuevo a mi esposa y te aseguro que no habrá demonios suficientes en el inframundo que puedan perseguirte en esta vida y en la siguiente…

Sin embargo, a pesar de sus palabras, Donald volvió a sonreír de lado.

—Me temo que no sabes de lo que estoy hablando, muchacho…

Fiona cerró los ojos un instante. Iba a contarle la verdad a Clyde. Ese desgraciado iba a contarle todo a su esposo y después iba a matarla. Con lágrimas en los ojos al ver que la nueva vida que parecía haber comenzado a forjar junto a Clyde iba a desaparecer, Fiona intentó soltarse, pero Donald apretó más la daga, haciéndola sisear de dolor.

—¿Por qué el laird Cameron te casó con esta muchacha?

Clyde frunció el ceño.

—Es su hija, maldita sea. ¡Suéltala!

Donald negó con la cabeza, provocando que las lágrimas de Fiona corrieran desesperadas por sus mejillas, gestos que malinterpretó Clyde.

—Te daré una sola oportunidad más —comenzó diciendo el laird Campbell con calma peligrosa, pronunciando cada sílaba lentamente, como si le costara un mundo hacerlo—. Suéltala y tal vez salgas vivo de aquí…

Donald soltó una carcajada seca, aunque sonó demasiado forzada. Sin embargo, mantuvo en vilo a Clyde y sus hombres, secundados por el propio laird MacAllister.

—¿Crees que esa amenaza me da miedo, Campbell? Sé algo que pareces desconocer, así que no eres tú quien manda aquí… Tengo cierta información sobre tu esposa que podría cambiarlo todo.

Fiona volvió a removerse entre sus brazos, pero él apretó más la daga, obligándola a desistir.

—¿Qué demonios estás diciendo? Has perdido el juicio…

Ni siquiera las palabras de Clyde pudieron frenar la lengua de Donald, que estaba dispuesto a contar toda la verdad sobre la joven.

—¿De verdad crees que he perdido el juicio, Campbell? ¿Tu querida esposa te ha contado todo sobre su vida?

—Lo único que me importa de su vida es lo que vive conmigo. Lo que sucediera antes de conocerla me es indiferente.

—No debería importante tan poco si vuestro matrimonio comenzó con una mentira del laird Cameron.

Fiona rechinó los dientes.

—No dices más que tonterías —se quejó la joven entre dientes, aunque Clyde logró escucharla a la perfección.

Donald sonrió de lado.

—Tonterías… —murmuró haciendo un pequeño corte en el cuello de Fiona, que siseó.

Clyde bajó su espada y dio un paso hacia adelante para lanzarse contra Donald de una vez por todas, pero la garra de Rob lo detuvo al ver que el hombre echaba la cabeza de la joven aún más hacia atrás.

—¿Tonterías, muchacha? —bramó Donald contra su oído—. Campbell,

creo que deberías saber esto… Tu querida esposa no es…

Lo siguiente que escuchó todo el mundo fue el gorgojeo que escapó de su garganta cuando el filo de una daga salió de la base de su cuello. Fiona dio un respingo cuando el líquido caliente rojo cayó por su ropa.

Al otro lado de Donald asomó la cabeza de Dougal, el segundo al mando del clan MacAllister, que había rodeado al atacante hasta encontrar el momento propicio para matarlo.

Clyde dio un paso hacia adelante con la mano en alto y atrajo a Fiona hacia sí mientras el cuerpo de Donald caía al suelo, muerto. La joven se aferró a su cuello desesperadamente. Por un lado, sentía alivio por no haber acabado muerta, y, por otro, al no haber desvelado su secreto ante todos. Y no solo eso. Tenía pavor de que Clyde, a partir de ese momento, la mirara de una forma diferente y dudara de ella, si es que había creído en las palabras del atacante.

Tembló entre sus brazos mientras Clyde, para su propia sorpresa, acariciaba su espalda lentamente y susurraba palabras de alivio en su oído, enterrando la cabeza en su cuello. De sus ojos no cesaban de salir lágrimas, pero cuando vio que todo el mundo seguía mirándolos en silencio, se separó del guerrero, aunque este no la soltó y la mantuvo pegada a su cuerpo.

—Lamento muchísimo esto que acaba de suceder, Campbell —dijo un afligido Knox mirando el cuerpo muerto de Donald—. Hace unos días vino a pedir trabajo y, como habíamos pensado hacer la fiesta, lo contraté. En ningún momento pensé que pudiera intentar haceros daño.

Clyde chasqueó la lengua. Aún podía verse la frialdad en su mirada al dirigirse a Knox. El guerrero implacable, sanguinario y frío que habitaba en su corazón había salido de nuevo y sería muy difícil volver a encerrarlo.

—Ese hombre nos atacó hace semanas en el bosque. No es la primera vez que intenta matar a Fiona.

Knox suspiró y miró a la joven, que se apoyó más contra Clyde. Este pasaba la mano por encima de sus hombros y la estrechaba contra él.

—Vaya, lo siento muchísimo, muchacha. Se suponía que esta fiesta era para celebrar vuestro matrimonio, no para que intentaran matarte. ¿Por qué quería hacerlo? ¿A qué se refería con sus palabras?

Fiona sabía que le harían esa cuestión, pero no pensaba que justo después

de que sucediera todo, y menos delante de todo el mundo. Agradeció que hubiera temblado antes, porque en ese instante también lo hizo al sentir sobre ella el peso de todas las miradas, sobre todo la de Dougal, que se acercó más a ellos.

—No lo sé, la verdad. En el bosque me atacó porque intenté salvar a Clyde. Lo apuntaba con una flecha y yo le lancé una piedra. Supongo que por eso me odiaba tanto…

Fiona no supo si su voz había sonado convincente, ya que lo que acababa de decir eran verdades a medias. Vio que Knox asentía, convencido.

—Lo importante es que tu hermano nos ha quitado del medio a un enemigo que pretendía matarnos. Estoy en deuda contigo, MacAllister.

Dougal se encogió de hombros, restándole importancia.

—No podía permitir que mataran a una invitada en nuestro hogar. Estamos en paz, Campbell.

Clyde asintió y carraspeó, incómodo.

—Me temo que la fiesta se ha acabado. Lo estábamos pasando bien, pero creo que es el mejor momento para regresar a nuestra casa.

Knox mostró un gesto de disgusto.

—Amigo, ¿por qué no os quedáis un día más como compensación a este desastre de fiesta?

Clyde negó con la cabeza.

—Lo mejor es que regresemos, MacAllister. Quiero que mi esposa tenga tranquilidad después de esto y sé que la tendrá en nuestro hogar.

Fiona lo miró largamente antes de asentir. La firmeza con la que había hablado y el deje de preocupación que podía intuirse en su voz la dejaron perpleja momentáneamente.

—Yo también pienso que es lo mejor. Gracias por todo. Y a usted también, señor MacAllister.

Dougal volvió a restarle importancia.

—Lo importante es que te encuentres bien, muchacha.

La joven asintió nuevamente y, sin separarse de Clyde, rodearon el cuerpo de Donald para marcharse de allí. A su alrededor, todo era silencio e

incomodidad. Ese hombre había arruinado la preparación y fiesta de los MacAllister, y también su día, pues había estado a punto de contar el único secreto que había tenido en su vida.

CAPÍTULO 18

La noche los había sorprendido a mitad de camino, tal y como esperaban, pero no les había importado, pues sabían que no habrían podido descansar en el castillo MacAllister después de lo sucedido.

Habían recogido todas sus pertenencias y habían puesto rumbo de nuevo a su hogar. Aún les quedaba un buen tramo de camino para llegar a tierras Campbell, pero la lluvia era tan intensa como esa mañana y los caminos estaban casi impracticables. La oscuridad parecía aún mayor ahora que la luna estaba escondida tras las nubes y no cesaba de caer agua sobre sus cabezas.

Aunque a Fiona no le importaba, pues no era lo peor del día, sí se sentía ligeramente incómoda consigo misma. Ahora que ese hombre había muerto, se había llevado su secreto con él a la tumba. Clyde no tenía por qué enterarse de su verdadera identidad, pero ahora que estaban cambiando las cosas entre ellos, la mentira parecía tener vida propia y la carcomía por dentro. No era una mentira que ella misma había inventado, sino su tío para borrar la huella de su hermano ladrón. Pero ella era el vivo recuerdo de Travis Cameron, y esto le encogía el estómago cada vez que miraba a Clyde.

El guerrero cabalgaba a su lado. A veces la miraba para saber cómo se encontraba y, cuando ella le devolvía la mirada, la preocupación de sus ojos parecía menguar. Fiona se preguntó si seguía preocupado por lo sucedido con Donald o porque le daba vueltas a lo que este había desvelado a medias antes de morir ahogado en su propia sangre.

—Pasaremos la noche en la próxima taberna —informó Clyde—. Nos mataremos en estos caminos si seguimos.

—Si no recuerdo mal, había una a media hora de aquí más o menos —afirmó Rob cerca de ellos.

Fiona suspiró de alivio. Tenía la ropa completamente mojada y la necesidad de quitársela y llenar su estómago con algo caliente era realmente tentador.

Tal y como había previsto Rob, tardaron una media hora en llegar y durante el camino, los caballos se habían escurrido varias veces,

amenazando con tirarlos al suelo, debido al barro. La lluvia pareció hacerse más intensa a medida que se aproximaban a la taberna, donde las voces eran tan altas que lograron escucharlas cuando aún les quedaban varios metros para llegar.

Mervin fue el responsable de llevar los caballos a la zona trasera, donde los ató a cubierto para evitar que siguieran mojándose con la lluvia.

Clyde fue el primero en pasar, seguido de Fiona, cuya mano sostenía el guerrero, apretándola suavemente. Se acercaron a la barra y Rob le guiñó un ojo a la camarera.

—Buenas noches, preciosa —le dijo con galantería.

Fiona lo miró de reojo con una ceja enarcada y Clyde puso los ojos en blanco al ver cómo intentaba camelarse a la camarera su segundo al mando, tal y como siempre hacía cada vez que tenían que pasar una noche en alguna taberna del camino.

—Estoy casada, guapo —fue la respuesta de la muchacha.

Rob se mordió la lengua, sobre todo cuando sus compañeros se rieron de él.

—Últimamente, no das una, amigo… —se burló Fyn dándole una palmada en la espalda.

Rob lo miró con mala cara, antes de añadir.

—¿Y aunque estés casada podrías darle un dormitorio al laird Campbell y su esposa y otro para nosotros? El rubio que hay a mi lado puede irse a dormir con los caballos o a la mierda… Donde él prefiera —dijo señalando a Fyn con la cabeza, que le hizo un gesto obsceno como respuesta.

—Tengo tres habitaciones libres, así que ordenaré que preparen dos de ellas. Es un honor que el laird Campbell decida pasar la noche en nuestra taberna.

Clyde asintió con seriedad y señaló hacia una mesa.

—¿Aún queda algo caliente con lo que llenar nuestros estómagos?

La mujer sonrió y asintió.

—Ha sobrado estofado. Voy a calentarlo de nuevo y os lo serviré en unos minutos.

El grupo se dirigió hacia la única mesa libre que había, bajo la atenta mirada de los MacAllister que había por allí. Aunque habían firmado la paz años atrás, aún quedaba gente que seguía desconfiando de los Campbell, y Clyde no había hecho nada para ganarse la confianza de ellos. Al contrario, su fama lo precedía, pero él miró hacia adelante y cuadró los hombros con chulería cuando se sentó en la silla. Fiona se sentó a su lado y miró de reojo hacia una mesa en la que estaban jugando al ajedrez. La joven ocultó una sonrisa al recordar cuando, años atrás, su padre la obligó a aprender ese juego de estrategia, pues le dijo que sería esencial para su futuro como ladrona.

Volviendo a mirar al frente, los guerreros de Clyde se sentaron junto a ellos y carraspearon incómodos.

—¿Por qué demonios tienen que mirarnos así?

—Porque no son capaces de aceptar que mis antepasados y los suyos firmaran un acuerdo de paz —murmuró Clyde—. Pero tú finge que no los ves y ya está, Rob. Te quejas demasiado últimamente.

Fyn sonrió pícaramente.

—Es que el pobre no hace más que recibir rechazos de las mujeres.

—¿Alguna vez has sabido lo que se siente cuando te arrancan el pelo de cuajo?

Todo el grupo rio.

—¿Esas son tus nuevas amenazas, amigo?

—Sí, sobre todo después de ver cómo te lo colocas una y otra vez. ¿A quién quieres impresionar desde hace tiempo?

Fyn puso los ojos en blanco.

—Eso no es cierto…

—Claro… yo soy el único que quiere ganarse el corazón de una dama. Pobre de mí que me rechazan…

Fyn resopló y se echó hacia atrás en la silla para después cruzarse de brazos.

—Al menos yo soy más atractivo que tú.

Rob llevó la mano hacia la empuñadura de su daga, pero Clyde carraspeó

para llamar su atención.

—No me gustaría tener que pelearme esta noche.

Rob miró a Fyn con la amenaza dibujada en su cara, pero el guerrero se mantuvo sereno, como si no lo hubiera visto.

—Aquí tenéis vuestros platos.

La llegada de la camarera con varios platos rompió el silencio en el que se había sumido el grupo. Sin embargo, una nueva conversación comenzó mientras degustaban aquella maravilla culinaria que acababan de llevarles.

—Clyde, ¿por qué no te piensas nuevamente lo de la celebración por tu nombramiento como laird? —preguntó Rob—. Siempre la hemos hecho y no hay un motivo claro por el que no hacerla.

Clyde terminó de masticar y lo miró.

—Sabes que es una fiesta que nunca me ha gustado.

—Pero al resto sí. Y es una buena manera de que la gente del pueblo os vea a Fiona y a ti juntos ahora que os lleváis mejor…

Fiona enarcó una ceja.

—No me mires así, muchacha. Se ve a leguas que vuestra maldita guerra ha terminado.

—Tal vez inicie una nueva contigo… —sugirió la joven.

Rob sonrió y le guiñó un ojo.

—Esa guerra la habrías perdido antes de comenzarla. No podrías contra mí.

—Eso está por ver. Después de ver la cara que se te quedó al ver cómo abría ese baúl, estoy planteándome sacar el resto de artillería.

—¿Acaso conoces más trucos?

Fiona sonrió.

—¿Quién sabe?

Rob resopló.

—Lo que yo creo es que mientes más que hablas, muchacha.

—Eso está por ver.

Clyde se cruzó de brazos mientras miraba a Rob.

—Daría lo que fuera por ver tu cara nuevamente con ese gesto sorprendido.

—Tampoco fue para tanto —se quejó Rob.

—A lo mejor veremos una exhibición parecida en la fiesta por mi nombramiento.

Todos los de la mesa lo miraron de golpe.

—¿La vas a hacer finalmente? —preguntó Fiona.

Clyde la miró en silencio, admirando su rostro.

—Solo si tú lo deseas. Ahora está en tus manos.

Fiona sonrió ampliamente.

—Entonces se hará.

Los guerreros gritaron de júbilo sin importarles molestar al resto de la taberna mientras Fiona le sonreía a Clyde, que se sorprendió al verse perdido en ese gesto.

—Gracias.

Clyde se encogió de hombros, restándole importancia, pero para Fiona sí la tenía. No estaba segura de que el guerrero fuera consciente de los cambios que estaba teniendo, pero eran demasiado evidentes. Sonrojada, apartó la mirada, pero Clyde alargó una mano y la tomó de la barbilla suavemente. Le giró la cara de nuevo hacia él y la besó ante todos, provocando que sus hombres volvieran a silbar y gritar. Y a pesar de que la joven intentó apartarse, Clyde la sostuvo hasta que finalizó el beso.

—¡Eh, Campbell, te veo muy animado! —gritaron desde la mesa de al lado.

Todos giraron la cabeza hacia él. Descubrieron que se trataba de uno de los hombres que estaba jugando al ajedrez y que miraba a Clyde con una sonrisa amplia al tiempo que le señalaba la silla que había frente a él.

—¿Te animas también a jugar una sola partida? Voy a apostarme todo lo que he ganado esta noche.

—El juego no es lo mío —respondió Clyde, pero el hombre bufó.

—Venga, me encantaría jugar contigo una partida. Tampoco voy a pedirte

que te apuestes a esa preciosa mujer que tienes al lado… Me conformo con tu daga.

Fiona arqueó una ceja.

—Es la daga de tu abuelo, Clyde —murmuró Mervin—. No lo hagas.

—Ni siquiera lo escuches. Está borracho —murmuró la joven después de observar al hombre.

—Será mejor que busques a otro con el que apostarte todo —siguió diciendo Clyde.

Pero el hombre no se dio por vencido, y antes de que pudiera decir algo, Fiona intervino.

—¿Te atreverías a jugar contra una mujer?

Hasta el propio Clyde mudó la expresión de su rostro a una sorprendida. Rob la miró con una ceja enarcada, incapaz de creer que pudiera saber jugar al ajedrez, mientras que Mervin y Fyn sonrieron.

—Yo me atrevería a jugar contigo y a lo que tú quieras, preciosa, pero quiero jugar con alguien que sepa hacerlo.

Fiona resopló, pero cuando intentó levantarse para ponerlo en su sitio, la férrea mano de Clyde la detuvo. Este la miró y negó con la cabeza.

—No respondas a sus provocaciones… No quiero problemas con los MacAllister.

—Pero… —comenzó a quejarse.

—Jugaré yo —sentenció Clyde levantándose de la silla.

Cuando se volvió hacia los allí presentes, gritaron de júbilo.

—Tan solo una partida.

—Solo una. Si vences, te llevarás todo el dinero que he ganado. Si lo hago yo, me quedaré con esa daga tan bonita que tienes y tu espada. Creo que es un precio justo por todo lo que te ofrezco.

—Está bien, pero solo la daga. ¿Cuál es tu nombre?

El hombre sonrió.

—Sam MacAllister.

—Juguemos entonces, Sam —pidió Clyde sentándose justo enfrente de

él.

Al instante, sus hombres se levantaron de las sillas y se pusieron tras él para evitar que alguien pudiera hacerle daño mientras jugaba, pues la tensión podía olerse en cada rincón de la taberna.

Fiona también se levantó, pero se quedó ligeramente alejada, en un segundo plano, ya que no quería hacer nada que pudiera poner en peligro la concentración de Clyde. Sin embargo, estuvo muy atenta a todo lo que sucedía en la mesa. Cada mirada, cada movimiento, cada avance… Fiona estaba pendiente de todo, tal y como su padre le había enseñado.

Los minutos pasaban y Clyde parecía tener cierta ventaja respecto a Sam MacAllister. La gente allí presente apoyaba únicamente a Sam, por lo que sus ánimos comenzaron a escucharse a medida que pasaba el tiempo. Fiona vio el nerviosismo en los hombres de Clyde, pero este parecía estar totalmente relajado, aunque concentrado en lo que estaba haciendo. La ventaja que llevaba sobre Sam se hizo cada vez más corta, hasta que volvieron a estar en el mismo nivel.

Fue entonces cuando Fiona sí empezó a sentirse nerviosa. Clyde se jugaba la daga de su abuelo y, aunque parecía tener todo bajo control, no le gustaba Sam. En ese momento, comenzó a observarlo a él y cuando la partida estaba a punto de acabar se dio cuenta de un pequeño cambio. A medida que Sam ganaba terreno y parecía estar a punto de vencer, Fiona vio un movimiento extraño bajo la mesa. Cuando hizo uno de sus movimientos, fingió estar nervioso y pasó las manos por su pantalón, como si estuviera secando el sudor de la palma, sin embargo, Fiona vio que estaba haciendo trampas, pues vio entre sus dedos una pieza clave en el juego.

La joven se dio cuenta de que no solo estaban ante un buen jugador de ajedrez, sino ante un ladrón, como lo había sido su padre. Este le enseñó a detectar uno, pues era muy complicado. Siempre hacían juegos con las manos para engañar, como él estaba haciendo ahora con Clyde, jugaban con la mirada y se aprovechaban de las circunstancias. El ruido que había en la taberna no era nada favorecedor para Clyde, que había comenzado a sudar. Y cuando Sam jugó sucio y le ganó la partida y la daga, Fiona no pudo aguantarse.

—¡Ha hecho trampa! —vociferó señalándolo cuando ambos contrincantes se daban la mano y Clyde llevaba la otra hacia la daga para

entregársela.

—¿Qué dices, muchacha? —exclamó uno de los amigos de Sam—. No tenemos culpa de que tu esposo no sepa jugar.

Fiona lo miró con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

—Sí sabe jugar, aunque no ha sabido ver el engaño. Ha sacado una pieza de debajo de la mesa.

Mervin, Rob y Fyn los miraron con el ceño fruncido, mientras Clyde estaba atento a cada una de sus palabras.

—Yo no he visto nada extraño, Fiona.

—¡Claro! Porque ha sabido hacerlo, pero yo lo he visto.

Sam dio un manotazo en la mesa y se levantó, encarándose a la joven. Ese movimiento hizo que Clyde se pusiera al lado de Fiona, con una mano delante de ella para evitar que le hicieran daño.

—¿Una Campbell llamando traidor a un MacAllister? —vociferó—. Estáis rodeados de MacAllister. ¿Quieres problemas, preciosa?

Fiona abrió la boca para responder, pues no era una ganancia justa. Esa daga era de Clyde y él la había conseguido con trampas. No obstante, Clyde intervino con calma, pero con seriedad y frialdad.

—No queremos problemas, MacAllister. Repito que yo no he visto nada extraño en el juego.

—Pero…

—¡Ya basta, Fiona! —exclamó Clyde viendo que la tensión en la taberna era cada vez mayor.

—Eso, mujer, haz caso a tu esposo. Él sabe jugar. Tú no…

Fiona se mordió los labios para evitar decir algo que los metiera en problemas, así que prefirió callar y ceder, pero no estaba dispuesta a dejar que Clyde se marchara de allí sin su daga.

La joven resopló y se giró para tomar sus cosas de la mesa y preguntar dónde estaba su dormitorio. La camarera, aún temerosa de una pelea, le indicó cuál era. Y, sin mirar a Clyde una vez más, Fiona subió al piso superior para descansar, aunque con la rabia que sentía le sería imposible pegar ojo.

Una hora después, la puerta del dormitorio volvió a abrirse. Fiona ni siquiera había intentado acostarse, sino que seguía sentada en la jamba de la ventana mirando la negrura del exterior. De igual forma, tampoco se molestó en mirar hacia la puerta cuando esta se cerró y los pasos de Clyde se acercaron a ella.

—Veo que sigues con el mismo humor que ahí abajo…

La joven resopló y entonces sí que giró la cabeza en su dirección. A la luz del fuego y con ese gesto cansado, Clyde se veía realmente atractivo. Y durante un segundo no le habría importado dejar a un lado su enfado para entregarse a él. Quiso volver a sentir sus manos sobre su cuerpo una vez más, que la acariciara, que la besara, que la hiciera suya con fuerza. Pero estaba tan enfadada que apenas pudo sostenerle la mirada durante unos segundos más.

—No has querido escucharme.

El guerrero suspiró.

—Sam ha ganado sin trampas.

Fiona apretó la boca y los puños, mirando hacia el exterior.

—Vas a reventar si no lo sueltas… —le dijo Clyde.

Fiona rugió y se levantó de la jamba para encararlo.

—Los gritos de los demás y los rápidos movimientos de Sam te han impedido verlo, pero yo estaba atenta. En el momento en el que ha bajado las manos fingiendo tener sudor en ellas ha sacado otra pieza fundamental para la partida, Clyde. Te ha engañado y puede que también a los demás o puede que estos estuvieran compinchados para robarle algo al laird Campbell.

—Desconocía que supieras jugar al ajedrez…

Fiona se sintió incómoda.

—Supongo que no haber estado destinados a casarnos nos convierte en completos desconocidos.

—¿Quién te enseñó a jugar?

La joven tragó saliva.

—Mi padre —respondió.

—El juego del ajedrez no es un juego que se enseñe a las mujeres.

—Mi padre quería que aprendiera juegos de lógica para la vida. Y me enseñó todo lo que sabía. Por eso, me ha parecido un poco extraña su forma de comportarse. Lo he visto todo. Ha hecho trampas para quedarse tu daga.

Clyde suspiró y se pasó las manos por el rostro para después mirarla fijamente. Fiona suavizó su expresión y dio un paso atrás. La mirada del guerrero parecía tener tanto peso por sí sola que cada vez que la miraba de esa manera tenía la impresión de que la golpeaba en lo más profundo de su ser, como si quisiera derribar sus murallas para poder entrar en ella.

—Está bien. Te creo, Fiona, pero no puedo hacer nada. Si ha jugado mal no se puede hacer nada.

—Se puede recuperar —le aseguró ella, dispuesta a poner a prueba todo lo que le enseñó su padre.

Clyde se encogió de hombros.

—No importa.

—Pero era la daga de tu abuelo.

—¡Da igual! —exclamó él con vehemencia.

Tal vez su voz sonó demasiado fuerte o puede que la tensión vivida en el salón de la taberna hiciera estragos en él, pero al ver que Fiona daba un paso atrás y se alejaba de él con el rostro descompuesto hizo que suspirara. Últimamente se sentía tan extraño en su presencia que ya no sabía ni cómo actuar. Había pasado de odiarla a soportarla y después a hacerla suya. Pero había algo más profundo que aún no había logrado adivinar qué era, y que en ese instante estuviera mirándolo de esa forma le hizo sentir realmente mal. Tuvo la sensación de haberse convertido en su propio padre, pues era la misma mirada que a veces veía en las personas que se cruzaban con Macauley Campbell y este les gritaba. Se odió a sí mismo por ser el responsable de generar ese sentimiento en Fiona. Por ello, dio un paso hacia ella y suspiró:

—Lo siento. No quería hablarte así.

—Yo solo quiero ayudarte a recuperarla.

—Y yo no quiero que te pongas en peligro por ello. Da igual la daga, de

verdad. Sí, perteneció a mi abuelo, pero puedo comprar otra. Lo importante es que estés bien.

Fiona suspiró. Podía volver a conseguirla sin peligro. Su padre la había entrenado bien en esos menesteres, pero no podía decirle eso, pues Clyde descubriría que su padre no era Fergus Cameron, sino su hermano Travis, el mejor ladrón de toda Escocia.

La joven acabó asintiendo y se dejó caer de nuevo contra la jamba de la ventana mientras exhalaba un suspiro.

—Suéltalo… —le pidió Clyde.

Fiona frunció el ceño y levantó la mirada hacia él.

—¿Cómo demonios sabes que hay algo más que me ronda por la cabeza?

El guerrero sonrió y se quedó de pie junto a la cama con la mirada puesta en ella.

—Porque te conozco.

—No puede ser que me conozcas tanto. Éramos enemigos hasta hace nada…

—Soy muy observador.

Fiona se puso nerviosa al descubrir que Clyde la había estado observando y la conocía casi mejor que ella misma.

—Sí, hay algo que me gustaría preguntarte.

—Dime.

Tragó saliva y respiró hondo.

—Cuando Donald me puso la daga en la garganta, corriste hacia nosotros —Clyde asintió—. ¿Por qué lo hiciste?

El guerrero no pudo evitar arquear una ceja.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Por eso te pregunto…

—Ese desgraciado estaba apuntando con una daga a mi esposa. No querrías que corriera en contra para que así te matara…

—No, pero desenvainaste tu espada y lo miraste de forma extraña. Parecías estar a punto de echarte sobre él.

—Y lo habría hecho de no ser porque no me dejaba ningún ángulo correcto para hacerlo sin que le diera tiempo a rajarte el cuello.

—Pero podrías haberlo dejado que lo hiciera…

El guerrero frunció el ceño.

—Pero ¿por quién demonios me tomas, Fiona? Eres mi esposa. Mi deber es protegerte.

—Si no hubiera sido tu esposa, ¿también lo habrías hecho?

Esa pregunta dejó sin palabras a Clyde. Él era un guerrero y siempre protegía a los más débiles. Nunca le habían enseñado a dejar a otros atrás. Y aunque su padre lo hubiera sugerido, él jamás habría hecho algo parecido. Por ello, asintió.

—Sí, si hubieras sido una mujer con la que me habría cruzado en el camino, también habría hecho lo posible por salvarte.

—¿Aunque fuera tu enemiga?

Clyde sonrió bajo la barba de forma fugaz. Sus ojos se suavizaron y al tiempo que llevaba las manos atrás.

—Aunque fueras mi enemiga —le aseguró con voz firme.

Fiona se mordió el labio y, sin poder contenerse, se levantó de un salto y se lanzó hacia él. Le rodeó el cuello con los labios y la cadera con las piernas. Las manos del guerrero fueron directas hacia las nalgas de la joven, que lo miró con deseo.

—Hazme tuya, Clyde, sin descanso y sin compasión.

El guerrero lanzó un rugido de deseo y la llevó a la cama, donde la tumbó con prisa y comenzó a desnudarla tan deprisa que rasgó parte de su vestido. Las manos de Fiona tampoco se quedaron atrás. La joven lo ayudó a desnudarse con la misma prisa que ella, y cuando toda la ropa de ambos estuvo tirada en el suelo del dormitorio, Clyde la cubrió con su cuerpo y la acarició tal y como ella le había pedido.

Sus dedos se clavaban suavemente en la piel de Fiona, que gemía de placer a medida que esas caricias comenzaron a tomar un camino más peligroso, excitante y erótico. Clyde tapó su boca con la mano cuando sus gemidos comenzaron a ser demasiado altos y podrían escucharse fuera de allí, pero en el momento en el que perdió la cordura, esos sonidos le

parecieron demasiado excitantes como para ser sofocados por su mano, por lo que la dejó gritar libremente.

La penetró con fuerza una y otra vez, provocando que la cama chocara con la pared continuamente, haciendo más ruido de lo normal. Clyde miró su rostro cada vez que se introducía en su cuerpo. Grabó sus gestos en su memoria, sus gemidos, el incitante y sensual movimiento de sus pechos a medida que la hacía suya. Fiona estaba preciosa. El rubor de sus mejillas provocaba un estallido de calor en su propio cuerpo, haciendo que su placer fuera más fuerte. La vio retorcerse, aferrarse a las sábanas con desesperación y cuando arqueó su espalda para acercarse más a él y sus uñas laceraron la piel de su espalda, Clyde alcanzó el clímax más alto que jamás había logrado.

Sus piernas temblaron, perdió la visión unos segundos y su garganta se desgarró con un último gemido al terminar dentro de ella.

Clyde la miró con rostro sudoroso. Los mechones de su pelo se pegaban a su frente mientras se observaron en silencio. En sus ojos azules se formó una expresión de asombro. Jamás en su vida había sentido algo tan apasionante y profundo como en ese momento junto a Fiona. La miró de forma extraña. ¿Qué había pasado entre ellos para que fuera capaz de sentir de forma tan profunda?

La besó con fiereza, arrancándole un nuevo gemido. No deseaba encontrar una respuesta a esa pregunta. No estaba preparado para ello. Se tumbó a su lado y la atrajo hacia él tras arroparse. Lo mejor para ellos era no buscar una respuesta. Simplemente, vivir esa experiencia, pues tal vez no le gustara lo que iba a encontrar.

CAPÍTULO 19

Fiona dio un respingo cuando sintió la luz dando de lleno en su rostro. Pensó que se había quedado dormida, pero al abrir los ojos y ver que Clyde aún seguía a su lado, dormido, se dio cuenta de que acababa de amanecer. La joven sonrió y se arrebujó más bajo las mantas, avergonzada por su comportamiento de la noche anterior. Había sentido la necesidad de preguntarle aquello a Clyde, y al recibir esa respuesta, su cuerpo había tomado el control sobre la mente, provocando que hiciera algo que jamás habría hecho a menos que hubiera perdido el juicio. Colgarse de su cadera y pedirle que la hiciera suya de esa forma tan salvaje nunca había entrado en sus planes, pero los nuevos sentimientos que parecían estar desarrollándose en el centro de su pecho la habían incitado a ello. Y lo peor de todo era que no se arrepentía.

Fiona se mordió el labio inferior mientras observaba el cuerpo de Clyde. Este se había movido con anterioridad y había dejado al descubierto parte de su anatomía. El guerrero dormía bocabajo con los brazos justo bajo la almohada. Los ojos de la joven recorrieron su anatomía, haciendo especial hincapié en su amplia espalda. Descubrió algunas cicatrices en ella, a las que se añadió la marca de sus propias uñas, hecha en la noche anterior. Cuando bajó su mirada hacia sus nalgas las vio redondas, incitantes, deseando ser tocadas por ella y, a pesar de que alargó la mano para acariciarlas, Fiona se detuvo a medio camino.

—Te advierto que si me tocas como has pensado, no saldrás de este dormitorio hasta pasado el mediodía, porque pienso hacer que pierdas el control de tal manera que no tengas otra opción más que rendirte.

—¿Cómo demonios sabes que iba a tocarte?

Clyde se giró hacia ella, poniéndose bocarriba.

—Porque lo he sentido.

La mano de Clyde se elevó hasta tocar la cabeza de Fiona, la cual atrajo hacia él con firmeza. La besó intensamente, hasta que las manos de la joven, que aferraban la sábana, cayeron sobre su pecho, mostrando su cuerpo desnudo. Sin embargo, Clyde se apartó antes de que su cuerpo comenzara a responder y exigiera más que un simple beso.

—Los chicos nos estarán esperando en el salón… —le dijo.

Fiona asintió y se levantó, como él. Se puso un vestido de color verde y manga ancha. Sonrió al ver el que llevaba el día anterior y Clyde había desgarrado al intentar quitárselo deprisa. Recogieron sus cosas rápidamente y, en cuestión de minutos, salieron del dormitorio hacia el piso inferior donde, efectivamente, los estaban esperando el resto de guerreros. Estos se encontraban sentados en una esquina del salón, alejados del resto de mesas y en silencio. Al verlos llegar, Mervin y Fyn apartaron la mirada, pero Rob sí la sostuvo con una sonrisa pícara en los labios.

—No te veo moratones, muchacha.

Fiona frunció el ceño, sin comprender.

—¿Moratones por qué?

La sonrisa de Rob aumentó, haciendo resoplar a Clyde, que lo entendió a la perfección.

—Porque el laird te golpeó ayer.

—No me golpeó —respondió la joven, que aún no lo entendía.

—Ah, entonces es que te estaba haciendo el amor… Como gritabas tanto…

Fiona sintió que se sonrojaba al límite. Sus mejillas se tiñeron de rojo por la vergüenza y miró a Rob con los ojos entrecerrados, pero fue Clyde quien respondió.

—Pienso hacer que te vayas al otro lado del clan a vivir. Así no te veré más.

—Yo no tengo culpa de que las paredes de la taberna estén hechas de papel. Se escuchaba todo…

—¡Ya basta! —exclamó Fiona—. Debiste taparte con la almohada para no escuchar nada.

Rob sonrió.

—Estás demasiado sonrojada. ¿Todo bien, mi señora?

Fiona agarró el cuchillo que usaba Fyn para desayunar y lo amenazó con él.

—Como vuelvas a hacer alusión a lo que mi marido y yo hacemos en la

intimidad será la última vez que lo hagas porque pienso cortarte la lengua.

Rob sonrió y levantó las manos en señal de paz.

—Qué carácter, muchacha. No se puede bromear contigo…

—No tenemos culpa de que tú no tengas la oportunidad de hacer gemir a una mujer… —fue la respuesta de Fiona, que provocó la risa en el grupo.

Cuando Rob la miró con odio, la joven le dedicó la mayor de sus sonrisas y depositó el cuchillo nuevamente en la mesa.

Al segundo, la camarera llevó más desayuno para que tomaran algo antes de marcharse. Clyde y Fiona dieron buena cuenta de la deliciosa comida mientras sentían sobre ellos el peso de la mirada de los demás comensales del salón, hasta que Sam habló desde su mesa.

—¡Eh, Campbell! Espero que hayas podido dormir bien después de perder tu daga.

Fiona no pudo evitar apretar los puños con fuerza, pero calló y dejó que hablara Clyde.

—Tengo cosas más importantes en la cabeza como para pensar en algo tan sencillo.

Los compañeros de Sam rieron con fuerza, pero Clyde no se inmutó. Sí lo hizo Fiona, que respiró hondo para evitar meterse en la conversación. En un momento dado, mientras hablaban, la joven giró la cabeza en dirección a Sam y descubrió que su mesa estaba de camino a la barra. Además, la silla del ladrón se encontraba justo en el estrecho pasillo por donde tendrían que pasar al ir a pagar a la camarera. Este movía la daga de Clyde ante sus narices y, seguidamente, la guardó a su espalda.

Fiona recordó todo lo que su padre le había enseñado y se dijo que iba a ponerlo en práctica en cuestión de minutos.

—Nos vamos a marchar ya —informó Clyde, sacándola de sus pensamientos—. Sobre todo, antes de que se caldee la cosa…

Fiona giró la cabeza en su dirección y lo vio sacar unas monedas del *sporran*. Su corazón se sobresaltó y puso una mano en el antebrazo de Clyde. Este levantó la mirada hacia ella, sorprendido. La joven tragó saliva y le sonrió ligeramente.

—¿Te importa si soy yo quien lleva esas monedas? Me gustaría pedirle

disculpas a la camarera por el ruido que… bueno, hemos hecho esta noche.

Clyde arqueó una ceja y suspiró.

—No creo que hace falta.

—Insisto. Por favor…

El guerrero cedió y asintió, entregándole las monedas en la mano. Con una sonrisa amable, Fiona puso rumbo a la barra. A pesar de su gesto despreocupado, su corazón latía con tanta fuerza que pensaba que estaba a punto de vomitar. Su estómago se sobresaltó al pasar al lado de Sam y mirarlo de reojo. Vio la daga a su espalda, por lo que sería muy fácil robársela. Robaría a otro ladrón por salvar la daga de su esposo. Él habría luchado a muerte por ella, y ahora la joven iba a devolverle el favor.

Tras darle las monedas a la camarera y pedirle disculpas con una sonrisa, se giró de nuevo en dirección a la mesa. Su rostro intentaba mostrar la misma tranquilidad de antes, pero Clyde se había girado hacia ella y la observaba con atención. Eso la puso ligeramente nerviosa, no obstante, su padre le había enseñado bien lo que debía hacer.

Al pasar junto a la mesa que precedía a la de Sam, Fiona fingió tropezarse con la pata de una silla, cayendo prácticamente sobre la espalda del ladrón.

—Pero ¿qué haces, mujer? Me has derramado la copa.

La mano de Fiona se movió deprisa mientras se incorporaba y le pedía disculpas mirándolo a los ojos.

—Lo siento mucho, señor MacAllister. Me he tropezado con la silla. Lamento haber derramado el contenido de su copa, pero estoy embarazada y tenía que apoyarme en algo para evitar caer al suelo.

Fiona se llevó la mano al vientre de forma teatral y, al instante, la expresión en el rostro de Sam cambió.

—Está bien, muchacha. Pero intenta no ser tan torpe.

Fiona fingió una sonrisa tímida y asintió, bajo la atenta mirada estupefacta no solo de Clyde, sino también de sus hombres. Con gesto aliviado, Fiona regresó junto a ellos y, antes de que su esposo encontrara las palabras para romper el silencio, la joven le dijo:

—¿Podemos irnos ya?

Algo en el tono de su voz le hizo ver a Clyde la urgencia por salir de allí

cuanto antes. Eso, sumado a la gran mentira que acababa de soltar la joven a Sam, hizo que los cuatro guerreros de la mesa se levantaran de sus asientos y se dirigieran hacia la salida de la taberna sin perder tiempo.

Todavía fingiendo, Fiona se tocó el vientre de forma cariñosa hasta llegar a la puerta y cuando salieron de la taberna, la joven los miró a los cuatro.

—Vamos a por los caballos y salgamos rápidamente de aquí.

Clyde frunció el ceño.

—¿Qué demonios pasa?

—¡Vamos! ¡Ya os lo explicaré!

Los cinco corrieron hacia la parte trasera de la taberna, montaron sobre los caballos, agarraron con fuerza las riendas y cabalgaron fuera de allí como alma que lleva al diablo. Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Fiona mientras escapaban de la taberna como si llevaran entre ellos la recaudación de todo un mes. Ahora era capaz de entender a su padre. Ese sentimiento tan extraño que surgía en las profundidades de su estómago y se extendía por el pecho y el resto del cuerpo era algo tan poderoso que la animó a volver a hacerlo en otra ocasión. Supuso que eso fue lo mismo que sintió su padre la primera vez que robó y, por ello, comenzó a perfeccionar su técnica; una técnica que le había enseñado a su hija desde muy joven.

En silencio, el grupo se alejó de allí hasta llegar a tierras de los Campbell. Y solo entonces, cuando estuvieron a salvo de los MacAllister, Clyde tiró de las riendas de su caballo y se giró para mirar a Fiona a los ojos. Aunque no fue el único. El resto del grupo fijó su mirada en ella y la joven sonrió tímidamente.

—¿Embarazada? —preguntó Clyde—. ¿Desde cuándo? Mío no es…

La joven soltó una carcajada y los barrió con la mirada. La autosatisfacción podía verse en su rostro.

—Es lo primero que se me ha ocurrido para que no me lanzara a los leones y para que no se diera cuenta.

Clyde arrugó más el rostro.

—Darse cuenta ¿de qué?

La sonrisa de Fiona aumentó y se acercó a él aún subida en el caballo. La joven llevó una mano a los pliegues de su vestido y, de entre ellos, sacó la

daga que Sam le había ganado jugando sucio al ajedrez. La expresión en los rostros de los guerreros fue digna de un cuadro. La joven volvió a carcajearse mientras los observaba y le tendía el arma a Clyde, que la cogió casi con miedo.

—Pero ¿cómo demonios la has conseguido?

Fiona se encogió de hombros.

—Se la he robado. Y no me mires así, él ya te la robó ayer…

Rob se acercó a ellos, incrédulo.

—Pero ¿en qué momento lo has hecho?

—Cuando me he tropezado con él… Bueno, he fingido el tropiezo y he caído sobre él a propósito. Que se le haya derramado la copa ha sido un éxito porque he conseguido tener su atención en otra cosa que no fuera mi mano y la daga. Cuando ha gritado, se la he robado, y lo demás ya lo sabéis. Ese es el motivo por el que os he pedido salir cuanto antes de allí. Si se daba cuenta, podríamos haber acabado muy mal.

Clyde la miró de forma extraña para después llevar los ojos nuevamente hacia la daga que sostenía entre sus manos. Los tres hombres estaban tan anonadados que apenas podían poner en palabras la enorme cantidad de preguntas que tenían en la garganta.

—¿Quién demonios te ha enseñado a robar? —preguntó su esposo.

Fiona entonces sí se mostró ligeramente incómoda. Sabía que podría enfrentarse a esa pregunta. Sin embargo, se encogió de hombros con una sonrisa.

—Cuando desvelas tus secretos, estos pierden interés y se les resta importancia. Por eso, no voy a contarlo.

Y cuando el guerrero fue consciente de lo que podría haber pasado si Sam se hubiera dado cuenta, apretó la daga con fuerza y levantó una mirada acusativa hacia ella.

—Si te hubieran descubierto…

—No lo han hecho y jamás se habrían dado cuenta —respondió con seguridad.

—¡Da igual, Fiona! —exclamó Clyde—. Podrían haberte hecho daño. Te

dije que la daga me daba igual. Lo que no podría soportar es que te hicieran daño.

—¿Por qué? —lo retó la joven—. ¿Por qué no podrías soportarlo?

Clyde tragó saliva.

—Porque eres mi esposa. Si hubieran descubierto a la mujer del laird Campbell robando, ¿qué crees que nos hubiera pasado?

—No lo han hecho, así que no te preocupes más por eso.

—¡Eres una inconsciente!

Fiona resopló, enfadada.

—¡Ya vale, Campbell! —le espetó—. Has recuperado tu maldita daga, nadie se ha dado cuenta, estamos en tus queridas tierras y podemos estar en tu precioso castillo en un par de horas. Allí podrás dejar de respirar el mismo aire que la ladrona de tu mujer.

Cuando Fiona dejó de hablar, inspiró aire con fuerza. No se había dado cuenta de que estaba conteniendo aún un poco aire en el pecho. No esperaba que el guerrero le diera las gracias y se postrara a sus pies, pero al menos deseó que no se pusiera hecho una furia con ella.

—¿Nos vamos o seguiremos aquí hasta comprobar que Sam y sus amigos vienen detrás?

Clyde la miró un segundo más en silencio y les hizo un gesto con la cabeza para continuar. La joven fue la primera que espoleó su caballo para seguir su camino. Los demás hicieron lo mismo y el último en retomar la marcha fue el propio Clyde, que aún estaba estupefacto por las habilidades para el robo que tenía su esposa. No la había visto mover las manos de forma extraña, ni siquiera la había visto guardar la daga. Todo el mundo estaba pendiente de sus disculpas y su historia sobre el embarazo inexistente. Y que hubiera recuperado el arma que guardaba tantos recuerdos para él, arriesgando su vida, significaba mucho para él, pero habían podido más sus ansias por protegerla. Por ello, no había sido capaz de gestionar bien sus palabras.

Clyde miró la espalda de la joven, que se mantenía erguida y tensa sobre el caballo. Tarde o temprano volvería a hablar con ella sobre ese robo, aunque dejaría pasar un poco tiempo para evitar iniciar una nueva guerra

entre ellos.

Diez días después se celebraba por fin la fiesta de celebración de la toma de posesión de Clyde como jefe del clan. Durante esos días, tanto uno como otro habían estado atareados con todo tipo de quehaceres para preparar tanto el castillo como el pueblo.

A pesar de su última discusión cuando regresaban de tierras MacAllister, habían mantenido una relación como seguían. Clyde había fingido olvidar ese desencuentro, al igual que ella, que se entusiasmó tanto con los preparativos que parecía una niña pequeña. Eso provocó que Clyde la siguiera con la mirada a todos lados, aunque guardara distancia para no agobiarla. Por ello, en ese instante, se encontraba hablando con Rob en su despacho, pero su atención estaba puesta sobre la joven, que hablaba con uno de los sirvientes en medio del patio. A pesar de la lluvia, Fiona se mantenía firme y le explicaba algo al hombre con tanta vehemencia que Clyde no pudo evitar sonreír. Esta movía las manos de forma exagerada y, a pesar de que su pelo estaba mojado y se pegaba a su piel, mantenía una sonrisa tan bonita y tan grande que todo el patio parecía brillar por un sol imaginario.

—No me estás escuchando, ¿verdad?

La voz de Rob lo sacó de su ensimismamiento. Clyde se sobresaltó y se giró hacia él. Intentó disimular y asintió, pero Rob se cruzó de brazos y le preguntó:

—¿Qué te estaba diciendo?

—Algo sobre tu abuela.

Rob enarcó una ceja.

—Mi abuela está muerta. ¿Para qué te voy a hablar de ella?

Clyde resopló, incómodo por haber sido descubierto mientras estaba distraído por primera vez en su vida.

—Pues no lo sé. Tú sabrás…

Rob arqueó ambas cejas y se acercó a la ventana por donde había visto que se perdía la mirada de Clyde. Al seguir la dirección que había visto que tomaba, no pudo evitar sonreír de lado.

—Tu excusa me sonaba rara, pero descubrir que no me estabas escuchando porque mirabas a Fiona… Esto es de otro mundo que no comprendo.

Clyde frunció el ceño y se alejó de él.

—No la miraba… Estaba en medio de mi campo de visión.

Rob se carcajeó, pero a una mirada de odio de Clyde, calló.

—Lo siento, pero creo que es la peor excusa que he escuchado nunca.

—¿Quieres que te arranque las orejas para que no escuches más?

Rob rodó los ojos y le dio una palmada en la espalda.

—Venga, ¿qué te pasa con esa muchacha? ¿Me lo vas a contar ya o tengo que esperar una semana más? No eres el mismo desde que te casaste con ella. Al principio, pensaba que era esa guerra que teníais entre ambos, pero después todos vimos que parecíais toleraros; luego te vemos más preocupado que nunca cuando estuvieron a punto de matarla; os escuchamos yacer juntos y ahora esto… Eso sin contar todo lo que hemos visto entre esos días. Y, por Dios, se jugó la vida para robar tu daga… Eso no lo ha hecho nadie por ti. ¿Qué pasa entre vosotros?

Clyde pasó la lengua por su labio inferior antes de responder.

—Lo que pasa es que hemos pasado de eso a convivir en paz. Nada más.

Rob lo miró con una expresión que indicaba claramente que no lo creía.

—Venga, Clyde. Te conozco desde que éramos pequeños. No eres el mismo. Te he visto sonreír más de dos veces seguidas estos días. Y no sé si debo preocuparme.

El aludido se pasó las manos por el rostro antes de volver a mirarlo.

—¿Y pasa algo por sonreír?

—Si lo hago yo no pasa nada. Pero si lo haces tú… es raro. Clyde, lo que hablemos aquí se quedará entre estas cuatro paredes. No pienso contar nada a nadie. Te lo juro. ¿Qué te pasa con Fiona? No eres el mismo.

Clyde dudó un instante. Se apoyó en el borde de la mesa y suspiró mientras parecía poner en orden sus pensamientos.

—He descubierto que ella me hace recordar sentimientos que creía que habían desaparecido o que simplemente no tenían cabida para mí. La veo

sonreír, hablar, reír, vivir la vida de tal manera que descoloca todo a mi alrededor. Soy un hombre que nunca ha podido disfrutar de nada, ni siquiera de mi propia vida. Y Fiona me recuerda la inocencia, la espontaneidad y la candidez que yo perdí hace años. Vuelve a despertarla en mí y, a diferencia de lo que pensaba, me hace sentir bien. Fiona me está devolviendo lo que un día fui y mi padre me arrebató. Y ahora él no está para hacérmelo pagar.

Cuando el labio inferior de Clyde tembló ligeramente, este desvió la mirada. Tenía tanto sufrimiento en su interior por culpa de su padre que no sabía cómo expresarlo, pero la presencia de Fiona lo estaba ayudando a resurgir.

—Ella no hace nada, simplemente es ella. Y eso me gusta. No teme que la juzguen, ni quiere esconder lo que es. Sin embargo, yo me he forjado una fama y no quiero mostrar lo contrario. Tengo muchos enemigos por el carácter que mi padre me obligó a forjar y no pueden saber lo que ella despierta en mí porque sería un problema. Quien quiere nuestra destrucción no puede saber que tengo esa debilidad, porque eso es Fiona, mi debilidad. Y eso me genera sentimientos encontrados. Me gusta, pero, al mismo tiempo, lo odio. Tengo una guerra en mi interior que me está consumiendo.

Rob se apoyó contra la mesa, a su lado, y suspiró.

—Pero ¿cuál de esos sentimientos pesa más?

Clyde lo meditó.

—Lo que despierta en mí. Es como si mi otro yo empujara al que soy ahora para intentar salir. Mi padre me cambió porque decía que yo tenía demasiada piedad y no paró hasta borrar cualquier rastro de eso en mí. Pero no puedo evitar acabar siendo lo que soy.

—Entiendo que Fiona despierte en ti esos sentimientos. Y, de hecho, es algo que me alegra porque llevas sufriendo demasiados años por el fantasma de tu padre. No obstante, lo que me gustaría saber es lo que sientes por ella, independientemente de lo que me has contado.

Clyde entornó los ojos.

—¿A qué te refieres?

Rob sonrió fugazmente.

—La mirada que le estabas dedicando mientras te contaba la herida que le han abierto a uno de los chicos hablaba por sí sola, pero me gustaría que lo meditaras y me lo contaras tú. ¿Qué sientes por ella? Cuando estás a su lado, ¿qué sientes? Si piensas en que alguien pudiera herirla, ¿qué sientes? Cuando la miras a los ojos, ¿crees que podrías vivir sin ella si desapareciera? En definitiva, ¿la amas?

Clyde abrió los ojos desmesuradamente y se apartó de la mesa.

—Por Dios, Rob, ¿de verdad me estás preguntando eso? Yo no puedo amar. La respeto y, como te he dicho, me siento bien junto a ella por lo que despierta en mí. Pero… ¿amarla? No puedo. Ese es el único sentimiento que mi padre logró cortar de raíz desde que era pequeño.

Rob suspiró.

—¿Estás seguro de ello? Tu mirada es diferente.

—No digas tonterías, Rob —lo cortó Clyde enseguida—. Yo no sé qué es eso. Soy hijo de Macauley Campbell, el ser más despreciable, mezquino y cruel que he conocido jamás. ¿De verdad crees que sé amar? Hace años que mi padre clavó una daga en mi corazón. Y lo rompió de tal manera que esos trozos jamás podrán unirse.

—Tal vez Fiona tiene la paciencia suficiente como para juntarlos de nuevo.

Clyde resopló y negó la cabeza repetidas veces.

—Imposible. Hablas de algo que no ocurrirá jamás.

—¿Y si Fiona te confesara que está enamorada de ti? ¿Qué harías?

Clyde lo miró largamente.

—Me apiadaría de su alma porque yo jamás tendré la capacidad para corresponderle.

CAPÍTULO 20

El día de la fiesta llegó antes de lo que Clyde deseaba. Realmente, seguía sin querer celebrar algo así, pero había visto la ilusión reflejada en los ojos de la joven y no había podido evitar ceder y contentarla.

Los días anteriores no había dejado de hablar. Caminaba de un lado a otro para decorar todo y hablaba con los vecinos para darles indicaciones sobre lo que tenían que hacer. Debido a que el hombre que los atacó en el bosque había muerto, le había dado la libertad que tanto ansiaba, por lo que Fiona podía ir de un lado a otro cuando quisiera, siempre y cuando informara a los guerreros o a él sobre sus planes para buscarla en caso necesario.

La vio prepararse a conciencia, salir del dormitorio casi sin despedirse y la escuchó bajar corriendo las escaleras para reunirse con los guerreros que debían llevar algunas cosas al pueblo. Clyde se sorprendió mirándola desde el dormitorio con una sonrisa. Y, en ese instante, la conversación que tuvo con Rob volvió a su mente, borrándole la sonrisa al completo.

Incluso estando solo, Clyde se mostró incómodo. ¿Cómo se atrevía a preguntarle su segundo al mando si estaba enamorado de ella? ¡No! Él no tenía esa capacidad, pues había sido exterminada antes de poder mostrar un poco en algún momento de su vida. Su padre siempre le había demostrado que sentir piedad era una debilidad. Jamás le habló de amor porque nunca tuvo la oportunidad de saber qué era.

Al mirar de nuevo a Fiona sintió esa cosa tan extraña en su pecho y que acababa en su estómago, donde parecía salir un hilo que tiraba de él hacia ella. Pero eso no era amor. Estaba seguro de ello. Todo lo que había despertado en él no podía tener ese nombre. Era imposible.

Cada día que pasaba junto a ella descubría una faceta nueva de la joven. Y no podía estar más que sorprendido. ¿Acaso el padre de la joven estaba al tanto de lo que era en realidad su hija? Jamás habría imaginado que la joven poseyera tantas virtudes, aunque las opacaba ligeramente su torpeza. Había roto ya varios jarrones y platos al intentar ayudar en las cocinas y en el resto del castillo. Clyde sonrió ampliamente. Eso formaba parte del encanto natural de Fiona, algo que no creyó que pensaba cuando la conoció y la vio subida en el árbol, encarándose a él como no se había encarado nadie jamás. Todo el mundo sabía quién era él y nadie se había atrevido nunca a

levantarle la voz como había hecho ella, ni a derramarle el vino, ni a amenazarlo… Pero ella sí lo había hecho. Y eso había llamado poderosamente su atención.

Jamás se había interesado tanto en una mujer como en Fiona. Y descubrir todo de ella durante esos días lo llenaba de curiosidad. Necesitaba más. Había averiguado también que bajo ese orgullo y rebeldía existía una mujer que daba todo de sí y se entregaba sin pedir nada en la cama; una mujer que había borrado y enterrado el hacha de guerra entre ellos y que, gracias a eso, se mostraba como era.

—¡Hora de marcharnos, Clyde! —escuchó que vociferaba Rob desde las escaleras.

El guerrero puso los ojos en blanco, pues Rob jamás gritaba así; una costumbre que irremediablemente había tomado de su esposa, que sí lo hacía.

—Fiona te está contagiando sus defectos… —le dijo nada más unirse a él.

Rob sonrió.

—Lo estoy haciendo para ganarme su confianza con la esperanza de que me cuente cómo demonios robó esa daga.

Clyde se carcajeó.

—¿De verdad sigues dándole vueltas a eso?

Rob asintió.

—Me parece fascinante, pero espero que no se lo digas. Para todo el mundo, incluida ella, la sigo considerando un estorbo en mi vida. No te ofendas…

El laird negó con una sonrisa.

—Sí, supongo que muchos consideráis a Fiona un estorbo mientras que otros, una ayuda.

Rob acercó su rostro al de Clyde.

—Para Fyn es más bien una heroína, pero no digas que te lo he confesado o me matará.

—¿Una heroína?

Rob asintió.

—¿Crees que soy el único que ha visto tus cambios, amigo? Todos se han dado cuenta. La ven como una heroína porque está logrando cambiarte. Para bien, eso sí…

Clyde rodó los ojos y le dio una sonora palmada en la espalda.

—Vámonos ya o acabaré arrancándote la lengua por cotilla.

Clyde intentó no mostrar un gesto de queja cuando llegaron al pueblo. La música se escuchaba en cada esquina mientras los comerciantes y aldeanos se dispersaban de un lado a otro entre gritos y carcajadas sonoras. Él no estaba acostumbrado a tanto ruido, por lo que no estaba de acuerdo con la intensidad de la celebración de ese año. Sin embargo, Fiona había sido la organizadora de todo ello, por lo que mantuvo una expresión neutra ante la molestia que le causaba tanto despliegue para celebrar algo de lo que él nunca se había sentido orgulloso.

Sin embargo, respondió a cada saludo, escuchó las quejas de sus vecinos, las nuevas ideas para enriquecer el clan… Siempre quiso ser un buen laird, ajeno a lo que consiguió su padre y alejado de la estela de rencor e ira que solía dejar su padre allá donde iba. Y sabía que eso sí lo había conseguido. Sus vecinos jamás se atrevieron a decirle nada a su padre, incluso bajaban la mirada cuando este se dirigía a ellos. Pero Clyde había logrado ganarse su respeto sin imponer nada ni haciendo uso de la amenaza.

Y ese día se lo demostró todo el mundo.

Poco tiempo después de llegar al pueblo, Fiona fue apartada de él por algunas de las vecinas con la que había hecho cierta amistad, demostrándole, una vez más, que el carisma de su esposa era impresionante.

—¿Es lo que esperabas? —preguntó Rob acercándole una copa.

Clyde la tomó entre sus manos mientras observaba a Fiona, que en ese instante ayudaba a preparar algunas mesas con comida.

—Es mucho más de lo que me gusta… ¿Era necesario este despliegue?

Su segundo al mando sonrió.

—Eso se lo tienes que preguntar a tu esposa. No ha escatimado en gastos. Y tampoco en órdenes. Es la segunda vez que Mervin se queja de todo lo

que le ha pedido hacer.

Clyde sonrió.

—Sí, me temo que os ha puesto a trabajar duramente.

Rob torció la cabeza.

—A mí no me cuentes. Es una suerte que no nos caigamos bien. No me ha pedido nada…

—Aún está a tiempo de hacerlo —le advirtió Clyde con una sonrisa.

—Lo que sí debo reconocer es que la muchacha sabe cómo organizar una fiesta. Desconocía que los Cameron organizaran tantas como para tener esos conocimientos.

—Por lo que he oído siempre, era Travis Cameron quien las organizaba en su palacio, no su hermano.

Rob sonrió.

—Pues esta muchacha parece tener más sangre de su tío ladrón que de su padre, el laird.

Clyde asintió y barrió con la mirada todo a su alrededor. Su gente parecía disfrutar más que nunca de la música, de la comida y de la compañía de los unos con los otros. En un momento dado, su mirada chocó con Fletcher. Este realmente no lo miraba a él, sino que mantenía a su lado a su esposa, Grace. Clyde recordó lo que Fiona le pidió sobre ellos. Vio que Fletcher sujetaba con fuerza el brazo de Grace y que esta aún tenía marcas en su cuello y mejilla de la última paliza que le había dado.

El guerrero apretó con fuerza la copa. Deseó poder hacer algo por esa muchacha que debía soportar los maltratos de su esposo, pero la ley era clara: estaban casados y quien tenía la potestad sobre Grace era Fletcher. Él como laird no podía hacer nada a menos que Fletcher pusiera en peligro la integridad física de otra persona del clan. Solo entonces podría expulsarlo o matarlo.

—¿Por qué no vamos con los demás? —sugirió Rob—. Míralos, se lo están pasando mejor que nunca.

—Tienes razón. No creo que dejen ni una sola gota de vino en las barricas.

En el momento en el que se acercaban al grupo de guerreros, la mirada de Clyde se chocó con la de Fiona. Esta sonrió ligeramente y él se la devolvió. Esa noche la había hecho suya tantas veces que llegó a temer por ella, pues pensó que iba a hacerle daño, pero el destino le había regalado una mujer tan insaciable que lograba despertar en él la fiera que llevaba dentro para hacerla suya una y otra vez.

Una palmada en la espalda del laird hizo que este girara la cabeza en dirección a sus hombres. Y cuando estos lo vitorearon, Clyde supo que el día iba a ser largo. Muy largo.

Fiona aún sentía en su cuerpo las manos de Clyde, por ello apenas podía apartar la mirada del guerrero. Lo seguía a todas partes y deseaba que llegara esa noche para volver a ser suya nuevamente.

Había olvidado ya el incidente ocurrido en tierras MacAllister, pues el propio Clyde le había pedido perdón a su manera. Le había demostrado con creces su agradecimiento entre las sábanas de su dormitorio y la había hecho subir a las cotas más altas del firmamento con su cuerpo una y otra vez.

Con ayuda de la gente del pueblo, sirvientes y guerreros había preparado la mejor fiesta de conmemoración de todos los tiempos. Sabía que a Clyde era algo que no le gustaba, pero quería que recordara esa fiesta como algo bueno y no como negativo. Por ello, había hecho todo lo posible para que fuera perfecta.

Se había cruzado con Grace y Fletcher en dos ocasiones desde que habían llegado a la fiesta y su ánimo decayó un poco, pues no podía soportar ver cómo Fletcher sujetaba el brazo de su mujer para impedir que pudiera acercarse a nadie. Incluso ella había intentado llegar a ellos, pero una mirada de Grace, suplicante, se lo impidió.

Después de eso, Fiona intentó evitar mirarlos de nuevo, pues tenía muchas cosas que hacer. Todos los sirvientes del castillo se habían acercado a la fiesta y la ayudaban a colocar todo en las diferentes mesas que habían colocado en el centro del pueblo y en las calles colindantes. El grupo de músicos animaba la velada con sus gaitas y tambores mientras otros bailaban, especialmente los niños, quienes se lo estaban pasando en grande.

Las horas comenzaron a pasar y el ánimo no decaía en nadie. Al contrario, los que se habían pasado con la bebida ya mostraban los estragos que el alcohol hacía en ellos. Incluso el propio segundo al mando del clan caminaba de forma extraña de un lado a otro. Había perdido de vista a Clyde un par de horas antes. No sabía dónde se encontraba exactamente, pero los sirvientes le habían confirmado que se hallaba rodeado de sus hombres y que parecía pasarlo bien.

En un momento en el que todo estaba en orden, Fiona se separó unos metros del grupo de personas. Había preparado tanto y se había esforzado tan duramente que apenas había tenido un momento de tranquilidad en el que poder respirar. Desde que comenzó la fiesta se preocupó de que todo estuviera en orden, que los aldeanos se sintieran bien y en armonía y que no faltara bebida para los guerreros, que no dejaron de beber desde el primer momento.

Cuando por fin estuvo sola, en una de las calles aledañas, Fiona sonrió. Desde que se había casado con Clyde, jamás pensó que pudiera sentirse feliz en el clan Campbell. Siempre los había visto como unos salvajes, gruñones y antisociales, pero desde que los conocía había descubierto en ellos a unas personas maravillosas. Incluido Clyde, quien nunca pensó que pudiera despertar en ella ciertos sentimientos extraños que la hacían vibrar cada vez que el guerrero la miraba.

—Mi enhorabuena, Fiona. Está siendo una fiesta increíble.

La voz de Amber la sacó de sus pensamientos y la obligó a girarse hacia ella. La joven sonrió y se encogió de hombros.

—La verdad es que todo es gracias a las personas que me habéis ayudado. Yo no habría podido preparar tantas cosas.

Amber sonrió. Por primera vez desde que la conocía, Fiona la vio con ropa normal que nada tenía que ver con el uniforme que solía llevar en el castillo. Y la vio tan hermosa que se planteó pedir al servicio que dejara de usarlo.

—Lo más importante de todo es ver cómo lo está disfrutando todo el mundo.

Amber asintió.

—Incluso el laird lo hace. Es la primera vez que lo veo sonreír en su

fiesta de toma de posesión. Nunca lo hace, y eso es gracias a ti.

Fiona sonrió tímidamente. Ella también se había dado cuenta de que Clyde sonreía cada vez más. Y eso, si lo comparaba con la primera vez que lo vio, poco o nada tenía que ver con el Clyde de ahora.

—Supongo que todos contribuimos a ello.

Amber negó con la cabeza.

—Unos más que otros.

Fiona abrió la boca para responder, pero el grito de un niño las alertó. La joven se giró y vio aparecer por una esquina a un niño que había visto anteriormente con Rory. Ambas corrieron hacia él y este señaló hacia la salida del pueblo.

—¡Es Rory!

Amber demudó el rostro al descubrir que su hijo estaba en peligro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fiona.

—Se ha metido en el lago para recuperar su caballo de madera y no puede salir. ¡Se va a ahogar!

—Dios santo… —murmuró Fiona—. Avisa a alguien que sepa nadar. Yo iré primero.

Amber asintió y corrió de nuevo hacia la fiesta. Mientras tanto, Fiona corrió como alma que lleva al diablo hacia el lago, acompañada del niño, que no dejaba de llorar.

Al llegar allí, vio que Rory se había alejado de la orilla, tal vez por sus propios pataleos para intentar salir y que hacía todo lo posible por mantenerse a flote, aunque se hundía cada pocos segundos. Sin perder tiempo en quitarse la ropa, Fiona corrió hacia el interior del agua, lanzando una exclamación al sentir la frialdad del agua penetrando por su piel.

—¡Sácalo, por favor! Es mi mejor amigo… —suplicó el niño desde la orilla.

—Eso si no me ahogo antes… —susurró la joven, asustada.

Cuando dejó de hacer pie, intentó no ponerse tan nerviosa como Clyde le había pedido semanas atrás. Le dijo que ese nerviosismo hace que te ahogues antes, así que intentó no patalear demasiado, sin embargo, no sabía

cómo llegar hasta Rory. Por ello, comenzó a mover las piernas como podía. El vestido le pesaba y amenazaba con ahogarla a ella también, pero sus pataleos lograron hacerla llegar hasta el niño.

Fiona agarró la mano de Rory al instante, y lo atrajo hacia ella, pero el miedo del niño hizo que este se apoyara sobre sus hombros, metiéndole la cabeza en el agua. Fiona pataleó para intentar salir del agua, pero Rory seguía asustado y volvía a bajarle la cabeza cada vez que esta resurgía entre el agua.

—¡Cálmate, Rory! —suplicó la última vez que salió.

Todo a su alrededor era demasiado negro y turbador. No saber nadar le hacía ver las profundidades del lago como la entrada al mismísimo infierno. Apenas podía ver nada con la cantidad de burbujas que salían de su boca o se formaban con los pataleos de Rory, pero cuando lograba ver algo más, pataleaba con fuerza para volver a salir a la superficie.

En un momento dado, creyó escuchar a alguien pronunciando su nombre en la lejanía, pero no tuvo tiempo de nada más, pues Rory gritó, asustado, e intentó aferrarse con fuerza a su cuello, pero Fiona, al no saber nadar, volvía a zambullirse en el agua. Las fuerzas estaban comenzando a fallarle, no solo por intentar subir a la superficie una y otra vez, sino porque el vestido pesaba tanto que se hundía más fácilmente.

En un momento dado, sus manos dejaron de tocar a Rory, al que vio seguir pataleando para mantenerse a flote, pero ella comenzó a descender y aunque intentaba hacer lo mismo que el niño, la tela de su falda se le enredaba entre las piernas, impidiéndole moverlas con facilidad para subir. A su alrededor todo comenzó a ser negro y el miedo se apoderó de ella. Su corazón se aceleró, los oídos comenzaron a pitarle y gastó su último aliento intentando gritar de auténtico terror al comprender que ya no había vuelta atrás y no volvería a respirar.

Iba a morir. Y le pareció tan irónico que justo fuera el día del ascenso de Clyde a la jefatura del clan que, si se hubiera encontrado en otra situación, se habría reído, ya que, si el guerrero odiaba ese día, seguramente lo aborrecería a partir de ese instante.

Fiona movió los brazos intentando subir, pero no lograba absolutamente nada. Sentía que su pecho estaba a punto de explotar y se preguntó en qué momento llegaría la muerte. Deseó que no fuera demasiado dolorosa y,

cuando logró aceptarla, algo le rozó la mano izquierda. Enseguida, una férrea garra la aferró de la muñeca y tiró de ella hacia arriba. Sentía que estaba a punto de morir, pues el dolor de su pecho derivado de la asfixia estaba a punto de matarla. Sin embargo, esa mano no parecía querer soltarla. No lograba ver de quién se trataba, pero cuando sintió otra mano en la cintura y esta le transmitió seguridad, supo que era Clyde.

Instantes después, su cabeza salió a la superficie y abrió mucho la boca para tomar una buena bocanada de aire. Seguidamente, tosió con fuerza y volvió a intentar respirar. Tenía tal desesperación que no podía dejar de moverse. Aún no había podido abrir los ojos, pero sabía que estaba entre los brazos fuertes que la protegían.

—¡Fiona! —vociferó Clyde intentando que parara de patalear así—. ¡Cálmate, por Dios! Soy yo…

Pero la joven apenas podía escucharlo. Seguía aterrada y no podía dejar de toser. Necesitaba llenar sus pulmones de aire, pero tenía la impresión de que no lograba llenarlos para calmarse.

—¡Fiona, soy Clyde, mírame!

El guerrero le tomó el rostro con ambas manos mientras la rodeaba de la cadera con las piernas para evitar que se hundiera más. La estrechaba contra sí mientras él mismo intentaba recuperar el aliento tras haberla buscado desesperadamente entre la negrura del agua.

—¡Mírame, soy yo! —vociferó una vez más.

El guerrero la obligó a mirarlo y cuando por fin abrió los ojos y los fijó en él, comenzó a llorar.

—Estás bien, Fiona. No pasa nada. Tranquilízate.

Poco a poco, la respiración de la joven se fue calmando. No apartaba los ojos de Clyde, que la miraba fijamente con el rostro tenso, pero sereno. Sus rostros estaban a escasos centímetros el uno del otro, sus labios estaban a punto de rozarse, pero Clyde no quiso moverse; no deseaba asustarla y que comenzara a patalear de nuevo, pues ambos acabarían muertos.

—Estoy contigo, Fiona —afirmó con voz ronca y firme—. No te voy a soltar.

—He estado a punto…

—No te has ahogado —la cortó antes de que terminara. A él mismo le estaba costando horrores mantener la tranquilidad, pues la última vez que la vio hundirse supo que sería la última que la vería si no la sacaba de allí—. Ahora estás conmigo y te juro que voy a protegerte hasta que te sientas segura de nuevo. No voy a soltar tu mano, Fiona. Te lo juro por mi honor, por mi vida y, si hace falta, por todos mis muertos. Nunca te voy a soltar. ¿Confías en mí?

Sin dudarlo, la joven asintió y se aferró con fuerza a su camisa totalmente mojada.

—Necesito que te tranquilices del todo para volver a la orilla.

—¡Rory! —exclamó la joven acordándose del niño.

—Está en la orilla, esperándonos. Lo ha sacado Rob del agua, ¿vale? Todo está bien, Fiona. Todo. Mírame.

La joven volvió a poner la mirada sobre él y tragó saliva ruidosamente. El dolor de su pecho menguó ahora que había logrado respirar con normalidad. Se sentía segura, pero hasta que no pisara tierra no lograría calmarse del todo. Lo observó fijamente, hasta que Clyde sonrió.

—Voy a llevarte a la orilla poco a poco, pero necesito que no te pongas nerviosa ni patalees o nos hundiremos.

La joven asintió, incapaz de hablar al tener un nudo en la garganta.

—Te agarraré de la cintura y nadaré. No voy a soltarte, Fiona, ¿de acuerdo?

—Confío en ti.

Clyde asintió y soltó su rostro para llevar las manos a su cintura. Lentamente, comenzó a nadar. El guerrero acariciaba su cintura haciendo círculos para calmarla. Y, antes de lo que esperaba, llegaron a la orilla. Cuando Fiona se puso en pie, ayudada por Clyde, que no la soltó ni un segundo, sintió que sus piernas temblaban tanto que temía no poder mantenerse en pie.

Antes de soltarla, Clyde depositó un beso en su cabeza. Al instante, el guerrero miró hacia Rob, que intentaba recuperar el aliento, completamente mojado. Su pelo caía sobre su rostro y se veía claramente que el baño le había arrebatado cualquier rastro de alcohol en su cuerpo, pues había

recuperado su habitual seriedad.

Rory se acercó hasta Fiona y la abrazó, aún llorando.

—Lo siento mucho. Has estado a punto de ahogarte por mi culpa…

Fiona lo apretó contra ella.

—No pasa nada, Rory. Intenta no volver a meterte en el agua sin saber nadar.

El niño asintió y regresó junto a su madre, que seguía llorando.

—Lo siento mucho, laird. No volverá a pasar…

En otra ocasión, Clyde habría puesto el grito en el cielo, pero en ese momento, suspiró y miró a Fiona. Sabía que su esposa guardaba especial apego por ese muchacho, así que simplemente se encogió de hombros y le restó importancia.

—Estas cosas pasan a diario, pero hoy tenemos la suerte de que no ha pasado nada.

—La fiesta se ha echado a perder por mi culpa —dijo Rory escondiendo el rostro en el cuello de su madre.

Fiona sonrió y negó con la cabeza.

—Para nosotros tal vez sí, pero no para el pueblo —dijo Clyde por ella—. Regresad y pasadlo bien. Mi esposa y yo regresaremos al castillo a descansar.

Clyde la aferró de nuevo de la cintura y la apretó contra sí. Ambos se miraron fijamente en silencio. No tenían nada más que decir, ni siquiera sentían que debían hablar más, pues lo dijeron todo con la mirada. Ambos habían estado a punto de no volver a verse jamás. Y eran tantos los sentimientos que habían surgido minutos antes que debían gestionarlos de alguna manera, especialmente Clyde, quien se sentía terriblemente asustado. No solo porque hubiera visto a Fiona a punto de ahogarse, sino porque había descubierto que no podría vivir sin ella lo que le restara de vida. Y eso asustaba incluso al guerrero más valiente, pues solo podía significar una cosa: la amaba con toda su alma.

CAPÍTULO 21

Dos días después del incidente en el lago, Clyde aún seguía con el estómago del revés. No solo porque estuvo a punto de perder a Fiona, sino por lo que había descubierto. Su corazón latía con fuerza cada vez que la veía desde entonces; del centro de su cuerpo parecía salir un hilo que lo atraía hacia ella y sus manos temblaban cada vez que la acariciaba. Y no solo eso, acababa de descubrir también que si la miraba mientras dormía surgían en él sentimientos tan profundos que lo hacían desear pasar todo el día con ella para protegerla.

Y todo ese batiburrillo de emociones era lo que el guerrero sentía en ese preciso instante, en el que las primeras luces del alba asomaban por el horizonte, permitiéndole admirar el cuerpo desnudo de Fiona a su lado y su rostro angelical mientras dormía.

Jamás se había parado a observar a una mujer que dormitaba a su lado. Había yacido con muchas, pero ninguna le había despertado esa necesidad. Tan solo Fiona. Y le pareció algo tan llamativo y espectacular que no podía apartar la mirada de su esposa. Le habría gustado encerrarla en ese dormitorio para evitar que sufriera algún daño nuevamente, pero sabía que eso no era posible. Él la quería libre, pues le había enseñado tantas cosas que necesitaba más. Y estaba seguro de que Fiona aún podía sorprenderlo una vez más.

Dos días atrás, cuando la vio sumergirse en el agua una vez más después de que Rory se apoyara contra ella para intentar mantenerse a flote, gritó de desesperación. Se desgañitó la garganta llamándola, como si con eso pudiera conseguir salvarla. Había nadado hacia ella con tanto ímpetu que se hizo daño en la espalda, pero no le importó. Solo deseaba sacarla de nuevo; ver sus ojos una vez más; que lo retara, que lo provocara, que gimiera de placer entre sus brazos una vez más. No podía perderla, pues en ese instante se dio cuenta de que ella se había convertido en una tabla de salvación para su alma. Desde que Fiona estaba en su vida y la había puesto patas arriba, había descubierto que podía sentir algo más que rabia, desesperación y frialdad. Podía sentir más allá de eso, y, aunque lo aterraba, le agradaba volver a notar el viento contra el rostro, algo que no había vuelto a sentir desde pequeño.

Clyde tragó saliva. Con el corazón encogido ante los sentimientos encontrados en su pecho, alargó una mano y comenzó a acariciar el brazo de la joven, que dormía girada hacia él. Estaba tan profundamente dormida que no se movió cuando sintió los callos en sus dedos, por lo que Clyde se atrevió a ir más allá. Acarició su espalda desnuda y apartó las sábanas para bajar aún más. Fiona tenía una piel tan suave que parecía estar tocando algo angelical, algo que no era de este mundo. Y era suya. Fiona era suya. Semanas atrás había puesto el grito en el cielo por tener que casarse con su peor enemiga, y ahora la deseaba tanto que le dolía. Y le dolía porque temía sufrir.

Siguió bajando hasta acariciar su cintura y su trasero. La joven era tan hermosa que estaba seguro de que ni ella misma lo sabía. Había conocido de ella su orgullo, su mal carácter, su amabilidad, su corazón… Todo. Y ella sabía que lo tenía. Pero ¿su belleza? No, estaba claro que ella desconocía que poseía esa increíble belleza. Y que se hubiera ganado el respeto y la admiración de sus hombres era algo tan extraño que a él mismo lo sorprendía, pues sus hombres estaban entrenados para ser tan fríos y peligrosos como él. Sin embargo, cuando estaban cerca de Fiona, apenas podían ocultar lo que sentían por ella. Y eso lo llenaba de orgullo, pues no podía estar casado con una mujer que no fuera querida por los suyos.

Bajo la barba del guerrero se dibujó una sonrisa ladina. Desvió el avance de sus dedos y los llevó hacia el vientre de Fiona que, a pesar de estar durmiendo bocabajo tenía un pequeño hueco por donde le dejó pasar la mano. Y cuando los juguetones dedos de Clyde bajaron aún más, hasta su entrepierna, Fiona dio un respingo y comenzó a despertar.

En ese momento, Clyde supo que no había vuelta atrás. La deseaba y quería hacerla suya antes de que el día despuntara finalmente.

La besó antes de que pudiera abrir los ojos del todo y se girara lentamente, con los restos del sueño aún dibujados en sus ojos. La espalda de Fiona se arqueó cuando los dedos de Clyde tuvieron libre acceso a su entrepierna y la acarició lentamente. Las manos de la joven se dirigieron hacia su cuello, el cual apretó contra sí mientras ella también devoraba sus labios.

El guerrero estaba a punto de explotar cuando apartó la mano de Fiona y la aferró con fuerza de la cadera para elevarla sobre él. La joven dejó

escapar una exclamación de sorpresa, pues no esperaba ese movimiento tan rápido. Y así, sentada sobre Clyde, Fiona bajó la mirada hacia él y vio que este sonreía despreocupado. Las manos del guerrero ascendieron hasta sus pechos, los cuales acarició lentamente, provocándola.

—Quiero que hoy seas tú quien tomes de mí lo que quieras. Deseo que seas tú quien me devore y que tu cuerpo me tome sin piedad, Fiona —susurró con voz ronca por el deseo—. Coge de mí lo que desees.

Fiona lo miró unos instantes, ligeramente sonrojada por la petición. No obstante, era tanto el deseo que sentía por él que no pudo contenerse. Obligándolo a mantener las manos en sus pechos, la joven se agachó para besarlo. Puso las manos a ambos lados de su cabeza y comenzó a frotar su cadera contra él, arrancándole gemidos. Ella misma también lo hizo cuando las yemas de sus dedos pellizcaron suavemente sus pezones. Y, segundos después, guio su miembro hacia su entrepierna. Fiona levantó la cadera ligeramente y, con una estocada, lo introdujo en su cuerpo.

Ambos gimieron al mismo tiempo y en el momento en el que la joven comenzó a moverse sobre él las manos de Clyde acudieron a su rostro. Lo tomó con suavidad, aunque con firmeza para mirarla a los ojos. Un gemido escapó de su ronca garganta cuando los ojos de la joven se dirigieron hacia él llenos de placer.

—Móntame, Fiona, y no tengas piedad.

Como si se tratara de una orden, la joven se movió más deprisa. Movía la cadera con movimientos suaves, pero tan arrolladores que era incapaz de mantener los ojos abiertos. Esta se incorporó ligeramente y apoyó las manos sobre el amplio pecho de Clyde, que aferraba ahora su cadera y la obligaba a hacerlo más fuerte, bajando su cuerpo de golpe y haciéndole sentir un placer que no había sentido jamás.

Clyde fue rindiéndose poco a poco a ese placer. Siempre había tomado la iniciativa y llevado las riendas por temor a perder el control, pero en ese momento no le importaba. Ni siquiera era consciente de que el día ya había comenzado. Tan solo era capaz de sentir lo que Fiona despertaba en él. Y lo que conseguía era volverlo completamente loco. El guerrero rugía como nunca, como si la fiera que llevaba en su interior estuviera a punto de salir.

Clyde miró a Fiona a los ojos y cuando la joven dejó caer la cabeza hacia atrás, completamente entregada a él, no pudo evitar rugir de nuevo,

atrayéndola hacia él:

—Fiona, házmelo más fuerte. Llévame al límite, mi amor.

La joven lo miró entre la niebla de placer que cubría todo su cuerpo. Creía haber escuchado mal sus palabras, pero tenía la mente tan embotada por el placer que creyó que lo había entendido mal. Su cuerpo se movió más deprisa, buscando no solo su propio placer, sino también el de Clyde, que gemía cada vez más fuerte y más que nunca. Y cuando comenzó a derretirse sobre su cadera, sintió cómo el cuerpo del guerrero comenzó a contraerse, derramándose en su interior y exprimiendo cada gota que su cuerpo podía darle.

Sintió bajo su cadera el temblor en el cuerpo de Clyde, que era más que evidente con una simple mirada. En su cabeza aún merodeaban las últimas palabras que le había dedicado, "mi amor", pero se dijo que no podían ser ciertas, que él jamás diría algo así y que habían sido producto de su imaginación o del placer que había sentido.

Aún respirando de forma acelerada, Fiona se dejó caer contra su pecho. Al instante, los brazos de Clyde la rodearon y la protegieron del frío que de repente había en la habitación. Sentía su cuerpo lánguido, sin ánimo para iniciar el día como siempre. Quería quedarse allí acostada junto a él y que ninguno saliera del dormitorio para nada.

—¿No se te hace extraño haber acabado así después del odio que había entre nosotros?

La pregunta de Fiona lo hizo sonreír.

—La verdad es que sí, pero creo que hemos ganado con el cambio…

La joven escondió la cara en su cuello, avergonzada por lo que acababa de hacer.

—Sí… —admitió entre dientes, haciéndolo sonreír.

—Debo levantarme ya. Seguramente, los chicos ya estarán entrenando. Quédate un rato más en la cama.

Fiona negó con la cabeza, apartándose de él para dejar que se incorporara.

—La verdad es que había pensado en ir al pueblo a ver a Grace, si te parece bien.

Clyde la miró por encima de su hombro.

—¿Por qué habría de parecerme mal?

Fiona se encogió de hombros.

—Después de lo que pasó el otro día no he vuelto a salir y pensaba que tal vez podrías no desear que saliera.

Clyde sonrió fugazmente.

—Este castillo no es una cárcel, Fiona. Eres mi esposa y tienes libertad en estas tierras. Puedes ir, con cuidado, eso sí, sobre todo con Fletcher. El otro día lo observé durante la fiesta y la agarraba de tal manera que seguramente tendrá marcas en los brazos.

Fiona asintió.

—Antes de tocar a su puerta comprobaré si está él o no. Me gustaría saber cómo se encuentra.

Clyde la secundó en el gesto.

—¿Deseas que te acompañe o tal vez alguno de mis hombres?

Fiona negó con la cabeza.

—No hace falta. Tardaré poco en volver.

Clyde asintió y terminó de vestirse. Cuando estuvo preparado, rodeó la cama y la besó en los labios. Fue un beso fugaz, pero lleno de deseos y promesas silenciosas que hicieron la delicia de la joven. Tras una última mirada, el guerrero se marchó y la dejó sola.

Fiona terminó de vestirse y se hizo una trenza en el pelo. Aún le temblaban las piernas después del increíble despertar que Clyde le había dado. Se sonrojó al pensar en lo que había hecho. Jamás creyó que pudiera cabalgar al guerrero de esa manera, y menos que fuera algo tan placentero. Había sentido, durante unos segundos, que su alma parecía salir de su cuerpo mientras gritaba su nombre. Había sido algo espectacular que la hizo desear aún más.

Estaba segura de que el sacerdote la castigaría con cien padres nuestros si llegaba a contarle algo así, pero lo peor de todo era que estaba deseando volver a repetirlo, así que en lugar de cien serían doscientos.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y después se mordió el inferior. Su vida en el matrimonio estaba siendo como jamás creyó que podría ser, y había descubierto a un Clyde que no pensaba que existía. Y esas palabras…

“Mi amor”. Estaba segura de que las había escuchado. Nadie podría engañarla y decirle que no, pues había oído a la perfección. La había llamado así, pero después lo había visto comportarse como si no hubiera dicho nada. O tal vez lo había dejado caer sin darse cuenta debido al éxtasis del momento.

Intentando olvidarlo, al menos durante unas horas, Fiona salió del dormitorio rumbo al pueblo. No tenía hambre, por lo que dejaría el desayuno para más tarde. Estaba segura de que Fletcher saldría pronto de la casa, antes de que hubiera más movimiento en el pueblo y que alguien pudiera ir a ver a Grace, por lo que no quería perder tiempo.

Tras salir al exterior, Fiona descubrió que estaba lloviendo. Desde la puerta vio que los guerreros estaban entrenando, ajenos al aguacero que caía sobre sus cabezas. Y a pesar del frescor del día, Fiona estuvo a punto de que se le abriera la boca por la sorpresa al ver que Clyde se encontraba sin camisa. Su pecho desnudo brillaba debido al agua que había caído sobre él, pero parecía ser ajeno al mal tiempo. Su fuerza y poderío casi se sentía desde la puerta de salida del castillo y Fiona sintió que todo su ser vibraba ante esa escena, pues su esposo parecía haberse convertido en la estatua de un antiguo dios griego.

Intentando aparentar serenidad, Fiona se colocó la capa sobre los hombros y salió al exterior. Se acercó a ellos cuando vio que Clyde se giraba hacia ella después de que Rob le comunicara que se aproximaba.

—¿No hace demasiado mal tiempo como para entrenar hoy?

Clyde sonrió y se encogió de hombros.

—El tiempo nunca ha sido un contratiempo para nosotros.

Fiona le devolvió la sonrisa, aunque cuando vio que Rob había una mueca graciosa, para imitarlos, dejó de sonreír y miró hacia el portón.

—Me voy antes de la hora del desayuno. Estoy segura de que Fletcher no sospechará que alguien pueda presentarse a su casa y tal vez dejará sola a Grace.

Clyde asintió.

—De acuerdo, pero si ves que las cosas se ponen feas, regresa. No quiero que ese miserable te descubra en su casa.

—Tendré cuidado.

Una vez más, Clyde la besó antes de volver junto a sus hombres, que se burlaron de ellos. Como respuesta, el guerrero se lanzó contra varios de ellos y siguieron con el entrenamiento.

Con una sonrisa, Fiona se alejó rumbo al pueblo. Atravesó el portón y mientras este se cerraba a su espalda, la joven siguió hacia adelante sin mirar atrás. Era la primera vez que salía sola del castillo desde que se había casado con Clyde, y que este le permitiera hacerlo sin compañía era toda una declaración de confianza hacia ella, lo cual la alegraba porque le confirmaba, una vez más, que las cosas entre ellos eran diferentes.

El silencio la rodeó cuando se internó en el bosque y quedó libre de las miradas de los guerreros de Clyde desde la muralla. Las tierras Campbell siempre le habían parecido un misterio, pero ahora que las conocía podía decir que eran tan bonitas que su vista se alegraba cada vez que ponía sus ojos en cualquier sitio. El clan Campbell tenía mala fama entre los demás, pero sus gentes eran amables, se vivía de forma tranquila y era un lugar precioso. En parte, le entristeció que fuera de aquellas tierras desconocieran el verdadero valor de esa gente.

Mientras avanzaba por el bosque, escuchó el canto de los pájaros e intentó relajarse, pues se sentía ligeramente nerviosa ahora que iba a enfrentarse a la situación de Grace. Durante todos esos días no había dejado de acordarse de ella. No le parecía justo que nadie pudiera hacer nada por salvarla de esa situación, pero ella haría lo posible para intentar solucionarla de alguna manera. Estaba segura de que podría hacer algo, así que por ello se dirigió hacia la casa de la mujer cuando alcanzó las primeras casas del pueblo.

Fiona tragó saliva y caminó despacio, mirando a un lado y a otro de las calles para intentar adivinar si Fletcher había salido de su casa, pero todo parecía estar desierto, como si la gente aún siguiera durmiendo o desayunando en sus casas para después marcharse a trabajar.

La joven colocó aún más su capucha sobre su rostro para evitar empaparse, ya que estaba mojada debido a la lluvia. Un escalofrío recorrió su espalda cuando el fresco penetró por sus ropajes, pero se dijo que había hecho lo correcto, sobre todo, tras ver a Fletcher salir de su casa.

Fiona se escondió tras la esquina y miró hacia su espalda ahora que este

se alejaba hacia el otro lado de la calle, ajeno a sus ojos. El corazón de Fiona comenzó a latir con fuerza. Tan solo había hecho falta esperar alrededor de media hora para ver que Grace se quedaba sola por fin.

Cuando la figura de Fletcher desapareció por la otra esquina, Fiona dejó escapar el aire contenido. Desde allí lo había escuchado gritar y golpear los muebles. No quería imaginar cómo era la vida de los vecinos desde que Grace y Fletcher vivían allí, pero estaba decidida a hacer algo para solucionarlo.

Fiona salió de su escondite y recorrió la distancia hasta la casa. Caminó deprisa y sin perder tiempo, pues desconocía cuánto tiempo podía estar Fletcher fuera de casa. Llamó a la puerta con prisa y un segundo después escuchó los pasos acelerados en el interior de la vivienda.

La puerta se abrió al instante, revelando el rostro amoratado de Grace. Fiona dejó escapar una exclamación de sorpresa al verla.

—Pero ¿qué te hace ese desgraciado?

La expresión de Grace se alarmó y salió a la puerta para mirar a un lado y a otro.

—He visto salir a tu esposo.

—Si te encuentra aquí…

Fiona negó con la cabeza.

—No lo hará. ¿Sabes a dónde ha ido?

—A la taberna…

—Entonces tenemos tiempo de sobra. ¿Puedo entrar?

Grace dudó, pero acabó asintiendo.

—Apenas hemos podido hablar desde aquella primera vez y estoy preocupada por ti.

—No tienes que preocuparte. Estoy acostumbrada.

Fiona frunció el ceño.

—Una mujer nunca debería acostumbrarse a ser golpeada, Grace. Eso no está bien. Tu esposo ha perdido el juicio.

—Pero ya le he dicho a todo el mundo que no se puede hacer nada.

Fiona suspiró y miró a su alrededor de reojo. La casa estaba impecable, pero apenas tenía más que un par de sillas escondidas bajo una pequeña mesa. La chimenea estaba casi apagada, supuso que por falta de madera con la que avivar el fuego. Un viejo sofá descansaba frente a esta, pero la suciedad de este no incitaba a sentarse.

—Lamento el estado de mi hogar. Sé que no es como el castillo.

—Mi padre me encerró en una mazmorra el día antes de mi boda con Clyde —confesó con media sonrisa—. Te aseguro que nada puede compararse con la suciedad de ese lugar.

El rostro de Grace se mostró sorprendido.

—Temía que escapara —añadió—. Quiero saber si necesitas algo que yo pueda traerte. Imagino que Fletcher se gasta el dinero en la taberna.

Grace asintió.

—Sí, y apenas deja algo para comer.

—Traeré comida y mantas. Te daré una idea. Si él quiere gastarlo en la taberna, convendría que hicieras un agujero donde meter la comida para que él no la vea. Y cuando se marche, aprovecha y aliméntate. Si no, tu cuerpo no aguantará.

Grace sonrió.

—Gracias. La verdad es que el laird no pudo casarse con una mujer mejor que tú, Fiona.

La joven sonrió levemente.

—Solo hago lo que está en mi mano. Por cierto, uno de los hombres de Clyde merodea por la casa frecuentemente, aunque ahora mismo estaba mojándose bajo la lluvia mientras entrenaba con los demás.

—Gracias. Ojalá se pudiera hacer algo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Grace? —La mujer asintió—. ¿Qué viste en él para casarte?

—Parecerá mentira, pero su amabilidad y buen corazón. Después, se quedó sin trabajo por un problema con los clientes y dejó de sentirse útil. A partir de ahí, comenzaron los golpes.

Fiona resopló.

—Una persona no cambia tanto de un día para otro… Seguramente, ya era así antes, solo que después de eso sacó su verdadera cara.

Grace se encogió de hombros. Fiona dio un paso hacia ella para abrazarla al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas ante los recuerdos, pero la puerta se abrió de golpe, sorprendiéndolas a ambas. Grace dejó escapar un grito de sorpresa, mientras que Fiona dio un paso atrás.

La puerta se cerró rápidamente ante la irrupción de Fletcher en la casa. Apenas acababa de marcharse y había regresado antes de lo que ambas hubieran imaginado. Los ojos del hombre se posaron al instante en la esposa del laird, que tragó saliva ruidosamente frente al peligro que representaba ese hombre no solo en esa casa, sino en el clan.

—Fletcher… —comenzó diciendo Grace sin saber cómo continuar.

—He venido a ver a tu esposa —la cortó Fiona, ceñuda.

El aludido entornó los ojos.

—¿Con qué motivo?

—Para ver cómo se encuentra de los golpes que le propinas.

El poco color que había en las mejillas de Grace desapareció de golpe cuando vio sonreír a Fletcher de lado, tal y como solía hacer antes de golpearla.

—Es la esposa del laird y suele visitar a todo el mundo —mintió intentando calmar las aguas.

—¿Y quién te ha dado permiso para que pises mi casa? —preguntó Fletcher dando un paso hacia Fiona, que no perdió de vista sus movimientos.

—La potestad que me otorga ser la esposa del laird —afirmó—. No necesito más permisos.

Fletcher dio otro paso hacia ella, pero Fiona se quedó parada en el sitio y lo encaró. No estaba dispuesta a dejarse amedrentar por él a pesar de que sus ojos parecían haber salido del averno tan solo unos minutos antes.

—Vete de mi casa ahora mismo, muchacha.

—No sin que antes jures que no volverás a tocar a Grace.

Fletcher sonrió y miró a su esposa, que tembló al instante.

—Yo no tengo por qué darte explicaciones de lo que hago o no en mi casa o con mi esposa. Desde esa puerta hacia dentro, la potestad que manda es la mía.

—No si eres el responsable de alterar la paz en el clan.

Fletcher resopló.

—Acabas de llegar y te crees la dueña.

Fiona apretó los puños.

—Soy la esposa del dueño. Al fin y al cabo, es lo mismo.

—Vete de mi casa —la amenazó nuevamente.

—Te juro por mi vida que pienso hacer lo posible para que acabes fuera de estas tierras. Grace no merece lo que le haces.

Con un movimiento rápido, Fletcher agarró de cuello a Fiona. El grito de Grace llenó el espacio del pequeño salón.

—¡No, suéltala!

Pero con un simple empujón, Fletcher envió a Grace al suelo. Fiona intentó soltarse, pero no pudo. Y al querer hablar se encontró con que no tenía aliento para poder hacerlo. Fletcher la atrajo hacia sí y con su rostro a escasos centímetros del de la joven, le espetó.

—Me importa una mierda quién demonios seas y por qué estás aquí. Te he dado dos oportunidades para que te vayas de mi casa y las has desaprovechado. Así que, si estás dentro de mi hogar, aunque solo sean unos minutos, eres mía para hacer contigo lo que desee.

—¡Fletcher, no! —vociferó Grace.

Pero cuando volvió a intentar acercarse, el hombre la golpeó con tanta fuerza que al caer su cabeza chocó contra el suelo y perdió la consciencia. Los ojos de Fiona se abrieron desmesuradamente por el horror. Intentó soltarse, pero los dedos de Fletcher apretaron su cuello con más fuerza.

—El laird no sabe cómo tratar a su esposa, pero yo te enseñaré a no meterte donde nadie te ha llamado, muchacha.

El hombre la soltó y antes de que pudiera toser para tomar aire, su puño se estrelló contra su mejilla, lanzando a Fiona contra la mesa, que se movió bajo su peso. Intentando recuperar el aliento, la joven tosió con fuerza, pero

Fletcher la agarró del pelo y tiró de ella hacia atrás.

La joven gritó de dolor justo cuando se vio impulsada hacia la pared más próxima. Se giró con rapidez y levantó su pierna para golpear a Fletcher con ella. Le dio de lleno en la pierna y aprovechó para intentar escapar y pedir ayuda. Sin lugar a dudas, ese hombre había perdido el juicio completamente.

—¿A dónde crees que vas, pequeña zorra?

Cuando Fiona estaba a punto de alcanzar la puerta de salida, Fletcher la agarró del brazo y tiró de ella con tanta fuerza que cayó al suelo. La mala suerte quiso que se golpeara la frente contra una silla al caer. La joven gritó cuando cayó estrepitosamente contra el suelo y la sangre caliente recorrió su rostro hasta perderse entre su ropa.

Se giró en el suelo y se alejó de Fletcher, que la miraba con una sonrisa.

—Ni te imaginas lo que me agrada ver la sangre cuando sale del cuerpo de una mujer… Estáis hechas para recibir golpes…

Fiona rugió de rabia y giró sobre sí misma para levantarse. Agarró la silla contra la que se había golpeado y la llevó hacia el hombre, pero este ya estaba preparado para recibirla y pudo aferrarla con fuerza. Tiró de ella, haciendo que Fiona trastabillara hacia adelante. La joven cayó de lleno en los brazos de Fletcher, que la miró con una sonrisa ladina.

—Pero esa no será la única sangre que saldrá de tu cuerpo en el día de hoy… Has venido a la casa equivocada.

—Tal vez me matarás hoy, pero Clyde acabará contigo.

Fletcher sonrió de lado y aferró su pelo, tirando de él hacia atrás, hasta hacerla gritar de dolor.

—Acabar con la vida de la esposa del laird será todo un honor…

El hombre le dio un cabezazo a Fiona que estuvo a punto de enviarla a la oscuridad más absoluta. La joven sintió cómo sus rodillas cedían ante su peso, todo daba vueltas a su alrededor y su estómago protestó, amenazando con hacerla vomitar. Su labio se partió en dos tras ese golpe y la sangre no tardó en manar en abundancia de esa herida. Desde su posición podía ver las botas de Fletcher, aunque borrosas, debido al mareo por el golpe.

Intentó ponerse en pie de nuevo, sin éxito. Todo daba demasiadas vueltas

a su alrededor y la risa del hombre la ponía tan nerviosa que apenas podía dejar de temblar.

—Fiona Campbell, ¿alguna vez has sentido el verdadero terror? ¿En algún momento de tu asquerosa vida tu suelo ha temblado tanto que no sabías qué hacer? ¿Alguna vez has visto de cerca la muerte? Tranquila, hoy es el día.

Fiona recordó el momento en el que sus padres murieron. Aún le quedaba por descubrir quiénes habían ordenado su muerte, por lo que no podía exhalar su último aliento ese día. Se arrastró por el suelo casi sin consciencia, pero la mano de Fletcher la alcanzó con facilidad cuando estaba a punto de meterse bajo la mesa.

—¿A dónde crees que vas?

La joven gritó al ser arrastrada por el suelo. Golpeó las manos de Fletcher, pero este la aferraba con fuerza y ella estaba tan mareada que apenas pudo alcanzarlo. Este volvió a agarrarla del cuello y la levantó. La joven vio cómo el aire le era negado nuevamente. La llevó contra la pared y la miró a los ojos, cristalinos, que le devolvieron la mirada, aterrada.

Fletcher sonrió al ver el miedo en sus ojos.

—Estás asustada, ¿verdad? Lo estarás aún más cuando sientas que no puedes volver a respirar.

Fiona intentó arañarlo, pero el hombre parecía ser inmune a ello, sobre todo, cuando apretó más los dedos en su cuello. La joven creyó que sus ojos se saldrían de sus órbitas. Intentaba respirar, pero no podía. Se sintió como en el lago días atrás. Estaba a punto de morir ahogada y sabía que nadie podría salvarla ese día.

Su mente le trajo el rostro de Clyde y se preguntó cómo reaccionaría al enterarse de su muerte. Tosió con fuerza, pero no pudo volver a tomar aire. La vida se acababa para ella, pero cuando la oscuridad comenzó a ganar terreno, los dedos de Fletcher dejaron de presionar contra su cuello y cayó a sus pies.

Tras él apareció el rostro amoratado de Grace y un trozo de madera rota con la que lo había golpeado en la cabeza. Al instante, Fiona tosió repetidas veces para tomar aire mientras Fletcher se retorcía de dolor en el suelo.

—Vamos, vete, Fiona.

—Ven conmigo.

Grace negó con la cabeza.

—Si hoy es mi último día en el mundo, me iré feliz por haberte salvado la vida. Eres una buena mujer. Disfruta de ella con el laird y haced de este clan el mejor de toda Escocia.

Fiona intentó hablar de nuevo, pero le sobrevino un mareo que la obligó a apoyarse contra la pared. Aún seguía aturdida por el golpe de Fletcher, pero Grace la empujó suavemente hacia la puerta.

—Vamos, Fiona, márchate.

Dando traspiés, la joven obedeció, pero apenas podía ver el camino que tomaba. Estaba cada vez más mareada. Necesitaba llegar cuanto antes al castillo para contarle a Clyde lo que había sucedido y así ayudar a Grace de alguna manera, porque cuando Fletcher recuperara la conciencia y se lanzara contra su esposa por haberlo golpeado para dejarla marchar, seguramente su vida correría peligro.

No obstante, era tanto el mareo que sentía que apenas podía caminar sin perder el equilibrio. Dejó atrás la calle de Grace y se encaminó hacia el bosque como pudo. Las piernas le temblaban y la sangre no dejaba de manar de la brecha de su cabeza y su labio partido. Pero era todo el cuerpo el que le dolía. Y a pesar de eso, siguió adelante. Tenía que ayudar a Grace como fuera, de la misma forma que ella la había ayudado a escapar de Fletcher, que había estado a punto de matarla.

—¡Fiona! —exclamó alguien detrás de ella.

Sin embargo, la joven no quiso mirar atrás. No reconoció la voz, pues su mente parecía estar en otro lugar muy lejos de allí. Por ello, siguió adelante. Sin embargo, fue alcanzada muy pronto debido a que caminaba despacio, a trompicones y apoyándose en los árboles que había en el camino.

—¿Qué te ocurre, Fiona?

Ahora sí lo reconoció. La joven se giró, aunque sintió un mareo por la rapidez con la que lo hizo, y vio que Rory se acercaba corriendo a ella.

—¡Dios mío, Fiona! Te he visto alejarte del pueblo y me ha parecido que caminabas raro, pero no que estuvieras herida.

El niño paró junto a ella y la ayudó a sostenerse, a duras penas. En sus

ojos estaba reflejada la desesperación y preocupación por su estado.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Da igual, Rory —dijo con voz débil—. Yo no puedo llegar al castillo. Tienes que ir tú a pedir ayuda a Clyde. Dile que venga. Me quedaré aquí esperando, pero debes ir rápido.

Fiona se sentía cada vez más mareada y los escalofríos que recorrían su cuerpo la incitaban a tumbarse en el suelo y cerrar los ojos para dormirse. Pero no podía. Tenía que salvar primero a Grace de las garras de Fletcher. Incluso debía salvarse ella misma, ya que probablemente el salvaje de Fletcher iría tras ella para evitar que le contara todo a Clyde. Así que no debía perder más tiempo.

—Corre al castillo y díselo a Clyde. Por favor, no te entretengas.

Rory asintió con seriedad.

—No me detendré, Fiona. Te lo juro.

Tras una última mirada, el niño corrió en dirección al castillo, dejando sola a Fiona, que necesitó de unos segundos para recuperar el aliento. Inspiró con fuerza y lo soltó lentamente. Cuando pareció que el mareo pasaba, continuó caminando hacia el castillo. Tenía que alejarse del pueblo todo lo que pudiera. No estaba segura de si Fletcher había recuperado ya la consciencia, así que no podía quedarse quieta.

Los minutos fueron pasando, aunque no era demasiado consciente de ello por culpa de ese mareo. Fiona dio un traspiés y se dio de bruces contra el suelo. La joven dejó escapar un gemido lastimero cuando unas ramas se clavaron ligeramente en su costado. Sentía que estaba a punto de dejarse llevar por la oscuridad que la rodeaba, pero haría lo que fuera por mantenerse despierta. No podía caer. Ahora no.

CAPÍTULO 22

Clyde dejó escapar una carcajada cuando Rob se quejó una vez más por el duro entrenamiento.

—Te estás debilitando, amigo. Antes no te quejabas tanto.

—Son los rechazos del amor los que hacen que esté distraído… —se burló Mervin.

El aludido los miró de reojo y envainó la espada en el cinto.

—Te recuerdo que tú hasta hace unas semanas te quejabas de tu esposa, a la que ahora sigues con la mirada de un enamorado.

La sonrisa de Clyde se borró de golpe y lo atravesó con la mirada. ¿Tan evidentes eran sus sentimientos o es que Rob lo conocía demasiado bien? Sin embargo, se obligó a negarlo.

—Definitivamente, estás perdiendo el juicio, amigo.

Rob arqueó una ceja.

—Claro, nadie más que vosotros escucha vuestros gemidos cuando retozáis en cualquier lugar. Por favor, dais asco.

Mervin lanzó una carcajada.

—Eso es verdad, laird. El otro día me dirigía a tu despacho a hablar contigo y tuve que dar media vuelta a punto de vomitar. Se os escuchaba desde el pasillo.

Clyde puso los ojos en blanco.

—No me extraña que te haya cambiado hasta el carácter. Esa muchacha tiene que haber hecho un hechizo o algo, no eres el mismo.

El laird negó con la cabeza al tiempo que rodaba los ojos. Y cuando abrió la boca para responder con una amenaza, unos gritos procedentes del exterior de la muralla llamaron la atención de todos. Los guerreros apostados en la muralla abrieron el portón y vieron aparecer a Rory, el hijo de la cocinera, con los ojos desorbitados y lágrimas en ellos. Su rostro había palidecido aún más y miró directamente a Clyde.

Al instante, este se puso en alerta y supo que se trataba de Fiona. Aferró al niño de los hombros y esperó unos segundos a que se calmara, pues decía

palabras sin sentido y no lo entendía.

—¿Qué ha pasado?

Rory lo miró a los ojos.

—Es Fiona —logró decir cuando recuperó el aliento—. Está herida en el bosque, justo a la salida del pueblo.

—Id a por los caballos —ordenó a sus hombres—. ¿Ha sido un animal?

Rory negó con la cabeza.

—No me ha dicho quién ha sido, pero son golpes de persona. En el cuello tiene marcas de dedos…

La furia de Clyde aumentó a medida que el niño hablaba. Las manos le temblaron y maldijo en silencio.

Los caballos estuvieron allí en cuestión de segundos. Ni siquiera les habían puesto la montura, pues tenían que salir cuanto antes.

—Llévanos hasta ella —le pidió al niño, montándolo en el mismo caballo que él.

En apenas unos segundos, estaban fuera del castillo, pero Clyde lo sintió como si fueran una eternidad. Hacía poco más de una hora que se había despedido de Fiona cuando esta se dirigió al pueblo y temió que fuera la última vez que la viera con vida. No podía ser. Sentía que estaba a punto de ponerse a gritar por la frustración que le generó no saber cómo se encontraba la joven y quién demonios se había atrevido a hacerle daño.

Clyde siguió las indicaciones de Rory. Ni siquiera sabía si sus hombres les seguían el paso, pues había instigado a su caballo con tanto ímpetu que cabalgaban a toda velocidad hacia el bosque, deseando que su esposa siguiera aún con vida.

No recordaba haber sentido tanto dolor en toda su vida. Temía que Fletcher le hubiera roto la nariz o algún otro hueso de la cara, pues era tal el dolor que sentía que apenas podía mantenerse despierta. No obstante, se obligó a ello y se movió todo lo que pudo. Incluso arrastrándose por el suelo, Fiona logró ganar un par de metros más, pero su cuerpo no podía continuar. La joven se dejó caer contra la hierba del suelo y miró hacia el cielo encapotado. Ya no llovía tanto como cuando había llegado al pueblo,

pero seguían cayendo gotas sobre ella. No había sido consciente hasta entonces de ese detalle. El agua lograba calmar el dolor de su cara y la refrescaba, obligándola mantenerse despierta. Sin embargo, las copas de los árboles parecían danzar sobre ella, mareándola aún más.

Jamás en toda su vida se había sentido tan mal como en ese momento. No solo por los golpes que había recibido, sino porque no estaba segura de que pudieran salvarle la vida a Grace, y tal vez por su culpa esta acabara muerta ese mismo día.

Se obligó a respirar hondo y mantener la atención sobre su respiración, ya que parecía calmar ligeramente el mareo. En ese momento, comenzó a tararear una canción que solía cantarle su madre cuando era pequeña. Una lágrima escapó de sus ojos mientras lo hacía. Necesitaba sentirse protegida en ese momento y allí, sola en medio del bosque, no podía lograrlo. Por ello, siguió cantando y sintiendo que su madre estaba a su lado, abrazándola. Al igual que su padre, quien puso todo su empeño en convertirla en su digna sucesora.

—Ojalá hubieras tenido tiempo suficiente para enseñarme a luchar, padre —murmuró sin poder contener las lágrimas.

Fiona sentía que la oscuridad estaba cada vez más cerca de ella y se cernía sobre su cuerpo, pues apenas podía seguir viendo más allá de lo que había justo encima de ella. Obligándose a moverse, sin apenas fuerzas, la joven giró sobre sí misma y se arrastró de nuevo por el suelo. Si tenía que llegar así al castillo, lo haría. No le importaba. Sin embargo, unos segundos después escuchó el grito de Clyde, que reverberó por todo el bosque como si de un demonio se tratara.

—¡Fiona! —vociferó dirigiendo su caballo hasta ella.

La joven levantó la mirada como pudo. Descubrió tres caballos más que pararon cerca de allí. Rápidamente, los pies de Clyde corrieron hacia ella. Dejó escapar un gemido cuando su esposo la giró en el suelo y la mantuvo entre sus brazos.

—Maldita sea, ¿quién demonios te ha hecho esto, Fiona?

El guerrero se horrorizó al ver la señal oscura de unos dedos alrededor del cuello de la joven y el rastro de sangre que fueron dejando sus heridas por todo su rostro. Ella se dejó mecer por sus brazos antes de responder. Si

hubiera dependido de ella, habría cerrado los ojos y se habría dejado llevar por la oscuridad. Sin embargo, tenía que hacer algo más antes de regresar al castillo.

—Fletcher ha llegado muy pronto a casa de Grace —murmuró.

—Maldita sea, Fiona, te lo dije —renegó Clyde.

—La va a matar. Lo sé. Ha intentado hacerlo conmigo y Grace me ha ayudado a escapar, pero ella está a su merced, Clyde. Por favor…

La desesperación en el tono de Fiona obligó al laird a levantar la mirada. Sus hombres estaban de pie junto a ellos. Tras ellos estaba Rory, escondido. Había llegado el momento de poner orden entre la gente de su clan. Y tenía la excusa perfecta.

—Fyn, lleva a Fiona a salvo. Protégela con tu propia vida si fuera necesario.

El guerrero asintió con seriedad.

—Sabes que lo haré, laird.

Con sumo cuidado, Fyn se agachó al otro lado de Fiona y la tomó de entre los brazos de Clyde. La joven se quejó ligeramente, pero se aferró a su cuello con fuerza y se dejó vencer, por fin, por el dolor. Ni siquiera se dio cuenta del momento en el que el guerrero montaba sobre el caballo con ayuda de Mervin y se alejaba de allí, dejando a sus compañeros solos.

—Rory, regresa a casa de tus abuelos. Gracias por habernos avisado.

El niño asintió con seriedad y se marchó con el orgullo reflejado en sus ojos por haber ayudado a su señora.

Cuando Clyde, Rob y Mervin se quedaron solos, se dirigieron hacia los caballos de nuevo.

—Vamos a acabar con ese maldito desgraciado.

Su segundo al mando lo miró con seriedad.

—¿Lo vamos a matar por fin?

Clyde lo miró de reojo por encima de su hombro. En sus ojos había reflejada una ira que sus hombres no habían visto jamás. La oscuridad que reinaba en el pecho del guerrero había surgido como un vendaval después de ver a Fiona herida, y no parecía intentar esconderla.

—Ese desgraciado se ha atrevido a golpear y lacerar la piel de mi esposa. Y ese error será la última acción que recuerde de este mundo antes de ir directo al infierno.

Clyde espoleó su caballo con rabia y cabalgó hasta la entrada del pueblo. Una vez allí, redujo ligeramente la marcha y desmontó cuando llegó frente a la puerta de la casa de Fletcher y Grace. Desde allí podía escuchar los gritos de dolor de la mujer. Los tres guerreros se miraron entre ellos al tiempo que desenvainaban las espadas.

Clyde se acercó a la puerta y la abrió de una patada. Al instante, el brazo de Fletcher dejó de descender para golpear nuevamente a Grace y levantó la mirada hacia la entrada. Sus ojos reflejaron sorpresa y frialdad, y no hizo movimiento alguno para intentar escapar, sino que dio un paso al lado para alejarse de Grace, que lloriqueaba de dolor en el suelo.

Desde su posición, Rob miraba horrorizado esa escena. La sangre que manaba del rostro de Grace hizo que apretara los puños con fuerza y tuviera que contenerse para no ser él quien golpeara primero, pues debía ser Clyde quien vengara los golpes a Fiona.

Tanto Mervin como él miraron a su laird, que levantó ligeramente la espada y dio un paso hacia Fletcher.

—Bienvenido a mi humilde hogar, laird… —dijo Fletcher entre dientes.

Clyde lo observó, atónito. No podía creer que una persona tuviera tanta frialdad en ese instante, después de haber golpeado casi hasta la muerte a una mujer, que se arrastraba entonces por el suelo para alejarse de él y ponerse a salvo.

—Déjate de formalismos —fue la fría y ronca respuesta de Clyde—. No solo has golpeado a tu esposa en numerosas ocasiones, aprovechándote de que nadie puede hacer nada, sino que también te has atrevido a tocar a mi esposa.

Fletcher dejó escapar una risa.

—Me temo que estás equivocado, laird. No he vuelto a ver a tu esposa desde la fiesta.

Clyde frunció el ceño.

—Y encima te atreves a llamarla mentirosa…

Fletcher se encogió de hombros.

—No la he tocado.

—Lleva la marca de tus dedos en el cuello y ella misma me ha confirmado que eres tú.

—Fiona estuvo aquí hace un rato para intentar ayudarme —lo secundó Grace sin poder contenerse—. Ha intentado matarla.

Fletcher lanzó un rugido y se giró hacia ella para intentar golpearla de nuevo, pero Rob fue más rápido y lo apartó de ella para después lanzarlo contra la pared con todas sus fuerzas. Le estrelló el puño en la mejilla y lo obligó a mirar a Clyde, que se acercó lentamente a él, como si estuviera pensando la mejor y más brutal forma de quitarle la vida.

—Voy a decirte algo, Fletcher. Hoy vas a aprender que mi esposa es sagrada y que profanarla despierta en mí demonios que ni siquiera el infierno se atreve a reclamar como suyos.

Fletcher intentó soltarse de Rob, pero este pasó un brazo por su cuello, apretándolo, aunque sin arrancarle el aliento.

—Cada lágrima que he visto en su rostro se traducirá en un golpe de mi espada —siguió Clyde—. Y cada sollozo o grito de dolor que haya salido de su garganta se convertirá en tu carne desgarrada. No tendré piedad. No dejaré que nadie la tenga contigo. Y tampoco dejaré carne en tu cuerpo que poder desgarrar. No sé cómo puedes llamarte hombre después de herir a una mujer. Pero, tranquilo, después de esto serás ceniza…

Clyde movió la espada y, en lugar de apuntarlo con el filo de la espada, lo hizo con la enorme empuñadura. Y, acercándose a él, se la clavó en el costado, provocando que se le rompieran un par de costillas.

Fletcher gritó de dolor, e intentó soltarse de Rob, pero este lo aferró con más fuerza y el rostro iracundo.

—Has firmado tu muerte al golpear a mi señora —susurró el guerrero.

Pero Fletcher no le respondió, sino que llevó una mano a su costado y lo aferró, intentando detener el dolor, pero Clyde no tuvo piedad y no esperó a que se recuperara. Lo golpeó nuevamente con la empuñadura en la pierna hasta que logró escuchar el crujido de su hueso al romperse.

Un nuevo grito escapó de la garganta de Fletcher, que fue sofocado por el

brazo de Rob.

—No grites ahora —ordenó Clyde—. Sabías que por mis venas corre la sangre de un hombre cruel y despiadado que jamás tuvo piedad de su propio hijo. Y este logró aprender de él todo lo posible para hacer pagar a sus enemigos por todo el daño que le hiciera a él o a su familia. Has intentado matar a mi esposa y la muerte es tu castigo, pero no será rápida. Tranquilo.

Con un movimiento rápido de su mano, volvió a apuntarlo con la espada y desgarró su carne en varios puntos. Fletcher volvió a gritar, pero Clyde no mostró sentimiento alguno por su sufrimiento. Y cuando vio que su rostro palidecía, se dijo que aún quedaba algo más por hacer.

—Mervin, coge una cuerda y átala a su pierna rota. Agarra el otro extremo y pasea su cuerpo por todo el pueblo. Que todos sepan el final de este desgraciado y en qué se convertirán ellos si alguna vez se atreven a tocar a mi esposa.

El guerrero asintió y buscó la cuerda. Cuando la tuvo entre sus manos, hizo lo que le pidió, aunque la sangre que manaba del cuerpo de Fletcher le dificultó el trabajo. Tras esto, tiró de la cuerda, haciendo caer al hombre al suelo. Después salió de la casa y montó sobre su caballo. Lo espoleó y paseó el cuerpo de Fletcher de un lado a otro mientras este gritaba.

Y solo cuando sus gritos desparecieron al doblar la esquina, Rob se acercó a Grace, que estaba apoyada contra la pared. Clyde lo observó desde la entrada al tiempo que envainaba la espada de nuevo.

—No volverá a hacerte daño —le aseguró el segundo al mando del clan —. ¿Puedes levantarte?

Grace asintió y, con su ayuda, se puso en pie. Rob no dejaba de observarla y cuando esta levantó la mirada hacia él para agradecerle toda su ayuda, Clyde no pudo evitar sonreír nuevamente. Ni Rob ni Grace dijeron nada, pero esa mirada fue mucho más aclaradora que cualquier palabra. El laird carraspeó y se acercó a ellos, que reaccionaron al instante.

—Si lo deseas, tendrás un trabajo en el castillo. Incluso podrías vivir allí, puesto que hay habitaciones del servicio vacías.

—Entonces, ¿se ha acabado por fin?

—Sí. A tu esposo le quedan unos minutos para seguir existiendo. Te aseguro que Mervin es muy salvaje cabalgando y le gusta pasar por donde

más piedras y ramas rotas hay…

Grace miró de nuevo a Rob, que se puso nervioso y dio un paso a un lado para alejarse de ella.

—Gracias —le dijo la mujer.

El guerrero carraspeó y asintió.

—Es mi trabajo.

—Pero has sido muy amable. Y usted también, laird.

Clyde asintió.

—¿Cómo está su esposa?

El guerrero chasqueó la lengua.

—Herida. Se la ha llevado otro de mis hombres al castillo, así que debo volver. Rob se quedará aquí para ayudarte en todo lo necesario.

Su segundo al mando lo miró con los ojos muy abiertos, deseando poder negarse a ello, pero Clyde lo miró largamente en silencio, retándolo a que lo hiciera.

—Decide si deseas permanecer aquí o mudarte al castillo. Ahora eres libre para poder hacerlo.

Grace asintió y Clyde se despidió de ellos. Le dedicó una última mirada divertida a Rob, que apretó los puños con fuerza.

El laird abandonó la casa y montó sobre su caballo. Desde allí le llegaron los gritos de Fletcher en la plaza, pero los ignoró por completo. Si se había ganado la fama de sanguinario no iba a cambiarlo. Ahora sabrían lo que era capaz de hacer después de que alguien tocara a su esposa.

El guerrero espoleó al caballo con furia y regresó al castillo, deseando estar al lado de Fiona ahora que ya estaba a salvo. No podía ni quería imaginar cómo se hubiera sentido si Rory hubiera llegado al castillo gritando que Fiona estaba muerta y no solo herida. Sus manos temblaron al pensarlo y se dio cuenta, una vez más, que la joven había calado tan hondo en su alma que lo había cambiado por completo, convirtiéndolo en un hombre protector y con sentimientos que usaba su antigua frialdad y crueldad para defenderla.

Fiona no sabía qué había pasado ni cómo había llegado allí, pero sentía que se encontraba tumbada en un lugar cómodo. La cabeza y el labio le dolían terriblemente y aún se encontraba ligeramente mareada, pero había logrado recuperar la conciencia.

Poco a poco, movió su cuerpo y comenzó a abrir los ojos. Al recordar todo lo que había pasado con Fletcher tuvo la necesidad de saber qué había pasado con Grace. Por eso, se obligó a apartar los restos de sueño de su cabeza.

Tras abrir los ojos, vio una sombra a su lado. Dio un respingo, pues no había escuchado su respiración, pero cuando logró enfocar su vista, descubrió que se trataba de Clyde. Este se encontraba sentado en la cama y le tomaba una mano de forma delicada. La miraba fijamente, casi sin parpadear, y al ver que la joven le dedicaba una mirada, él mismo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Cuando he regresado, ya te habían curado —fue lo primero que le dijo.

Fiona se incorporó lentamente, gimiendo de dolor cuando su cabeza pareció romperse.

—No recuerdo haber llegado al castillo.

Clyde torció la cabeza.

—Fyn me dijo que te habías desmayado antes de montar en el caballo.

Fiona asintió y miró entonces por la ventana. No había luz más allá de los cristales, por lo que había perdido la noción del tiempo.

—Es medianoche —le informó Clyde al ver la pregunta formulada en su rostro antes que en su garganta.

—¿He dormido todo el día?

El guerrero asintió.

—Te golpeó mucho y tenías que descansar.

—Nunca he descansado durante tanto tiempo.

—No pasa nada por hacerlo una vez.

Fiona frunció el ceño.

—Tú nunca lo haces.

Clyde sonrió fugazmente.

—Yo no me lo puedo permitir. Soy el laird.

—Eres una persona como cualquier otra y también debes hacerlo.

El guerrero se encogió de hombros.

—No importa.

Fiona suspiró y abrió las sábanas para que Clyde se sentara junto a ella. Para su sorpresa, el guerrero obedeció y apoyó la espalda contra el respaldo de piedra.

—¿Qué ha pasado con Fletcher?

El rostro de Clyde se ensombreció de golpe al recordarlo.

—No volverá a hacerte daño. Y tampoco a Grace.

—¿Lo has…?

—¿Matado? —preguntó Clyde mirándola a los ojos—. Sí. Se atrevió a tocar a mi esposa y mi deber era defenderte.

Fiona tragó saliva y lo miró con lágrimas en los ojos. Durante toda su vida había estado segura de que su tío jamás habría dado su vida por ella o luchado con alguien por salvar su honor. Clyde lo había hecho sin que ella se lo pidiera y sabía que lo había hecho de corazón, no por cumplir con su propio honor.

Ambos se miraron largamente en silencio. Clyde intentaba saber qué estaba pensando, pues se había quedado tan callada que lo preocupó. Mientras tanto, Fiona seguía pensando en él, pero también se preguntó si tal vez Clyde era el ejemplo de hombre perfecto para ella que el destino había preparado para que, por fin, pudiera sentirse segura y querida como no había vuelto a sentirse desde la muerte de sus padres.

—Gracias.

Clyde asintió con seriedad, pero acabó dedicándole una sonrisa amable, casi dulce, algo que no había visto jamás en él. Fiona acabó desviando la mirada, sonrojada frente a los pensamientos que de repente estaba sintiendo hacia él. Durante unos segundos, deseó tener la confianza suficiente para abrazarlo y besarlo, pero se contuvo y cambió de tema.

—¿Y Grace?

—Rob se quedó con ella porque yo regresé enseguida para… bueno,

saber cómo estabas. Le he ofrecido trabajo en el castillo y habitación. El trabajo lo ha aceptado, pero prefiere seguir viviendo en su casa. Alguno de mis hombres irá a ver cómo está, aunque puedo adivinar cuál de ellos será.

Su tono de voz llamó la atención de la joven, que lo miró con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—A que la mirada que Grace le ha dedicado a Rob y la que él le ha dedicado a ella ha hablado demasiado…

Fiona sonrió y asintió.

—Ya entiendo lo que quieres decir.

Clyde rio y se cruzó de brazos mientras apoyaba la cabeza contra la pared. Estaba realmente cansado a pesar de no haber salido de ese dormitorio en todo el día. Desde que había llegado esa mañana no se había separado de ella en ningún momento, rugiendo a ratos, maldiciendo en otros, pero siempre atento a ella.

Ser consciente de que lo que sentía hacia la joven era demasiado profundo y nuevo para él lo enervaba. No sabía cómo gestionar todo eso, pues nunca le había pasado nada parecido, así que lo hacía de la única manera que conocía: enfadándose consigo mismo.

Al mediodía, cuando Rob había regresado y lo había buscado para hablar con él, este le había hecho una pregunta que ya le hizo con anterioridad:

—¿Qué sientes por ella ahora que has estado a punto de perderla?

Clyde miró la señal de los dedos de Fletcher en el cuello de la joven y apretó los puños con fuerza.

—Fiona ha logrado recordarme que la bondad y la ternura aún existen. Y eso me maravilla y angustia a partes iguales porque me recuerda que, en otro momento de mi vida, quise ser así, pero no me dejaron. Tuve que ser demasiado frío, despiadado y cruel desde pequeño. Y ahora no sé qué hacer.

—No has llegado a responder a mi pregunta…

Clyde lo miró de reojo y rechinó los dientes.

—No voy a parar hasta que pongas en palabras eso que piensas —lo amenazó Rob.

El guerrero resopló y volvió a mirar a Fiona. Su rostro pálido lo ponía enfermo a él también, lo preocupaba y lo enfurecía a partes iguales.

—Sí, maldita sea. La amo. Se ha convertido en alguien indispensable en mi vida. Jamás pensé que pudiera despertar y girarme para observarla mientras duerme. Éramos enemigos, por Dios. Y ahora… Lo que siento por ella es demasiado doloroso y fuerte. Y tengo miedo, Rob. Por primera vez en muchos años he vuelto a sentir miedo. Primero lo sentía hacia mi padre y ahora… ahora por ella. Pero era normal sentirlo por mi padre. Sin embargo, siento miedo de Fiona por lo que despierta de mí. Esa piedad no puede ser buena.

—Esa piedad te humaniza, Clyde —lo cortó Rob—. Esa humanidad hace que te conviertas en un hombre mejor. Sentir no es malo. Tu padre siempre te enseñó lo contrario, pero estaba equivocado. Sentir amor es lo más bonito que una persona puede experimentar, Clyde. Es el sentimiento más puro y desinteresado del mundo. Te enseñaron que amar te hacía débil, pero es al contrario. Te fortalece. Macauley Campbell era un hombre enfermo del alma. Él no supo amar, y te obligó a que tú tampoco lo hicieras.

Esa conversación con Rob lo había dejado más cansado que un combate a muerte. Cuando lo dejó solo nuevamente en el dormitorio, Clyde no paró de darle vueltas a lo que acababan de hablar. Haber confesado lo que sentía por Fiona lo había liberado, pero también le hacía temer la repercusión de esas palabras y el efecto que pudieran tener en su reputación.

—¿Cuánto tiempo llevabas aquí conmigo?

La voz de Fiona lo sacó de sus pensamientos, sobresaltándolo, y la miró de nuevo. No se había dado cuenta de que la joven lo estaba observando, por lo que desvió nuevamente su mirada y carraspeó antes de responder.

—Desde de que regresé de la casa de Grace.

Fiona frunció el ceño.

—¿Has estado todo el día… conmigo?

Clyde asintió en silencio.

—¿Por qué? Podría haberlo hecho cualquiera.

—Porque quería ser yo quien estuviera a tu lado cuando despertaras.

Fiona se quedó mirándolo fijamente. No podía creer sus palabras. Estas la pusieron realmente nerviosa y sus manos comenzaron a temblar. Eso, sumado a sus palabras de la mañana anterior mientras hacían el amor, la confundieron.

—¿Puedo preguntarte algo?

Clyde la miró y recorrió su rostro amoratado por los golpes, hasta acabar en las marcas de los dedos que aún tenía en su cuello. Acabó asintiendo y la miró nuevamente a los ojos.

—¿Qué sientes por mí?

De todas las preguntas que había esperado Clyde, esa era la última. Fiona acababa de preguntarle lo mismo que Rob unas horas antes, pero a él había podido abrirse, ya que tenía confianza suficiente como para hacerlo. Sin embargo, ante Fiona no estaba seguro. Habían mantenido una guerra entre ellos que había durado años y ahora que todo había cambiado para él no se sentía preparado para confesarlo ante ella.

Clyde tragó saliva ruidosamente, sin responder rápidamente.

—Bueno, me has salvado —se explicó la joven— y has ajusticiado a Fletcher por mí.

—Lo he hecho porque soy tu marido.

—Pero aparte de eso me tratas de una manera diferente a lo que solía ser entre nosotros —le dijo Fiona.

—Te recuerdo que enterramos el hacha de guerra —Clyde no quería responder directamente a su pregunta, por lo que la rodeaba a propósito.

Fiona lo miró un segundo más antes de asentir.

—Sí, pero enterrarlo no significa que todo cambie de golpe entre nosotros. Podríamos habernos soportado o tratado de forma amable, aunque fría porque nos obligaron a casarnos. Y, sin embargo, las cosas no son así. Podemos hablar con franqueza, hacemos… el amor, incluso bromeamos entre nosotros. ¿Eso no significa nada?

Clyde tragó saliva de nuevo. Sentía que su garganta se había cerrado. Habría preferido enfrentarse a un combate a muerte con cualquier enemigo antes de tener que responder a esa pregunta.

—Sí, que somos un matrimonio cualquiera que ha logrado derribar los

muros entre nosotros para vivir en paz.

La decepción se dibujó en los ojos de Fiona, por lo que Clyde retiró su mirada para evitar seguir viéndola.

—¿Y ya está? —insistió la joven.

Clyde asintió antes de volver a mirarla. Su rostro se había vuelto impasible y frío para evitar mostrar sus verdaderos sentimientos.

—Claro que sí. ¿Habríamos de tener algo más?

Fiona tardó unos segundos en responder. Le habría gustado escuchar que sentía cosas por ella, que ya no la odiaba y que todo quedó atrás. También le habría gustado oír que si la había salvado era porque la amaba, ya que es lo que ella había logrado sentir cuando la rodeó con sus brazos en medio del bosque. Sin embargo, se dijo que tal vez ese sentimiento no estaba en su camino, ya que él nunca la amaría. Clyde era un hombre frío y calculador, y esa clase de sentimientos no estaban destinados a alguien como él.

La joven negó con la cabeza y se obligó a sonreír.

—¡No! —exclamó—. Claro que no. Es solo que deseaba tener las cosas claras.

Clyde asintió y fue entonces cuando Fiona se dio cuenta de que el guerrero apretaba tanto los puños que se le habían quedado blancos.

—Deberías descansar más. Unos días en cama te vendrán bien.

Fiona observó los movimientos de Clyde, que se incorporó para desnudarse. Había esperado que la conversación que mantenían fuera un poco más larga, pero el guerrero había dado fin a ella con su habitual frialdad. La joven miró su espalda, ya desnuda, y se tragó las lágrimas que acudieron a sus ojos. Descubrir que había cambiado el odio por amor hacia él le había resultado demasiado chocante, pero lo peor había sido descubrir que él no sentía lo mismo por ella, sino que simplemente la había aceptado como su esposa y la respetaba por lo que eso significaba, pero nada más.

Con cuidado, Fiona se tumbó de nuevo, dándole la espalda. Se arropó con las sábanas y sintió el peso de Clyde a su lado cuando él también se acostó. Durante unos segundos, su corazón esperó que la abrazara, pero él simplemente se quedó bocarriba y sin rozar ni un solo centímetro de su piel. Parecía haber vuelto el mismo Clyde frío con ella que había conocido los

primeros días de su matrimonio. Y con ese pensamiento, Fiona logró dormirse de nuevo para tener pesadillas en las que era repudiada una y otra vez.

CAPÍTULO 23

Dos días después de lo ocurrido en la casa de Grace, Fiona salió del dormitorio. A pesar de que le habían curado las heridas, los fuertes golpes recibidos en la cabeza la habían obligado a quedarse en la cama durante dos días más debido al intenso mareo que siguió teniendo en algunos momentos del día. Por ello, no había visto a nadie más en el castillo durante ese tiempo.

Fiona se vistió e hizo una trenza en su cabello. Después miró a través del cristal. En el exterior parecía hacer frío, pues muchos de los guerreros tenían puesta su capa y se arrebujaban bajo ella mientras se apostaban en la muralla para observar el exterior. Sin embargo, los pocos que quedaban ya entrenando se habían quitado las camisas y se encontraban semidesnudos en el patio.

Fiona negó con la cabeza y puso los ojos en blanco ante esa muestra de masculinidad. Buscó a Clyde entre ellos, pero ni Rob ni él se encontraban con el resto de guerreros entrenando.

Suspiró largamente. Después de la conversación que habían mantenido el guerrero y ella respecto a lo que este sentía y tras varios días sola, Fiona le había dado demasiadas vueltas a un pensamiento que rondaba por su mente desde que se había visto obligada a casarse con él, aunque en realidad era algo que la había afectado desde que perdió a sus padres.

Años atrás aceptó olvidar que su verdadero padre era Travis Cameron porque su tío se lo había pedido. Era demasiado pequeña y había aceptado fingir ser hija del laird tan solo para tener un lugar donde sentirse segura y vivir. Era demasiado pequeña cuando sucedió todo y la única familia que le quedaba era su tío Fergus. Sin embargo, tenía la impresión de que la mentira había durado demasiado y llegado muy lejos.

Si su guerra contra Clyde hubiera seguido y se hubieran odiado el resto de sus días, a Fiona no le habría supuesto ningún problema fingir que era hija de Fergus Cameron, pero tras enterrar el hacha de guerra y mantener una actitud más cercana de respeto y admiración mutua, Fiona tenía la impresión de que estaba traicionando la confianza del guerrero al seguir mintiendo sobre su verdadera identidad, especialmente después de los últimos acontecimientos.

Con el corazón en un puño, Fiona se dijo que debía contar la verdad. Sin embargo, temía que la guerra que habían sofocado se reanudara a pesar de que ella no tenía la culpa de aquella mentira. Su tío la había presentado como su hija, y aunque ella deseaba decir la verdad, había tenido que callar.

Pero entonces, ¿qué podía hacer? Había logrado que Clyde la tratara con respeto, la cuidara, protegiera, le diera un lugar seguro donde vivir, la había integrado en el clan y había dejado que fuera libre. Y después de todo eso, ella necesitaba sentirse bien consigo misma para después, si el destino lo quería, pudiera volver a ser la hija de Travis Cameron. Además, podría contarle a Clyde que tal vez su vida seguía estando en peligro a pesar de los años, pues aquellos que habían ordenado la muerte de su padre, seguían vivos, aunque no supiera quiénes eran. Y lo peor de todo era que seguramente sabrían que ella también estaba viva.

Fiona se retorció las manos. Por un momento, se veía decidida a contarlo, pero, por otro, tenía la sensación de que iba a abrir una caja de Pandora que le iba a causar problemas o tal vez una guerra con su propio tío por contar la verdad. Entonces ¿qué debía hacer?

La joven miró al cielo y pidió ayuda a sus padres. Estuvieran donde estuvieran, necesitaba su consejo, su ayuda y su bendición. Se pasó las manos por el rostro y respiró hondo. Estaba nerviosa y no sabía qué hacer.

—Dadme una respuesta —pidió a la memoria de sus padres—. Como sea, pero decidme si debo o no contárselo.

Fiona esperó unos momentos en silencio, como si de alguna forma sus padres pudieran responder, pero al seguir todo en silencio, la joven chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

—No te van a responder —dijo a sí misma en voz alta.

Lanzando una maldición en voz queda, la joven se apartó de la ventana y se dirigió hacia la puerta. Necesitaba salir de allí para ordenar sus pensamientos y descubrir los pros y contras de lo que rumiaba en su interior. Salió del dormitorio y bajó las escaleras lentamente, pero cuando llegó abajo y giró en una esquina, se cruzó con dos sirvientas que parecían estar discutiendo.

—Hay que contárselo.

La sirvienta que permanecía en silencio se encontraba al borde del llanto,

por lo que Fiona se acercó a ellas.

—¿Ocurre algo?

—Se ha roto un escudo que perteneció al abuelo del laird y Masha no quiere contárselo.

—Es que el laird se va a enfadar, mi señora.

—Se va a enfadar aún más por no contárselo —insistió la otra sirvienta —. El laird odia las mentiras.

Fiona carraspeó. Justo frente a ella tenía la respuesta a la pregunta que acababa de lanzar al alma de sus padres.

—¿Cuánto crees que odia las mentiras? —no pudo evitar preguntarle.

La sirvienta la miró, sorprendida por la pregunta.

—Mucho. Es una de las cosas que más odia el laird. Nos lo dijeron el primer día de trabajo.

Fiona asintió, nerviosa.

—Seré yo quien le diga que se ha roto el escudo, tranquilas. Ahora mismo pensaba ir a hablar con él de todas formas.

Ambas sirvientas asintieron y se marcharon, dejándola sola en medio del pasillo. Le temblaban las piernas y las manos. Su respiración se aceleró al pensar que acababa de recibir la respuesta que buscaba. Clyde odiaba la mentira, y su tío y ella le habían contado una muy seria que no podía durar por más tiempo. Estaba segura de que iba a enfadarse, aunque no sabía hasta dónde llegaría su ira, pero tenía que confesarlo antes de que pasara más tiempo.

¿Y si los culpables de la muerte de sus padres la atacaban o a los Campbell? Fiona pasó las manos por su rostro y respiró hondo. Ese día era crucial para ella y su verdadera historia. Su padre tomaría el lugar que correspondía en su vida, y ya no volvería a estar apartado, escondido y olvidado.

Con paso firme, Fiona recorrió los pasillos hasta dirigirse al que la llevaría al despacho de Clyde. A medida que caminaba, creía que sus piernas iban a dejar de sostenerla, ya que temblaban tanto que apenas podía caminar sin tropezarse consigo misma.

En el momento en el que llegó junto a la puerta del despacho, Fiona se

quedó parada y respiró hondo. Lo soltó lentamente y levantó una mano para llamar. Instantes después, la voz de Clyde la invitó a pasar desde el otro lado. Abrió la puerta y entró. Descubrió que su esposo no se encontraba solo en la estancia, sino que Rob lo acompañaba y parecían estar mirando algo importante sobre la mesa.

Fiona cerró la puerta tras ella y rezó con la intención de tener la valentía suficiente para contar toda la verdad.

—¿Estás bien, Fiona? —preguntó Clyde—. Se te ve soliviantada.

La joven tragó saliva y asintió.

—Me gustaría hablar contigo de algo importante.

Al instante, Rob se levantó de la silla y miró a Clyde.

—Nos vemos más tarde entonces.

—¡No! —exclamó la joven, sorprendiendo a ambos—. No me importa que estés tú. Además, así tú también podrás saberlo.

Rob frunció el ceño, extrañado, y miró a Clyde, que asintió levemente. Este se levantó de su asiento y rodeó la mesa para apoyarse finalmente en ella y mirar fijamente a Fiona. La joven se retorció las manos y tragó saliva.

—En realidad, quería contarte dos cosas. Una de ellas es que una sirvienta ha roto el escudo de tu abuelo.

Clyde renegó entre dientes y miró hacia otro lado.

—¿Y por qué tengo la ligera impresión de que lo siguiente me gustará aún menos?

—Porque estoy segura de que será así —afirmó Fiona.

—¿Y nos lo contarás hoy o debemos esperar a mañana? —ironizó Rob haciendo alarde de su poca paciencia.

Fiona carraspeó.

—No sé cómo empezar.

—Hazlo simplemente, Fiona —la animó Clyde.

—¿Recordáis el ataque en el bosque? —Ambos guerreros asintieron—. El hombre que me atacó, Donald, no solo intentó matarme por viajar con vosotros. Y cuando lo hizo en tierras MacAllister no solo fue por hacerte daño a ti, Clyde.

El aludido frunció el ceño y entornó los ojos, clavando sobre ella su mirada.

—¿Te refieres a lo que estuvo a punto de contarnos en medio de la fiesta de los MacAllister? Iba a contar algo cuando Dougal lo mató.

El labio inferior de Fiona tembló, pero la joven asintió. Miró a ambos guerreros y suspiró.

—Pensaba que lo dijo por hacer daño… —dijo Clyde.

—No. Iba a contar algo que sabía sobre mí. Os iba a confesar el motivo por el que estuvo a punto de matarme en medio del bosque.

Fiona dudó un instante. Le temblaban tanto las manos que el propio Clyde se dio cuenta de ello. Frunció aún más su ceño, pues descubrió que debía ser algo realmente grave para que Fiona no encontrara las palabras correctas para expresarse.

—¡Habla! —exclamó Rob, sin paciencia.

Fiona se sobresaltó, mirándolo mal, gesto que también imitó Clyde, haciendo resoplar a Rob, que se dejó caer contra el respaldo de la silla, fingiendo tranquilidad.

—Ese hombre, Donald, quería matarme porque me conoció hace años. Yo jamás lo había visto, pero él sí que conocía a mi familia.

—¿A Fergus y tu madre?

Fiona sonrió tristemente y negó con la cabeza.

—Donald me confesó en medio del bosque que sabía quién era yo y que había sido contratado por otras personas para matar a mis padres y a mí. Pero yo era la única que seguía viva.

Clyde frunció el ceño y miró de reojo a Rob, que levantó la mirada hacia él, igual de sorprendido.

—Pero tu madre murió por una enfermedad y tu padre sigue vivo…

Fiona volvió a negar, cada vez más nerviosa.

—Os sorprendisteis cuando me visteis abrir el arcón o cuando le robé la daga a Sam en tierras MacAllister. Eso me lo enseñó mi padre, mi verdadero padre. Fergus es mi tío. Mi padre era su hermano, Travis Cameron, el mejor ladrón de Escocia.

Los rostros de Clyde y Rob mudaron de color. Se pusieron tan blancos que la joven no supo dónde meterse en ese momento. La mirada de Clyde era una maraña de sentimientos. Pero no solo sus ojos. El corazón del guerrero comenzó a latir con fuerza a medida que incontables preguntas acudían a su mente, pero lo que más destacó fue la rabia.

El guerrero se incorporó y se puso en pie para dar un paso hacia Fiona. La joven se sobresaltó y dio un paso atrás. Sorprendido, Clyde la miró largamente y vio el miedo en sus ojos.

—¿Qué estás diciendo, Fiona? Aquel día que mi padre y yo fuimos al castillo de Fergus te presentó como su hija que había llegado del convento.

Fiona negó con la cabeza.

—Lo sé, pero no era así. Mis padres fueron asesinados y yo logré sobrevivir —explicó deprisa—. Donald lo confirmó en el bosque porque él fue uno de los que quemaron nuestro palacio. Me reconoció y quiso matarme para acabar con aquel trabajo, pero me dijo que a las personas que lo contrataron les gustaría saber que yo sigo viva. No sé quiénes serán, pero estoy segura de que Donald se lo contó antes de morir.

Clyde resopló y se pasó las manos por el rostro.

—¡Eso da igual, Fiona! ¿Por qué demonios nos engañó tu padre o tu tío? Quien demonios sea…

—Mi tío no quería que se supiera que mi padre tuvo una hija y que seguía viva. Me aceptó en su hogar bajo la condición de que fingiera ser su hija, pero debía trabajar para ganarme el pan. Por eso, siempre estaba en las cocinas.

Clyde renegó entre dientes y se alejó unos pasos de ella.

—Yo no quería mentir sobre quien realmente era, pero hacerlo era la única manera de tener un techo sobre mí. Era muy pequeña y no tenía a nadie.

—¡Pero pudiste haberlo confesado cuando nos obligó a casarnos, maldita sea! —bramó Clyde, sobresaltándola una vez más—. ¡Me habéis mentido, Fiona! ¡Lo hicisteis para seguir con ese maldito plan de mi padre y tu tío para unir nuestros putos clanes! ¿En ningún momento se te pasó por la cabeza contar la verdad para no casarte conmigo?

—Yo solo quise huir. La verdad es que no pensé en eso.

Clyde se acercó a ella bajo la atenta mirada de Rob que, aunque estaba atónito por aquella información, no quería que la rabia saliera más de lo debido de su amigo.

—¿Y por qué no? ¿Te amenazó tu tío para que no lo hicieras? Qué asco de mentiras… Todo el mundo miente… ¿Por qué nunca me has dicho nada?

—Porque tenía miedo —admitió la joven dando un paso atrás cuando Clyde se acercó peligrosamente a ella—. Yo jamás acepté esa mentira de mi tío, pero no tuve más remedio, Clyde.

—¡Mentira! Podrías haberlo contado y ahora no estaríamos casados.

Fiona frunció el ceño, herida en lo más profundo de su corazón.

—Pensaba que estar casado conmigo no era tan malo.

—¡Yo jamás he querido casarme, maldita sea, Fiona! —vociferó Clyde—. ¡Ni contigo ni con nadie! ¡Y menos con una mentira así en medio!

La joven sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, y, aunque intentó ocultarlas, estas traicionaron y comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Si me dejas que te cuente todo…

—¡No quiero escuchar más mentiras, Fiona! —vociferó Clyde consiguiendo acorralarla contra la pared.

La joven lo miraba con ojos asustados, momento en el que Rob se levantó despacio de la silla.

—Clyde, amigo…

—¡Tú, cállate! —Y volviendo a mirar a Fiona, esta desvió la mirada, pero el guerrero la tomó del rostro, haciendo que temblara más que nunca—. Una de las cosas que más odio de las personas es su capacidad para mentir. No me importa si alguien me odia o no desean estar a mi lado. Incluso no me importa que quieran matarme, pero al menos que tengan los cojones suficientes para decírmelo a la cara, sin mentir. Estoy seguro de que tu tío se alegró de quitarse de encima a la hija de Travis Cameron, el famoso ladrón. Y en lugar de expulsarte de su castillo, decidió casarte con Clyde Campbell, que al tratarse de un desgraciado más, como su hermano, no pasa nada.

—No te consiento que insultes a mi padre —dijo Fiona con dificultad al tener los dedos de Clyde apretando sus mejillas.

—Que no me consientes ¿qué, Fiona? Eres una vulgar mentirosa, como tu maldito tío. Primero tuve que aguantar que mi padre hiciera conmigo lo que quisiera, después tu tío y ahora tú. No soporto las mentiras.

—Si dependiera de mi tío, jamás te habría contado esto.

—¡Mentira! —bramó Clyde golpeando la pared, justo al lado de la cabeza de la joven.

Esta cerró los ojos, aterrada, y lanzó un grito intentando encogerse sobre sí misma. Ese Clyde era el mismo salvaje que había conocido en la batalla; una fiera que anidaba en su interior y que solo sacaba a sus peores enemigos, como ella en ese instante.

—Clyde… —intervino Rob de nuevo, posicionándose a su lado y tocando su antebrazo para alejarlo de Fiona—. ¿Por qué no dejas que se explique?

El guerrero se soltó de golpe y se alejó de ambos.

—Porque no deseo escucharla más, sean verdades o no. Me han mentido, Rob, y las personas que me mienten siempre reciben su castigo.

Clyde miró de nuevo a Fiona. Lo realizó con tanta fiereza que la joven hizo todo lo posible por fundirse con las piedras de la pared. Jamás había sentido ese terror hacia él. En ese momento, no lo veía como el hombre con el que había yacido, compartido e, incluso, sonreído. Era un guerrero y ella era su enemiga. La joven intentó descifrar lo que había en esos ojos, pero solo vio odio, rabia y frustración. No quedaba nada del hombre que había ido descubriendo y que había comenzado a abrirse con ella.

Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No llores ahora, Fiona —le espetó con furia—. Habéis jugado conmigo demasiado tiempo. Es una pena que Donald no tuviera tiempo suficiente para contarnos la verdad sobre ti. Me habría ahorrado los días que he perdido contigo.

Una nueva puñalada de Clyde que la obligó a retirar la mirada de él. A su lado, escuchó a Rob suspirar, agobiado. Pero no lo miró. La joven dirigió sus ojos hacia sus propias manos. Tan solo las había visto temblar así una

vez en su vida, y fue cuando se quedó sola, sin el amparo de sus padres, como en ese momento, que se había quedado sin Clyde.

—A medio día de aquí tengo un palacio que está vacío —dijo Clyde al cabo de unos segundos de silencio—. No lo he vuelto a usar desde que se celebraron los juegos de las Highlands el año pasado. Recogerás todas tus cosas y te marcharás allí.

—¿Qué? —preguntó Rob, atónito.

—¿Me estás repudiando? —preguntó Fiona en apenas un susurro.

Clyde volvió a acortar la distancia con ella, y al ver que la joven se encogía de terror al verlo más cerca, frenó en seco, aún más enfadado.

—Después de lo que tu tío y tú habéis urdido, es lo menos que puedo hacer.

Fiona negó con la cabeza.

—Yo no he hecho nada —susurró.

Clyde se aproximó más a ella y volvió a acorralarla contra la pared. La miró de arriba abajo con tanto frío en sus ojos que Fiona no reconoció al hombre del que se había enamorado.

—Esperarás un mes. Si pasado ese tiempo veo que no has engendrado un hijo mío, regresarás con tu tío. Y, después, ambos clanes iremos a la guerra.

El labio inferior de Fiona tembló ante esa posibilidad.

—¿Vas a dejarme allí sola?

Clyde recorrió su rostro con la mirada. Ese mismo rostro que una y otra vez había grabado en su mente y que ahora aborrecía por la mentira.

—Fyn te acompañará. No habrá sirvientes ni nadie más. Él se quedará ese mes para comprobar si estás encinta.

Fiona frunció el ceño.

—Te estás equivocando, Clyde. Yo nunca quise…

—Ya está hecho —la cortó—. Y decidido. Ve a recoger tus cosas. Y tú informa a Fyn sobre su nuevo destino. Será solo un mes.

Fiona miró a Rob desesperadamente. Este asintió a Clyde y después la miró a ella. Fue una mirada extraña, diferente a las que le solía dedicar, pero en ella vio cierto orgullo por lo que ella representaba. Sin embargo, en ese

momento habría cambiado cualquier cosa por no perder al hombre que amaba. Porque sí, lo amaba. Se había dado cuenta demasiado tarde, pero lo amaba. Y lo había hecho desde el momento en el que la dejó plantada en lo alto del árbol, pues se dio cuenta de que fue el único muchacho que se había atrevido a hacerle algo así a pesar de ser quien era. La había tratado diferente, sin fingimientos. Y eso le había gustado.

Vio que Rob parecía disculparse con la mirada, pero sabía que él no podía hacer nada por ella.

Clyde se apartó de nuevo de ella y se dirigió hacia su mesa. Sabía que la conversación había llegado a su fin, por lo que se dirigió hacia la puerta. Sin embargo, ante de salir, el guerrero le habló de nuevo.

—Y espero que al marcharte no te lleves algo que no es tuyo. Eres una ladrona, y nada de esto te pertenece ya.

Fiona no pudo creer lo que sus oídos habían escuchado. En su rostro se formó una expresión de auténtico asombro. ¿De verdad Clyde la odiaba tanto en ese momento que había necesitado asestarle esa puñalada sobre su progenitor y la sangre que corría por sus venas? Jamás se habría planteado llevarse nada que no fuera suyo de ese castillo. No le robaría a él. ¿Por quién demonios la tomaba? Y esas palabras hicieron que su propia rabia por fin saliera a la luz, declarándole la guerra nuevamente. Fiona entornó los ojos cuando Clyde se giró hacia ella al no recibir una respuesta rápida por su parte. Y cuando tuvo la mirada sobre ella, le espetó:

—Puedes quedarte tranquilo, Campbell, no quiero llevarme nada tuyo —le dijo con antipatía—. Todo en este castillo está impregnado de odio y veneno, así que puedes quedártelo y envenenarte con él. Es lo que te mereces.

Y sin volver a mirarlo de nuevo, Fiona abandonó el despacho rumbo al dormitorio para recoger sus cosas. No quería estar allí ni un solo minuto más. Había pasado de amarlo y respetarlo al odio inicial. Ya no quería saber nada de él y, sin embargo, sentía que su corazón se rompía a medida que avanzaba sola por el pasillo. Y lo peor de todo era que sabía que todos esos trozos se quedarían en el castillo con él. Por ello, lo odió aún más.

Antes de marcharse, Rob miró a Clyde. Este se había vuelto a girar

cuando la joven se marchó, por lo que en ese momento le estaba dando la espalda.

—¿Cuándo te vas a marchar a cumplir con lo que te he pedido?

—Cuando logre entender tu comportamiento, amigo.

El guerrero se volvió a hacia él y lo encaró.

—Soy el laird. No tengo que darte explicaciones.

—Ya, pero pensaba que también eras mi amigo. Lo siento. Me he equivocado.

Y cuando Rob dio un paso hacia la puerta, lo escuchó suspirar.

—Me ha mentido —dijo en voz baja haciendo que Rob se quedara parado junto a la puerta—. No puedo perdonar algo así.

Rob dio un paso hacia él, pero sabía que no quería la figura de nadie cerca de él en ese momento, por lo que se detuvo antes de seguir.

—Tenías que haber dejado que se explicara. De todas formas, Clyde, ¿de verdad no eres capaz de entender los motivos de Fergus Cameron para ocultar la identidad de esa joven? Habían matado a sus padres, seguramente la perseguirían a ella y podría poner a todo el clan en peligro. Fingir que era su hija no solo le dio un techo a Fiona, sino que le proporcionó protección. Una protección que le acabas de quitar tú al dejarla sola en medio de tus tierras y en un palacio que podría ser peligroso. Y con los culpables de la muerte de sus padres sueltos.

—Eso ya no me compete —le espetó Clyde con voz ronca—. Volverá con su tío y será él quien tenga que protegerla de esa gente.

Rob lo observó unos instantes.

—¿De verdad no sientes miedo por lo que pueda ocurrirle? Hace unos días me confesaste que estabas enamorado de ella.

—Las cosas cambian —lo cortó antes de que siguiera.

—Estoy de acuerdo contigo en que debieron contarte la verdad al casarte con ella, pero Fiona no tiene culpa de nada. Su tío lo decidió así y nadie sabía que alguien podría reconocerla. La hija de Travis Cameron había muerto con ellos para todo el mundo. Pero Donald seguramente contó todo a los culpables antes de morir. ¿Quién sabe si ahora está en peligro?

—¡No quiero saber nada, Rob! —vociferó Clyde—. Es una mentirosa, como su maldito tío. Pero pienso acabar con todo el clan Cameron en cuanto pase este mes. Sabrán cómo se las gasta Clyde Campbell con aquellos que intentan engañarlo.

Rob suspiró y negó con la cabeza.

—Creo que te estás equivocando.

—No he pedido tu opinión.

Rob asintió.

—Lo sé, pero también sé que la necesitas. Iré a avisar a Fyn…

Rob se marchó y lo dejó solo. Cuando escuchó que los pasos de su segundo al mando se alejaban del despacho, Clyde rugió con fuerza y tiró todo lo que había sobre su mesa. No le importó que hubiera documentos importantes, tan solo necesitaba sacar toda la rabia que había anidado en su corazón. No podía creer que Fiona le hubiera ocultado esa información. Realmente, no le importaba que fuera hija de Travis Cameron, sino el hecho de habérselo callado.

Se sentía engañado, traicionado y usado una vez más. Primero, por su padre; y ahora, por Fiona y su tío. Para él, la mentira siempre había supuesto la pérdida inmediata de su confianza, pero que procediera de la única mujer que había logrado despertar en él esos sentimientos lo había roto por dentro. Había confiado en ella, se había abierto y habría dado su vida por salvarla. Sin embargo, ella le había ocultado información demasiado valiosa. Y no solo porque fuera hija de Travis Cameron, sino porque podía poner en peligro a todo el clan Campbell.

Clyde resopló y, con furia, levantó la mesa de su despacho y la tiró también al suelo. Quería destrozarlo todo, como quemar el castillo donde había hecho tantos recuerdos junto a ella, donde había comenzado a ser feliz y donde ahora se sentía peor que cuando su padre estaba vivo.

Sus manos temblaban. Deseaba que Fiona se marchara pronto de allí. No podría volver a verla, cruzarse con ella en un pasillo o comer a su lado. La quería lejos, pero primero quería saber si llevaba en su seno un hijo suyo. Y después, la llevaría de nuevo junto a su tío. Haría pagar con creces a los Cameron por esa ofensa y traición.

CAPÍTULO 24

Fiona estuvo lista en apenas media hora. Había recogido toda su ropa de los baúles y la había metido en diferentes alforjas. No quería llevarse los baúles debido al peso que estos generaban, así que recogió todo, que no era demasiado, y abandonó el dormitorio en el que había compartido tantos momentos junto a Clyde. No miró atrás. No quería despedirse de ese lugar en el que había sido feliz de forma fugaz; ese lugar en el que, por un momento, pensó que era importante para alguien después de haber perdido a sus padres. Sin embargo, se había dado cuenta de que esa felicidad estaba negada para ella. Tal vez tenía que pagar por todo lo que su padre había robado en el pasado. El destino la castigaba ahora por eso, así que lo aceptó y salió de allí con la cabeza alta.

No miró a ningún otro lugar. No quería volver a hacer recuerdos en ese castillo. Bajó las escaleras con la espalda recta y mirada al frente. De reojo, vio que varios sirvientes se asomaban por unas puertas, pero tampoco quiso mirarlos. Se dirigió hacia la puerta de salida, desde donde comprobó que el día había empeorado y había comenzado a llover.

Cargaba tres alforjas de sus hombros, pero no se inmutó cuando los propios guerreros del clan se asombraron al ver que solo se llevaba eso. Ignorando la lluvia, se aproximó a los dos caballos, donde ya la esperaba Fyn.

Bajo la atenta mirada de los guerreros de Clyde, la joven acortó la distancia y colgó sus alforjas en los caballos. Ignoró la presencia de Clyde y Rob junto a Fyn, a quien le estaban dando las últimas instrucciones a llevar a cabo. Este los escuchaba atento, aunque ligeramente nervioso por la situación, al igual que los demás.

Cuando Fiona terminó de colgar las alforjas, se giró hacia Clyde, a quien le dedicó la misma mirada que aquel primer día en el que se conocieron. Ambos intentaron sostenerla en silencio, pero la tensión en el patio se hizo tan evidente que Rob carraspeó.

—Ten cuidado, amigo —le dijo a Fyn.

Este asintió y montó sobre su caballo, esperando que la joven hiciera lo mismo.

—Tranquilo, no llevo nada tuyo en ninguna de esas alforjas. Pero puedes mirar si quieres… —comenzó diciendo Fiona—. Ya no tengo nada que ocultar.

—Lo dudo… —contraatacó Clyde clavando su mirada en ella, intentando doblegar ese orgullo que vio en los ojos de la joven.

Fiona apretó los puños con fuerza, pero no contestó a su provocación.

—Si quieres, puedo irme directamente a mi clan.

Clyde negó con la cabeza.

—Primero quiero saber si llevas un hijo mío en tu vientre.

—¿Y si lo llevo?

—Esperaré esos meses hasta que nazca, y después, te irás sin él.

Fiona frunció el ceño, pero no fue la única.

—¿Me arrebatarías a mi hijo?

—No sería tuyo, sino mío.

Fiona apretó los labios con fuerza. La frialdad y crueldad que estaba demostrando Clyde con ella era más propia de un enemigo que lo había amenazado, no de su esposa. Ella no le había hecho nada, sin embargo, no pensaba demostrar debilidad ante él. Su corazón estaba roto y él se empeñaba en destrozarlo aún más. Pero no iba a permitir que la viera derrotada.

Fiona elevó el mentón aún más y lo miró de arriba abajo con cara de asco.

—Ojalá un día te des cuenta de tu error, pero te juro que será demasiado tarde.

—El error ha sido tuyo, no mío.

—Entonces espero que el destino ponga en tu camino a alguien que sepa cómo destrozar tu maldito y frío corazón, Campbell. Es lo que mereces.

Clyde dio un paso hacia ella, pero la joven lo ignoró, se giró y montó sobre el caballo. Miró a Fyn y, juntos, iniciaron la marcha. Este dedicó una última mirada a Clyde, a quien asintió cuando le dio una última orden con la mirada. Se despidió de sus compañeros y siguió a Fiona, quien ya se dirigía hacia la salida sin despedirse de nadie.

Su vida allí había terminado, y no quería volver a saber nada de ese lugar.

Jamás.

Tal y como Clyde había informado, el palacio del que le habló se encontraba a medio día de camino. Este era realmente grande, por lo que Fiona no pudo evitar enarcar una ceja.

—¿Todo esto tan solo para dos personas? —murmuró.

Fyn sonrió y asintió.

—Ni siquiera tenemos que vernos.

—¿Ni para comer?

El guerrero torció la cabeza.

—Bueno, yo no sé cocinar, así que me temo que tendrás que preparar algo… Pero, si lo deseas, puedo irme a otro lugar a comer.

Fiona suspiró y negó con la cabeza.

—Al menos durante la comida podré hablar con alguien.

—Vaya, pensaba que me había librado de tu presencia —bromeó intentando calmar los ánimos.

Durante todo el viaje, la había visto llorar, aunque él fingió no ser consciente de ello para evitarle la vergüenza. Había visto su última mirada de orgullo a Clyde, y tal y como había hablado con Rob, ambos poseían el mismo carácter que los había llevado a separarse definitivamente. Habían visto un gran cambio en su amigo y laird en las últimas semanas, pero finalmente había dejado salir de nuevo la fiera que llevaba dentro.

Fyn no quería que la estancia de un mes en el palacio fuera demasiado fría y distante, por lo que intentaría acercarse a ella de alguna manera y evitar que se llevara una mala impresión de todos los Campbell. No obstante, si después de todo eso, Clyde les declaraba la guerra, tendrían que hacerle daño nuevamente a la joven.

Fiona le devolvió la sonrisa.

—Siempre podremos comer a horas diferentes.

Fyn negó.

—Creo que podré soportarte…

Fiona mostró tristeza en su rostro a medida que abandonaban el bosque para aproximarse al palacio.

—Creo que ahora mismo eres el único Campbell que lo hace.

—En realidad no. Reconozco que cuando nos hemos enterado de que eres hija de Travis Cameron hemos comprendido tus habilidades y nos parecen bastante sorprendentes y admirables.

Fiona arqueó una ceja.

—¿Admirables? No hay nada de admirable en saber robar.

—Sam MacAllister no se dio cuenta de que le robaste la daga de Clyde.

La sola mención del laird Campbell hizo que su rostro se ensombreciera.

—Ojalá no lo hubiera hecho. No se lo merecía.

Fyn suspiró.

—Realmente, Clyde es un buen hombre.

—En eso discrepamos…

Fyn calló y miró hacia el palacio. Este no se había vuelto a abrir desde los juegos del rey, así que seguramente habría mucho polvo en su interior. Tenían trabajo por delante en los próximos días.

—¿Es verdad que aquí se reunieron todos los clanes para celebrar los juegos de las Highlands? —preguntó Fiona.

Fyn asintió.

—Sí, y, de hecho, la cosa se puso bastante seria cuando Bonnie MacDonald intentó matar a Clyde por un malentendido.

Fiona resopló.

—Una pena que no lo hiciera —murmuró con rabia.

Fyn la escuchó, pero se obligó a fingir no hacerlo, pues no quería comenzar el mes con una discusión. Ambos desmontaron de los caballos y se dirigieron hacia la puerta en silencio. El guerrero sacó una llave y abrió. Enseguida, una nube de polvo los hizo toser.

—Además de repudiarme, quiere enfermarme… —renegó Fiona—. Hay que abrir todas las ventanas y ventilar la casa. Después, me encargaré de limpiar todo rápidamente para poder dormir esta noche. Ya lo haré

profundamente…

—Lo que podemos hacer es limpiar únicamente las habitaciones que vamos a usar. Lo demás se puede quedar como está. Si estás encinta…

—Reza para que no lo esté porque prefiero matarte mientras duermes antes que entregar a mi hijo al miserable de tu laird —le aseguró con firmeza entrando en el palacio.

Y suspirando, Fyn la siguió con la cabeza ligeramente gacha. Le había tocado la peor misión desde que estaba en las filas de los Campbell. Y, sin lugar a dudas, iba a ser el mes más largo de su vida.

Los días fueron pasando en soledad. Nadie más del clan Campbell se atrevió a pisar por allí, no sabía si por órdenes de Clyde o porque temían acercarse al lugar donde se encontraba recluida la hija de Travis Cameron. Desconocía si su identidad se había extendido por todas las tierras Campbell, pero la verdad era que no le importaba.

Echaba terriblemente de menos la vida en el castillo, su gente y las costumbres que había ido adquiriendo. Incluso echaba de menos a Clyde, pero jamás reconocería ni una cosa ni la otra. Estaba decidida a marcharse de allí en cuanto cumpliera el mes que el guerrero le había dado para saber si estaba o no embarazada. Ella sabía que no, puesto que había tenido su periodo, pero no se lo había dicho a Fyn.

Durante ese mes, la relación con el guerrero parecía haber ido a mejor. A pesar de todo, se habían hecho amigos y siempre charlaban mientras comían juntos. A veces se descubrían hablando animadamente en mitad de la tarde o incluso tomando algo antes de marcharse a dormir. A pesar de la seriedad que este siempre había tenido, descubrió que era un gran hombre, preocupado por su familia y feliz ahora que había encontrado a una mujer que parecía amarlo a pesar de su carácter introvertido.

Se habían repartido las tareas del hogar e incluso a veces Fyn acudía a las cocinas para ayudarla a hacer algo, aunque no fuera muy ducho en esos menesteres. Pero, a pesar de todo, Fiona no podía sentirse en paz. En algunas ocasiones, descubría a Fyn mirándola de forma extraña, como si quisiera adivinar qué estaba pensando o si pretendía hacer algo para escapar. Pero no pensaba nada de eso. Al contrario, Fiona estaba deseando

que llegara el final de mes para decirle a Clyde que no estaba gestando a ningún bebé y que deseaba marcharse a su clan para iniciar la guerra contra él.

Y a pesar de todo, los días parecían haber detenido sus horas, provocando que pasaran más lentos de lo que realmente deseaba. El tedio de vivir en ese palacio enorme y no poder hacer nada estaba menguando sus ánimos. A veces salía al exterior a disfrutar de los pocos momentos en los que el sol aparecía entre las nubes. Sin embargo, pronto volvía a meterse entre las cuatro paredes por temor a que pudieran ser atacados.

Hacía poco más de una hora que se había escondido el sol, dejando sobre ellos la oscuridad de la noche. Habían terminado de cenar hacía unos minutos y, tras recoger y limpiar todo, se habían sentado en los sillones de un salón para tomar algo antes de marcharse a descansar.

—La verdad es que me sorprende que tu laird no enviara a alguien más contigo para proteger este lugar.

—Para protegerte a ti —la corrigió.

Fiona sonrió amargamente.

—Mi vida le importa muy poco, pero tú eres uno de sus hombres. Debería haber enviado a más guerreros.

Fyn se encogió de hombros, restándole importancia. El guerrero miró hacia uno de los amplios ventanales del palacio y suspiró. Estaba deseando regresar a su hogar, ya que después de tantos días allí encerrados se sentía como en una cárcel.

—Nadie sabe que estamos aquí y muy pocos se atreven a cruzar la frontera para atacarnos. Y si lo hicieran, irían directamente al castillo. Todo el mundo sabe que nunca estamos aquí.

Fiona calló y suspiró.

—Quedan pocos días para que termine el mes —dijo en un susurro.

Fyn asintió en silencio.

—Estarás deseando regresar.

El guerrero sonrió.

—Sí, pero reconozco que, después de todos estos días, también te echaré de menos, aunque nunca lo reconoceré ante Clyde.

La joven se rio.

—Te mataría por ello.

Fiona esperó unos segundos antes de seguir.

—¿Qué pasará? ¿Vendrá él o enviará a alguien para que compruebe mi estado?

—Hace dos días llegó una carta antes de que te levantaras —le informó —. Clyde me anunció que varios de mis compañeros y él vendrán para llevarte a la frontera y declararle la guerra a tu tío.

Fiona tragó saliva.

—No quise informarte para no preocuparte. De todas formas, no creo que esa información afecte a tu estado porque sé que no estás encinta.

Fiona frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Fyn rio.

—Soy el mayor de siete hermanos. He visto todos los embarazos de mi madre y todos sus cambios. Te aseguro que tú no has cambiado nada. Bueno, realmente sí. Estás más delgada, pero no es signo de embarazo.

La joven sonrió amargamente. Era cierto. Había cambiado mucho en las últimas semanas, y ahora que estaba a punto de regresar con los Cameron, aún más. Apenas había comido nada y había perdido mucho peso, tanto que ni ella misma se reconocía en el espejo cuando se miraba. Ni siquiera su mirada era la misma, parecía haberse apagado, ya no tenía vida ni tampoco mostraba esas ansias por vivir y conocer el mundo.

Era una mujer completamente diferente. Y Fyn lo sabía.

—Cierto. No estoy encinta, así que supongo que habrás estado pendiente para evitar que te clavara un cuchillo mientras dormías para escapar.

Fyn sonrió sin apartar la mirada de ella.

—Es lógico que me preocupe por mi propio bienestar.

La joven le devolvió la sonrisa.

—Y supongo que tu laird se alegrará al no tener algo que le recuerde a mí.

—No lo llamas por su nombre…

—No pienso volver a hacerlo.

Fyn suspiró.

—Debo reconocer que me sorprendió su reacción. Fue desmedida respecto a lo que habías hecho. Entiendo los motivos que llevaron a tu tío a fingir que eras su hija. Supongo que tener un hermano ladrón siendo laird de su clan no debe ser fácil. Pero también entiendo a Clyde. Él odia la mentira y si tu tío le hubiera contado la verdad, seguramente se habría casado, pero al menos no bajo una mentira. Él sentía cosas por ti.

Fiona no pudo evitar reír.

—Sí, asco. Eso es lo que sentía desde el primer día en que lo conocí y es lo que seguramente sentirá el resto de su vida. Jamás debimos enterrar el hacha de guerra. Habría sido todo más fácil.

—¿Qué sientes por él?

—Odio, rabia, rencor…

Fyn le sonrió.

—Me refería a antes de todo eso.

La joven tragó saliva.

—Nada.

El guerrero arqueó una ceja.

—No me esperaba una declaración de amor hacia él, pero tampoco indiferencia. Se notaba a leguas lo que sentíais el uno por el otro, pero no voy a insistirte. Sin embargo, me parece una pena que os separéis por esto.

La joven no respondió y suspiró antes de ponerse en pie. A pesar de no haber hecho casi nada en todo el día, se sentía terriblemente cansada. Comer poco y pensar mucho hacía que todo su ser se rindiera ante un cansancio cada vez mayor. Estaba deseando que esos pocos días llegaran a su fin. Sabía que regresar al castillo de su tío la colmaría de problemas. Fergus seguramente la expulsaría de su hogar y del clan por traición, así que tendría que huir. Pero ¿a dónde?

Caminó lentamente hacia la ventana y miró al exterior. Todo estaba tan negro que no pudo ver más allá de la ventana. La luna se dejaba ver entre

las nubes. Era demasiado grande, como el día en el que murieron sus padres, y eso le recordó la tristeza que siempre estaba presente en su vida.

—Este matrimonio estaba abocado al fracaso desde el primer momento. Tendría que haberse casado con mi prima.

Era la primera vez que ponía en palabras ese pensamiento. Desde que Clyde la había expulsado de su vida y ella sufría por amarlo sin ser correspondida se golpeó mentalmente mil veces por haber ayudado a su prima a escapar.

—La ayudaste, ¿verdad?

Fiona giró la cabeza en su dirección y lo vio acercarse para apoyarse en la otra jamba de la ventana. Ambos se sostuvieron la mirada, hasta que Fiona sonrió tristemente y asintió.

—Mi prima estaba enamorada de un joven del clan. No podía dejar que se casara con Campbell. Habría vivido amargada toda su vida.

—Y, sin embargo, ahora serás tú la que lo haga porque lo amas.

—Eso lo has dicho tú, no yo.

Fyn se encogió de hombros.

—Da igual quién lo diga. Lo importante es el sentimiento.

Fiona resopló.

—Si quieres, puedes contarle lo de mi prima. Así me odiará más.

El guerrero negó con la cabeza.

—Jamás traicionaría a la esposa de mi laird.

—Ya no lo soy.

—Mientras estés en estas tierras, lo sigues siendo. Y mientras viva, lo serás para mí.

Fiona miró al guerrero y vio la lealtad reflejada en sus ojos. Siempre le habían hablado de su sentido del honor, pero hasta entonces no lo había visto de esa forma tan evidente.

El guerrero también la observó, hasta que volvió a abrir la boca para hablar.

—Debe de ser bastante extraño ser la hija del mejor ladrón de Escocia.

Fiona sonrió y se encogió de hombros.

—Llevo tantos años fingiendo ser la hija de Fergus que ya no recuerdo bien cómo era ser la hija de Travis. Pero cuando era pequeña, mi vida fue increíble. Mi padre empezó a enseñarme a robar para convertirme en una ladrona mejor que él. Me explicaba a quién tenía que robar y por qué; a quién enviarle todo lo robado; las técnicas que él usaba para ello.

—Creo que tu demostración con Sam MacAllister aquel día fue espectacular.

La joven rio.

—Creo que jamás voy a olvidar la expresión de vuestros rostros.

—Rob lo recordó durante días.

Fiona sonrió. Había forjado recuerdos tan bonitos allí que sabía que jamás los iba a olvidar.

—Si hubiéramos tenido tiempo, os habría enseñado algunos trucos…

—Es una pena.

Fiona asintió.

—Lamento mucho que mataran a tus padres.

—Lo peor de todo es saber que las personas que lo ordenaron siguen vivas. Y no saber quiénes son me enerva.

—Tal vez es mejor para que puedas vivir en paz.

Fiona resopló.

—Jamás podré vivir en paz sin haber vengado a mis padres. Lo único que me ha hecho quedarme quieta es no haber tenido tiempo suficiente para aprender a luchar.

Fyn sonrió.

—Podría enseñarte algunas técnicas hasta que Clyde se presente aquí.

—Son dos días… No creo que puedas enseñarme mucho…

El guerrero rio y miró de nuevo hacia la oscuridad de la noche. Sin embargo, su sonrisa se quedó congelada al ver algo en la oscuridad, cerca del bosque.

—¿Qué pasa? —preguntó Fiona, preocupada por el cambio en su

expresión.

Fyn frunció el ceño y se apartó de la ventana. Agradeció que dentro de la estancia no hubiera mucha luz, pero estaba seguro que desde fuera los veían a la perfección.

—Todas las puertas están cerradas, ¿verdad?

La joven asintió.

—Sí. Me he asegurado de cerrarlas bien. Pero ¿qué demonios pasa?

—Ve hacia el candil y apágalo.

La joven obedeció, cada vez más temblorosa. Cuando todo quedó completamente a oscuras, volvió a acercarse a Fyn, que miraba a través de la ventana con el gesto serio.

—Hay alguien ahí fuera —susurró el guerrero—. He visto la luz de una antorcha.

El corazón de Fiona se aceleró.

—¿Estás seguro? Tal vez es el reflejo de la luna…

Fyn negó con la cabeza.

—Se ha movido. El reflejo de la luna se mantiene quieto. Nos han visto, estoy seguro.

—¿Qué hacemos?

El guerrero apartó la mirada del exterior para dirigirla a ella. En sus ojos podía leerse la preocupación, pero también la calma que solía mostrar siempre. Lo vio llevar la mano hacia la empuñadura de la daga. La giró en el aire y se la tendió.

—Toma. Debes tener algo para defenderte, aunque no sepas luchar.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas de auténtico terror.

—No me digas eso, Fyn. Hay que buscar un lugar por donde escapar.

—Lo intentaremos, pero primero debemos recorrer todo el palacio para comprobar si estamos rodeados.

La respiración de la joven se aceleró.

—¿No hay algún pasadizo secreto que nos lleve al bosque?

Fyn negó con la cabeza.

—Yo recorreré el lado norte y este de la casa. Tú el sur y oeste. Si alguien te ataca, grita.

La joven se mostró horrorizada y temblorosa. Fyn desenvainó la espada y puso una mano en su hombro.

—Si alguien me ataca a mí, también gritaré. Y en ese caso, debes huir. Ya sé que odias a Clyde, pero tendrás que ir al castillo. Y que no se te ocurra venir en mi ayuda.

La joven boqueó varias veces sin saber qué decir.

—¿No es mejor ir juntos?

El guerrero negó con la cabeza.

—Nos reuniremos aquí de nuevo en diez minutos. Mientras tanto, pensaré un plan para escapar o al menos para escondernos si intentan entrar.

Fiona asintió y se despidió de Fyn. Lo vio perderse en la oscuridad del pasillo y ella misma se obligó a imitarlo. Con mano temblorosa, Fiona elevó la daga para atacar en caso de ver a alguien en el palacio. De repente, ese lugar se le antojaba demasiado grande, con tantas ventanas tan amplias y tan fácil de atacar que odió aún más a Clyde por haberla llevado allí.

Abrió todas las puertas que se iba encontrando para comprobar, a través de las ventanas, si había alguien fuera de allí. Y, para su sorpresa, estaban completamente rodeados. Tembló aún más al ver que se encendían más antorchas en el límite del bosque. Así que cuando terminó de recorrer el palacio, se dirigió al punto donde había quedado con Fyn. Sin embargo, en el momento en el que salía del último salón, escuchó el crujido de un cristal roto cerca de ella.

Fiona tuvo que taparse la boca para evitar gritar. El salón donde se había escuchado el sonido estaba a solo dos puertas de donde ella se encontraba, y lo peor era que debía pasar por delante de esa puerta para ir junto a Fyn. Fiona se apoyó contra la pared e intentó fundirse en la oscuridad. Caminó lentamente hacia la puerta de ese salón y justo cuando llegó a ella, una sombra emergió al pasillo.

No pudo evitar que de su boca saliera una exclamación de sorpresa y miedo, pero actuó más rápido de lo que pensaba. Antes de que el hombre que había junto a ella, y cuyo rostro no pudo ver al llevarlo casi tapado en su totalidad, pudiera moverse, clavó la daga de Fyn en su vientre.

El hombre no tuvo tiempo para nada más que para caer de rodillas ante ella. La mano que empuñaba la daga tembló al verla llena de sangre y rodeó al hombre para correr hacia Fyn e intentar escapar o esconderse en el piso superior. Sin embargo, alguien la agarró del brazo. Un nuevo atacante surgió de ese mismo salón y la empujó contra la pared. La daga se escurrió de entre sus dedos y no pudo evitar gritar cuando su hombro crujió por la potencia con la que la había empujado.

—¡Fiona! —escuchó que vociferaba Fyn desde el otro lado de la casa.

La joven no respondió a su grito, pues recibió un fuerte puñetazo que le giró el rostro y estuvo a punto de hacerla caer al suelo. Como pudo, intentó defenderse, pateando al hombre que la había atacado, pero este, cuya estatura era demasiado alta para ella, apenas se inmutó.

—¿Qué queréis? —bramó la joven.

A pesar de que el hombre llevaba el rostro cubierto, vio cómo sus ojos se entornaban por una sonrisa escondida.

—A ti —respondió con voz ronca.

Fiona golpeó la mano del hombre cuando este la levantó para aferrarla de la ropa y llevársela. Corrió por el pasillo, pero rápidamente fue interceptada por otro hombre que apareció de un salón contiguo. Chocó contra su fuerte pecho y cayó estrepitosamente al suelo. Enseguida, las manos del otro hombre la levantaron y la atrajeron hacia él, justo en el momento en el que la figura de Fyn aparecía por el extremo del pasillo.

El guerrero de Clyde levantó su espada y la cruzó con el último hombre que había aparecido mientras ella intentaba morder al que la sujetaba. Sus fuertes manos la apretaban contra él, impidiendo sus movimientos. Logró pisarlo y arrancarle un gruñido de dolor, pero este llevó una mano hacia su pelo y tiró de este con fuerza, haciéndola gritar.

—Nos han pedido que llegues intacta, pero no me importaría rasgar tu maldita piel antes de salir de aquí.

A pesar de la amenaza, Fiona siguió intentando escapar. La oscuridad le impedía ver con claridad la lucha de Fyn, sin embargo, pudo ver a la perfección la aparición de otros tres hombres. Rápidamente, se horrorizó al ver que se lanzaban contra el hombre que la había acompañado en las últimas semanas.

—¡Dejadlo en paz! —gritó la joven—. ¡Me iré con vosotros, pero dejadlo en paz!

No obstante, hicieron caso omiso a sus palabras y siguieron luchando contra Fyn. La oscuridad era un punto negativo para él, pues apenas podía ver el siguiente movimiento de los tres guerreros. Y cuando uno de ellos lo hirió en su costado, Fiona supo que estaba perdido.

Intentó desasirse de las manos del hombre que la sujetaba. Y a pesar de que tiraba con más fuerza de su pelo, la joven apenas sentía el dolor, pues estaba tan preocupada por Fyn que no era capaz de sentir nada.

Al cabo de unos segundos, a pesar de sus gritos para que lo dejaran en paz, uno de los hombres clavó su espada en el pecho de Fyn, que abrió sus ojos desmesuradamente.

—¡No! —El grito de Fiona rompió el silencio del palacio al tiempo que numerosas lágrimas salían de sus ojos para perderse en los pliegues de su ropa.

La última mirada del guerrero de Clyde se dirigió hacia ella, implorante, y a pesar de que quiso acercarse a él, el hombre que la sujetaba la empujó hacia la puerta principal para escapar de allí. La joven gritó mientras Fyn dejaba escapar los últimos estertores de vida.

El sonido de la puerta al abrirse le indicó que su propio destino también estaba sellado, pero le dolió terriblemente que el del guerrero también se hubiera determinado por su culpa, algo que no podría soportar el resto de su vida.

Poco después de salir del palacio, Fiona fue arrastrada hacia el bosque, donde volvieron a golpearla y atarle las manos a la espalda. Cuando fijó su mirada en ellos e intentó morder al más cercano, una tela negra se posó sobre sus ojos, impidiéndole ver. Y en el momento en el que se vio obligada a subir a un caballo, supo que no volvería a pisar con vida las tierras Campbell.

CAPÍTULO 25

Aún quedaba un día para completar el mes que le había prometido a Fiona, pero Clyde alertó a sus hombres para que se prepararan, pues pensaba cabalgar hasta allí con parte de sus guerreros con los que atacar a los Cameron cuando acompañaran a su esposa a las tierras de su tío.

Había sido el peor mes de su vida. Durante todos esos días no pudo evitar echar de menos a Fiona, el calor de la joven en la cama, su cuerpo escultural, la suavidad de su piel, sus ojos, su sonrisa… Todo. Y eso no había hecho más que empeorar lo que ahora sentía por ella. Ese anhelo hacía que la odiara aún más por su traición. Durante esas semanas apenas había comido y su carácter habían emporado tanto que se acercaba peligrosamente al de su padre. Gritaba todo el día, miraba con malas formas a los sirvientes, se quejaba por todo; ninguna comida estaba a su gusto, las sábanas tenían arrugas a pesar de estar impolutas; su ropa nunca olía como deseaba y sus hombres parecían no saber pelear de repente, pues les exigía tanto que estaban exhaustos.

Nada parecía estar bien a su alrededor desde la traición de Fiona. Los días incluso estaban en su contra, pues había llovido más que nunca durante esos días. No podía evitar preguntarse cómo demonios estaba pasando los días la joven y el hecho de pensar en que pudiera llevar un hijo suyo en su vientre lo colmaba de felicidad, pero cuando se acordaba de la traición, volvía a odiarla, al igual que a ese niño.

Clyde resopló mientras colgaba de su cadera su espada. Se encontraba en su despacho, del que no había salido desde el día anterior. Llevaba puesta la misma ropa, pero no le importaba. Hacía días que no se afeitaba la barba, por lo que la tenía más larga. Su pelo estaba revuelto y sus ojos se habían oscurecido, mostrando la fiera que llevaba dentro y que deseaba salir en todo momento.

Unos nudillos tocaron la puerta. Clyde le dio paso con un gruñido y cuando Rob asomó por el otro lado torció la cabeza. Su sola presencia le recordaba las palabras que le había dedicado semanas atrás respecto a Fiona, así que era el único con el que se había cebado y desfogado su mal carácter.

—Ya están todos listos en el patio —lo informó Rob con voz ligeramente

fría.

Su relación se había distanciado desde que había echado sobre el guerrero la culpa que él llevaba en su pecho.

—Iré enseguida.

Rob asintió y dio un paso atrás para marcharse, algo impropio de él, ya que siempre se quedaba a su lado para conversar.

—Ya ni siquiera tú soportas mi presencia —le espetó.

El guerrero arqueó una ceja y se volvió de nuevo hacia él. Suspiró y entró en el despacho con la mirada puesta sobre él.

—¿Y tú? ¿Eres capaz de soportarte a ti mismo?

—No —admitió.

—Entonces no esperes que los demás sí lo hagamos. Mira, Clyde, tal vez me gane la expulsión no solo de tus filas, sino también del clan, pero tengo que decirte algo que llevo pensando desde que echaste a tu esposa del castillo.

Clyde frunció el ceño y entornó la mirada, pero Rob no se amedrentó.

—Pienso que te equivocaste con ella y la juzgaste mal. Debiste escucharla e intentar entenderla porque su vida no ha sido fácil. No solo vio cómo se quemaban sus padres, sino que tuvo que caminar ella sola en medio de la noche hacia el castillo de su tío. Tuvo que olvidar sus orígenes y fingir ser alguien que no era. Tuvo que vivir a la sombra de una familia que la obligaba a trabajar. Se vio abocada a un matrimonio que no deseaba y que, para colmo, era su enemigo. Y a pesar de todo eso, hizo lo posible por encajar entre nosotros. Nos respetó, nos ayudó e incluso se jugó la vida por recuperar algo que era tuyo. No todo el mundo es capaz de sobrevivir a todo eso y, aun así, tener la mente bastante cuerda.

Rob suspiró y dio otro paso hacia él. Estaba tan cerca que, si Clyde lo deseaba, podría propinarle un puñetazo, pero no le importaba.

—Tú solo tenías que hacer una cosa, y era escucharla. Pero no quisiste. Y a pesar de todo lo que ha sufrido en su vida, tiene que soportar también que su esposo la repudie solo porque su padre no es quien tú pensabas. ¿Tan malo es su delito para tener que aguantar ese castigo?

Clyde acortó la distancia y lo aferró de la pechera de la camisa, pero Rob

no se inmutó.

—No te metas donde no te han llamado.

—Te equivocas. El clan parece otro desde que Fiona se marchó. Tú has cambiado y las cosas van de mal en peor. Esto parece una jauría de lobos. Todo el mundo está enfadado y harto de aguantar a un nuevo Macauley Campbell. Si sigues así, te quedarás sin hombres con los que defender estas tierras.

—¡Pues marchaos si queréis! —vociferó soltándolo de malas maneras.

Rob suspiró. Cualquiera en su lugar habría hecho precisamente eso: marcharse. Pero Clyde era su amigo de la infancia y no soportaba verlo así.

—¿Tanto te cuesta admitir que la amabas y que estás sufriendo únicamente por tu orgullo? Fiona no ha hecho nada, tan solo sufrir y seguir los deseos de su tío para borrar el recuerdo de Travis Cameron de la faz de la tierra.

Clyde resopló y le propinó un puñetazo, pero a pesar de que Rob se vio impulsado hacia atrás, no se achantó, sino que volvió a levantar la mirada hacia él.

—Perdónala, Clyde. Te has enfadado y sigues así tan solo por tu orgullo, pero la amas y sé que ella también a ti.

—¡Me engañó!

—¡Para salvar su propia vida, por Dios! —le devolvió el grito—. Si te hubiera contado que ella era hija del mayor ladrón de Escocia, ¿cómo habrías actuado? ¿Te has mirado a un espejo últimamente? No pareces el mismo. Sufres, pero no por esa supuesta traición, sino porque, aun así, la amas. Vayamos a ese palacio y dile que la amas.

—No puedo.

Rob frunció el ceño.

—¿Por qué?

Clyde resopló y pasó las manos por su rostro.

—Porque ya he dejado salir a la bestia que habita en mí. Ha hecho daño y ha despertado el rencor de otra fiera. Fiona y yo estamos destinados a separarnos. Prefiero vivir con el anhelo a tener que hacerlo con su rechazo.

Rob suspiró y se encogió de hombros, derrotado. Había hecho todo lo que estaba en su mano para que Clyde cambiara y se abriera nuevamente, pero estaba decidido a dejar marchar a Fiona.

—Como desees, Clyde. ¿Nos vamos?

El guerrero asintió y frunció de nuevo el ceño. Nunca le había gustado el palacio donde envió a Fiona. Además, desde el año anterior le recordaba todo lo sucedido en los juegos de las Highlands, por lo que era un motivo para evitarlo. Pero iba a ver una última vez a Fiona, se enfrentaría a su furia y la llevaría de regreso a sus tierras. Todo entre ellos había acabado. Ya nada podría surgir de ahí, tan solo el odio que habitaba en sus corazones.

A pesar de que Clyde habría dado uno de sus brazos para tardar más en llegar a su destino, el final del bosque estaba a pocos metros de donde ellos se encontraban. Estaba a punto de salir de entre los árboles y ver el palacio, que parecía vislumbrarse entre los matorrales.

El silencio alrededor de esas tierras era siempre tan abrumador que parecía tener algo mágico. Sin embargo, pronto se rompería por los gritos de Fiona al verlo.

Por primera vez en su vida, Clyde se sintió nervioso. Estaban cansado después de pasar semanas probando un mísero bocado de comida tan solo para no desfallecer, pero también cansado de pensar tanto en lo sucedido. Rob tenía razón, aunque no quería admitirlo. La amaba tanto que incluso eso había logrado perdonárselo cuando el enfado menguó dentro de su ser, pero ya era demasiado tarde. Fiona se había marchado y él tenía tanto orgullo que no era capaz de pedirle a alguien que fuera a buscarla. No. Su orgullo le impedía hacerlo.

Cuando por fin pudo pensar fríamente en todo lo que había pasado, Clyde se dio cuenta de que no le importaba la procedencia de la joven. La había conocido y se había enamorado de ella sin importarle quién era o qué había hecho antes de ello, sino porque era una mujer extraordinaria. Y lo único que cambiaba al saber quién era su padre era el entendimiento de ciertas habilidades de la joven. Nada más. Aparte de eso, Fiona era una mujer extraordinaria que había logrado sacar de él lo impensable.

Pero ¿cómo podía arrodillarse ante ella para implorar su perdón? Estaba

seguro que lo que recibiría de ella sería un rechazo absoluto. No había podido olvidar la última mirada de odio y asco que le había dedicado Fiona. Jamás lo haría. Así que todo estaba perdido entre ellos.

Cuando salieron del bosque, la mirada de Clyde se dirigió directamente hacia la puerta abierta del palacio. Extrañado, miró al resto de sus hombres. El grupo, de una treintena de guerreros, hizo el mismo gesto y, al instante, desenvainaron las espadas mirando a un lado y otro del bosque, temerosos de ser atacados.

La mano de Clyde que sostenía la empuñadura temblaba ligeramente. Su corazón se aceleró al escuchar ese silencio casi infernal. Parecía que ni siquiera el movimiento de las ramas de los árboles tenía un sonido específico. Era como si todo se hubiera quedado grabado en un cuadro, carente de vida.

Clyde fue el primero en desmontar. Si todo estuviera bien, Fyn ya habría salido a recibirlos, pues habría escuchado el sonido de los cascos al aproximarse. Sin embargo, todo estaba en calma, y que la puerta estuviera abierta no indicaba nada bueno.

Clyde, seguido de sus hombres, se acercó lentamente a la entrada del palacio. Levantó la espada, dispuesto a atacar a quien hubiera dentro del mismo. Y cuando cruzó el umbral, el mismo silencio del exterior fue el que lo recibió. Parecía que el viento había abierto la puerta y no había nadie en el interior para volver a cerrarla.

—¡Fyn! —vociferó Clyde tras dar un par de pasos.

—Dios santo, mira al suelo… —murmuró Mervin justo a su izquierda.

Los ojos de Clyde se dirigieron entonces hacia donde le indicaba el guerrero y no pudo evitar que de su garganta saliera una expresión de auténtico horror.

—No puede ser… —susurró—. ¡Fiona!

Pero nadie respondió a su ruego. Clyde volvió a mirar hacia el suelo y observó de nuevo el rastro de sangre que había hasta la puerta.

—¡No, Fyn! —vociferó Rob, que se había adelantado al resto.

Todos giraron en el primer pasillo a la izquierda y allí estaba el único guerrero que había enviado allí con Fiona. Vio correr a Rob hacia él y

arrodillarse a su lado. Clyde aún estaba tan estupefacto que se acercó lentamente, incrédulo ante lo que estaba viendo.

Sus manos temblaban tanto y tenía tanto pavor que se sentía como un niño que necesitaba unas palabras de aliento de su madre. Se arrodilló al otro lado de Fyn y vio sus ojos aún abiertos por el terror. Rodeándolo había un enorme charco de sangre que había salido de su pecho. Su herida abierta se mostraba de forma horrorizada ante ellos, representación de sus últimos momentos.

Clyde tuvo la impresión de que sus ojos habían capturado esos últimos momentos de vida y ahora se lo mostraba a ellos. Su pelo rubio estaba manchado de sangre, y apenas podían verse sus mechones claros.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —preguntó Clyde en voz baja—. Id a buscar a Fiona.

A su lado, Rob rugió de rabia, visiblemente afectado por la pérdida de su amigo. Y Clyde no pudo evitar sentirse culpable. El propio Rob le había pedido infinidad de veces a lo largo de ese mes que enviara más gente para proteger el palacio, pero no le había hecho caso. Confió en que nadie supiera que estaba habitado y que pudieran ir a por ellos.

Sus tierras habían sido siempre seguras, pues nadie se atrevía a cruzarlas para atacar a algún Campbell, cuya fama de sanguinarios y salvajes se había extendido por toda Escocia.

El guerrero alargó la mano para cerrar los ojos de Fyn, cuya expresión no era capaz de soportar. ¿Quién demonios se había atrevido a hacer algo así?

—No hay rastro de la muchacha por ningún sitio —informó Mervin, que fue el primero en llegar.

—El piso de arriba está intacto y en orden —informaron—. Pero hay un par de salones aquí abajo con los cristales rotos. Entraron por ahí y probablemente los sorprendieron.

Clyde apretó los puños con furia.

—¿Hay algo que nos ayude a descubrir quién demonios ha hecho esto?

Mervin negó con la cabeza.

—Buscaremos a fondo, pero no lo parece.

Clyde renegó entre dientes y miró a Rob.

—Lo siento.

El guerrero sacudió sus hombros para apartar su mano y lo miró con auténtica rabia.

—¡No quiero tu compasión ahora, Clyde! Durante días te pedí que enviaras a alguien más para proteger el palacio y nunca me hiciste caso. La locura te cegó y solo pensabas en hacer daño a Fiona, pero nunca has pensado en él, en uno de tus hombres, ¡uno al que también debías proteger!

Rob se levantó del suelo y lo miró desde arriba con la ira reflejada en sus ojos.

—Se suponía que era tu segundo al mando para hacerte ver lo que estaba mal en tus decisiones, pero no me has hecho caso. Y estas son las consecuencias. Tu padre también actuaba así.

Clyde rugió y se puso en pie. Ambos se retaron con la mirada, hasta que el laird lo amenazó.

—No vuelvas a hablarme así, Rob. Sigo siendo tu laird.

—Tal vez lo mejor que puedo hacer es marcharme de tus tierras. Es lo que terminará haciendo todo el mundo cuando se den cuenta de que el orgullo te va a llevar a la ruina.

Clyde abrió la boca para responder, pero Mervin intervino.

—¡Ya basta, señores! Tenemos más de veinte años, no cinco. Podemos seguir discutiendo sobre quién tiene la maldita culpa de la muerte de nuestro compañero o bien intentar averiguar quién lo ha atravesado con la espada y se ha llevado a nuestra señora.

Clyde pareció reaccionar entonces y asintió. La rabia que había sentido al ver que había sido atacado en su propia casa lo había llevado a olvidar momentáneamente a Fiona. Se preguntó si el rastro de sangre que llevaba hacia la puerta era de las espadas que habían atravesado a Fyn o tal vez también pertenecía a Fiona.

—Dijo que los que habían ordenado la muerte de sus padres seguían vivos y Donald tal vez les había informado de que ella seguía viva. Puede que sean ellos.

Rob frunció el ceño. Aún estaba tenso por la discusión con Clyde, pero la joven que lo había sorprendido en varias ocasiones estaba en peligro y

necesitaba su ayuda. Así que en otra ocasión seguiría su disputa con Clyde.

—Sí, pero ella nunca dijo quiénes eran porque lo desconocía —respondió con frialdad.

Mervin suspiró y miró al resto de sus compañeros. Algunos aún se encontraban buscando indicios sobre los responsables de la muerte de Fyn y el secuestro de Fiona, pero no parecían encontrar nada. El guerrero bajó entonces los ojos hacia su compañero muerto. Habían vivido tantas aventuras juntos que lo echaría terriblemente de menos. Se agachó a su lado por primera vez y tocó su rostro. Estaba frío, por lo que dedujo que llevaba muerto bastantes horas.

—Sea quien sea lo hizo hace tiempo. El color de su piel y la frialdad de su rostro indican que han pasado muchas horas.

Mervin fingió no escuchar el gruñido de Clyde, que se agachó al otro lado.

—No lleva su daga.

—Está caída al otro lado del pasillo.

—Se la dio a Fiona —murmuró Clyde—. Ya sabéis cómo era Fyn. Tal vez descubrieron que había alguien fuera del palacio e intentaron defenderse. Ella no llevaba armas, así que probablemente se la dio.

—Hay un hombre muerto en este salón —dijo otro de los guerreros—. Han intentado ocultarlo en un armario, pero lo hemos visto.

Clyde se levantó de golpe.

—¿Cómo son los colores de su ropa?

El guerrero chasqueó la lengua y ladeó la cabeza.

—Era un mercenario, así que no lleva distintivos, pero tiene una herida profunda.

Clyde vio que Rob se agachaba deprisa junto al cadáver de Fyn y miró fijamente hacia las manos del que fuera su amigo. Descubrió que una de ellas aferraba aún con fuerza la empuñadura de la espada, pero la otra también estaba extrañamente cerrada.

—Tiene algo en la mano izquierda —informó Rob llevando las suyas para intentar abrir los dedos de Fyn.

Estos se encontraban demasiado apretados y no podía hacerlo. Chasqueó la lengua y miró al rostro ceniciento del guerrero.

—Lamento esto, rubio, pero tengo que hacerlo —murmuró.

Rob rompió los dedos de su amigo para poder abrirlos y descubrió que entre ellos se encontraba lo que buscaban. Un trozo de tela con los colores de un clan conocido pareció brillar en aquella mano muerta. Rob lo agarró con fuerza. Estaba claro que Fyn lo había arrancado con la intención de que supieran quién lo había matado.

Se incorporó y miró a Clyde con rabia.

—No puede ser… —murmuró el laird, atónito.

Rob rugió y apretó contra sí el trozo de tela. Lo guardaría en su *sporran* como prueba del delito.

—¿Es posible que ellos conocieran a Travis Cameron? —preguntó Mervin.

—No lo sé, pero lo averiguaremos pronto. ¡Nos marchamos!

—¿A dónde? —preguntó otro de sus hombres saliendo de un salón en el que buscaban pruebas.

—A declararle la guerra a los MacAllister.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que atacaron el palacio de Clyde hasta ese momento, pues no le habían quitado la venda. Desconocía cuándo era de noche y cuándo de día, pero lo que sí tenía claro era que iba a morir.

Cabalgaba en el caballo de alguien no muy amable que la apretaba con tanta fuerza contra él que parecía querer atravesarle el vientre con el puño. Le habían cambiado el amarre de sus manos y ahora las tenía atadas delante de ella y aunque intentaba deshacer el nudo, este estaba hecho de tal forma que era imposible, y menos con la venda en los ojos.

—Deja de moverte… —dijo el hombre que la llevaba en su caballo.

La voz sonó irritada y hastiada, pero le pareció ligeramente familiar, aunque no logró adivinar a quién le recordaba. Fiona puso toda su atención en lo que sucedía a su alrededor. Escuchó los cascos de al menos diez

caballos y varias voces podían escucharse hablar entre sí cerca de ella.

En ese momento, Fiona recordó la última expresión en el rostro de Fyn. Jamás la olvidaría. Había dado su vida por protegerla y ella jamás podría hacer nada por él porque iba a morir también.

La joven dejó escapar un suspiro. Tenía hambre, frío y miedo. Se encontraba sola en medio de un grupo de hombres que podrían dejarla malherida en medio del camino. No había visto sus rostros ni distinción de colores en sus ropas, al menos en los que ella había visto en el palacio. Pero estaba segura de que eran mercenarios que respondían ante alguien importante.

Sabía que estaba a punto de descubrir a los culpables de la muerte de sus padres, pero estar en desventaja no entraba dentro de sus planes, así que intentó desatarse las muñecas nuevamente.

—¿Quieres quedarte quieta, maldita sea? —gruñó su secuestrador.

Sin embargo, Fiona no se detuvo. El miedo le atenazó la garganta y no pudo hablar, pero sus manos no dejaron de intentar quitarse las cuerdas, hasta que escuchó que desenvainaban una daga y tiraban con fuerza de su pelo hacia atrás. Fiona dejó escapar una exclamación de dolor cuando la punta de esa misma daga apuntó hacia su cuello.

—Tengo que contenerme demasiado para no acabar con tu vida ahora mismo como debieron hacer años atrás con el desgraciado de tu padre.

—Es una pena que no te mataran a ti en su lugar… —le dijo la joven.

A su espalda sintió el pecho del hombre al subir y bajar rápido por la risa.

—Eres tan deslenguada como él, muchacha. El mundo se ha perdido a una gran ladrona… Pero, tranquila, pagarás por lo que me hiciste…

Fiona frunció el ceño al escuchar esas palabras. ¿Quién demonios era él? ¿Acaso lo conocía? Así debía de ser para que le dijera eso, pero no lograba recordar su voz.

—Tú también vas a pagar muy caro todo esto cuando mi esposo se entere de lo que habéis hecho.

El hombre apretó la daga aún más contra su cuello, provocando que dejara escapar un siseo de dolor.

—¿Te refieres al mismo hombre que ha abandonado a su esposa a su

suerte en un palacio lejos de las comodidades del castillo y sin protección? Claro, enterarse de que su esposa es hija de un ladrón no debe de ser fácil.

Fiona sintió sus palabras como una puñalada.

—Vete al infierno.

La risa del hombre contra su oído le provocó escalofríos. Este apartó la daga de su cuello, dejando que pudiera respirar con normalidad. Sin embargo, no supo cómo digerir sus siguientes palabras.

—¡Descansaremos un rato aquí!

Fiona escuchó que todos a su alrededor paraban y desmontaban de sus caballos, al igual que su acompañante. Segundos después, la joven sintió que tiraban de su brazo y tras pensar que estaba a punto de caer estrepitosamente contra el suelo, la agarraron con fuerza y la empujaron hacia adelante, junto a los demás.

Fiona se obligó a no mostrar miedo ante ellos, pero, aun así, estaba aterrada. ¿Se sentiría así su padre cuando entendió que estaba encerrado y no podría salir con vida de allí? La joven sacudió la cabeza. No era momento para pensar en eso, así que se centró en adivinar dónde se encontraba, algo que no tardó en descubrir.

Cuando la obligaron a parar sus pasos, la joven sintió una mano en la venda de sus ojos. Y cuando la apartaron, permitiéndole ver todo a su alrededor, Fiona necesitó unos instantes para acostumbrarse a la luz. Parpadeó varias veces y cuando por fin pudo fijar su mirada en el hombre que tenía frente a sí, se quedó petrificada.

La sonrisa de ese hombre, sus facciones y el peligro en sus ojos estuvieron a punto de hacerle temblar nuevamente. A su alrededor, las risas de los demás compañeros, también conocidos, la sobresaltaron. Frente a ella se encontraba Sam MacAllister, el hombre al que le había robado la daga de Clyde, y la observaba con una mirada que lograría helar el mismísimo infierno.

Inconscientemente, dio un paso atrás, pero se obligó a no dar ni uno más.

—¿Ahora tienes miedo, muchacha? Cuando me robaste aquella daga no lo aparentabas…

Fiona frunció el ceño.

—No sé de qué me hablas… —mintió.

Lo vio sonreír y, al instante, la abofeteó con fuerza, arrancándole un gemido de dolor.

—No te hagas la tonta, muchacha. Sé que fingiste caerte sobre mí para robarla. Pero ahora puedo vengarme si lo deseo…

Fiona levantó la mirada nuevamente hacia él y lo vio acercarse sin apartar la mirada de ella. Supo al instante a qué se refería, pues la lascivia que se reflejó en sus ojos se lo confirmó. La joven tragó saliva y miró a los demás. Los recordaba haber visto en la taberna junto a Sam, pero jamás llegó a imaginar que se trataban de mercenarios, además de ladrones.

Intentó escapar de él, pero Sam la agarró fuertemente. Sujetó su barbilla y clavó los dedos en su carne, provocando que gimiera de dolor. La acercó a él demasiado, tanto que estuvieron a punto de rozarse sus labios. Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente, aunque intentó mantener el control de sus sentimientos.

—¿Todo esto lo habéis elaborado vosotros? —preguntó con dificultad.

Sam sonrió.

—¿Te sorprende?

—Sí, no parecéis tan inteligentes como para hacer algo así.

El hombre clavó los dedos aún más en su carne.

—Hace años, cuando conocí a tu padre por primera vez y me enseñó todo lo que sabía, me pareció un hombre demasiado hablador. Y ahora confirmó que esa maldita forma de ser la ha heredado la zorra de su hija.

Fiona se quedó sin palabras. ¿Su padre era el que había enseñado sus conocimientos a Sam MacAllister?

—¿Te sorprendes? Hay muchas cosas de tu padre que tal vez no conoces…

El mercenario le mordió el labio inferior, provocándole un intenso dolor cuando sus dientes se clavaron en su delicada carne.

—¿Quién me iba a decir que años después atraparía a su hija con tanta facilidad?

—Si mi padre te enseñó todo lo que sabes, ¿por qué lo mataste?

—Porque los intereses de otras personas estaban por encima de él. Y me dieron la seguridad de un clan.

Fiona frunció el ceño al comprender esas palabras.

—¿Knox MacAllister?

A su alrededor, todos rieron.

—Al parecer, la hija de Travis Cameron no es tan rápida de mente como él. Sí, muchacha, mi laird fue quien nos contrató para matarlo. Vamos a contarte una historia…

Sam la empujó contra los demás. Algunos de ellos tocaron su cuerpo sin vergüenza cuando cayó a sus pies por la fuerza de su empuje. Y aunque se levantó deprisa del suelo y les dio manotazos, no pudo evitar que algunos de ellos lograran tocarla.

—¡Dejadme en paz! —vociferó, haciendo que su voz retumbara entre los árboles del bosque.

Sam la agarró de la ropa y la obligó a sentarse. Enseguida, se vio rodeada por los demás, quedándose en el centro mientras sus miradas parecían recorrer su cuerpo de arriba abajo, prometiendo algo más que una simple historia sobre por qué estaban allí. Fiona rezó mentalmente para que esos hombres no llevaran a cabo lo que pasaba por sus mentes, pues no podría escapar de ellos.

—Era muy pequeño cuando lo conocí —comenzó explicando Sam.

La joven lo miró, aunque sin perder de vista a los demás.

—Lo descubrí llevando víveres a varias familias cercanas a donde yo vivía. Y al reconocerlo, le pedí que me enseñara lo que sabía porque quería ser como él. En un principio, no me creyó, pero con el tiempo, volvimos a encontrarnos, así que esa vez sí que me aceptó como aprendiz. Ellos también llegaron después. Tu padre nos enseñó todo lo que sabía.

Fiona apretó los puños.

—¿Y así se lo pagaste? ¿Matándolo?

Sam sonrió.

—Como te he dicho, el laird de mi clan nos encontró y nos ofreció tanto dinero y seguridad en sus tierras que no pudimos rechazar su oferta. Knox y Dougal estaban hartos de sufrir robos en sus palacios y de que tu padre

tuviera cada vez más poder, así que aceptamos el trabajo.

—¿Y Donald? Dougal lo mató delante de nosotros.

Sam sonrió.

—Después supimos eso, y nos explicaron que prefirieron seguir manteniendo su anonimato un tiempo más, así que cuando Donald estaba a punto de contarle la verdad a Campbell, decidieron matarlo para que tu querido esposo no sospechara que también deseaban matarlo a él y así recuperar las tierras que les pertenecían.

Fiona resopló.

—Esas tierras son de los Campbell, no suyas.

Sam le sostuvo la mirada unos segundos más antes de responder.

—Querían matar a Campbell por ellas y cuando descubrieron que este se había casado con la hija de Travis Cameron trazaron un plan diferente. Matarían a dos enemigos al mismo tiempo.

Fiona se mordió el labio.

—Clyde no acudirá, como tú mismo has dicho. ¿Por qué vendría a salvar a la hija de Travis Cameron?

—Tal vez no te salvará, pero sí querrá vengar la muerte de su guerrero.

—No sabrá quién ha sido.

Sam sonrió y mostró su manto. Le faltaba un trozo de tela con los colores de los MacAllister.

—En la mano de ese hombre hay un trozo de la tela de mi manto… Casualmente, se quedó allí, así que, si tu esposo es un poco inteligente, lo descubrirá y sabrá quién ha sido.

—No lo conoces. No vendrá…

Alguien tiró entonces del pelo de Fiona hacia atrás. La obligó a mirarlo desde el suelo y puso una daga en su cuello.

—Lo hará, y tú morirás frente a él.

El hombre le hizo un pequeño corte en la base del cuello.

—Aunque podríamos divertirnos un rato. ¿Qué pensáis?

Todos gritaron de júbilo, provocando que Fiona temblara ante la idea de

que todos esos hombres pudieran hacerle daño.

—No os atreváis a tocarme.

Sam sonrió de lado.

—¿Por qué no? ¿Vas a robarnos? Ay, no. Tienes las manos atadas, muchacha.

—No tenéis honor… Mi padre os enseñó lo que sabía y le devolvisteis el favor de la peor manera posible.

Fiona quería desviar la atención por otro camino. No quería que se aprovecharan de ella, así que tenía que hacer lo que fuera para despistarlos.

—Tu padre tenía demasiado poder… —repitió—. Y para colmo estaba protegido por su hermano. Es una suerte que no decidieran convocar una guerra contra tu tío Fergus.

Fiona resopló.

—¿Y qué poder tenéis vosotros? Antes, junto a mi padre, erais libres. Ahora le debéis lealtad a Knox MacAllister.

El hombre tiró más de su pelo y respondió él en lugar de Sam.

—Nos ha dado protección y libertad para hacer lo que queramos siempre y cuando estemos a sus órdenes cuando él disponga. Seguimos robando, pero también tenemos la seguridad de su dinero cuando nos envía a una misión.

—Sois sus putas —no pudo evitar soltar la joven.

El hombre la soltó en ese momento. Todos la miraron con gesto adusto. Sam se levantó de donde estaba y se acercó a ella.

—Me he equivocado. Tienes la lengua aún peor que el desgraciado de tu padre. Pero tiene solución.

Sam la abofeteó nuevamente. Fiona se llevó las manos a la mejilla, que latía con tanta fuerza que parecía haberle roto algún hueso. Cuando levantó la mirada hacia él, Sam repitió el gesto, abofeteándola en la otra mejilla. Y, sabiendo que su futuro era inexistente y que iba a morir tarde o temprano, Fiona se armó de valor y le lanzó tierra a Sam a los ojos. Cuando este gritó, la joven se levantó del suelo de un salto e intentó escapar. Sabía que era imposible, pero al menos haría el intento. No sabía luchar, pero no iba a

morir sin presentar batalla.

Al instante, se cruzó en su camino otro de los compañeros de Sam y clavó su puño en el vientre de la joven. Fiona se dobló sobre sí misma sin aliento para respirar y tosió con fuerza. No le dieron tregua y volvieron a tirar de su cabello y, aunque intentó patalearlos, lo único que consiguió fue más golpes. Y cuando la empujaron hacia los demás, solo tuvo tiempo de clamar al cielo para que eso acabara pronto.

CAPÍTULO 26

Fiona abrió los ojos cuando el agua cayó sobre su rostro. No recordaba lo que había sucedido, pero tenía tanto dolor en su cuerpo que apenas pudo moverse los primeros segundos de consciencia. Descubrió que estaba en un lugar oscuro, frío y lúgubre y sus manos estaban atadas con cadenas, que colgaban de una pared. Estas eran largas, por lo que tenía cierta libertad de movimientos, como en ese momento, que se encontraba tendida con la cara contra el suelo.

El rostro le palpitaba, al igual que el resto de cuerpo, y cuando intentó moverse, todo su ser protestó por el dolor. Al instante, recordó lo que había sucedido. Su último recuerdo eran los rostros de los mercenarios sobre ella, golpeándola a diestro y siniestro, sin piedad y, por un instante, pensó que eran sus últimos segundos de vida. Pero no había sido así, sino que la habían llevado a un lugar desconocido.

Levantó ligeramente la mirada y descubrió que era una celda. La mugre, suciedad y restos de sangre seca le confirmaron que así era. A su espalda, el sonido de unas botas se acercó a ella, provocando que se girara todo lo que su maltrecho cuerpo le permitió.

Descubrió, con horror, que Knox y Dougal MacAllister se encontraban en la misma celda que ella. La observaban de pie y con los brazos cruzados, como si estuvieran pensando qué hacer con ella. Pero lo peor de todo era el cambio en la mirada del laird MacAllister.

—Bienvenida de nuevo, señora Campbell. ¿O debería decir “hija de Travis Cameron”?

A pesar del dolor por los golpes recibidos, Fiona se incorporó y puso en pie para mirarlos a la misma altura. Su cabeza se irguió con orgullo y se juró a sí misma que en ningún momento mostraría miedo.

—Sois unos traidores —les espetó.

La sonrisa de Knox se hizo más amplia.

—¿Lo dices por haber ordenado la muerte de tu familia o por haber engañado a tu esposo?

—Ambas —afirmó.

Los dos hermanos se miraron con una sonrisa.

—Sí, creo que somos un poco traidores, pero ni tu padre era buena persona ni tu marido lo es. ¿O acaso lo vas a defender después de haberte abandonado a tu suerte en ese palacio? Las noticias vuelan…

—Clyde puede defenderse a sí mismo —dijo la joven—, pero mi padre no te hizo nada.

Knox lanzó un rugido y la acorraló contra la pared.

—¿Nada? ¿Sabes la cantidad de cosas que nos robó? Nuestro clan no fue el único, pero sí fuimos los que decidimos quitarle la vida, aun a riesgo de iniciar una guerra contra los Cameron.

—Os robaba para repartirlo entre aquellos que se habían quedado sin clan.

—¿Y por qué no los recibió en el suyo?

—¡Porque no era el laird!

Knox dio un puñetazo en la pared, justo al lado de la cabeza de Fiona. Esta cerró los ojos al pensar que también iba a golpearla a ella, algo que no llegó a producirse.

—Tu padre acabó como merecía.

La joven lo miró con odio y le escupió en la cara.

—Tú también recibirás tu merecido.

Knox se limpió el rostro lentamente, sin apartar la mirada de ella, y después la agarró del cuello.

—Tú debiste morir ese día junto a él, pero el destino prefirió mantenerte con vida para que fuera yo quien acabara contigo.

Fiona luchó por respirar, pero apretaba con tanta fuerza que apenas lograba capturar un fino hilo. Luchó por soltarse, provocando la risa de Knox y Dougal. Ambos hermanos la miraron con una sonrisa sádica en los labios, hasta que el laird la soltó. Fiona tosió con fuerza mientras se apretaba contra la pared.

—Puede que hoy sea el día en el que acabes conmigo, pero jamás borrarás el legado de mi padre —le aseguró la joven—. Muchos aprendieron a su lado y su bondad se extendió por toda Escocia. Aquellos a

los que alimentó siempre se lo agradecerán.

Knox la miró de arriba abajo, con asco.

—¿Estás segura de ello? No hay más que ver lo que hizo tu querido esposo cuando se enteró… Te envió lejos.

Fiona apretó los labios con fuerza.

—Nuestro matrimonio estaba abocado al fracaso desde el principio —le afirmó—. Y Clyde jamás se casará con tu hermana, si es lo que deseas…

Knox y Dougal rieron.

—¿Casarse con Campbell? Solo queríamos que lo hiciera para acabar con él desde dentro… Pero lo haremos cuando acuda aquí…

—Ya le dije a Sam que Clyde no vendrá a por mí.

—Eso está por ver… Si no viene a por ti, lo hará para vengar al desgraciado que te acompañaba.

Fiona dejó escapar una sonrisa amarga.

—Qué equivocados estáis… Clyde jamás se arriesgaría a una guerra ni por mí ni por Fyn.

—El orgullo de Campbell es tan enorme que hará lo que sea por restablecerlo después de este ataque dentro de sus tierras. Vendrá. Y cuando lo haga, morirás.

—Y después, morirá él —aseguró Dougal.

Ambos hermanos MacAllister salieron de la celda, dejándola sola. La miraron una vez más y se marcharon de allí.

Aún dolorida y ligeramente mareada, Fiona se apoyó contra la pared y se dejó caer hasta el suelo. Se sentó en él y cerró los ojos unos instantes. Estos se le habían llenado de lágrimas de auténtico terror, pero no estaba dispuesta a mostrarlo ante ellos. Ni siquiera cuando se quedó sola. No iba a llorar. Lo había hecho durante tantas veces en las últimas semanas que se le habían secado los ojos. Ahora no tocaba llorar, sino pelear. Y haría lo que fuera para no marcharse de este mundo llorando, sino luchando. Como fuera, pero luchando.

Fiona se movió ligeramente y, al sentir el dolor en todo su cuerpo, bajó la mirada y desanudó lentamente la cuerda de su vestido. Tras esto, bajó las

mangas y retiró la camisola. Sus ojos se agrandaron al ver que tenía moretones repartidos por todo el cuerpo, incluidas las piernas. Recordó haber perdido la conciencia después de aguantar varios golpes de los mercenarios, pero no pensaba que después habrían seguido golpeándola.

Fiona suspiró y volvió a vestirse. Odiaba el sonido de las cadenas atadas a sus muñecas, que se movían cada vez que ella agitaba las manos. Ató su vestido con algo más de soltura para que no le hiciera tanto daño la tela contra su piel y se dejó caer de nuevo contra la pared.

Lanzó un suspiro y cerró los ojos unos instantes. El último mes se había convertido en el peor de su vida. Había perdido la confianza y amabilidad de Clyde. Nunca pensó que pudiera tener su amor, pero al menos sí habían aprendido a soportarse y a convivir. Ahora ya no tenía nada de eso. Pero también había encontrado un sentimiento de culpabilidad por la muerte de Fyn. Ella no había empuñado el arma, pero lo habían matado por su culpa, por ser hija de un ladrón y la esposa de uno de los hombres más envidiados y odiados de Escocia.

Y ahora estaba a punto de perder la vida. El destino parecía estar en su contra. Desconocía si la estaba castigando por haber ocultado esa información a Clyde, pero estaba segura de que era así. Ella misma culpó a su propio tío, por haber despertado en ella ese terror al pensar en lo que pudiera pasar por contar quién era en realidad, ya que, igualmente, su identidad había sido descubierta.

Maldijo mentalmente al alma de Donald, pues si él no la hubiera reconocido, Fyn estaría vivo y puede que no se habría animado a contar la verdad a Clyde. Todo estaría bien y su vida seguiría acercándose a la perfección.

De sus ojos escapó una lágrima solitaria, la cual limpió casi con rabia al tiempo que se preguntaba cuánto tiempo estaría allí metida y cuándo llegaría la hora en la que la llevarían al cadalso.

Desconocía cuánto tiempo hacía que la habían secuestrado del palacio. La venda que había llevado en sus ojos le había prohibido descubrir el paso de las horas. Y ahora que estaba consciente, tampoco sabía en qué momento habían llegado al castillo y la habían dejado allí tirada en las mazmorras.

Lentamente, Fiona se puso en pie y se aproximó a los barrotes de la celda. Desde allí intentó escuchar algo, pero todo estaba en silencio. No llegaba ni

un solo sonido del exterior del castillo ni de los pasillos. Nada. Y en ese momento, a pesar del dolor y el miedo por lo que pudiera pasar, Fiona sonrió. Knox y Dougal MacAllister acababan de cometer el peor de los errores. Dejar completamente sola en una mazmorra a la hija de un ladrón, con los conocimientos que poseía, era un desliz del que ella debía aprovecharse.

Lo que más le pedía su cuerpo era reposar y dormir, pero tenía que actuar pronto o acabaría muerta. Puede que igualmente lo hiciera, pero haría todo lo que estuviera en su mano para escapar.

La joven metió una mano en el bolsillo escondido de su vestido. Preocupada por haberla perdido, Fiona comprobó con satisfacción que la horquilla que siempre llevaba con ella seguía estando ahí. Sonrió ampliamente a pesar del dolor y bajó la mirada hacia ella. Después dirigió sus ojos hacia las cadenas que la ataban a la pared y sonrió aún más. La habían subestimado, sin duda, al dejarla sola. Pero ella era hija del mejor ladrón de toda Escocia, y ese día les demostraría todo lo que había aprendido de él hasta hacerles sangrar los ojos por todo el dolor que había tenido que soportar por su culpa.

—¡Clyde, para un poco, por Dios! —vociferó Rob intentando aguantar la velocidad a la que cabalgaba su laird.

Habían discutido tanto en el palacio que desde que lo habían abandonado no se habían dirigido la palabra, pero Rob no podía seguir así. Clyde era su amigo desde la infancia y no podía permitir que la locura que tenía en su mente en ese instante se adueñara de él y lo obligara a cometer alguna imprudencia que los llevara a todos a la muerte.

El aludido detuvo su caballo y se giró hacia él. Desde donde se encontraba, Rob tuvo la impresión de que los ojos de Clyde estaban llenos de lágrimas, pero este parpadeó rápidamente para apartarlas. El segundo al mando desmontó y lanzó un suspiro. Miró a los demás, que hicieron lo mismo y se pusieron tras él, preparándose para algo.

El propio Clyde dejó escapar un largo suspiro y desmontó. Por primera vez desde que lo conocían, sus hombros estaban bajados, como si se sintiera derrotado, su rostro parecía más oscuro que de costumbre, la peligrosidad que rezumaba siempre se había intensificado y, aun así, en ese instante

parecía simplemente un hombre más, no el que siempre mostraba ante todos.

—¿Qué pasa?

Rob tragó saliva y dio un paso al frente, separándose de los demás.

—Clyde, llevamos muchísimas horas cabalgando sin descanso, dispuestos a atacar a los MacAllister por todo el daño que nos han hecho, pero no tenemos un plan de ataque, no sabemos qué vamos a hacer cuando lleguemos, cómo debemos organizarnos… Nada. No nos has dicho nada, y nunca hemos atacado así. Ni siquiera sabemos si vamos allí únicamente para vengar la muerte de Fyn o… para rescatar a Fiona.

Clyde apretó los puños con tanta fuerza que se pusieron completamente blancos.

—¿Tú qué crees?

Rob se encogió de hombros.

—No lo sé, pero estaría bien que nos lo dijeras tú…

Clyde resopló y se alejó de ellos mientras se pasaba las manos por el rostro. Sentía que había perdido el juicio por completo. La cabeza le daba vueltas desde que habían llegado al palacio y había descubierto la desaparición de Fiona y la muerte de Fyn. De repente, se sentía agobiado, con el peso del clan más que nunca sobre sus hombros. Había echado a Fiona de su vida y de su hogar por su maldito orgullo y a pesar de que durante el mes que habían estado separados había tenido que aguantar sus ansias por ir a verla, siempre aparecía el recuerdo de su traición y volvía a odiarla.

Y ahora que estaba en peligro tenía que controlarse por dentro. En esos momentos, era capaz de matar al primero que le llevara la contraria, pues no podía soportar el mundo si ella estaba en peligro.

Clyde sentía en su pecho una maraña de sentimientos aún peor que cuando se negaba una y otra vez que la amaba. Pero después de expulsarla de su vida y amenazarla, ¿cómo iba a presentarse ante los MacAllister a reclamarla? ¿Qué pensaría Fiona al verlo? Una vez dejaba el orgullo a un lado, el miedo le atenazaba la garganta, y era la primera vez en su vida que tenía ese sentimiento. Siempre había tenido la seguridad sobre lo que debía hacer, pero ahora… Ahora Clyde Campbell no sabía cómo actuar. No estaba

preparado para eso. Jamás se había preparado para algo así, pues su padre siempre le negó la capacidad de amar. Entonces, ¿cómo actuar ahora?

Clyde volvió a mirar a sus hombres. Todos lo observaban en ese momento. Se preguntó qué tenía que decirles, pues también era la primera vez que no encontraba palabras para trazar un plan con ellos ni para expresar lo que realmente deseaba.

—¿Qué queréis que os diga?

Por primera vez desde que habían discutido, los hombros de Rob bajaron, aligerando la tensión que sentía y volviendo a mostrar la calma que solía tener.

—Solo queremos saber qué vamos a hacer en el castillo MacAllister cuando lleguemos. ¿Vengaremos a Fyn o rescataremos a tu esposa?

Clyde apretó de nuevo los puños.

—Amigo, somos nosotros —intervino Mervin por primera vez señalando a todos—. Somos tus guerreros. Te conocemos desde hace años y te respetamos por encima de nuestra propia piel. Jamás nos burlaríamos de ti. Creo que es algo que necesitas saber para poner tus pensamientos en orden.

—Sabemos que Fyn era importante para ti —continuó Rob—, pero no provocarías una guerra por la muerte de uno de tus hombres.

Clyde finalmente acabó suspirando, derrotado.

—¿Queréis saber por qué vamos a declararles la guerra? —Todos asintieron—. Porque tienen en sus manos a la única mujer que ha logrado despertar en mí sentimientos que me fueron negados desde que era tan solo un niño. Han intentado matarla varias veces, la han herido y secuestrado solo por ser hija de quien es, pero también por estar casada conmigo. Puede que en todas esas veces que ha sufrido, yo también le haya hecho uno de los mayores daños que ha podido sufrir y jamás me perdonaría que le ocurriera algo por culpa de mi maldito orgullo.

Clyde se acercó lentamente a sus hombres. Había comenzado a hablar sobre sus sentimientos por primera vez en su vida, y ahora tenía la impresión de que no podía parar.

—Pero voy a salvar a Fiona no solo porque es mi esposa y por la culpa que me corroe por dentro, sino porque ella es la única persona que ha

logrado apagar mis sombras y calmar las batallas de mi mente. Nunca me había encontrado con una persona que viera más allá del acero de mi espada y lograra atisbar quién había detrás. Es la única que ha logrado ver mi corazón donde los demás solo distinguen infierno.

Clyde respiró hondo para apartar la pena que lo asoló en ese momento. Sentía que sus ojos estaban a punto de llenarse de lágrimas, pero él no estaba preparado para mostrarlas ante nadie. Dirigió una mirada a todos y cada uno de sus hombres a medida que hablaba sin darse cuenta de que les estaba dando el mejor discurso de toda su vida.

—Vamos a ir a por Fiona porque me ha dado lo que jamás nadie podría darme, que es una vida y un hogar en paz, donde los malditos demonios de mi cabeza por fin se han callado; porque ella es mi calma en la tempestad y porque gracias a ella he podido sentir algo que no fuera rencor y odio. Fiona me ha enseñado a amar, a disfrutar de la vida y a vivir. Y, a pesar de todo, nunca ha intentado cambiarme. Aceptó mis sombras, mis guerras internas y me ayudó a transformarlas en victorias para mi alma. Siempre pensé que el amor era una maldita debilidad porque fue lo que me enseñó mi padre, pero junto a ella he podido entender que mi amor por Fiona realmente es la espada que me ayuda a mantenerme en pie.

Clyde puso una mano en el hombro de Rob, que lo miraba fijamente, aunque orgulloso por mostrarse ante ellos por primera vez en su vida.

—Fiona siempre me vio como un hombre, no como un laird ni como el guerrero cruel que siempre he pretendido ser. Ante sus ojos soy Clyde, nada más. Y ahora mismo tengo tal miedo que no soy capaz de volver a montar sobre el caballo porque temo llegar a tierras MacAllister y descubrir que me la han arrebatado, que ya no respira, que no volveré a ver sus ojos. No temo la ira de mis enemigos, pero sí tengo verdadero pavor ante la idea de perderla. La amo. Amo a Fiona Cameron por encima de mi propia vida. Jamás he amado a nadie y jamás lo haré. Solo a ella. Y necesito que regrese a casa conmigo, aunque tenga que arrastrarme para solicitar su perdón.

Rob imitó su gesto y puso su mano en el hombro de Clyde. Apretó con fuerza y sonrió de lado.

—Entonces debemos ayudarte a que esa muchacha del demonio regrese con nosotros. Fyn dio su vida por ella y debemos seguir con el trabajo que él no pudo conseguir. Hagamos que la muerte de nuestro compañero no sea

en vano y salvemos a tu esposa. Además, aún tiene que enseñarnos a robar como ella. Imagina la cara de nuestros enemigos si logramos robarles las armas antes de entrar en combate.

Clyde sonrió y asintió. Miró a los demás, que le devolvieron el gesto.

—Lamento todo lo ocurrido durante estas semanas.

—Lo importante es que salvemos a nuestra señora —dijo uno de ellos—. Vayamos ya.

Todos asintieron y volvieron a montar sobre sus caballos. Clyde tenía la impresión de que se había quitado un peso de encima al confesar lo que sentía por Fiona. Y ahora que tenían claro el principal objetivo de su próxima batalla, se juró que no regresaría a sus tierras sin ella, aunque fuera lo último que hiciera.

CAPÍTULO 27

Fiona cojeó ligeramente al salir de la celda. Dar solo un par de pasos y después quedarse quieta no le había dolido, pero ahora que caminaba más y deprisa se dio cuenta de que la pierna derecha le dolía terriblemente al andar. Gracias a la horquilla, había logrado quitarse las cadenas que ataban sus muñecas, pero no solo eso, sino también los barrotes de la celda.

Enseguida, la joven volvió a guardar entre su ropa aquella horquilla que la había ayudado en varias ocasiones y caminó hacia la salida de las mazmorras. No obstante, detuvo la mirada a su alrededor para comprobar si había alguna manera de salir de allí sin tener que aparecer en los pasillos del castillo. Pero Fiona no vio otro lugar más.

Su corazón latía con fuerza. Había hecho lo más fácil para ella, que era escapar de la celda. Pero salir a los pasillos del castillo y exponerse a la vista de sus enemigos, en un castillo que desconocía era demasiado difícil. La suerte pareció estar de su parte cuando vio una pequeña daga en un rincón de las mazmorras. Enseguida la cogió y la aferró con fuerza. Si debía matar para escapar, lo haría, pues no estaba dispuesta a morir.

Fiona suspiró y arrugó el rostro cuando sintió dolor en su pierna al subir las escaleras. Las manos le temblaban, pero se obligó a recordar la valentía que tuvieron sus padres para morir entre el fuego. Eso le dio fuerzas a ella para seguir adelante y cuando tuvo el pomo de la puerta entre sus manos, respiró hondo y salió lentamente.

Primero comprobó que no hubiera nadie en el pasillo y, después, abandonó ese hedor asqueroso que le había revuelto el estómago desde el momento en el que despertó. Intentó no mirar sus ropas, pues estaban húmedas, sucias y ligeramente rotas, así que prefirió no imaginar cómo tenía el rostro.

Fiona agudizó el oído para escuchar cualquier movimiento, un paso o una voz que pudiera acercarse a su posición, así que cuando el silencio fue lo único que llegó a ella, comenzó a caminar a través del pasillo. Se pegó contra la pared y aferró con fuerza la daga. Recorrió varios pasillos antes de poder ubicarse. Cuando Clyde y ella estuvieron allí en la fiesta, solo había transitado por algunos pasillos, pero no todos. Así que cuando por fin encontró uno que podía llevarla a las cocinas o al menos a lugares que solo

usaba el servicio, se dirigió hacia allí.

Todo le pareció demasiado tranquilo, como si no hubiera nadie en el castillo. Pero a medida que avanzaba y se aproximaba a las cocinas, las voces del interior de esta hicieron que arrugara el rostro. Tenía que esperar a que esa estancia se quedara a solas para buscar un lugar donde esconderse o tal vez por donde escapar.

Fiona miró a su alrededor y vio un esconce donde poder ocultarse hasta que las voces de la cocina desaparecieran. Se dirigió hacia allí cojeando y respiró hondo. Había recorrido gran parte del castillo sin ser vista, así que debía encontrar alguna solución para salir de allí con facilidad. Su corazón latía con tanta fuerza que temía que pudieran escucharlo desde la muralla.

Fiona buscó entre sus recuerdos para dibujar en su mente la imagen del castillo MacAllister. Recordó que la muralla no era tan alta como la del castillo Campbell, pero igualmente era imposible saltar desde esta sin morir o quedarse malherido. Recordó también que la muralla estaba repleta de guerreros, así que estos la verían perfectamente si intentaba escapar por allí.

Estaba segura de que debía haber algún pasadizo entre aquellos muros por el que salir al bosque o por el cual alejarse del peligro hasta que encontrara la manera de escapar. No supo cuánto tiempo había pasado desde que se ocultó en el esconce hasta que las voces menguaron y llegaron a desaparecer. A veces había tenido que esconderse más, pues varios sirvientes habían salido de allí y habían pasado justo por delante de donde ella se encontraba, pero no la habían visto.

Cuando por fin pudo salir de allí, Fiona aferró con fuerza la daga. Estaba segura de que los guerreros no pisaban las cocinas, así que rezó para que no hubiera alguno merodeando por allí, al igual que también lo hizo para que aún no hubieran descubierto que había escapado, ya que en cuanto dieran la voz de alarma, la perseguirían por todo el castillo y aumentarían las guardias.

Fiona tragó saliva cuando entró en las cocinas. Casi estuvo a punto de llorar cuando vio que la suerte estaba de su lado y no había nadie allí. Entró rápidamente y cerró a su espalda. Con los ojos muy abiertos y cojeando, casi voló hasta la despensa, donde pensó que podría haber alguna puerta como en su castillo, pero no había absolutamente nada a las vistas. Maldiciendo en voz baja, Fiona se giró y se dirigió hacia la encimera, donde

había un enorme cuchillo. También lo tomó entre sus manos y, con este y la daga, se dirigió hacia la salida trasera, pero cuando estaba a punto de salir de allí, la otra puerta se abrió de golpe, permitiendo la entrada de una sirvienta.

Fiona se giró y ambas se miraron fijamente. La joven sopesó la idea de quitársela del medio antes de que pudiera dar la voz de alarma, pero le pareció una manera tan fría de matar que no se vio capaz de hacerlo, pues la sirvienta no tenía culpa de que ella estuviera encerrada.

Fiona se acercó un poco a la mujer, que aparentaba tener unos cuarenta años y un cansancio que se reflejaba en su rostro. Levantó ambas manos cuando la vio temblar de miedo y suavizó la expresión de su rostro.

—Mi nombre es Fiona Campbell —prefirió usar el apellido de Clyde—, y hace poco estuve con mi esposo en este castillo. ¿Me recuerdas?

La mujer asintió y cerró la puerta tras ella.

—Tu laird y su hermano me han secuestrado para matarme. Necesito marcharme de aquí. ¿Hay algún pasadizo por el que abandonar el castillo?

La mujer negó con la cabeza. Su mirada aún era asustada, pero al ver que no le hacía daño, esta se tornó más amable.

—No, pero hay una puerta secundaria que nadie usa. Está justo detrás del castillo y solo salimos por ahí los sirvientes cuando vamos al pueblo. Ese lugar no está vigilado por los guardias, así que será fácil salir.

Fiona sonrió y asintió.

—¿Serías tan amable de indicarme dónde está?

La sirvienta asintió.

—Si sales por esa puerta, solo tienes que ir a la derecha. Hay un montón de troncos y leña para las chimeneas. Y justo detrás se encuentra la puerta.

Fiona le dedicó una enorme sonrisa y se dirigió con dificultad hacia allí. Se despidió de ella y le agradeció la ayuda antes de cerrar la puerta trasera tras de sí. Con paso ligero, caminó hacia la derecha y, justo cuando estaba a punto de alcanzar la leña que la mujer le había indicado, cinco guerreros aparecieron por la esquina del castillo y la apuntaron con sus arcos.

Fiona frenó sus pies en seco y se giró para marcharse hacia otro lado, pero aparecieron otros cinco arqueros que la obligaron a levantar las manos.

En sus rostros vio que dibujaban una sonrisa soberbia y siniestra. Al instante, dirigió sus ojos hacia la puerta de la cocina que acababa de dejar y vio que la sirvienta se encontraba sonriente y orgullosa por su trabajo.

—Maldita seas… —murmuró.

—¿Qué pasa, muchacha, pensabas que podrías escapar fácilmente de aquí?

Knox MacAllister apareció por la esquina del castillo con una sonrisa de autosuficiencia en los labios. Fiona dejó caer el cuchillo y la daga al suelo mientras le sostenía la mirada.

—Nunca me fiaría de dejar sola a Fiona Cameron por mi castillo. Es una pena que no hayas visto a los dos guerreros ocultos que había en el pasillo de las mazmorras…

La joven apretó los labios, dibujando una fina línea, iracunda por el giro en los acontecimientos.

—Vuestra seguridad tampoco es tan buena si he podido recorrer medio castillo con facilidad.

Knox sonrió.

—¿Tu padre nunca te enseñó cómo debías esconderte para que no te descubrieran?

—Mi padre solo tuvo tiempo de enseñarme cómo arruinar a desgraciados como tú.

Knox dejó escapar una risa oscura.

—Una pena que no tuviera tiempo para enseñarte a luchar. Si no, tendríamos una pelea digna de ser cantada durante siglos.

Fiona resopló.

—Claro. Cantarían cómo acabé con el laird traidor…

Los arqueros tensaron más las cuerdas de sus arcos, apuntando directamente al corazón de Fiona, que tuvo que apoyarse en la pierna izquierda debido al dolor por los golpes en la derecha.

—No… Cantarían cómo acabé con un ladrón y toda su maldita familia. Ni vuestros nombres ni nada quedaría para el recuerdo.

—El nombre de los cobardes tampoco se recuerda… Eso lo sabrás

cuando llegues al infierno y descubras que nadie en tu clan recuerda tu nombre.

Knox se acercó a ella, pero la joven se mantuvo en el sitio. Su única oportunidad para escapar había terminado antes incluso de empezar, así que se juró que iba a demostrarles de qué estaba hecha. Era hija del mejor ladrón de Escocia, y moriría con orgullo, al igual que su padre.

—No te imaginas cuánto me alegrará ver la cara de Campbell cuando le diga que su querida esposa está muerta.

Para sorpresa de todos, Fiona dejó escapar una risa amarga.

—Ni él vendrá ni mostrará sentimiento alguno por mi muerte. De hecho, seguramente sentirá alivio al no tener que aguantarme ni un segundo más, así que no hace falta que te molestes en avisarle. El problema lo tienes conmigo y con mi padre.

Knox negó con la cabeza.

—Ya sabes que con los Campbell también tengo una cuenta pendiente. Acabaré con todos.

Fiona elevó el mentón con orgullo. De repente, sintió un nudo en la garganta. Clyde le había hecho demasiado daño, pero, aun así, no pudo evitar pensar en él en esos últimos momentos. Lo había amado como nunca amaría a nadie; le había entregado no solo su corazón, sino también su alma. A su manera, por supuesto, con el temor de ser rechazada, pero se lo había dado al fin y al cabo. Y el dolor que sintió al ser repudiada por él jamás lo habría olvidado. Al menos le quedó el consuelo de que la muerte le haría olvidar lo sucedido. Lo olvidaría a él.

La joven tragó saliva y lo miró de arriba abajo.

—Para matarlo deberías tener vida y fuerza necesaria.

Knox la aferró del rostro.

—¿Aún lo defiendes, muchacha? Te ha repudiado, expulsado de su hogar y permitido que te secuestren sin hacer nada. Seguramente, esperará a tener la certeza de que estás muerta para venir y fingir dolor. No eres nadie para él.

Fiona le escupió en el rostro. El laird MacAllister sabía cómo hacer daño, sin duda, pues había logrado hacer que el poco orgullo que sentía en ese

momento se esfumara de golpe. El dolor por la pérdida de Clyde era tan profundo que la más mínima mención de eso la lastimaba terriblemente.

Knox sonrió y miró a su izquierda, donde apareció su hermano Dougal. En ese instante, Fiona se preguntó dónde estaría escondida la hermana del laird, pues no había vuelto a escuchar hablar de ella. Por ello, se dijo que también haría lo posible por hacer daño.

—¿Cómo va el embarazo de tu hermana?

La mirada de Knox y Dougal se ensombreció al mismo tiempo. Ambos hermanos se miraron, haciendo sonreír a Fiona, pues le confirmó que nadie en el clan conocía el estado de la joven.

—¡Oh! No me digáis que vuestra gente desconoce la feliz noticia…

Fiona no pudo evitar enviar una mirada fugaz hacia los arqueros, que habían bajado ligeramente las armas, sorprendidos ante esa noticia.

Knox dejó escapar un rugido y la abofeteó.

—¡Cállate, zorra! —vociferó antes de agarrarla por el pelo y atraerla hacia él—. No tienes derecho a hablar de mi hermana.

—¿Y del padre de la criatura? —siguió provocándolos—. ¿O ni siquiera ella sabe quién es?

—¿Estás llamando furcia a mi hermana? —vociferó Dougal.

Fiona le dedicó una sonrisa.

—Esa palabra la has pronunciado tú, MacAllister, porque imagino que el padre no serás tú…

Los ojos de Knox se abrieron desmesuradamente ante semejante afirmación indecorosa y prohibida. Sin embargo, algo en la mirada de Dougal le confirmó a Fiona que había acertado de pleno. Incluso ella misma se sorprendió y sintió auténtico asco al pensar que esos dos hermanos habían engendrado un bebé entre ellos.

—No te atrevas a decir semejante barbaridad…

Fiona sonrió de lado. Acababa de descubrir el mayor secreto de los MacAllister. Algo prohibido se había llevado a cabo entre esos muros y sabía que, si esa información salía de allí, el propio clero haría lo que fuera por excomulgarlos. Siempre pensó que era su tío quien guardaba un gran

secreto con ella entre esos muros, pero acababa de descubrir que había familias peores que la suya.

—¿Te has acostado con tu propia hermana y me quieres ajusticiar a mí solo por ser hija de Travis Cameron? —preguntó mirando a Dougal a los ojos.

Este lanzó un rugido y apartó a su hermano de un manotazo. Aferró a Fiona del cuello y la atrajo hacia él.

—No sabes cómo voy a disfrutar viendo cómo tu carne se pone negra en la hoguera.

Fiona hizo todo lo posible por contener sus emociones. Había creído que la matarían de una forma rápida, pero quemada en la hoguera no entraba en sus planes. Las manos le temblaron ligeramente, pero ella mostró una sonrisa en los labios.

—Te maldigo, Dougal MacAllister. Te maldigo y te esperaré en el infierno para darte tu merecido por traidor, asesino y lujurioso.

El aludido lanzó un grito de odio y la empujó hacia una esquina del castillo. Fiona estuvo a punto de caer al suelo debido al dolor en su pierna, pero logró mantener el equilibrio a tiempo y girarse hacia él, pero Dougal la aferró fuerte del brazo y la obligó a caminar deprisa hacia el patio de armas.

Fiona mantenía el paso como podía, ya que cojeaba demasiado y apenas podía hacerlo tan deprisa, pero se obligó a no mostrar debilidad ante ellos. Sabía que harían la hoguera para matarla con el terror reflejado en sus ojos, pero estaba tan triste por la pérdida de Clyde y por su propia muerte que no estaba dispuesta a mostrar ni un solo signo de miedo o impotencia.

Elevó la mirada al frente y cuadró los hombros. Apretó los puños y rechinó los dientes cuando apenas podía con el dolor de su pierna. Pero siguió adelante. No podía creer que el destino finalmente la obligara a dejar este mundo de la misma manera que sus padres. Pero lo haría con la misma dignidad, y al menos con la conciencia tranquila por no dejarse a un hijo, pues ella ya no tenía a nadie. Estaba segura de que la suerte o el destino se reían de ella, pero no les devolvería miedo por ello.

Fiona respiró profundamente y se preparó para lo peor. Cuando giraron en la última esquina del castillo y vio la enorme pira funeraria que había en el centro del mismo, estuvo a punto de echarse a temblar. Habían elevado un

poste y una plataforma, donde la colocarían a ella, y a su alrededor, a sus pies, había muchísimas ramas que encenderían para quemarla.

A medida que avanzaban y la subían para atarla al poste, Fiona no pudo evitar recordar sus últimos meses de vida. Desde que había sido obligada a casarse con Clyde hasta el momento en el que este la había expulsado había vivido los mejores días de su vida. Había sido libre, había disfrutado y, lo más importante, había aprendido a amar. Eso no volvería a experimentarlo, pues iba a morir. Pero saber que Clyde no la amaba y la había repudiado le hizo aceptar la muerte, pues sus últimas semanas había vivido así: muerta.

Dougal apretó las cuerdas en su muñeca con fuerza para evitar que escapara. La joven miró a todos y cada uno de los presentes. Desde una esquina, la hermana de Knox y Dougal la observaba escondida para que los demás no vieran su estado, pero ella sí logró verla. Le dedicó una última mirada antes de girar la cabeza de nuevo al frente. Los guerreros MacAllister la observaban. Algunos se encontraban en la muralla, mirando al exterior, aunque le lanzaban miradas de reojo para no perderse nada de su ejecución.

El laird y su segundo al mando la observaban con una sonrisa, orgullosos porque por fin iban a acabar con el trabajo que habían iniciado años atrás y porque era el inicio de la venganza contra el propio Clyde.

Fiona los miró con el mismo orgullo. No estaba dispuesta a mostrar miedo, pero le temblaban tanto las piernas que temía ser descubierta.

—¡Fiona Campbell! —vociferó Knox—. Por los delitos de robo en estas tierras; por ser la esposa de nuestro peor enemigo y por ser hija del ladrón Travis Cameron, quedas condenada a morir en la hoguera.

La joven tragó saliva y miró lentamente a unos y a otros. La frialdad estaba reflejada en sus ojos, como si aquello no le importara, aunque en lo más profundo de su corazón solo había lástima por ella misma.

—Vuestras tierras y vuestro castillo también quedarán reducidos a cenizas.

Knox sonrió.

—No lo creo, muchacha. ¡Antorcha!

Uno de los guerreros MacAllister se acercó con una antorcha encendida. Se la tendió a Dougal y este, con una sonrisa, se acercó a la pira. Al verlo,

Fiona sintió que su corazón se exaltaba. Su final estaba próximo. Tan solo le quedaban unos minutos de vida y, para colmo, ese día había amanecido con un sol radiante. Si hubiera llovido, al menos la madera tardaría más en encender, si es que llegaba a hacerlo.

La joven tragó saliva y clavó su mirada en Dougal. No podía creer que estos hermanos hubieran trazado semejante plan años atrás para matar a su padre y ahora habían tejido uno diferente para matar a Clyde, enterándose por el camino de que ella seguía viva y ahora tenían que matarla también. Todos sus planes habían salido a la perfección, pero se negaba a creer que el destino estuviera de parte de esos salvajes. ¿Cómo era posible que pudieran vencer dos personas cuya mente era tan infame?

Se le hizo un nudo en la garganta al ver que Dougal acercaba la antorcha a la pira y Fiona apretó los puños con fuerza.

—¿Quieres decir unas últimas palabras, muchacha?

La joven abrió la boca para responder, pero fue otra voz la que se escuchó cerca de allí y que paralizó cualquier movimiento en el patio del castillo MacAllister.

CAPÍTULO 28

Los ojos de Fiona se elevaron hasta el enorme portón que se mantenía cerrado justo frente a ella. Al otro lado se había escuchado claramente una voz que hacía demasiado tiempo que no había vuelto a escuchar. Y no había podido evitar que se le erizara la piel. Temblando ante ese giro en los acontecimientos, que ni siquiera los MacAllister esperaban, la joven observó todo a su alrededor.

Los guerreros enemigos comenzaron a formar filas. Los que ya estaban sobre las murallas miraban casi con miedo al exterior. Los vio desenvainar las espadas, listos para luchar, sin embargo, Knox y Dougal se miraron entre sí. El segundo al mando se alejó de la pira, algo que hizo suspirar de alivio a la joven. No obstante, ese alivio duró poco, ya que Dougal se separó de su hermano y se puso justo al lado de la pira, dispuesto a incendiarla en cualquier momento.

Un pequeño hilo de esperanza apareció en el pecho de Fiona, pero el dolor por la pérdida de Clyde le recordó que tal vez este no había acudido allí a salvarla, sino a vengar la muerte de Fyn y que podrían dejarla allí pudriéndose, lo cual le hizo bajar la mirada mientras Knox daba las primeras órdenes, sorprendiendo a todos.

—¡Abrid el portón!

Los guerreros apostados en la muralla miraron atrás, a su laird, pensando que había perdido el juicio. Abrir el portón a su enemigo era como pedirle amablemente que entrara en el castillo, sin embargo, el plan de Knox era muy evidente para otros.

—Dejemos que el laird Campbell vea cómo su esposa arde frente a él.

Al instante, los guerreros que había junto al portón comenzaron a abrirlo. Los demás se prepararon para un posible ataque en cuanto este estuviera abierto del todo. Y tanto Knox como Dougal esbozaron una amplia sonrisa al enemigo que estaba a las puertas de su castillo. Y fue un gesto tan cruel que la propia Fiona tragó saliva ruidosamente y tembló con la mirada aún puesta sobre sus propios pies.

Clyde jamás habría imaginado, ni en sus peores pesadillas, que iba a

encontrarse semejante barbaridad cuando llegara a las puertas del castillo MacAllister. Había llegado a pensar que no llegaría a tiempo para salvar a Fiona, pero hacerlo justo en el momento en el que iban a quemarla le pareció casi un milagro.

El laird Campbell dio un paso al frente al ver que el portón se abría del todo y mostraba una estampa cruel frente a ellos. Incluso sus hombres dejaron escapar exclamaciones de horror ante esa visión.

Al otro lado de la muralla, en el centro del patio, se encontraba una pira y un poste, donde habían atado a Fiona. No podía ver bien su rostro, pero la postura que tenía la joven le indicaba que tenía el cuerpo dolorido, además de la sangre seca en su rostro y ropajes, manchados y rotos. Sin lugar a dudas, se habían ensañado con ella desde que estaba en manos de aquellos desalmados. Y se juró que lo iban a pagar muy caro.

La mirada de Clyde se ensombreció y entornó los ojos cuando miró con odio hacia Knox y Dougal. Nunca los había considerado los aliados que fingían ser, pero tampoco pensó que ellos pudieran urdir semejante plan tan cruel y despiadado. Había fallado, no solo a sí mismo o al trabajo que durante tanto tiempo había hecho, sino a la mujer a la que amaba. Le había fallado a ella. Y jamás se lo iba a perdonar.

—Bienvenido a nuestro humilde castillo, Campbell. ¿Qué te trae otra vez por nuestras tierras?

Que le hicieran aquella pregunta le parecía tan monstruoso y perverso que estaba seguro de que incluso su propio padre se habría sorprendido al escucharla. Clyde desenvainó su espada y miró a los hermanos alternativamente. Antes ya había barrido el patio de los MacAllister para comprobar que tenían más o menos la misma cantidad de guerreros, así que no sería una batalla en desventaja. Pero al volver a fijar su mirada en Knox y Dougal comprobó que sus miradas habían cambiado respecto a la última vez que los vio.

—Tienes en tu poder algo que me pertenece —comenzó diciendo.

Knox comenzó a reír y miró a su hermano.

—¿Tenemos algo que pertenece a Campbell?

Dougal fingió pensarlo y acabó negando con la cabeza, haciendo que la propia Fiona dejara de mirar hacia sus pies para echar un vistazo al segundo

al mando del clan MacAllister.

—Creo que no.

—Sabéis que la paciencia no es una de mis virtudes. No me pongáis a prueba o tendré que sacar la sangre de mi padre que corre por mis venas.

Knox volvió a reír y señaló a Fiona.

—Oh, tal vez te refieres a esta joven. Pensábamos que ya no la querías después de haberla repudiado…

Clyde apretó los puños con tanta fuerza que la mano que sujetaba su espada se volvió blanca.

—No la he repudiado.

Knox arqueó una ceja.

—¿Y por qué la enviaste sola y con la protección de un simple desgraciado?

A su lado, Rob siseó ante la mención de Fyn, pero se quedó callado. Clyde se tensó aún más, pues al mismo tiempo que escuchaba y hablaba, trazaba un plan de ataque en su mente.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Tal vez no te gustó saber que era hija de Travis Cameron? Querido amigo, las noticias corren rápido.

Clyde rechinó los dientes y lo apuntó con su espada.

—Soltadla.

Dougal chasqueó la lengua y miró a Fiona. Esta seguía con la mirada fija en el suelo y cuando la vio cambiar de postura y cojeó ligeramente, Clyde estuvo a punto de cargar contra ellos.

—Me temo que has interrumpido el momento en el que nos disponíamos a jugar un poco con ella.

Dougal levantó la antorcha, aún encendida.

—Hoy nos apetecía oler a carne quemada en el castillo. ¿Os unís?

—A lo que nos vamos a unir es a rajar vuestros cuellos antes de cortaros en pedazos y echaros al fuego —fue la respuesta de Clyde—. He dicho que soltéis a mi esposa.

—Es hija de un ladrón y debe morir.

—Morirá cuando el destino lo decida, no hoy —sentenció Clyde—. Si os atrevéis a hacerle daño alguno…

—¿Cómo, Campbell? —lo interrumpió Knox—. ¿Nos estás amenazando? No estás en condiciones…

Clyde dio un paso más hacia ellos, provocando que la mano de Dougal que sostenía la antorcha se acercara peligrosamente a la madera. El guerrero arrugó el rostro, contrariado, y miró directamente a su esposa.

—¡Fiona! —exclamó.

Pero la joven no levantó la mirada. Sí vio que se sobresaltaba al escuchar su nombre en sus labios, pero no se movió. Clyde resopló y apretó aún más los puños.

—Mírame, Fiona —su tono fue más suave, amable, casi suplicante, pero su esposa siguió sin moverse.

Sabía que debía de estar muy enfadada con él. Aún recordaba la última mirada de odio que le había dirigido la joven antes de marcharse de su castillo, una mirada que no olvidaría jamás. Pero ver que parecía dispuesta a dejarse morir no le gustó en absoluto. Y no estaba dispuesto a dejar que Fiona se rindiera tan fácilmente. Le había hecho daño, lo sabía, y estaba dispuesto a aceptar que lo odiara el resto de su vida, pero no podía dejar que aceptara la muerte tan rápidamente. La sacaría de allí, aunque después no quisiera volver a saber nada de él.

—¿Qué pasa, Campbell, tu esposa no quiere saber nada de ti?

Clyde soltó un improperio, pero no respondió a la provocación de Knox, que parecía disfrutar con la silenciosa batalla entre ambos esposos.

—Fiona, por favor —suplicó Clyde bajando la espada, derrotado—. Mírame…

No supo si fue la suavidad de su voz, su tono suplicante o simplemente que la joven estaba dispuesta a escucharlo, pero levantó lentamente la mirada hacia él. Vio lágrimas en sus ojos que aún no habían sido derramadas y que luchaba con todas sus fuerzas para no hacerlo. Y sintió tal orgullo por esa muestra de valentía que sonrió fugazmente bajo su barba.

—¿Estás herida?

La vio dudar, pero finalmente acabó asintiendo, provocando que Clyde rugiera por la rabia. Su corazón latía deprisa. Quería entrar allí corriendo, desatarla, sacarla del peligro, volver para matar a los MacAllister y después regresar con ella a su hogar, pero no podía fallar en la técnica o acabarían todos muertos, ya que, si daba un paso en falso, podrían hacerle daño a la joven.

—¿Puedes aguantar? —le preguntó al ver que Fiona volvía a bajar la mirada.

Quería mantener el contacto visual con ella en todo momento, pues solo así podría saber cómo se encontraba y si debían actuar a la mayor brevedad.

—Sí —fue la respuesta de Fiona.

El tono de la joven sonó tan derrotado, dolorido y triste que Clyde se sintió el peor monstruo. Siempre había intentado actuar de forma diferente a su padre, pero hacía un mes que se parecía demasiado a Macauley Campbell y estaba a punto de llevar a la ruina y a la muerte a su clan y a su esposa.

El guerrero tragó saliva y miró de reojo a Rob, que asintió y regresó junto a los demás.

—Soltadla, MacAllister. Soy yo vuestro peor enemigo, ¿no? Soltadla y os devolveré las tierras que antaño os pertenecieron.

Knox arqueó una ceja y sonrió.

—¡Vaya, qué sorpresa! Clyde Campbell debe de estar muy preocupado por su esposa para que intente convencernos sobre algo así… De todas formas, Campbell, esas tierras volverán a ser nuestras cuando acabemos contigo. Pero te repito que la muerte de tu esposa no es solo para hacerte daño, querido amigo. Tu esposa debe morir por ser digna sucesora de su padre. ¿Recuerdas a Sam? Lo conocisteis en una taberna en mis tierras…

Clyde frunció el ceño ante la mención de ese ladrón y no pudo evitar sorprenderse al verlo aparecer al lado de Dougal con una amplia sonrisa. El segundo al mando del clan le cedió la antorcha para después colocarse al lado de su hermano. Desde su posición, Sam lo saludó alegremente y acercó la antorcha peligrosamente a la pira.

Fiona siseó y se movió ligeramente, provocando que Clyde perdiera la poca cordura que le quedaba.

—¡Fiona! —exclamó el guerrero, sobresaltándola—. ¿Aguantarás?

La joven no estaba segura de haber entendido bien la pregunta, pues estaba demasiado pendiente de los movimientos de Sam MacAllister. Sin embargo, se dijo a sí misma que debía hacerlo, que aguantaría. Por ello, asintió mirando fijamente a Clyde, que le dijo con voz ronca:

—Buena chica…

Fiona estuvo a punto de llorar al escuchar aquellas palabras que hacía tanto tiempo que Clyde no le había dicho. Pero logró contenerse.

—¡MacAllister! —vociferó entonces Clyde—. Os habéis atrevido a tocar a mi esposa. La habéis secuestrado, golpeado y tenéis la intención de quemarla viva. Eso no es solo un ataque hacia mí, sino al resto de mi clan. Nuestra señora está en peligro por vuestra culpa y debéis pagarlo. Cada gota de sangre de mi esposa, cada lamento y cada lágrima que ha derramado no será nada en comparación con lo que os espera a vosotros.

—No te pongas romántico ahora, Campbell. Te recuerdo nuevamente que la repudiaste —siseó Dougal.

Clyde rugió como un animal al ver que su esposa apartaba la mirada de nuevo, dolida por esas palabras que simbolizaban su propio castigo.

—Fiona… —la llamó desesperado—. Soy el peor esposo que pudiste haber encontrado. Prometí muchas cosas y no he cumplido ninguna. No he parado de cometer errores, pero te juro que hay algo que no será un error y no fallaré. Mataremos a todos estos desgraciados que han osado atreverse a hacerte daño. La sangre que saldrá de sus pechos y sus estómagos será el pago por el daño que han hecho a la señora de los Campbell.

Después, Clyde miró a los demás, levantando de nuevo la espada y aferrándola con ambas manos.

—Juro por la memoria de todos los Campbell que ningún muro, ninguna espada y ningún hombre de este clan respirará después de que el acero de mi espada reclame sus vidas. Una por una…

—Para llegar a ella, primero tendrás que matarnos a todos. Y después, si queda algo de tu esposa, solo tendrás que enterrarla…

Knox rio y miró de reojo a Sam, que lanzó la antorcha sobre la pira de madera que rodeaba a Fiona, provocando que esta se encendiera al instante.

Clyde rugió al verlo y miró hacia sus hombres. Todos lanzaron el grito de guerra de los Campbell y se lanzaron contra ellos, que ya estaban preparados para luchar. A sus oídos llegó el grito desesperado de Fiona, que miraba a un lado y a otro, rodeada completamente por las llamas.

Casi ahogado por la preocupación, Clyde se lanzó a luchar contra varios guerreros MacAllister que se cruzaron en su camino. Había intentado correr hacia la pira que ardía, pero estos habían corrido para evitar que lo hiciera y Fiona sufriera para morir. Los guerreros Campbell luchaban con el mismo ahínco que él, pero ninguno podía entonces acercarse a la joven.

De reojo, vio que Knox y Dougal MacAllister corrían hacia el interior del castillo para escapar de ellos en caso de que los Campbell tomaran la delantera a sus propios guerreros. Y Clyde juró que iría a por ellos en cuanto todo terminara y Fiona estuviera de nuevo en sus brazos.

Clyde paró las estocadas de los dos guerreros que luchaban contra él para intentar matarlo. Su concentración estaba puesta por completo en el combate, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Esos dos parecían ser muy buenos guerreros, pues no podía doblegarlos con facilidad. Las espadas se cruzaban entre ellas, haciéndolas sonar. Todos los músculos de su cuerpo estaban en tensión.

Los minutos pasaban y no podía lograr abatir a ninguno de ellos, pues parecían haber practicado un baile perfecto en el que le estaba costando quitárselos del medio. Cuando lograba parar la estocada de uno de ellos, Clyde pateaba al otro guerrero. Los gritos de dolor y maldiciones lanzadas al aire llenaron rápidamente el ambiente en el patio del castillo MacAllister, pero Clyde no tenía tiempo de mirar a sus hombres para comprobar si estaban bien.

En un momento dado, cuando la angustia y la preocupación por Fiona alcanzaron sus cotas más altas, la joven gritó, rompiendo su concentración y obligándolo a levantar la mirada hacia ella. Con el corazón encogido, Clyde comprobó que el fuego estaba a punto de alcanzar los pies de la joven. En el momento en el que el guerrero volvió su atención a los MacAllister contra los que luchaba, se dio cuenta de su error. Había perdido un tiempo crucial, que había hecho que sus enemigos pudieran alcanzarlo. Clyde solo logró parar la estocada de uno de ellos. Pero cuando levantó los brazos por encima de su cabeza para ello, el otro guerrero aprovechó y abrió un tajo en

su costado.

Un intenso y punzante dolor recorrió el cuerpo de Clyde. El guerrero lanzó un grito y rápidamente giró sobre sí mismo para quitarse del medio al que lo había herido. Clavó la espada en su vientre y la sacó rápidamente para seguir luchando. Clyde sintió la sangre recorrer su costado hasta perderse en su ropa, pero no le dio importancia.

Fiona seguía gritando cerca de él y debía salvarla antes de que el humo penetrara en su pecho y la ahogara o bien las llamas comenzaran a quemar su aterciopelada piel. Por ello, cuando sintió que le abrían una herida más en la espalda, Clyde hizo caso omiso al dolor y siguió luchando. Lo haría hasta su último aliento de vida, aunque le quedaran tan solo unos minutos.

Fiona ya no pudo contener las lágrimas por más tiempo. Vio cómo los hermanos MacAllister huían de allí mientras sus hombres luchaban por ellos. Lanzó un grito de rabia al pensar que pudieran escapar sin pagar por todo el daño que habían causado a su familia, pero desde donde estaba no podía hacer absolutamente nada.

La joven parpadeó varias veces para apartar las lágrimas, pues apenas podía ver nada. Las llamas estaban cada vez más cerca de sus pies y el humo había comenzado a penetrar por su nariz, haciendo que le picara tanto la garganta que había comenzado a toser. La rabia y la frustración estaban comenzando a hacer mella en su carácter inicial y estaba a punto de gritar para que alguien pudiera ayudarla.

Vio cómo Clyde y sus hombres se lanzaban contra los MacAllister decididos a acabar con ellos. Su esposo corrió hacia ella para intentar sacarla de allí, pero dos guerreros se interpusieron en su camino, por lo que no pudo llegar. Los demás guerreros también estaban inmersos en sus propios combates, así que de momento estaba completamente sola.

De soslayo vio cómo Sam y sus amigos se enzarzaban a luchar contra Rob y Mervin, que estaban espalda contra espalda. Tanto unos guerreros como otros estaban en el mismo nivel. Desde el principio, no parecía haber diferencia entre ambos bandos, pero en el momento en el que su mirada regresó junto a Clyde, rezó para que los Campbell ganaran la batalla.

Hacía un mes que se había prometido no volver a pensar en él, no sentir

nada más que odio hacia una persona a la que le había entregado lo más preciado: su corazón. De hecho, cuando abrieron el portón, decidió no mirarlo para evitar derrumbarse, pero después de escucharlo hablar y dirigirse a ella con ese tono; reclamarla como suya y exigir su liberación con tanto ahínco, Fiona ya no sabía qué pensar. Todos los muros que había vuelto a levantar parecían temblar, como si de un terremoto se tratara.

Lo había echado de menos, lo había deseado y ahora que lo veía luchar no podía evitar sentir alivio y orgullo. Y, sin embargo, el dolor por sus palabras un mes antes aún estaba latente en su corazón.

Las palabras de Clyde unos minutos antes parecían estar cargadas no solo de rencor hacia los MacAllister, sino también de pasión hacia ella, y eso provocó aún más dolor en su alma, ya que no creía que fuera real, sino una estratagema de los Campbell para acabar con sus enemigos.

—Clyde no te quiere realmente… —se dijo antes de que un ataque de tos la cortara.

Fiona acabó gritando cuando una parte de las llamas estaba a punto de llegar a sus pies. No había escapatoria. Y a pesar de que durante unos segundos creyó que sí podría haberla cuando la mirada de Clyde y la suya se encontraron, instantes después este fue herido de gravedad en el costado.

Un nuevo grito de horror salió de su garganta cuando vio la sangre del guerrero cubrir sus ropas de rojo. El humo a su alrededor parecía crear una pared que a veces le impedía ver lo que sucedía a su alrededor. Rápidamente, Fiona intentó soltarse de nuevo, fingiendo no sentir dolor en cada movimiento. Sin embargo, habían atado tan bien la cuerda que apenas logró moverla. Al contrario, logró lacerarse la piel al tirar con fuerza.

La joven sintió un nuevo ataque de tos que le nubló la vista. Se encontraba tan mareada que apenas lograba escuchar el sonido de las espadas al chocar entre sí. Y tenía tanto sueño… Pero se obligó a mantenerse despierta.

Intentó fundirse con el poste al que estaba atada para que las llamas no llegaran a sus pies y comenzaran a quemar su vestido, pues si este ardía, estaba perdida. Miró desesperadamente a su alrededor, pero no había nadie que pudiera ayudarla.

Clyde seguía luchando contra otro guerrero que se había puesto en su

camino. Le horrorizó ver su camisa blanca totalmente roja por la sangre, especialmente en el costado que le habían abierto. ¿Cómo era posible que después de todo el daño que le había hecho siguiera amándolo? Su corazón quería seguir creyendo en sus palabras, sobre todo, en las que había dicho con tanta vehemencia minutos antes, pero su mente la obligaba a odiarlo. Lo vio luchar incansablemente y tan solo apartó la mirada cuando sus ojos se nublaron por un intenso mareo que le dobló las rodillas y la hizo caer al suelo.

Fiona apoyó la cabeza contra el poste e intentó respirar, pero el aire parecía no querer llenar su pecho. Tosió con fuerza. Sus oídos ya solo escuchaban el crepitar del fuego. Las espadas parecían haberse quedado demasiado lejos y un sueño profundo y frío comenzó a recorrer su cuerpo desde los pies.

Sabía que su final estaba cerca y que los Campbell no iban a llegar a rescatarla, pero ya todo le daba igual. Iba a reencontrarse con sus padres y por fin sería libre de los miedos y penas del mundo. Sin embargo, una voz cercana, su voz, sonó desesperada y aterrada mientras la llamaba desesperadamente. Pero no podía ser él…

Clyde lanzó un grito profundo cuando clavó por fin la espada en el pecho de su contrincante. A su alrededor, muchos guerreros MacAllister yacían muertos gracias a la habilidad de sus hombres con la espada. Dirigió una mirada rápida hacia ellos y los vio bien, aunque heridos. Sin embargo, cuando extrajo la espada del cuerpo de su oponente y levantó la mirada hacia Fiona, lanzó un grito de terror.

—¡No, Fiona! —su voz pareció retumbar entre los muros de la fortaleza —. ¡Rob, ayúdame!

Ambos guerreros se lanzaron hacia las llamas. Como pudieron, apartaron algunas ramas y subieron a la pequeña plataforma en la que se encontraba Fiona sentada con la cabeza agachada. Mientras Rob se dirigía a desatar las cuerdas de la joven, Clyde se arrodilló a su lado.

Todo a su alrededor era una cascada de humo que les impedía respirar con normalidad.

—¡Fiona, abre los ojos, por Dios! —gritó desesperadamente.

El corazón del guerrero estaba a punto de pararse por el horror y el miedo a perderla finalmente. Lágrimas de rabia y frustración acudieron a sus ojos, pero él las apartó de un manotazo. Este le agarró el rostro a la joven y lo levantó. Sus ojos estaban cerrados y no respondía a sus ruegos. Por ello, Clyde se obligó a actuar rápidamente. Agarrándola por la cintura, cargó a Fiona en su hombro. Necesitaba llevarla lejos del fuego y el humo cuanto antes. Estaba seguro de que había respirado mucho y por ello ahora no respondía. Cuando por fin se alejó de las llamas, que consumían la plataforma, Clyde la depositó con suavidad en el suelo.

A su lado estaba Rob, que observaba todo con ojos demasiado abiertos, atemorizado por el final de la joven.

—¡Fiona, despierta!

A su alrededor, aún había caos, pues algunos guerreros MacAllister seguían vivos, pero los Campbell, con ayuda de otros compañeros, lograron acabar con ellos. Clyde era ajeno a todo ello, ya que su interés estaba puesto únicamente en Fiona, que no lograba despertar.

Puso sus manos sobre el rostro de la joven y la sacudió ligeramente, intentando no hacerle daño.

—Fiona, ¿me escuchas? —Y bajando la voz, desesperada y rota, le dijo —: Háblame, por favor, aunque solo sea para insultarme y odiarme toda tu vida.

Clyde volvió a agitar el cuerpo inerte de la joven, pero esta se mantuvo quieta y con los ojos cerrados.

—¡Fiona, por favor! —gritó con lágrimas en los ojos que no pudo contener y rodaron por sus mejillas hasta perderse en su barba.

Era la primera vez que lloraba en toda su vida. Su padre siempre le había prohibido llorar con la excusa de que los hombres de verdad no lloraban, pero en ese momento se sentía tan roto y desesperado por dentro que no pudo evitarlo. La llamó una y otra vez, pero Fiona no respondía a sus ruegos.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas, desgarrándose la garganta.

Clyde la agarró por la espalda y la incorporó para comprobar si así podía respirar mejor y la estrechó contra él.

—No me dejes, Fiona, por favor. Perdóname. Perdóname por todo el daño que te he hecho. Lamento no ser el hombre que mereces. Lamento estar roto por dentro. Perdóname por todo lo que he hecho. Ódiame, golpéame, grítame, mátame si así lo deseas, pero no me dejes solo, por favor. Eres la única que ha logrado calmar mis demonios, Fiona, abre los ojos. Tengo demasiado miedo, no me dejes.

Clyde no pudo evitar dejar escapar un lamento y, en ese instante, un golpe de tos asoló a Fiona, y lo hizo con tanta fuerza que parecía estar ahogándose. Clyde se apartó ligeramente y dejó de apretarla para darle espacio y que pudiera respirar con calma. Cuando logró recuperar el aliento y sosegarse, la joven levantó la mirada y fue consciente de que estaba entre los brazos de Clyde. Este tenía los ojos llenos de lágrimas y la miraba con tanto alivio que solo pudo recostarse contra su pecho y respirar unos instantes más.

Clyde olía a sangre y sudor, pero no le importaba. Le parecía el olor de la vida, pues podía volver a respirar, aunque la garganta le picara con intensidad y a veces tosiera. Pero estaba viva. No sabía cómo, pero lo estaba.

—Ya está —dijo Clyde aliviado—. Estás de nuevo con nosotros…

Fiona apenas podía hablar. Se encontraba todavía ligeramente mareada y débil, pero por primera vez después de un mes volvía a sentirse protegida entre los brazos de Clyde, aunque fuera algo momentáneo y después volviera a repudiarla.

Clyde levantó la mirada y se encontró con la de Rob, que le sonrió ampliamente, aliviado por verla respirar de nuevo. Su amigo puso una mano en su hombro y se levantó cuando algunos de sus compañeros aparecieron al otro lado del patio con Knox y Dougal MacAllister entre sus garras.

—Clyde… —lo avisó Rob.

El aludido giró la cabeza y entornó los ojos al verlos llegar. Al instante, su furia volvió a aumentar y se separó ligeramente de Fiona.

—¿Puedes quedarte sola un instante?

La joven levantó la mirada y negó con la cabeza.

—Deja que vaya también.

Clyde frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Aún tengo que vengar la muerte de mis padres.

CAPÍTULO 29

Knox y Dougal MacAllister intentaban soltarse de las manos de los guerreros que los aferraban con fuerza. Los dos gritaban con la furia reflejada en sus rostros y miraban a Fiona como si ella fuera la culpable de su situación. De hecho, cuando la vieron llegar junto a ellos, Dougal escupió a los pies de la joven, que se apoyó en la pierna que menos le dolía.

Clyde dio un paso adelante para golpearlo, pero la mano de Fiona lo detuvo. Esta tosió ligeramente, pues aún sentía en su pecho la presión del humo ingerido. No obstante, se adelantó ligeramente.

—¿Me permites? Después, el que quede será tuyo.

Clyde asintió ligeramente pálido. Fiona frunció el ceño al ver su rostro tan blanco, pero calló y miró al frente, especialmente a Dougal.

—¿Y vuestra hermana? Antes la vi en una esquina escondida.

Knox sonrió.

—Ha huido…

Fiona apretó los puños y miró a Rob.

—¿Sigo siendo vuestra señora? Al menos por ahora…

El guerrero tragó saliva visiblemente y asintió.

—¿Puede ir alguien a buscarla?

—No te atrevas a matarla… —bramó Dougal.

Fiona lo miró y negó con la cabeza.

—Yo no soy tan salvaje y cruel como vosotros. No voy a matar a una mujer embarazada, pero también estaba metida en esto. Si Clyde lo permite, será llevada a un convento y se recluirá en él.

La joven miró a su esposo, que asintió levemente. Fiona lo miró unos segundos más, preguntándose qué demonios le pasaba de repente para que estuviera tan callado y pálido. Temía que se estuviera arrepintiendo de haberla salvado, así que permitió que sus ojos se dirigieran hacia la herida que le habían abierto y vio que seguían sangrando, y se dijo que no podía demorarse por más tiempo.

—Habéis estado a punto de matarme simplemente por ser hija de un

ladrón.

Knox resopló y quiso soltarse de nuevo.

—Si me das un segundo, voy a volver a intentarlo…

Fiona lo miró con los ojos entornados.

—Si no os hubierais puesto en mi camino, si no hubierais traicionado a mi padre y si no hubierais intentado matarnos, os habría perdonado la vida, pero no ha sido así y el fuego sigue con vida suficiente para abrazar a uno de vosotros.

Knox abrió los ojos desmesuradamente y miró hacia la pira en la que habían querido matarla.

—Estás loca, muchacha.

Fiona dio un paso hacia él y lo miró a los ojos.

—Quien a hierro mata, a hierro muere —sentenció—. Pero el que acabará ahí será el que llevaba la antorcha con la que casi prendió la madera hace unos minutos.

Fiona miró a Dougal, que lanzó un rugido y comenzó a patalear para soltarse. Sin embargo, los guerreros Campbell lo sujetaron con fuerza y lo evitaron.

—Yo jamás habría hecho esto porque no soy una asesina, pero debo vengar la muerte de mis padres. Los matasteis con fuego y tú hoy morirás en el fuego.

—¡Zorra malnacida! —vociferó Dougal mientras lo arrastraban hacia las llamas.

Lo último que vio Fiona de él fue su rostro aterrorizado ante la idea de morir entre el fuego. Al instante, la joven apartó la mirada para no verlo cuando fue empujado, pero no pudo evitar escuchar los alaridos de dolor cuando las llamas abrazaron el cuerpo de Dougal MacAllister.

Horrorizado, Knox también apartó la mirada y quiso soltarse de nuevo mientras Fiona daba un par de pasos hacia atrás y dejaba el puesto libre para Clyde. Este pareció dar un paso dubitativo, aunque su rostro seguía igual de oscuro que antes. La ferocidad se reflejaba en cada poro de su piel, pero Fiona lo conocía bien y sabía que había algo que no estaba bien en él.

Vio una gota de sudor corriendo por su cuello hasta perderse en su camisa

otrora blanca, y cuando comenzó a hablar, su voz sonó tan oscura que hasta la propia Fiona dio un paso atrás, recordando aquella última discusión entre ellos.

—Jamás me habría imaginado que los MacAllister serían capaces de romper el acuerdo que nuestros abuelos firmaron. Lo hicieron para acabar con la guerra y vivir en paz, pero vosotros lo habéis roto. Y no contentos con eso, habéis matado a uno de los míos y secuestrado a mi esposa.

—No te pongas romántico ahora, Campbell, que la expulsaste de tu castillo.

Clyde lanzó un puñetazo a su rostro, provocando que las rodillas de Knox cedieran ante el impacto, pero los guerreros de Clyde lograron sujetarlo.

—Sigue siendo mi esposa, y no eres quién para meterte en lo que sucede en mi hogar.

El laird Campbell volvió a desenvainar la espada y apuntó con ella a Knox.

—Había pensado en una muerte más lenta y cruel para ti, pero deseo regresar a mi hogar pronto. No obstante, primero quiero que sepas que tu castillo será quemado y arrasado por mis hombres. El próximo laird será nombrado por mí y si alguna vez se atreve a volver a atacar a los Campbell, arrasaremos con todo el clan, quemaremos vuestras casas, vuestros animales y vuestro futuro. Como ha pedido mi esposa, tu hermana será llevada a un convento, donde vivirá encerrada el resto de su vida, pero tú… Tú morirás hoy.

Knox resopló.

—¿Te crees mejor persona por esto, Campbell? Aunque me mates, mi recuerdo seguirá en estas tierras.

—Tu recuerdo se borrará pronto por el bien del resto de esta gente. Los Campbell no nos metemos con nadie, pero si vienen a nuestras tierras a provocarnos, conocerán nuestra ira. Es lo que habéis hecho vosotros y es lo que habéis conseguido. Mira una última vez al sol, MacAllister, porque no volverá a calentarte.

Knox le dedicó una última mirada a él y levantó los ojos hacia el sol que había ese día en el firmamento. Y aprovechando ese momento en el que el laird MacAllister no estaba mirándolo, Clyde hizo un movimiento rápido

con su espada y la clavó en su pecho. Rápidamente la sacó, provocando que la sangre manara de la herida abierta.

Fiona miró hacia otro lado y arrugó la nariz, asqueada ante la barbarie que debía soportar. Enseguida, Clyde se giró y la miró. Entonces sus miradas volvieron a cruzarse y ella no supo cómo actuar. Había pasado un mes desde que habían mantenido la última conversación entre ellos. Un mes en el que desconocía qué sentía él y qué pretendía. Y ahora que todo había terminado tras su secuestro, Fiona no sabía qué iba a pasar. Tal vez la llevaría a tierras Cameron y declararía la guerra a su tío, tal y como había prometido, o puede que decidiera encerrarla para siempre en su castillo.

Sin embargo, no tuvo tiempo para preguntar qué debía hacer, pues las rodillas de Clyde cedieron ante su peso y cayó al suelo aferrándose con fuerza el costado. Y, acto seguido, perdió el conocimiento, derrumbándose con el rostro tan pálido que parecía tener la muerte reflejado en él.

Horrorizada, Fiona gritó y Rob fue el primero en llegar junto a él. Ella también se acercó y se arrodilló a su lado.

—Ha perdido mucha sangre —dijo la joven.

Rob la secundó y trató de tapar la herida con la mano, pero Fiona lo frenó.

—Tienes las manos muy sucias, y esta herida necesita ser limpiada.

Fiona sintió que todo su cuerpo temblaba en ese momento. Había aprendido a curar heridas desde muy pequeña, por lo que creía que podría ayudar a Clyde en ese momento. Y si después decidía expulsarla de su vida, estaría de acuerdo con él.

—¿No puede aguantar hasta que lleguemos a nuestras tierras?

—Si deseas un laird muerto, esperaremos a curarlo allí —le dijo mirándolo a los ojos—. Pero si lo quieres vivo, más vale que lo hagamos ahora. Es una herida profunda y habrá que cauterizar. Podemos llevarlo al interior de este castillo. Ya lo quemaréis después.

Rob asintió y miró a Mervin para que lo ayudara a cargar su cuerpo hasta la habitación más cercana.

Mientras tanto, Fiona miró a otros guerreros allí reunidos, que comenzaron a apilar los cadáveres de los MacAllister.

—Perdona, ¿cuál es tu nombre?

El aludido levantó la mirada hacia ella. Era la primera vez que se dirigía a él y desconocía cómo se llamaba, pero necesitaba su ayuda.

—Soy Clark.

—¿Te importaría ir a las cocinas del castillo y llevar whisky, agua, aguja, hilo y paños limpios para curar la herida de Clyde?

El guerrero asintió.

—Lo haré enseguida.

—Gracias.

Fiona caminó hacia el castillo. Su pierna seguía doliéndole, por lo que caminaba con cierta cojera, pero no se permitió quejarse, pues la vida de Clyde pendía de un hilo. Si no curaban pronto su herida, seguiría perdiendo sangre y ya había dejado mucha por el camino, pues había pasado mucho tiempo desde que vio que lo herían hasta ese momento. Había comprobado que la herida era profunda, lo cual le preocupaba. Pero tenía que hacer lo que fuera para que este viviera.

Cuando estuvieron todos en la habitación más cercana a la salida del castillo y habían tumbado al laird sobre la cama, Fiona rápidamente rasgó su camisa, repleta de sangre y lanzó una exclamación horrorizada al ver bien la herida.

Levantó la mirada hacia Rob y tragó saliva con fuerza.

—No me mires como si se estuviera muriendo, muchacha —gruñó el guerrero—. Haz lo que sea, pero que se recupere.

Con manos temblorosas, Fiona agarró lo que necesitaba en ese momento para limpiar la herida. Se veía claramente la profundidad de esta, incluso llegó a pensar que parecía vislumbrarse parte de una costilla, pero no podía permitirse pensar en que iba a morir. Clyde gruñó cuando sintió sobre su piel el paño mojado en whisky, pero no se despertó, ni siquiera se movió. Al contrario, se mantuvo quieto.

Las manos de Fiona se movían deprisa e hizo todo lo posible mientras Mervin calentaba en el fuego su daga.

—Le quedará una cicatriz espantosa —murmuró Fiona mientras seguía curándolo.

—Pero al menos vivirá. O eso espero —respondió Rob—. ¿Crees que podrá llegar a nuestras tierras después de curarlo?

Fiona suspiró y lo miró mientras Mervin le tendía la daga caliente.

—Lo mejor sería que reposara unos días.

—Si Clyde despierta en tierras MacAllister, nos matará a todos.

La joven puso los ojos en blanco y esperó a responder después de cauterizar la herida de Clyde. Este gruñó una vez más y dio un manotazo para intentar apartarla, pero Fiona se mantuvo en el sitio el tiempo necesario.

Cuando por fin apartó la daga y se la devolvió a Mervin, limpió un poco más la herida y la cosió.

—Está bien. Podemos regresar, pero a paso lento o se le abrirá la herida.

—Lo llevaré en mi caballo —le aseguró Rob—. Lo agarraré con fuerza para evitar que se mueva.

Fiona asintió y terminó de coser. Después, rápidamente, ocultó la herida con una venda limpia y la ató con fuerza para evitar que volviera a abrirse. Tras eso, miró la propia camisa del guerrero y ladeó la cabeza. Tosió ligeramente y arrugó el rostro cuando un poderoso dolor le atravesó el pecho.

—Esa tan manchada no se le puede volver a poner —dijo con voz ligeramente ronca.

—Miraremos entre las de los MacAllister para el camino —respondió Mervin dirigiéndose a un baúl—. Después, la quemaremos. Si Clyde se llega a enterar que lo hemos vestido con ropa de estos desgraciados es capaz de cortarnos el cuello.

Fiona asintió y volvió a toser, haciendo que Rob la mirara con el ceño fruncido y los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Estás bien, muchacha?

Fiona se sobresaltó y carraspeó.

—Sí, no es nada.

Rob arqueó una ceja.

—Has respirado mucho humo y apenas has descansado un instante.

¿Estás segura?

La verdad era que se sentía tan cansada que apenas podía mantenerse en pie. El dolor de su cuerpo había aumentado por los movimientos y desconocía el tiempo que llevaba sin comer. Pero aún estaba en pie, y no pensaba mostrar debilidad.

—Claro que sí.

Rob siguió mirándola largo rato, provocando que se pusiera nerviosa.

—Ya tenemos a un moribundo en nuestras filas. Espero que no me estés mintiendo.

Fiona frunció el ceño.

—¿Y si quiero hacerlo?

—Mientras Clyde esté convaleciente, yo estoy al mando. No me obligues a encerrarte hasta que sanes.

Fiona resopló.

—Hace un mes que ya estoy fuera del clan. No puedes hacer nada.

Rob se encaró a ella.

—No me obligues. Clyde querría que cuidara de ti, y si no estás bien por lo que ha pasado antes con el humo, quiero saberlo.

La joven desvió la mirada.

—Estoy bien.

Sin embargo, acto seguido le sobrevino un ataque de tos, que hizo que Rob apretara los puños con fuerza.

—Cabalgarás con Mervin a nuestro regreso. Y espero que no nos ocultes que te encuentras mal o Clyde me cortará la garganta cuando despierte.

Fiona le respondió con una mirada cargada de odio. Nunca habían logrado llevarse bien, y la cosa no parecía mejorar con el tiempo, pero se sentía tan fuera de lugar en ese instante que solo deseaba que todo llegara a su fin. Si tenía que regresar junto a su tío, quería hacerlo pronto. Pero las miradas que le había dedicado Clyde mientras ella seguía atada a la pira le hicieron dudar. ¿Y si de verdad habían acudido a rescatarla porque él había cambiado de opinión?

Fiona volvió a toser, haciendo que Rob lanzara un gruñido.

—Nos marchamos. Este castillo está envenenado…

Mervin asintió y acudió junto a la cama para ayudarlo a bajar el cuerpo de Clyde. Este gruñó cuando sintió que lo movían, pero siguió con los ojos cerrados. Fiona los siguió hasta el exterior y, en cuestión de minutos, todas las estancias del castillo ardían con furia, reduciendo a cenizas el último vestigio que quedaba de los traidores MacAllister.

Había pasado una semana desde que llegaron a tierras Campbell y el estado de Clyde apenas había cambiado. Durante días había soportado una poderosa fiebre que, en más de una ocasión, parecía estar a punto de llevárselo con ella. Sin embargo, la fortaleza del laird Campbell era muy grande y todos estaban seguros de que el guerrero se iba a recuperar en pocos días.

A pesar de todo lo que había sucedido entre ellos, Fiona había decidido quedarse a cuidar de él mientras estuviera convaleciente. Ella era quien le cambiaba las vendas, volvía a curar su herida, aplicaba emplastos para que no se infectara, mojaba su frente para intentar eliminar los restos de fiebre que se empeñaba en quedarse con él… Y era quien lloraba por las noches clamando al cielo por su recuperación.

Desde que habían llegado, había mantenido numerosas conversaciones con Rob y todas acababan en discusiones. Este le pedía que descansara o acabaría muriendo, pero ella se empeñaba en quedarse en ese dormitorio y seguir allí. El dolor de su pecho había ido menguando con el paso de los días y ahora se sentía mejor. No había vuelto a toser en los últimos dos días, y notaba que podía llenar de aire su pecho sin problema. Las heridas por la paliza que le habían dado Sam y sus hombres habían sanado y ya apenas cojeaba, así que no estaba dispuesta a dejar que la trataran como una enferma.

Y ello la había llevado a incontables encontronazos con el segundo al mando que, en esos momentos, era quien había tomado el control del clan y quien daba las órdenes.

—No entiendo cómo es posible que Clyde no te odie por ser tan insolente —se había quejado Rob en varias ocasiones—. Es imposible llegar contigo a un acuerdo. Eres insoportable, muchacha.

Fiona sentía aquellas discusiones como una victoria respecto al guerrero, por lo que siempre le dedicaba una última sonrisa antes de que este abandonara el dormitorio de Clyde.

Y en ese instante, en el que se encontraba sola, sentada en la jamba de la ventana, intentaba no pensar en lo que sería su vida cuando Clyde despertara. No estaba segura de que quisiera hablar con ella. Incluso tal vez volvería a expulsarla. Pero tampoco pudo evitar preguntarse qué sería de ella si él moría. Sabía que Rob tomaría el mando del clan, algo que no parecía hacerle mucha ilusión, pero si finalmente se convertía en laird, iba a convertir su vida en un infierno.

Fiona suspiró y se cruzó de brazos. La joven dirigió su mirada más allá de la ventana, intentando no pensar en esas cosas. Tras ella, Clyde gruñía entre sueños, fruto de la fiebre que, aunque había bajado ligeramente, su cuerpo aún seguía teniendo. Llevaba tantos días allí metida que a veces pensaba que iba a perder el juicio, pero salir de allí implicaba darle la razón a Rob, así que se juró que iba a mantenerse allí el tiempo que hiciera falta.

El día estaba lluvioso. La primavera estaba llegando a su fin y, a pesar de ello, las lluvias seguían siendo el pan de cada día. Por lo que le habían contado, las cosas en el clan MacAllister estaban calientes. La asignación de un nuevo laird, por parte de Rob, había causado revuelo entre la gente del clan. El segundo al mando de los Campbell conocía a mucha gente en ese clan, y disponía de varios amigos que tendrían la inteligencia suficiente como para no volver a intentar matar a Clyde Campbell ni a meterse en líos con ese clan.

Por ello, había designado a dos de estos amigos como laird y segundo al mando de los MacAllister. Esa decisión había generado que mucha gente, que estaba de parte de Knox y Dougal, pusiera el grito en el cielo, pero pronto habían sido acallados por las nuevas normas de convivencia del nuevo laird.

A partir de ese momento, Rob pareció relajarse un poco, pero Fiona sabía que el peso del clan Campbell sobre sus hombros era demasiado para él. Si antes solía estar de mal humor, su carácter había ido a peor, motivo por el cual sus discusiones eran aún peores que antes.

Fiona suspiró y dejó caer la cabeza contra la jamba de la ventana. Cerró los ojos un instante y quiso relajarse, pero los nudillos en la puerta la

alertaron y dejó pasar al guerrero que ocupaba en ese momento sus pensamientos. Fiona intentó no poner los ojos en blanco al ver que Rob volvía a entrar en el dormitorio, pero no pudo evitarlo.

—Reconoce que te alegras de verme, muchacha.

—Ni en tus sueños, Rob.

El guerrero sonrió y paró junto a los pies de la cama de Clyde. Miró su rostro y vio que estaba perlado en sudor, pero no se encontraba tan pálido como en días anteriores. Rob se cruzó de brazos y respiró hondo.

—¿Cómo está?

—Mejor.

El guerrero arqueó una ceja.

—¿Esa es la explicación que piensas darme?

Fiona resopló y siguió mirando por la ventana.

—Creo que ya has visto que su color de piel no es tan blanco, que respira con normalidad y que suda menos. No hace falta decir más.

Fiona se mordió la lengua unos instantes. Durante esos días, y a pesar de su mala relación con él, había pensado mucho en el día en el que Clyde la expulsó del castillo. Recordó que, a pesar de todo, Rob la había defendido y había intercedido para que Clyde la escuchara. Pero al no haber mejorado su relación, Fiona no quería agradecerle nada. No obstante, había pensado en eso durante tantas veces que no pudo evitar romper el silencio en el que se habían sumido.

—Aún no te he agradecido que intercedieras por mí cuando Clyde me expulsó del castillo.

Fiona giró la cabeza hacia él y vio cómo sus labios se curvaban en una sonrisa al tiempo que la miraba con la cabeza ligeramente ladeada.

—¿De verdad estás dejando tu orgullo a un lado para agradecerme algo?

El tono burlón de su voz hizo resoplar a la joven.

—No te vengas muy arriba porque no pienso volver a repetirlo —se quejó la joven—. Si me has entendido, bien. Si no, es tu problema, pero que conste que he hecho lo que tenía que hacer.

Rob siguió sonriendo, incluso dejó escapar una risa ligeramente

contenida.

—Sí que debes de aburrirte aquí metida para que me agradezcas eso…

Fiona resopló y lo miró con mala cara.

—¿Podemos cambiar de tema? Juraré por siempre que nunca te he agradecido nada.

Rob mostró un brillo especial en sus ojos.

—De nada, muchacha. Te ayudé con sumo gusto.

Fiona rodó los ojos y negó con la cabeza, provocando la risa del guerrero, que volvió a mirar a Clyde. Este se había quedado completamente quieto, pero con el ceño fruncido. Durante esos días le había crecido la barba e incluso su rostro parecía más delgado, pero le alegró ver que se estaba recuperando. Era la primera vez que veía a su amigo en ese estado y no podía creer que un tajo profundo hubiera estado a punto de arrebatárselo.

Durante un instante, miró a Fiona. Esta le había quitado la mirada para seguir observando el exterior con interés. Una nueva sonrisa se dibujó en sus labios al mirar a su laird y a la joven alternativamente y suspiró al pensar, nuevamente, que estaban hechos el uno para el otro. Ambos tenían el mismo orgullo, eran igual de quisquillosos, se preocupaban por su gente y ninguno estaba dispuesto a ser el primero en dar su brazo a torcer. Pero no se daban cuenta de que eso precisamente es lo que iba a hacer que se separaran.

Por ello, Rob no dejó pasar la oportunidad para hablar con Fiona al respecto.

—¿Qué sientes por él?

Rob tuvo que esconder una sonrisa al ver que la joven se sobresaltaba y lo miraba casi con odio.

—¿De verdad quieres tener esa conversación? ¿Tú y yo vamos a hablar de eso?

Rob se cruzó de brazos, suspiró y se acercó a ella para apoyarse en la jamba que había justo frente a ella. La incomodidad de Fiona era más que evidente, y no parecía dispuesta a responder a su pregunta.

El guerrero sonrió y siguió la mirada de la joven hacia el exterior.

—Sí, me gustaría saber qué es lo que sientes por Clyde. No solo porque

sea mi laird, sino porque es mi amigo.

Fiona lo miró largamente sin responder, hasta que terminó refunfuñando.

—No me puedo creer que tú me estés haciendo esa pregunta… —murmuró.

—¿Lo odias?

La joven lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—Tuve un mes entero para odiarlo y a pesar de que me empeñaba en hacerlo, no podía conseguirlo.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

Rob sonrió.

—Quiero escucharlo de tus labios.

Fiona pasó una mano temblorosa por la cabeza.

—Llevas encerrada una semana junto a él. No sales de aquí, apenas comes y has hecho todo lo posible por salvarlo a pesar de que él te… te llevó al palacio.

—Me repudió —lo corrigió—. Dilo como es, Rob.

Fiona sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Cuando nos conocimos, nos odiamos al instante; y durante años ese odio siguió latente a pesar de no habernos visto. Pero cuando tuvimos que casarnos, creo que ese odio aumentó.

—Sin embargo… —la animó a continuar el guerrero.

Fiona suspiró.

—Sin embargo, poco a poco descubrí a un hombre diferente a como lo imaginaba. A pesar de todo, me respetaba, me protegía y me cuidaba como nunca nadie lo había hecho, ni siquiera mi tío. De repente, me sentía importante en la vida de alguien y comencé a verlo de una manera distinta. Comencé a amarlo. Pero mi error fue pensar que ese amor podría ser fuerte si contaba lo que me carcomía por dentro. No fue así y me repudió. Lo hizo porque no me amaba.

—O tal vez lo hizo porque te amaba tanto que esa mentira le dolió

demasiado —lo defendió.

Fiona arrugó el rostro.

—Mi identidad no es algo que yo quisiera cambiar. Yo nunca quise fingir ser hija de mi tío. Estaba muy orgullosa de mi padre y no quería ocultarlo, pero era demasiado pequeña para poder sobrevivir yo sola. Necesitaba esa protección hasta que fuera lo suficientemente mayor como para huir de allí.

—¿Y por qué no se lo contaste a Clyde antes de casaros? Sé que fue a la mazmorra de tu tío a verte…

Fiona suspiró.

—¿Habría cambiado algo?

—Por supuesto.

—Yo no lo creo, Rob. Por aquellos días, nos odiábamos. Yo pensaba que Clyde era un hombre salvaje y cruel como su padre. Pensaba que, si le contaba mi verdad, podrían matarme. Tenía miedo.

Rob la miró mientras ella dirigía sus ojos hacia la lluvia del exterior. Estaba de acuerdo con ella. Recordaba aquellos primeros días como si fueran ayer, y sabía que, si hubieran descubierto su identidad, habrían hecho lo posible para hacer daño a los Cameron.

—Creo que quedó clara mi postura respecto a ti el día que Clyde te expulsó del castillo —comenzó diciendo Rob—, incluso él y yo nos peleamos al llegar al palacio y ver lo que había sucedido. Pienso que se equivocó en las formas. Pero también creo que todo el mundo merece una segunda oportunidad, porque cualquiera podemos equivocarnos en algún momento de nuestra vida. Rectificar es de sabios, y me consta que Clyde lo ha hecho con creces.

Fiona lo miró, incómoda.

—Ir a tierras MacAllister no es rectificar.

El guerrero dejó escapar una risa.

—Eso no, pero lo que dijo sí dejó clara su postura.

Ella lo miró sin comprender.

—Tampoco dijo mucho antes de pelear.

Rob torció la cabeza.

—No me refería a ese momento precisamente, sino a uno en el que tú estabas más cerca del mundo de los muertos que de los vivos.

La expresión de Fiona no cambió, lo cual hizo sonreír a Rob.

—No seré yo quien traicione a Clyde, muchacha. No te daré más detalles.

Fiona frunció el ceño.

—¿Me vas a dejar con la duda?

Rob asintió.

—Sí, porque tú tampoco has respondido a mi pregunta anterior…

—¿Qué pregunta?

—¿Lo amas? En este instante…

Fiona tragó saliva y miró hacia la cama donde reposaba Clyde. Este se había detenido y había dejado de gemir, aunque su rostro seguía perlado en sudor. Tenía los brazos fuera de las sábanas, desnudos, pues no le habían puesto camisa para facilitar las curas sobre su herida. La imponencia de su cuerpo, incluso estando malherido, era algo que no lograba comprender. Clyde Campbell parecía tener la capacidad de llenar el espacio de una habitación él solo con su simple presencia. Y no importaba si estaba despierto o dormido. Él era así. Parecía poseer un espíritu tan indomable que lograba reflejarlo con su cuerpo.

Fiona tragó saliva. ¿Lo amaba? Todos los sentimientos que había sentido hacia él desde que lo conocía se impusieron en ese momento. Sintió muchas cosas por él, algunas buenas y otras malas. Pero si pensaba en pasar el resto de su vida lejos de él… Sabía que iba a morir.

—Me temo que sí. Lo sigo amando a pesar de todo.

La sonrisa de Rob se ensanchó.

—No te rías de mí —le advirtió la joven.

—No me río, muchacha. Jamás lo haría. Simplemente me alegro de que sea así.

Fiona resopló.

—No estoy segura de que sea algo tan bueno. Cuando despierte, tendré que volver a mi clan.

Rob chasqueó la lengua.

—No hablaré por él, pero mejor espera. Ya veremos qué ocurre.

Fiona lo miró largamente en silencio, mientras Rob le sostenía la mirada.

—¿Por qué demonios me miras así?

—Simplemente, me estoy preguntando cómo es posible que alguien como tú me parezca encantador y desagradable a partes iguales.

El guerrero lanzó una carcajada y se encogió de hombros.

—Forma parte de mi encanto…

—¿Ese mismo encanto que ha enamorado a Grace?

Rob puso los ojos en blanco y levantó las manos, alejándose de ella.

—No voy a tener esa conversación contigo.

—Pues tú sí me has preguntado qué siento por Clyde.

—La culpa es tuya por responder…

Rob se dirigió directamente hacia la puerta para escapar de sus preguntas.

—Huyes como un cobarde.

Rob la miró por encima de su hombro y le guiñó un ojo. Salió sin responder, dejándola sola, pero con la primera sonrisa en sus labios tras mucho tiempo.

Después, Fiona suspiró y miró nuevamente a Clyde, que siguió sin moverse. No sabían por cuánto tiempo seguiría así, pero estaba a punto de perder el juicio. Sentía una opresión en el pecho por la preocupación. Quería que despertara, aunque justo después volviera a echarla de su vida. Sin embargo, aunque finalmente acabara lejos de allí, sabía que su alma seguiría amando a Clyde Campbell para toda la eternidad.

CAPÍTULO 30

Dos días después, el alba sorprendió a Fiona dormida en el sillón junto a la chimenea. Se había pasado más de la mitad de la noche pendiente de Clyde, pues la fiebre había desaparecido y pensaba que iba a despertar en cualquier momento. No obstante, el guerrero había seguido igual que la semana anterior, sin moverse. Por ello, cuando decidió sentarse y dormitar un instante, no pensó que iba a quedarse profundamente dormida y el día la sorprendería en el sillón.

Pero no solo el día la sorprendió así, también Clyde, que había comenzado a despertar de su letargo. El guerrero empezó a tomar conciencia de lo que pasaba a su alrededor. Para él solo había silencio, roto por el crepitar del fuego. El calor que había en su cuerpo provenía de ahí a pesar de estar desnudo, ya que notaba las sábanas demasiado pegadas a su piel.

Sin abrir los ojos, movió ligeramente la cabeza y la sintió pesada, aletargada, tanto como él, y ligeramente mareada. Desconocía cuánto tiempo había pasado, ni siquiera sabía con exactitud qué demonios le había ocurrido para sentirse tan débil por primera vez en su vida, pero necesitaba despertar y levantarse. Era el laird y a pesar de esa debilidad no podía quedarse en la cama por mucho más tiempo.

Lentamente, Clyde abrió los ojos. Los sentía pegados cuando lo hizo, pero en el momento en el que logró enfocar la vista y vio que era de día, frunció el ceño. La lluvia caía fuera del castillo y sintió la imperiosa necesidad de salir de allí para sentir el agua sobre su piel desnuda.

Frunciendo el ceño, Clyde levantó las sábanas y vio que tenía vendas en el costado. Al instante, su mente recordó lo sucedido. A él acudieron imágenes del momento en el que Knox y Dougal MacAllister murieron, del instante en el que dos de sus hombres lo hirieron profundamente y de Fiona a punto de morir.

Sus ojos se abrieron de golpe e intentó incorporarse, pues necesitaba saber qué había pasado con ella, pero un dolor en su costado le hizo gemir y cayó de nuevo sobre las sábanas. Un intenso mareo lo obligó a llevar las manos al rostro. Lo apretó con fuerza, como si eso lograra calmarlo y sacudió la cabeza para aclarar la vista y sus propios pensamientos. Se dio

cuenta de que estaba en su castillo, así que no pudo evitar preguntarse cómo demonios había llegado hasta allí desde las tierras de los MacAllister.

Y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que no estaba solo en su dormitorio. Su mirada se dirigió hacia la izquierda y vio que Fiona se encontraba recostada sobre un sillón. Su cabeza caía hacia un lado, amenazando con hacerlo el cuerpo entero y caer al suelo. Parecía tan profundamente dormida que no se despertó cuando él gimió de dolor.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios al saber que estaba allí y parecía encontrarse bien. Se preguntó si había estado con él desde que lo llevaron al castillo, y deseó tanto abrazarla que su cuerpo se movió solo de nuevo.

Clyde apretó el rostro cuando un intenso dolor se apoderó de su costado. Desconocía cuántos días habían pasado desde que se encontraba ahí, pero dada su debilidad, dedujo que habían pasado varios. Cuando logró incorporarse del todo y se dejó caer contra el respaldo de la cama, gimió con más fuerza, provocando que Fiona se despertara de golpe.

Clyde levantó la mirada hacia ella cuando vio que se sobresaltaba y abría sus ojos. La mirada de ambos conectó al instante, y el silencio que siguió a esta resultó casi abrumador. Fiona se preguntaba si era real que el guerrero había abierto los ojos, mientras que el propio Clyde intentaba no moverse para evitar romper ese contacto por temor a que la joven decidiera abandonarlo después de eso.

El guerrero tragó saliva ruidosamente y parpadeó, momento en el que Fiona se levantó lentamente. Clyde no supo si fue por que dibujó una expresión horrorizada al ver que se movía o tal vez por otro motivo, pero Fiona abrió la boca para preguntarle si se encontraba bien.

—Tal vez debería llamar a una curandera y que compruebe cómo estás…

Clyde negó con la cabeza.

—Estoy bien. Solo un poco mareado y dolorido.

El guerrero siguió mirándola, sobre todo, al ver que se acercaba ligeramente a la cama.

—¿Llevo muchos días aquí? —preguntó para romper el silencio incómodo.

Fiona se quedó quieta y se retorció las manos.

—Diez.

Los ojos del guerrero se abrieron desmesuradamente.

—¿Diez días? Y… ¿cómo llegamos aquí? No entiendo nada.

—Rob tomó el mando y te trajo él en su caballo. Después de curarte en tierras MacAllister. Si hubiéramos esperado, habrías muerto.

Clyde arrugó la frente.

—¿Quién me curó?

Fiona se mostró aún más incómoda.

—Fui yo —dijo en voz baja.

El guerrero la miró largamente.

—Gracias —dijo igual de incómodo.

El orgullo que ambos tenían les impidió mostrar sus verdaderos sentimientos por temor a que el otro lo rechazara después de todo lo ocurrido.

—No tenías por qué haberlo hecho… Te expulsé del castillo.

Fiona tragó saliva.

—Bueno, tú fuiste a tierras MacAllister y me salvaste. Estamos en paz.

Clyde asintió.

—Estamos en paz —repitió.

Fiona no sabía qué hacer. En su mente había imaginado ese momento de muchas maneras, así que, incómoda, se encaminó hacia la puerta.

—Ahora que has despertado, ordenaré que traigan comida. Necesitas recuperar fuerzas.

Clyde asintió.

—La verdad es que estoy hambriento.

—Y anoche cambié el vendaje, así que no hace falta que te lo cambien en un par de días. La herida está cada día mejor.

El guerrero hizo el mismo gesto y apretó los puños contra las sábanas. Incluso en ese momento se sentía terriblemente mal consigo mismo por no ser capaz de mostrar sus sentimientos. El pecho le dolía terriblemente y

sentía la imperiosa necesidad de abrazarla, de volver a tenerla entre sus brazos y de decirle todo lo que sentía por ella. Pero no sabía si era por el mareo, la debilidad o su maldito orgullo, Clyde se quedó quieto cuando vio que Fiona salía del dormitorio a buscar algún sirviente que pudiera llevarle comida.

El guerrero lanzó un gruñido cuando se quedó solo. No le gustaba esa maldita soledad. Llevaba toda la vida así y tan solo cuando Fiona llegó a su vida sintió que su camino se llenaba de luz y alegría. Entonces, ¿por qué no podía decirle lo que sentía?

La frialdad que había sentido entre ambos le indicó que los muros que Fiona tenía cuando la conoció se habían construido de nuevo entre ellos y, esta vez, sería imposible escalarlos o tirarlos. Se había comportado como su padre, maldita sea. Toda su vida había intentado no ser una réplica de su progenitor, y justo se había comportado igual con la única persona que había logrado silenciar los demonios de su mente.

Cuando logró pensar con frialdad lo que había hecho Fiona, se sorprendió a sí mismo pensando que no había sido para tanto y que había logrado comprender los motivos, pero luego estaba uno de sus demonios susurrándole al oído que lo había traicionado y mentido, y sus pensamientos se volvían completamente locos.

Clyde suspiró largamente. Había perdido a Fiona. En sus ojos había visto incomodidad por verse a solas con él, incertidumbre y ansias por salir de allí. Ya no era la misma, y la entendía a la perfección. Si lo odiaba, se lo merecía. Le había hecho daño a una mujer maravillosa, y solo le quedaba aceptarlo.

No había regresado junto a Clyde desde que este se había despertado. No había encontrado la valentía suficiente como para hacerlo. Temía ser rechazada por él, así que dejó que los demás le hicieran compañía, ya que los guerreros tenían muchas cosas que contarle.

En los días que había estado junto a Clyde, una de las sirvientas le había informado que habían traído de vuelta sus ropas, que se habían quedado en el palacio y que las habían dejado en una habitación contigua a la del guerrero, así que se había encerrado en ese dormitorio hasta la tarde, momento en el que salió a pedir un baño para asearse. No deseaba ver a

nadie por temor a ser rechazada, así que mientras se bañaba tomó una decisión. No podía quedarse allí eternamente y ser una carga para los sirvientes y Clyde. Por ello, le había dado mil vueltas a una idea. Tenía que marcharse pronto de allí y comenzar una nueva vida en otro lugar mientras lamía sus heridas.

Tenía que aceptar que todo eso se había acabado, y no quería hablar con Clyde sobre la posibilidad de quedarse allí a vivir, así que empezó a sacar sus vestidos de nuevo para meterlos en una alforja y marcharse para siempre.

—¿Vas a algún lado? —preguntó una voz a su espalda.

Fiona lanzó una exclamación, asustada, y se giró para ver a Rob apoyado en la jamba de la puerta. La joven frunció el ceño y lo señaló de forma acusadora.

—¿Qué demonios haces aquí? Has entrado sin llamar.

Rob se encogió de hombros.

—La puerta se ha abierto sola cuando me he acercado.

La joven resopló.

—¿Y si hubiera estado bañándome?

El guerrero fingió vomitar.

—No me obligues a imaginar eso, por favor.

Fiona rodó los ojos y volvió a darle la espalda.

—¿No vas a responderme?

—Creo que lo que estoy haciendo es tan evidente que no hace falta responder.

Rob se acercó a ella unos pasos y suspiró.

—Nadie te está echando.

—Ya me echaron hace más de un mes. No hace falta que me digan las cosas dos veces.

Esta vez, el turno para poner los ojos en blanco fue el de Rob.

—Vamos a ver, muchacha, que yo sepa, Clyde no ha dado orden de expulsarte.

Fiona suspiró y dejó la ropa sobre la cama nuevamente.

—Ya ha despertado, así que no me queda nada aquí.

—Pero ¿por qué demonios os empeñáis en haceros daño? Sois unos obstinados. Por Dios, vuestro orgullo va a mataros algún día. ¿Por qué no hablas con Clyde sobre vosotros?

—Porque no hay nada de qué hablar.

Rob inspiró con fuerza para intentar calmarse.

—¿Que Clyde acudiera a tierras MacAllister para sacarte de allí no es suficiente para ti? Porque para el resto de nuestro clan es motivo de peso para quedarte a hablar con él. Por Dios, Fiona, lo hirieron cuando se despistó para mirar cómo te encontrabas…

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Lo que creo es que podemos hablar cuando se recupere del todo.

Rob resopló, enfadado, al ver que Fiona no daba su brazo a torcer.

—Ah, no te soporto, muchacha. Eres peor que un grano en el culo.

El guerrero se volvió hacia la puerta para marcharse.

—Sois tan obstinados que no queréis daros cuenta de que os amáis el uno al otro. No puedo con vosotros… Vais a matarme a disgustos…

Y sin añadir más, Rob se marchó de allí dando un sonoro portazo que le hizo cerrar los ojos un instante. Si las palabras del guerrero eran ciertas, Clyde realmente la amaba, pero ¿por qué no le había dicho nada cuando hablaron al despertar? Lo había visto frío a pesar de la debilidad de tantos días sin comer. Y lo peor era que durante esas horas no reclamó su presencia para hablar.

Fiona miró la ropa que había sobre la cama y suspiró. Estaba hecha un lío. No sabía qué demonios hacer. Su corazón clamaba por quedarse y hablar con él, pero su mente había sufrido tanto que solo deseaba marcharse sin decir adiós. E inconscientemente, volvió a agarrar la ropa para seguir guardándola en alforjas.

Rob entró en el dormitorio de Clyde como alma que llevaba al diablo. En su rostro se reflejaba la contradicción más pura, y allí dio otro portazo

después de pasar.

Clyde, que se encontraba sentado con los pies fuera de la cama para intentar levantarse por primera vez, elevó la mirada y arqueó una ceja al ver su rabia.

—Claro, puedes entrar… —dijo Clyde de forma irónica.

Rob resopló y se cruzó de brazos justo al lado de la cama con la mirada puesta sobre él. Era una mirada furiosa, directa y casi abrumadora que hizo fruncir el ceño a Clyde.

—¿Puedo saber qué pasa para que entres así y para escuchar un portazo en la habitación de al lado?

—Tu esposa y tú, eso es lo que me pasa.

Clyde lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

Rob apretó los puños y miró hacia otro lado para intentar calmarse. Sin embargo, al ver que no lo conseguía, volvió a atravesar con la mirada a su amigo y laird.

—A que no puedo aguantar por más tiempo vuestro orgullo mientras veo cómo os hacéis daño gratuitamente el uno al otro. ¿Hasta cuándo vais a seguir así? ¿Tanto os cuesta sentaros uno frente a otro y hablar de lo que sentís? No se ha separado de ti desde que llegamos, casi no ha comido, ni dormido por cuidarte y, aun así, no entiendo cómo es posible que prefiera marcharse a hablar contigo.

—Yo no quiero que me rechace por el daño que le hice.

Rob gruñó.

—Por Dios, ella tiene el mismo miedo. Teme que la rechaces como aquel día, pero te sigue amando. Parecéis niños. Sois capaces de ir a la guerra y salir ilesos, pero no de enfrentaros a vuestros propios sentimientos.

Clyde lo miró de mala manera.

—Para ti es muy fácil, Rob. Tienes un don en la boca para expresar lo que sientes.

—Ese don lo puede tener cualquiera, Clyde. Soy una persona como tú, y tú eres como yo. Si yo puedo hacerlo, tú también.

Rob suspiró y descruzó los brazos. No quería ver sufrir a su amigo el resto de su vida. Quería arreglar eso cuanto antes, y haría lo que fuera para conseguirlo.

Clyde apartó la mirada y se levantó lentamente. Después de haber comido en abundancia un par de horas antes, se sentía con energías renovadas, y aunque el costado le dolía, no iba a permitir que eso lo frenara. Con tan solo las calzas puestas, Clyde se incorporó y enderezó el cuerpo. Ponerse recto hizo que el costado protestara, pero no le importó. Y entonces volvió a mirar a Rob, que seguía estando molesto.

—Hay una cosa más que no me estás contando… ¿Ha pasado algo con Fiona?

Rob dudó un instante, pero finalmente asintió.

—Sí, que está preparando su ropa para marcharse en el dormitorio contiguo a este.

La palidez volvió al rostro de Clyde, que se tambaleó ligeramente.

—¿Cómo dices? —preguntó con voz ligeramente ronca.

—Que se marcha, Clyde. Y no parecía tener intención de despedirse.

El guerrero lanzó un rugido de rabia y, apartando a Rob de un empujón que lo lanzó a la cama, Clyde salió del dormitorio. No le importó estar casi desnudo en ese momento, ni el dolor de su costado cuando protestó por ese movimiento tan feroz, ni siquiera hizo caso al mareo que azotó su cabeza después de muchos días sin levantarse. La mujer a la que amaba estaba a punto de marcharse del castillo sin despedirse, y él no iba a permitírselo.

Clyde entró en el dormitorio contiguo con la mano en el costado y con tanta vehemencia que la puerta chocó contra la pared y regresó junto a él, pero este ya se había apartado, por lo que volvió a cerrarse a su espalda.

Fiona se sobresaltó y se giró hacia él, haciendo caer un vestido al suelo al ver que se trataba de Clyde quien había irrumpido así en el dormitorio. Lo vio respirar aceleradamente y dio unos pasos hacia ella sin apartar la mirada de la joven. Era una mirada cargada de fiereza y determinación. Y Fiona no supo cómo interpretarla.

Clyde apretó los dientes, haciendo que su mandíbula se viera más cuadrada, y frunció el ceño al ver un resplandor de miedo en los ojos de

Fiona. ¿Tanto había cambiado su visión sobre él para que ahora sintiera miedo al estar en la misma habitación que él? Sin embargo, se dijo que no debía importarle, que tenía que decirle muchas cosas y, a pesar de todo, no sabía ni cómo empezar.

—Me ha dicho Rob que tienes pensado marcharte.

La fijeza con la que Clyde la observaba hizo que Fiona se pusiera más nerviosa y miró de reojo hacia sus alforjas, que ya casi tenía preparadas.

—Sí —fue lo único que pudo decir—. No quiero molestar.

Clyde apartó la mirada al escuchar sus palabras. Sin lugar a dudas, todo lo que le dijo aquel aciago día había calado muy hondo en ella y sabía que le iba a costar convencerla de lo contrario.

—No molestas, Fiona.

Ella sonrió tristemente y apartó la mirada para después dirigirse a la chimenea. De repente, el fuego le parecía demasiado interesante, pues no era capaz de soportar la mirada penetrante del guerrero.

—Mírame, por favor —suplicó Clyde, quien se acercó a ella lentamente.

Pero Fiona no se giró. Las lágrimas habían acudido a sus ojos y no quería que él las viera. Por eso, cuando Clyde paró justo a su espalda, levantó una mano y tomó su rostro. Lentamente, la obligó a girarse para mirarla a los ojos. Esta no pudo evitar que una lágrima se derramara por sus mejillas y acabara perdida entre los dedos de Clyde, que tragó saliva ruidosamente.

—No quiero que te marches, Fiona. Al menos, no hasta que escuches lo que tengo que decirte.

La joven respiró hondo y asintió.

—Hace más de un mes que perdí el juicio por completo y te eché de aquí sin tan siquiera escucharte.

—Fuiste muy cruel, Clyde. Yo jamás quise hacerte daño.

—Lo sé, por eso ahora quiero resarcirme de mis propias palabras y actos. Sé que no soy el mejor hombre del mundo, ni el mejor marido. Sé que soy obstinado, gruñón y con un alma demasiado fría, pero todo eso desapareció cuando tú llegaste a mi vida.

Clyde chasqueó la lengua.

—No soy un hombre de palabras, tampoco. No soy un poeta ni sé qué podría regalarte para hacerte feliz, pero sé que lo que siento en mi corazón es demasiado fuerte como para seguir escondiéndolo. Desde que llegaste a mi vida la pusiste patas arriba y, aunque pensaba que iba a odiarte por ello, fue al contrario. Has puesto luz, Fiona. Has conseguido que sea capaz de abrir los ojos y ver más allá de la guerra y la frialdad que habitaba en mi interior. Creía que había perdido eso, pero has logrado rescatarlo para convertirme en un hombre mejor. Tenía miedo de enamorarme porque mi padre siempre dijo que eso nos hacía débiles, y él no quería un hijo débil.

Clyde tomó aire.

—Pero he descubierto que solo soy débil cuando no estás a mi lado. Este último mes ha sido el peor de toda mi vida. No he sabido reconducir mi vida, no sabía qué hacer, los demonios de mi mente tomaron el rumbo y he estado a punto de echar todo a perder. Y cuando vi que estaban a punto de quemarte, sentí que enloquecía. Nunca te he dicho lo que siento por temor a que me rechazaras y quedar como un maldito estúpido. Por miedo… ¿Cómo iba a poder superar que alguien se burlara de mí porque el laird Campbell tuviera miedo? Me había ganado una reputación de fiero y cruel. Si mi propia mujer me rechazaba, ¿cómo iba a mirar al frente después de eso?

—¿Y por qué me dices esto ahora? ¿Ya no tienes miedo?

—Más que nunca, Fiona. Pero tengo más miedo aún a que te marches y no te pueda ver más; a que ahora seas tú quien me repudie y prefieras irte. Tengo miedo de esta soledad en la que mis demonios me seguirán persiguiendo, pero con más fuerza porque ahora saben lo que siento. Te amo, Fiona. Te amo como jamás pensé que podría amar al demonio pelirrojo que creí que me espiaba subida al árbol. Te amo desde ese mismo instante porque tuviste el valor de enfrentarte a mí, algo que no había hecho nadie jamás. Te amo porque eres la única que se ha atrevido a gritarme, golpearme y maldecirme en la cara, pero te amo aún más porque, a pesar de todo eso, me has entregado todo lo que tenías sin esperar más a cambio.

Las lágrimas corrían libres por el rostro de Fiona, y Clyde logró atraparlas con sus dedos.

—¿Es cierto esto que dices, Campbell? —preguntó usando de nuevo su apellido, como al principio de su matrimonio y mirándolo a los ojos para

descubrir si decía la verdad.

—Tan cierto como que mi corazón late en este momento gracias a tus cuidados. Tan cierto como que fui el hombre más imbécil sobre la Tierra cuando te eché de mi vida. Lo siento, Fiona. Siento muchísimo haberte hecho tanto daño. Siento mucho que sufrieras a manos de los MacAllister por mi culpa y lamento todas y cada una de las lágrimas que has derramado por mi culpa. Eso es algo que jamás me perdonaré. Maté a Knox MacAllister por el daño que te había hecho, pero yo también tendría que morir por el mismo motivo. Tal vez deberías matarme…

Fiona negó con la cabeza y elevó las manos para tomar las del guerrero, que aferraban su rostro desesperadamente.

—Es cierto que cuando me miraste ese día a los ojos y me dijiste que me fuera, me habría gustado matarte. También es cierto que durante ese mes lloré más que nunca e incluso llegué a maldecir a mi propio padre por no haber sido una persona normal. Te maldije a ti y a todo el mundo. Estaba enfadada, muerta en vida y aterrada. No podía imaginar el momento de llegar al clan Cameron y contarle a mi tío que sabías la verdad, además de que debía prepararse para una guerra contra ti. Imaginé el fatal desenlace de ambos clanes, de ti mismo, de mi tío, de toda la gente que conocía. Y no pude con la vida. Incluso imaginé… bueno, deseé quitarme del medio para que no hubiera motivos para la guerra. Te había entregado mi corazón y había recibido desprecio. Eso fue lo más doloroso de toda mi vida. Y al ver que llegabas al castillo MacAllister una parte de mí suspiró de alivio porque contigo todo ha estado siempre bien. Es como si tu sola presencia ahuyentara a la muerte. Pero el miedo apareció de nuevo y temía que me rechazaras. Por eso quería irme antes de que tú mismo volvieras a pedírmelo.

—Jamás te volvería a pedir algo así, Fiona. Al contrario, deseo que te quedes conmigo. Te amo. Y quiero formar una familia a tu lado. Quiero que volvamos a vivir en paz y que no solo seamos un matrimonio; deseo que seas mi confidente, mi amiga, mi amante, mi ayudante en el clan, mi mano derecha… Lo quiero todo de ti, Fiona. Quédate conmigo, por favor.

Fiona estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo al ver que los ojos de Clyde se llenaban de lágrimas de auténtico terror. Le tocó el rostro. Su barba había crecido esos días, pero estaba tan atractivo como siempre a

pesar de las ojeras que había bajo sus ojos.

—Eres el único sol que ha logrado calentar mi sangre, Clyde Campbell —susurró—. Has sido el único hombre al que he amado y el único al que me he entregado por completo. Y quiero que siga siendo así. Te amo.

Clyde sonrió y, sin poder evitarlo, unas lágrimas escaparon de sus ojos. La atrajo hacia su pecho desnudo y la abrazó con firmeza mientras dejaba que sus ojos las derramaran sin control.

—¿Te quedarás entonces conmigo?

—Claro que sí —afirmó la joven—. Pero pienso hacerte pagar por ello cada día del resto de tu vida.

Clyde rio.

—No me importa si con ello puedo vivir junto a la mujer a la que amo…

El guerrero la besó lentamente. Hacía tanto tiempo que no probaba la miel de sus labios que no podía creer que por fin la tuviera junto a él y con las cosas claras entre ellos.

—Pues espero que ahora seas un buen chico y regreses a tu dormitorio a descansar.

Clyde se apartó de ella y la miró con una ceja enarcada y una sonrisa ladina.

—¿Cómo has dicho?

—Que seas un buen chico… —La voz de Fiona se perdió en su propia garganta al darse cuenta de lo que había dicho. Había tanto tiempo que Clyde la había amenazado con esas palabras que ya no lo recordaba.

Una mirada de advertencia se dibujó en su rostro.

—Aún estás convaleciente, Campbell.

Clyde sonrió aún más.

—¿Quién ha dicho que yo me voy a mover? Me gusta más cuando lo haces tú…

Fiona se apartó de él y puso las manos entre ellos.

—Ni se te ocurra.

—Has dicho “buen chico”, Fiona Cameron, y eso conlleva un castigo. —

Clyde la atrajo hacia él y puso sus labios sobre los de la joven, sin llegar a besarla—. Y lo vas a recibir ahora.

Clyde caminó hacia atrás para acercarse a la cama, llevando consigo a la joven, que intentaba protestar, preocupada por él. Sin embargo, cuando el guerrero se dejó caer sobre la cama y la subió sobre su cadera, Fiona entendió que él no se haría daño, pero, aun así, no pudo evitar volver a oponerse.

—Tu herida… —Fiona calló cuando Clyde puso un dedo sobre sus labios.

La miró a los ojos y le espetó:

—A la mierda la herida.

EPÍLOGO

Diez días después, Clyde estaba más que recuperado, había vuelto a sus quehaceres diarios y el ambiente en el castillo parecía haberse vuelto más relajado y mucho más cordial que nunca. Habían cambiado tanto las cosas que incluso los sirvientes no podían evitar sorprenderse al ver que su laird ahora era más amable, cariñoso e incluso sonreía más de lo que lo había hecho en su vida anterior a la llegada de Fiona.

Las cosas entre ellos también habían cambiado. Su relación se había afianzado y poco a poco habían logrado dejar a un lado el sufrimiento que habían padecido y el que se habían hecho el uno al otro. Clyde le había demostrado con creces que había cambiado y que se sentía realmente culpable por lo sucedido con ella tras descubrir su verdadera identidad; una identidad que seguía sorprendiendo a los guerreros del clan y que habían comenzado a pedirle a la joven que les enseñara sus trucos.

Fiona se alegraba de tener ese espacio dentro del clan y, por supuesto, se había dejado embaucar por los guerreros para enseñarles todo lo que había aprendido de su padre, aunque bajo amenaza de Clyde para que ninguno saliera a los campos a poner en práctica lo que aprendían. Incluso el propio laird también escuchaba sus clases y había aprendido ciertas técnicas, pero lo que más le gustaba era observarla. Le gustaba mirarla, escuchar cómo se expresaba y daba órdenes a los guerreros, la paciencia que mostraba… Todo. Le gustaba todo de Fiona, y cada día que pasaba se sentía más atraído por ella.

No obstante, le estaba costando horrores quitarse de encima la sensación de culpabilidad que aún recorría su cuerpo. Le había hecho sufrir y Fyn había muerto por su obstinación. Eso era algo que tardaría años en quitarse de encima, pero la redención que también sentía al tener el perdón de Fiona hacía que esa sensación disminuyera. Tan solo esperaba que el alma de Fyn también lo hubiera perdonado allá donde estuviera.

Cuando por fin se recuperó del todo de su herida tan profunda en el costado, a pesar de que le había quedado una cicatriz muy fea, y Clyde regresó a sus quehaceres para alivio de Rob, este le informó de todos los cambios realizados en el clan MacAllister durante su convalecencia. Al laird le parecieron muy buenas ideas por parte de Rob, a quien premió por

todo ese tiempo en el que tuvo que tomar el mando del clan. No podía creer que hubieran pasado tantos días desde lo ocurrido con los MacAllister, pero ahora sabía que los problemas con ellos habían llegado a su fin gracias a la intercesión de Rob y su buen hacer para tomar decisiones.

Y debido a que todo parecía haber vuelto a la normalidad, incluso mejorado, Clyde decidió celebrarlo por todo lo alto. Era la primera vez que hacía una fiesta así en el castillo, pues jamás le habían gustado y nunca disfrutaba de ellas. De hecho, era el primero en irse siempre que podía. Pero esa vez tenía la imperiosa necesidad de celebrar la vida y el cambio que por fin había podido tener. Un cambio que su alma llevaba años anhelando y que por fin se había llevado a cabo.

La noticia de la fiesta llenó de felicidad a Fiona, que poco a poco volvía a sentirse como en casa en el castillo. Al principio, le había costado volver a habituarse a la vida allí, mostrándose ligeramente incómoda en ciertos momentos, pero, a medida que iba olvidando todo lo ocurrido, el carácter de Fiona volvía a ser el mismo con todo el mundo.

Y en ese momento, mientras la música sonaba a su alrededor y la gente bailaba, reía, disfrutaba y bebía, Clyde se encontraba en una esquina del amplio salón. Tenía una copa en la mano y esbozaba una sonrisa. Con la mirada intentaba buscar a Fiona, que había sido secuestrada por varios de sus guerreros para bailar con ellos, pero la había perdido de vista minutos atrás.

Clyde sentía que su pecho se hinchaba de felicidad y placer. Por primera vez en su vida estaba disfrutando como nunca. Se sentía tranquilo y sereno, pero, sobre todo, con la mente clara y en calma. Tenía tanta paz en su interior que no cabía en sí de júbilo. Tenía la impresión de que el fantasma del recuerdo de su padre había muerto por fin y tenía libertad suficiente para hacer lo que deseara. Estaba pletórico y no estaba seguro de poder mostrarlo como realmente quería.

Inclinaba la cabeza en señal de respeto cada vez que alguien del clan lo saludaba. Elevaba la copa para brindar en la distancia con quien la levantaba por él y su esposa y deseaba no despertar jamás de ese sueño hecho realidad.

Sus labios volvieron a curvarse en una sonrisa cuando por fin volvió a ver a Fiona. Esta tenía las mejillas teñidas de rojo por el movimiento al bailar

con unos y con otros. La vio reír a carcajadas y ese simple gesto llenó de orgullo su corazón. Ganarse a su gente era realmente extraño y complicado, por lo que verla disfrutando con ellos hizo que su corazón se llenara aún más de felicidad.

Los tambores sonaban a su alrededor y Clyde sentía que, por primera vez en su vida, sus pies se movían al son de la música. No obstante, no se sentía capaz de correr al centro del salón para bailar junto a Fiona. Al menos por ahora, eso era demasiado para él, así que simplemente volvió a beber de su copa y siguió disfrutando mientras observaba a los suyos.

El verano estaba a punto de llegar a Escocia y Clyde podía presumir de que en sus tierras todo se había dado tan bien que podrían disfrutar de víveres durante meses. Habían logrado cosechar tanto trigo que a ninguna familia del clan Campbell iba a faltarle comida en su hogar.

Mientras los demás seguían bailando, Clyde dejó la copa sobre la mesa y le dedicó una sonrisa amplia a Fiona al ver que la joven logró escapar de sus guerreros para acercarse a él.

—No puedo más… —dijo con un jadeo.

Fiona cogió una copa de la mesa y la bebió de un solo trago.

—Normal, llevas casi una hora bailando sin parar.

—Creo que prefería a Rob antes, cuando me odiaba y discutíamos a cada momento.

Clyde dejó escapar una carcajada y torció la cabeza.

—Te tiene ahora en muy alta estima gracias a tus enseñanzas…

Fiona puso los ojos en blanco.

—¿Sabes qué me dijo el otro día? —Clyde negó con la cabeza—. Que le iba a robar a Grace un pañuelo y fingiría encontrarlo tan solo para acercarse más a ella.

Clyde rio nuevamente y señaló hacia Rob en ese momento.

—Pues creo que le ha ido bien la estrategia…

Fiona siguió su dedo con la mirada, hasta dar con Rob, que bailaba ahora con Grace. Era la primera vez que veía a la mujer sonreír de esa manera, y, al ver que llevaba un pañuelo atado al cuello, no pudo evitar reír.

—Vaya, eso parece.

Al instante, la mano de Clyde se deslizó por su cintura y la atrajo hacia él.

—Pero no es de Rob de quien deseo hablar.

Fiona sonrió y apoyó las manos en su amplio pecho. A pesar del paso de los días, aún no podía creer que las cosas entre ellos volvieran a ser como hacía tiempo. Jamás pensó que volvería a confiar en Clyde o a olvidar todo lo que había pasado, pero se estaba esforzando tanto por hacerla sentir bien y por mostrarle su amor que no le cabía ninguna duda de que realmente la amaba.

Había visto tal cambio en los ojos de Clyde que parecía ser otra persona, como si lo hubieran cambiado desde lo más profundo de su alma. El guerrero se había convertido en una persona completamente diferente, aunque conservaba aún esa ferocidad y crueldad tan característica suya, pues cada vez que lo veía entrenar, cambiaba nuevamente. Sin embargo, cuando estaba con ella era distinto, la trataba con respeto, la amaba y la veneraba como si no hubiera otra mujer como ella en el mundo. Y eso había hecho que pudiera dejar a un lado todo lo que había sentido durante el mes que habían estado separados. Todo el odio que ella también había desarrollado contra él había desaparecido, algo impensable semanas atrás.

Clyde le dedicó una sonrisa antes de morderle el labio inferior.

—¿Y de qué te gustaría hablar? —le preguntó la joven con un ronroneo contoneándose contra él.

Los labios de Clyde se curvaron en una sonrisa ladina, al tiempo que sus ojos se oscurecían, presos de una ardiente pasión.

—De lo que te deseo —respondió contra sus labios.

Fiona elevó las manos hacia el cuello del guerrero.

—Pero eso debe esperar. Ahora estamos festejando.

Clyde arqueó una ceja y dirigió su mirada a su alrededor.

—¿De verdad crees que alguien se daría cuenta de que nos ausentamos unos minutos? Míralos, la gran mayoría de ellos están borrachos y ninguno nos presta atención.

Fiona fingió meditarlo.

—Pero está muy feo dejarlos solos. Somos los anfitriones.

—Lo que está feo que es te acerques tanto a mí, me provoques con tus movimientos sensuales y ahora me quieras dejar así.

Clyde apretó su mano sobre la cintura de la joven para que la cadera de Fiona chocara contra su miembro erecto, que logró sonrojarla. Esta dibujó una sonrisa.

—Yo no te he provocado.

El guerrero arqueó una ceja.

—¿Segura? —preguntó—. He visto tus miradas mientras bailabas, y hace escasos segundos te has movido de forma muy sensual…

Fiona sonrió.

—¿Te refieres a este movimiento? —preguntó dibujando un círculo con la cadera.

Clyde rugió y la besó con fiereza.

—Ven conmigo.

El guerrero atrapó su mano y la arrastró por el salón hasta la salida. Ambos intentaron mantenerse en un discreto segundo plano mientras abandonaban la fiesta para casi volar hasta su dormitorio. Al ver cierta resistencia por parte de Fiona a dejar la fiesta, Clyde se agachó y la cargó sobre su hombro.

—¡Ey! —exclamó la joven, quejándose—. Eso es trampa.

Clyde rio y le dio una palmada suave en el trasero.

—Serán solo unos minutos.

—A esto se le llama secuestro. Tendré que avisar a mi laird.

La sonrisa de Clyde se convirtió en perversa.

—Estoy seguro de que tu laird estará de acuerdo con que un esposo enamorado se lleve a su esposa al dormitorio para hacerla suya.

La joven rio y acarició su espalda de forma provocadora.

—Fiona… —la avisó a modo de advertencia—. Vas a provocar que entremos en el primer salón que vea en lugar de llegar a nuestro dormitorio.

—Tal vez es lo que deseo…

Clyde rio, pero subió las escaleras corriendo con ella sobre su hombro.

Abrió la puerta del dormitorio de una patada y voló hacia la cama. La depositó sobre ella y comenzó a desnudarse sin apartar la mirada de Fiona, que se mordía el labio inferior al tiempo que recorría su anatomía con la mirada cargada de deseo. Esta llevó las manos hacia su propia ropa para desnudarse también, pero Clyde la detuvo y, cuando estuvo desnudo con la camisa en la mano, se sentó sobre la cadera de Fiona.

Mirándola a los ojos, descubrió que su respiración se había acelerado y había comenzado a transpirar, lo cual hizo que sonriera. Ver el deseo en los ojos de la joven hacía que el suyo propio aumentara más, irguiéndose frente a ella, amenazante. Con una sonrisa, Clyde rasgó una parte de su camisa sin apartar la mirada de ella y ese trozo de tela lo llevó hacia las muñecas de Fiona, que lanzó una exclamación cuando Clyde las ató y las subió por encima de su cabeza.

—No te muevas, esposa… —ronroneó.

Fiona sintió que todo su cuerpo se encendía en ese momento. Ver esa pequeña amenaza en los ojos azules de Clyde hizo que lo deseara con más fuerza. Incluso tuvo la pequeña necesidad de desobedecer esa orden para comprobar lo que hacía después. Con una sonrisa ladina, Clyde llevó las manos a las ataduras del vestido de Fiona. Comenzó a desanudarlo lentamente, sin apartar la mirada de ella. Esos movimientos tan lentos provocaron que la joven arqueara la espalda en busca de más. Lo necesitaba, lo deseaba. Quería sentir de una vez sus callosas manos sobre su cuerpo desnudo. Y cuando por fin estuvo desnuda frente a él, Fiona gimió de deseo. Pero los planes de Clyde parecían ser otros.

—Si no me haces tuya de una vez, pienso exiliarme esta vez yo sola…

Clyde rio ante su amenaza, pero chasqueó la lengua al tiempo que negaba con la cabeza.

—Primero tendrías que tener fuerzas para escapar de este dormitorio; engañar a mis hombres y salir del castillo. Pero también tendrías que desear hacerlo porque pienso hacerte mía tantas veces y de tantas maneras que no querrás escapar jamás.

Las mejillas de Fiona se tiñeron de rojo ante esa amenaza y, a pesar de que intentó responder, un gemido escapó de su garganta cuando el guerrero atrapó uno de sus pezones entre sus labios. Ella tenía la sensación de que su corazón latía al mismo ritmo de los tambores que se habían quedado en el

salón o que tal vez el ritmo de estos se había metido en su cuerpo en ese instante.

Clyde se dedicó esos momentos a demostrarle su amor. Acarició su cuerpo con auténtica devoción, pues para él era la mujer más especial y bella sobre el mundo. Tocó cara centímetro, lo acarició y besó, demostrándole cuánto la amaba. Y cuando ya no pudo aguantar más, el guerrero le abrió las piernas y la penetró suavemente. Sin embargo, el deseo de Fiona era tan grande que elevó la cadera para hacerlo con más fuerza. Una risa escapó de la garganta de Clyde, que llevó una mano hacia las muñecas de la joven para apretarlas contra la cama cuando ella las elevó para poder acariciarlo.

Y así, entregada por completo a él y sin poder moverse, la hizo suya, arrancándole gemidos y provocando que Fiona perdiera por completo la noción del tiempo. Todo a su alrededor pareció volverse oscuro, como si solo existieran ambos en el mundo en ese instante. No había nadie más, tampoco quehaceres u obligaciones. Eran ellos dos y el amor que ambos sentían por el otro. No existía nadie más que pudiera romper eso. El amor que se profesaban salió a flote, borrando cualquier herida que aún pudiera supurar dolor entre ellos y haciendo que el mayor sentimiento que había entre ellos fuera el del placer y el amor. Sabían que el destino había obrado bien al unirlos en el mismo camino, aunque sus inicios hubieran sido abrumadores. Y a pesar de todo, habían logrado vencer cualquier sentimiento negativo entre ellos que pudiera romper lo que habían construido juntos.

Fiona gimió al tiempo que arqueaba de nuevo la espalda. En ese instante, Clyde liberó sus muñecas. Su placer aumentó hasta que logró alcanzar las cotas más altas. Clyde sintió las contracciones en el cuerpo de la joven cuando aumentó la velocidad de sus acometidas. Su propio placer estaba a punto de llegar a él, y cuando por fin logró alcanzarlo también, rugió con la fuerza de un animal al tiempo que enterraba la cabeza en el cuello de Fiona, que apretaba sus nalgas contra sí, deseando exprimir cada gota del guerrero.

Cuando sus miradas por fin volvieron a ver más allá de ellos y todo a su alrededor tomó forma nuevamente, se miraron sorprendidos por la enorme cantidad de placer que habían sentido. Fiona le dedicó una sonrisa, que Clyde respondió.

—Te amo demasiado, esposa.

—Pues que Dios nos proteja porque yo también amo a este guerrero salvaje y cruel llamado Clyde Campbell.

El aludido sonrió y la besó en los labios lentamente, disfrutando de su sabor. Se tumbó a su lado y la atrajo hacia él con la intención de descansar, pero los dedos de la joven bailaron sobre su pecho desnudo.

—Deberíamos volver a la fiesta. Seguro que nos echan de menos…

Clyde puso los ojos en blanco.

—Seguro que se imaginan lo que estamos haciendo.

—Motivo de peso para volver ahora o Rob se reirá de nosotros la próxima vez que se cruce en nuestro camino.

Clyde rio y la puso sobre él. Cuando los pechos de la joven se posaron sobre el suyo propio, los miró con deseo y se relamió.

—Eres un insaciable, Campbell.

El guerrero sonrió.

—Tú lo has dicho: soy un salvaje y una persona cruel. Y ahora mismo deseo seguir disfrutando de ellos.

Con una sonrisa de autosuficiencia, Fiona se incorporó ligeramente en la cama y apoyó los puños a ambos lados de la cabeza de Clyde, poniéndole los pechos directamente en los labios. El guerrero ronroneó y se relamió antes de intentar atraparlos, pero Fiona fue más rápida y lo miró con una sonrisa desde los pies de la cama.

—Los disfrutarás después de la fiesta.

Clyde entrecerró los ojos y apretó los puños contra las sábanas.

—¿Estás segura de que el cruel soy yo?

Fiona rio al tiempo que se agachaba para coger su ropa.

—Eres tú quien tiene la fama…

Clyde rugió y se levantó de un salto de la cama.

—Espero que te prepares bien porque después de la fiesta pienso hacerte gritar como nunca. Haré que los cimientos de este castillo tiemblen con tus gemidos y mis hombres tendrán que taparse los oídos para no escucharte.

Fiona se relamió los labios ante esa amenaza, pero se encogió de hombros, fingiendo desinterés.

—Eso está por ver, Campbell…

Ambos terminaron de vestirse nuevamente y Clyde la atrajo hacia él para besarla. Estaba tan enamorado de ella que le dolía el pecho. Era hermosa, amable, valiente, inteligente… Poseía todas las características que, alguna vez, había buscado en una mujer, pero no había encontrado en ninguna. El destino le había puesto por fin a alguien a quien amar y que le correspondía para sorpresa de él mismo. Se dijo que tenía mucha suerte al tenerla a su lado, y mientras la besaba, clamó al cielo para que no se la arrebataran jamás o volvería a perder el juicio.

—Y ahora, volvamos a la fiesta —dijo la joven.

Y al ver que Clyde asentía y la soltaba, Fiona se acercó rápidamente a la puerta para decirle.

—Así me gusta. Buen chico…

Los ojos de Clyde se abrieron desmesuradamente ante esas palabras. Y cuando corrió tras ella, Fiona ya estaba preparada y corrió escaleras abajo.

—Prepárate porque pienso volver a llevarte al dormitorio.

Fiona le respondió con una carcajada y corrió el pasillo adelante para acercarse al gran salón. No obstante, fue atrapada por Clyde en mitad de este y la acorraló contra la pared. Subió sus manos por encima de su cabeza y la besó con fiereza.

—Ya sabes que, si pronuncias esas palabras, te haré mía…

—No si logro escapar como en otras ocasiones…

Clyde rio y abrió la boca para responder antes de volver a besarla, pero hubo algo que llamó su atención. Estaban a pocos metros del salón donde estaba la fiesta y no se escuchaba la música como antes. Con el ceño fruncido, la soltó y miró hacia el gran salón.

—¿No está todo demasiado silencioso?

Fiona, que no se había percatado, asintió y ambos miraron hacia el salón al mismo tiempo. Después, Clyde le dedicó una mirada de reojo y llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—Ponte detrás de mí…

Fiona asintió y miró con preocupación hacia adelante, preguntándose qué podía haber pasado para que la música hubiera llegado a su fin y solo se escuchara el murmullo de las personas que había en el salón.

Lentamente, Clyde se adelantó hacia el salón, aunque sin llegar a desenvainar la espada. Y en el momento en el que llegó a la puerta, la abrió lentamente y vio cómo todos murmuraban y se miraban preocupados entre sí.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado para que estéis así?

Todos se giraron hacia ellos. Clyde vio la preocupación en sus rostros, pero nadie supo decir exactamente el motivo. Al instante, todos hicieron un pequeño camino hacia Rob, que estaba cerca de allí con una carta entre las manos. El rostro de su segundo al mando parecía preocupado.

—Acaba de llegar un guerrero inglés con esta carta…

El corazón de Clyde se sobresaltó y miró de reojo a Fiona, que dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Un guerrero inglés?

Rob asintió.

—Sí, y lo peor de todo es que tiene lacre real, así que no se trata de alguien sin importancia.

—Eso sí que es raro. ¿Qué querría un señor inglés en estas tierras? Yo no tengo amistades allí como para que tengan la confianza suficiente de presentarse aquí.

Rob le tendió la carta y Clyde la cogió ligeramente tembloroso. Las miradas de todos los asistentes a la fiesta se posaron ahora sobre él. El guerrero miró la misiva durante unos segundos antes de abrirla y leerla. Todos estaban preocupados y deseosos de conocer el contenido de la misma. A su lado, Fiona también estaba ansiosa, pero intentaba ocultarlo.

Clyde no podía creer lo que estaba leyendo. Por eso, necesitó volver a leerla para comprobar que esas palabras eran ciertas y no se había equivocado. Su corazón se sobresaltó aún más y las manos comenzaron a temblarle. Cerró los ojos unos instantes. No podía ser cierto lo que acababa de leer. Él no. Se preguntó qué demonios había pasado para que le pidieran

ahora eso. Y pasó una mano por su rostro al tiempo que dejaba escapar el aire contenido.

—¿Qué demonios pone en esa carta para que te pongas así? —preguntó Fiona, incapaz de contenerse—. ¿Vamos a la guerra?

Clyde negó con la cabeza y llevó la mirada hacia Rob.

—Se trata de un importante señor inglés. Nos está pidiendo que abramos nuestras puertas para recibir a sus hombres y a él con la intención de torturar y ejecutar aquí a un prisionero escocés.

Rob frunció el ceño y se acercó a él.

—¿Qué prisionero escocés? —preguntaron al mismo tiempo Fiona y el segundo al mando del clan.

Clyde tomó aire y renegó entre dientes antes de responder:

—Magnus MacLaren.

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del C*opyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: Cuando seas mía.

©Emma G. Fraser, 2025.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
EPÍLOGO